HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

el siglo XX

III. problemas mundiales entre los dos bloques de poder

WOLFGANG BENZ
HERMANN GRAML

6ª edición



HISTORIA UNIVERSAL

SIGLO XXI

Volumen 36

El Siglo XX

III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder

VOLUMEN COMPILADO POR

Wolfgang Benz

Nació en 1941 en Ellwangen/Jagst. Doctor en Filosofía e historiador, es colaborador científico del Instituto de Historia Contemporánea y redactor-jefe de la Serie de Documentos de los Cuadernos Trimestrales de Historia Contemporánea *(Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte).*

Es autor de numerosos libros, entre ellos: *Süddeutschland in der Weimarer Republik* (1970); *Politik in Bayern, 1919-1933* (1971); *Quellenkunde zur Zeitgeschichte* (1973); *Einheit der Nation. Diskussion und Konzeptionen zur Deutschlandpolitik der grossen Parteien seit 1945* (publicado en 1978 en colaboración con Günter Plum y W. Röder); *Bewegt von der Hoffnung aller Deutschen. Zur Geschichte des Grundgesetzes* (1979); *Rechtsradikalismus. Randerscheinung oder Renaissance?* (1980).

Hermann Graml

Nació en 1928 en Miltenberg/Meno. Historiador, colaborador científico del Instituto de Historia Contemporánea en Munich. En esta última ciudad es redactor responsable de los *Vierteljahrhefte für Zeitgeschichte.*

Autor de numerosas publicaciones sobre temas de política exterior en el período de entreguerras, sobre la resistencia en el III Reich, las persecuciones nazis de los judíos, etcétera.

Historia Universal

Siglo veintiuno

Volumen 36

EL SIGLO XX

III. Problemas mundiales entre los dos bloques de poder

Compilado por
Wolfgang Benz
y Hermann Graml





siglo veintiuno editores, sa de cv
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310 MÉXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

primera edición en español, 1982

sexta edición en español, 1986

ISBN 968-23-0009-6 (obra completa)
ISBN 968-23-0937-9 (volumen 36)

primera edición en alemán, 1981

título original: das zwanzigste jahrhundert
iii. weltprobleme zwischen den machtblöken

impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

Indice

Rudolf von Albertini. Nacido en Zurich en 1923. Estudió en Zurich, Basilea y París. Se doctoró en filosofía en 1949 y fue recibido en el cuerpo de docentes universitarios en 1954. Catedrático de Historia Moderna en Heidelberg entre 1957 y 1967, y desde esta última fecha en Zurich. Presidente de SWISSAID desde 1973. Publicaciones: *Das politische Denken in Frankreich zur Zeit Richelieus* (Colonia, 1951); *Das florentinische Staatsbewusstsein von der Republik zum Prinzipat* (Berna, 1955); *Dekolonisation. Die Diskussion über Verwaltung und Zukunft der Kolonien 1919-1960* (Opladen, 1966, edición americana en 1971); *Moderne Kolonialgeschichte* (Colonia, 1970: Neue Wissenschaftliche Bibliothek, Tomo 39, encargado de la edición); *Europäische Kolonialgeschichte 1880-1940* (Zurich, 1976, edición americana en preparación).

Franz Ansprenger. Nacido en 1927, estudió historia en Berlín. Trabajó como redactor de la revista franco-alemana *Dokumente* entre 1953 y 1958. Profesor universitario desde 1964. Enseña en la Universidad Libre de Berlín en el campo de la Ciencia Política. Fundador del grupo de trabajo sobre Política Africana. Sus libros más importantes: *Politik in Schwarzen Afrika* (Wiesbaden, 1961); *Versuch der Freiheit* (Stuttgart, 1972); *Auflösung der Kolonialreiche* (Munich, 1966[4], 1981); *Die Befreiungspolitik der OAU* (Maguncia, 1975); *Juden und Araber in Einem Land* (Maguncia, 1978).

Hans Walter Berg. Nacido en Varel/Frisia, en 1916, estudió Historia e Historia del Arte y la Literatura en Munich e Historia del Lejano Oriente en Ann Arbor (EE UU), donde se graduó en 1937, doctorándose en 1939 en Filosofía. Tomó parte en la guerra. Tras la contienda fue redactor político del *Weserkurier.* De 1952 a 1971, corresponsal en Asia de la cadena de radio y televisión ARD, así como de periódicos alemanes, austríacos y suizos. Desde 1971, corresponsal especial de la ARD. Produjo la serie de documentales de TV «Rostros de Asia» y «Miniaturas Asiáticas» (que comprenden más de 100 films); unos 250 informes para el programa «Weltspiegel» («Espejo del Mundo»); más de 2 000 comentarios radiofónicos y de prensa.

Dan Diner. Nacido en Munich en 1946 y crecido en Israel. Posee la nacionalidad alemana e israelí. Estudia Derecho y Ciencias Sociales, doctorándose en Derecho en 1973 con una tesis sobre el dere-

cho de armisticio. En 1980 es recibido en el cuerpo de docentes de la Universidad de Goethe de Francfort del Meno en la especialidad de Sociología. Actualmente es profesor auxiliar en dicha universidad. Sus publicaciones se centran en los siguientes campos: conflicto árabe-israelí, Derecho internacional, ciencias militares, teoría política y estudios orientales. En 1980 publicó su trabajo de acceso a la docencia en la Athenäum Verlag. Lleva por título: *Israel in Palästina. Ueber Tausch und Gewalt im Vorderen Orient.*

Jürgen Domes. Nace en Lubeca en 1932. Estudia Ciencias Políticas, Historia y Teología evangélica. Se doctora en Filosofía. Entre 1960 y 1962 es ayudante de investigación en la Universidad de Heidelberg; de 1964 a 1968, consejero académico; 1968-1969, consejero científico; hasta 1975, profesor del Otto-Suhr-Institut de la Universidad Libre de Berlín; desde entonces, catedrático de Ciencias Políticas y director del grupo de trabajo de Política sobre China y Oriente Asiático en la Universidad del Sarre. Sus libros más importantes: *Kulturrevolution und Armee* (Bonn, 1967); *Die Aera Mao Tse-tung* (Stuttgart, 1971 [2], 1972); *China nach der Kulturrevolution* (Munich, 1975); *Socialism in the Chinese Countryside* (1980); *Politische Soziologie der Volksrepublik China* (Stuttgart, 1980).

Marie-Luise Näth. Nacida en 1944 en Rerik. 1969-1972 asistente científica. Se doctora en Filosofía. 1973-1977, profesora asistente en el Otto-Suhr-Institut de la Universidad Libre de Berlín. Actualmente asistente de investigación del grupo de trabajo de Ciencias Políticas dedicado a China y el Oriente Asiático en la Universidad del Sarre; encargada de cátedra de Ciencias Políticas en la Universidad de Tréveris. Sus principales publicaciones: *Die Aussenpolitik der Volksrepublik China. Eine Einführung* (Opladen, 1972, junto con Jürgen Domes); *Chinas Weg in die Weltpolitik* (Berlín, 1976); *Strategie und Taktik der chinesichen Aussenpolitik* (Hannover, 1978).

Imanuel Geiss. Nacido en Francfort del Meno en 1931, estudia con Franz Schnabel en Munich, y posteriormente Historia en Hamburgo, con Fritz Fischer. Se doctora en Filosofía en 1959 y entra en la docencia universitaria en 1968. Desde 1973 es profesor de Historia Moderna, con especial dedicación al llamado Tercer Mundo, en la Universidad de Bremen. En 1970 fue docente invitado en la Universidad de Tel Aviv, y en 1980/81, profesor invitado en la Universidad de Gdansk. Principales publicaciones: *Der polnische Grenzstreifen 1914-1918. Ein Beitrag zur deutschen Kriegszielpolitik im Ersten Weltkrieg* (Hamburgo/Lubeca, 1960, edición polaca 1964); *Julikrise und Kriegsausbruch 1914. Eine*

Dokumentensammlung, 2 tomos (Hannover, 1963/4, edición de bolsillo abreviada en *dtv,* volumen 293, con el título: *Juli 1914,* Munich, 1965[2], 1980, edición inglesa 1967, en G. Bretaña, y 1968 en EE UU); *Panafrikanismus. Ein Beitrag zur Dekolonisation* (Francfort, 1968, edición inglesa 1974); *German Foreign Policy 1871-1914* (Londres, 1975); *Das Deutsche Reich und die Vorgeschichte des Ersten Weltkrieges* (Munich, 1978); *Das Deutsche Reich und der Erste Weltkrieg* (Munich, 1978); *Geschichte griffbereit,* 6 tomos (Reinbeck, 1979-1981).

Erdmute Heller. Nace en Schwäbisch Hall/Baden-Wurttemberg en 1930. Estudia en Estambul, Turquía, y en Munich, Historia y Cultura de Oriente Medio y Turcología, a la vez que Filología Románica e Historia Moderna. Se doctora en Filosofía en Munich en 1960. Desde entonces trabaja como periodista *free lance* y como moderadora de la emisora de radio Bayerischer Rundfunk. Publica abundantes artículos en diarios y semanarios prestigiosos, como *Die Zeit, Süddeutsche Zeitung, Die Weltwoche,* etc., centrados sobre temas de Oriente Medio, Islam, conflicto árabe-israelí o cuestión de Palestina. Produjo para la televisión la película «Das Land der bitteren Kakteen. Eine palästinensiche Lebensgeschichte» (1980 en BR). Prepara en la actualidad el libro *Zurück zum Schleier? Frauen heute im Islam* (Friburgo, 1981).

TRADUCTORES

Carlos Martín Ramírez (capítulos 1, 4, 6 y 7).
Vicente Romano García (capítulos 2, 3 y 5).

DISEÑO DE LA CUBIERTA

Julio Silva

Prólogo

Han transcurrido varios años entre la aparición del volumen 34 *(El siglo XX. I. Europa, 1918-1945)* de esta Historia Universal y el presente libro. El encargo hecho por la editorial a los directores de la edición de preparar un tomo que cerrara la colección nos planteó problemas que no tenían solución dentro del marco de la concepción que hasta aquí nos había guiado. El volumen 34 se limita al proceso histórico europeo hasta el fin de la segunda guerra mundial. Pero seguir escribiendo la historia de nuestro tiempo, a partir de 1945, centrándonos exclusivamente en Europa, hubiera sido empresa fallida ya desde su planteamiento. Era necesario, por fuerza, concluir esta Historia Universal con dos volúmenes que constituyesen en sí una unidad. En el volumen 35 *(El siglo XX. II. Europa después de la segunda guerra mundial, 1945-1980)* se ha intentado trazar las líneas del proceso histórico dentro de Europa hasta el presente. En el presente volumen, que hace el número 36 y último, se centra el enfoque sobre aquellos problemas mundiales cuya dimensión histórica es determinante para nuestra época.

Los directores de la edición son los únicos responsables de esta concepción de los dos últimos volúmenes. El mérito en cuanto al acierto corresponde sobre todo a los autores. Queremos hacer constar nuestro más expresivo agradecimiento al doctor Walter H. Pehle, por la paciencia y visión de experto con que ha leído los textos.

W. B.-H. G.

Introducción

«En el breve lapso de tiempo de una vida, la técnica moderna, eliminando las distancias, ha fundido súbitamente en una unidad la totalidad del mundo habitado. Todos los pueblos y culturas, todas las comunidades de creencia del planeta se encuentran hoy, por primera vez en la historia, en estrecho y mutuo contacto físico. Y no obstante seguimos estando tan alejados mentalmente unos de otros como antes, ya que el corazón y la sensibilidad de los hombres no son capaces de seguir el ritmo que marcan los descubrimientos mecánicos. Lo cual significa que entramos en una de las épocas más peligrosas que jamás haya tenido que atravesar la especie humana. Tenemos que vivir en estrecho contacto unos con otros para poder llegar a conocernos mutuamente.»

Estas afirmaciones del viejo maestro en la observación del universal acontecer histórico, Arnold Toynbee (que pueden leerse en el prefacio para la *Historia de la humanidad* que Kurt Bryesig publicara en 1955) siguen siendo hoy, a 25 años de distancia, tan estremecedoramente actuales como el día en que fueron escritas.

Con motivo de la discusión sobre los objetivos bélicos surgió en los Estados Unidos de América, durante la segunda guerra mundial, la visión de «un solo mundo». Bajo la fórmula «one world» se apartaron los Estados Unidos de la tradición aislacionista y buscaron mecanismos que garantizasen una futura paz mundial. La coalición formada contra Alemania y Japón debería encontrar continuación duradera en una alianza de los vencedores. Según la idea de Roosevelt, cuatro potencias —los Estados Unidos, Gran Bretaña, la Unión Soviética y China— se constituirían en instancia del orden global y harían las veces de «gendarmes del planeta». Fue originalmente una concepción imperialista que luego, a fin de darle legitimidad democrática, se incorporó a los planes de crear la Organización de las Naciones Unidas. Pero muy pronto pudo comprobarse que la coalición de guerra no iba a tener continuidad como cooperativa de paz mantenedora del orden, como consorcio de grandes potencias. Todas las naciones a las que se había asignado el papel de gendarmes mundiales, salvo los Estados Unidos, se mostraron incapaces de desempeñarlo o poco interesadas en hacerlo, o bien se vio que tal papel superaba la medida de sus fuerzas. El sueño del «one world» fue encogiendo

hasta quedar reducido a la motivación política de una «pax americana» que, a pesar de las realidades que imponía la confrontación soviético-americana, a pesar de la guerra fría y de la guerra que las dos grandes potencias libraron vicariamente en Corea, se ha mantenido hasta el final del compromiso norteamericano en Vietnam.

Mediada la década de 1950, en un momento en el que la soñada imagen de «un solo mundo» entraba en contradicción cada vez más flagrante con los bloques de poder dominados por las dos potencias rectoras, los EEUU y la URSS, se formaron los Estados africanos y asiáticos, que habían alcanzado o fueron alcanzando su independencia jurídica tras la segunda guerra mundial y que ahora buscaban la forma de superar su pasado colonial o casi colonial mediante la mutua cooperación y de imponer su común aspiración a una intervención en pie de igualdad en la política mundial. En la Conferencia de Bandung de 1955, en la que por primera vez articularon conjuntamente sus deseos y objetivos 340 delegados de 23 Estados asiáticos y 6 africanos, se definió este grupo, que posteriormente experimentó un rápido crecimiento, como «tercera fuerza» entre los bloques imperialistas. La concepción que de sí mismos tenían los jóvenes Estados procedía del común pasado colonial y de los comunes problemas de desarrollo de cara al futuro; la diversidad de posturas ideológicas parecía carecer de importancia en aquel presente inmediatamente poscolonial. Desde la perspectiva de las naciones industrializadas se trataba de «países en vías de desarrollo». Es significativo que hubiera de pasar algún tiempo antes de que se impusiera el concepto de «Tercer Mundo.» La reivindicación que hicieron y siguen haciendo los Estados del «Tercer Mundo» de un trato equitativo como socios aún no ha sido atendida ni por las naciones del bloque occidental ni por las del bloque oriental. En cuanto a la llamada «ayuda para el desarrollo», apenas ha supuesto hasta hoy más que una pequeña fracción del plusvalor extraído por las naciones industriales, otorgada además siguiendo principios de puro oportunismo político.

La primera fase del desarrollo de este «nuevo mundo» del siglo XX puede contemplarse hoy en una panorámica histórica. Sus conflictos y problemas característicos son ya reconocibles y permiten ofrecer su descripción. Aquí y allá pueden distinguirse tendencias a más largo plazo, y van destacándose cada vez con más claridad los rasgos definitorios de las relaciones entre ese «nuevo mundo» y aquellos imperios de los cuales se ha desgajado. Por otra parte, aunque lentamente, crece la impresión en las naciones industriales de que la equidad de trato que reclaman los Estados «tercermundistas» tendrá finalmente que concederse, si quieren evitarse crisis en el «Tercer Mundo» y entre éste y el mundo indus-

trializado, que muy bien podrían acabar en catástrofes políticas a escala global. Todo el mundo sabe en los países industriales que las antiguas colonias o semicolonias de Africa y Asia han conseguido su independencia, a veces tras duras luchas, y que su entrada en la sociedad de Estados —su retorno a la escena histórica— no ha podido por menos de provocar un cambio esencial en su relación con los países industriales, cambio cuya característica fundamental es la de no dejar otra opción que la de elegir entre una enemistad mortal o una relación equitativa. Pero de saber las cosas a tener conciencia de ellas suele mediar un trecho que con frecuencia sólo se cubre con paso vacilante. La inclinación, heredada de la era del colonialismo, a adscribir a estas regiones emancipadas un papel de perpetua servidumbre sigue estando muy extendida, y la tenacidad con la que tal inclinación se mantiene viva tiene posiblemente una de sus causas no menores en el hecho puro y simple de que faltan todavía los conocimientos necesarios para acelerar la transformación de la conciencia que sería lo único que permitiría superarla. El proceso de descolonización ha acaparado desde luego la atención, máxime cuando ha llevado consigo guerras en las que, directa o indirectamente, se han visto implicadas las potencias europeas. Pero los procesos de desarrollo que han caracterizado en las regiones emancipadas las primeras décadas de independencia y en especial los problemas —en parte puestos de manifiesto por la emancipación, en parte debidos a ella— que una y otra vez han constituido un obstáculo para un desarrollo positivo se presentan muy difuminados y confusos a los ojos de la mayoría de los habitantes de los países industrializados.

Es por ello una tarea no sólo posible sino necesaria emprender descripciones históricas de la primera fase del «Tercer mundo». Nos ha parecido así adecuado y obligado, tras haber puesto al día en otros tomos de esta *Historia Universal Siglo XXI* la historia de los Estados industrializados de Europa, Asia y América, dedicar el tomo que sirve de cierre a esta serie al campo problemático más reciente del siglo XX, que es a la vez quizá el más importante para el futuro de todos nosotros. Por descontado, no se puede pretender llevar a cabo con ningún tipo de improvisada «exhaustividad» la descripción de esa zona extraeuropea que sigue estando hoy atrapada entre los grandes bloques de poder del Este y el Oeste. Una visión de conjunto del acontecer en la misma zona fronteriza entre el pasado y el futuro, que constituye el objeto de la investigación y la exposición históricas, sólo puede adquirirse a partir de enfoques iniciales temáticamente limitados en cada caso. Exponer el conjunto de los fenómenos y procesos, reunir *todos* los hechos y *todos* los datos, tendría como resultado un fresco de proporciones colosales, pero no permitiría conocer las estruc-

turas ni las dimensiones de los acontecimientos, ni la interdependencia de unos procesos históricos y políticos con otros. Ni siquiera en el aspecto geográfico ha sido posible la exhaustividad. Al fin y al cabo, las grandes zonas geográficas, tales como Asia central, Africa, Sudamérica y Centroamérica han sido ya tema de algunos de los tomos de esta serie, con exposiciones que en muchos casos llegan hasta la actualidad. Otras regiones geopolíticas, como por ejemplo el continente australiano, desempeñan (aún) un papel tan modesto en la interacción global que ha podido prescindirse de su descripción. Hasta cierto punto cabe decir otro tanto de América Latina. No sólo en función de las razones técnicas mencionadas se ha podido renunciar a una contribución especial dedicada a los problemas del subcontinente iberoamericano. Aun con plena conciencia de las inmensas posibilidades que encierra esta región del globo, poblada por unos 370 millones de seres que presentan una rica diversidad étnica, cultural, geográfica y social (Australia, en comparación, con un tercio de la superficie de América Latina, tiene menos de 15 millones de habitantes que en un 90 por ciento son de origen británico), ha habido que considerar que los lazos que una vez unieran estrechamente a la América Central y del Sur con el curso de la política mundial quedaron en gran parte rotos en el siglo XIX, tras la independencia alcanzada por los distintos Estados respecto a sus potencias coloniales europeas. Sea como fuere, no está hoy claro si los acontecimientos que se producen en América Latina, tales como el golpe contra Allende en Chile (1973) o las tragedias de Nicaragua (1979) y Bolivia (1980) entrañan una significación política de alcance mundial. Los problemas del desarrollo latinoamericano y el predominio político de la potencia hegemónica norteamericana sigue teniendo hasta hoy su sitio en el marco del análisis y la exposición de carácter regional.

Las contribuciones del presente tomo se centran en aquellas zonas del «Tercer Mundo» en las que tienen lugar procesos de formación cuyo alcance se extiende mucho más allá de la región del globo en la que se producen, o bien en las que las superpotencias que compiten por una mayor influencia crean focos de tensiones y crisis que irradian a la totalidad del planeta. Con esta concepción limitativa se ha juzgado asimismo que lo que importaba era seleccionar líneas de evolución, cúmulos de problemas y campos de interacción importantes, a fin de mostrar de una manera representativa la multiplicidad de estratos del acontecer histórico. También había que tratar de describir el conflicto fundamental, surgido con la entrada del «Tercer Mundo» en la historia o, más exactamente, aflorado con ella a la superficie, haciendo inteligible, al mismo tiempo, que nos las habemos aquí con una

problemática de carácter global y que año tras año se va haciendo más peligrosa. Todavía no podemos medir el alcance de algunos de los acontecimientos y crisis que nos han tenido en vilo, tales como la caída del Sha Reza Pahlevi en Irán o la invasión soviética de Afganistán; no sabemos aún si se trata de procesos de envergadura determinante para el mundo o «únicamente» de dramas en escenarios secundarios de la historia universal. También a estos acontecimientos les dedicamos atención, pero sólo cuando pueden reconocerse como típicas sus causas históricas.

De acuerdo con la concepción así elegida, la primera contribución del tomo no se refiere a un ámbito geográfico o político del «Tercer Mundo», ni tampoco a una determinada línea evolutiva, sino a un fenómeno característico del conjunto de la zona mundial así denominada. Es evidente que, en el curso de la primera fase histórica del «Tercer Mundo», no se ha producido un mero aumento, lógico por lo demás, de los conflictos en los nuevos Estados y entre ellos que viniera a añadirse sin más a los que podían observarse en el resto del mundo al final de la descolonización. Junto a la simple multiplicación se observa también un elemento cualitativo. Con independencia de que hayamos de registrar un notable aumento de los conflictos que hacen necesaria o provocan una y otra vez la intervención política y militar de Estados de peso diverso situados fuera de la región, desde las antiguas potencias coloniales a superpotencias como los Estados Unidos y la Unión Soviética, dando así lugar a constantes complicaciones y momentos de peligro de carácter global, no puede desconocerse que los propios conflictos son a menudo sumamente explosivos y que con inusitada frecuencia se dirimen por la vía violenta. Toda la zona parece sufrir de un alto grado de irritabilidad.

Imanuel Geiss se plantea la cuestión de que tal vez esta irritabilidad se deba a una clase específica de vulneración. No se contenta en su indagación con interpretaciones evidentes, como las que pueden derivarse del dominio colonial, común destino de estas nuevas naciones. Sin dejar de considerar que los dominadores coloniales, que sin duda también ejercieron una influencia positiva con la paz por ellos dictada y duramente mantenida, abrieron heridas sangrantes e incluso, con la pacificación impuesta, no hicieron muchas veces otra cosa que ocasionar un estancamiento del desarrollo que no produjo sino nuevos daños, estudia el autor cómo habrá de reaccionar una región ya de por sí hondamente perturbada ante el conjunto de condicionantes del siglo XX por el que todos nos encontramos determinados: ante las ideas, formas de economía y de sociedad surgidas en las naciones de los dominadores coloniales, es decir, ante el nacionalismo, el socialismo, el capitalismo, la economía planificada; ante los tipos de política

exterior expansionista inspirados por estas ideas y formas sociales y económicas; ante los imperialismos en suma fundamentados en el nacionalismo y, a la vez, en el capitalismo o en el socialismo, y por último, ante el violento ajuste de los conflictos producidos por las ideas, las formas de sociedad y los imperialismos, a saber las dos guerras mundiales. Tan sólo teniendo en cuenta ambos factores, la dominación colonialista y el marco global, es posible llegar a una conclusión. Tras haber creado o mantenido las potencias coloniales desoladoras situaciones en el campo del desarrollo social, tras haber defendido largo tiempo su dominio con medios inhumanos y haber condenado tantas veces a los pueblos dominados a la conquista violenta de su independencia, se ha producido el hecho en cierto modo inevitable de que, en los Estados del «Tercer Mundo», contemplados ahora como mercado para la exportación de ideas procedentes de las naciones industriales y también como mercado para la exportación de modelos de resolución de conflictos, han encontrado clientes sobre todo las versiones más duras de las ideologías de integración, tales como el nacionalismo y el socialismo, y han sido bien acogidas sobre todo las formas violentas de zanjar los conflictos. Rara vez en cambio ha habido receptores de la templaza inspirada en ideales liberales y humanistas. Para una investigación de mercado de este tipo, la República de Sudáfrica, donde el mecanismo de selección bosquejado sigue hoy funcionando, ofrece precisamente en estos momentos un material didáctico perfectamente clásico.

Pero no podía Imanuel Geiss limitarse únicamente a estudiar las causas de esta extraordinaria abundancia y violencia de sus conflictos comunes a todos los Estados del «Tercer Mundo». Haciendo un análisis de la historia de los nuevos Estados, consigue mostrar en un número suficiente de ejemplos que cada uno de estos Estados ya recibió en el pasado, la mayoría de las veces con anterioridad a la era colonial, su herida específica, consistente en la irrupción de conquistadores extranjeros que la sociedad autóctona no fue capaz de impedir. El paso de lo general a lo específico permite poner de manifiesto la propensión a los conflictos que muestra el «Tercer Mundo» en el marco de un primer boceto de tipología de los conflictos y de una polemología (una teoría de los conflictos) que por fin tome también en cuenta la dimensión histórica. Geiss pone al descubierto uno de los hilos que conducen al conocimiento de la historia universal al lanzar una mirada más allá del «Tercer Mundo», una mirada a tres focos permanentes de crisis en el ámbito europeo: también en Chipre, Macedonia e Irlanda del Norte ha tenido la sociedad una reacción febril al encontrarse con las condiciones del siglo XX tras una conquista nunca asimilada y un destino semicolonial.

Las crisis suelen ser también, por lo demás, fases de transición hacia nuevos apogeos. En Europa, el Renacimiento fue por una parte crisis y comienzo del hundimiento del mundo medieval, mientras que por otra aquella crisis abría el camino hacia un despliegue de energía económica, política e intelectual inimaginable hasta entonces. No está claro que debamos albergar expectativas tan optimistas al interpretar los conflictos de la mayor parte del «Tercer Mundo». Pero si Erdmute Heller, como reza el título mismo de su estudio, ve al mundo árabe-islámico «en marcha», es al menos porque reconoce que ese mundo ha iniciado un movimiento productivo. Es incuestionable que el cinturón de Estados árabe-islámicos ocupa una posición especial dentro del conjunto de la región mundial de la que se ocupa el presente volumen. Nadie subvalorará la importancia que tiene el hecho de que una parte considerable de estos Estados posean petróleo. El acceso a esta materia prima les proporciona una significación económica y también política para las naciones industrializadas incomparablemente mayor que la de los restantes países «en vías de desarrollo», incluida la propia China. El petróleo les permite, por añadidura, financiar de su propio bolsillo la incorporación a la técnica del siglo XX.

Pero Erdmute Heller pone también en claro que pueden encontrarse en la historia no pocas razones de peso que explican esta situación especial, así como el grado de conciencia de los Estados árabe-islámicos con respecto a su posición y la desenvoltura con que hacen uso de su poder político-económico. La vieja tradición cultural y el sentimiento de la propia dignidad política de los árabes, que fueron una vez conquistadores poderosos y no meramente destructores, nunca se han desvanecido, ni siquiera durante la época en la que la mayor parte de los pueblos árabes estuvieron sometidos al imperio otomano. Al menos en principio, antes que parte de un imperio en el que se encontraban incluidos por diversas razones y no sólo como consecuencia de un acto de conquista, se veían a sí mismos en el destacado papel religioso de guardianes de los santos lugares del Islam. Tras irse separando del poder central unos tras otros —los últimos durante la primera guerra mundial y ya bajo la influencia de un nacionalismo moderno tomado de Europa—, cayeron bajo la férula de potencias europeas, es cierto, pero rara vez tuvieron que soportar formas de dominio semejantes a las imperantes en el Africa negra o en muchos territorios coloniales de Asia. Un protectorado como el que Francia ejerció en Marruecos, la peculiar forma del *indirect rule,* constituido por Gran Bretaña en Egipto, y la soberanía nominal que poseían, por ejemplo, Irak o Jordania, bajo predominio británico, después de separarse del Imperio otomano, impidieron sin duda un proceso de modernización, pero por otra parte no destruyeron

sus tradiciones ni pervirtieron la conciencia árabe dañándola gravemente.

Pudo así desarrollarse un nacionalismo árabe que, unido en parte a ideologías socialistas, pero vinculado sobre todo a un renacimiento del Islam —lastrado sin duda por contradicciones internas— ha servido en efecto de motor de una sorprendente recuperación política. No hace falta insistir en la importancia que entraña este renacimiento islámico, preñado de consecuencias políticas precisamente por la autenticidad de su sentido religioso, lo que hace innecesaria la adopción de una función política improvisada. Tampoco puede ignorarse que la evolución y los intereses específicos de los distintos Estados árabes, más que quedar supeditados a un nacionalismo panárabe, quedan acogidos bajo la cúpula de la religión común. Sin ésta no parece que pueda hablarse, para el mundo árabe-islámico, de una tercera vía entre los grandes bloques de poder.

Ciertamente sabemos por la historia europea la difícil situación en que se encuentran este tipo de solidaridades religiosas frente a los intereses políticos particulares. Por añadidura, en muchos de los Estados árabe-islámicos, la renovación religiosa, cuya otra cara es el intento de defender o resucitar formas de vida tradicionales, ha entrado ya en fuertes conflictos con la tendencia a la modernización social y política. Tampoco debe pasarse por alto que el cinturón de Estados árabe-islámicos, a pesar de la recuperación política y del optimismo de sentirse en marcha, se halla todavía muy lejos de reunir un poderío político y militar que pudiera equipararse al de los grandes bloques de poder o al de las naciones industriales más potentes. El hecho de que la acción franco-británica de 1956 contra el Canal de Suez acabara en lamentable fracaso y no haya encontrado desde entonces nadie que siguiera el ejemplo, no debería ser motivo de precipitada tranquilidad. No fue en aquella ocasión el mundo árabe-islámico el que se impuso frente a dos Estados europeos, sino más bien fueron las dos superpotencias, la Unión Soviética y los Estados Unidos, las que decidieron poner fin a aquella aventura, y desde entonces poco ha cambiado la situación en cuanto a la debilidad político-militar del cinturón árabe-islámico, que precisamente entonces se puso de manifiesto, o en cuanto a la dependencia de la paz en esa zona con respecto al relativo acuerdo entre las potencias mundiales. El hecho de que los Estados árabe-islámicos tengan una importancia económica vital para el resto del mundo, mientras mantienen su inferioridad frente a él en el plano político-militar, constituye en la actual constelación geopolítica una fuerte tentación de intervención y, en consecuencia, un elevado riesgo de cara al futuro previsible.

No es la menor de las razones que hacen que este riesgo sea difícil de mantener bajo control el que, en el mundo árabe-islámico, exista desde hace decenios un foco de tensiones que induce a los propios antagonistas de esta región a procurar la presencia política permanente de potencias ajenas a la misma. Desde que existe el Estado de Israel y se encuentra en enconada enemistad con su entorno árabe, ni israelíes ni árabes creen posible poder prescindir del apoyo político y militar de los Estados Unidos y la Unión Soviética. Con ello, no sólo han reforzado la inclinación intervencionista de ambas potencias mundiales, inclinación presente en ellas de todos modos en función de sus propios intereses y de su rivalidad a escala global, sino que las ha implicado ya hasta tal punto en su conflicto que, a estas alturas, seguramente ni Washington ni Moscú creen posible una retirada. Junto a la Unión Soviética se encuentra naturalmente implicado todo el bloque oriental, y también los Estados europeos no socialistas, con o sin el estímulo de los Estados Unidos, se ven envueltos de múltiples formas en el conflicto del Oriente Próximo. Tiene por lo tanto enorme importancia, y puede incluso llegar a ser geopolíticamente vital, que el conflicto árabe-israelí se mantenga como mínimo en un estado de agregación que impida la confrontación abierta de todos los implicados directa e indirectamente. ¿Resultará utópica la esperanza de desactivar este conflicto o incluso de ponerle término?

En su estudio del Estado de Israel y de la posición del mismo en el conflicto del Oriente Próximo, Dan Diner hace abstracción del curso actual de la política árabe y de sus posibilidades futuras. Ambos aspectos tienen una plástica exposición en el estudio de Erdmute Heller. Dan Diner, como corresponde a un científico de procedencia israelí, se centra en la cuestión de si Israel podría contribuir a que esa esperanza se hiciera realidad y de qué manera. Es indiscutible que, desde hace muchos años, tanto en numerosos países de Europa como en los Estados Unidos, esta cuestión está desacreditada, o cuando menos no se plantea con la seriedad pertinente. Muy especialmente, y de manera comprensible, cabe aseverar esto de la República Federal de Alemania. La relación judeo-alemana, y en consecuencia la relación entre alemanes e israelíes, se halla bajo las sombras que la persecución de los judíos durante el dominio nacionalsocialista, que culminara en la matanza de millones de personas, sigue arrojando aún hoy sobre el presente. Y ésta no es la menor de las razones que hacen que el Estado y la población de la RFA se sientan comprometidos en favor de Israel de una manera que no permite el menor comentario crítico de la política israelí, salvo en el tono más amistoso. Que el problema planteado por Diner se discuta en cambio hoy en día en muchos países europeos, e incluso en los Estados Unidos,

con mayor intensidad y con mayor comprensión hacia la postura de los árabes, y sobre todo de los palestinos, tiene que ver con el hecho de que los Estados árabes aprovechan la dependencia en que las naciones industriales se encuentran con respecto al petróleo árabe para presionar políticamente. Pero se debe también a la política que ha seguido Israel en los últimos años y sobre todo a la percepción de que el foco de crisis de Oriente Próximo, dado que amenaza con devastaciones que podrían extenderse mucho más allá del ámbito del Oriente Próximo, debe ser apagado sin más y esa labor requiere la colaboración de todas las partes en litigio. Está claro que, en función de estas mismas razones, la República Federal Alemana, que además ha de hacer honor a sus obligaciones de amistad, no puede quedarse al margen en la discusión del tema de las concesiones necesarias y posibles que deben hacer los israelíes.

Las respuestas que ofrece Dan Diner son todo menos alentadoras. Parte este autor de suponer, justificadamente sin duda, que Israel tiene que empezar por hacer una propuesta definitiva y satisfactoria con respecto a la fijación de sus fronteras y a la solución de la problemática palestina, si es que quiere sentar las bases para una relación duradera más tranquila con su entorno árabe-islámico, haciendo así una indeclinable aportación a la paulatina extinción del conflicto de Oriente Próximo. Tal supuesto implica que Israel tendría también que eliminar los rasgos expansionistas de su política y ofrecer a los habitantes árabe-islámicos de su territorio la participación en el Estado israelí. Pero después de estas consideraciones, dejando a un lado las cambiantes situaciones de la historia israelí, pasando por alto el caleidoscópico cuadro superficial que presentan los variables aspectos tácticos y tratando en cambio de reconocer las influencias determinantes de la idea fundacional del Estado de Israel en la práctica política israelí, llega Dan Diner, con implacable lógica, a la incomodísima aunque casi indiscutible afirmación de que el Estado nacional judeo-sionista es palmariamente incapaz de hacer ninguna de las dos concesiones. La consecuencia que de ello se deriva es insoslayable: si Israel quiere vivir y se quiere no obstante que el conflicto del Cercano Oriente pierda su potencialidad explosiva, tendrá aquel Estado que renunciar al principio que hizo posible su origen y que hasta hoy ha sido su ley de vida, a saber la pretensión religiosamente motivada de constituirse en un Estado nacional puramente judío, tanto desde el punto de vista étnico como religioso, en el que en principio se ofrece un sitio a todos los judíos del mundo, para desarrollar una idea de Estado que deje de condenar a Israel a una expansión modesta, pero permanente, y que al mismo tiempo sea apta como constitución de una comunidad multiconfesional y

multinacional. Nadie puede predecir actualmente si Israel, poblado por ocupadores y pioneros bajo el peso de una memoria histórica de fugitivos milenarios, será capaz de semejante cambio revolucionario en las bases ideológicas del Estado. Ante constataciones como la que hace Dan Diner, una parte de la población israelí no ve más que la exigencia del sacrificio, del entreguismo. Esto no cambia para nada el hecho de que Dan Diner señala probablemente la única vía para eludir una confrontación que a la larga se hará insostenible, aunque muestra hasta qué punto existen impedimentos que sólo podrán salvarse, en todo caso, tras un largo proceso de cambio. El foco de crisis del Oriente Próximo seguirá existiendo por mucho tiempo, y mientras el rescoldo se conserve vivo, ni la zona árabe-islámica ni Israel podrán acceder fácilmente a una independencia real. Lo que harán en vez de ello será incitar a la intromisión de las grandes potencias y de los bloques de poder ajenos a su ámbito.

Al contrario que el cinturón de Estados árabe-islámicos, que sin duda conservará en el futuro previsible la importancia geopolítica últimamente adquirida, Indochina, donde en la década de 1960 disputaron las potencias mundiales y las grandes ideologías de nuestro siglo la más enconada y cruenta batalla por la toma de posiciones, parece haber quedado en los últimos tiempos al resguardo de los vientos del enfrentamiento geopolítico, no obstante el sangriento drama de Vietnam y Campuchea (Camboya). Sin embargo, la historia poscolonial de las desdichadas tierras indochinas induce a la conclusión de que tampoco Vietnam, Campuchea y Laos escaparán tan pronto al fuego cruzado de las ideas e intereses en disputa. Es cierto que, a diferencia de los Estados árabes, los tres países resultan poco atractivos para los intereses económicos, sobre todo del ámbito de las naciones industriales, ya sea como mercados o como proveedores. Hans Walter Berg indica en su exposición por lo demás que, tras la retirada militar y política de los Estados Unidos y tras el rechazo de los primeros intentos de intromisión china, sigue existiendo una posibilidad de recuperación política y económica y, en consecuencia, de afianzamiento de la independencia, siempre y cuando el más fuerte de los Estados peninsulares, Vietnam, consiga establecer una federación indochina bajo su hegemonía lo suficientemente fuerte como para oponerse a nuevas intervenciones. Pero los países indochinos siguen teniendo gran interés estratégico a los ojos de sus inmediatos y de sus menos inmediatos vecinos. Unido a los puntos débiles que presentan, ello supone un momento de peligro de primer orden, máxime cuando en los tres países las agregaciones políticas, sumamente heterogéneas desde el punto de vista étnico, religioso o ideológico, son tan débiles que se ven obligadas a buscar ayuda

exterior si quieren conquistar o imponer su soberanía. Y sobre todo si se quiere aprovechar la soberanía conquistada para crear unas estructuras políticas y económicas más estables. Con toda seguridad no se desinteresará la Unión Soviética de la suerte de Indochina y resulta harto dudoso que los Estados Unidos renuncien por mucho tiempo a la presencia política en esta parte de la costa del Pacífico que tienen enfrente.

China, el gran vecino, que ya durante las luchas de liberación contra la dominación colonial francesa, y posteriormente durante la guerra de Vietnam, apareció como protector de las fuerzas nacionales y sociales-revolucionarias, sigue manteniendo una fuerte implicación en Indochina. El que los dirigentes chinos no apoyen a la potencial fuerza de orden de la zona, es decir, a Vietnam, sino que por el contrario actúen con todas sus fuerzas en contra de la política hegemónica vietnamita, e incluso hayan recurrido en una ocasión a medios militares, permiten sacar la conclusión de que, cuando menos, se están esforzando por mantener la situación inconclusa con vistas a una futura hegemonía china y hasta puede que a la incorporación de Indochina en un imperio chino.

Igualmente hay que responder afirmativamente a la pregunta de si debe incluirse a China en esta región herida por la conquista y el colonialismo y en consecuencia perturbada en su desarrollo. En el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, China tuvo un *status* semicolonial, con una soberanía restringida y a veces suspendida casi totalmente a merced de la política de intereses de las potencias europeas, de Rusia o de Estados Unidos. Al mismo tiempo el país se vio sacudido por terribles guerras civiles y sufrió las agresiones japonesas. Hasta qué punto son duraderas las secuelas de todas estas perturbaciones es algo que puede apreciarse precisamente en las primeras décadas de la soberanía comunista. Apenas habían puesto fin los comunistas chinos al período de guerra civil abierta y creado así las condiciones mínimas de orden para permitir la recuperación económica y política, precipitaron al país de una crisis en otra con una serie de experimentos políticoeconómicos y politicosociales sumamente contradictorios. Debemos entender este fenómeno menos como indicio de la veleidad de los nuevos dirigentes, achacable quizá a falta de capacidad, o como expresión de defectos inmanentes de la ideología o del sistema político que como señal de que el número, la gravedad y la persistencia de los males heredados eran tales que obligaban a los médicos a pasar continuamente de la atención de uno a otro y les inducían a un constante cambio de terapia.

En su análisis del proceso histórico chino más reciente, Jürgen Domes y Marie-Luise Näth aportan un importante material que permite establecer la hipótesis de que en China, desde la llamada

revolución Cultural y desde la muerte de Mao, tiene lugar un proceso de apaciguamiento y normalización que ha ocasionado ya un aumento de la estabilidad y parece prometer una mayor estabilidad todavía. En los años que siguieron a la victoria comunista en la guerra civil China mostró por primera vez su inclinación a renovar las antiguas tradiciones imperiales del Imperio del Medio. Intervino entonces, no sólo en Indochina, sino también en Corea. Hoy, esta inclinación que, con independencia de la ayuda prestada a Vietnam, no tuvo apenas posibilidades de desarrollarse durante mucho tiempo debido a los conflictos internos, puede observarse de nuevo con más intensidad. Tras haber conseguido la China maoísta arrancar su independencia de la tutela soviética y actuar frente a Moscú sobre todo dentro del movimiento comunista, los dirigentes chinos intentan desde hace unos años acercarse a los Estados Unidos para desarrollar una política exterior activamente antisoviética e incluso conseguir influencia en Europa en el mismo sentido. Pero este tipo de maniobras sigue siendo todavía expresión de inferioridad. Pueden compararse, por ejemplo, con los esfuerzos que entre 1919 y 1939 hacían los gobiernos polacos por influir en la política alemana de Francia como protección frente a un vecino mucho más poderoso. La capacidad de China para movilizar unas fuerzas y energías que sin duda posee sigue siendo limitada. La pacificación interna alcanzada se halla por lo demás poco consolidada y sigue siendo perfectamente posible la recaída en un nuevo período de crisis. De todas formas Jürgen Domes y Marie-Luise Näth consiguen reflejar un proceso de formación que produce la impresión de que, con China por lo menos, una parte del «Tercer Mundo» ha conquistado una existencia independiente entre los bloques de poder, al tiempo que la oportunidad de utilizar positivamente esa existencia.

En Africa, considerada como campo clásico del dominio colonial europeo, lo que hasta cierto punto es históricamente exacto, la situación no puede por menos de ser deprimente. Profundamente marcada por el período del colonialismo, continente atormentado incluso antes de su conquista por los europeos (cuánto no habrán sufrido tantos pueblos africanos en el siglo XIX por obra de los cazadores de esclavos, preponderantemente árabes) Africa se enfrenta hoy, a pesar de haberse sacudido en gran parte el dominio blanco, ante problemas prácticamente insuperables. Con gran importancia económica y estratégica, objeto en consecuencia, lo mismo antes que ahora, de la competencia entre las potencias mundiales y toda otra laya de intereses por obtener zonas de influencia y bases politicoeconómicas, a duras penas capacitados para vivir y con seguridad incapacitados para desarrollarse sin la ayuda de Estados no africanos, precisamente de sus antiguas potencias

coloniales, en mala situación por tanto para ofrecer una resistencia tenaz a las intromisiones externas, los jóvenes Estados africanos han recibido además, sobre todo durante las luchas de liberación y en los primeros años de la independencia formal, tal abundancia de ideologías, recetas y programas contradictorios para su futuro económico y político —a veces prescritos por sus protectores— que, en función también de todo ello, la lucha continua amenaza con ser su ley de vida.

Franz Ansprenger comienza por describir el papel que la violencia desempeña en la política africana, como no podía por menos de ser dadas las condiciones en que ha tenido lugar la descolonización. Y a continuación destaca, en su exposición de los problemas fundamentales que aquejan al Africa poscolonial, que a muchos movimientos de liberación africanos les resulta difícil en tales condiciones, y ante el cúmulo aparentemente insondable de problemas de la construcción de unas estructuras politicoeconómicas, dar el salto que les permita pasar de ser organizaciones de lucha a ser organizaciones políticas, cambiar la lucha iconoclasta contra enemigos reales o supuestos por el trabajo constructivo económico y político. El hecho de que tales elementos del período de la liberación sigan actuando e imprimiendo carácter a estas jóvenes formaciones sociales no puede atribuirse exclusivamente a las dislocaciones que la época colonial ha dejado como secuelas en el desarrollo político y económico del continente, ni a la constante reaparición de estas actitudes en una atmósfera preñada de los más duros conflictos de ideas e intereses. Otra de las causas, y una causa muy esencial, de la conservación de actitudes propias del período de liberación, reside en el hecho de que, con la existencia de la República de Sudáfrica, sigue habiendo colonialismo en suelo africano. Puede afirmarse con toda razón que este intento de imponer el dominio blanco mantiene ocupadas energías, incluso en regiones que no están en contacto directo con Sudáfrica, y mantiene vivo en el pensamiento y en el comportamiento de muchos africanos un anticolonialismo que ha llegado a convertirse en un importante impedimento para dar el paso hacia la «segunda liberación», es decir, para concentrarse en las tareas concretas del presente poscolonial. Pero la exposición y los análisis que hace Ansprenger contienen también datos e ideas más alentadores. Al menos en algunos de los Estados africanos parece haberse iniciado entretanto el período de transición desde la belicosa mentalidad liberadora hacia la aceptación consciente de los problemas de construcción que ahora se impone abordar. Si este proceso sigue adelante será también posible que los modelos prestados de dictaduras semisocialistas y semifascistas den paso a sistemas políticos africanos autónomos.

Pero la premisa indispensable para que esto pueda suceder es la resolución del problema fundamental del continente: la alimentación y el empleo. Aunque con tal afirmación no se define ninguna peculiaridad africana, ése es el problema básico de toda la región tercermundista, aun cuando pueda señalarse alguna excepción. Si se nos permite aquí utilizar, en sentido ilustrativo y comparativo, conceptos propios de la historia social, cabría decir —*cum grano salis*— que la sociedad de Estados internacional, al superar el imperialimo colonial, ha salido de su era feudal y ha entrado en una fase capitalista en la que desaparece la estratificación estamental hasta ahora prevaleciente, que se ve sustituida por una estructura de clases: junto a los restos de los viejos grupos aristocráticos, que en parte se han enriquecido y en parte se han empobrecido, cuenta hoy la actual sociedad de Estados con una burguesía y con un proletariado que a menudo soporta una situación por debajo de los mínimos existenciales. El sistema internacional dispone, con la institución de las Naciones Unidas, de la base para el desarrollo parlamentario de la sociedad de Estados, y los países de *status* proletario han utilizado hasta ahora esta oportunidad para hacer valer sus intereses en el foro parlamentario. Siguiendo con el símil, los actos revolucionarios del proletariado mundial sólo podrán evitarse a largo plazo si, dentro del marco de las formas de cooperación internacional que todavía se practican, se satisface su primera y más importante necesidad, o cuando menos se le abren perspectivas de satisfacción, es decir, si se le garantiza como mínimo una existencia soportable.

A estas «cuestiones sociales» de la sociedad mundial de Estados, que será determinante para nuestro futuro, se dedica la última de las contribuciones al presente volumen. Inevitablemente, al tratar este tema no puede Rudolf von Albertini ser indulgente con sus lectores. Con hechos incontrovertibles y conclusiones irrebatibles nos obliga a tomar conciencia de dos ideas que, vistas conjuntamente, nos sumen inicialmente en la perplejidad y la desesperación: si por una parte nos hace comprender que los problemas existenciales de los llamados países en vías de desarrollo tienen, sencilla y llanamente, que ser resueltos sin más, porque de lo contrario el «Tercer Mundo» está condenado al hundimiento y el conflicto Norte-Sur, que adquiere ya hoy caracteres de aguda confrontación, desembocará inevitablemente en una disputa que sólo puede terminar en catástrofe planetaria, sus análisis conducen por otra parte a la verificación de que esos problemas existenciales de los países subdesarrollados, aun cuando hace tiempo que se conocen, no han podido hasta ahora ser aliviados y mucho menos resueltos y que, por añadidura, tampoco se vislumbra por ahora la posibilidad de resolverlos.

Es larga la cadena de esfuerzos emprendida por los propios países subdesarrollados y por las naciones industriales. Y no es pequeño el número de recetas que inicialmente parecían razonables y practicables. Pero todos los esfuerzos han resultado hasta hoy estériles, y todas las recetas produjeron poco después de aplicarse nuevas perturbaciones y peligros. Incluso los programas que inicialmente se intentaron con algún éxito han acabado por fracasar, y su fracaso ha sido motivado sobre todo por el crecimiento de la población del «Tercer Mundo», que al parecer sigue siendo difícil de frenar. El mero refuerzo de las prestaciones financieras de las naciones industriales, por necesario y posible que sea, seguiría tenido un evidente efecto limitado.

Está claro que se hace necesario encontrar nuevas ideas y, sobre todo, que hay que desarrollar vías que permitan una mejor coordinación y un clima de mayor confianza en la cooperación que permita realizar esas nuevas ideas. Pero esa mayor confianza exige de todos aquellos a quienes está encomendada la tarea de colaborar en la superación del abismo que separa el Norte del Sur, que den muestras inequívocas de buena voluntad, y la buena voluntad implica, a su vez, que cada una de las partes tenga comprensión para con su potencial socio y que, además, muestre esa comprensión de manera creíble. Promover el conocimiento de las circunstancias y procesos históricos y la difusión y ahondamiento de la comprensión es la intención que anima al presente tomo.

1. Condiciones históricas previas de los conflictos contemporáneos

I. CONFLICTO Y CONQUISTA

La historia de nuestro siglo está determinada por conflictos, tanto internacionales como a nivel interno de cada formación nacional. Desde la historia previa a la primera guerra mundial, y pasando por la segunda, se extiende una cadena de guerras, revoluciones y guerras civiles que se halla en estrecha relación con los dos grandes conflictos planetarios. Desde 1945, el miedo a una concebible tercera guerra mundial se ha convertido en una constante fundamental de nuestra realidad histórica y geopolítica.

La sola relación de los principales conflictos bélicos acaecidos desde 1900 proporcionaría una larga lista. Y estos conflictos contribuyen a determinar nuestra existencia, puesto que las guerras y sus repercusiones económicas y sociales constituyen uno de los mecanismos que más profunda e incisivamente influyen en el desarrollo de la humanidad.

Pese a todos los esfuerzos que se han hecho en pro de la paz, de tipo privado o institucional —por parte de pacifistas por un lado y de la Sociedad de Naciones y la ONU por otro— una y otra vez se han vuelto a producir guerras. La ciega industrialización, el acelerado crecimiento de la población en las sociedades que precisamente se están industrializando o se encuentran en el umbral de la industrialización, la escasez que últimamente nos amenaza de recursos elementales —materias primas, energía, agua, suelo— y los crecientes lastres ecológicos producidos por la propia industrialización, permiten prever que las luchas por el reparto del producto social bruto del mundo van a agudizarse, tanto a nivel planetario como dentro de cada formación social.

A la vista de los múltiples peligros que por primera vez amenazan la existencia de la humanidad, la polemología (ciencia que investiga las causas de los conflictos y las condiciones que permiten la subsistencia de la paz) ha recibido un considerable impulso también en la República Federal Alemana durante los últimos decenios [1], pero se ha limitado preponderantemente a los principios y métodos de las ciencias sociales sistemáticas. Apenas se ha dado hasta ahora un tratamiento competente a la dimensión histórica, y los puntuales intentos autodidactos han tenido un carácter des-

alentadoramente «diletante»[2]. El hecho de que no se dediquen a la investigación de la paz ni siquiera los historiadores interesados en el tema es de lamentar, ya que la historia ofrece al investigador una gran abundancia de material empírico sobre el opuesto de la paz —la guerra— que se trata de evitar. Pero la preservación de la paz es una cosa demasiado importante para dejar que se sigan ocupando de la investigación de su premisa elemental —la ausencia de guerra— únicamente los investigadores de orientación sociológica. Antes al contrario, el conocimiento de los mecanismos que en el pasado han conducido a los conflictos bélicos constituye una especie de obligación social conjunta para todos los historiadores del mundo.

El interés primordial de la presente investigación se centra, en consecuencia, en las condiciones históricas previas a los principales conflictos bélicos que se han producido desde 1945; su desarrollo y resultados se tratan en otro lugar. Para dar unidad interna al panorama de los conflictos históricos se han seleccionado en la medida de lo posible sólo aquéllos en los que los efectos de las conquistas históricas resultan especialmente fáciles de detectar. Como denominador común se descubre en un número considerablemente elevado de conflictos contemporáneos posteriores a 1945 una conquista acaecida alguna vez en el pasado y cuyas consecuencias sociales y políticas no han sido todavía superadas, hasta el punto de que las relaciones de dominación impuestas por tales conquistas no han podido ser asimiladas todavía: surgió una dominación extranjera modificada o disimulada posteriormente por relaciones de explotación y de clase pero que se ha mantenido, hasta el pasado más cercano o incluso hasta el presente, como una problemática nacional o social no resuelta.

La diferencia entre conquistas históricamente asimiladas o «digeridas» y conquistas que aún conservan su virulencia política puede explicarse satisfactoriamente con un ejemplo de las Islas Británicas: la conquista de Inglaterra por los normandos en el año 1066 es hoy tan sólo recuerdo histórico y en sí ya no crea ningún problema político grave. Sin embargo, la continuación modificada de la expansión normanda hasta Escocia, esta vez a partir de la Inglaterra conquistada, hizo surgir unas circunstancias históricas que aún hoy resultan imprescindibles para explicar el resentimiento escocés contra Inglaterra y la guerra civil cuyo rescoldo ha vuelto a encenderse en Irlanda del Norte desde hace más de una década. Con mayor razón subsisten, sobre todo en el llamado Tercer Mundo, focos de conflictos y tensión cuya explicación histórica tarde o temprano conduce a una conquista ocurrida en el pasado y aún no asimilada. A tales conquistas prestaremos especial atención en el presente trabajo aun cuando no haya que ne-

gar que hay también naturalmente otros factores históricos que explican los conflictos contemporáneos. El mecanismo de las conquistas históricas con carga conflictiva no ha de servir naturalmente para abrir otras puertas que aquellas en las que tal llave encaja. Puede que haya otras puertas que permitan avanzar hacia la comprensión de la historia mundial más reciente y que requieran otras llaves.

Entendemos aquí por conflictos dos clases de luchas violentas: conflictos interestatales entre dos o entre varios Estados (guerras en sentido más estricto y tradicional), por un lado, y conflictos interiores de los Estados (guerras civiles, revoluciones), por otro. Las dos clases de conflicto están estrechamente relacionadas entre sí, precisamente porque en la historia que precede a un conflicto los factores sociales y los factores nacionales a menudo sólo pueden separarse en función del análisis. Tal ocurre, por ejemplo, en la guerra de Vietnam o en el conflicto cada vez más agudizado que el *apartheid* provoca en el Africa meridional. Precisamente en las revoluciones modernas los factores nacionales y sociales son con frecuencia muy imprecisos, de modo que el tránsito de una revolución predominantemente nacional a una revolución predominantemente social es la mayoría de las veces un proceso fluido.

Las guerras y las conquistas están por descontado estrechamente ligadas entre sí y son tan antiguas como la historia hasta ahora conocida. Aun en el caso de que las guerras, a corto o medio plazo, resulten lucrativas para vencedores y conquistadores, como en la fundación del imperio romano o del imperio mundial británico, a largo plazo, antes o después, se han presentado secuelas negativas: rebeliones, guerras, inflación, crisis económicas y sociales, que han llevado a la decadencia política o al colapso. *Todas* las guerras, guerras civiles y revoluciones, cuestan dinero a corto o medio plazo y, tarde o temprano, directa o indirectamente, ocasionan al conquistador momentáneamente victorioso graves problemas sociales y políticos internos. Un ejemplo clásico de estos mecanismos es la relación existente entre las guerras púnicas y las guerras civiles en Roma («revolución romana»).

La conquista es la forma más ruda y literalmente más palpable de lograr el dominio de un pueblo sobre otro pueblo o sobre otros pueblos. Fue típica de las sociedades de orientación agraria con una clase dirigente aristocrática que por regla general, si hacemos abstracción de algunas excepciones (entre otras de la república romana), solían culminar en una cúspide monárquica. En algunos puntos de la tierra y en algunas épocas de la historia mundial, el principio del Estado como estructura de poder, el Estado aristocrático-monárquico de conquistadores y dominadores, halló su modelo político oficial en grandes reinos de corte imperial, lo que

solía expresarse en el título imperial o cesáreo del soberano. La pretensión de dominio suponía la hegemonía continental o regional, llegando al llamado «dominio universal», que originalmente significaba tan sólo dominio sobre el mundo conocido. Variantes modernas de éste fueron los imperios coloniales de ultramar, a los que hay que añadir el imperio ruso, que llevó su expansión por tierra al Asia central hasta alcanzar las costas del Pacífico.

La ética política del moderno Estado nacional democrático, constituido sobre la base del modo de producción industrial, establece en teoría la obligación de renunciar a las conquistas, renuncia que se plasmó incluso en el derecho internacional a través de la cláusula de prohibición de las anexiones del pacto Briand-Kellog de 1928. Pero en la práctica la realidad política se complica debido al hecho de que, al constituirse, los modernos Estados nacionales asumieron los límites y las aspiraciones en política exterior del correspondiente Antiguo Régimen. La supervivencia efectiva de anteriores tradiciones en la política exterior puede observarse incluso en los Estados comunistas, que pretenden haber realizado la ruptura más radical con el pasado incluso en las relaciones exteriores. Sobre todo la URSS y la República Popular China por un lado, y Yugoslavia y Bulgaria por otro, asumieron las fronteras «nacionales», e incluso las reivindicaciones territoriales, de sus correspondientes Estados prerrevolucionarios. Tales reivindicaciones, que se superponen en los mismos territorios, han dado lugar a tensiones incluso entre Estados comunistas, de las que pueden surgir, o resurgir, conflictos, o que ya han conducido a ellos: URSS-China; Bulgaria-Yugoslavia en torno a Macedonia; Vietnam-Campuchea, que ha tenido la secuela conflictiva de la confrontación entre Vietnam y la República Popular China.

Las guerras civiles en cuanto conflictos internos de los Estados son casi tan viejas como la misma transmisión histórica de la formación estatal y, con la denominación que sea, atraviesan toda la historia universal, comprendida, por supuesto, la historia del siglo XX. Pero las guerras civiles contemporáneas suelen hallarse mucho más intensamente unidas que antes a procesos sociales y políticos de tipo explosivo que nos hemos acostumbrado a llamar revoluciones. También las grandes revoluciones del siglo XX están en íntima relación con las dos guerras mundiales y no es posible su adecuada comprensión sin tener en cuenta la coincidencia de factores sociales y nacionales. Ejemplo clásico es la Revolución china: surge como reacción nacional múltiple y escalonada contra la dinastía manchú, cuyo dominio sigue siendo sentido, después de más de 250 años, como una soberanía extranjera y que a su vez había conseguido el poder mediante conquista en 1644; contra el predominio económico de las potencias imperialistas, que se pre-

paraban para someter políticamente a China de una u otra forma; y por último contra el intento de conquista por parte del Japón, intento que convergió con la segunda guerra mundial [3].

Estos pocos ejemplos de conflictos muy recientes bastan para mostrar la estrecha vinculación histórica que existe entre las dos guerras mundiales y los distintos conflictos singulares. Dado que estas dos guerras han dejado en la historia de la humanidad una huella más profunda que cualquier otro acontecimiento, resulta insoslayable introducirlas aquí, aunque sólo sea sumariamente, para una mejor comprensión de los diversos conflictos particulares con sus premisas y consecuencias históricas generales. Entre estas premisas históricas de carácter global se cuenta el imperialismo moderno, que a su vez es condición histórica previa de todas las luchas de liberación y revoluciones antiimperialistas del Tercer Mundo.

A fin de evitar innecesarias repeticiones, los casos de conflicto que se tratan en otras contribuciones de manera más extensa y por especialistas más competentes sólo se mencionarán aquí de manera sucinta y con la sola finalidad de conservar la coherencia interna del capítulo. Un bosquejo relativamente más amplio se hará en todo caso en aquellos casos de conflicto a los que en otros capítulos no se presta atención o cuyas condiciones históricas previas son tan complejas y tan insoslayables para una mejor comprensión de la presente contribución que no puede prescindirse de ellos. Esto ocurre con el conflicto de Oriente Medio. Pero el principal punto de gravedad, insistamos de nuevo, es la explicación de las condiciones históricas previas a los conflictos contemporáneos. No debe pues despertar irritación la ocasional e inevitable duplicidad temática con otras contribuciones.

II. LAS DOS GUERRAS MUNDIALES COMO CONDICIONES MARCO DE LOS CONFLICTOS CONTEMPORANEOS

La estrecha relación interna entre las dos guerras mundiales ha llegado a ser algo tan sabido que —indudablemente con cierta razón— se ha hablado incluso de la «era de las guerras mundiales» [4]. Que la segunda fue consecuencia de la primera hace ya tiempo que es un lugar común histórico. Pero más importante es el hecho de que el doble acontecimiento de más peso de nuestro siglo tiene, como es lógico, condiciones históricas previas comunes, pero también las correspondientes consecuencias que se van produciendo escalonadamente: inflación, crisis económica, comunismo y revolución en algunas partes del mundo (Rusia, Europa oriental, Chi-

na), caída de los sistemas imperialistas, surgimiento de nuevos Estados nacionales, coincidente en parte con una revolución social (comunista).

a) *Imperialismo y guerras mundiales*

El imperialismo como premisa geohistórica para la primera y en consecuencia también para la segunda de las guerras mundiales hace que nuestra mirada se dirija hacia los primeros imperios coloniales y comerciales de las potencias marítimas sudoccidentales y occidentales de Europa que iniciaron su expansión ultramarina hacia 1500. Con esta expansión se asocian procesos tan complejos como la acumulación capitalista primitiva y la revolución industrial, las modernas revoluciones y el nacionalismo, que en 1914 condujo en los Balcanes al atentado de Sarajevo pero que ya antes había hecho surgir conflictos que siguieron actuando durante la primera guerra mundial y después de ella.

Todos los factores de la historia universal mencionados son tan complejos en sí, y mucho más aún en sus intrincadas interrelaciones, que en este punto tendremos que limitarnos a reseñarlos resumidamente dentro de nuestro breve bosquejo.

Desde el comienzo de los descubrimientos ultramarinos, que en la conciencia general se asocian con el descubrimiento de América por Colón (1492) y el de la ruta marítima hacia la India por Vasco da Gama (1498), se inició la expansión de Europa en ultramar sobre la base de los Estados nacionales que se formaron paulatinamente desde las postrimerías de la Edad Media: Portugal, España, los Países Bajos, Francia e Inglaterra. La competencia entre estas naciones tuvo inicialmente un efecto estimulante sobre el proceso de expansión, pero no tardó en crear un antagonismo tal que las potencias coloniales más precoces, sobre todo Portugal y España, se vieron contenidas y luego en parte absorbidas por las nuevas potencias marítimas y coloniales en auge.

En la segunda mitad del siglo XIX, las antiguas bases comerciales y colonias constituyeron los puntos de arranque para el sistema imperialista mundial, que surgió en consecuencia en etapas a lo largo de varios siglos: América del Centro y del Sur, junto con las Grandes Antillas, en el siglo XVI; América del Norte e Indonesia, en el XVII y hasta el XIX; India, en el XVIII y XIX; Africa y la mayoría de las zonas del Asia sudoriental que hasta entonces habían permanecido independientes, sobre todo Birmania e Indochina, en el siglo XIX. Conservaban la independencia fundamentalmente Japón, Siam (Tailandia), Afganistán, Etiopía, China. Antes de 1900, Japón se alineaba entre las potencias imperialistas tras

una crisis interna y una modernización fomentadas sobre la base de la industrialización, y otro tanto ocurrió con los Estados Unidos de América, que entretanto habían alcanzado su independencia. Hacia 1900 China parecía estar en el umbral del reparto, cuando menos económico, entre las potencias imperialistas. Etiopía pudo defenderse todavía en 1896 del imperialismo italiano de carácter liberal, pero sucumbió en cambio en 1936 a la variante fascista bajo Mussolini.

En el siglo XIX, Inglaterra, con su imperio mundial británico, accedió a una posición de dominio universal fáctico, gracias a su adelanto en la industrialización («taller del mundo»), su parlamento, su Estado burgués de derecho y su poderosa flota. El núcleo fundamental del imperio mundial británico era la India. Las potencias coloniales competidoras buscaban un sitio lo más cercano posible al inmenso país, como Francia, que en 1757 fue derrotada en la India por Inglaterra y que a partir de 1858 conquistó Indochina, o bien buscaban sus indias en Africa, como una y otra vez resaltó la agitación anticolonialista en Francia y Alemania a partir de 1871 [5].

También Rusia, que llevó a cabo, por tierra, una expansión comparable a la del imperialismo [6], intentó llegar en el siglo XIX hasta la India, cuya conquista acababa de concluir Inglaterra en 1856, un año antes de la gran rebelión de 1857-58. Afganistán quedó así aprisionado entre la presión expansionista inglesa procedente del sur y la expansión rusa desde el norte. Antes de 1900 Inglaterra y Rusia estuvieron varias veces al borde de la guerra por la cuestión de Afganistán. Para aliviar la presión expansiva rusa, Inglaterra consiguió, en el acuerdo de 1907, que reviste gran importancia para la prehistoria de la primera guerra mundial, conservar Afganistán neutral como Estado cojín para proteger la India, al tiempo que dividir la vecina Persia en tres zonas de influencia: el norte para Rusia, el sur (con el petróleo, importante para la Armada inglesa y económicamente lucrativo) para Inglaterra y el centro, en torno a Teherán, para los persas.

Desde mediados del siglo XIX, otros cuatro Estados nacionales se incorporaron al sistema imperialista en formación. Esta incorporación tuvo lugar, de manera característica, después de haber superado sendas crisis internas y haber alcanzado una nueva consolidación que hizo posible su expansión ultramarina. Dos de ellos, Italia y Alemania, estaban situados en Europa y los otros dos, Japón y los Estados Unidos, en ultramar. Italia y Alemania formaron Estados nacionales sobre la base de una creciente homogeneidad nacional y del sistema constitucional, tras los siglos de vacío de poder que siguieron a la decadencia del antiguo imperio romano o más bien del Sacro Imperio Romano medieval de los ale-

manes y de conflictos semejantes a guerras civiles. En Italia, la formación se produjo con el Risorgimento (1859-61) y en Alemania con la fundación del Reich (1871). Ambos Estados, la Italia unificada y el Reich alemán, fueron esencialmente producto de la revolución industrial, del nacionalismo moderno y del liberalismo. En ultramar se consolidaron los Estados ya existentes de Japón y Estados Unidos, tras conflictos internos y guerras civiles: Japón tras la obligada apertura al comercio internacional impuesta por Estados Unidos en 1853-54, y este último país tras los cuatro años de cruenta guerra civil entre 1861 y 1865. Los cuatro nuevos Estados nacionales se unieron antes o después a la expansión ultramarina y exigieron su parte en el reparto colonial del mundo. Su dinámica originó en gran parte las tensiones que dieron lugar a la primera guerra mundial y, un cuarto de siglo después, a la segunda.

Un papel destacado correspondió en este proceso a Alemania, no sólo en la segunda, sino también en la primera guerra mundial. Pero en la segunda gran conflagración Japón, en el Lejano Oriente, se situó al lado de Alemania, complementada por la Italia fascista bajo Mussolini. No escapa pues a la lógica histórica interna el que, de los cuatro Estados nacionales que poco antes de 1900 iniciaran su expansión colonial, tres se encontraran unidos en la segunda guerra mundial en una alianza de supuestos «parias» coloniales, de «desfavorecidos» dentro del sistema imperialista, y combatieran el *statu quo* de este sistema, a saber: las potencias del Eje, Alemania, Italia y Japón. Dos de ellas eran a la sazón dictaduras fascistas (Alemania e Italia) y la tercera (Japón) era un Estado militarista-autoritario sin ideología fascista directa.

Para la primera guerra mundial fue decisiva la política exterior del Reich alemán, el intento consciente y abiertamente proclamado de Alemania de convertirse, en virtud de la fundación del Reich en 1871, en potencia mundial, en pie de igualdad con el Imperio británico, tras su ascenso a primera potencia del continente europeo. Como principal potencia militar del continente, Alemania, apoyada en una capacidad industrial en rápido crecimiento, quiso también hacerse desde finales del siglo XIX con la segunda flota de guerra del mundo, equiparable, por lo menos desde un punto de vista cualitativo, con la armada inglesa. Las investigaciones históricas más recientes han demostrado de manera convincente que la armada alemana impuesta por el káiser Guillermo II y su gran almirante Tirpitz estaba pensada desde el principio como instrumento ofensivo contra Inglaterra[7].

La constelación de potencias europeas anterior a 1914, que suele dominar la escena en la historiografía, era en realidad un sector del sistema imperialista, sector que quedaba circunscrito precisa-

mente a Europa. La vinculación con los componentes ultramarinos no debe perderse de vista, ya que constantemente influían en el escenario europeo, del mismo modo que, a la inversa, los factores europeos influían en el ámbito ultramarino del sistema imperialista. La interdependencia de ambos ámbitos puede verse perfectamente en el ascenso de Inglaterra a potencia mundial dominadora de los mares y en un importante aspecto de la política exterior de Bismarck con sus secuelas a comienzos del siglo XX.

Condición previa para el ascenso de Inglaterra a principal potencia marítima, comercial, industrial y colonial, fue el largo período de paz interna que siguió a la Revolución inglesa de 1640-1660 y que tuvo lo que podríamos llamar su ratificación en la «Glorious Revolution» de 1688/89. Desde su situación insular, Inglaterra se afianzó con su política de *balance of power,* «equilibrio de fuerzas» frente al continente, impidiendo el surgimiento de una potencia hegemónica continental que hubiera podido resultar una amenaza para ella en ultramar y en la metrópoli. Tras el precedente fracaso de España, Inglaterra se levantó desde finales del siglo XVII contra la expansión de Francia bajo Luis XIV y posteriormente en la época de la Revolución francesa y de Napoleón I, hasta el Congreso de Viena de 1815. En el siglo XIX la política inglesa de equilibrio europeo se orientó contra la Rusia zarista que se expandía sobre todo en los Balcanes, en el Cáucaso y en Asia central. La expansión rusa afectaba sobre todo al imperio otomano, ligando así la política británica del equilibrio con la Cuestión de Oriente.

Desde finales del siglo XIX, a raíz del espectacular paso de la Alemania guillermina a la construcción de una poderosa armada y de su irrupción en la política mundial, Inglaterra se sintió retada y en adelante orientó su principio de la *balance of power* contra Alemania. Con ello ya hemos mencionado el principal determinante en la constelación de fuerzas europeas anteriores a 1914, a saber la confrontación entre Inglaterra y Alemania. A esta nueva constelación se subordinaron las restantes fuerzas dejando atrás viejas rivalidades: Inglaterra no quiso permitir que Francia, debilitada desde 1871, fuera derrotada nuevamente por Alemania. Y con el ya mencionado compromiso de 1907 entre Inglaterra y Rusia sobre Afganistán y Persia, complementó la alianza preexistente desde 1892/94 entre Francia y Rusia y la Entente Cordiale franco-británica de 1904 con un tratado bilateral con Rusia. Al igual que el entendimiento anglo-ruso de 1907, la Entente Cordiale consistió formalmente sólo en un entendimiento entre Inglaterra y Francia acerca de la expansión de cada una de estas dos potencias en ultramar: Egipto para Inglaterra; Marruecos para Francia.

La vinculación de los factores europeos y ultramarinos queda

también de manifiesto en un aspecto central de la política exterior de Bismarck: tras la victoria sobre Francia en la guerra franco-prusiana de 1870/71, animó de hecho a Francia a buscar una compensación territorial y emocional por la pérdida de Alsacia y Lorena en la expansión colonial en ultramar, y sobre todo en la construcción de un imperio colonial cerrado en el Africa septentrional y occidental. Bismarck desviaba así las tensiones intraeuropeas del centro a la periferia, a la expansión colonial, a fin de afianzar las posesiones del recién construido imperio alemán mediante tres guerras de unificación [8]. Análogamente, desde hacía ya tiempo formaba parte del repertorio de la diplomacia europea evitar conflictos intraeuropeos, o dirimirlos, a costa del imperio turco, que de todas formas estaba en proceso de desmoronamiento; a costa del proverbial «enfermo del Bósforo».

Alrededor de un cuarto de siglo funcionó la estrategia de distracción ultramarina de Bismarck. Pero una vez que las potencias imperialistas hubieron incorporado de un modo u otro los espacios aún no sometidos a sus respectivos imperios coloniales, las tensiones desviadas hacia el exterior volvieron a incidir sobre Europa, provocadas en parte por conflictos e intereses encontrados en el ámbito colonial. Un ejemplo clásico que permite mostrar perfectamente el mecanismo es el incidente de Fachoda (actual Kodok) en 1898: Francia avanzaba con una expedición militar desde el oeste hacia el Nilo; Inglaterra, tras aplastar la rebelión del Mahdi en el Sudán, avanzaba desde el norte. Ambas potencias se encontraron en Fachoda y se mantuvieron durante algunos meses a punto de llegar a una confrontación y desencadenar una guerra anglo-francesa. En su aislamiento en vísperas de la guerra anglo-bóer e inquieta ante el reto que ya empezaba a dibujarse en la geopolítica alemana, Inglaterra buscó el compromiso, mientras que el ministro francés de asuntos exteriores, Delcassé, veía en Inglaterra un aliado potencial frente a Alemania. Así, las complicaciones coloniales en el entonces llamado Sudán anglo-egipcio condujeron a la Entente Cordiale de 1904, cuya principal significación ha de verse en el hecho de que preparó la alianza franco-inglesa [9].

En consecuencia, las tensiones desviadas hacia el exterior volvieron sobre Europa desde finales de siglo y se agudizaron provocando una cadena de crisis en escalada. Cabe diferenciar dos crisis en el oeste y otras dos en el este que, si bien estuvieron limitadas en el tiempo, se sucedieron a un ritmo cuya rapidez no permitió recuperar el aliento: las dos crisis de Marruecos de 1905/6 y 1911 por una parte; la crisis de la anexión de Bosnia por Austria-Hungría en 1908/9 y las dos guerras balcánicas de 1912/13, por otra. En conjunto, los dos frentes de crisis, el del este y el del oeste, reciben ya la misma denominación que los principales frentes de

la primera guerra mundial, el frente del este y el frente del oeste. El frente de crisis occidental era una prolongación del conflicto tradicional desde las guerras napoleónicas entre Francia y Alemania. Las dos crisis orientales se centraron en el sudeste europeo, en los Balcanes, e implicaron a esta zona en el potencial conflicto que paulatinamente iba surgiendo entre Rusia y Alemania. La especial significación geohistórica del sudeste reside en que, con el proverbial «barril de pólvora de Europa», se inició el estallido de la primera guerra mundial.

Si la península balcánica se convirtió en el factor desencadenante de la primera guerra mundial, ello fue debido a múltiples causas históricas: expansión de Rusia, creciente nacionalismo de los eslavos meridionales de los Balcanes, paneslavismo, desmoronamiento de los imperios tradicionales —el otomano por una parte y el austrohúngaro por otra—, todo ello complicado y agudizado hasta el conflicto mundial por los componentes de la política alemana que, a través del sudeste de Europa, apuntaba al Oriente Medio.

b) *La cuestión de Oriente y el nacionalismo en Europa sudoriental*

La clave para la comprensión de la desusada complejidad de la situación es la llamada cuestión de Oriente [10], es decir el problema de cuál había de ser el futuro de las zonas no turcas del Imperio otomano. Desde que en 1774 la paz de Kuchuk-Kainarji con Rusia demostrara ante todo el mundo la decadencia del poderío otomano, surgió la conocida imagen del «enfermo del Bósforo» y se planteó la cuestión de Oriente. Lo que atañía a Europa era sobre todo el futuro de los pueblos cristianos que vivían bajo dominio turco en los Balcanes, sobre todo, junto a griegos y albaneses, eslavos meridionales. Ya por influencia de la Revolución francesa la rebelión serbia de 1804 inició una cadena de levantamientos nacionales y movimientos de liberación en los Balcanes que implicó cada vez más intensamente a las grandes potencias europeas en la cuestión balcánica [11].

La primera de estas potencias en intervenir fue Rusia, que vio aquí una oportunidad para extender su expansión más allá de los límites del territorio propiamente ruso. El objetivo máximo era Constantinopla, desde que Catalina II concibiera en 1787 el «proyecto griego», consistente en levantar un nuevo imperio griego en Constantinopla bajo protectorado ruso, lo que a su vez desencadenó la siguiente guerra turco-rusa. La intervención rusa encontró además un conveniente ornamento ideológico en la «ayuda frater-

na» a los correligionarios ortodoxos y a los hermanos eslavos bajo yugo turco.

Surgió así en la segunda mitad del siglo XIX el paneslavismo como ideología impulsora de la expansión rusa. Inglaterra intentó apoyar al imperio otomano frente a Rusia, llegando incluso a intervenir contra la potencia eslava en la guerra de Crimea (1853-1856), pero acabó encontrándose a la larga ante un dilema irresoluble: con su estructura básica liberal se hallaba más cerca del nacionalismo de los eslavos meridionales que del despotismo oriental del Sultán.

Tras la temprana independencia de una Grecia aún pequeña (1831-39) bajo la protección de las grandes potencias, el movimiento nacionalista de los eslavos meridionales cobró una dinámica propia que llevó a Europa en diversas ocasiones al borde de una guerra generalizada. La guerra de Crimea se mantuvo todavía localizada. La gran crisis de Oriente entre 1875 y 1878 llevó a la octava guerra ruso-turca (1877/78) y no se resolvió hasta el Congreso de Berlín de 1878 [12]. El conflicto en torno a Bulgaria (1885-1887), desencadenado entre otras cosas por la cuestión macedónica, complicó la confrontación existente entre Rusia y el imperio austro-húngaro.

Tras la expulsión de los turcos de Europa en la primera guerra de los Balcanes (1912) la disputa en torno a Macedonia condujo a la segunda guerra balcánica (1912-1913), en la que Bulgaria fue derrotada por Serbia y Grecia. Pero las dos guerras balcánicas caracterizaron a la segunda de las dos grandes crisis del este, o más bien del sudeste, que precedieron al estallido de la primera guerra mundial.

Y la primera de estas dos crisis, la crisis de la anexión de Bosnia, se remonta también a medio plazo al Congreso de Berlín de 1878, pues allí se le concedió a Austria-Hungría el derecho de ocupar las dos provincias que desde 1875 estaban en rebelión contra el sultán. La transformación de la ocupación en anexión formal (1908) provocó la resistencia de Serbia, que hubo de someterse al hecho consumado bajo la presión de Rusia. A su vez Alemania, mediante una velada amenaza de guerra, había obligado a Rusia, que estaba detrás de Serbia, a ejercer dicha presión. En Bosnia-Herzegovina, la anexión provocó una radicalización del nacionalismo entre la joven intelectualidad que se iba desarrollando, sobre todo en el pequeño grupo de los «jóvenes bosnianos». La impaciencia que produjo en los componentes de la «Joven Bosnia» la falta de respeto al derecho en la política de las potencias les indujo a preparar el atentado que acabó con la vida del heredero del trono austrohúngaro Francisco Fernando, el 28 de junio de 1914, en Sarajevo, la capital de Bosnia [13].

c) *La primera guerra mundial y sus consecuencias*

Los disparos de Sarajevo hicieron blanco en una Europa en la que, a lo largo de décadas, se habían vuelto a acumular tensiones hasta llegar al conflicto. El lugar de las potencias hegemónicas tradicionales, Francia y Rusia, había pasado a ocuparlo desde finales de siglo Alemania, que, con su política mundial, apoyada en una pasmosa industrialización, puede decirse que provocó la alianza de Francia y Rusia contra ella en 1892/94. Mientras que Francia se había visto obligada a ponerse a la defensiva desde 1870/71, la línea de expansión rusa se dirigía a los Balcanes y a largo plazo debilitaba, mediante el apoyo al nacionalismo de los eslavos meridionales, la posición de Austria-Hungría, aliada a su vez con Alemania. La presión se reforzaba con la presencia de una Italia cuya actitud era en el fondo igualmente antiaustríaca.

La formación de la Entente Cordiale entre Inglaterra y Francia (1904) y su ampliación a la Tripe Entente mediante el entendimiento entre Inglaterra y Rusia (1907) se sintió en Alemania como un «cerco», como la preparación de una guerra de agresión contra el joven Reich alemán, que se sentía postergado en el reparto del mundo por las potencias imperialistas. Unida a una ideología imperial de corte romántico, como la que alimentaba sobre todo la historiografía alemana de los profesores universitarios, surgió una dinámica volcada hacia el exterior que se fue convirtiendo en una disposición bélica cada vez más claramente perceptible. Cada una de las grandes crisis internacionales del decenio que precedió a 1914 aumentó y precisó una voluntad que se hacía ya palpable de incrementar el poderío del Reich alemán, de forzar el ascenso a potencia mundial en pie de igualdad con Inglaterra y de recurrir para ello incluso a la guerra [14]. Esto se puso abiertamente de manifiesto, a partir de la segunda crisis de Marruecos (1911), en las deliberaciones internas de la cúspide del Reich y en el ala derecha de la opinión pública. La siguiente gran crisis —la segunda guerra de los Balcanes de 1912/13— llevó al llamado «consejo de guerra», del 8 de diciembre de 1912, cuya existencia fue descubierta por la investigación histórica hace poco más de diez años, en el que el káiser y sus más altos consejeros militares establecieron la orientación política: rearme en tierra, preparación diplomática y psicológica del país para una guerra continental, por lo menos limitada, contra Rusia y también contra Francia [15]. Pero primero tenía que alcanzar la armada un nivel de efectivos que, en caso de guerra con Inglaterra, no descartara de antemano toda posibilidad de victoria. Por imposición material había un plazo a partir del cual Alemania estaría en principio preparada para la guerra: la puesta a punto del puerto para sub-

marinos de Heligoland y el ensanchamiento del canal Kaiser-Wilhelm para que pudieran entrar por él modernos buques de guerra. Ambos proyectos estuvieron terminados a mediados de junio de 1914, dos semanas antes del atentado de Sarajevo.

La táctica alemana en la acelerada crisis de julio de 1914 consistió en empujar a Austria-Hungría, que consciente de su debilidad interna se mostraba vacilante, a adoptar «medidas enérgicas», como se repetía una y otra vez, es decir empujarla a la guerra [16]. Las restantes potencias advirtieron que una guerra limitada y localizada era una ilusión, ya que un estallido bélico pondría en movimiento el mecanismo de los intereses imperialistas y la política de alianzas: Rusia ayudaría a Serbia contra Austria-Hungría y Alemania ayudaría a Austria-Hungría contra Rusia, con lo que entrarían en conflicto Francia y Alemania. El mando alemán esperaba, en una guerra puramente continental, vencer primero a Francia y a continuación a Rusia con el plan Schlieffen [plan para la invasión en dos frentes del general Alfred von Schlieffen. *N. del T.*], en lo que una guerra mundial más tarde se llamaría «guerra relámpago». De este modo se alcanzaría la hegemonía alemana en el continente. Pero precisamente para evitar tal eventualidad entró Inglaterra en guerra contra Alemania y Austria-Hungría, aun cuando formalmente no se hallaba vinculada a Francia ni a Rusia mediante ninguna alianza formal. A los dirigentes del Reich les resultaba desagradable semejante extensión que convertía a la guerra continental, guerra que como mínimo estaban dispuestos a aceptar, en una guerra mundial. Pero, sin embargo, no hicieron nada por apagar en el último momento la guerra local y continental que se encendía. Todo lo contrario: la violación de la neutralidad belga, programada en el plan Schlieffen, eliminó las últimas inhibiciones de Inglaterra para entrar en la guerra. Su entrada se produjo en efecto el 4 de agosto de 1914.

La combinación de factores globales y locales interrelacionados —imperialismo, industrialización, nacionalismo, revolución, por un lado, y factores nacionales por otro— siguió estando presente en las secuelas de la primera guerra mundial. De igual forma, la primera gran conflagración, que surgió de un conglomerado de conflictos, absorbió, por así decirlo, otros conflictos particulares y liberó nuevos conflictos que en parte condujeron a la segunda guerra mundial y en parte a nuevos conflictos particulares. Después de la primera guerra mundial, y hasta 1923, se produjo toda una serie de secuelas conflictivas: el conflicto entre Alemania y Polonia en torno a la Alta Silesia (1919/21); entre Polonia y la Unión Soviética en torno a la Rusia blanca/Ucrania (1919/21); la guerra anglo-irlandesa (1919/21); la prosecución de la guerra civil irlandesa (1921/22); el conflicto entre Italia y Yugoslavia sobre

el Fiume y Trieste (1920); entre Polonia y Lituania (1920); y la guerra greco-turca (1920/22), que no terminó hasta la paz de Lausana (1923). Hay que añadir también los conflictos armados entre armenios y turcos (1918-1922) y los incidentes sangrientos entre judíos y árabes en Palestina (a partir de 1919), que constituyen la prehistoria inmediata del virulento conflicto de Oriente Medio que aún hoy prosigue.

El hundimiento simultáneo de cuatro imperios dinásticos en los años 1917 y 1918 —Rusia, Alemania, Austria-Hungría y el imperio otomano— permitió, tanto en la Europa oriental y sudoriental como en el Oriente Próximo, el surgimiento de nuevos Estados nacionales o el ensanchamiento de otros ya existentes. En el plano de las relaciones internacionales entre los Estados apareció una nueva confrontación relacionada con las consecuencias de la guerra para las distintas formaciones estatales: de cara al frente constituido por los defensores del sistema de Versalles y del nuevo *statu quo* por él establecido (Francia, Polonia, Inglaterra, Rumania, Yugoslavia), frente por otra parte que poco a poco se iba disolviendo, se situaban las potencias que, desde distintas situaciones de partida, se afanaban por la revisión, es decir, por el derrocamiento de aquel sistema. Se encontraban entre éstos Estados vencidos como Alemania y Hungría, pero también Estados que formalmente se contaban entre los vencedores pero cuyas ansias expansionistas no se sentían satisfechas, a saber Italia y Japón. La Unión Soviética ejercía una presión reivindicativa regionalmente limitada, desde muy distinta orientación ideológica, sobre Polonia y los nuevos Estados bálticos (Lituania, Letonia y Estonia), que caerían en la fase inicial de la segunda guerra mundial provocada por Alemania.

El vacío creado por el hundimiento de los viejos imperios y de las dinastías monárquicas fue llenado, por un lado, por el espectro político de la revolución socialista-comunista, que sólo pudo imponerse en Rusia con la Revolución de Octubre de 1917 y mantenerse frente a la guerra civil y a la guerra de intervención, y, por otro, por el fascismo, inicialmente en Italia (1922) y después, en su forma más exacerbada de nacionalsocialismo, también en Alemania (1933). La polarización entre comunismo y fascismo determinó en gran parte la evolución política en el período comprendido entre las dos guerras mundiales, en muchos países a nivel nacional, y desde el triunfo del fascismo alemán en 1933, a nivel internacional. Entre las fuerzas extremas del comunismo y el fascismo quedaron trituradas otras fuerzas que en 1918 tenían vigencia política: socialdemócratas, liberales, conservadores cristianos o agrarios, o nacionalistas conservadores como los nacionalistas en Alemania. Así ha de entenderse la polarización interestatal que acabó

resumiéndose en el Eje Berlín-Roma-Tokio y en la Unión Soviética. El ensanchamiento del espectro político por la izquierda hasta el comunismo y por la derecha hasta el fascismo produjo la polarización interna y externa que llevó al conflicto entre el comunismo (organizado estatalmente en la URSS) y el fascismo (organizado estatalmente sobre todo en Italia y Alemania) y, por último, a la segunda guerra mundial.

d) *La segunda guerra mundial y sus consecuencias: descolonización y guerra fría*

Una de las principales consecuencias geohistóricas de la primera guerra mundial fue, pues, la segunda guerra mundial misma, que a su vez propagó, amplificó y extendió efectos esenciales de la primera: la revolución comunista se siguió extendiendo, en Europa oriental y sudoriental facilitada o forzada por la presencia del Ejército Rojo, y en Yugoslavia casi por sí misma, como consecuencia de la resistencia contra las fuerzas de ocupación alemanas. En cambio, la presencia angloamericana impidió el triunfo de la revolución social en Grecia. En China triunfó la revolución comunista en 1949 como consecuencia de la dinámica engendrada por la resistencia contra la agresión japonesa.

Geohistóricamente, el súbito desmoronamiento de los imperios dinásticos al final de la primera guerra mundial tuvo su correlato en el derrumbamiento paulatino de los imperios coloniales europeos, en el curso de la descolonización a escala mundial que sucedió a la segunda gran guerra. La descolonización que siguió a 1945 hizo espectacularmente visible lo que, tras la fachada de la aparente supervivencia incólume de los imperios coloniales, ya se iniciara después de la primera conflagración mundial. En ambos casos fue la India, temprano centro de la expansión europea en ultramar y piedra angular del moderno sistema imperialista, la que marcó la pauta: tras la primera guerra, exigiendo la autonomía y, poco antes de estallar la segunda, y sobre todo al terminar ésta, exigiendo y consiguiendo finalmente la plena independencia. Bajo la presión de la guerra de liberación nacional revolucionaria que en caso contrario amenazaba, una Inglaterra agotada por la guerra abandonó en 1947, bajo el gobierno laborista de Attlee —y con la oposición de los conservadores encabezados por Winston Churchill—, su posición india, con lo que se inició la total disolución del imperio británico.

La independencia de la India constituyó al mismo tiempo la señal para la descolonización del resto de Asia, hasta llegar a la derrota de Holanda (1949) y Francia (1954) en sus guerras colo-

niales, iniciadas para reconquistar las posesiones de Indonesia e Indochina, respectivamente, que se les escaparan de las manos durante la segunda guerra mundial. Sin solución de continuidad se unió a este proceso la descolonización de Africa, que se introdujo, por una parte, con la emancipación nacional de Egipto del protectorado de hecho que ejercía Inglaterra, y, por otra, con la autonomía de Nigeria y Ghana (1951) y el movimiento de liberación de Argelia (1954). Bajo el empuje del nuevo nacionalismo en los llamados países subdesarrollados o en vías de desarrollo se vinieron abajo, no sólo los imperios coloniales europeos, sino incluso los intentos de canalizar esa dinámica de emancipación nacional y revolución social mediante construcciones casi federativas: la Commonwealth of Nations británica y, a imitación de ésta, la Union Française o Communauté Française.

Las formas, el curso y el resultado de muchos de los conflictos que se desarrollaron entre los pueblos y las potencias coloniales en el proceso de descolonización a escala mundial se vieron muy influidos, a partir de 1945, por la rivalidad existente entre las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética. El llamado conflicto Este-Oeste, dirimido en la guerra fría, que siguió en seguida a la terminación de la guerra caliente, actuó directa o indirectamente en el proceso de colonización. También bajo la presión de la amenaza de ayuda, y a veces de la ayuda real, a los rebeldes por parte de la Unión Soviética, tanto en el terreno político como en el militar (suministro de armas, formación de cuadros militares), las antiguas potencias coloniales se vieron obligadas a abandonar sus colonias y en gran medida lo hicieron sin luchar. Mientras que la guerra fría (hasta ahora) sólo dio lugar en un punto a una guerra localizada, a saber, la de Corea, donde tuvo una función de guerra librada entre las superpotencias a través de sus respectivas zonas de influencia en el país dividido, en algunos países se produjeron largas y sangrientas guerras de liberación que afectaron considerablemente a los pueblos coloniales aún dependientes: Vietnam, Argelia, Kenia, Malasia, Guinea-Bissau, Angola, Mozambique, Zimbabwe (Rhodesia). La prosecución en Sudáfrica, último bastión del dominio europeo procedente de la expansión colonial, está a la vuelta de la esquina.

III. CONFLICTOS POSTERIORES A 1945: SISTEMATIZACION Y CLASIFICACION

Hay que situar dentro de este marco de las dos guerras mundiales y sus secuelas los numerosos conflictos que han sacudido al mundo

desde 1945 y repetidamente le han llevado al borde de una tercera guerra planetaria (guerra de Corea, conflicto de Oriente Medio, Cuba, Vietnam, Afganistán). Lo mismo que después de la primera guerra mundial en los Balcanes y en Oriente Próximo, se han producido después de la segunda, en condiciones políticas distintas, tantos conflictos violentos de la más diversa especie que su mera enumeración es fatigosa: guerra civil de Grecia (1945-1949), China (1946-1949), Filipinas (1946-1949), Malasia (1948-1957), Birmania (1948 hasta 1972, aproximadamente), Colombia (1953-1957), Cuba (1954-1957), Sudán (1955), Chad (desde 1966), Nigeria (1967-1970), Líbano (1975-1979), Campuchea (1970-1975 y de nuevo desde 1978), Nicaragua y El Salvador, por mencionar sólo los más importantes. A estos conflictos bélicos hay que añadir la guerra de Corea (1950-1953), las guerras de liberación colonial en Indonesia (1945-1949), Vietnam (1946-1954, 1959-1975), Kenia (1952-1956), Argelia (1954-1962), Guinea-Bissau (1959-1974), Angola (1961-1975), Mozambique (1962-1974), Eritrea (desde 1962), Zimbabwe (1972-1980), Sáhara Occidental (desde 1975).

a) *Conflictos internacionales y nacionales*

Pueden distinguirse dos clases de conflictos: internacionales (exteriores) y nacionales (internos). Con independencia de la guerra de Corea (1950-1953), los intentos de revisión de los límites fronterizos han provocado diversas guerras internacionales: India-Pakistán en torno a Cachemira (1947-1949, 1965) o Bangla Desh (1972), las (hasta ahora) cuatro guerras árabe-israelíes (1948-1949, 1956, 1967, 1973), Etiopía-Somalia en torno a Ogadén (1978). Varias guerras civiles sólo se decidieron mediante una intervención abierta del exterior o, en la medida en que aún duran, la intervención exterior propició una solución provisional. Pueden incluirse en este capítulo las guerras de Grecia (1949), Malasia (1975), Nigeria (1970), la de Uganda con la intervención de Tanzania (1979), mientras que la intervención militar de la India contribuyó decisivamente a que Bangla Desh alcanzara su independencia nacional mediante la secesión de Pakistán (1972). Conflictos bélicos de carácter especial fueron la acción anglofrancesa de Suez contra Egipto en colaboración con Israel (1956) y el simultáneo aplastamiento por la Unión Soviética del levantamiento húngaro, oficialmente en calidad de ayuda solicitada por una de las partes en el conflicto civil húngaro. De modo semejante deben entenderse las intervenciones militares soviéticas en Checoslovaquia (1968) y Afganistán (1979-1980) como formas especiales de intervención, y otro tanto ocurre con las intervenciones de los Estados

Unidos en otros países, con o sin utilización de las fuerzas armadas estadounidenses, para imponer regímenes de su agrado: Irán (1953), Guatemala (1954), Líbano (1957-1958), Vietnam (1964/65-1972), República Dominicana (1965), Grecia (1967), Campuchea (1970), Chile (1973), por nombrar únicamente los ejemplos más evidentes. En estos y en otros casos se pone de manifiesto que la habitual distinción formal entre conflictos exteriores y conflictos internos no es suficiente, ya que los factores externos han sido muchas veces determinantes de la salida del conflicto, por lo menos a corto plazo. Precisamente el derrocamiento del sha en Irán (1979) muestra cómo una intervención exterior —en este caso de los Estados Unidos para restaurar en el trono al sha que ya se había ido al exilio (1953)— puede conducir, a plazo medio, al fracaso de la intervención extranjera (1979), con consecuencias de largo alcance que a estas alturas (mediados de 1980) todavía no pueden preverse.

Pero con esta reserva, la distinción *grosso modo* entre conflictos preponderantemente nacionales y preponderantemente internacionales sigue teniendo sentido, siempre que se tenga en cuenta el efecto de los factores exteriores o, en su caso, internos. Por lo que respecta a los conflictos preponderantemente nacionales desde 1945, pueden distinguirse cinco variantes:

1. Una minoría oprimida y explotada reclama para sí el derecho democrático a la codeterminación política y entra así en conflicto con la mayoría dominante. Las tensiones pueden manifestarse en erupciones esporádicas (afro-americanos en los Estados Unidos durante los «veranos calientes» entre 1964 y 1968) o derivar en prolongadas y sangrientas guerras civiles (Sudán, 1955-1972, Irlanda del Norte desde 1966).

2. A una parte de la población, que representa la mayoría en la zona del país por ella habitada, se le prometen en la constitución nacional, o como consecuencia de obligaciones internacionales, derechos políticos (como, por ejemplo, la autonomía) que luego se le niegan en la práctica o se le quitan de nuevo después de algún tiempo, llegándose así a la secesión que se consuma con una nueva independencia nacional (Bangla Desh contra Pakistán en 1971) o a un intento de secesión en una lucha por la liberación nacional aún por decidir (Eritrea frente a Etiopía desde 1962).

3. Las guerras nacionales de independencia contra las potencias coloniales europeas contienen, de modo análogo a las guerras partisanas durante la segunda guerra mundial, elementos de guerra civil frente a las viejas clases dirigentes que han colaborado con la potencia colonial, de forma que la revolución que inicialmente tenía un carácter preeminentemente nacional se convierte en lucha

por la independencia, o, a continuación de ella, en revolución social: Vietnam, Argelia, Guinea-Bissau, Angola, Mozambique.

4. Una mayoría oprimida por estructuras de dominio tradicionales y precoloniales reacciona tras la consecución de la independencia nacional contra la minoría dominante autóctona, con éxito muy diverso: en Ruanda, la mayoría constituida por los campesinos negros hutu se impuso a la aristocracia guerrera —de piel más clara— de los tutsi después de un levantamiento (1959) y de un referéndum (1961), derrotando una intervención militar de los derrocados tutsi desde el exterior (1963). En cambio, en la vecina Burundi, con una estructura análoga, un intento semejante de los hutu terminó en dos matanzas infligidas a éstos por los tutsi (1965, 1972). En Zanzíbar, una rebelión de las clases subordinadas, compuestas en su mayoría de negros, derrocó el dominio de los árabes, instalados desde hacía siglos, tan sólo un mes después de conseguirse la independencia nacional (diciembre de 1963) en una matanza dirigida contra estos últimos (enero de 1964). Hasta cierto punto puede clasificarse dentro de esta variante el conflicto entre griegos y turcos en la isla de Chipre, aun cuando las circunstancias históricas sean algo más complejas.

5. Una variante de este modelo la representan los conflictos en Estados dinásticos de corte imperial cuando un derrocamiento interno elimina el atenazamiento que ejercía el poder central de los emperadores, como en los casos de Etiopía (1975) e Irán (1979). Ambos Estados basan sus actuales dimensiones en conquistas históricas. Cabía esperar desde el principio, si se tienen en cuenta todas las experiencias históricas precedentes, que aquellas partes de la población que fueron en su día sometidas y a las que hasta ahora sólo había mantenido unidas la corona, en la actualidad, en plena era de la democracia y la autodeterminación, exigieran cuando menos la autonomía o cayeran en el remolino de corrientes unificadoras que habían de proceder de Estados nacionales ya establecidos. El conflicto entre Etiopía y Somalia por la cuestión de Ogadén (1978-1979) y los conflictos internos en los territorios ocupados por las minorías nacionales de Irán entre la mayoría gobernante de los persas y las reivindicaciones autonómicas en zonas de importancia estratégica o económica (petróleo) pueden explicarse mediante este mecanismo. De modo similar pueden esperarse tensiones o incluso conflictos entre los amharas, que dominan en Etiopía, y las restantes minorías nacionales, a menos que en la nueva República Popular aquéllos obtengan una auténtica autonomía interna. Para comprender este mecanismo histórico resulta útil dirigir una mirada comparativa a imperios dinásticos más antiguos con una estructuración semejante y a su evolución interna bajo la presión de procesos revolucionarios, al imperio otomano, al

imperio ruso y al imperio austrohúngaro en las fases finales de su existencia y después de su hundimiento o en su reestructuración revolucionaria.

Respecto a los conflictos internacionales después de 1945 pueden distinguirse dos grandes categorías: o bien han surgido, total o principalmente, de la confrontación Este-Oeste en la guerra fría (sobre todo la guerra de Corea) o bien se basan en conflictos más antiguos entre dos o varios Estados, conflictos cuyas raíces se remontan a la época precolonial. Son ejemplos importantes los conflictos entre la India y Pakistán, el conflicto triangular Somalia-Kenia-Etiopía, el de Oriente Medio, el de Vietnam-Campuchea. En cambio la guerra entre Uganda y Tanzania (1979), que condujo al derrocamiento de Idi Amín, hay sue atribuirla a factores internos ugandeses. El conflicto de Chipre surgió como conflicto nacional, interno, pero provocó en seguida la confrontación entre Grecia y Turquía, hasta llegar al borde de un conflicto internacional con consecuencias paralizantes para la OTAN en Europa sudoriental. El conflicto de Oriente Medio y el de Chipre muestran hasta qué punto conflictos internacionales ajenos a la guerra fría se ven de todas formas profundamente influidos por la confrontación Este-Oeste.

La mayoría de los conflictos que surgen al margen de las tensiones entre Oriente y Occidente se producían o se producen, por regla general, en torno a la pertenencia de territorios en disputa que, o bien están situados fuera de los Estados afectados (como, por ejemplo, Chipre, que desde 1959 constituye un Estado independiente) o bien se hallan dentro de uno u otro de ellos: zonas del Sáhara en disputa entre Argelia y Marruecos en 1965; territorios de Kenia y Etiopía habitados por somalíes y reclamados por Somalia; territorio del Himalaya, a lo largo de la línea MacMahon que desencadenó una guerra fronteriza entre India y China (1962) Parecidas características han tenido los conflictos fronterizos entre la URSS y la República Popular China en torno a la región del Usuri (1968-1969). Por regla general tales reivindicaciones territoriales tenían una importancia puramente regional que no afectaba a la existencia nacional del Estado en cuestión. Pero hay excepciones como la pretensión de Marruecos de anexionarse Mauritania (1960), que de haberse satisfecho habría provocado la inmediata desaparición de un Estado que acababa de obtener su independencia. O como las reivindicaciones territoriales de Ghana bajo el gobierno de Nkrumah (hasta 1966) que ponían en peligro la existencia del vecino Togo. E igual que las reclamaciones territoriales de Marruecos habrían ahogado en germen la independencia mauritana, Mauritania (hasta 1979) y Marruecos (que lo sigue in-

tentando) intentaron impedir la formación del nuevo Estado del Sáhara Occidental tras la retirada de España (1976).

b) *Las conquistas históricas como potencial conflictivo*

La fundamentación y las justificaciones de las partes en conflicto para el mantenimiento o la terminación de las situaciones de soberanía o las fronteras estatales en litigio nos ofrecen una de las claves para una comprensión más a fondo de los mecanismos que actúan en los conflictos: en la mayoría de los casos las reivindicaciones territoriales o de soberanía se fundan en razones total o preponderantemente históricas, y sólo en casos excepcionales en razones abiertamente económicas, como en el caso del conflicto resurgido entre Irán e Irak en torno al Chat al-Arab, o la lucha por su independencia frente a Marruecos del pueblo saharaui, que comprensiblemente no quiere verse privado de sus ricos yacimientos de fosfatos.

Sobremanera complicado es el curso de los conflictos en los que los miembros de un pueblo distribuido entre varios Estados exigen el derecho a la autodeterminación para conseguir su unidad nacional, aun cuando hasta ahora nunca hayan poseído un Estado nacional unificado, como les ocurre a los somalíes que viven hoy en Somalia, Kenia y Etiopía. Con la existencia de Somalia tienen ya de todas formas una base de partida estatal para la unión de todos los somalíes en una Gran Somalia. De modo semejante reivindica Bulgaria la anexión de Macedonia como reunificación nacional, lo que pondría en peligro la existencia de Yugoslavia. Armenios y kurdos carecen de un Estado nuclear propio. Los armenios que viven dentro del marco de la Unión Soviética cuentan al menos con una república soviética autónoma. Mientras que los armenios pueden mostrar en su pasado sucesivos períodos de independencia, los kurdos, descendientes del antiguo pueblo de los hurritas, en el Oriente Medio, han carecido de Estado propio desde la caída del reino de Mitani (hacia 1500 a. C.) y han sido siempre súbditos de los grandes reinos de Oriente Medio o, como en la Edad Moderna, han estado repartidos entre varios Estados.

En parte, las reclamaciones generadoras de conflictos se apoyan en la pertenencia temporal del territorio en cuestión en un momento pretérito al Estado reclamante, como la exigencia de anexión de Mauritania por Marruecos (1960) o su actual pretensión de anexionarse la zona norte del Sáhara Occidental, o como en el conflicto entre Turquía y Grecia en torno a Chipre. Del recurso de jóvenes Estados nacionales a tradiciones imperiales en el momento de máxima expansión territorial surgen conflictos en aque-

llos puntos en los que chocan reivindicaciones territoriales encontradas. Así ocurre sobre todo en Macedonia que, desde el Congreso de Berlín en 1878, constituye un foco de conflicto latente o agudo entre Bulgaria y Serbia/Yugoslavia. Idéntico mecanismo explica también otros conflictos que en cierto modo ya pasaron a la historia en conexión con la primera guerra mundial, fundamentalmente en Europa oriental, a saber entre Polonia y Lituania, o entre Polonia y Checoslovaquia (en torno a Teschen) o con la joven República Soviética.

La situación se hace especialmente delicada desde el punto de vista ideológico cuando jóvenes Estados nacionales o Estados revolucionarios (comunistas) tienen que remitirse a demarcaciones fronterizas establecidas por antiguas potencias imperialistas o imperiales, ya que su ética antiimperialista está en contradicción con el reconocimiento de las fronteras marcadas por el Antiguo Régimen. Así, en 1965, Marruecos y Argelia se remitían en su disputa en torno a territorios de interés económico en el Sáhara (fosfatos) a límites administrativos internos (por lo demás poco claros) establecidos por la potencia colonial francesa, mientras que Kenia, por razones estratégicas, defendía frente a Somalia la frontera del noroeste trazada por el poder colonial británico, aceptando la existencia de una minoría nacional somalí que, en caso de crisis, quizá no fuese políticamente muy de fiar. Parecida era la situación en la línea MacMahon, es decir en la frontera trazada en el Himalaya por Inglaterra entre Tíbet/China y la India, y a la que este último país se remitía, mientras que la República Popular China rechazaba la línea MacMahon de 1913 [17].

Otra variante del mismo principio es el conflicto fronterizo entre la URSS y la República Popular China en la región del Ussuri. En este caso ambas potencias mundiales comunistas se remiten a las líneas fronterizas trazadas por sus respectivos Estados dinástico-imperiales precedentes. Mientras que la URSS parte de la validez jurídica internacional de los tratados fronterizos concluidos en 1689 y 1860 entre la Rusia zarista y la China imperial, la República Popular China los cuenta entre los «acuerdos leoninos» que las grandes potencias imperialistas impusieron a China desde la terminación de la guerra del Opio (1839-1842), debido a lo cual la República Popular China rechaza hoy de manera general la validez de tales tratados. En el conflicto fronterizo chino-soviético resuena pues el principio de la conquista de un modo especialmente grotesco para los Estados comunistas: es cierto que los territorios del Extremo Oriente de la Unión Soviética forman parte de las conquistas de los «zares blancos», pero la dinastía Manchú, usurpadora a su vez del poder en China (desde 1644), los había conquistado poco antes, y además no estaban ocupados por

chinos Han, sino por tribus nómadas más afines a los mongoles que a los chinos. Similarmente la República Popular China considera suyos todos los territorios —incluso los claramente no chinos— que una vez conquistaran los «emperadores blancos», como podría llamárseles en analogía con los «zares blancos», sobre todo el Tíbet y la mayor parte de Manchuria, así como la Mongolia Interior y Sinkiang (Turquestán Oriental).

El denominador común de todos los conflictos hasta ahora mencionados sólo aparece en su dimensión histórica: el intento de explicar los conflictos de una época, y por descontado los conflictos contemporáneos, nos lleva siempre al pasado, mucho más allá del moderno imperialismo, remontándonos siglos y a veces hasta milenios atrás. Esta experiencia debería ser suficiente para dar que pensar a los detractores de la historia anterior y a quienes defienden una concepción de la historia económica y social del propio país que se limita a su industrialización, o a la historia contemporánea: la historia contemporánea más allá de los propios límites nacionales no puede entenderse hoy en día sin contar por lo menos con unos conocimientos que ofrezcan un bosquejo de la historia europea y extraeuropea anterior a nuestra época y que se remonten incluso a la Antigüedad y al Oriente Próximo. Tal ocurre especialmente con la comprensión del conflicto de Oriente Medio.

Todos los conflictos mencionados y los que a continuación esbozaremos con más detalle tienen un sustrato histórico de conquistas sufridas y no superadas social y políticamente. Las conquistas crearon unas relaciones de dominio y de explotación que han perdurado hasta nuestra época de democracia y autodeterminación nacional, por más que estas estructuras de dominio y explotación se hayan modificado o enmascarado. A veces, en los antiguos países coloniales, la introducción del principio democrático tras la independencia nacional o inmediatamente antes de ella, hizo que la relación existente entre la minoría dominante y la mayoría dominada se volcara en sentido contrario, lo que condujo a conflictos, como en el caso de Chipre (turcos y griegos), de Zanzíbar (árabes y africanos) o de Ruanda y Burundi (tutsi y hutu). En la zona del Sáhel, así como en otras regiones (partes de Africa occidental), la soberanía colonial europea alteró la relación entre los campesinos negros, tradicionalmente dominados y explotados, y los cazadores de esclavos beréberes, procedentes del Sáhara, o entre los pueblos de la costa (ibos, fanti, ewe) y los pueblos cazadores de esclavos del interior (yorubas, fulani/hausa, ashanti), proporcionando a los pueblos tradicionalmente oprimidos una base de partida económica, social y política más favorable para los tiempos posteriores a la independencia. La zona del Sáhel es especialmente una región de tensiones, en la que la venganza de

la mayoría campesina negra alcanza de pleno a los habitantes del Sáhara (tuaregs, beréberes). Los que una vez fueran «altivos hijos del desierto» han pasado a ser hoy minorías marginadas, atrasadas y odiadas, hasta el punto de tenerse que rebelar contra la nueva discriminación. Ese es el trasfondo histórico de la guerra civil que, con cambiante intensidad, asola el Chad desde 1966. De una manera sorda y poco llamativa se desarrolló ese mismo conflicto durante la horrorosa y catastrófica sequía que se prolongó hasta 1975. Según informaciones periodísticas, los gobiernos centrales establecidos por los negros retuvieron en gran parte las ayudas destinadas a los más duramente afectados, es decir a los habitantes del Sáhara.

Condición previa y elemental del surgimiento de numerosos conflictos actuales es el efecto político consiguiente al principio histórico de la conquista, aun cuando presente múltiples variaciones que no siempre son fáciles de detectar en las presentes situaciones conflictivas. Los ejemplos que siguen proceden en su mayoría del Tercer Mundo, lo que históricamente considerado no constituye ninguna casualidad. Ya sólo el gran número de factores nacionales y regionales existente en el Tercer Mundo crea la mayor parte de las fricciones, tensiones y conflictos. Históricamente, las sociedades del Tercer Mundo se encuentran en una situación similar a la de los Balcanes tras la primera guerra mundial, al hundirse definitivamente los Imperios otomano y austro-húngaro, con la única diferencia de que en el Tercer Mundo los imperios coloniales de las potencias imperialistas o de las estructuras de poder imperiales han caído en manos de pueblos dominantes autóctonos (Etiopía, Irán) con lo que liberan un potencial conflictivo análogo al existente dentro de los nuevos Estados nacionales, y entre unos y otros, inmediatamente antes de la primera guerra mundial y con posterioridad a ella. Un estudio comparativo de los conflictos históricos de Europa previos a 1914 y los conflictos actuales que en Europa se encuentran localizados (Irlanda del Norte, Macedonia, Chipre) muestra que fundamentalmente actúan aquí mecanismos que, por razones históricamente explicables, tienen mayor virulencia en el Tercer Mundo, pero que forman parte de la historia en general.

c) *Efectos del dominio colonial europeo*

General para todos los países del Tercer Mundo que fueron anteriormente colonias europeas es el siguiente mecanismo histórico que imprime carácter y curso, por lo menos en parte, a los conflictos internacionales (exteriores) y nacionales (internos) que hasta

ahora se han producido. Hay que partir del concepto clave de «pax colonialica», que se apoya en el viejo concepto de «pax romana». Del mismo modo que no constituye propaganda ni apología imperial decir que el imperio romano suprimió durante siglos con la «pax romana» los conflictos de la población autóctona de los territorios conquistados, tampoco es propaganda ni apología imperialista afirmar que, con el orden externamente impuesto, es decir con la «pax colonialica», se suprimieron temporalmente los conflictos entre los dominados (no así con sus «pacificaciones» entre dominantes y dominados).

Una observación más detallada permite reconocer una situación histórica todavía más complicada: para erigir su dominio colonial, las potencias imperialistas, como ocurriera anteriormente con todos los procesos de expansión de carácter imperial, se sirvieron de maneras múltiples de los conflictos internos, tales como guerras civiles en los Estados autóctonos preexistentes o guerras entre Estados autóctonos de distinta dimensión. Las potencias coloniales pudieron así contraponer unos factores a otros y no fue raro que se solicitara o se saludara con agradecimiento su intervención como árbitros exteriores o como intermediarios de la paz. A efectos de nuestra investigación es esencial una consecuencia de esta situación: los señores coloniales europeos no podían ni querían resolver los múltiples conflictos existentes en el ámbito en el que ejercían su poder, empezando porque por regla general su conocimiento de la situación exacta de tales situaciones y de las condiciones históricas previas de tales conflictos era insuficiente. Pero aún más importante era el hecho de que las potencias coloniales europeas no tenían, y probablemente no podían tener, criterios de cara al futuro sobre en favor de quién deberían resolverse los numerosos conflictos en sentido constructivo. Así, pues, se conformaron por lo general con aplicar una táctica que, a corto plazo y con un criterio pragmático, tuvo éxito, pero que a medio y largo plazo resultó fatídica, consistente en apoyar a aquellas fuerzas nativas que se mostraban dispuestas por propio interés a mantener la paz interna en colaboración con los señores coloniales, o que se subordinaban sin gran resistencia a las nuevas potencias coloniales. Estas fuerzas solían estar constituidas por los dominadores autóctonos tradicionales, cuya dominación se basaba a menudo en otra conquista ya pretérita. El método más cómodo y barato para erigir la dominación colonial y para mantenerla resultó ser el *indirect rule* (o «gobierno indirecto»), que surgió de la situación política preexistente en la India conquistada por la East India Company inglesa, y que posteriormente el capitán Frederick Lugard trasplantó conscientemente en la conquista colonial del sultanato de Sokoto, en el norte de Nigeria. La sistematización y reforza-

miento teórico del *indirect rule* por Lugard[18] es un producto típico de la dominación colonial británica. De hecho otras potencias coloniales se sirvieron también del *indirect rule* (aunque sin utilizar este nombre) en todos aquellos casos en los que dejaron prácticamente intactas las estructuras sociales y de dominio internas de los pueblos sometidos y —con o sin protectorado— concedieron a las sociedades nativas una considerable autonomía interna, es decir que las gobernaron a través de las propias élites autóctonas tradicionales.

En conjunto, el *indirect rule* se limitó a codificar el *statu quo* social y político imperante, ampliando ocasionalmente los derechos políticos o el ámbito geográfico del poder de los soberanos locales, como ocurrió en algunas partes del Africa occidental británica (Nigeria, Ghana). Pero la codificación o el desarrollo del *statu quo* significaba también que los diversos conflictos existentes en la sociedad nativa o entre las distintas sociedades nativas quedaban meramente congelados, reapareciendo y cobrando de nuevo virulencia al alcanzarse la independencia o después de conseguida ésta.

La conservación de las estructuras de dominio autóctonas, al mantener las situaciones conflictivas, agudizó los conflictos nuevos. Básicamente hay dos posibilidades de que se produzca esta agudización: o bien la petrificación de las relaciones de dominación política por obra de la potencia colonial va seguida de una disputa tanto más dura al desaparecer la «pax colonialica» (africano-árabes en Zanzíbar, hutu-tutsi en Ruanda y Burundi), o bien la dominación colonial altera, al principio insensiblemente, la relación de fuerzas en favor de las clases o etnias tradicionalmente subordinadas cuando éstas utilizan más decididamente las oportunidades de la modernización ofrecidas por la potencia colonial (misiones cristianas, escuelas, administración colonial, cultivos para el mercado) y en vísperas de la independencia nacional se encuentran de repente en superioridad de condiciones, en cuanto a modernización y formación, respecto a los grupos tradicionalmente dominantes (fanti-ga en Ghana, ibos en Nigeria, la población negra campesina en el Africa occidental francesa con respecto a los beréberes y tuaregs del Sáhara, los negroides del sur del Sudán con respecto a los árabes musulmanes del norte). Una variante especial del primero de los modelos mencionados la representan los Estados que salieron de la dominación colonial europea como colonias de residentes blancos y se declararon formalmente independientes para seguir ejerciendo con violencia su dominación racista y de clase como continuación, formalmente modificada, del dominio colonial europeo (República de Sudáfrica y Rhodesia, que en 1980 alcanzó su verdadera independencia con el nombre de Zimbabwe). En estos casos el *apartheid,* como sistematización de la dominación colonial y el racismo, ha producido la petrificación de las estructuras de

dominio que en otros sitios se había producido bajo los dominadores nativos protegidos por la «pax colonialica».

Mucho más sencilla y directamente actuó desde luego el mecanismo de la conquista histórica en aquellos lugares en los que las potencias coloniales europeas trataron de destruir las estructuras sociales y de poder autóctonas para, con métodos de *direct rule,* apropiarse de las tierras y hacer sitio a la colonización europea. El ascenso de los pueblos coloniales sólo pudo conseguirse allí por medio de cruentas y prolongadas guerras de liberación de carácter nacional y revolucionario, en abierta y masiva confrontación entre los pueblos coloniales y la potencia colonizadora. Esto ocurrió en Argelia, Guinea-Bissau, Angola, Mozambique, Zimbabwe y acabará ocurriendo en la República de Sudáfrica. Vietnam también encaja estructuralmente dentro de esta categoría, aun cuando allí no se establecieran colonias de residentes blancos y se conservara, por lo menos formalmente, la cúspide de la estructura de poder autóctona: el emperador de Annam.

IV. CONFLICTOS INTERNACIONALES DESDE 1945

Los principales conflictos bélicos internacionales desde 1945 [19] han sido hasta ahora la guerra de Corea (1950-1953), que podría estallar de nuevo en cualquier momento a la vista de la inestabilidad política interna de Corea del Sur; el conflicto de Oriente Medio, que ha producido hasta ahora cuatro guerras abiertas entre israelíes y árabes (1948-1949, 1956, 1967 y 1973), y últimamente la guerra entre Irak e Irán (1980) de consecuencias todavía imprevisibles. En cambio han tenido una significación meramente regional las tres guerras habidas entre la India y Pakistán (1947-1949, 1965 y 1971), entre la India y China en torno a la línea MacMahon (1962), y la que se ha producido entre Etiopía y Somalia en su disputa por Ogadén (1978).

Todos los conflictos bélicos internacionales posteriores a 1945 tienen en común el hecho de haber estallado sin declaración de guerra formal, tal como obligatoriamente prescribe la regulación de la guerra terrestre establecida en la Conferencia de La Haya de 1907, con lo que, desde el punto de vista formal, no existió guerra alguna. De ahí que, en la medida en que no prosiguen, hasta ahora hayan finalizado (¿provisionalmente quizá?) en todo caso mediante armisticios. La única excepción la ha representado últimamente el tratado de paz firmado por Egipto e Israel (1979), que por voluntad de las dos potencias beligerantes y de los Estados Unidos deben constituir el punto de partida para una regulación general de la

paz en Oriente Medio, aunque todavía está por demostrar su durabilidad.

a) *La guerra de Corea*

La única guerra caliente que se ha producido hasta ahora dentro del marco de la guerra fría ha sido la de Corea. Su causa inmediata fue un procedimiento que se aplicó en el mismo año 1945: la partición, que inicialmente había de ser provisional, del país en conexión con el final de la segunda guerra mundial en el Lejano Oriente. A semejanza de Alemania, las zonas de ocupación, con la frontera totalmente arbitraria del paralelo 38, se convirtieron en dos estructuras estatales distintas: una democracia popular de carácter comunista en el norte, y un Estado de orientación occidental en el sur, aunque bajo Syngman Rhee constituyó casi una dictadura. Para comprender la ruptura de las hostilidades basta, pues, en el fondo tener en cuenta la rivalidad entre un grupo dirigente comunista y otro prooccidental, cada uno de los cuales quería conseguir la reunificación nacional en un Estado independiente bajo su dirección y se apoyaba en una de las dos potencias mundiales rivales: el norte en la URSS y en la República Popular China, recién fundada y todavía aliada, y el sur en los Estados Unidos y sus aliados. Pero este conflicto superficialmente explicable a partir de la historia contemporánea tiene también su dimensión histórica profunda en la historia anterior de Corea: tradicional dependencia cultural y política de China, estación intermedia de la cultura china en su desplazamiento hacia el Japón, que por su parte ya intentó la conquista de la península coreana en la temprana Edad Moderna (1592-1598). En los comienzos de su expansión imperialista, Japón consiguió, a partir de 1876, establecer su dominio paulatino, primero económico, luego también militar y político, hasta acabar anexionándose formalmente Corea como provincia japonesa (1910). Previamente Rusia había proclamado sus pretensiones con respecto a Corea, pero fue derrotada por Japón en la guerra ruso-japonesa (1904/05), derrota que coincidió con la primera revolución en Rusia (1905/06). La política japonesa de explotación y opresión despertó, sin embargo, una resistencia en Corea, resistencia que, como ha sido habitual en situaciones semejantes desde la primera guerra mundial, contaba con un ala nacionalista-burguesa y un ala comunista. La capitulación del Japón al final de la segunda guerra mundial podía haber ofrecido al país la posibilidad de alcanzar su independencia no dividida, pero la partición en una zona de ocupación soviética y en otra de ocupación norteamericana lo único que hizo fue dejar

expedito el camino para que las dos alas antagónicas de la resistencia se impusieran plenamente, cada una de ellas en la zona de la potencia mundial ideológicamente afín: los comunistas en el norte y Syngman Rhee en el sur. La política de reunificación sudcoreana contribuyó sin duda con su agresividad a la ruptura de las hostilidades en 1950, agresividad alimentada por el hecho de que Syngman Rhee procedía de la dinastía real derrocada por los japoneses en 1910 y había sido un representante de la resistencia nacionalista frente a éstos. Por otra parte, una Corea unida bajo signo comunista habría encajado en la continuidad que puede observarse entre la Rusia zarista y la Unión Soviética, tal como cada vez se perfila de forma más nítida. También la intervención de la República Popular China en la guerra de Corea a partir de finales de 1950 tiene cabida en un esquema tradicional: la relación de vasallaje impuesta por China a Corea hasta finales del siglo XIX. La intervención de «voluntarios» chinos fue una medida de seguridad estratégica para proteger Manchuria y la propia República Popular recién instaurada al acercarse las tropas de la ONU mandadas por los Estados Unidos al Yalú, el río fronterizo entre Corea del Norte y China (Manchuria). Pero también puede verse en ella la expresión de la clásica pretensión hegemónica regional de China, de acuerdo con la ideología tradicional de la China imperial del «Imperio del Medio», destinado a gobernar a los «bárbaros» en torno a China por el bien del mundo y de los propios bárbaros. Invirtiendo los términos, también el dominio sobre toda Corea por un régimen procedente del sur e inclinado hacia los Estados Unidos habría encajado perfectamente en la estrategia del imperialismo norteamericano, empeñado en controlar las costas situadas frente a sus propias costas del Pacífico. Por otra parte la «pérdida» de China en 1950 a manos de los comunistas provocó como reacción interna la experiencia del mccarthismo, dramática para los Estados Unidos.

Los actuales conflictos de Corea del Sur tienen su explicación por el brutal proceso de industrialización de diseño capitalista-occidental, proceso que en realidad se inició tras el derrocamiento de Syngman Rhee (1960) y bajo la dictadura militar que le sucedió (1961). La industrialización acelerada sin libertades políticas ha hecho surgir graves tensiones sociales y políticas que han comenzado a aflorar a partir del asesinato del presidente Park (octubre de 1979) y que posiblemente acaben poniendo de nuevo en marcha, en Corea y en torno a ella, el conflicto de la reunificación.

b) *El conflicto de Oriente Medio*

Al contrario que la guerra de Corea, el conflicto de Oriente Medio tiene una fundamentación histórica tan sólida que para explicarlo adecuadamente hay que tener en cuenta un importante trozo de la historia universal: toda la historia anterior de los judíos, los árabes y Palestina hasta la segunda guerra mundial y hasta la fundación del Estado de Israel (1948). El *leitmotiv* de la «conquista» aparece aquí con múltiples variantes. Hay que remontarse más de tres milenios, hasta la conquista de lo que posteriormente fue Palestina por las tribus hebreas tras el éxodo de Egipto (probablemente hacia 1250 a. C.). Poco después de la ocupación hebrea, llegaron al sudoeste del país los filisteos, en el curso de la expansión de los llamados «pueblos del mar» (hacia 1200 a. C.) y sometieron en su mayor parte a los hebreos que poco a poco se fueron concibiendo a sí mismos como israelitas («Israel» = «pueblo de Dios»). Con los filisteos aparece por primera vez en el país un motivo que complica sobremanera la historia de Palestina: el de los fugitivos conquistadores. Pues probablemente los filisteos habían sido a su vez expulsados de Creta por la inmigración dórica (lo que explicaría la denominación bíblica de «krethi y plethi», es decir: cretenses y filisteos). Como respuesta a la pretensión conquistadora y hegemónica filistea, los israelitas constituyeron por primera vez, tras duras luchas, un reino unitario bajo Saúl (hacia 1020 a. C.), que tuvo su continuidad en el gran reino judío de David y Salomón (hacia 1000-928 a. C.), reino que incluyó a su vez territorios conquistados, sobre todo el de los arameos, en torno a Damasco.

El reino judío sólo fue posible, sin embargo, gracias al vacío de poder que sucedió a la «invasión de los pueblos del mar», mientras las grandes potencias tradicionales de Oriente Medio —Egipto, Asiria/Babilonia, el reino hitita— sufrían un simultáneo y prolongado debilitamiento o resultaban aniquiladas. Poco después de Salomón se dividió el reino judío en el reino del norte, Israel, con su capital en Samaria y el reino más pequeño del sur, que tenía por capital Jerusalén. Con la recuperación de las dos potencias tradicionales que flanqueaban a Israel, Egipto y Asiria/Babilonia, los dos Estados judíos fueron triturados (722, 586 a. C.), de forma que, como suele ocurrir en la historia, la memoria del gran reino de David y Salomón se transfiguró y se introdujo en la esfera de lo religioso: la restauración de un reino judío bajo un nuevo David como mesías (en griego: *christós)* se convirtió en una creencia mesiánica y sionista de los antiguos judíos, sobre todo tras la destrucción del templo de Jerusalén por los romanos en tiempos de Tito (70 d. C.).

Tras un amplio rodeo histórico que llevó a los judíos a Europa occidental y al oeste de Rusia surgió antes de 1900 la idea, derivada de las creencias mesiánicas y sionistas, bajo la presión de la falta de derechos políticos y de la persecución a las que se les sometía bajo el signo de antisemitismo moderno, y como versión secularizada del sionismo, de crear un Estado nacional propio para los judíos perseguidos. Tras algunos años de indecisión inicial se precisó la localización geográfica del «Estado judío» a fundar: Palestina.

A la conquista del antiguo Israel por los asirios (722 a. C.) y de Judea con Jerusalén por los babilonios (586 a. C.) siguió la conquista por los persas (539) que trajo a los judíos el fin del cautiverio babilónico (586-538) y permitió la autonomía religiosa. La conquista de Alejandro Magno (332) fue acompañada de la creciente presión de la helenización, ante la que una parte de los judíos respondió con una reacción cultural y con una lucha de liberación armada contra las oprimentes presiones tributarias, los saqueos y la profanación del templo de Jerusalén, así como contra la prohibición del culto de Yavé. Tras las guerras de los macabeos (166-160 a. C.) surgió una vez más un Estado judío, respaldado por una alianza con Roma (161 a. C.). Como consecuencia de la expansión romana en Oriente, los judíos quedaron paulatinamente bajo la dependencia de Roma, primero como Estado cliente aliado (64 a. C.) y posteriormente dividido, en un complicado proceso, en varias unidades políticas con distinto *status* que de hecho formaban parte de la provincia romana de Siria. La conquista de Jerusalén y la destrucción del templo (70 d. C.) privó a los judíos de una base territorial unitaria en su patria. Tras la última gran revuelta bajo Bar Kojba (132-135), Jerusalén volvió a ser destruida y a los judíos se les prohibió habitar en ella. El emperador Adriano recuperó el nombre ya utilizado por Heródoto de «Siria de los filisteos» («Syria e Palaistien») de donde procede la nueva denominación de Palestina.

La conquista árabe-musulmana (a partir de 637/38) trajo al país una nueva población que con el tiempo acabó constituyendo la mayoría y que en conjunto se mantuvo frente a todos los demás conquistadores: frente a los cruzados (1099-1187/1291), los mamelucos (1291-1517), los turcos otomanos (1517-1918). Pero aun cuando los árabes siguieron siendo la mayoría de la población del país, el predominio social y político pasó a los mamelucos y posteriormente a los turcos, de modo que los árabes —al igual que la minoría paulatinamente creciente de judíos reinmigrantes— tuvieron que conformarse con soñar con *su* gran reino del pasado, el califato de Damasco o de Bagdad. Palestina quedó devastada económicamente tras destruir los mamelucos sistemáticamente, en

1291, todas las tierras cultivables para evitar que volvieran los odiados «francos» de Occidente. El retroceso económico general de toda la región mediterránea a partir del descubrimiento de América y de la vía marítima directa hacia la India (1492/98) y el abandono que sufrió bajo mamelucos y turcos dio el golpe de gracia al país: Palestina se convirtió en un territorio desértico y pantanoso con escasas ciudades residuales.

En esta situación, la expedición de los franceses bajo Napoleón Bonaparte a Egipto (1798-1799), que llegó hasta Acre (actualmente al norte de Israel), trajo un primer cambio, pues el nacionalismo árabe frente a mamelucos y turcos tuvo su punto de partida en la intervención francesa. La apertura del Canal de Suez (1869) ejerció un efecto estimulante sobre Palestina, así como sobre toda la región del Mediterráneo. Antes del moderno sionismo, que tuvo su origen en los pogromos antisemitas que se produjeron en Rusia tras el asesinato del zar Alejandro II (1881), comenzó un asentamiento agrícola, al principio muy poco numeroso, de judíos que reinmigraban de Europa oriental (1870/78). Estos judíos eran descendientes de los que a su vez, tras la gran peste de 1348/49, se habían refugiado en Polonia huyendo de la persecución de que eran objeto sobre todo en Alemania y por la partición de Polonia habían pasado sobre todo a Rusia, aunque algunos se habían dirigido a Austria (Galitzia).

El sionismo organizado por Theodor Herzl a partir de 1897 proclamó la conquista de la «Tierra» («Erez Israel») y el establecimiento de un «hogar nacional» para los judíos perseguidos por el antisemitismo europeo. A la vista de la situación política existente, la «conquista» no podía entenderse en el sentido de una conquista militar. Pero también la «conquista pacífica», practicada al principio, y a la sazón la única posible, mediante la compra sistemática de tierras y la fundación de asentamientos agrícolas, se proponía y provocaba la creación de situaciones que un día sentarían las bases para la soberanía política. Dado que la mayoría de los sionistas, por razones religiosas o práctico-políticas, rechazaban la concepción mantenida por una minoría («sionismo cultural») de un Estado conjunto judeo-árabe, poco a poco fue madurando el conflicto de Oriente Medio, que desde 1945 se ha hecho crónico. Cuantos más judíos llegaban a Palestina y se organizaban sistemáticamente en el «Yishuv» judío como Estado dentro del Estado, más fuerte era la reacción de los palestinos árabes. En su mayor parte acudieron desde los países árabes colindantes, atraídos por el proceso de recuperación, desarrollo y modernización. Los árabes palestinos se convirtieron así en los árabes más intensamente modernizados, pero sin ser capaces de encontrar las formas de organización política adecuada.

Los turcos todavía mantuvieron bajo control la inmigración judía. La primera guerra mundial, la declaración de Balfour (1917), la conquista de Palestina por los británicos (1917-1918) y el mandato británico de la Sociedad de Naciones (1920) allanó el camino hacia la construcción de una administración de la comunidad judía que entre las dos guerras mundiales presentaba ya todos los rasgos de una organización estatal provisional y no oficial. Los excesos antisemitas de los «blancos» durante la guerra civil rusa (1920), el antisemitismo de la nueva Polonia y las simpatías projudías de la administración mandataria británica condujeron a una intensificación de la inmigración judía en Palestina. El conflicto se agudizó con la llegada de judíos procedentes de Europa central, que, a diferencia de los procedentes de Europa oriental, llevaron consigo, a partir de 1933, capital y conocimientos técnicos modernos. Para ellos Palestina fue el asilo que les salvó del exterminio físico por el fascismo alemán. Sobre todo en la década de 1930, el asentamiento sistemático en territorios estratégicamente importantes con aldeas defensivas creó las bases para la fundación de un Estado judío (1948) que se amplió y reforzó mediante conquistas militares en la primera guerra árabe-judía (1948-1949) que tuvo lugar inmediatamente después.

A semejanza de los filisteos hace más de 3000 años, han vuelto pues los modernos judíos, cuyos antepasados fueron expulsados de su patria hace unos 2000 años, como fugitivos conquistadores del siglo XX a esa tierra de sus antepasados a la que nunca habían renunciado en el curso de los siglos. De ahí que la reivindicación territorial del sionismo moderno y del moderno Estado de Israel se fundamente en la historia, remontándose más lejos que ningún otro conflicto contemporáneo, al tiempo que incide en ella una gran exaltación religiosa. Por su parte los árabes palestinos, a los que el nombre de Palestina une mediante una compleja cadena histórica a los antiguos filisteos, establecen una analogía histórica para fundamentar su resistencia contra la fundación del Estado de Israel sacada de una etapa comparativamente más reciente de la larga prehistoria del conflicto de Oriente Medio: lo mismo que los asentamientos de los cruzados latinos fueron aniquilados en última instancia por los musulmanes (mamelucos), también el Estado de Israel, venido de Occidente (de Europa), desaparecerá de nuevo. La perspectiva histórica sería bastante deprimente, pues la victoria de los mamelucos en 1291 condenó literalmente a Palestina a 600 años de devastación y desertización. Algo parecido podría producirse de nuevo en el caso de una victoria violenta de los árabes sobre Israel: destrucción de las instalaciones de riego y de los cultivos en el curso de cruentas acciones bélicas, además de las consabidas matanzas. Entretanto los israelíes agudizan el conflicto

con la anexión formal del Jerusalén oriental y con la expansión de los asentamientos judíos en detrimento de la población árabe en el norte y el sur de Israel (Galil, Néguev), así como en los territorios ocupados por Israel desde 1967 (margen occidental: Jordania occidental, alturas de Golán). Y todavía reclama Israel, bajo el gobierno de Menájem Beguin, la margen occidental como «Judea» y «Samaria», como parte de la histórica «Erez Israel».

Debido a la peculiar situación histórica como «Tierra Santa» simultáneamente para tres religiones universales (judaísmo, cristianismo, Islam), a los especiales intereses económicos (agua) y a la situación estratégica en el «Creciente Fértil» y en las cercanías del canal de Suez, en la orilla oriental del Mediterráneo y en la orilla septentrional del golfo Pérsico, son tantas las energías y emociones invertidas que es difícil divisar una solución constructiva para el conflicto de Oriente Medio. Una solución racional y humana, que pudiera ser justa para los intereses de todos los afectados, sólo es pensable en un Estado conjunto judeo-árabe del tipo que sea, ya se trate de un Estado federal o de una confederación. La premisa para llegar a una solución de este tipo sería en todo caso que los judíos renunciaran a la condición de Tierra Prometida por Yavé a Abraham (Primer Libro de Moisés, 17, 8), con la que Israel, al menos de manera interna y no oficial, gusta de fundamentar la pretensión de los judíos modernos sobre Palestina/Israel. Tan sólo la renuncia a la fundación del Estado nacional judío motivada y sancionada por la religión podría por lo menos abrir a los hombres y mujeres que viven en el país una posibilidad de existencia en seguridad y en paz, tanto para los árabes como para los judíos que desde hace un siglo han vuelto a emigrar allí. Una solución así sólo podría concebirse mediante la aplicación consecuente del principio de la igualdad de derechos y de la libre autodeterminación para todos los grupos de la población implicados, a cuyo efecto podría ser de utilidad el principio del federalismo, cualquiera que fuere la modalidad que se adoptase.

Los problemas de semejante fundación del Estado en Palestina/Israel no serían sin duda pequeños, pero serían con toda seguridad menores que los que podrían derivarse, para el próximo Oriente y para toda la humanidad, de la prosecución de los hasta ahora cuatro conflictos bélicos habidos entre árabes e israelíes, pues al menos en teoría la situación en el Oriente Medio podría desembocar en cualquier momento en la tercera guerra mundial, con consecuencias imprevisibles. Ambas partes, tanto la árabe como la judeo-israelí, tendrían que renunciar a basar en el engañoso esplendor de las conquistas imperiales —el reino de David y Salomón de hace 3000 años, el califato árabe de hace 1000 años— pretensiones territoriales y de soberanía que inevitablemente tienen que entrar en

mutuo conflicto. Quienes acuden a la historia para justificar su actuación política deberían conocer y tener en cuenta la totalidad de la historia: el reino judío no sobrevivió más que dos generaciones y sólo pudo surgir gracias al vacío de poder que siguió a la invasión de los pueblos del mar. De manera análoga, la fundación del Estado de Israel sólo fue posible gracias al vacío de poder que sucedió a la decadencia del imperio otomano y a la disolución del imperio británico. La recuperación de un poder autóctono en los clásicos centros de poder de la zona, Egipto y Mesopotamia (Irak, Siria), amenaza con volver a destruir a la larga el moderno Estado de Israel. Un arreglo regional o el hundimiento son, antes o después, las dos únicas alternativas que tiene ante sí la nueva formación estatal de los judíos, si se quiere escuchar el consejo de la totalidad de la historia.

c) *El conflicto en el subcontinente indostánico: India-Pakistán-Bangla Desh*

De otra complejidad son las circunstancias históricas en el subcontinente indostánico, y quien quiera puede remontarse, en la explicación de los conflictos que le aquejan desde 1945, no menos atrás de lo que nos hemos remontado para explicar el conflicto de Oriente Medio. Poco después de la época en que tuvo lugar la emigración de Abraham a la tierra de Canaán (hacia 1800 a. C.) sentaban los inmigrantes arios en la India, con sus conquistas, las bases de la historia india articulada. Desde entonces aquel subcontinente ha sufrido intermitentes oleadas de conquistadores que se extendieron por la totalidad o por parte de él y que afectaron profundamente a su historia. Una realidad social procede de la época de la conquista de los arios: el sistema de castas, que oficialmente está prohibido en la India moderna, pero que de hecho subsiste.

El hecho de que Pakistán se considere una república islámica sería en rigor razón suficiente para partir de la época en la que el Islam llegó a la India y se impuso en algunas zonas del norte. Pero en la secesión del Estado de Bangla Desh de Pakistán aparecen mecanismos históricos más antiguos. La asistencia político-militar que la India prestó a la lucha por la independencia de Bangla Desh facilita la clasificación de este conflicto, tal como casi obligadamente se hace aquí.

Punto de partida para cualquier intento de comprensión de la historia india es la sociedad clásica de conquista que los arios establecieron tras su paulatina penetración en el subcontinente hacia 1400 a. C., que primeramente se limitó al noroeste. Inicialmente

existían cuatro estamentos rigurosamente separados entre sí: brahmanes (sacerdotes), ksatriyas (guerreros), vaisyas (campesinos) y sudras (no arios o arios desclasados). Mediante constantes subdivisiones de las tres castas inferiores se desarrolló el sistema de castas indio, en el que los brahamanes conservaron el papel social y político dominante bajo todos los diversos conquistadores.

No necesitamos entrar en más detalles acerca de la larga cadena de grandes reinos que surgieron en suelo indostánico: el reino de Maghada, el reino de Maurya, el imperio kushan, el imperio Gupta, el sultanato de Dehli y el imperio moghul o mogol. Importantes para nuestra exposición son de momento tres puntos de enfoque: antes de la dominación británica sólo dos de los reinos consiguieron unificar el subcontinente indio casi en su totalidad: el reino de Maurya con Asoka (271-231 a. C.), razón por la cual aparece en el escudo de la República de la India el capitel de los leones de la columna de Asoka en Sarnath, que data del siglo III, y el imperio mogol con Akbar el Grande (1556-1606) o con Aurangzeb (1658-1707). El Islam llegó a la India en oleadas sucesivas a partir de las conquistas de los musulmanes en el 711, quedó circunscrito al norte del país y no se extendió realmente hasta la instauración del imperio mogol. Dentro de la India septentrional se formó en el Oeste, en el Panjab, una fuerte tradición guerrera cuyos portadores miraban despreciativamente a los territorios que una y otra vez conquistaban y sometían, como pudo apreciarse recientemente todavía con motivo de la secesión de Bangla Desh en conflicto con Pakistán.

A estos tres factores vino a unirse un cuarto que se entrelazaba con los otros tres tan estrechamente que, tras la independencia de la India, se produjeron graves conflictos: las múltiples consecuencias de la dominación colonial británica. Al concluir la conquista inglesa de la India (1757-1856), una gran rebelión conmovió al dominio británico recién instaurado (1857-1858). Una de las respuestas de los ingleses —junto al sofocamiento militar de la rebelión, a la abolición del título que formalmente todavía existía de gran mogol y a la retirada del gobierno de la India de manos de la East India Company (1858)— fue la fundación inicial de tres universidades en los más antiguos centros de dominio inglés: Madrás, Bombay y Calcuta (1857). El objetivo era formar una clase alta moderna capaz de colaborar en la administración colonial y dispuesta a hacerlo. De entre los graduados en estas universidades salieron los fundadores del All-India National Congress (1885), el primer movimiento amplio en una colonia europea que desembocó en el moderno nacionalismo. Uno de los cofundadores del Congress fue Motilal Nehru, padre de Pandit J. Nehru, procedente de una vieja familia de brahmanes que tenía su origen en

Cachemira. La familia de los Nehru, con su fondo brahmán, es característica de la gran significación del papel desempeñado por los brahmanes también en el moderno movimiento nacional indio.

El elemento musulmán se quedó en cambio rezagado en la modernización política e inicialmente asumió un papel subordinado en el National Congress. Sólo con la fundación de la All-India Muslim League (1906) adquirieron los musulmanes autonomía en el movimiento político. Su exigencia de tener una representación política musulmana aparte fue el paso previo para la reivindicación de un Estado musulmán propio (1940) que se vio satisfecha con la independencia de la Unión India y la fundación del Estado de Pakistán (1947).

Pero en el momento de la independencia nacional afloraron tensiones internas, contenidas durante siglos, en un conflicto irreconciliable entre hindúes y musulmanes, que desembocó de hecho en una guerra no declarada entre los Estados recién fundados de India y Pakistán. Se produjo una terrible matanza recíproca cuyas víctimas se estiman en diez millones de muertos y un número aún muy superior de refugiados por ambas partes. Los musulmanes supervivientes en los territorios en los que se encontraban en minoría tendieron a huir a Pakistán, mientras que los hindúes que sobrevivieron dentro de los límites del Estado pakistaní huyeron a la nueva República de la India. El conflicto se amplió geográficamente y tuvo su continuación en la guerra entre la India y el Pakistán en su disputa por Cachemira (1947-1949) que tuvo una segunda edición en 1965.

La explicación de la situación histórica de partida del conflicto de Cachemira sólo es posible a partir de la historia general de la India, de la que Cachemira constituye una variante regional. Al ser una de las dos principales puertas de entrada para los conquistadores de la India procedentes del noroeste, Cachemira tuvo con harta frecuencia e intensidad que soportar el paso de las sucesivas oleadas de conquistadores. La variante que presenta con respecto a la historia india general, variante que añade complejidad y potencialidad conflictiva a Cachemira, se produjo cuando, sobre la base de la islamización que tuvo lugar a comienzos de la Edad Moderna, fue conquistada por los sikhs, procedentes del Panjab (1846), que terminaron por fundar una dinastía hinduista. Al dividirse la India en 1947, surgió en consecuencia un conflicto entre la población musulmana y los príncipes hinduistas: mientras que la población musulmana optaba por la incorporación al Pakistán, el maharajá hindú se decidía por la anexión a la India. Puestos en el dilema de decidir entre la soberanía del pueblo y la soberanía de los príncipes, los indios bajo el gobierno de Pandit Nehru, que tan democráticamente solían argumentar en otros casos,

tomaron su decisión con absoluto oportunismo pragmático en favor de la soberanía principesca. El origen de Nehru, procedente de una familia de brahmanes de Cachemira, dio a la postura india una nota histórica adicional, en esta ocasión con un carácter emotivo y personal. Cachemira fue dividida a lo largo de la línea de armisticio a la que se llegó en 1949, pero tanto Pakistán como la India siguen manteniendo la reinvindicación de su derecho a la totalidad del territorio. Tampoco la breve guerra de 1965 decidió la cuestión y no hay a la vista solución alguna, a menos que el *statu quo* creado por la partición acabe aceptándose tácitamente como situación definitiva.

Otra variante de la historia india y del factor musulmán en la India está presente en la prehistoria del conflicto que llevó a la secesión de Bangla Desh del Pakistán. Bangla Desh comprende la parte mayoritariamente musulmana de Bengala, adjudicada a Pakistán en la partición de 1947. Bengala, que osciló entre la pertenencia a los imperios indios y dos fases, una mayor y otra más breve, de independencia (desde aproximadamente 750 hasta 1200 y desde 1740 hasta 1765), no se islamizó hasta la conquista por el sultanato de los reyes esclavos de Dehli (1200), reforzándose tras la conquista por el imperio mogol (1576). La secesión de Bengala del imperio mogol (1740) inició la disolución del último gran imperio no europeo previa a la erección del dominio colonial británico. Bengala, superpoblada, padeció durante la segunda guerra mundial una grave escasez de alimentos (1942-1943) y fue también dividida al dividirse el subcontinente indostánico entre India y Pakistán. Tras la recíprocas matanzas, los dos territorios tuvieron que admitir refugiados, acogiendo el llamado Pakistán Oriental fundamentalmente refugiados musulmanes procedentes de Bihar, que provocaron tensiones y problemas adicionales en la parte pakistaní de Bengala, ya de por sí superpoblada y depauperada.

A esto hay que añadir que la parte musulmana de Bengala se sentía perjudicada en el Estado pakistaní. Aun cuando Pakistán Oriental incluía a la mayoría de la población pakistaní conjunta y aportaba, con la exportación del yute, la mayor parte de la entrada de divisas al Estado conjunto, era gobernado desde Pakistán Occidental de una manera centralista y con la tradicional arrogancia militarista de los panjabíes frente a la actitud más civil de los bengalíes. Las consecuencias fueron la extorsión económica, el abandono de los bengalíes y su privación de derechos políticos. El intento de los panjabíes de imponer su idioma, el urdu, como única lengua oficial incluso en Pakistán Oriental fracasó ante la resistencia bengalí (1954). Tras la abrumadora victoria de la Liga Awami (1970) exigieron la autonomía. La gran catástrofe producida por las inundaciones de 1971, agravada o incluso hecha posible

(insuficiencia de la construcción de diques) por el abandono en que el gobierno central de Pakistán Occidental tenía al Pakistán Oriental, provocó la exigencia de independencia plena, exigencia que los bengalíes consiguieron imponer (1971/72), con la ayuda armamentística india en la última fase. Ahora bien, siguen sin resolverse los gravísimos problemas internos que han conducido hasta ahora a toda una cadena de golpes de Estado.

d) *El conflicto entre Etiopía y Eritrea y entre Etiopía y Somalia en torno a Ogadén*

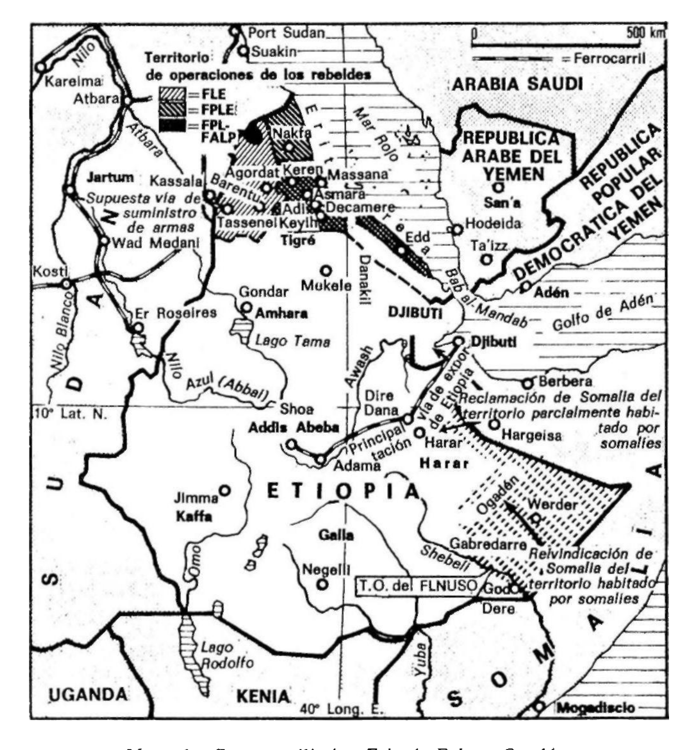
De manera semejante a los grandes conflictos en el subcontinente indostánico, los conflictos más recientes en Etiopía puede resumirse también bajo el epígrafe de conflictos internacionales de la posguerra, aun cuando formalmente el conflicto Etiopía-Eritrea sea un asunto interno etíope. La estructura histórica e interna del conconflicto en torno a Eritrea es muy parecida a la del conflicto entre Pakistán y Bangla Desh, aun cuando Eritrea no haya alcanzado todavía su independencia y no pueda ignorarse el paralelismo con los movimientos nacionales de liberación e independencia del Tercer Mundo y con la Europa sudoriental y oriental antes de la primera guerra mundial.

La clave para la comprensión de ambos conflictos, el de Eritrea y el de Ogadén, así como de otros conflictos internos imaginables en Etiopía es el carácter imperial, basado en conquistas, del antiguo Estado etíope. La actual Eritrea fue una vez punto de partida de los Estados precursores de Etiopía, formados por comerciantes, colonos y guerreros procedentes del sur de Arabia (Yemen). Eritrea posibilitaba además una excelente comunicación con el mar, pero se encontraba bajo soberanía musulmana desde la conquista árabe-musulmana del año 634. La diferencia entre la Etiopía copta y Eritrea, musulmana desde hace ya un milenio, ha creado por último la condición previa decisiva para el actual conflicto. Hay otras dos experiencias históricas que agudizan las diferencias convirtiéndolas en tensiones: Eritrea no sólo aísla del mar a Etiopía como país costero, bajo los distintos gobiernos musulmanes, sino que una y otra vez ha sido base de partida de intentos de conquista o de conquistas temporales de la Etiopía arrinconada en el interior. Los ejemplos más recientes corrieron a cargo de la potencia colonial italiana (1887, 1896, 1935-1936). Como otras muchas veces, hubo eritreos que lucharon al lado de los conquistadores italianos como tropas coloniales. El diferente tratamiento de los prisioneros italianos y eritreos tras la victoria de Adua sobre los italianos en 1896 subraya de manera dramática la situación his-

tórica entre Etiopía y Eritrea: los prisioneros italianos recibieron el perdón, mientras que los de Eritrea fueron ejecutados por «traidores».

Entre 1855 y 1896 el Imperio etíope experimentó una renovación después de tres siglos de decadencia. Inmediatamente, como suele ocurrir, se lanzó a su vez a una fase de expansión y trató de reconquistar todos aquellos territorios que en el curso de los siglos perdieran la vieja Etiopía y su Estado predecesor de Aksum. La conquista de Eritrea resultó imposible en vista de la incipiente expansión colonial italiana, pero en compensación Etiopía se expansionó hacia el sur. Alrededor de la mitad de la actual Etiopía está formada por territorios que no fueron conquistados hasta después de 1855. En el sudeste conquistó Ogadén (1897-1898), sabana seca habitada por somalíes en su mayoría nómadas. Ya anteriormente parte de los somalíes se habían desplazado hacia el sur bajo la presión de la expansión etíope, ocupando el noroeste de la actual Kenia, lo que esclarece, por lo demás, las reclamaciones territoriales de Somalia a Kenia. En la Etiopía de gobierno centralista, los miembros de los pueblos sometidos, cuando no eran, hasta los años 50, esclavos, eran al menos ciudadanos de segunda clase con respecto al pueblo imperial de los amharas coptos. Esta situación subsistió aun después de la momentánea dominación colonial italiana (1935/36-1941), durante la segunda guerra mundial y tras la reinstauración del negus Haile Selasie como soberano absoluto.

Terminada la segunda guerra mundial, Etiopía reclamó como era de esperar Eritrea por razones históricas y estratégico-económicas (salida al mar). La ONU confió Eritrea al Estado etíope, pero con la condición expresa de que habría de conservar su autonomía dentro del mismo (1952). Haile Selasie aceptó durante diez años la limitación impuesta a su autocracia, pero en 1962 terminó con la autonomía y se anexionó Eritrea como mera provincia. El conflicto surgió ajustándose con nitidez al modelo clásico: se formó inmediatamente al Frente de Liberación de Eritrea (FLE) y en el mismo año comenzó la lucha por la independencia nacional. El FLE recibió la ayuda de la Liga Arabe —reflejo de la conquista musulmana del 634 y de la subsiguiente islamización de Eritrea— e inicialmente también de la URSS. La lucha independentista siguió las reglas consagradas de la guerra de guerrillas o partisana. Los costos morales y económicos del conflicto socavaron la monarquía. Su derrocamiento, que desembocó en revolución, comenzó como un amotinamiento de unidades militares en Asmara, la capital de Eritrea, motivado por las pésimas condiciones materiales en que tenían que luchar contra el movimiento independentista (1974) y coincidió con la sequía catastrófica que también afectó a Etiopía.



Mapa 1. *Zona conflictiva Etiopía-Eritrea-Ogadén.*

FLE = Frente de Liberación de Eritrea (musulmán). FLPE = Frente Popular de Liberación de Eritrea (extrema izquierda). FPL/FALP = Fuerzas Armadas de Liberación Popular (social-revolucionarias). T. O. del FLNUSO = Territorio de operaciones del «Frente de Liberación Nacional Unido de Somalia Occidental», que exige la «reunificación» de Ogadén con Somalia (situación a mediados de 1977).

Al igual que lo han hecho otros regímenes revolucionarios, el nuevo régimen etíope defendió la integridad territorial del Estado del que se hacía cargo. En consecuencia considera a Eritrea parte del territorio nacional, aunque se muestra dispuesto a concederle la autonomía de que gozó entre 1952 y 1962. Pero el FLE ya no está dispuesto a renunciar a su exigencia máxima de independencia nacional. Y así, el conflicto prosigue, con la diferencia de que ahora la URSS apuesta por la fuerza superior de los batallones etíopes y ha abandonado al movimiento revolucionario de independencia nacional tachándolo de «pequeñoburgués».

Un cambio de postura similar ha tenido la URSS con respecto a Somalia, que, con anterioridad a 1975, recibió una importe ayuda soviética en armamento y contó con la simpatía de la gran potencia comunista hacia sus reclamaciones territoriales frente a Etiopía, a la sazón imperial. Cuando Somalia, siguiendo el esquema tantas veces probado, apoyó un movimiento secesionista en el Ogadén etíope por medio de «voluntarios» y estaba, en 1978, a punto de consumar la conquista del territorio, la Unión Soviética envió una decisiva ayuda en armas y consejeros militares, procedentes en parte de Cuba, que aseguraron la victoria de Etiopía, que contaba entretanto con un régimen revolucionario. Desde entonces, «consejeros militares» cubanos luchan asimismo, por ejemplo, en calidad de pilotos, contra el movimiento independentista de Eritrea, movimiento que contó hasta hace poco con las simpatías de la Cuba revolucionaria, surgida a su vez en condiciones similares.

e) *El conflicto China-Vietnam-Campuchea*

Estrechamente vinculado con el principio de la conquista se halla el principio de la hegemonía. Quien lleva a cabo conquistas reclama para sí el predominio en una región más o menos amplia. La tradicional pretensión hegemónica como factor de ordenación política permite entender el conflicto triangular China-Vietnam-Campuchea. Lo cual muestra a su vez hasta qué punto algunos mecanismos de la historia universal son ideológicamente neutrales, pues análogos conflictos podrían haberse desarrollado hace 500 ó 1000 años en la misma región y de hecho, *mutatis mutandi,* se desarrollaron efectivamente.

Para la comprensión del actual conflicto triangular en el Asia sudoriental resultan clave tanto el principio que Maquiavelo fue el primero en formular (aunque no fue él quien lo inventó) como la pretensión hegemónica de la China imperial, sustentada por su ideología del Imperio Medio, de hallarse rodeada de pueblos bárbaros y estar obligada por tanto a dominar el mundo. Del sistema de relaciones existente entre los Estados de la Italia de 1500, Maquiavelo extrajo entre otros el siguiente axioma: el vecino es el enemigo; el vecino del vecino es en consecuencia el aliado natural. Este mecanismo puede observarse a lo largo de toda la historia mundial y funciona también en la relación triangular China-Vietnam-Campuchea. La ideología china del Imperio del Medio brinda por otra parte la explicación más plausible de la prestación hegemónica y ordenadora que la República Popular China puso también de manifiesto frente al Vietnam comunista en la reciente guerra fronteriza de comienzos de 1979. La República Popular

China actuó como anteriormente lo hiciera la China imperial al proteger a uno de sus Estados vasallos en ejercicio de su pretendido derecho de soberanía, por ejemplo, en el caso de su intervención en favor de Malaca (1409)) frente al expansionismo de Siam.

Durante la mayor parte de su existencia histórica Vietnam estuvo dentro del ámbito del poder político chino, ya fuera de forma directa, en calidad de provincia china o de protectorado militar, ya fuera indirectamente, como Estado cliente sometido a la soberanía china. De esta relación de dependencia ha resultado para Vietnam la sinización cultural más marcada de todo el Asia sudoriental, hasta el punto de que todavía Ho Chi Minh, cuando era prisionero de la China nacionalista en 1942, conseguía por las noches hacerse con tinta, pincel y papel y escribía poemas en la lengua clásica del período T'ang (618-906). Durante la fase de la lucha revolucionaria por la independencia y la liberación nacional, la vinculación histórica entre China y Vietnam tuvo su expresión más inmediata en la ayuda organizativa y material que el partido comunista chino hizo llegar a los comunistas vietnamitas; tras la fundación de la República Popular China (1949) se expresó también en los suministros de armamento.

Tras la victoria definitiva de los comunistas vietnamitas y la reunificación militar y revolucionaria de Vietnam (1975) se produjo rápidamente un distanciamiento, fomentado también por el conflicto chino-soviético. Reapareció aquí el esquema maquiavélico: Vietnam, que no tiene fronteras directas con la Unión Soviética, se convirtió en aliado de Moscú frente al vecino inmediato, China. A su vez China encontró más al sur, en Campuchea, a un presunto protegido que no tenía frontera común con China y se enfrentaba con la pretensión subhegemónica del recién constituido Vietnam. El Vietnam comunista aspiraba en el marco indochino (Vietnam, Laos, Campuchea) a una posición hegemónica (a la que naturalmente no denominaba así), inicialmente con respecto a Laos, que en 1975 se convertía asimismo en estado comunista, y luego también con respecto a la también comunista Campuchea, que tras un breve período de transición bajo la dirección nominal del príncipe Sihanuk tomó rápidamente una orientación de extrema izquierda.

Las tensiones entre vietnamitas y camboyanos se habían puesto ya de manifiesto anteriormente, al intervenir en 1970 los sudvietnamitas anticomunistas en la invasión norteamericana de Campuchea en apoyo del gobierno neutral de Sihanuk. Las penalidades de la población camboyana bajo el régimen extremista de Pol Pot ofrecieron luego al nuevo Vietnam el pretexto para intervenir como potencia de orden moderada, pero obedeciendo al mismo tiempo a

un tradicional complejo de superioridad de los vietnamitas con respecto a los camboyanos. Ya en el siglo XIV, el estado tardomedieval predecesor de Campuchea, Champa, se convirtió en Estado vasallo de Vietnam (1312). Posteriormente, totalmente conquistados por los vietnamitas, los cham fueron empujados a la actual Campuchea, donde temporalmente volvieron a estar sometidos a la supremacía de Vietnam. A partir de estos procesos históricos de conquista y expulsión se explican las tensiones entre Vietnam y Camboya, que incluso se manifestaron masivamente en forma de conflicto bélico inmediatamente después de que, en 1975, ambos Estados se hicieran comunistas. Como lo jmers rojos, expulsados por los vietnamitas de la capital de Pnom Penh, se mantienen en zonas apartadas, Vietnam tiene que librar una nueva guerra de guerrillas, pero esta vez desde la posición de potencia ocupante, superior en armamento convencional.

Esta constelación permite esclarecer la guerra fronteriza contra Vietnam de principios de 1979. China, tal como expresaron abiertamente sus dirigentes, querían «dar una lección» a los díscolos vietnamitas y, entre otros objetivos, demostrar que el ejército vietnamita no es ni mucho menos «el mejor ejército del mundo» (pretensión muy poco proletaria que, a lo que parece, cultiva también el Ejército Rojo de la Unión Soviética). Pero había otra razón no declarada que puede percibirse si se tiene en cuenta la historia de la política exterior china: Vietnam, que históricamente es en realidad un Estado vasallo de China, no puede arrogarse impunemente funciones de orden propias del Estado que tradicionalmente ha ejercido la verdadera supremacía, y mucho menos frente a un protegido como era en este caso Campuchea. Hasta qué punto va a aceptar o aprender Vietnam esta «lección» dependerá probablemente del resultado de la guerra de guerrillas contra los jmers rojos en Campuchea, guerra que podría imponer a un Vietnam todavía débilmente desarrollado unos costos económicos y morales parecidos a los que anteriormente impusiera la guerra de Vietnam a Francia y a los Estados Unidos, o los que últimamente ha asumido la Unión Soviética en la guerra de Afganistán.

Recientemente, con sus ataques a los campamentos de refugiados en Tailandia, ocupados por partidarios del régimen de Pol Pot, Vietnam ha ejercido el derecho de persecución de guerrilleros revolucionarios en suelo de países vecinos que comunistas y nacionalistas revolucionarios han negado tan apasionadamente a las potencias coloniales o imperialistas, como en el caso de Francia frente a Tunicia durante la guerra de Argelia, de los Estados Unidos frente a Laos y Campuchea durante la guerra de Vietnam, o de Sudáfrica y Rhodesia frente a los «Estados combatientes» africanos. También la Unión Soviética podría, a partir de su inter-

vención en Afganistán, encontrarse en una situación parecida frente a Pakistán, Irán o la República Popular China.

f) *Afganistán*

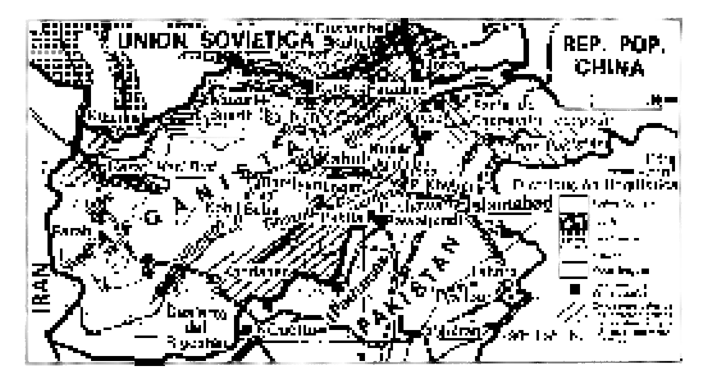
Para la comprensión de la historia de Afganistán es importante saber que el pueblo de los afganos es uno de los más jóvenes de la historia universal. A lo largo de milenios, el territorio que ocupa hoy este Estado fue invadido por una oleada tras otra de conquistadores: persas, macedonios/griegos, seléucidas, indios, tocarios (yue-chi), heftalitas (hunos blancos), persas, árabes, distintas oleadas de turcos, mongoles, Timur Lenk (Tamerlán) y los timuríes, el imperio mogol y nuevamente los persas. Hasta alrededor del año 1000 no aparecen los afganos en las fuentes árabes y persas, haciéndolo inicialmente como nómadas. El paso de una parte de las tribus afganas a la agricultura se produce aún más tarde, entre los siglos XIV y XVIII.

La lengua de los afganos, el pashtu forma parte de la gran familia lingüística indoeuropea. Desde la conquista por el antiguo reino persa de los aqueménidas Afganistán pasó a formar parte preponderantemente del ámbito cultural persa. El persa fue así, hasta 1936, el único idioma oficial, al que luego se ha venido a unir la lengua popular pashtu. Los afganos (o pashtus) propiamente dichos sólo constituyen un 50 por ciento aproximadamente de la población de Afganistán. La otra mitad consta de miembros de otros grupos étnicos llegados al país a través de conquistas. Son de destacar los tadjiks, cuya lengua es una variante del persa moderno, y numerosas tribus de origen y lengua tártaro-mongoles. Desde la conquista árabe, el país es musulmán, preponderantemente sunní. Tras convertirse los persas, largo tiempo cultural y políticamente dominantes, de manera definitiva al Islam chií (hacia 1500), surgió una contradicción religiosa con éstos, sobre todo cuando fracasó el último intento de imponer de nuevo en Persia la orientación sunní (1747). La separación religiosa de Persia subrayó o reforzó la paulatina emancipación política de Afganistán con respecto a aquel país.

Sólo a comienzos del siglo XVIII se unieron las tribus afganas hasta constituir un factor político gracias al vacío de poder dejado por la decadencia del imperio neopersa de la dinastía safaví (1499-1722), al que a la sazón pertenecía Afganistán. La primera acción en común de los afganos unidos hacia el exterior fue la conquista de Persia (1720-1722) y el derrocamiento de la dinastía de los safavíes (1722). Tras la expulsión de los afganos de Persia (1725) surgió un Estado central en Afganistán coincidiendo en el

tiempo con el definitivo fracaso del intento de imponer el sunnismo en Persia (1747). El nuevo Estado se expandió como de costumbre y conquistó territorios limítrofes del Asia central (sobre todo zonas ocupadas por uzbecos y tadjiks), así como del noroeste del subcontinente indostánico (Cachemira, Panjab, Beluchistán, Sind). La pérdida de los territorios del noroeste indio (hacia 1800) condujo a una grave crisis del Estado y a la disolución temporal del poder central (1818). En Kabul se constituyó un nuevo centro de fuerza (1826) que consiguió imponerse frente a una primera intervención militar inglesa en la primera guerra afgano-inglesa (1839-1842), de modo que el soberano de Kabul adoptó el título de emir (1842). A partir del emirato de Kabul se formó definitivamente el moderno Estado de Afganistán (1863), mediante una cadena de nuevas conquistas. La última guerra contra los persas fijó los actuales límites fronterizos entre Irán y Afganistán (1863).

La tardía formación nacional de Afganistán explica por qué los afganos defendieron desde entonces con gran tenacidad la independencia alcanzada. La expansión de Rusia desde el norte, a través del Asia central y en dirección a la India, y la expansión de Inglaterra desde el sur para el aseguramiento estratégico de la India, mediante el control, entre otras cosas, del paso de Khyber (o Jaiber), bajo soberanía afgana, amenazaba con triturar a Afganistán entre las dos grandes potencias imperialistas: la mayor potencia terrestre (Rusia) y la mayor potención marítima y colonial (Inglaterra). Esta constelación histórica aclara los conflictos de Inglaterra o de Rusia con Afganistán (segunda guerra anglo-afgana, 1878-1880; matanza de una legación rusa en Kabul) y de Inglaterra con Rusia, conflictos que estuvieron a punto de provocar una guerra anglo-rusa varias veces a finales del siglo XIX. Afganistán acabó perdiendo el paso de Khyber (1880) y otros territorios a manos de la India británica (1880, 1890-1893). Hoy pertenecen a Pakistán y Afganistán reclama desde 1947 su devolución. Las tribus pashtus de Pakistán, en la zona fronteriza con Afganistán, se han convertido en zona de recepción de refugiados afganos desde la intervención militar soviética (1979/80), así como en bases de partida y de avituallamiento para la resistencia contra las tropas soviéticas. Como compromiso entre Inglaterra y Rusia se llegó al famoso acuerdo de 1907 sobre Afganistán (y Persia) que neutralizaba a Afganistán como Estado cojín entre Rusia y la India, con lo que se le aseguraba a Afganistán su independencia. Así pues, Afganistán tenía que agradecer su existencia nacional al rechazo indirecto de la presión expansionista rusa por parte de Inglaterra a fin de proteger a la India británica. Para proteger la neutralidad se llevaron a cabo en Afganistán cambios sociales y de política interior, en parte por influencia indirecta de la Revolución de Oc-



Mapa 2. *La intervención soviética en Afganistán.*
El 27-12-1979 entraron tropas soviéticas en Afganistán coincidiendo con un golpe de Estado militar. Diversos movimientos de resistencia se organizaron el 21-3-1980 como «Alianza Islámica para la Liberación de Afganistan (AILA)».

tubre en Rusia. La URSS organizó a sus minorías no rusas del Asia central —algunas de las cuales constituyen también minorías nacionales en Afganistán (tadjiks, uzbecos) en repúblicas soviéticas propias que participaron en la industrialización soviética. Tras la segunda guerra mundial la URSS centró su ayuda al desarrollo en la vecina Afganistán en la construcción de carreteras y en la formación de oficiales afganos entre otras cosas. Dos sublevaciones protagonizadas por oficiales formados en la Unión Soviética terminaron con la monarquía (1973) y erigieron un régimen de transición (1978) en el que las fuerzas dominantes se consideraban socialistas-comunistas. Contra el abandono práctico de la neutralidad, tradicional desde hacía decenios, que ello llevaba consigo, y también contra las decisivas reformas en un país que seguía siendo rigurosamente musulmán, se alzó un movimiento autóctono que el gobierno central comunista afgano no pudo dominar por sí mismo. La URSS declaró por boca de Breznev que Afganistán era en adelante parte de la comunidad de Estados socialistas (junio de 1979), lo que, siguiendo la lógica de la doctrina Breznev y de la invasión de Checoslovaquia (1968) por parte de los Estados del Pacto de Varsovia (con la excepción de Rumania) en aplicación de dicha doctrina, ya preludiaba la invasión de Afganistán. Sólo medio año más tarde se produjo efectivamente la intervención militar. Históricamente cabe clasificarla como un intento de continuación de una conquista que en su día quedó interrumpida (1907) por razones geopolíticas y que ahora se completa en condiciones geo-

políticas diferentes (desaparición de la India británica y del imperio mundial británico y bajo un nuevo signo ideológico (revolución comunista mundial). La intervención militar soviética ha agudizado la resistencia autóctona en el propio Afganistán, que desde entonces puede contar además con ayuda de fuera, y ha amenazado la política de coexistencia pacífica entre las potencias mundiales y de distensión a escala planetaria (boicot a la Olimpíada, embargo americano, etc.).

Son de prever secuelas en la URSS. Es probable que la intervención en Afganistán tenga en aquel país el mismo efecto que tuvo la guerra de Vietnam en los Estados Unidos. Los costos económicos de la guerra incidirán pesadamente en la economía soviética, ya de por sí achacosa. Los efectos psicológicos que todo ello provocará en la URSS y en los Estados socialistas no pueden preverse hoy por hoy. Se agudizarán aún más debido a los costes morales que llevarán consigo las inevitables pérdidas personales del Ejército Rojo y de las Fuerzas Aéreas Rojas en Afganistán, así como de la pérdida a escala planetaria de confianza en la política de coexistencia pacífica seguida por la URSS. La consecuencia podría ser una honda crisis en la Unión Soviética y en el sistema de la comunidad de Estados socialistas que nada tendría que ver ya con las intrigas de las potencias («imperialistas») occidentales, sino que estaría producida en Moscú. Los recientes acontecimientos de Polonia (1980) constituyen quizá un preludio.

V. CONFLICTOS INTERNOS

Los casos de India-Pakistán-Bangla Desh y Etiopía-Eritrea-Somalia muestran que los focos de conflicto pueden producir conflictos a la vez exteriores (Pakistán-India, Etiopía-Somalia) e internos (Pakistán-Bangla Desh, Etiopía-Eritrea). Por otra parte hay conflictos internos (guerras civiles, guerras de independencia nacional) que, como consecuencia de intervenciones exteriores o por repercusión como mínimo en los vecinos inmediatos al foco conflictivo, pueden extenderse hasta convertirse en un conflicto regional o incluso global. Consideraremos por tanto a continuación conflictos internos aquellos cuyas causas hayan de buscarse primordialmente en el interior de un Estado o de un imperio colonial, aun cuando hayan podido desarrollarse a partir de ellos conflictos regionales o suprarregionales (como la guerra de Vietnam).

a) *Los afroamericanos en los Estados Unidos*

La condición histórica previa de los veranos calientes entre 1964 y 1968 en los Estados Unidos fue el antiguo *status* de casi todos los ascendientes de los afroamericanos, su condición social de esclavos y el comercio de esclavos transatlántico vinculado a su presencia en suelo americano. Ahora bien, la esclavitud y el comercio de esclavos nos llevan a unas dimensiones históricas totalmente distintas. O en todo caso no representan una conquista clásica como la que se daba en los conflictos de los que hasta ahora nos hemos ocupado. Con sus premisas africanas, europeas y americanas constituyen literalmente un capítulo aparte, a saber: la historia de los afroamericanos en el Nuevo Mundo, y sobre todo en los Estados Unidos [20]. El conflicto fundamental en los Estados Unidos surgió ante la reivindicación de los afroamericanos de que se les aplicasen también a ellos plenamente los derechos de la Constitución norteamericana, válidos hasta entonces esencialmente sólo para los blancos, o en todo caso para los americanos de origen japonés o chino. Coincidían en esta reivindicación por una parte la pasión democrática y reformadora (emparentada en este aspecto con la ideología del «Imperio del Medio» de los chinos o con la aspiración redentora, de índole paneslavo-comunista, de los rusos soviéticos) y por otra la dura realidad de la discriminación y el desclasamiento socioeconómico y político a que se ven sometidos determinados grupos de la población y especialmente los afroamericanos.

Es de observar que los veranos calientes se produjeron y alcanzaron su punto álgido cuando se iniciaba el desarrollo de la crisis interna norteamericana, al dibujarse la intervención de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam (resolución sobre el incidente del golfo de Tonkín, agosto de 1964), pero se interrumpieron bruscamente tras los disturbios de la Pascua de 1968, que sobrevinieron como reacción al asesinato de Martin Luther King, mientras que la crisis interna americana y la guerra de Vietnam seguían agudizándose hasta desembocar en el caso Watergate y en el derrocamiento del presidente Nixon (1974).

Señalaremos sólo de pasada que la situación de los indios y pakistaníes en Inglaterra, arrinconados en sus guetos en el corazón en decadencia de las ciudades industriales y portuarias británicas debido a un mecanismo algo distinto y a la libertad de movimientos dentro de la Commonwealth, debe ser contemplada desde una perspectiva paralela a la situación de los afroamericanos. Tras los tempranos motines (1960) del barrio londinense de Notting Hill Gate, los recientes estallidos de violencia en Bristol (1980) demuestran el carácter explosivo de esta nueva dinamita social. Similar es la

situación del nuevo subproletariado inmigrante en las naciones de Europa occidental (los *Gastarbeiter* en Alemania o los argelinos en Francia).

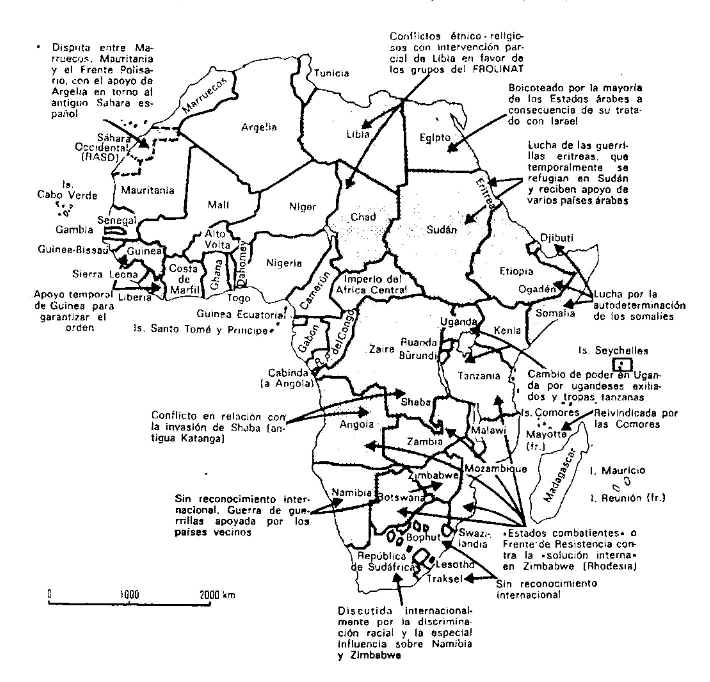
b) *Namibia*

Mientras que en el resto del Africa meridional la lucha por la independencia nacional de la mayoría africana contra la dominación colonial o contra su prolongación en forma modificada (Rhodesia) ha concluido o se encuentra a punto de concluir (Namibia), la lucha final contra el *apartheid* en la República de Sudáfrica no ha hecho más que empezar, como demuestran los recientes golpes de las guerrillas sudafricanas contra las instalaciones de carbohidrogenación (junio de 1980). Las luchas de liberación nacional de Angola, Mozambique y Zimbabwe (Rhodesia) se explican de forma tan inequívoca por la reacción frente a la conquista colonial que no es necesario entrar en más detalles. Mucho más complicada es, desde el punto de vista histórico, la situación de Namibia (antigua Africa del Sudoeste alemana), donde se han superpuesto y mezclado procesos de conquista y factores internos africanos heterogéneos, tanto étnicamente como por su desarrollo social, de forma que se han producido jerarquías entre los mismos componentes africanos. En el escalón inferior se encontraban, y de hecho se encuentran, los san (anteriormente llamados bosquimanos), dependientes en su mayoría de los joi-joi (anteriormente hotentotes), en parte oprimidos y en parte subordinados, a su vez, por bantúes ganaderos: los hereros. A todos ellos venían a añadirse los mestizos, los llamados *bastards,* que, con las armas superiores europeas, que podían conseguir con más facilidad de sus padres blancos, pudieron ejercer una presión expansiva y casi hegemónica sobre los restantes grupos étnicos.

Sobre esta sociedad africana, de por sí ya suficientemente compleja, cayó la dominación colonial blanca. Inicialmente fue la potencia colonial alemana la que trató de hacer sitio al asentamiento de colonos alemanes mediante la expropiación y aprovechó las protestas de hereros y joi-joi («guerra de los hotentotes») para llevar a cabo una matanza con dimensiones de genocidio, sobre todo contra los hereros (1905-1906). La conquista del Africa del Sudoeste alemana por la Unión Sudafricana durante la primera guerra mundial (1915) dejó expedita la vía para la dominación sudafricana, formalizada con un mandato de la Sociedad de Naciones (1920), que tras la segunda guerra mundial se prorrogó en forma de fideicomiso de las Naciones Unidas, hasta que en 1949 se produjo la anexión, declarada nula según el derecho in-

ternacional por la ONU (1966). La inmigración de bóers (colonos holandeses) y de sudafricanos de ascendencia inglesa, reforzó el elemento blanco, partidario en su mayoría del *apartheid,* máxime cuando ya los colonos alemanes habían practicado una clara separación de razas como base de la dominación colonial blanca. La República de Sudáfrica ha tenido que ceder ante la presión de los movimientos de liberación africanos, sobre todo tras la pérdida de las defensas colonialistas de Zambia, Angola, Mozambique, Botswana, Swazilandia y, últimamente, también Rhodesia (hoy Zimbabwe), hasta el punto de aceptar de mala gana la vía hacia la independencia de Namibia, aun cuando descaradamente intente mantener a una Namibia independiente bajo su control (conferencia en el Palacio de los Deportes de Windhoek, 1977). La complicada base de partida de la propia población africana dificultará extraordinariamente una solución sin problemas. Hay que contar, pues, con que surjan conflictos internos considerables, lo más tarde tras la consecución de la independencia.

Mapa 3. *Focos de crisis en Africa (1978/1979).*



c) *República de Sudáfrica*

Análogos problemas, pero a escala mayor, se presentan en la propia República de Sudáfrica. En la época de la dominación colonial europea tuvo siempre el porcentaje más alto de población blanca de todas las colonias europeas en suelo africano, y es el territorio de Africa que más pronto y más intensivamente se industrializó. Como gran potencia económica y militar, la República de Sudáfrica es el último refugio del colonialismo y el racismo europeos en el continente africano. Anteriormente fue esta región el último refugio de los cazadores y recolectores paleolíticos san ante la expansión de los joi-joi, que a su vez se retiraban ante la expansión de los bantúes en el curso de la secular migración bantú. El actual territorio de la República de Sudáfrica fue el último en ser alcanzado por la expansión bantú hacia el sur y la primera colonia de asentamiento blanco en Africa (1652). Así, los extremos históricos se tocan en la República de Sudáfrica, en el último confín del continente africano. La última y la primera etapa de dos procesos históricos se yuxtaponen y, en parte, se condicionan recíprocamente: los bantúes, llegados más recientemente, serán los últimos africanos en alcanzar la independencia, y los primeros colonos blancos, fundadores de la dominación colonial europea en Africa, serán los últimos blancos que tendrán que abandonar su bastión, su *laager*.

El verdadero conflicto de la República de Sudáfrica se halla a punto de entrar en su fase «caliente». Pero a pesar de ello pueden reconocerse ya con toda claridad sus condiciones históricas y, con toda la complejidad de los diversos procesos que se entrelazan e interactúan aquí, resultan relativamente fáciles de explicar. La forma más cómoda de rastrear la prehistoria del conflicto sudafricano consiste en seguir el desarrollo del *apartheid*. El punto de partida es la fundación de la Ciudad del Cabo (1652) por la Vereenigde Oostindische Compagnie holandesa (Compañía de las Indias Orientales), como base de aprovisionamiento para sus barcos en la ruta entre los Países Bajos e Indonesia. Los primeros colonos holandeses se encontraron con los san y los joi-joi, con un débil desarrollo social, y casi sin organización política, que no pudieron ofrecer una resistencia efectiva a la ocupación blanca de las tierras. Al principio, debido a la escasez de mujeres europeas, se mezclaron con estos grupos africanos, con lo que surgió una población mestiza *(coloured)* relativamente numerosa, complementada con los esclavos procedentes de Indonesia y del Africa occidental (introducidos a través de las Antillas) y sus descendientes. Los san y los joi-joi fueron prácticamente triturados entre la expansión blanca de los bóers del sur y la expansión negra de

los bantúes del norte. En su mayoría escaparon hacia el oeste, adentrándose en la actual Namibia. Las dos principales líneas expansionistas de los bóers y los bantúes no se encontraron hasta alcanzar el Great Fish River, hacia 1750. Unos y otros eran, por lo demás, ganaderos seminómadas. Tras varias décadas de permanencia de los bantúes en el Great Fish River, comenzó en 1799 la primera guerra seria de los bóers contra aquéllos, y a ésta siguieron otras muchas de las que los bóers llamaron «guerras de los cafres» (cafre era la denominación peyorativa que utilizaban los bóers para designar a los africanos).

La guerra fronteriza se prolongó a lo largo de decenios sin resultados decisivos, hasta que la conquista de la provincia del Cabo por Inglaterra (1806) y la definitiva ocupación del territorio por esta potencia (1815) creó una nueva constelación de fuerzas. Ya el intento británico de introducir un trato algo más humano de los africanos, y sobre todo la abolición de la esclavitud en el imperio británico (1834) provocó la secesión de una parte de los bóers en el Gran Trek (desde 1835). Describiendo un amplio arco rodearon la barrera del Great Fish River. Casi simultáneamente, la contención de la expansión y el crecimiento demográfico condujeron en el territorio bantú a la explosión político-militar de los zulúes capitaneados por Chaca (1818-1828) que tuvo un efecto catastrófico para el ulterior desarrollo de los africanos. Ante la cruenta conquista por parte de los zulúes, una parte de los supervivientes huyó en todas direcciones, mientras otros perecían a consecuencia del hambre y las enfermedades, de forma que los *trekkers* (es decir, los que emigraban en caravanas de carros tirados por bueyes) atravesaron en su larga marcha vastos territorios que consideraron deshabitados. En todo caso, estaban ocupados por una población residual poco densa, debilitada y asustada. Fue así como surgió el mito bóer de la tierra deshabitada, mito que desempeña un papel considerable en la justificación bóer de la ocupación. Los *trekkers* fundaron dos repúblicas, Orange (1854) y Transvaal (1852), que tras duras disputas arrancaron a Inglaterra el reconocimiento de su independencia (1881). Entretanto, los británicos habían llevado su política liberal hasta la redacción de una constitución para la colonia de El Cabo, que concedía un derecho de voto censatario incluso a los *coloured* (1852). Por otra parte, Inglaterra tomó bajo su protección tres territorios en los que se habían congregado refugiados procedentes de las áreas de expansión zulú, preservándolos de la nueva expansión de los bóers: Bechuanalandia (hoy Botswana), Basutolandia (hoy Lesotho) y Swazilandia.

Pero el paso a la industrialización sobre la base de los diamantes (1867) y el oro (1886) cambió de nuevo la situación. Por un

lado, blancos, sobre todo de origen anglosajón, acudieron a Johannesburgo (Transvaal) y exigieron allí igualdad de derechos políticos con los bóers. Esto motivó graves tensiones entre los bóers y los *nitlandern* («extranjeros») que terminaron desembocando en la guerra de los bóers (1899-1902). Por otro, se perfilaron los comienzos de la separación racial sistemática, primer estadio del *apartheid,* precisamente en las nuevas regiones industriales. La incipiente discriminación de los africanos por los bóers se convirtió en parte de la justificación propagandística de la guerra contra los bóers que utilizó el gobierno conservador británico. Pero tras la conquista militar de las dos repúblicas bóers (1900), Inglaterra, que quería poner fin a una sangrienta y prolongada guerra de unidades guerrilleras («comandos») que conllevaba penosos costos morales (los llamados «campos de concentración» para el internamiento forzoso de los no combatientes, a fin de secar el agua en que pudieran moverse los comandos, si se utiliza el famoso símil que posteriormente estableciera Mao Zedong con su teoría del «pez en el agua»), abandonó la causa de los africanos y los dejó a merced de los bóers al firmar con ellos la Paz de Vereeniging (1902). Estos obtuvieron la autonomía interna junto con la provincia de El Cabo y Natal, recibieron créditos para el desarrollo y consiguieron mano libre con los africanos. Constituye una de las más grandes ironías de la historia contemporánea el que, de la irritación de la Inglaterra liberal ante la política de expansión imperialista de su gobierno conservador frente a los «valientes» bóers que luchaban por su independencia, surgiera la teoría del imperialismo del liberal y pacifista John Hobson. Esta teoría la desarrollaron ulteriormente Rudolf Hilferding, Rosa Luxemburgo y Lenin, convirtiéndola en la teoría socialista-comunista sobre el imperialismo, sin reparar nunca, evidentemente, en que los bóers, punto de partida de las simpatías liberales y antiimperialistas, representaban el más reaccionario de los racismos que se haya dado en los últimos 150 años.

Tras la fundación de la Unión Sudafricana (1910) que, sobre la base de una amplia autonomía con el *status* de dominio, alcanzaba de hecho su soberanía, tal como Londres reconoció incluso oficialmente mediante el Estatuto de Westminster (1931), se levantó paso a paso la estructura sistemática del *apartheid:* en 1911 se decretó la *Job Reservation Act,* es decir, la reserva legal de los mejores puestos de trabajo en la minería para los blancos; en 1913, la *Native Land Act,* es decir, la expropiación de las tierras de los africanos y la concentración de éstos en «reservas»; a partir de 1924, la *Civilized Labour Policy,* es decir, una política de empleo garantizado al proletariado blanco frente a la competencia de los africanos en todo el mercado de trabajo; en 1948,

con el triunfo electoral de los nacionalistas bóers radicales encabezados por Malan, se llevó a cabo el programa electoral de sistematización y perfeccionamiento de un sistema de discriminación absoluta al que el mismo Malan puso el nombre de *apartheid.*

Frente a la represión sistemática que se iniciaba, se levantó la resistencia de los africanos a partir de las primeras Iglesias africanas («etíopes»), que desde 1886 protestaron contra la discriminación radical que se estaba introduciendo en el ámbito eclesiástico. Aparece aquí un paralelismo con el proceso que viven los afroamericanos en los Estados Unidos, es decir, con la discriminación racial y la lucha contra ella después de terminar la esclavitud legal. Pero también los bóers toman a su vez conscientemente como modelo las leyes discriminatorias de los Estados sudistas norteamericanos. Siguiendo el modelo de los indios, importados desde 1860 en sustitución de los esclavos emancipados para trabajar mediante contrato en las plantaciones de caña de azúcar de Natal (precursores de los *gastarbeiter* actuales) y que desde allí se extendieron por el resto de Sudáfrica, llevando consigo la forma organizativa del Indian National Congress, los africanos más modernizados y urbanizados se organizaron en el African National Congress (1912), a fin de oponerse a la *Lands Bill* que acababa de promulgarse. En la etapa siguiente, la Sudáfrica oficial redujo cada vez más las posibilidades de movimiento y de actuación de los africanos, hasta que, a partir de 1950, el gobierno Malan, con el pretexto de la lucha contra el comunismo, deshizo sistemáticamente todas las asociaciones políticas africanas. Con el hundimiento de todas las defensas de dominio blanco que rodeaban la fortaleza sudafricana —Zambia, Angola, Mozambique, y ahora también Rhodesia —, la oposición reducida a la clandestinidad tiene por primera vez perspectivas de éxito, máxime cuando la República de Sudáfrica se encuentra cada vez más aislada política y moralmente incluso en Occidente. Los tímidos comienzos de un precavido desmontaje del *apartheid,* tales como los anunciados desde hace poco por el gobierno Botha, llegan probablemente demasiado tarde, y en todo caso constituyen un reconocimiento del fracaso y de la endeblez de la política seguida hasta ahora. Los ***bantustanes,*** las reservas negras con una limitada autonomía interna creados por esa política, pueden convertirse, contra la intención de sus inventores, en auténticas bases territoriales y políticas de la resistencia activa contra el dominio blanco. Tras la matanza de Sharpeville (1960), los disturbios de 1976 en Soweto, la ciudad-gueto satélite de Johannesburgo, creada artificialmente para recluir a los africanos, han acabado por movilizar a los jóvenes intelectuales africanos contra el *apartheid,* y otro tanto ha ocurrido

con los disturbios más recientes en Ciudad del Cabo (junio de 1980), que han afectado sobre todo a los *coloured* solidarizados con los africanos.

Frente a la mayoría africana, ya no les queda a largo plazo a los blancos la menor posibilidad, máxime en su creciente aislamiento a escala continental y planetaria. Dado que hasta los Estados Unidos, que durante mucho tiempo, a partir de 1945, han tenido extendida su mano protectora sobre la Sudáfrica blanca, han abandonado prácticamente a la Unión Sudafricana, el previsible derrumbamiento de la dominación blanca en la República de Sudáfrica podría no provocar siquiera una crisis mundial, como parecía probable hace tan sólo unos años.

Por otra parte, los africanos del Africa ya independiente saben desde hace por lo menos 20 años (y hasta lo admiten cuando hablan en privado con europeos) que con la independencia de una República de Sudáfrica que sea realmente africana surgirán nuevos problemas y conflictos, pues, entretanto, incluso los africanos de Sudáfrica se cuentan entre los más modernizados del continente y tienen un nivel de vida muy superior al nivel de vida medio del Africa independiente.

d) *Irlanda del Norte*

La guerra civil de Irlanda del Norte ha surgido después (1966) que el conflicto de Sudáfrica. Pero, sin embargo, está más profundamente arraigada en la historia que el *apartheid*. Para explicar este arraigo hay que remontarse a la conquista anglo-normanda de Irlanda, que se inició en 1169-71 y afianzó el dominio inglés en varias oleadas. Todavía en la Baja Edad Media, el estatuto de Kilkenny (1366) intentaba impedir los lazos entre los conquistadores ingleses y los sometidos irlandeses. Entre otras medidas, prohibía el matrimonio entre unos y otros y establecía la prohibición para los ingleses de llevar vestimenta irlandesa, es decir, una especie de *apartheid*. A pesar de lo cual se produjo con el tiempo una parcial asimilación de los descendientes de los conquistadores medievales procedentes de Inglaterra, a los cuales se les llamó posteriormente *old English*.

La Reforma trajo inmediatamente consigo tres cambios cualitativos: la renovación de la dominación inglesa, que había llegado a ser casi puramente formal, mediante una conquista regular bajo Enrique VIII, quien coronó su hazaña asumiendo el título de rey de Irlanda (1541); la diferencia de religión, ya que los irlandeses se aferraron al catolicismo aunque no fuera más que por oposición a los ingleses, y el comienzo de las *plantations* en Irlanda,

del asentamiento masivo de ingleses para reforzar la soberanía inglesa, que así adquiría un fundamento social. La más masiva de estas acciones colonizadoras, cuyos efectos se perpetúan hasta el presente, fue la «Ulster plantation» (1609-1610). Tras el fracaso del último gran levantamiento irlandés en el Ulster (1593-1603) y la emigración en masa de la derrotada aristocracia autóctona («Flight of the Earls», 1607) se asentaron en el Ulster unos 100 000 escoceses presbiterianos. Desde entonces, el Ulster dejó de ser un bastión de la resistencia irlandesa para convertirse en bastión de la dominación inglesa en Irlanda. Resultado de la «Ulster Plantation» sigue siendo hoy la mayoría protestante de Irlanda del Norte, que defiende con el mayor celo su posición preponderante («Protestant ascendancy»). Esta defensa se produjo por primera vez durante la gran rebelión irlandesa (1641-1651), que se produjo paralelamente a la revolución inglesa de 1640-1660. La Irlanda del Norte protestante sirvió de base de partida para la reconquista de Irlanda bajo Cromwell (1649-1651), con la terrible matanza de Drogheda (1649), que aún pesa en el recuerdo de los irlandeses, hasta el punto de que en su viaje a Irlanda se le advirtió al papa Juan Pablo II que se abstuviera de visitar Drogheda. A continuación de la «Glorious Revolution» de 1688/89, Guillermo III de Orange venció a su suegro Jacobo II y a los irlandeses nuevamente rebelados en la batalla del río Boyne (1690). Por ello los protestantes extremistas del Ulster se unieron en una organización llamada «Orange Order» en su honor y todos los años celebran públicamente el aniversario del día en que los protestantes ingleses derrotaron a los irlandeses católicos. Fue la protesta contra una de estas manifestaciones chauvinistas de victoria la que desencadenó la fase «caliente» de la guerra civil en Irlanda del Norte (1966), que no se ha apagado todavía.

Los protestantes de Irlanda del Norte fueron también en consecuencia los más arduos defensores de la unión real («Unión») de Inglaterra e Irlanda que Inglaterra impuso (1800) tras derrotar la gran rebelión irlandesa que se produjo coincidiendo con la revolución francesa (1798-1799). Contra la concesión de la autonomía para Irlanda («Home Rule»), que los liberales ingleses intentaron introducir en tres ocasiones desde 1886, los protestantes de Irlanda del Norte provocaron una escalada de las tensiones hasta el punto de que en junio de 1914 existía una amenaza de guerra civil que el estallido de la primera guerra mundial aplazó. Al terminar la primera gran contienda y tras la guerra anglo-irlandesa (1919-1921) que la siguió, Irlanda fue dividida, ya que los protestantes del Ulster se negaban a vivir como minoría en una Irlanda independiente. En vez de ello, su representación política, el Unionist Party, aspiraba a la máxima adhesión a Inglaterra. En el Ulster,

del que se excluyeron tres condados que entretanto habían pasado a tener mayoría católica, el Unionist Party gobernaba de una manera absolutista e incluso autoritaria. Los católicos constituían una minoría numerosa pero discriminada social y económicamente y en la práctica carente de derechos políticos, que desde 1960 describía su situación, con intención polémica a la vez que irónica, autocalificándose de los «negros de Europa». De hecho existe una semejanza estructural con la situación de los afroamericanos, y a buen seguro no es casual que, en el momento álgido del movimiento en pro de los derechos civiles en los Estados Unidos, hacia 1965, parte de la minoría católica adoptara formas de lucha propias de ese movimiento y se autodenominara «Civil Rights Movement» (movimiento pro derechos civiles). Las relaciones entre el movimiento pro derechos civiles de los católicos de Irlanda del Norte y el Irish Republican Army (IRA), movimiento clandestino formado durante la lucha irlandesa por la independencia previa y posterior a la primera guerra mundial, que hasta entonces había predominado y se había convertido en la forma tradicional de resistencia irlandesa extrema, se hicieron así muy tirantes.

Resulta difícil ver la forma de llegar a una solución pacífica y constructiva de esta guerra civil que lleva quince años sin extinguirse, pues están implicados en ella demasiados intereses vitales y demasiadas emociones, y se ha vertido demasiada sangre por ambos bandos. Desde un punto de vista histórico, debería ser posible también para Irlanda del Norte anular los casi 400 años de conquista británica, o eliminar por lo menos su efecto más concreto, la mayoría protestante desde que se estableció la «Ulster Plantation». Una de las salidas sería el regreso de los protestantes a Inglaterra o Escocia; el reconocimiento del Estado conjunto irlandés por parte de los protestantes que permanecieran en el país y cuyos derechos específicos deberían ser preservados, por ejemplo, garantizándoles la mayoría católico-irlandesa la autonomía interna, sería otra de las formas de escapar al sangriento dilema. Se trataría, pues, de la aplicación constructiva y creadora del principio federalista. La alternativa a una solución política, sea cual fuere, no puede ser otra que la continuación de la guerra civil con un imprevisible final y unas imprevisibles consecuencias para Irlanda del Norte, para la República de Irlanda en su conjunto, para Inglaterra y para toda Europa.

e) *Sudán*

La guerra del Sudán (1955-1972) tiene como base histórica las consecuencias no superadas de varios procesos de conquista. El

conflicto principal era un conflicto entre el Norte musulmán, arabizado, como factor político dominante, y el Sur negro, explotado y despreciado tradicionalmente por el norte, que se ha convertido en parte al cristianismo durante la dominación colonial, alcanzando una nueva conciencia de sí mismo a través de las misiones. Fundamentalmente la diferencia entre los habitantes del norte, de piel más clara, unidos directa o indirectamente a la civilización mediterránea a través del Nilo y de Egipto, y los negros del Sur, que habitan una región aislada por el inmenso mar de juncos de las zonas pantanosas, se remontan al Egipto y la Nubia antiguos, y tiene su continuación en el cristianismo monofisita que se mantiene en Nubia hasta el umbral de la Edad Moderna (1313/1504) frente al avance del Islam desde Egipto. La arabización e islamización en el sur solamente llegó hasta la barrera natural del mar de juncos, de modo que la región meridional negra del Sudán actual se desarrolló con total independencia del norte (la Nubia histórica) musulmán y arabizado, y estuvo siempre vuelta hacia el Africa negra al sur del Sáhara.

La situación no cambió básicamente hasta la conquista egipcia del Sudán, que se produjo en dos oleadas (1820-1822, 1874-1875), una vez que Egipto, con el jedive Muhammad Alí (1805-1849), se hubo prácticamente emancipado de la dominación otomana, comenzando su expansión en todas direcciones. Los objetivos de la conquista eran el oro, los esclavos (para ser utilizados como soldados en el ejército egipcio) y el marfil (codiciado en Europa para fabricar teclas de piano y bolas de billar entre otras cosas). La primera etapa incluyó únicamente la región septentrional, musulmana y arabizada; la segunda atravesó por primera vez la barrera del mar de juncos y penetró en el sur, lo que hizo que los egipcios chocaran con Etiopía, que también había emprendido la expansión (1875-1877). Los costos de la conquista del sur y de la guerra con Etiopía contribuyeron por lo demás a la quiebra financiera del Estado egipcio, que se convirtió en motivo para la ocupación inglesa (1882). Tras la simultánea pérdida del Sudán por egipcios y británicos a manos del movimiento mahdista (1881-1885), se produjo la reconquista como empresa común anglo-egipcia (1898), que concluyó en el condominio anglo-egipcio (1899-1955) en el que Inglaterra tenía el predominio político. A fin de proteger al sur más débil frente al norte más desarrollado, Inglaterra trató de manera diferenciada a las dos regiones: se cerró el sur a toda acción misionera del norte, al tiempo que se facilitaba el acceso a las misiones cristianas, con lo que el sur fue en parte cristianizado. Con las posibilidades educativas de las misiones, se modernizó más rápidamente que el norte musulmán, que quedó considerablemente estancado. Al lograr Sudán su independencia frente

a Inglaterra y Egipto (1955), el norte, políticamente dominante, puso fin a la situación especial del sur e intentó una asimilación forzada, que fue acompañada de la discriminación y carencia de derechos políticos para las provincias meridionales. El resultado fue la automática exigencia de autonomía por parte del sur y, al serle negada, la resistencia armada, que condujo a una sangrienta guerra civil con catastróficas secuelas para la estabilidad interna del Sudán, guerra que concluyó con la obtención de la autonomía por parte del sur (1972). La solución alcanzada podría convertirse en modelo para situaciones de conflicto similares, en las que el principio federalista, basado en la democracia y en la igualdad de derechos, ofrece una salida.

f) *Nigeria*

Distinto fue el efecto del principio de la conquista en la guerra civil de Nigeria, que se libró para impedir la secesión de Biafra (1966-1970). El conflicto básico estaba entre el sur, cristianizado, colonizado y modernizado desde el siglo XIX a partir de la costa, y el norte, preponderantemente musulmán y anquilosado desde comienzos de ese mismo siglo en una estructura feudal. El núcleo del sur era la región oriental, en la que los ibos, favorecidos por la «pax colonialica», habían dado en un siglo escaso el salto que les permitió pasar de ser víctimas políticamente atomizadas y casi indefensas de la caza de esclavos practicada por los Estados africanos a constituir la parte económicamente más dinámica y más desarrollada de Nigeria. El núcleo central del norte esclerotizado en el conservadurismo era el sultanato de Sokoto, resultado histórico de la *yihad* (la guerra santa) de los fulani (fulbe, peul) bajo Utman dan Fodio (1804-1817). En una violenta explosión de fuerza, los fulani, como lo hicieran anteriormente otros numerosos movimientos renovadores del Islam, empezaron por conquistar las siete ciudades-Estado de los hausa en la sabana, conquistando a continuación nuevos territorios en todas direcciones, incluso en los actuales Estados de Níger y Camerún. Su expansión hacia el sur llevó a la disolución del reino yoruba de Oyo (1821) y a una guerra civil durante decenios, a la que sólo puso fin la potencia colonial británica (1893) saludada como pacificadora y como árbitro. Pero ya antes había fracasado la conquista del país de los yoruba por el sultanato de Sokoto ante dos obstáculos que los fulani de 1840 no pudieron salvar todavía: la jungla tropical, que resultó una barrera infranqueable, sobre todo ante el efecto mortal que la mosca tsetsé tenía para la caballería de los fulani, y los misioneros ingleses, que entregaron armas de fuego a los

yoruba debilitados por la guerra civil interna para que se defendieran contra los conquistadores musulmanes del norte, de forma que los yoruba pudieron imponerse. Tras su retirada al norte, los fulani consolidaron su dominio hasta el punto de que en las postrimerías del siglo los ingleses consideraron demasiado costosa la conquista del sultanato. Tras algunas escaramuzas, que más que otra cosa sirvieron para hacer demostración de la superioridad de la técnica armamentística europea (*maxim-gun,* predecesora de la ametralladora; lanzabengalas para las operaciones nocturnas) encontraron la memorable solución de compromiso que ha pasado a la historia como *indirect rule.* El sultanato de Sokoto y sus múltiples emiratos permanecieron intactos, pero quedaron subordinados como protectorados a la soberanía británica. A cambio de esto el sultanato pudo permanecer cerrado a las misiones cristianas y extender su dominio a territorios que anteriormente nunca había sometido, a saber el llamado Middle Belt, con numerosas tribus y restos de etnias que habían buscado su salvación en estas apartadas regiones de los tradicionales cazadores de esclavos del norte (hausa, fulani, yoruba).

Al acercarse la independencia pronto se reavivaron, desde 1945, las viejas tensiones. Remitiéndose a su tradicional superioridad militar y política, los fulani y los hausa, que dominaban en el norte, reclamaron para sí el predominio en la Nigeria independiente y proclamaron abiertamente que proseguirían la marcha hacia el sur que tan sólo se había interrumpido en 1840, para así «llevar el Corán hasta el mar», es decir, convertir a toda Nigeria al islamismo. La presencia del hausa y fulani en la cúspide del gobierno federal de Lagos, es decir, en el sur junto al mar, resultó ya de por sí, para muchos representantes del sur, la continuación política de la conquista interrumpida en 1840. A esta pretensión de hegemonía interna se opuso el sur, cristianizado en su mayor parte, que durante la dominación colonial se había adelantado considerablemente en el proceso de modernización al norte, estancado en su conservadurismo. Se llegó así a una confrontación general norte-sur, que inicialmente quedó enmascarada por la coalición formada a escala federal por razones tácticas y oportunistas: norte (fulani/hausa) y este (ibos) frente a oeste (yoruba).

En cada una de las tres regiones, norte, este y oeste, ejercía el predominio el pueblo principal de los fulani/hausa, los ibos y los yoruba sobre un numeroso grupo de pueblos y tribus menores. Este predominio se basaba en parte en procesos de conquista y relaciones de dominio anteriores (norte/oeste).

El verdadero conflicto fue desencadenado por la irritación de las numerosas minorías de las diversas regiones frente a la potencia hegemónica correspondiente, como sucedió sobre todo en el

caso de los tiv, en la región septentrional. En esta situación de crisis generalizada estallaron dos golpes de Estado militares (1966), el primero de los cuales quitaba al sur el miedo a quedar sometido por el norte, y el segundo quitaba al norte el miedo al dominio del sur con ayuda de una estructura centralista dominada por los ibos. Tras el segundo golpe se produjeron en el norte grandes matanzas de las que fueron víctima los ibos, introducidos desde la época colonial en el norte, donde vivían aislados y eran considerados como un cuerpo extraño por la sociedad tradicional, si bien al mismo tiempo habían asumido posiciones económicas y técnicas clave en el proceso de modernización. La respuesta fue la secesión de Biafra (1967), que encontró una base económica en la explotación de las grandes reservas petrolíferas que justamente se iniciaba en aquellos días y que ha permitido que Nigeria se convierta en uno de los principales exportadores de petróleo. Las reservas se encuentran precisamente en la zona costera de la región oriental, en el delta del Níger. El gobierno central quedó esencialmente en manos de representantes de las pequeñas minorías, que delegaron en Gowon, cuyo principal interés consistía en la conservación del Estado federal de Nigeria, pero dividiendo las tres grandes regiones en un total de 19 Estados federados, con lo que parecían mejor asegurados los derechos de los pueblos menos numerosos. Con la victoria en la guerra civil contra la secesión de Biafra, también en este caso el principio del federalismo consecuente y la consiguiente protección de las minorías trajo una pacificación al menos temporal.

g) *Ghana: la caída de Nkrumah en 1966*

Incluso un acontecimiento puntual como la caída de Nkrumah (febrero de 1966), puede explicarse a partir de la enrevesada interrelación de las secuelas de un proceso de conquista (que como en el caso de Nigeria quedó también incompleto). El conflicto principal se desarrolla también aquí entre el norte (ashanti) y el sur (pueblos costeros fanti y ga) y se remonta a la época del comercio transatlántico de esclavos. En aquella época se desarrolló una complicada división del trabajo entre africanos y europeos con consecuencias de amplio alcance: los Estados que surgieron en el interior se especializaron en un sistema de expediciones y guerras cuya principal finalidad consistía en hacer prisioneros a los miembros de otras tribus y pueblos africanos y entregarlos como esclavos en la costa; las tribus costeras hacían de intermediarias y entregaban a su vez los esclavos en las factorías comerciales y fuertes establecidos por los europeos en la misma costa, y los europeos

se encargaban de vender los esclavos en el Nuevo Mundo. Cuando hacia 1800 comenzó a divisarse el final del comercio legal de esclavos, porque la campaña en contra del mismo que se había desatado en Inglaterra en 1787 ganaba más adeptos de año en año, los ashanti, que con·tituían el Estado cazador de esclavos en el suelo de la actual Ghana, intentaron conquistar la costa para poder hacerse directamente con el comercio de esclavos, con lo cual los pueblos costeros de los fanti y los ga corrían también peligro de verse sometidos a la esclavitud por los ashanti. Buscaron en consecuencia el respaldo de la potencia colonial británica, que, a partir de los escasos fuertes comerciales, acabó ejerciendo un protectorado sobre los fanti y los ga frente a los ashanti. Los británicos rechazaron en varias campañas los intentos de conquista de los ashanti y conquistaron a su vez el Estado de los ashanti (1896-1900), que se anexionaron en 1901.

El proceso político hacia la independencia nacional se desarrolló sobre todo en el sur, en la costa, de tal forma que la clase de comerciantes modernos, abogados e intelectuales que allí surgió daba por sentado que era ella la llamada a desempeñar el papel dominante en un Estado nacional independiente. Pero, a semejanza de lo que simultáneamente ocurría en Nigeria, el norte postergado en su desarrollo político, representado aquí por los ashanti, venía a complicar la situación, al reclamar para sí la dirección política en razón de su pasada preponderancia histórica. En los debates políticos que precedieron a la independencia los representantes de los ashanti utilizaron expresamente el argumento de que sus antecesores habrían conquistado y esclavizado a los pueblos de la costa de no haberse interpuesto los imperialistas ingleses (¡). A diferencia de lo ocurrido en Nigeria, el sur se impuso y conservó la dirección política después de la independencia (1957). Pero los ashanti siguieron constituyendo un bloque conservador, difícil de asimilar, cuya resistencia pasiva obligó a Nkrumah, entre otras cosas, a tomar medidas cada vez más dictatoriales. De las tensiones del descontento así generado surgió por fin el golpe militar que derrocó a Nkrumah a principios de 1966 e inició toda una serie de nuevos golpes militares.

h) *Sierra Leona y Liberia*

Otra nueva variante del principio de la conquista ha tenido consecuencias tardías en el reciente golpe militar de Liberia (1980). Pero para su comprensión se hace necesario empezar por exponer golpes de Estado similares ocurridos en la vecina Sierra Leona, ya que este país constituyó el modelo para la fundación de Liberia y

presenta una estructura interna análoga. En ambos casos la tensión entre una región costera más desarrollada y un *hinterland* rezagado ofrece una de las claves para comprender la evolución experimentada, a semejanza de lo que ocurre en Nigeria y Ghana. También en el caso de Sierra Leona y Liberia las raíces se hallan en el tráfico transatlántico de esclavos y en las consecuencias de su prohibición por Inglaterra (1807).

La colonia más antigua fue fundada en 1787 por abolicionistas ingleses (partidarios del movimiento para la supresión del tráfico de esclavos y de la esclavitud) para antiguos esclavos que vivían en Inglaterra o procedían de Norteamérica. Tras la prohibición del comercio de esclavos, Inglaterra situó una escuadra en Freetown para la vigilancia de las aguas del Africa occidental con el fin de impedir el tráfico que continuaba ilegalmente. Esta escuadra capturaba los barcos cargados de esclavos, que eran liberados y asentados en Freetown o en sus alrededores y (siempre que no fueran musulmanes) cristianizados. Los *liberated Africans* se convirtieron así en una capa dominante moderna, relativamente europeizada, y adquirieron como «criollos» una posición cultural y económica destacada frente a las «tribus» del *hinterland,* sobre todo desde que ese *hinterland* quedó en calidad de protectorado bajo soberanía inglesa (1896). Las diferencias entre la costa (colonia) y el *hinterland* (protectorado) se mantuvieron hasta los años iniciales de la independencia (1961) y se hallan en la base de los golpes de Estado (1967-1974) que terminaron con el predominio de los «criollos» e impusieron el peso numérico de los pueblos del interior.

Liberia surgió de acuerdo con el mismo modelo de Sierra Leona (1821/47), pero allí se agudizaron desde el primer momento en varios aspectos las diferencias entre los nuevos colonos y los africanos nativos. Los colonos, en su mayoría ex esclavos y mulatos procedentes de los Estados del sur de Estados Unidos, llegaron con un complejo de superioridad. En un proceso de conquista casi colonialista, sometieron a la población autóctona de la costa y de un amplio *hinterland* y, con respaldo norteamericano, se constituyeron en una minoría parasitaria que ejercía un dominio casi colonial sobre los africanos, dominio que llegó incluso a formas de trabajo forzado y de esclavitud disfrazada. Los nuevos colonos no se consideraban africanos ni afroamericanos, sino que se autodenominaban, significativamente, americoliberianos. Dos rebeliones de la población autóctona, que pasaron casi inadvertidas para el resto del mundo (1914, 1930) indicaron ya cuál era la situación real. Tímidos intentos durante los últimos años, por parte de la oligarquía dominante, de ir salvando poco a poco el abismo que

separaba a los americoliberianos de los africanos llegaron demasiado tarde y no fueron sino un reconocimiento indirecto de lo insostenible del *statu quo*. El derrocamiento de la dominación americoliberiana mediante una revolución militar desde abajo, a cargo de los cuadros inferiores procedentes de los pueblos africanos de Liberia, hasta ahora explotados, sometidos y despreciados, iniciará el proceso de africanización del país.

i) *Zanzíbar*

Un poco antes que en Liberia y Sierra Leona, pero con características estructurales parecidas, se produjo una explosión del odio acumulado por efecto de la conquista histórica y la explotación en otra región de Africa: en la isla de Zanzíbar, frente a la costa oriental africana. También aquí las raíces históricas del derrocamiento y subsiguiente matanza de la minoría árabe dominante (enero de 1964) se remontan a la esclavitud y al comercio de esclavos, que en este caso corrió a cargo de los árabes. Zanzíbar forma parte de la cultura mixta afro-árabe-persa de la costa oriental africana, de la que surgió el swahili como nueva *lingua franca*. Arabes, y posteriormente también persas de la ciudad de Shiraz, que resultaron vencidos en conflictos internos musulmanes, fueron llegando desde el siglo VII como refugiados y formaron una nueva clase dirigente comercial y marítima frente a los nativos africanos. Tras la temporal conquista portuguesa (1505), Zanzíbar, a semejanza de otras zonas de la costa del Africa oriental, fue conquistada por los árabes del sultanato de Mascate en 1698. Desde el siglo XVIII Zanzíbar fue base de partida para cacerías de esclavos que cada vez se adentraban más en las tierras del interior, sobre todo a partir de que el sultán de Mascate introdujera en Zanzíbar el cultivo del clavero con ayuda de esclavos africanos (1827) y trasladara a Zanzíbar la capital del sultanato (1840). A cambio de la renuncia de la joven potencia colonial alemana a determinadas reclamaciones y mediante la cesión a Alemania de Heligoland, Inglaterra se convirtió en potencia colonial y protectora (1890) de Zanzíbar y, siguiendo las normas del *indirect rule,* dejó intacta la dominación clasista y racial de los árabes sobre los africanos. Pocas semanas después de recuperar el sultanato de Zanzíbar su independencia (diciembre de 1963), los africanos barrieron la monarquía (enero de 1964) y simultáneamente eliminaron en una terrible matanza a la minoría dominante árabe.

j) *Ruanda y Burundi*

Comparable es la situación histórica en los dos reinos de Ruanda y Burundi, originalmente de estructura paralela, situados entre el antiguo Congo Belga (Zaire) y el Africa oriental alemana (hoy Tanganica/Tanzania). Ruanda y Burundi pertenecen históricamente a los llamados Estados hima del Africa oriental, que se extendían hasta Uganda, donde el antiguo reino de Buganda presentaba una estructura similar. Sus comienzos se remontan a la inmigración de guerreros nómadas de piel clara, criadores de ganado bovino (de raza watusi). Llegaron en el siglo XVI procedentes del Cuerno de Africa, quizá en relación con las duras luchas que por aquella época se desarrollaron en torno a Etiopía. En Ruanda y Burundi, los tutsi (también llamados watusi, watutsi o batutsi) erigieron una clásica sociedad de clases fundada en la conquista y sumisión de los campesinos bantúes, los hutu (también llamados wahutu o bahutu). Como signo de inferioridad económica y social, se prohibió a los hutu la lucrativa cría del ganado bovino. Las aristocracias guerreras basadas en la explotación de los hutu negros y con un rey en la cúspide social se mantuvieron bajo los distintos dominios coloniales (alemanes y belgas) que dejaron la estructura intacta. En el curso de la descolonización, los hutu intentaron hacer valer su condición mayoritaria frente a la minoría tutsi dominante, con resultados diversos como ya hemos mencionado: en Ruanda los hutu se impusieron con la papeleta de voto en un referéndum celebrado bajo los auspicios de la ONU (1961), forzaron la supresión de la monarquía (1962) y rechazaron una invasión tutsi (1963). En cambio los hutu fracasaron en Burundi, donde los tutsi (¡con ayuda de la República Popular China!) se impusieron a la mayoría campesina negra de los hutu y machacaron sus rebeliones con horrendas matanzas (1965, 1972). Pero según la lógica de la democracia, cabe esperar que, antes o después, en la forma que sea, acabe imponiéndose también en Burundi la mayoría hutu.

k) *Guerras de liberación colonial: Vietnam, Argelia, Guinea-Bissau, Angola, Mozambique, Zimbabwe*

En todos aquellos sitios en los que han surgido nuevos Estados nacionales tras guerras de liberación revolucionarias —Vietnam, Argelia, Guinea-Bissau, Angola, Mozambique, Zimbabwe—, la importancia de una previa conquista, en este caso colonial, salta a la vista de una manera tan clara que bastará con una somera indicación. Las conquistas de Francia, Portugal e Inglaterra (Rhodes)

dieron lugar a una situación colonial que sólo desapareció tras las guerras de liberación libradas por los pueblos colonizados.

Tres observaciones finales nos ayudarán quizá a enmarcar históricamente estos conflictos en contextos más amplios:

1. La conquista de Argelia estuvo estrechamente relacionada con la historia revolucionaria de Francia, de modo que, tras la segunda guerra mundial, incluso los comunistas franceses, por no hablar ya de los socialistas, aprobaron (hasta 1956) los créditos para combatir la rebelión argelina, como anteriormente aprobaran los destinados a reprimir las rebeliones de Madagascar (1947) y Vietnam (1946).
2. Las guerras de liberación nacional-revolucionarias en Vietnam y Argelia contra Francia, en Africa contra Portugal y en Zimbabwe contra un régimen de colonos procedentes en su mayoría de Sudáfrica, estuvieron en mutua relación temporal y objetiva y se condicionaron y apoyaron unas a otras.
3. Por lo menos en Argelia y Vietnam surgieron tras la independencia, más pronto o más tarde, nuevos conflictos que tenían su origen en previos procesos de conquista y en relaciones de dependencia anteriores: en el caso de Vietnam como conflicto internacional en complicada relación triangular con Campuchea y China; en Argelia como conflicto interno entre los árabes, llegados al país en calidad de conquistadores hace unos 1300 años, y los habitantes aborígenes, los beréberes, empujados por los árabes en todo el Magreb hacia las montañas y hacia el Sáhara. Ultimamente los beréberes argelinos parecen ofrecer resistencia a la política de arabización forzosa que les impone el partido estatal y el gobierno de Argelia. Como consecuencia puede surgir un conflicto interno que conduzca en caso extremo a una especie de guerra de guerrillas en los clásicos refugios de las minorías oprimidas o expulsadas y a una crisis existencial de la República de Argelia, si es que no se encuentra antes una solución mediante la federalización y la autonomía interna, un poco según el modelo del Sudán.

l) *Chipre*

Una inversión parecida de la relación entre las minorías conquistadoras y la mayoría emancipada por la dominación colonial y anteriormente dominada se halla asimismo en la base del conflicto chipriota. Habiendo tenido Chipre (en griego: Kypros=cobre) un carácter preponderante o totalmente griego desde la invasión aquea en el curso de la avalancha de los Pueblos del Mar (hacia 1200 antes de Cristo), carácter que conservó a lo largo de 3000 años bajo diversos conquistadores —fenicios, asirios, persas, macedo-

nios/diádocos, Roma/Bizancio, árabes, Bizancio, cruzados latinos, Venecia—, la conquista por los turcos otomanos (1471) trajo consigo una situación fundamentalmente nueva y llevó al país una población extranjera que todavía permanece allí. Los turcos colocaron a los griegos isleños en la situación, que siempre produce resentimiento, de mayoría que tiene que soportar el dominio de una minoría extranjera. La situación sólo cambió con la ocupación de Chipre por Inglaterra, a fin de asegurar la ruta marítima hacia la India (1878) y su anexión al comenzar la primera guerra mundial (1914). El dominio británico favoreció a la mayoría de los griegos, con los que sentían una mayor afinidad histórica, cultural y emotiva, mientras que los turco-chipriotas se iban convirtiendo en una minoría marginada. El movimiento de los grecochipriotas en favor de la «Enosis» (unión) de Chipre con la metrópoli griega, siguiendo el modelo de la unión de Creta con Grecia (1913), provocó después de la segunda guerra mundial la oposición tanto de los turcochipriotas como de la madre patria de éstos. Como solución de compromiso se concedió la independencia a Chipre (1960) contra la voluntad inicial de los grecochipriotas, cuya ala extrema seguía propugnando la Enosis. Bajo la presión de este ala extrema los chipriotas griegos compensaron su desilusión por no haber conseguido la unión con Grecia ejerciendo una presión creciente sobre los chipriotas turcos hasta dejar vacíos de sentido los derechos que la constitución les reconocía. Por dos veces intervino Turquía como potencia protectora de los turcochipriotas (1963/64, 1974), la última de ellas con una violenta acción militar y estando las dos veces a punto de entrar en guerra con Grecia. Chipre se dividió de hecho en dos mini-Estados, pero a costa de los grecochipriotas, hasta tal punto que la minoría turca, con el 18 por ciento, aproximadamente, de la población, ocupa más o menos el 40 por ciento del territorio de la isla.

m) *Los amboneses en los Países Bajos*

Un conflicto interno que, por decirlo así, tiene raíces históricas externas ha dado origen a la situación de los amboneses inmigrados en los Países Bajos después de la segunda guerra mundial. Hace unos años, la tensión condujo a acciones de toma de rehenes por parte de jóvenes amboneses, acciones a las que se puso fin de manera violenta. Sin una explicación histórica resulta este conflicto totalmente incomprensible.

Ambón es una isla de las Molucas del Sur y pertenece hoy a Indonesia. Desde su conquista por los portugueses (1511) fue un centro de cultivo de especias, concretamente de clavero, y por

tanto primordial objetivo de la expansión colonial holandesa (1605) tras haber conseguido sacudirse el dominio español (a partir de 1572). La conquista colonial convirtió a Ambón en base para el sometimiento y dominio primero económico y luego también político de la actual Indonesia. Finalmente los amboneses constituyeron una parte considerable del ejército colonial holandés y lucharon fielmente al lado de los Países Bajos incluso en la guerra de independencia de Indonesia (1946-1949). Tras alcanzarse la independencia fáctica de Indonesia (1949) los amboneses temieron acciones de venganza por su antigua lealtad para con la potencia colonial e intentaron independizarse proclamando la República de las Molucas del Sur (1950). Indonesia reprimió inmediatamente el intento secesionista y una parte de los amboneses aceptó el ofrecimiento de asilo hecho por los Países Bajos, de modo que unos 15.000 de ellos emigraron a Holanda. Allí se han aferrado a su reivindicación de una República de las Molucas del Sur. La generación más joven ha crecido tan apegada a ese ideal que rechaza de manera consecuente la integración cultural o social en los Países Bajos. Con la acción de toma de rehenes han querido llamar la atención del mundo hacia su situación y sus fines.

n) *Macedonia*

Llamaremos por último la atención sobre un conflicto a medio camino entre conflicto interior y exterior, entre el pasado y el futuro incierto: Macedonia. Macedonia es el ejemplo clásico de los trágicos efectos que puede tener el choque de aspiraciones nacionales que se apoyan en conquistas de distintos pueblos ocurridas en distintas épocas: patria primigenia de los dorios antes de su invasión de Grecia (hacia 1200 a. C.) —con la que provocaron la avalancha de los Pueblos del Mar, punto de partida posteriormente de la más explosiva y rauda formación de un imperio en toda la historia universal, el imperio de Alejandro— fue conquistada en la Edad Media dos veces por el reino de los búlgaros, una vez por el de la Gran Serbia y finalmente por los turcos otomanos. Tras el desmembramiento del imperio otomano, tanto los búlgaros como los serbios echaron mano de su tradición «nacional» imperial en el momento de su mayor extensión territorial durante la Edad Media y reclamaron para sí la totalidad de Macedonia. En vísperas de la Paz de San Stefano, Rusia prometió, al final de la octava guerra ruso-turca, entregar Macedonia a la Gran Bulgaria creada por los propios rusos. El Congreso de Berlín de 1878 volvió a separar Macedonia de Bulgaria y la entregó de nuevo a los turcos. En consecuencia Bulgaria, independientemente del régimen

político, reclama desde 1878 Macedonia como territorio nacional, frente a Grecia y Serbia/Yugoslavia que, tras las dos guerras balcánicas (1912/13) se repartieron Macedonia de manera que unos dos tercios del territorio pertenecen a Yugoslavia. La reivindicación búlgara de Macedonia condujo ya a la guerra serbo-búlgara de 1885/86, a la segunda guerra de los Balcanes (1912-1913) y a la entrada de Bulgaria al lado de las Potencias Centrales —frente a Serbia— en la primera guerra mundial (1915).

Lo inquietante de la situación reside en la continuidad de las aspiraciones de la Bulgaria comunista frente a la también comunista Yugoslavia. Desde la muerte de Tito (1980) cabe esperar que en cualquier momento Bulgaria vuelva a intentar hacer valer sus exigencias territoriales, como lo ha hecho ya tres veces en la edad contemporánea (1885, 1912, 1915), en caso necesario con un movimiento nacionalista en Macedonia real o ficticio, quizá financiado y organizado o fingido por Bulgaria, para unirse a la Bulgaria ortodoxamente comunista, y si es preciso con el respaldo del gran hermano del Este. La consecuencia sería una intervención soviética al estilo de la de Afganistán, nuevamente «sólo» para defender consecuciones revolucionarias y, por añadidura, como «ayuda fraterna» al más caro y fiel aliado de la URSS en los Balcanes. Y la consecuencia podría ser una nueva y más seria crisis mundial, que nos llevara aún más al borde de una tercera gran conflagración que todas las anteriores. El potencial conflictivo habría retornado a Europa, como en 1914 antes de la primera guerra mundial.

2. El mundo árabe-islámico en marcha

I. LA HERENCIA DEL IMPERIO OTOMANO. EL SURGIMIENTO DE LOS ESTADOS ARABES NACIONALES

El Oriente arabeislámico es, en la forma en que hoy lo conocemos, un producto de la primera guerra mundial, es decir, del reparto del último imperio universal oriental, la Turquía otomana, por las potencias occidentales. Los países surgidos después como Estados árabes de Occidente (Magreb) y de Oriente (Mashrek) en el norte de Africa y en el «Creciente Fértil» se crearon en aquella fase del reparto como resultado de la política de intereses occidentales. El período que va desde la primera guerra mundial hasta nuestros días se caracteriza por violentos movimientos árabes de independencia. Estos movimientos de independencia se han dirigido sobre todo contra aquellos países que no cumplieron las promesas hechas durante la primera guerra mundial a sus aliados árabes o que despreciaron la estatalidad formal de estos países a fin de mantenerlos en una relación de dependencia política y económica.

El imperio otomano, de cuya bancarrota salieron la mayoría de los países del Próximo Oriente, no era un Estado nacional. Los otomanos turcos, que fundaron ya su dinastía en el siglo XIV *en* Bursa, Asia Menor, y se consolidaron definitivamente en el año 1453 con la conquista de Constantinopla, establecieron un sistema complicado en su zona de soberanía, rápidamente extendida hacia Europa. El sistema de *millets (millet* en turco=comunidad) estaba estructurado de tal manera que la comunidad islámica vivía en pie de igualdad con las comunidades no islámicas, es decir, las cristianas y judías. Dicho en otras palabras: no existía la relación habitual de dominio entre la mayoría de la población y las minorías como es (y fue) típico de los Estados nacionales posteriores. En contraste con los Estados nacionales posteriores, el imperio otomano no se basaba en los principios islámicos del Estado y la sumisión, originariamente rigurosos. Entre los fenómenos más notables de la historia otomana está el hecho no sólo de que hubo numerosos renegados, en su mayoría cristianos, entre los grandes estadistas que produjo, sino también, y sobre todo, que las tropas de élite del imperio, los *yeni-zeri* o jenízaros, estuvieron compuestas exclusivamente de cristianos de nacimiento que mediante la

leva de muchachos (en turco *dewshirme)* pasaban a formar parte del servicio civil turco y se convertían al Islam. También es característico que la decadencia y descomposición del imperio otomano se produjesen y acelerasen por el posterior abandono de esta regla. El imperio universal se fue minando cada vez más, a partir del siglo XVII, por la corrupción y la influencia cada vez mayor de las potencias europeas, sobre todo de Rusia, Francia, Inglaterra y la monarquía de los Habsburgo. Las primeras reformas que se introdujeron en 1826 con la disolución del cuerpo de jenízaros y la reordenación del sistema militar y de la administración bajo el concepto de *Tanzimat-i hayriye* (disposiciones beneficiosas), contribuyeron más a impulsar el proceso de descomposición que a detenerlo. El Estado adquirió un carácter cada vez más musulmán, que hasta entonces no había tenido, a pesar de confesarse islámico, con lo que esto significaba para la dinastía y el funcionariado. El imperio otomano no se sintió turco en sentido nacional hasta la revolución de los Jóvenes Turcos, acaecida en 1908.

Desde este momento el nacionalismo turco desplazó al Islam. Esto condujo a la represión brutal de otras nacionalidades en el imperio, sobre todo de los árabes, que habían empezado a desarrollar una conciencia propia. Pero también quedaron expuestas a la discriminación, la persecución y la expulsión las nacionalidades cristianas. El exterminio masivo del pueblo armenio en los años de 1914-15 marcó el punto culminante del nacionalismo de los Jóvenes Turcos, que pretendía mantener todavía a la nueva Turquía dentro del ropaje del imperio otomano.

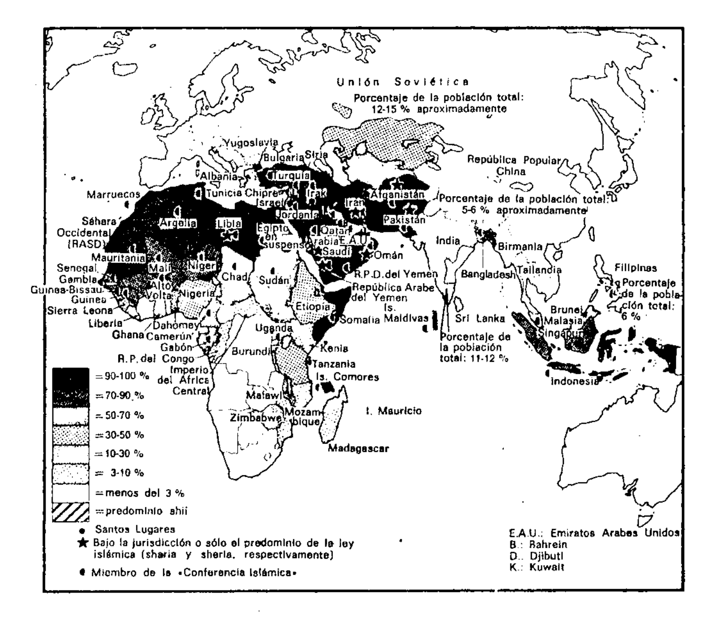
La confrontación con el Oeste, con Occidente, fue para el Oriente islámico un factor desencadenante de su despertar nacional. El Oeste, el Occidente cristiano europeo, no había podido vencer al «Islam», como a otras altas culturas sometidas por los europeos desde el descubrimiento de América, a lo largo de su historia expansionista. Pero Europa logró penetrar en el Oriente islámico. El comercio europeo del Levante, del Mediterráneo oriental, el establecimiento de bases comerciales, la destrucción de la desarrollada estructura artesanal por la inundación de mercancías acabadas europeas, todo esto arruinó al Oriente islámico con su diversidad de comunidades y su diversidad religiosa y étnica. Así, pues, mucho antes de que las potencias europeas se lanzasen al reparto de la región, conocida después como Oriente Próximo, durante la primera guerra mundial y después de ella, esta parte del mundo se hallaba sometida económicamente y degradada al papel de proveedor dependiente de materias primas de la industria europea. El odio al Oeste, al Occidente cristiano, fue y es la expresión de una experiencia larga y dolorosa, experiencia que se inició todavía bajo el dominio nominal de los otomanos y llevó

a que esos países tuvieran muy poco que oponer a la intervención europea, sobre todo en el siglo XIX.

Resulta, pues, que la manida hipótesis de que el encuentro propiamente dicho entre Oriente y Occidente se produjo con la invasión de Egipto por Napoleón no es del todo exacta. En el intento de cortar los lazos de unión de Inglaterra con su colonia más importante —la India—, Napoleón cayó sobre Egipto en el año 1798-99. La campaña egipcia de Napoleón representa, en verdad, la primera expedición militar de Europa en esta región, pero el hecho de que Napoleón luchase en Egipto casi contra Inglaterra evidencia al mismo tiempo que los pueblos de esta región ya no eran por aquellos tiempos dueños de su historia y que sus países se habían convertido en el campo de batalla de ejércitos extranjeros.

El imperio otomano no sólo había sufrido grandes pérdidas en la lucha contra las potencias europeas en los Balcanes y el mar Negro. Al débil poder central de Estambul se le había escapado también el vasallaje del jedive, el virrey del sultán en el Nilo. Muhammad Alí, que se había distinguido en los combates contra el ejército invasor francés, había llegado en 1806 a El Cairo como gobernador del sultán otomano. En pocos años se liberó de Estambul e intentó emprender un nuevo camino como primer soberano oriental, empezando a modernizar Egipto e incluso a industrializarlo. Esto iba dirigido contra dos potencias: por un lado, contra el imperio otomano, en decadencia y en descomposición, y por otro, contra Gran Bretaña, aliada de Estambul. Dentro del país, Muhammad Alí introdujo reformas de una manera muy poco convencional: aniquiló la casta militar feudal de los mamelucos y se convirtió en defensor de los pobres fellagas al introducir garantías de carácter socialista de Estado en favor del campesinado. Con la construcción de una red de carreteras se desarrolló un sistema de comunicación moderno. Además se introdujo un sistema escolar según el modelo francés. Con este sistema escolar se consolidó esencialmente la influencia francesa en el Egipto de Muhammad Alí, quien se alió por lo demás con Francia en contra de su rival Inglaterra: se llevaron maestros franceses al país y se encargó a técnicos franceses la modernización de Egipto. Con este respaldo francés, Muhammad Alí podía ahora independizarse de la soberanía del sultán sobre Egipto. Cuando Alí inició una marcha militar contra el sultán para arrebatarle Siria, su ejército y su flota se habían adiestrado ya en numerosos combates en las fronteras de Egipto.

Entre 1811 y 1819, Alí consiguió reprimir la rebelión de los wahabbíes en la península arábiga y someter las regiones del Alto Nilo (1820-1822). Las potencias europeas habían fomentado o per-



Mapa 4. *La difusión del Islam.*

Mapa esquemático, sin tener en cuenta la propagación dentro de cada Estado con respecto a la población total salvo en el caso de China, India, Filipinas y la URSS.

mitido la independización de Alí con respecto a Estambul, ya que les beneficiaba la debilitación de la Puerta. Sin embargo, no tenía ningún interés por entonces en su aniquilamiento total puesto que sólo un imperio otomano debilitado podía favorecer la penetración europea en Oriente Próximo. Por tanto, cuando Alí arrebató a los otomanos Levante hasta el norte de Siria, la flota británica le obligó a evacuar de nuevo esta zona. También Francia consideró excesivo el ascenso del jedive. De ahí que las dos potencias europeas practicasen juntas una política mediante la cual debía prolongarse artificialmente la agonía del «enfermo del Bósforo», política con la que luego, durante la guerra de Crimea (1853-1856), impidieron que la Turquía otomana sucumbiera ante los objetivos expansionistas de la Rusia zarista en el sur, en dirección al Mediterráneo.

Los sucesores de Muhammad Alí no continuaron la política del jedive. Se endeudaron con Inglaterra, que se afirmó cada vez más

como la potencia propiamente dicha del Nilo. Después de que el desastroso estado de las finanzas estatales egipcias permitiera a Inglaterra hacerse con el, 44 por ciento de las acciones de la Sociedad del Canal de Suez, se fijaron finalmente las bases para la toma del país del Nilo por la Inglaterra imperialista en 1882. Cuando Arabi Pachá opuso resistencia armada a los ataques europeos y exigió el restablecimiento de la independencia egipcia, Inglaterra invadió abiertamente Egipto con tropas militares. La flota británica bombardeó Alejandría. En la batalla de Tell el-Kebir, Egipto sufrió una decisiva derrota militar que finalmente condujo a que Egipto se convirtiese en protectorado británico.

Egipto era de importancia capital para el imperio británico. No sólo constituía una bisagra para la colonia más importante del imperio, la India, sino que además unía las posesiones africanas del sur con las asiáticas, estableciendo un triángulo estratégico El Cairo-Ciudad del Cabo-Calcuta que facilitaba las comunicaciones. Egipto se convirtió en el centro del imperio británico, administrado como modelo de la época de esplendor del colonialismo por lord Cromer, la eminencia gris de la política imperial británica.

En los países del Magreb, el desarrollo fue distinto, aunque no del todo. La socavación del poder central otomano tuvo un doble efecto. Por un lado, los notables locales, los dayis y los beys, pudieron separarse de la Puerta, y por otro lado, quedaron así expuestos a la intervención europea. Sobre todo, el hecho de que después del período de la revolución Francia dependiera del suministro de cereales de Argelia, reforzó el interés francés por el norte de Africa. En 1830, Francia tomó la demora de Argelia en el pago de las deudas como pretexto para invadir y conquistar Argelia. En contraste con los británicos, que en lo esencial perseguían una política colonial inspirada en motivos estratégicos y comerciales de tipo capitalista y, por tanto, como evidenció el ejemplo de lord Cromer, preferían un control indirecto, el colonialismo francés en el norte de Africa se orientó sobre todo hacia una política de asentamiento. Así pues, los franceses sometieron a la población norteafricana para dominarla. Mientras que Inglaterra dejó intactas las estructuras locales en interés del comercio propio, Francia aniquiló la identidad cultural y local de los norteafricanos, árabes y beréberes. Este fenómeno de pérdida de identidad de los argelinos se reveló como un gran problema durante la lucha de liberación argelina, iniciada en 1954. Mediante esta lucha de liberación pudo desarrollarse por primera vez una nueva identidad nacional, en opinión del teórico de la revolución y combatiente por la libertad de Argelia Frantz Fanon, oriundo de Martinica. Desde la penetración europea en el Norte de Africa estalló una y

otra vez, a intervalos cortos, la resistencia contra los colonizadores. Uno de los ejemplos más conocidos fue la rebelión mahdista. El Mahdi sudanés (en árabe: el que está bajo dirección divina), Muhammad Ahmad ibn Abd Allah (1843-1885) conquistó Jartum en 1885. Su sucesor, el califa Abd Allah, fue sometido en 1889 por el cuerpo expedicionario inglés a las órdenes de lord Kitchener en una batalla sangrienta. La rebelión sudanesa del Mahdi tuvo muchos precedentes, como, por ejemplo, bajo Ubayd Allah (934), fundador de la dinastía fatimí, y bajo Ibn Tumart (1077-1130), fundador de los almohades. La rebelión del Mahdi sudanés iba dirigida, como movimiento de renovación fundamentalista, contra la penetración de los europeos.

En 1926 los rebeldes norteafricanos sufrieron también una derrota a manos de un gran cuerpo expedicionario de tropas francesas y españolas. Hasta que Francia no perdió la guerra de Indochina en los años 50 de este siglo, no volvió a recibir nuevo impulso la voluntad de independencia que, tras años de lucha encarnizada, condujo finalmente a la independencia.

Mucho antes de que el imperio otomano se disolviera formalmente tras la primera guerra mundial y la abdicación del sultán, se desarrollaron ya diversos nacionalismos en el último tercio del siglo XIX. Además del nacionalismo árabe, que, como hemos mencionado, fue bárbaramente reprimido por los Jóvenes Turcos, surgió sobre todo el elemento nacional turco. Es cierto que el sultán había intentado contrarrestar el nacionalismo de los Jóvenes Turcos equiparando incluso, durante la primera guerra mundial, el sultanato al califato panislámico y declarando la «guerra santa» a los aliados. Sin embargo, la legitimidad islámica del imperio que se venía abajo no pareció convencer como medio de integración ni a los turcos (cada vez más nacionalistas) ni a los árabes que luchaban por la independencia nacional. El nacionalismo, forma de conciencia política desconocida hasta entonces en Oriente, sustituyó al lazo religioso y aceleró el incontenible proceso de descomposición.

Los aliados apostaron por este nacionalismo que, naturalmente, era una espada de doble filo. Los británicos lo saludaron con la esperanza de que contrarrestarían los esfuerzos alemanes por mantener el imperio otomano apoyando la rebelión árabe del desierto en 1915. Con su promesa a Hussein, soberano de Hedjaz, en la península Arábiga, de establecer, tras la derrota del imperio otomano, un reino árabe bajo el dominio hachemita en toda Arabia (incluidos Siria, Líbano y Palestina), creyeron con ello asegurar sus ideas de hegemonía en Oriente. El nacionalismo frustró estas intenciones y se convirtió en una fuerza que a partir de ese momen-

to se dirigiría contra las potencias vencedoras aliadas y en los sesenta años siguientes sería decisiva para el desarrollo de toda la región.

La primera resistencia contra los planes de los aliados vino de los turcos. Kemal Pachá, un joven oficial turco, se volvió contra el espíritu de la paz de Sèvres de 1920 y movilizó las tropas turcas, todavía intactas, contra franceses, griegos e italianos que habían desembarcado en Anatolia y en la costa de Asia Menor. Con ayuda de la Rusia soviética, creó en rápidas acciones militares los presupuestos para la fundación de la República, proclamada en Ankara en octubre de 1923. El kemalismo, forma nacionalista, estatista y secular del nuevo Estado turco, se apoyó en el modelo soviético de economía planificada y antiimperialista. Durante mucho tiempo figuró como ejemplo de los pueblos de Asia combatientes por su liberación.

Por lo que respecta a las promesas hechas por los británicos a los hachemitas sobre el futuro de Arabia, se puso claramente de manifiesto la perfidia de la obra. Después de que las tribus árabes participaran en la derrota del imperio otomano en favor de Inglaterra, ésta y Francia firmaron en 1916 un tratado secreto para repartirse el Oriente árabe en zonas de influencia. El «Tratado de Sykes-Picot» estaba en contradicción flagrante con las promesas que el negociador británico MacMahon había hecho al emir del Hedjaz antes de la intervención de los árabes. Un año después, en 1917, se les aseguró a los sionistas, en las famosa declaración del Balfour, el establecimiento de un hogar para los judíos en Palestina. Así se crearon, ya durante la primera guerra mundial, las bases de unos conflictos que duran hasta hoy.

La región se levantó y rebeló una vez que los aliados formalizaron en 1920, en la conferencia de San Remo, sus tratados secretos sobre el reparto del Oriente Próximo. Los pueblos de esta zona no sólo se fiaron de las promesas que les abrían las perspectivas de su independencia. También los principios relacionados con el derecho a la autodeterminación proclamado por el presidente americano Woodrow Wilson dieron un impulso adicional a sus exigencias de soberanía nacional, que se había vuelto a posponer. En los veinte años siguientes se inició una lucha encarnizada contra los nuevos señores, ingleses y franceses, lucha que no terminó hasta la década de 1960. Este período de cuarenta años, a mediados del cual se produjo la segunda guerra mundial, representa para los pueblos del Oriente Próximo y Medio una unidad. Fue una fase de la historia universal contemporánea en la que el mundo árabe, desde el Mashrek hasta el Magreb, miró a Europa y al Oeste con ojos llenos de odio: en Siria y el Líbano comenzó la guerrilla contra las tropas francesas al mando del general Weygand,

que duraría hasta 1925; en Libia se luchó hasta 1931 contra los colonizadores italianos. En 1921 se creó en Mesopotamia, en calidad de mandato británico, el Estado árabe semisoberano de «Irak», solución de compromiso que en lo esencial debía satisfacer, al menos parcialmente, las pretensiones del emir Faysal ante los ingleses. También la subida al poder de Rashid Alí al-Gaylani, ocurrida veinte años después en Irak, formó parte de este contexto: su objetivo era atacar la potencia colonial junto con las potencias del Eje. La resistencia masiva de la década de 1950 contra Gran Bretaña y Francia se vio impulsada una vez más por el hecho de que el nacionalismo árabe tuvo su punto culminante en la era de Gamal Abdel Nasser.

El desarrollo de las distintas regiones árabes transcurrió de forma parecida hasta finales de la segunda guerra mundial, aunque con ciertas diferencias. En Siria se estableció un protectorado francés en 1920 en contra de la voluntad de la población. Feisal, proclamado rey por el congreso Sirio, expulsó a los franceses de Irak. Para defenderse mejor de la resistencia de la población, la potencia francesa del protectorado dividió, a la vieja usanza de la represión imperialista, el país en varias formaciones estatales: Siria, situada en el extremo oriental, Líbano y Laodicea, es decir las zonas costeras de la Siria actual, así como el Yébel Druso, la principal zona de asentamiento de la población drusa a lo largo de la actual frontera jordana. La zona del Líbano se «enriqueció» en el este con grupos de población sunní, con lo que se modificó considerablemente el viejo principado de Monte Líbano. La partición del Levante en diversas zonas gobernadas independientemente unas de otras condujo a rebeliones y luchas. La disputa más sangrienta de esta fase, la gran rebelión drusa de 1925, fue reprimida brutalmente. Curiosamente coincidió con el levantamiento de Abdel Krim en Marruecos, otra circunstancia que denota el carácter común de la resistencia contra el dominio colonial (sobre todo porque en ambos casos se trataba del dominio francés).

También la década de 1930 se caracteriza por desórdenes crecientes. Las rebeliones y escaramuzas estuvieron a la orden del día. La calma no llegó hasta que el gobierno francés accedió a firmar con Siria y el Líbano tratados que les prometían la independencia para 1939. El estallido de la segunda guerra mundial impidió una vez más esta independencia, que no pudo llevarse a cabo hasta después de la retirada de las tropas extranjeras en 1946.

Irak se declaró monarquía constitucional conforme a la Constitución de 1924. En virtud de otro tratado de 1926, se adjudicaron a Irak los campos petrolíferos de Mosul y Kirkuk. Este tratado tuvo lugar sobre todo a instigación de los ingleses. Si

hasta entonces Irak había tenido sobre todo importancia geográfica para Gran Bretaña como vía de comunicación del Oriente Medio y vía terrestre para la India, el interés de los británicos se centraba ahora, en primer lugar, en la explotación del petróleo. La cuestión de los kurdos está relacionada con los mismos intereses. El movimiento independentista de los kurdos apoyado por los ingleses durante la primera guerra mundial fue rechazado por el protectorado posterior de Gran Bretaña, que había pasado a disponer de los campos petrolíferos, y combatido militarmente con su ayuda.

Prescindiendo de su función vinculante con la India, Irak se convirtió así en el baluarte económico más importante de Inglaterra en el Mashrek. El petróleo extraído de los campos de Kirkuk y Mosul y llevado hasta la costa de Levante convirtió a toda la región en una zona de influencia británica. Una de las estaciones finales de los oleoductos estaba en Haifa, situada en Palestina. De este modo Palestina e Irak representaban una pareja de gemelos estratégicos para los intereses británicos. En contraste con la política francesa, los británicos supieron imponer indirectamente sus intereses en Oriente. Para evitar las revueltas y asegurar el suministro de petróleo sin que el país lograra la independencia, los ingleses permitieron al rey Feisal que en 1932 anulase formalmente el protectorado. La influencia británica se mantuvo así íntegra. Esta influencia quedó formalizada en un tratado de amistad que garantizaba a Inglaterra bases aéreas y un derecho especial de intervención en caso de guerra. Este dominio indirecto no se cuestionó hasta el golpe de Estado del antiguo presidente del gobierno Rashid Alí al-Gaylani, llevado a cabo en 1941 bajo la influencia del ascenso de la Alemania de Hitler. Pero estas ideas de alianza no deben interpretarse en el sentido de que este intento de tomar el poder supusiera una declaración de simpatía ideológica hacia las potencias del Eje. Fue más bien un intento de aprovecharse de las debilidades de Gran Bretaña, como ocurrió también en Egipto.

II. LA REVOLUCION EN EGIPTO: NACIONALISMO ARABE E INTERESES OCCIDENTALES

Después de la paz de Sèvres del 15 de mayo de 1919, interpretada por los pueblos de Oriente como una traición a su derecho a la independencia, estallaron numerosos disturbios en Egipto. Lo mismo que en otras regiones, Gran Bretaña intentó también frenar la rebelión incipiente de Egipto mediante un paso formal. Así,

pues, en 1922 declaró terminado el protectorado del país del Nilo y concedió a Egipto una independencia nominal. El jedive Ahmed Fuad tomó el título de rey con el nombre de Fuad I: Sin embargo, este paso formal no supuso más que una calma transitoria. Y tanto más cuanto que los privilegios del alto comisario permanecieron intactos y la política egipcia, sobre todo la exterior, siguió haciéndose en Londres y no en El Cairo. El borrador del tratado de 1928 no preveía ninguna independencia real. Se elaboraron otros muchos proyectos. No se alcanzó un acuerdo hasta 1936. Pero este tratado también reservaba a Gran Bretaña todos los derechos que había ejercido hasta ahora sobre el país. Así, entre otras cosas, se mantuvo la ocupación estratégica del país. Egipto, por tanto, siguió siendo para Inglaterra una base importante en la confluencia estratégica de los tres continentes. Esto no cambió hasta el año de 1956. El tratado de 1936 garantizaba a Inglaterra los derechos de permanencia por los que tan encarnizadamente se lucharía en la década de 1950, esto es, en la fase culminante del nacionalismo árabe bajo Nasser. Entre estos derechos se contaba también la presencia de 10 000 soldados británicos en la zona del canal, con la que prácticamente se arrancaba del ámbito de soberanía del país la arteria fluvial más importante de Egipto. Además, la utilización de Alejandría y Port Said como bases marítimas británicas, el derecho al libre movimiento de tropas británicas en el país en caso o peligro de guerra así como una alianza entre ambos países que imponía o garantizaba a Inglaterra la defensa de Egipto. Si partimos del hecho de que tres años más tarde estalló la segunda guerra mundial, resulta evidente que los egipcios apenas pudieron desarrollar una conciencia acerca de la poca independencia que este tratado, medido por el *status quo ante,* les había reportado efectivamente. El levantamiento anticolonial general de la década de 1950 siguió casi sin solución de continuidad a las luchas de las décadas de 1920 y 1930 y sus secuelas.

Al final de la segunda guerra mundial, que, a pesar de la victoria de los aliados, implicó un debilitamiento de las viejas potencias coloniales (Inglaterra y Francia), Inglaterra tardó mucho tiempo en retirar sus tropas de las regiones, zonas y bases previstas en el tratado de 1936. La cuestión del Sudán, es decir, la disputa anglo-egipcia sobre lo que debía ocurrir con el país al sur de Egipto, dio lugar a tensiones crecientes entre Egipto e Inglaterra. Como país dependiente del Nilo y su agua debido a su estructura agraria, Egipto no podía permanecer neutral en la cuestión de lo que ocurría en el Sudán. De ahí que Egipto presionase para la unión del Sudán a Egipto. Esta demanda tenía también cierta justificación a los ojos de los egipcios por el hecho histórico de que

tropas anglo-egipcias sometieron conjuntamente la región en 1899. Inglaterra, que veía con malos ojos semejante independencia de Egipto, aunque estuviese limitada al terreno económico, encaminó su política a establecer un Sudán independiente antes que unir el país del alto Nilo a Egipto.

La ruptura final con Gran Bretaña se produjo con la guerra de Palestina. Esto no sólo rige para Egipto. También la guerra árabe-israelí de 1948-49 por Palestina actuó en Siria como catalizador de los cambios internos. Pero fue sobre todo en Egipto donde la revolución de los jóvenes oficiales pondría fin a la era de la dependencia y la sumisión. Hasta entonces había sido el partido tradicional, el Wafd, el que había dirigido la política egipcia. Pero los notables, comerciantes y terratenientes que se habían reunido en este partido no podían llevar a buen término el movimiento de independencia a costa de una ruptura con Inglaterra. Los jóvenes oficiales que habían comprendido en las trincheras de Palestina que su derrota ante los israelíes se debía a la incapacidad, corrupción y sumisión de sus estadistas, representaban una nueva capa social que hasta entonces no había podido articularse políticamente. Los jóvenes oficiales que pretendían el poder por entender que su impotencia (armas anticuadas, equipo desgastado, etc.) sólo era consecuencia de las lamentables condiciones sociales y políticas de sus países, procedían en su mayor parte de la pequeña burguesía, para la que el ejército suponía la única posibilidad de ascenso. El ejército representaba entonces, hasta cierto grado, una institución en la que se daba importancia a la modernización y el saber técnico, es decir, formas de conciencia que estaban en contradicción con la vida y la política anteriores de las capas dirigentes tradicionales. Fue del ejército, de sus filas y de su nueva conciencia, de donde surgió el cambio más importante del Oriente Próximo árabe, cambio que marcaría decisivamente durante los veinte años siguientes la historia ulterior de la región.

Los oficiales estaban organizados en grupos secretos que mantenían entre sí escasos contactos. El 23 de julio de 1952, el grupo de los Oficiales Libres desencadenó en Egipto, con los tanques, un golpe de Estado que sirvió de modelo a otras muchas revoluciones de la región. Los Oficiales Libres ocuparon el palacio real y enviaron al exilio romano al rey Faruk, figura simbólica del feudalismo oriental y del ocio hedonista. Faruk, que representaba la fase de la historia egipcia en la que no pudo realizarse la independencia (1936-1952), y Nasser, el héroe del nacionalismo árabe, ilustran simbólicamente la ruptura que se efectuó con el estallido de la guerra de Palestina en la historia del Oriente árabe. Esta ruptura no es comparable a ninguna otra cesura de la historia

de la región. Sólo teniendo presente este cambio pueden entenderse las modificaciones que desde este momento caracterizan la historia de una nueva conciencia árabe.

La revolución de los Oficiales Libres al mando de Nasser se esforzó por llevar a cabo con cautela sus planes de reforma social para conservar la continuidad mediante una persona popular. A pesar de la ruptura con el sistema, se colocó por lo pronto al general Naguib a la cabeza del Estado. Los jóvenes oficiales tenían poca experiencia en el ejercicio del poder político y en la realización de las reformas sociales. No es de extrañar, si se reflexiona un poco, que su revolución fuera la primera de este tipo en la historia moderna del Oriente árabe. Murieron rápidamente las ideas de concordia nacional cuando, tras la proclamación de la primera ley de reforma agraria, estallaron disturbios desatados sobre todo por las fuerzas religiosas conservadoras. La intención originaria de los Oficiales Libres de celebrar elecciones libres según el modelo europeo occidental y crear un sistema pluripartidista fue abandonada o pospuesta para más tarde. Cuando aumentaron las diferencias de opinión y los roces en el Consejo de la Revolución, se encargó a Gamal Abdel Nasser, verdadera cabeza del movimiento social-reformista de los oficiales, la dirección del Estado. Su predecesor, el general Naguib, fue depuesto, desterrado y colocado bajo arresto domiciliario.

Los problemas con que se enfrentaban ahora Nasser y el Consejo de la Revolución se referían sobre todo a cuestiones sociales y de política exterior. La elevación del nivel de vida para amplias capas de la población, cuestión esencial para los revolucionarios, estaba estrechamente vinculada a la dependencia de Egipto con respecto a Occidente: ¿era posible llevar a cabo reformas sociales sin chocar con los intereses tradicionales de Occidente, sobre todo de Inglaterra y también, cada vez más, de los Estados Unidos? Por otra parte, la cuestión pendiente del Sudán —es decir si este país debía ser parte de Egipto o formalmente independiente y, por tanto, realmente dependiente de Gran Bretaña—, no era solamente una cuestión de prestigio político, sino también, y sobre todo, de supervivencia económica (tanto más cuanto que la regulación del agua del Nilo en el Sudán era para Egipto una cuestión de vida o muerte). A ello se sumaba el hecho de que los planes de industrialización de los reformadores sociales parecían depender de la cuestión energética y ésta, a su vez, de la construcción de una presa en el Nilo. Por eso, la actitud del Sudán era de importancia capital para Egipto, tanto en el terreno de la agricultura como en el de la industria.

Egipto tenía que seguir disputando con las potencias occidentales en relación con la cuestión de las bases y de la política de

alianza militar. Los británicos seguían ocupando la zona del canal de Suez. Sin duda, esto respondía a los tratados existentes, pero la presencia de los británicos no resultaba ya compatible con los cambios reales efectuados en la escena política de la región. Pues gracias a esta presencia seguían disponiendo de una parte importante del territorio egipcio y de los ingresos de la Sociedad del Canal de Suez, una sociedad anónima.

Occidente, sobre todo Inglaterra y los representantes de la política exterior norteamericana, no veían todavía claro lo que significaba que Egipto empezase a exigir bajo Nasser algo que era obvio para un país independiente, aunque aún no se les hubiese dado a los países árabes semidependientes de aquella época: disponer de su propio territorio y, lo que aún sería más importante, disponer de sus recursos naturales, sobre todo del petróleo, que hasta entonces se hallaba en manos de sociedades occidentales, principalmente angloamericanas.

Este era el escenario politicoeconómico en donde no sólo iban a plantearse las exigencias independentistas de Nasser. Se trataba de esa constelación de intereses entrecruzados que fue decisiva durante los veinte años siguientes en la lucha del mundo árabe contra Occidente. Una lucha que, siguiendo el ejemplo de Egipto, llevarían a cabo durante los años siguientes, con sus correspondientes variaciones, casi todos los países árabes contra Occidente.

A esta situación fundamental de partida se sumaba la dificultad de que Occidente intentaba arrastrar a los Estados árabes al conflicto Este-Oeste. Esta intención manifiesta de Occidente provocó reacciones diversas en los distintos países. Así, por ejemplo, los intereses de los regímenes claramente conservadores, especialmente del iraquí bajo su jefe de gobierno Nuri al-Said, radicaban en seguir sirviéndose de las tropas británicas para protegerse. De esta suerte, la idea de arrastrar a los Estados árabes a una alianza occidental (destinada a reducir la influencia de la Unión Soviética en la región), tenía que estrellarse contra la voluntad de independencia de Nasser. Por entonces, Nasser no tenía ninguna noción clara de la política que más tarde se denominó «neutralismo positivo» y que reuniría a estadistas como Nehru, Tito y Nasser. A éste le importaba sobre todo la retirada de los británicos de Egipto, a fin de que el país pudiese actuar efectivamente de manera independiente. En un principio Nasser mostró una actitud amistosa hacia los Estados Unidos, tendencia que se dio por entonces en todos los Estados que habían estado bajo la influencia del dominio colonial inglés y francés y por tanto mostraban gran simpatía hacia las ideas americanas de descolonización.

Por su parte, Occidente se esforzaba por integrar a los Estados árabes, y sobre todo a Egipto, en una alianza militar occidental

cuya médula la constituía el pacto de Bagdad, alianza entre Irak, Turquía e Inglaterra. Sobre la base de su función como bisagra geopolítica, Egipto debía poner a su disposición bases y vías de comunicación. La participación de Nasser en la conferencia de Bandung en abril de 1955, en la que empezó a formarse el bloque neutralista afroasiático, produjo otro enturbiamiento de la atmósfera política. Cuando en el mismo año aumentaron los ataques militares de los israelíes en la línea de demarcación y Occidente condicionó su disposición de proporcionar armas a Egipto a la entrada de éste en el pacto occidental de defensa, Nasser se dirigió al bloque oriental. El tratado checoegipcio para la entrega de armas, firmado en septiembre de 1955, creó una situación totalmente distinta en el Oriente Próximo: por primera vez se entregaron armas soviéticas a un país situado fuera del propio bloque. De esta manera el Oriente Próximo se convirtió definitivamente en una parte del conflicto Este-Oeste.

El antagonismo entre Egipto y Occidente se iba convirtiendo cada vez más en un conflicto paradigmático para los demás países árabes, e incluso para los que más tarde se incluirían a secas en el «Tercer Mundo». Este antagonismo latente se agudizó cuando el Consejo de la Revolución se dispuso a crear una perspectiva de desarrollo económico a largo plazo para el populoso Egipto, perspectiva que se basaba principalmente en la estructura agraria.

Dado que la Unión Soviética no se mostró dispuesta a ofrecer ayuda económica a Egipto para la construcción de la planeada presa de Asuán, Nasser se dirigió a Occidente. En julio de 1956, El Cairo aceptó las propuestas americanas de financiación. Pocos días más tarde, sin embargo, los Estados Unidos se retractaron espectacularmente. El Banco Mundial, que estaba encargado del desarrollo de la financiación, se sumó a esta decisión. El golpe se basaba en el cálculo siguiente: el secretario de Estado americano, John Foster Dulles quería aclarar de forma patente a los egipcios que seguían siendo totalmente dependientes de Occidente. A los americanos les parecía posible una humillación de Nasser sin consecuencias perjudiciales, ya que la Unión Soviética había adoptado una actitud negativa en la cuestión de la presa. Como figura simbólica del nacionalismo árabe, Nasser se vio obligado a tomar una postura que nadie había esperado: el 26 de julio Nasser nacionalizó el canal de Suez durante un acto de masas, un desafío a Occidente al que todavía no se había adherido ningún político ni dirigente de ningún país afroasiático.

Después de haber fracasado todos los esfuerzos diplomáticos para hacerlo retroceder, Israel, Inglaterra y Francia intentaron provocar militarmente la caída de Nasser. La diplomacia británica, sobre todo, acusaba a Nasser de lesionar los intereses británicos

en el mundo árabe. El primer ministro británico, Anthony Eden, veía en Nasser la causa de los sentimientos anti-británicos y, como dijo su anterior ministro de Estado, Nutting, desarrolló la «idea de que Nasser tenía que irse». Francia opinaba que la guerra de liberación argelina estaba también inspirada y dirigida por Nasser, hipótesis que evidenciaba lo poco dispuestas que estaban las potencias coloniales a comprender las condiciones reales. Israel llevaba tiempo esperando esta alianza a fin de asestar un golpe a su adversario militar más importante, Egipto, al unísono con las potencias occidentales. Políticamente, la agresión, que se inició el 29 de octubre de 1956 con un ataque israelí, fue un gran triunfo para Gamal Abdel Nasser. Las tropas egipcias fueron aniquiladas ciertamente en el Sinaí pero la resistencia de la población contra la agresión y la clara condena del ataque, a la que se unieron también los Estados Unidos, convirtieron a Nasser en *rais* (en árabe, «caudillo»), en el símbolo incuestionable del nacionalismo árabe. Los acontecimientos de 1956 provocaron un viraje que anunció el fin del dominio colonial de Occidente en el mundo árabe. También se consolidó el prestigio internacional de Nasser con su decisión de nacionalizar el canal de Suez: la Unión Soviética suministró comestibles, China concedió créditos de dólares y finalmente la URSS, retractándose de su decisión anterior, decidió financiar la construcción de la presa de Asuán.

Aunque los Estados Unidos habían condenado la agresión de Francia, Inglaterra e Israel contra Egipto, comprendieron muy pronto que el nacionalismo árabe de Nasser se propagaría también a los otros países árabes. El hecho de que Nasser hubiera perseguido y encarcelado a los comunistas en su propio país no significaba, ni mucho menos, que fuese hostil a la URSS. Junto con la Unión Soviética, que cortejaba al *rais*, se preparaba una evolución que debía repercutir negativamente sobre los intereses globales de Occidente. Para prevenir semejante evolución, los Estados Unidos formularon en marzo de 1957 la «doctrina Eisenhower» cuyo objetivo consistía en proteger los regímenes prooccidentales de la infiltración comunista o de una amenaza por parte de la URSS.

La valoración occidental de aquella evolución dentro del mundo árabe se hizo desde un punto de vista demasiado estrecho. Se partía del principio de que el nacionalismo árabe, encaminado a la independencia y a la soberanía, era equiparable a las tendencias comunistas. Semejante doctrina no podía sino reforzar la ola de nacionalismo árabe en vez de frenarla. Las tensiones se agudizaron adicionalmente con la presencia de unidades de la marina americana en el Levante. Esta nueva ofensiva antinacionalista de Occidente llevó al derrocamiento del nasseriano Nabulsi en Jordania,

que había salido victorioso en las primeras elecciones libres del otoño de 1956. Nabulsi fue encarcelado en abril de 1957 bajo el pretexto de haber preparado el derrocamiento de la casa real hachemita.

Los disturbios desencadenados por la ola nacionalista en el mundo árabe eran cada vez más violentos y alcanzaron su punto culminante en 1958. Aumentó especialmente la presión occidental sobre Siria. Con su gobierno nacionalista, que había subido al poder en la primavera de 1957 y se apoyaba mucho en El Cairo, Damasco se convirtió en la ciudadela del nacionalismo árabe. Aumentaron las tensiones entre los nacionalistas árabes que buscaban la neutralidad y los Estados miembros del pacto occidental de Bagdad, sobre todo en la frontera sirio-turca. Poco antes, John Foster Dulles había impedido la concesión de un crédito de desarrollo del Banco Mundial a Siria. Conforme al probado modelo egipcio, la reacción de Siria se tradujo en un giro mayor hacia Moscú. Y cuando, finalmente, el virus nacionalista afectó a todo el Mashrek, Occidente pasó a la ofensiva.

En el Líbano, Occidente y sobre todo los Estados Unidos habían apostado por el presidente cristiano Chamoun, quien se había manifestado muy hostil al nacionalismo árabe (como movimiento de unificación de los árabes contra el mundo occidental). También en el Líbano, como en los otros países se requería la aceptación oficial de la «doctrina Eisenhower» antes de que pudiera ser efectiva para el país. Las manipulaciones electorales y otras formas de influencia hicieron que una gran parte de los libaneses se pusiera contra Chamoun y su ministro de Asuntos Exteriores, Malik. La oposición le reprochaba la destrucción del pacto nacional de 1943, en donde se fijaba el equilibrio entre las confesiones. Dentro de la comunidad cristiana, había en el Líbano fuerzas políticas que veían amenazado por el pensamiento panarábigo el *statu* especial del país y su carácter basado en el confesionalismo.

La agitación contra el presidente libanés, que seguía un rumbo prooccidental y contrario al nacionalismo árabe, alcanzó su punto culminante en 1958. Mientras tanto habían empeorado considerablemente las perspectivas de Chamoun. En esta situación, pidió ayuda a los Estados Unidos. Para esta «ayuda» se recurrió al Irak, muy prooccidental entonces, que constituía también el núcleo del pacto de Bagdad. Unas maniobras militares de diversión debían cubrir las espaldas del Líbano. Pero los preparativos de esta acción militar en Irak fueron funestos para el régimen del presidente Nuri al-Said y para Occidente. El coronel Abd al-Karim Kassem aprovechó el paso militar por Bagdad para derrocar a la odiada dinastía hachemita del Irak, cuyo dominio no se basaba en el consenso de la población, sino que era resultado de la estra-

tegia británica para asegurar en esta parte del mundo árabe los intereses de Gran Bretaña con la ayuda de una dinastía «débil» en el aspecto nacional.

El 14 de julio de 1958 estalló la lucha abierta y las tropas de Kassem ocuparon los edificios públicos más importantes de la capital. Nuri al-Said fue reconocido en la calle vestido de mujer y la población indignada lo descuartizó literalmente. El nuevo régimen de Kassem proclamó la abolición de la monarquía y declaró la salida de Irak del pacto de Bagdad.

Occidente veía en la intervención militar la única posibilidad de detener la rueda de la historia. Una vez más resultó funesto para la política occidental el hecho de que sus exponentes no reconocieran el carácter independiente del nacionalismo árabe. Los dirigentes occidentales no tomaron en consideración el hecho de que se trataba de un movimiento totalmente autónomo. Más bien partían de que los cambios acaecidos en la región eran consecuencia de un complot de Moscú. Así pues, los Estados Unidos pusieron en movimiento la VI flota y desembarcaron *marines* en el Líbano para salvar el régimen de Chamoun. Paracaidistas británicos aterrizaron en Jordania para proteger al rey Hussein de las llamas del nacionalismo árabe. Con esa acción los Estados Unidos se aislaron internacionalmente. La ONU obligó a Washington a renunciar a una prolongación de su cabeza de puente. Los libaneses aprovecharon la ocasión para destituir a Chamoun eligiendo en su lugar, como presidente, al general Chehab, comandante en jefe. Al igual que su antecesor, era maronita, miembro de una comunidad cristiana oriental íntimamente vinculada a los intereses occidentales en el Levante. Gracias especialmente a las relaciones con la anterior potencia mandataria, Francia, esta comunidad simbolizaba la peculiaridad del Líbano como Estado «independiente», es decir no puramente árabe. Chehab adoptó una postura neutralista y rechazó la doctrina Eisenhower. De esta forma los Estados Unidos se vieron obligados a retirar sus tropas del Líbano.

III. LAS CONSECUENCIAS DE LA CRISIS DE SUEZ. LA REPUBLICA ARABE UNIDA Y EL SOCIALISMO ARABE DEL BAAS EN SIRIA Y EN IRAK

La crisis de Suez y la consiguiente doctrina Eisenhower tuvieron consecuencias devastadoras para Occidente. En la medida en que el mundo occidental se negó a tener en cuenta el carácter autónomo del nacionalismo árabe y a entrar en una relación de igual-

dad con los Estados árabes que aspiraban a la independencia, aumentaron también sus pérdidas. No sólo fracasó la doctrina Eisenhower y, por consiguiente los Estados Unidos dejaron de ir a la zaga de Inglaterra y Francia por lo que se refiere a la pérdida de prestigio en el Oriente árabe, sino que, además, la doctrina Eisenhower aceleró considerablemente la decadencia de toda la zona de influencia: se perdió incluso el Irak, que hasta entonces había constituido el puntal de Occidente en el Oriente árabe. Entre los Estados árabes partidarios del nacionalismo radical (Egipto, Siria e Irak) se preparaba la formación de un bloque que parecía acercarse cada vez más a la Unión Soviética. La RAU, la República Arabe Unida, creada el 4 de febrero de 1958 con la fusión de Egipto y Siria, amenazaba con extenderse a otros países árabes. Nasser había dado este paso, más propagandístico que real, bajo ciertas presiones. Pero una cosa era segura: en el año de crisis de 1958, el nacionalismo árabe, aunque no pudiera satisfacer ni mucho menos las expectativas de las masas, se había convertido en una fuerza triunfante por primera vez en los casi cincuenta años de relaciones entre Occidente y el mundo árabe. Gracias al nacionalismo árabe, esta relación de sumisión a los intereses occidentales había sido puesta seriamente en entredicho. Se trataba también del comienzo de un proceso acerca del cual había opiniones enfrentadas dentro del propio campo nacionalista árabe.

Los Oficiales Libres egipcios habían actuado en 1952 bajo un signo nacionalista, antifeudal y anticolonial. No tenían nociones claras con respecto a una transformación profunda de su sociedad ni tampoco una ideología adecuada. El «socialismo árabe», que no sólo estaba representado por Nasser sino que también forma la base del programa del partido Baas, el partido del «renacimiento» árabe, y de la variante libia del «socialismo islámico» de Gaddafi, no se puede comparar con el marxismo de Occidente.

Pese a la diversidad y rivalidad existente entre ellos, todos estos modelos tienen, sin embargo, algo en común: son, sobre todo, nacionalistas y partidarios de la propiedad privada. Los rasgos comunes que durante muchos años existieron con la Unión Soviética sólo eran, en el fondo, externos. En sus deseos de liberarse totalmente de la tutela occidental, los nacionalistas árabes veían en la Unión Soviética un aliado natural.

Nasser actuó en un principio de manera pragmática. Hasta que no empezó a llevar a cabo medidas sociales no necesitó basarlas en una ideología como la que representaba el socialismo árabe populista y pequeñoburgués. En contraste con la ausencia originaria de una concepción de Nasser, los principios ideológicos de los baasistas de Siria e Irak que, de forma diferente, iban a dominar las décadas de 1960 y 1970, se habían desarrollado sobre

una base teórica madura. El fundador teórico y organizativo del socialismo del Baas fue M. Aflaq. Había estudiado filosofía a finales de la década de 1920 y comienzos de la de 1930 en París y trabajado como maestro. Al partido de Aflaq se unió en la década de 1940 otro grupo («Renacimiento árabe») dirigido por Arsouzi, y en 1953 se sumó a ambos el Partido Socialista Arabe» de Akram al-Hawrani.

La característica especial y más notable del socialismo Baas estriba en que los componentes sociales no se consideran como un fin en sí, sino sólo como un medio de alcanzar el renacimiento árabe. El renacimiento del arabismo, que se remite a la época de esplendor árabe a comienzos del Islam, define al Baas como un partido ultranacionalista, al menos en teoría. También la hostilidad o distanciamiento con respecto al marxismo en cuanto ideología materialista es un elemento siempre destacado por el Baas y su ideólogo principal, Miguel Aflaq. Más tarde, sobre todo en la década de 1960, cuando rivalizaban entre sí las corrientes más diversas del nacionalismo árabe y particularmente el nasserismo y el baasismo, este antagonismo se agudizó tanto organizativa como institucionalmente. Pero el Baas sólo tenía en el Mashrek un adversario serio: los comunistas. De ahí que el antagonismo fuese además acompañado de una rivalidad organizativa.

Hay que mencionar otro rasgo de la ideología del Baas que acentúa su carácter transitorio: fue la primera ideología elaborada que separó totalmente el arabismo del Islam y proclamó el arabismo como valor específico. No es ciertamente casual que su fundador, Miguel Aflaq, no sea musulmán sino de procedencia cristiana. El nacionalismo árabe temprano, que tan sangrientamente persiguieron los otomanos, halló también muchos partidarios en Levante precisamente entre la población cristiana. Apoyándose en el desarrollo europeo típico, el nacionalismo tenía que presentarse como antirreligioso y secular a fin de actuar como factor integrador. La dificultad del socialismo del Baas como ideología radica en que se remite a un arabismo separado del Islam. No obstante, la visión de sí mismo del árabe es inseparable de la época histórica de esplendor del Islam, en la que no existió ningún antagonismo consciente entre islamismo y arabismo. La fuerza y la capacidad de integración del Islam frente a otros grupos étnicos y pueblos, así como su capacidad de asimilación, estribaba en que no conocía precisamente este elemento nacional o en que por aquella época no era imaginable una ideología como el nacionalismo.

Las ideas del Baas, encaminadas a impulsar un renacimiento árabe sobre una base nacionalista, están, por tanto, en contradicción con los principios básicos del Islam. Es cierto que el Islam

ha conservado el árabe como lengua litúrgica y siempre se ha guiado, por lo demás, por su origen árabe. Sin embargo, como religión universalista, está en contradicción con el nacionalismo y especialmente con el carácter secular del arabismo, y sobre todo de un arabismo como el que representa el Baas. Esta contradicción no ha podido evitarla tampoco el ideólogo del «Partido del Renacimiento Arabe», M. Aflaq. Por eso ha acentuado siempre la herencia islámica del arabismo. Sin embargo, la secularización del Islam sobre la base de la comprensión especial, no coránica, del Islam como *din va daula* (Estado y religión) equivale a su abolición o sólo permite un nacionalismo árabe que no puede sino reforzar otros fenómenos nacionales de particularización en Oriente. De momento, este antagonismo sólo existe en germen, puesto que el nacionalismo árabe se encuentra en retirada desde la década de 1970 y durante los últimos años se ve cada vez más desplazado a un segundo plano por el Islam revolucionario, como manifestación conservadora y también como fenómeno progresista. Independientemente de esto, sería prematuro ver aquí el fin del arabismo. Más bien hay que retener el hecho de que sus impulsos más fuertes provinieron originariamente de la resistencia contra el dominio extranjero de los otomanos y de las potencias coloniales europeas después. El arabismo fue, por tanto, una ideología negativa de resistencia que al mismo tiempo intentó renovar unos valores a los que no podía renunciar sin perder los contenidos a los que también se refería implícitamente: el Islam. Sin embargo, el Islam es universalista en su concepción, aunque, como por ejemplo en la revolución islámica de Irán, sea utilizado instrumentalmente como correa de transmisión de determinados contenidos nacionalistas que son expresión del desarrollo histórico particular del shiísmo.

La ola de renovación islámica se caracteriza, por tanto, y no casualmente, sino por falta de una base de identificación más precisa, como jomeinismo. Y a decir verdad se trata de un Islam nacionalista de origen antiimperialista y antimodernista que, sin embargo, quiere ser reformista en el terreno social. La distinción burda, pero oportuna, entre nasserismo y jomeinismo es la siguiente: el nacionalismo árabe se dirigía contra la opresión y la expoliación colonial e imperialista de los países orientales a fin de modernizar, con ciertas limitaciones, estos Estados siguiendo incluso el modelo occidental. El jomeinismo surgió en el terreno de unas relaciones sociales como las que se daban en el Irán bajo el sha, es decir en un país que disponía ya de unos medios a los que aún no tenían acceso los nacionalistas árabes, en el que, sin embargo, esos mismos medios fueron utilizados por el sha en

beneficio del capital extranjero y en interés de la reducida capa de una burguesía de compradores. Resumiendo, puede afirmarse que la decisión definitiva entre nacionalismo e islamismo, entre secularismo árabe e ideología religiosa, no se ha tomado todavía en los países arábigo-islámicos, aunque el Islam se haya convertido en la ideología dominante durante el último decenio y haya ganado mucho terreno. La consecuencia de esto es que la ideología del Baas, secular, nacionalista y, más en la teoría que en la práctica, anti-islámica, tiene que buscar también un equilibrio con las corrientes islámicas de la época.

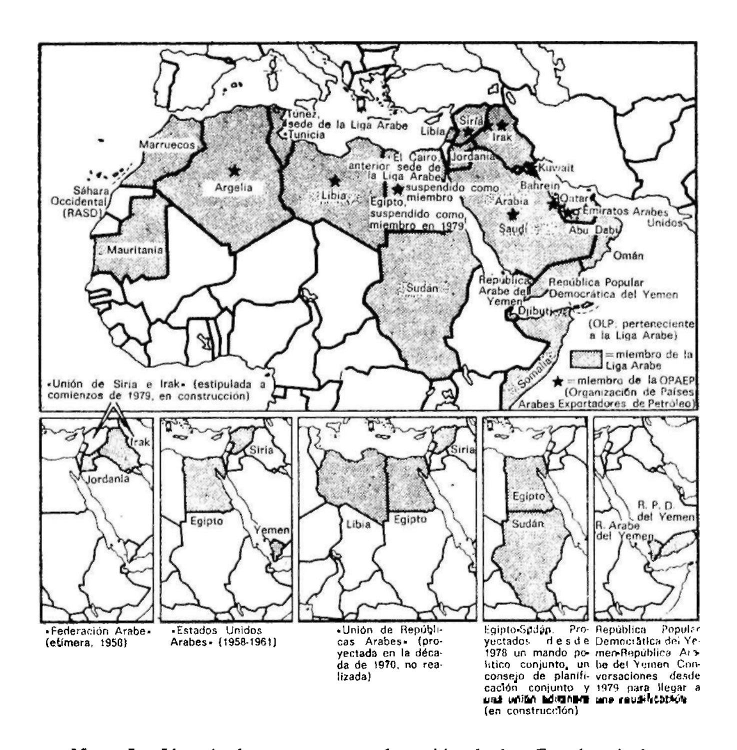
La RAU (República Arabe Unida), la primera unión de Estados árabes sobre la base de un arabismo nacionalista y progresista, se derrumbó, a los tres años de su creación, en el otoño de 1961. La alianza se había efectuado menos en interés de Nasser y más por presiones de los nacionalistas sirios, que se veían amenazados por el fortalecido partido comunista de su país. La razón de la ruptura de la alianza radicaba en el centralismo y la preponderancia de Egipto sobre Siria, circunstancias que finalmente provocaron la rebelión de los militares sirios. Además, había cesado la presión exterior del año de crisis (1958), haciendo por tanto innecesario y absurdo un frente común. Por otra parte, el nacionalismo árabe, impulsado fuertemente por el ejército y la burocracia, había suscitado la rivalidad de las distintas instituciones políticas. La pequeña burguesía, que veía sus intereses representados en esos aparatos, estaba interesada sobre todo, pese a las solemnes afirmaciones panarábigas, en asegurar sus posiciones locales de poder. La unión no significaba la adición de los distintos centros de poder, sino más bien la sumisión de uno a otro. El panarabismo, tal como lo representaban los nasseristas, baasistas y unionistas de todos los colores, partía también de la noción de que la propia burguesía nacional no debía sacrificarse al ideal superior de la fusión. Egipto se reservó también el derecho a jugar la carta de su importancia como país mayor y, en consecuencia, a relegar a un segundo plano a todas las demás corrientes nacionales. Egipto se consideraba el centro del arabismo y ello a pesar de que la identidad específicamente egipcia había chocado siempre con la panarábiga. Hay que afirmar que tanto el intento de unión como la tendencia separatista de la evolución de la década de 1960 son sintomáticos dentros del mundo árabe. Esta tendencia se acentuó aún más en el momento en que otro país árabe, Irak, entró con sus importantes recursos en el escenario de los deseos árabes de unidad.

Irak mantenía una competencia tradicional con el país del Nilo. No se trataba tanto de una competencia histórica entre los dos

países como de un conflicto constante provocado por los esfuerzos de ambos por ganarse a la Siria central, conflicto que, por lo demás, desempeñó un papel bastante esencial cuando se trató de entrar en el pacto de Bagdad. Cuando Irak fue protagonista de un levantamiento anticolonial que condujo al derrocamiento de la dinastía hachemita, esta rivalidad encontró otros cauces. Mientras Siria fue miembro de la RAU, Abd al-Karim Kassem se esforzó, en el otoño de 1959, por establecer una unión con Siria sobre la base del nexo geográfico cultural del «Creciente Fértil». Sin embargo, existían ya corrientes contrarias a la unión con la RAU, corrientes que habían aparecido sobre todo en los círculos políticamente desarrollados de los intelectuales: por un lado en el partido comunista de Irak, uno de los más importantes de Oriente; por otro, entre los demócratas nacionalistas que aspiraban a un régimen parlamentario según el modelo europeo. Se afirmaba que Kassem les había concedido demasiado espacio en el espectro político del país. Contra estas influencias se dirigió un movimiento que partió de Mosul y se definió como totalmente anticomunista.

A nadie se le ocultaba que apuntaba también contra Kassem. Sin embargo, lo que hizo enfriar las relaciones con Egipto e imposibilitó la colaboración de ambos regímenes fue sobre todo el hecho de que la oposición iraquí contra Kassem se remitiera a menudo a Nasser. Kassem reprimió sangrientamente una rebelión. Se destruyó, por tanto, la coalición anti-Kassem, compuesta por terratenientes locales, comerciantes y oficiales. El paso siguiente en la fase general de la represión fue la disolución de los partidos del país en julio de 1959. Cuando Kassem proclamó que el emirato de Kuwait pertenecía realmente al Irak, se enviaron tropas panárabes a Kuwait a fin de intimidar a los iraquíes. El hecho de que la Liga Arabe, dominada por Egipto, permitiera incluso el desembarco de tropas británicas, si es que no lo estimuló, evidencia hasta qué punto las rivalidades internas árabes superaban a veces al antagonismo con Occidente. Así, por ejemplo, la colaboración de Kassem con la URSS y China anunciada ostensiblemente que despertó por de pronto ciertos temores de que Irak se convirtiese en una nueva Cuba, fue sustituida en el verano de 1960 por un brusco giro hacia Occidente.

Las oscilaciones en la línea política de Kassem y la tradicional brutalidad con que se libraban en Irak las luchas por el poder, así como la división étnica y religiosa del país en kurdos, sunníes y shiíes, se contrarrestaron con una planificación económica racional. El poder de los grandes terratenientes fue debilitado mediante una reforma agraria. El factor de poder exterior en el



Mapa 5. *Liga Arabe y proyectos de unión de los Estados árabes.*

ámbito económico, la IPC —Irak Petroleum Company— se redujo considerablemente mediante las correspondientes medidas en su radio de acción. Estas medidas, que rayaban en la nacionalización, provocaron la oposición de Occidente e hicieron retroceder a Kassem. Por dos razones no había llegado todavía la hora de hacerse cargo de la producción petrolífera: en primer lugar, el mercado estaba enteramente dominado por las sociedades occidentales y, en segundo lugar, faltaban en el país los especialistas necesarios para tomar en sus manos la producción petrolífera. No obstante, las medidas introducidas por Kassem anunciaban ya un desarrollo que sería característico en toda la región en los años siguientes. Esta nueva fase es también significativa por cuanto que los países productores de petróleo dieron ya los primeros pasos que conducirían a la fundación de la OPEP en 1960.

En 1962 la oposición, compuesta de sectores del Baas, unionis-

tas y nasseristas, se unió contra Kassem a fin de detener el desarrollo izquierdista del régimen. Los servicios secretos occidentales intervinieron también en este proceso. Cuando, a primeros de febrero, el ejército marchó contra Kassem, los mismos cámaras de la televisión lo fusilaron y entre sus partidarios se efectuó un terrible baño de sangre.

Desde este momento, el centro del Baas se desplazó en dirección occidental hacia Siria. Un mes después del derrocamiento de Kassem, un golpe inspirado por el Baas destituyó al gobierno de Damasco. El Baas, que anteponía siempre el nacionalismo a los proyectos de reforma social (puesto que, según su ideología, éstos sólo servían de vehículo para la consecución de un gran Estado panárabe), se esforzó desde un principio en no asustar a las capas sociales dominantes. Sabía que la reforma agraria, realizada todavía en el marco de la RAU en favor de los pequeños campesinos, tenía que convertir necesariamente a los grandes terratenientes en adversarios del sistema. El Baas se situaba, por su pragmatismo concreto, entre las reformas nasseritas originadas en la fase de la unión y el desarrollo burgués efectuado entre 1961-1963.

La subida al poder del Baas tenía que haber restablecido en Siria la unidad con Egipto, debido a la tendencia panarábiga del partido. En la ideología del partido tenía prioridad absoluta «el renacimiento árabe». Sin embargo, no se podía llevar a efecto una nueva unión entre Siria y Egipto tras la disolución de la RAU. Nasser rechazó la oferta de unión de Miguel Aflaq en El Cairo. En su lugar se firmó en abril de 1963 entre los dos países una carta de unión que suponía una especie de declaración de intenciones en el sentido de una unión paulatina. Las reservas de Nasser con respecto a una nueva fusión no sólo se remontaban a los tiempos de la RAU. Provenían sobre todo de un recelo hacia el gobierno del Baas en Damasco y Bagdad, que necesariamente había producido un debilitamiento del papel egipcio. Además, resultaba evidente que los baasistas tenían la pretensión de ser los únicos representantes del nacionalismo árabe y de las tendencias a la unificación árabe y que empezaban a excluir a otros grupos nacionalistas, particularmente a los nasseristas. Otro tanto ocurrió con los comunistas.

En la esfera económica, los baasistas tenían ideas semejantes a las de Nasser durante los tiempos de la RAU. Se introdujeron reformas en la agricultura. Se estatalizaron las propiedades superiores a las 15 ha, así como los bancos y determinadas ramas de la industria. Estas medidas provocaron una enorme fuga de capitales a los otros países árabes y abocaron finalmente en una crisis económica y en el racionamiento de los artículos de primera

necesidad. Las prácticas de infiltración en otros países árabes llevaron finalmente a que el espacio árabe se dividiera muy pronto en un bloque pro-baasista y otro anti-baasista, con lo que los adversarios del Baas estaban constituidos principalmente por los nasseristas.

Tampoco quedó tranquila Siria, el país de los dos fundadores e ideólogos del Baas, Miguel Aflaq y Salah Bitar. El partido del Baas se vio afectado por luchas fraccionarias y discordias internas. En el sexto congreso del partido, celebrado en Damasco, se impusieron las fuerzas más radicales. Aflaq y Bitar fueron destituidos. Los conflictos afectaron también al Irak, puesto que la nueva dirección pretendía extender su política a la rama iraquí del Baas. Sin embargo, el ejército, que era bastante independiente del partido, se oponía a semejante evolución. Los baasistas fueron perseguidos y el presidente Aref, que había podido mantenerse en el poder con ayuda del ejército y gracias a una política de neutralidad entre los partidos, formó un gobierno compuesto principalmente de nasseristas y unionistas.

Aunque en los años siguientes pudieron formarse una y otra vez gobiernos del Baas, sobre todo en Damasco, la importancia de este partido en el mundo árabe empezó a disminuir desde este momento. En Siria, donde había llegado a institucionalizarse perdió su fuerza revolucionaria y unitaria. Su actitud, a menudo sectaria frente a los demás partidos del nacionalismo árabe, lo descalificó a los ojos de los mismos unionistas. Sus fracasos económicos socavaron también su prestigio. Con la resurrección de las tradiciones islámicas en el mundo árabe a comienzos de la década de 1970, el Baas sirio quedó reducido a un puñado de intereses de la burocracia y de los militares, a una institución que se había alejado de la inmensa mayoría de la población.

Los gobiernos baasistas de la década de 1960 encabezados por Atassi, Hafiz y Chedid se mantuvieron dentro de la tradición de la ideología del Baas. Su política social y económica, de inspiración mucho más socialista que la de sus antecesores, tenía sin embargo un carácter más marxista que baasista.

El régimen de Atassi, que también se calificó de baasista de izquierdas, no se apoyó únicamente en la Unión Soviética, sino que también recurrió a la República Popular China. Su relación con el «Septiembre Negro» de 1970, esto es, la liquidación de la resistencia palestina en Jordania, provocó el derrocamiento del gobierno de Atassi. Se hizo cargo del poder el comandante de la fuerza aérea siria, Hafiz al-Assad, tras haberse opuesto a la orden de su gobierno de emplear sus aviones contra las fuerzas armadas jordanas que habían chocado con los tanques sirios en el norte del país. Hafiz al-Assad fue partidario desde este momento de una

solución del conflicto de Oriente Próximo similar a la defendida por la Unión Soviética. De esta manera entraba en contradicción con la línea de la anterior dirección del Baas, que perseguía la desaparición de Israel. Con Assad resultó posible una solución negociada para el gobierno del Baas, sobre la base de que Israel abandonara las zonas ocupadas y permitiera el derecho a la autodeterminación del pueblo palestino. Esta actitud se confirmó con la disposición del gobierno sirio a participar en una conferencia de Ginebra para la solución del conflicto de Oriente Próximo cuando esta cuestión se incluyó en el orden del día tras la guerra de octubre de 1973.

Hasta la guerra de junio de 1967, que supone una cesura en la historia del nacionalismo árabe, el centro de los acontecimientos dentro del mundo árabe se había desplazado al Irak, si se prescinde de la guerra del Yemen, de la que hablaremos más adelante. La evolución política del Irak estuvo marcada por un problema muy especial, la cuestión kurda.

Como país de diferentes confesiones y grupos étnicos que limitaba con el Irán no árabe, el Irak se concebía como Estado de los árabes y los kurdos, simultáneamente. Los kurdos, pueblo montañés islámico, no árabe, de origen indoeuropeo, viven hoy en una región que se extiende como un triángulo entre los Estados de Turquía, Irán, Siria e Irak: los kurdos, uno de los pueblos más antiguos del mundo, se han resistido siempre a los distintos intentos de asimilación por parte de los Estados nacionales en los que vivían y de esta manera han preservado un sentimiento de identidad nacional muy marcado. Tras la primera guerra mundial se les escamoteó su independencia cuando Gran Bretaña, que había apoyado en un principio los deseos kurdos de independencia, cambió de frente tras hacerse cargo del protectorado en Irak y combatió a los kurdos junto con las fuerzas árabes del ejército iraquí. La única razón para la represión de los deseos kurdos de autonomía radica en la situación estratégica de sus zonas de asentamiento. Como en las regiones kurdas había importantes yacimientos petrolíferos, el gobierno central iraquí temía, además, la pérdida de sus zonas petrolíferas más importantes con la independencia kurda.

La lucha de los kurdos por la autonomía, por una autonomía cultural y económica más fuerte dentro del Estado central iraquí, se vio dificultada por otro factor. Bajo Abd al-Rahman Aref, hermano del mariscal Aref muerto en un accidente de helicóptero en 1966, el gobierno iraquí aprovechó la guerra de junio para nacionalizar los yacimientos petrolíferos. Desde ese momento la lucha de los kurdos podía presentarse como un medio de presión

de las sociedades internacionales y de Occidente que favorecían y apoyaban por razones naturalmente egoístas la separación de la zona kurda con respecto del Estado central del Irak. Tras el derrocamiento de Aref por el general al-Bakr, quien, en contraste con su predecesor nasserista, representaba una tendencia más radical, se buscó una solución a la cuestión kurda. En diciembre de 1969 se firmó finalmente una paz y se ofreció a los kurdos la participación en los beneficios del petróleo y una vicepresidencia. Pero tampoco se podía solucionar la cuestión kurda de esta manera, ni en el Irak ni en los demás países de población kurda. Los deseos de autonomía de los kurdos se refuerzan en la medida en que el Estado correspondiente se presenta como nacionalista y centralista.

IV. EL CONFLICTO DEL YEMEN COMO LUCHA INTESTINA ENTRE ARABES

Durante la década de 1960, el nacionalismo árabe fue un instrumento de movilización de los árabes contra la influencia occidental, sobre todo mientras ésta estuvo presente de forma directa en las bases militares y políticas. Los otros esfuerzos de unidad árabes eran demasiado vagos y diferenciados como para poder dirigirse a un objetivo común. También son (y eran) demasiado diferentes las respectivas condiciones regionales y sociales que produjeron movimientos unitarios como el Baas y el nasserismo (distinto al primero). En contraste con la ideología unitaria abstracta del Baas, el nasserismo tenía acentos muy pragmáticos. El hecho de que Nasser interviniera en los conflictos árabes internos se debió a unos lazos directos y no, como imaginaron los comentaristas occidentales, a sus planes ideológicos.

Un ejemplo paradigmático lo constituye el conflicto del Yemen, lucha intestina entre árabes que forma parte del conflicto Este-Oeste y al mismo tiempo es expresión de las diferencias y antagonismos entre los llamados progresistas y conservadores árabes. Desencadenada por las tensiones sociales del lugar, la guerra del Yemen se convirtió muy pronto en escenario de la red de intereses internacionales. El punto central de las disputas era, sin embargo, el problema de una profunda transformación social que afectó en distintas épocas a todos los países árabes y se manifestó de distintas formas. En el Yemen, en la región montañosa del sur de Arabia, el conflicto adoptó la forma de conflicto militar abierto con otros Estados árabes debido al retraso del país y, a decir verdad, debido a que el proceso de cambio social fue tan

brusco que el propio país no tuvo la oportunidad de crear instituciones y estructuras propias que pudieran asimilar por sí solas los cambios necesarios.

Esta guerra se desencadenó con la muerte del imán Ahmad en septiembre de 1962. El país, totalmente aislado del exterior hasta entonces, pasó a manos del hijo de Ahmad, al-Badr, quien poco después de su ascenso al trono fue derrocado por un golpe de jóvenes oficiales. Los oficiales, encabezados por el coronel al-Sallal, introdujeron reformas precipitadas en el país que chocaron pronto con la resistencia enconada de los grupos tradicionales de la población, y especialmente de las tribus nómadas del interior. Los conflictos entre los republicanos y los realistas, que sacudieron el país durante años, no fueron, desde el punto de vista sociológico, más que una lucha de los grupos de población urbanos y en parte rurales contra las tribus nómadas tradicionales. Se trataba, pues, de un conflicto típico de países de formación similar y del que existen numerosos ejemplos, especialmente en el Oriente islámico, como por ejemplo el de Afganistán poco después de la revolución de abril de 1978.

Cronológicamente, los acontecimientos del Yemen transcurrieron de la manera siguiente: el imán al-Badr no murió, como se supuso, en el bombardeo del palacio real efectuado por la fuerza aérea, sino que pudo escapar por una salida subterránea. El apoyo que El Cairo prestó, al menos verbal e ideológicamente, al nuevo régimen republicano aseguró automáticamente al imán la ayuda de los conservadores saudíes, que socorrieron con dinero y armas a las tribus rebeldes de los beduinos. Arabia Saudí tenía buenas razones para considerar el desarrollo del Yemen como una amenaza directa a la monarquía de Riad. Los saudíes eran conscientes del peligro que estratégicamente los amenazaba por su flanco sudoccidental. De ahí que, tras el fin de la guerra del Yemen en 1965, Arabia Saudí tratase siempre de mantener en Sana un régimen que al menos no fuese hostil a las intenciones saudíes. La posterior fundación de la República Popular Democrática de Yemen del Sur, con capital en Adén, y la aproximación de los dos Yemen, iniciada en los años 1979-80, representan una amenaza seria para los saudíes. Tanto más cuanto que los dos Yemen, aunque en diferente medida, se sienten aliados de la Unión Soviética. Por su parte la Unión Soviética ha reconocido la importancia de los Estados ribereños del estrecho que une el mar Rojo con el océano Indico y, por consiguiente, se ha puesto del lado del gobierno central etíope en su lucha contra el Frente de Liberación de Eritrea.

Así pues, Arabia Saudí apoyó a la fracción realista en la guerra

del Yemen. Las tropas republicanas del gobierno de Sana se vieron pronto en serios apuros, puesto que en la guerra, especialmente en la zona de la frontera saudí-yemení, llevaban ventaja en el aspecto militar los beduinos que combatían en terreno propio. En esta situación, Sana pidió ayuda a El Cairo. Nasser que competía con los baasistas por la dirección panárabe, no pudo rechazar esta petición de ayuda. De este modo Egipto inició su apoyo civil y militar a la República. La lucha del Yemen se convirtió así en un conflicto internacional. Gran Bretaña, que todavía disponía de Adén y del *hinterland* de Hadramaut, intentó impedir la presencia de Nasser en el estrecho de Bab al-Mandab. Se formó, por tanto, una nueva coalición contra la República apoyada por Egipto entre Arabia Saudí, Jordania y Gran Bretaña, con el respaldo de los Estados Unidos. En esa fase se produjo una mejora en las relaciones entre Egipto y los Estados Unidos, reflejada en la correspondencia entre Kennedy y Nasser. En el transcurso de la guerra, en la que constantemente se sucedieron las ofertas de armisticio y los participantes, entraron al lado de los republicanos Argelia, la República Popular China y la Unión Soviética aportando material y armas.

A pesar del conflicto armado, el gobierno de la República prosiguió con sus reformas. Entre ellas destacan sobre todo una reforma agraria, la mejora del sistema educativo, medidas para la emancipación de la mujer y la prohibición de tomar *qat,* una droga que estaba muy difundida en la meseta yemení. El consumo tradicional de *qat* había sumido en el letargo y la pasividad a amplias capas de la población.

En la coalición árabe, en el bando de los realistas, se habían efectuado mientras tanto algunos cambios encaminados a la terminación de la guerra. Los agotadores combates con las tribus beduinas habían minado la lealtad del ejército saudí. La legitimidad de la dirección del Estado bajo el rey Ibn Saud se había deteriorado. El rey había transgredido el principio wahhabí de una vida puritana conforme a la tradición islámica y una fe rigurosa en Dios, principio en el que se basaba la legitimación del Estado. La guerra del Yemen reforzó las contradicciones internas del país porque la división entre realistas y republicanos era paralela a la división entre el nacionalismo árabe en general, y Nasser y los saudíes conservadores, en particular, los cuales no podían dirigirse abiertamente contra Nasser y los nacionalistas árabes. Tras las repetidas deserciones en el ejército y disturbios entre la población, el régimen buscó un cambio de dirección. La familia real llamó al emir Feisal al trono de la monarquía saudí y envió al exilio al rey Saud, enfermizo y entregado al lujo. La guerra del Yemen debía terminar, pues, en interés del mantenimiento de la monar-

quía saudí. Así que en octubre de 1974 se preparó en Sudán una conferencia de paz que no llegó a celebrarse porque el reconocimiento de la victoria total republicana hacía temer una reacción en cadena en toda la Arabia meridional. Contra semejante reacción debían protegerse sobre todo los británicos, los Estados Unidos y no en última instancia también el sha del Irán.

Tras los grandes éxitos militares del imán al-Badr, que fueron consecuencia del rearme realista y de la división de los republicanos, se produjo finalmente, en el verano de 1965, un acuerdo entre las potencias árabes que en el fondo constituían los verdaderos participantes de la guerra de coalición: Egipto y Arabia Saudí. Mediante este acuerdo se concedió al imán al-Badr una función representativa y los egipcios prometieron retirar paulatinamente a sus tropas del Yemen. Tan sólo Inglaterra permaneció al lado del imán cuyas tropas eran aprovisionadas y apoyadas por los británicos desde el aire.

La participación británica en la guerra civil yemení, que debía servir de protección preventiva a las posesiones británicas en Yemen del Sur, no hizo sino acelerar la independencia de aquellos territorios (es decir, del actual Yemen del Sur). El giro definitivo en la guerra del Yemen lo produjo la guerra de junio de 1967 entre Israel y los Estados árabes. En la tristemente célebre conferencia de Jartum, en la que los árabes dieron a Israel su triple «no» (no a la paz, no al reconocimiento y no a las negociaciones), Nasser tuvo que aprobar, como contraprestación a la ayuda financiera concedida por Feisal, la retirada definitiva de las tropas egipcias del Yemen. Tras la retirada de los egipcios, los saudíes y los realistas atacaron con el apoyo británico a los republicanos quienes, sin embargo, en contra de lo esperado, resistieron e incluso se impusieron militarmente. La guerra civil yemení terminó en 1968 con un compromiso político que ha mantenido incierto y variable hasta el presente el destino del Yemen: los realistas renunciaron al restablecimiento de la monarquía. El republicano Sallal marchó exiliado a El Cairo, al no haber podido imponer sus ideas radicales. Un gobierno de reconciliación nacional presidido por al-Aini estableció un compromiso interno que se aproximaba cada vez más a la estructura del Yemen del Sur, donde desde 1967 se desarrollaba una encarnizada guerra civil entre los emires de Hadramaut, apoyados por los británicos, y los nacionalistas árabes del FLOSY (Front for the Liberation of Southern Yemen), esencialmente panárabe y nasserista, y el FNL (Front for National Liberation) de carácter marxista.

Como los británicos no pudieron realizar su propósito de establecer un emirato conservador que sustituyera al poder colonial

y los nacionalistas conservaron el predominio, la fracción radical del FNL se hizo con el poder y proclamó una República Popular inspirada en China. El país, que en otros tiempos vivió de su posición estratégica y comercial como escala para repostar en la ruta a la India, se vio muy afectado económicamente por el cierre del canal de Suez tras la guerra de junio de 1967. La antigua función del país como lugar de transbordo para el tráfico naval tuvo que cambiar con la estructura social que constituía su base económica. Las reformas interiores necesarias para ello, así como el apoyo a la guerrilla marxista de la provincia de Zofar hicieron del régimen de Adén una amenaza para los países conservadores de Arabia del Sur. Los británicos preveían una reacción en cadena y decidieron adelantarse a los posibles acontecimientos en el sultanato de Omán, sumamente importante en el orden estratégico por su situación en el golfo Pérsico, cambiando al viejo soberano por su hijo Qabas, educado en Inglaterra y con fama de persona modernista. Así se pudo contener la actividad guerrillera de Zofar y finalmente derrotarla con ayuda iraní. Cuando la República Popular China empezó a abandonar cada vez más su política de apoyo a los movimientos revolucionarios y se aproximó a Irán, el Yemen del Sur se volvió más aún hacia Moscú. También en esto le favorecía su situación estratégica. El Yemen del Sur había adquirido importancia adicional en virtud de las disputas por las estratégicas rutas marítimas a los países productores de petróleo, sobre todo por el estrecho de Ormuz, y en virtud del derrocamiento del sha del Irán. La combinación estratégica entre la presencia militar de la Unión Soviética en Etiopía y Yemen del Sur y la proximidad estratégica de las rutas petrolíferas del golfo Pérsico, convirtieron a la región del sur de Arabia, con los dos Yemen, en una palanca con cuya ayuda se puede ejercer influencia desde fuera contra la monarquía saudí.

V. ARABIA SAUDI: RENOVACION ISLAMICA Y MODERNIZACION TECNICA E INDUSTRIAL

La historia del nacimiento de Arabia Saudí se remonta a los wahhabíes, una secta islámica que se formó ya en el siglo XVIII y combatía de la forma más enérgica el relajamiento de la religión. Los wahhabíes se extendieron en un principio por la región del Nedjed y conquistaron en 1803 las ciudades santas de La Meca y Medina. Quince años más tarde, en 1818, fueron empujados de nuevo al desierto por los otomanos. De esta manera, los otomanos

extendieron también su dominio al interior de Arabia, aunque no les fue posible dominar por completo la región. Los otomanos libraron constantes escaramuzas con los beduinos, que remitiéndose a la doctrina de Abd al-Wahhab, se oponían a las tendencias a la secularización y modernización en el imperio otomano. En la zona wahhabí se enfrentaron a finales del siglo XIX dos grandes familias: los rashidíes y los saudíes. La lucha por el poder entre ambas se decidió en 1901 cuando el joven Ibn Saud expulsó a los rashidíes de Riad y empezó a extender su poder a zonas que habían escapado al control de ingleses y turcos. En 1921 y 1922 conquistó las regiones de Hail, Yuf y Kaf en el norte, y en 1924-1926 la región del mar Rojo, a excepción del Yemen. En esa fase se produjo también la expulsión de los hachemitas en la península arábiga y su retirada hacia el norte, donde fundaron con Abdullah el emirato de Jordania y sometieron el Irak a su dinastía. Con la anexión de Nedjed, Hedjaz y Asir por la dinastía de los saudíes, surgió en 1932 el reino de Arabia Saudí. De esta forma, por la historia especial de la península y su falta de comunicaciones, Arabia Saudí se convirtió en el primer Estado árabe realmente independiente. Gracias a los enormes hallazgos de petróleo (sobre todo por las compañías británicas y más tarde también americanas), esta región, hasta entonces abandonada, se convirtió en el país árabe más importante, aunque la infraestructura y la densidad de población no respondían en modo alguno a esta importancia repentina.

La federación de tribus saudíes justificó su conquista del Hedjaz y la expulsión de los hachemitas con el «Islam». Los puritanos wahabbíes, partidarios del reformador islámico Abd al-Wahhab, acusaban a los soberanos otomanos de haber destruido y tergiversado el verdadero Islam. En su opinión, la vida urbana de los centros del imperio turco otomano había minado el Islam y su esencia, nacida de la tradición beduina. Por consiguiente la campaña de conquista politicomilitar de Ibn Saud se identificaba en la práctica con las aspiraciones de renovación de Abd al-Wahhab, de base religiosa. La creación del reino de la dinastía saudí se apoyaba, pues, en el elemento legitimador de un renacimiento islámico. Las verdaderas razones que se ocultaban tras esta justificación «islámica» eran naturalmente distintas: eran de índole política y pragmática. En este sentido, apenas se diferencian de los motivos que hoy día inspiran a los intentos de Arabia Saudí de obtener influencia y poder en el mundo musulmán en el sentido de una aspiración no declarada al califato.

Los beduinos del Hedjaz se hallaban entonces en lucha constante contra el imperio otomano que, por su parte, intentaba proteger a la población campesina contra los beduinos rapaces del

desierto. Además, se trataba de asegurar militarmente la construcción del ferrocarril del Hedjaz. Los intentos de modernización iniciados especialmente con la subida al poder de los Jóvenes Turcos a finales de siglo se presentaban como una amenaza para la población beduina. Los beduinos veían en peligro la base de su vida con esta irrupción de la «civilización». Era, por tanto, natural que estos fenómenos de modernización se anatematizasen como «obra del diablo», como innovaciones *(bid'a)* que no respondían al orden querido por Dios tal como lo expresan las fuentes del Islam, el Corán y la *sharia.* Los renovadores wahhabíes y sus representantes políticos, los saudíes, se remitían al Islam auténtico, primitivo, como religión cuyo origen y orden está íntimamente ligado a la forma de vida de un pueblo del desierto. El concepto de «fundamentalismo» o Islam fundamentalista, que ha vuelto a ocupar hoy el centro de las discusiones islámicas, alude a esta vuelta a las fuentes, es decir a la comprensión política del Islam como Estado y religión *—din va daula—*, según el Corán.

En 1933, Abd al-Aziz Ibn Saud hizo las primeras concesiones petrolíferas. Este fue el disparadero del peculiar desarrollo de un país que se entregó a una peligrosa oscilación entre los dos extremos de su legitimación puritana como guardián del Islam y la obligación de una rápida modernización, oscilación que menoscaba la legitimación política de la dinastía de Ibn Saud como soberano de un Estado árabe conservador e islámico.

El concepto de «Islam» no está en ningún país tan íntimamente vinculado al Estado como en la Arabia Saudí: lugar de nacimiento y actuación del profeta Mahoma, baluarte y albergue de las ciudades santas de La Meca y Medina, cuna de los descendientes de las tres grandes religiones universales. El país mismo vivió durante mucho tiempo del Islam: como guardián de las ciudades santas, como conductor de la corriente de peregrinos, como guardián de la tradición, de la religión. El puritanismo wahhabí de los saudíes hizo del país una fortaleza islámica, un centro defensivo que durante mucho tiempo no tuvo ningún contacto con el mundo occidental. El país no se abrió a los técnicos occidentales hasta la década de 1930, cuando penetraron las primeras compañías petroleras. Estos técnicos vivían en islas sociales, en guetos occidentales, sin ningún contacto con la población local.

Con el petróleo se hizo inevitable la paulatina aproximación de Arabia Saudí a Occidente. Los ingresos del petróleo y los petrodólares consolidarían el poder y el prestigio de la dinastía. Pero esta aproximación se efectuó también por otras razones: por miedo a la Unión Soviética atea. El vehemente anticomunismo llevó al país a otro extremo no menos peligroso. La intensiva colaboración

técnica e industrial con Occidente desencadenó un proceso de cambio social que no podía resistir sin más una sociedad tradicional de corte islámico puritano. Cuando Gamal Abdel Nasser intervino contra los saudíes en el punto culminante de la guerra del Yemen, Arabia Saudí entró definitivamente en la alianza occidental. Los saudíes veían en Nasser, como representante de un nacionalismo árabe laico, un partidario de Moscú al que había que combatir con todas las fuerzas. El arma más importante de esta lucha, que además respondía a la ideología baasista de Siria e Irak, era el Islam. El Islam se convirtió en un instrumento ideológico-político, en un arma empleada eficazmente contra cualquier amenaza al régimen, y sobre todo contra el peligro de un incontenible proceso que empezaba a apuntar con el choque entre tradición y modernismo dentro de la sociedad. Cuanto mayor era este peligro mayor era el rigor con que tenía que aferrarse el régimen al Islam, mayor el rigor ideológico con que tenía que encubrir la discrepancia entre el deseo y la realidad. La adhesión a las prácticas de legislación y ejecución del Islam se convirtió en la expresión más evidente de esa presión legitimadora surgida con la infiltración occidental en la sociedad beduina. Naturalmente también surge aquí un dilema: la islamización consecuente del país daría alas a la oposición modernista que pretende liberar a Arabia Saudí de su estructura tradicional. El intento de hacer frente a los problemas mediante una rápida modernización y militarización tiene, por otro lado, que conducir irremisiblemente al socavamiento de la legitimación islamicapuritana. No obstante, si los saudíes abandonan la modernización y el progreso técnico, si se atienen exclusivamente a la palabra de Dios, también estarán contados los días de la monarquía: el Islam no conoce la monarquía hereditaria. El profeta sólo tuvo sucesores elegidos, los califas. Esta contradicción coloca al país ante una prueba de resistencia. El asalto a la gran mezquita de La Meca a comienzos del siglo XV *musulmán* (noviembre de 1979) indica que el país se enfrenta a una fase política preocupante.

Hoy día, Arabia Saudí tiene unos diez millones de habitantes, es decir no más que El Cairo, la capital de Egipto. En la actual fase del proceso de industrialización y modernización, esto no constituye una base suficiente para establecer una relación saludable entre la fuerza financiera y el potencial material existente. De ahí que Arabia Saudí se vea obligada en gran parte a importar trabajadores extranjeros, sobre todo del Yemen, que no se pueden integrar en la estructura política del país.

Cuando Ibn Saud murió en noviembre de 1953, le sucedió en el trono por razones dinásticas su hijo mayor Saud, mientras que su hermano Feisal ocupaba el cargo de presidente del gobierno.

Por aquellas fechas, y hasta comienzos de la década de 1960, los problemas del país no apuntaban todavía hacia el conflicto abierto. Feisal dimitió de su cargo en 1960. El antagonismo entre la forma tradicional y arbitraria de gobierno de Saud y las ideas de orden de Feisal, que defendía la racionalidad en las decisiones, el cálculo en las medidas administrativas y el orden en las finanzas del Estado, llevó a la ruptura entre los dos representantes de la dinastía. Lo que se planteaba era la lucha entre la concepción tradicional del Estado, según la cual éste era propiedad privada de la dinastía, y un concepto moderno del Estado basado en la separación clara entre gasto privado y gasto público. Fue la guerra del Yemen la que por primera vez hizo posible que Saud dejase el trono a su hermano ilustrado, aunque también purista. Feisal pudo superar en su persona las contradicciones de la estructura de su país viviendo personalmente de acuerdo con el ideal purista de los wahhabíes: sólo tomó una mujer, renunció a todo lujo y se definió como rígidamente ortodoxo en cuestiones religiosas.

En el plano exterior, el rey Feisal fue un aliado de Occidente. Condujo a su país por el camino de la modernización, camino que naturalmente no concordaba con los valores tradicionales del Islam vividos y representados por él. La agitación interna del país provocó ya durante su gobierno numerosos intentos de golpe, la mayoría de los cuales se ocultaron a Occidente. Era sobre todo la fuerza aérea, que en 1969 intentó derrocarlo, la que presionaba por la «modernización política», es decir, por un rumbo en la política exterior inspirado en el modelo libio de Gaddafi. Para acallar a la oposición interna, que partía tanto de las fuerzas progresistas como de las conservadoras, la seguridad interna del país fue confiada a la guardia nacional, compuesta exclusivamente por miembros de la familia o por partidarios leales de la dinastía bajo dirección americana. Esto, naturalmente, no pudo evitar que el rey Feisal muriera asesinado por un sobrino el 25 de marzo de 1975.

El asesinato del rey Feisal puso de manifiesto que las fuerzas de la oposición también eran activas dentro de la familia real. Las tendencias contradictorias han dividido a la propia casa real en campos rivales, aunque esta circunstancia se mantuvo oculta en un principio, por lealtad dinástica, hasta el asalto a la gran mezquita de La Meca en 1979. Desde la muerte de Feisal, ocupa la jefatura del país el rey Jaled. Esto responde a la legitimación dinástica de la sucesión, pero no a la aptitud de Jaled para este puesto. De hecho, la distribución del poder en la casa real ha llevado a que el príncipe Fahd se considere hoy como la autoridad política del país.

Por su superficie, Sudán es el mayor país de Africa. Cultural·y económicamente, el país vive exclusivamente del Nilo. Este río, que determina también el ritmo de vida de Egipto, unía políticamente a ambos países y sigue estableciendo hoy una vinculación o proximidad política.

Con la legendaria rebelión mahdista en la década de 1860, el Sudán se separó de Egipto. Fueron los británicos los que volvieron a conquistar el país. Los gobiernos egipcios de las décadas de 1930, 1940 y 1950 han perseguido siempre una estrecha unión del Sudán a Egipto porque es de una importancia vital para la irrigación de éste último país. Sin embargo, los británicos prefirieron un Sudán independiente con la esperanza de poder seguir ejerciendo una presión sobre El Cairo a través del Sudán cuando Egipto se sacudiera totalmente la influencia británica. Por esta razón, Gran Bretaña se negó en 1946 a cumplir el acuerdo firmado en 1936 de unir a Egipto y Sudán bajo una misma corona. De esta manera Sudán se hizo formalmente independiente en 1955. El Egipto de Nasser lo aceptó. El gobierno de Jalil, establecido en Jartum, era, como cabía esperar, muy probritánico, hasta tal punto que desaprobó la nacionalización del canal de Suez por Nasser. Para El Cairo se había convertido en una cuestión vital tener un gobierno amigo en Jartum, debido a que la presa del Nilo proyectada en Asuán dependía de la buena voluntad del Sudán. En 1958 el ejército dio un golpe de Estado al mando del mariscal Abbud. Los militares buscaban un compromiso en relación con la presa, puesto que el desarrollo económico de los dos países dependía de las condiciones del riego.

En el interior, el nuevo gobierno actuó con dureza frente a los sindicatos y a los grupos progresistas. Hubo conflictos a consecuencia de los cuales el régimen de Abbud fue derrocado en 1964. No obstante, las fuerzas conservadoras se mantuvieron en el poder hasta el golpe de los oficiales izquierdistas de mayo de 1969 al mando del general al-Numeiri.

Debido a su división cultural y religiosa entre un norte musulmán arabizado y un sur negro y cristiano, el país corría constantemente el peligro de desmembrarse. La lucha justificada de los rebeldes anyana del sur, apoyada por los servicios secretos occidentales, contra el poder central exclusivamente árabe terminó finalmente con una estructura de Estado federal en el Sudán. Desde 1978, el antiguo dirigente de los rebeldes anyana, Joseph Lagu, es el presidente de la región meridional, que dispone de un parlamento regional autónomo. Sin embargo, es de temer que también

se produzcan tensiones en el futuro entre el gobierno centralista y las instituciones regionales que aún están por crear.

El Sudán era el país con el mayor partido comunista de todo el espacio arabeislámico. El partido no fue legalizado hasta después de la guerra de junio de 1967, como consecuencia del acercamiento general árabe a la Unión Soviética, después de haber estado prohibido durante mucho tiempo. Tras la revolución del general al-Numeiri en mayo de 1969, se puso fin a las constantes querellas entre el ejército y los mahdistas, tradicionales dentro de las élites del poder. La aproximación a Egipto no se dio en su forma actual hasta que al-Numeiri necesitó la ayuda de Egipto y Libia para defenderse contra el golpe izquierdista dirigido por el mayor Hashim al-Ata. Esta alianza árabe, surgida de las necesidades de los tres países, repercutió entonces en los comunistas que, aunque no participaron en el golpe, fueron víctimas de sus efectos. Su dirigente murió ajusticiado en un simulacro de proceso.

El país ha adoptado una orientación prooccidental similar a la de Egipto gracias a la unión entre Egipto y Sudán acordada en 1974, con lo que al-Numeiri se vincula también a la postura política de Sadat en el conflicto del Oriente Próximo.

VII. LIBIA Y ARGELIA

De todos los países árabes, Libia, dirigida por el coronel Muammar al-Gaddafi es el que más expresamente se vincula a la tradición del nasserismo. La revolución, que tras el golpe militar del 1 de septiembre de 1969 llevó a un Estado del bienestar de carácter colectivista y corte reformista islámico, no se enfrentó con un régimen estable. La monarquía del anciano rey Idris no opuso ninguna resistencia a los revolucionarios. Mientras que en un principio Gaddafi y sus partidarios se remitían sobre todo el panarabismo, en la nueva fase del desarrollo del país se ha efectuado un fuerte giro hacia las bases islámicas del Estado moderno.

La historia de Libia se diferencia tanto de la del Magreb como de la del Mashrek. Esto puede deberse a que la política colonial de los conquistadores italianos empezó relativamente tarde, durante el régimen fascista en Italia a finales de la década de 1930. Por lo tanto, Libia pasó por una experiencia que Argelia conocía ya desde hacía cien años y que nadie había sufrido antes en el Mashrek, a excepción de Palestina.

Bajo el dominio otomano, las regiones del posterior Estado libio, es decir, Tripolitania, Cirenaica y Fezzán habían gozado de un *status* autónomo. El movimiento islámico de renovación funda-

mentalista de los sanusíes contribuyó también a la identidad peculiar del país. Los sanusíes se hicieron con el comercio en los siglos XVIII y XIX y monopolizaron así la vía terrestre del Magreb al Mashrek.

La cesura histórica más clara de esta región tuvo lugar tras la caída del imperio otomano, cuando Italia se apoderó del país en 1911. Como potencia colonial tardía, los italianos no pudieron ya imponer un dominio pleno. El emir Idris les opuso una tenaz resistencia. Los italianos no consiguieron consolidar su poder hasta 1932. Desde esa fecha introdujeron el colonialismo de asentamiento que fue la característica peculiar de su dominio. Después de haber llevado al país 100 000 colonos italianos y haber destruido las estructuras comunitarias, el proyecto italiano de colonización se vio interrumpido por la segunda guerra mundial. Pero incluso después de la ocupación angloamericana permanecieron en el país unos 40.000 italianos que no abandonaron definitivamente Libia hasta después de la revolución de 1969.

Tras la segunda guerra mundial, el interés capital de Occidente por Libia se debía a su importancia estratégica. Tras adquirir la independencia formal en 1951, el país vivió principalmente de los grandes yacimientos petrolíferos y de los subsidios que debían pagar británicos y americanos por la utilización de sus bases, especialmente por la base aérea americana de Wheelus. El petróleo se extrae desde 1958. En la ola de nacionalismo árabe y nasserismo, Egipto exigió en 1964 el abandono de las bases extranjeras, con el argumento de que desde las bases militares libias se podía amenazar a los países árabes que no se subordinasen a Occidente.

Cuando los americanos se retiraron de sus bases en 1969 y se nacionalizaron los yacimientos de petróleo, y, sobre todo, después de la muerte de Nasser, Gaddafi empezó a asumir el papel de líder del panarabismo. A medida que crecía la popularidad de Gaddafi en su país, disminuía en el resto del mundo árabe. Fueron sobre todo sus intentos de intromisión ideológica los que lo hicieron sospechoso tanto a los ojos de los Estados radicales como a los de los conservadores. Con los excesos políticos e ideológicos de Gaddafi, el país se ha aislado cada vez más del resto de los países árabes. El concepto libio de Estado del bienestar, así como la participación de la población en el gobierno a través de los llamados «consejos populares», prestan al régimen de Gaddafi un carácter populista y lo convierten en ejemplo paradigmático de una «democracia dirigida». La orientación islámica, reforzada especialmente en los últimos años, señala una de las tendencias típicas de la reciente evolución oriental: apartarse del arabismo y acercarse al islamismo. El papel dirigente de Libia dentro de esta tendencia ha convertido a Gaddafi en el pionero de una ideología

que pretende vincular las señas de identidad islámica a la conciencia de los países del Tercer Mundo. Con esta ideología, Gaddafi intentó tomar una tercera vía entre los sistemas capitalistas del Oeste y los socialistas del Este, hasta que fue desplazado de su posición por la espectacular revolución islámica del Irán shií.

Las nociones extremas de reforma islámica convirtieron también a Gaddafi en una dudosa figura política para los islamistas y fundamentalistas ortodoxos. Es característica la paradójica rivalidad entre el coronel libio y la casa real saudí. Ambos se remiten a principios fundamentalistas similares, pero representan posturas políticamente distintas, ya sea dentro del mundo árabe o en sus relaciones con el resto del mundo. A pesar de su carácter estrictamente islámico, Libia ha llegado a aliarse militarmente con la Unión Soviética, es decir a establecer un acuerdo táctico con una potencia atea. Gaddafi también se presenta ideológicamente como adversario de los saudíes al borrar de su catecismo fuentes jurídicas esenciales del Islam fundamentalista como la *sunna* y el *hadith*. (En la terminología islámica, la *sunna* es el comportamiento habitual del profeta Mahoma tal como ha sido transmitido a través de sus sentencias y hábitos por los compañeros del profeta en las colecciones de *hadith*. La *sunna* y el *hadith* figuran entre las auténticas fuentes del derecho además del Corán.) Para los libios no hay más que Alá, el profeta, Gaddafi y el Corán. Sin embargo, todavía se mantiene vivo e indiscutible su ejemplo entre los movimientos de oposición militares, especialmente en los países islámicos productores de petróleo. En cualquier caso, Gaddafi ha conseguido, gracias a la riqueza de su país, conjugar las ideas islámicas de justicia con una industrialización paulatina y planificada.

Al igual que Libia, Argelia representa una variante especial del nacionalismo nacida de una amalgama entre el Islam y la movilización social, forma de sociedad que pretende expresar una autenticidad autóctona y por consiguiente anticolonial en contraste con la occidentalización proscrita. En Argelia se ha establecido un sistema que practica con especial dinamismo la modernización tecnológica y el progreso social sobre la base de una ideología de Estado de la que forman parte el nacionalismo, el socialismo y el islamismo.

Históricamente, el desarrollo de Argelia se diferencia del de otros países del Magreb y el Mashrek por la historia del colonialismo francés. Es cierto que también la vecina Libia fue colonizada mediante asentamientos, pero ello se hizo en un momento en que el colonialismo ya estaba superado. Francia en cambio inició la colonización de Argelia en 1830. Los colonos franceses se apropiaron de las mejores tierras del país, destruyeron las estructuras lo-

cales y acabaron con la conciencia de una identidad propia entre la población. Las diferencias existentes entre los grupos étnica y culturalmente distintos se reforzaron todavía más con la política de colonización francesa. Arabes, beréberes y cabilas recibieron un trato muy distinto. La «identidad argelina» no se creó hasta la guerra colonial, una guerra de siete años que figura como una de las más sangrientas de la historia moderna.

En 1881 Francia declaró a Argelia parte de la metrópoli francesa. Esto no significaba naturalmente que los argelinos se convirtieran automáticamente en ciudadanos franceses. Los ciudadanos de Argelia tenían que presentar una solicitud para que se les concediese la ciudadanía francesa, cuyas condiciones eran irrealizables para la mayoría de ellos. Lo mismo que para otras colonias, la segunda guerra mundial supuso también una cesura para Argelia. Las potencias coloniales estaban desangradas; pero las exigencias de independencia de los argelinos fueron despachadas de momento por el gobierno central de París con el estatuto de Argelia de septiembre de 1947. El estatuto debía conceder a los argelinos más influencia en la Asamblea Nacional pero su consecuencia fue que los argelinos árabes tomaron conciencia entonces de su trato desigual. El hecho de que un millón doscientos mil argelinos franceses y siete millones trescientos mil electores indígenas tuvieran distinto peso, que se traducía naturalmente en favor de la minoría, agudizó aún más las tensiones existentes. Según el principio de ponderación del voto, y no según las reglas del juego democrático de «un hombre un voto», los colonos franceses tenían un peso seis veces mayor que el de los argelinos indígenas.

En 1943, Ferhat Abbas, que luchaba todavía por la asimilación, publicó el «Manifiesto del pueblo argelino», en donde exigía la igualdad ante la ley y la autonomía regional. El 1 de mayo de 1945 marcó un hito en el movimiento de liberación argelino. En la ciudad de Setif se celebró una manifestación bajo el signo de la bandera blanquiverde. Se anunciaba así por primera vez el carácter del movimiento y su objetivo: la independencia de Francia. La respuesta francesa fue enérgica. La rebelión fue reprimida militarmente en forma de una acción de castigo que causó unas 40 000 víctimas. La lucha armada organizada de la resistencia argelina no empezó, sin embargo, hasta la noche del 1 de noviembre de 1954, fecha que marca oficialmente el inicio de la guerra de Argelia. El Frente de Liberación Nacional, el FLN, contó pronto con 30 000 combatientes en armas que con una lucha desigual mantenían a raya en 1956, tras haber crecido ellos mismos de forma correspondiente, a 500 000 soldados franceses. Los franceses practicaban una guerra de exterminio y tierra quemada. Acciones como el secuestro

de un avión marroquí con Ben Bella a bordo formaban parte de los medios con los que debían sofocarse la rebelión.

Con el cambio de gobierno ocurrido en 1958 en Francia, cambio que introdujo la V República con De Gaulle como presidente, la guerra de Argelia se tornó en un primer momento más enconada y cruel. El «plan de Constantina» debía vincular económicamente Argelia a Francia de una manera tan estrecha que resultase imposible la disolución de la forzada unidad. Las tropas francesas lograron la supremacía militar en 1959, en el momento en que el FLN era reconocido y apoyado por el naciente «Tercer Mundo». El apoyo de China, de algunos países del bloque oriental y de Yugoslavia fue el primer indicio de que se trataba de una lucha que debía ser ejemplar para las luchas de liberación del «Tercer Mundo». En las colonias africanas de Francia se anunciaron los primeros disturbios. Esta evolución y la creciente presión exterior sobre Francia, así como la oposición interna cada vez más articulada y clara, indujeron a De Gaulle a adoptar otra política: la política del dominio directo debía acabar con la independencia, conservando los lazos culturales y económicos con Francia. En junio de 1960 De Gaulle invitó a los representantes del FLN para celebrar las primeras negociaciones. Estas se arrastraron durante largo tiempo y se interrumpieron finalmente con un golpe del ejército argelino (en alianza con los colonos, es decir, los franceses de Argelia). El dominio francés de Argelia sólo acabó finalmente con el plebiscito popular del 1 de julio de 1962. Desde entonces comenzó la consolidación interna del país, cuya lucha de liberación había sido la única base legitimadora de su identidad después de haber reprimido el gobierno colonial francés durante ciento treinta años todo sentimiento de independencia.

Las luchas intestinas terminaron pronto con la destitución y el encarcelamiento de Ben Bella, que se había convertido durante la guerra de liberación en un líder carismático para todo el Tercer Mundo. Estas luchas intestinas forman parte de la historia argelina como historia del combate contra el colonialismo francés, en cuanto que el fraccionamiento de la dirección argelina tras la victoria se produjo a lo largo de la línea divisoria entre funciones políticas y militares: la dirección política del FLN se enfrentó con el ejército de liberación, el ALN (Armée de Libération National), que debido a la superioridad militar convencional de las tropas coloniales francesas no había intervenido directa y masivamente en los combates, los cuales se habían llevado a cabo con los métodos de la guerrilla. El clan «militar» de Ouya, surgido de los cuadros directivos del ALN y al que pertenecían personas como Bumedian, el posterior ministro de asuntos exteriores Buteflika y otros, disolvió la doble estructura de partido y burocracia militar

con un golpe de Estado en el verano de 1965. En su lugar se creó una unión del partido y los militares, aunque éstos y los comandantes de los distintos distritos *(wilayet),* se hicieron con el poder. El FLN se mantuvo como partido estatal, pero perdió su significación originaria.

La característica esencial de la nueva Argelia, que gracias a su riqueza de materias primas (especialmente gas natural y petróleo) pudo introducir una industrialización centralizada y la modernización de la agricultura, es una contradicción fundamental: a las ideas y exigencias tecnocráticas de una sociedad industrializada moderna, eficiente y racional se opone la búsqueda o la conservación de la identidad islámica. El Islam ha resultado ser precisamente en Argelia el medio de dirección de un Estado central, de un Estado que deja poco margen a la autoorganización aunque esta independencia, permitida, por ejemplo, en los consejos de los *wilayet,* está reconocida en la Constitución. Sin embargo, el aparato de poder central tiene tal peso, debido a la originaria organización de guerra, que sus estructuras se reproducen por encima de las formas de industrialización y, así, el principio del centralismo predomina sobre el factor federal. El recurso al Islam como factor de identificación ha otorgado a los «ulemas» *, por otra parte, un importante papel, que cada vez se impone más, incluso contra las intenciones de la dirección. Esta circunstancia influye de manera muy especial en la cuestión de la emancipación de la mujer, cuestión que desempeñó un gran papel durante la lucha de liberación y que, sin embargo, ha ido perdiendo importancia en el proceso de formación económica e ideológica del Estado.

VIII. MARRUECOS Y TUNEZ

A diferencia de Argelia, la estructura de Marruecos se vio menos afectada por el colonialismo español y francés. En comparación con las otras posesiones de las potencias europeas, Marruecos fue relativamente independiente bajo los soberanos del país que, en su calidad de jerifes, se consideraban sucesores directos del profeta Mahoma. Francia no mostró interés en la adquisición de Marruecos hasta el decenio comprendido entre 1890 y 1900. Así, pues, en 1904, y dentro del marco de la Entente Cordiale establecida entre Inglaterra y Francia, Marruecos pasó a formar parte

* Nombre genérico de los sabios islámicos que, como conocedores de la religión y la ley, eran los garantes del orden divino del Islam, y ocupaban los cargos correspondientes, como, por ejemplo, los muftíes, cadíes, imanes o jeques de la instancia religiosa suprema, la universidad al-Azhar de El Cairo

de la esfera de intereses de Francia. A cambio de ello, Francia se declaró dispuesta a aceptar que Egipto quedase en la zona de influencia británica. De este modo las dos potencias coloniales se pusieron de acuerdo en la última fase de la colonización.

La intervención francesa en el país se aceleró todavía más con la llamada «crisis de Marruecos», en la que el imperio alemán se comprometió a admitir en 1911 la independencia formal del país a fin de salvaguardar sus propios intereses. El sultán de Marruecos tuvo que reconocer en 1912 a Francia como protectora. En ese mismo año el país se dividió en tres partes, porque España quería conservar una franja al norte, una contracosta por así decirlo, y Tánger fue declarada zona internacional en el marco de una convención con participación británica. El sultán seguía siendo el gobernante nominal de todo Marruecos. Residía en la zona francesa, mientras en la parte española tenía su corte un representante con el título de jalifa. La zona de Tánger recibió un gobierno autónomo. Mientras que las tropas coloniales francesas consiguieron ganarse en su zona a los jefes de tribu en una especie de colaboración, las cabilas del Rif se rebelaron en la zona española durante la década de 1920 bajo el mando del emir Abdel Krim. Su objetivo era el restablecimiento de la independencia marroquí. Después de que Francia y España concluyeran un tratado para la represión conjunta de la rebelión, ésta terminó en 1926 con la capitulación de los rebeldes.

En las ciudades se había formado otro tipo de oposición. En la década de 1930 y sobre todo en la de 1940 se formó un comité de nacionalistas marroquíes partidarios de la independencia y de las reformas sociales. Las autoridades francesas recurrieron una vez más al principio del gobierno indirecto para subrayar de este modo la impresión de una independencia formal.

La segunda guerra mundial, que convirtió a Marruecos en una plataforma logística de los aliados, reforzó los deseos de independencia, apoyados por los americanos. La fundación del partido del Istiqlal (partido de la independencia) desencadenó la resistencia en 1943. Un año más tarde, el mismo sultán presentó ante las autoridades francesas del protectorado la demanda de independencia. Sin embargo, el conflicto no se agudizaría hasta 1951, cuando el sultán Mohamed V se negó a desvincularse de las demandas del Istiqlal.

Hasta que no se pasaron las tribus beréberes al campo de los nacionalistas no se dieron los presupuestos para la lucha armada. La guerra de liberación argelina, cada vez más violenta en aquella fase, indujo al gobierno francés a quitarse lastre en Marruecos. Argelia era mucho más importante para Francia, por los colonos y las fuentes de materias primas, que Marruecos, sometido formal-

mente a su dominio. Así pues, Mohamed V fue convocado a París y recibió una promesa de independencia. En marzo de 1956 Francia reconoció la independencia de Marruecos. Un mes más tarde España suprimió su protectorado y en octubre de 1956 se liquidó también el estatuto internacional de Tánger.

Durante la lucha de la independencia contra el poder colonial, el rey Mohamed V se había creado el suficiente prestigio para que se le reconociese como autoridad. En 1960 se hizo cargo directamente de la dirección del gabinete. Antes las fuerzas del país se habían agrupado en partidos políticos. El partido del Istiqlal se había dividido. Su ala radical estaba dirigida por el importante ideólogo Mehdi Ben Barka, que murió después asesinado en el exilio de París por agentes del servicio secreto marroquí. A la muerte de Mohamed V subió al trono su hijo Hassan II. El rey declaró el estado de excepción en 1965, después de que estudiantes y parados se manifestasen contra las condiciones miserables del país. Este estado de excepción se mantuvo hasta 1971. En julio de 1971 y en agosto de 1972 hubo dos intentos de golpe de los militares que, sin embargo, fueron reprimidos. Ambos intentos provenían de la derecha. Iban dirigidos contra la monarquía y contra el rey, quien, en opinión de los militares no era bastante duro contra la oposición. En 1972 se aprobó por referéndum una nueva constitución que reforzó todavía más el parlamento unitario. Hassan II pudo consolidar su autoridad a través de la identificación nacional, sobre todo en relación con el conflicto del Sáhara. La disputa por la parte del Sáhara que hasta 1976 estuvo bajo dominio español unió a la nación. Incluso la oposición apoya firmemente la lucha del gobierno contra el Frente Polisario, que lucha por la independencia de la población saharaui de la zona occidental del Sáhara, rica en fosfatos, y recibe la ayuda de Argelia que, por su parte, busca un acceso al océano Atlántico. A través del conflicto del Sáhara se plantea también el conflicto Este-Oeste, ya que Estados Unidos y Francia apoyan a Marruecos, mientras que Argelia recibe la ayuda de la Unión Soviética y, de vez en cuando, también de Libia.

Económicamente, Marruecos sufre un déficit crónico en la balanza comercial que debería equilibrarse con las exportaciones de fosfatos. Sin embargo, mientras se combata en el Sáhara y parezca improbable una victoria militar, sobre todo después de la retirada de Mauritania, anterior aliado de Marruecos, retirada efectuada tras un cambio de gobierno, tampoco podrá sanearse la economía. La guerra en el Sáhara occidental es, sin embargo, la mejor garantía que tiene el rey de la lealtad de la población, e incluso de la oposición de izquierdas y, por tanto, se emplea también como palanca para conservar el poder. Pero los costes de la guerra de-

voran los ingresos del país y lo empujan a una crisis cada vez más profunda, que las tensiones sociales y contradicciones entre una sociedad tradicional y un proceso de modernización demasiado rápido agudizan todavía más.

El desarrollo de Tunicia es más parecido al de Marruecos que al de Argelia. Esto se debe también a la forma de gobierno indirecto que practicó Francia en Tunicia. En el siglo XIX hubo ya una gran ola de inmigración italiana, aunque no adoptó la forma de colonización característica de Argelia. El gran interés de Francia por esta parte del norte de Africa impidió también una colonización de mayores proporciones por parte de los italianos. Después de que Francia ocupara Tunicia en 1882, el país quedó cada vez más vinculado a la metrópoli. Independientemente de esto, Italia seguía interesada en adquirir Tunicia como esfera de influencia propia. Para la Italia fascista, la costa opuesta, separada tan sólo por 140 km de Sicilia, fue una de las razones para entrar en la segunda guerra mundial al lado de Alemania.

Francia había dejado formalmente al bey de Túnez la dirección del Estado. El poder real lo seguía ejerciendo el consejo de ministros, a cuya cabeza estaba el gobernador general francés. En la década de 1930 el país tenía una población de 2,6 millones de habitantes, entre ellos 108 000 franceses y 94 000 italianos (hoy el número de habitantes se aproxima a los 6 000 000).

El protectorado tunecino era interesante para la «metrópoli» francesa principalmente por sus materias primas: fosfato, hierro y plomo. Al final de la segunda guerra mundial el país presionaba por conseguir la independencia. Los portadores del movimiento independentista fueron los partidos Destur y Neodestur. Cuando en enero de 1953 se multiplicaron los disturbios y se produjeron conflictos sangrientos, hubo negociaciones entre Francia y Tunicia que se extendieron desde octubre de 1953 hasta abril de 1955 y terminaron el 22 de abril de 1955 con un tratado que concedía a Túnez la autonomía interna. Como en todo el Oriente árabe, el deseo de la población tunecina rebasaba naturalmente, por entonces, la concesión de la autonomía interna. Apenas un año más tarde, el 17 de marzo de 1956, se alcanzó esta meta: se declaró formalmente independiente a Túnez. El país quedó naturalmente vinculado a Francia mediante convenios especiales. Se nombró presidente del gobierno al dirigente del Neodestur, Habib Burguiba. La cooperación con Francia, la vieja potencia colonial, se convirtió en el principio de la política tunecina, actitud ésta que los demás países árabes y especialmente los nacionalistas han contemplado siempre con desconfianza y escepticismo.

La idea de Burguiba de hacer una copia formal del sistema po-

lítico occidental no respondía en el interior a las relaciones reales del país. El «burguibismo» intentó justificarse con una retórica reformista, pero en realidad se hizo cada vez más autoritario. Su papel tampoco se aclaró durante la guerra de Argelia por lo que se refiere al apoyo a los rebeldes argelinos contra la Francia colonial. Para presentarse como «anticolonialista», Burguiba dirigió finalmente un golpe contra la base francesa de Bizerta, situada en territorio tunecino, en junio de 1961, empresa que costó muchas víctimas. Francia no abandonó Bizerta hasta 1963, presionada por los americanos.

Durante la década de 1960 empezó a formarse en el interior una oposición tecnocrática en torno a Ahmed Ben Salah que, sin embargo, no atacó la autoridad de Burguiba. Los planes reformistas de Ben Salah estaban encaminados a reforzar los sindicatos y sacudirse la herencia colonial mediante reformas estructurales. Pero la resistencia de las clases altas y sobre todo de la burguesía agraria y comercial, llevó a una reprivatización de la economía. Con esta evolución se abrió el país a los inversores extranjeros.

Un contrapeso importante a este proceso fue la organización sindical UGTT, Union Générale des Travailleurs de Tunisie, que tenía una larga tradición en el campo de la organización y de las acciones colectivas. El conflicto entre el partido estatal gobernante, cada vez más conservador, y el movimiento sindical culminó en enero de 1978 en una huelga general que reprimieron sangrientamente las milicias del partido, el ejército y la policía. La mayoría de los dirigentes del movimiento sindical terminaron en la cárcel. Como todo el sistema está cortado a la medida de Burguiba, hay que contar con que las tensiones internas del país sólo se podrán controlar mientras Burguiba esté vivo. Su muerte podría conducir a un cambio fundamental. La vecindad de Libia podría ser también el catalizador de un proceso que apunta al cambio de sistema.

En la cuestión palestina, Tunicia también ha adoptado, por su orientación occidental, una actitud distinta a la de la mayoría de los Estados árabes, a excepción tal vez de Jordania. En 1965 Burguiba había exigido ya el reconocimiento de Israel dentro de las fronteras del acuerdo de 1947 y una indemnización para los refugiados de Palestina. Aunque esta demanda chocó con el rechazo del propio Israel, desató una tormenta de indignación en el mundo árabe. Entre Tunicia y Jordania ha habido también parecidos considerables en el desarrollo histórico y en la dirección política. Hasta hace poco, Jordania ha dependido de las subvenciones occidentales sobre todo británicas y luego americanas. El país no pudo emprender un desarrollo económico mediante un incremento de la producción de fosfatos hasta la década de 1970, desarrollo que

condujo al saneamiento paulatino del déficit crónico en el comercio exterior. Este desarrollo se vio favorecido también por la guerra civil libanesa, en virtud de la cual Jordania pudo asumir una parte de las anteriores funciones del Líbano.

IX. JORDANIA Y LIBANO

El actual reino de Jordania surgió al separarse la parte transjordana del originario mandato británico de Palestina. El país se creó en 1922 con el nombre de Transjordania. El jefe de Estado fue el emir de Hedjaz, Abdullah, de la dinastía de los hachemitas. Tenía a su lado al oficial británico Glubb, que tras su conversión al Islam adoptó el nombre de Glubb Pachá y creó la posterior legión árabe, guardia pretoriana de la casa real.

Tras incorporar en 1950 el rey Abdullah las zonas restantes de Palestina, es decir el territorio de la margen occidental limítrofe con Israel, Transjordania se convirtió en Jordania. El año 1956 trajo su primera gran crisis al nuevo Estado, estrechamente vinculado a la cuestión palestina. Fue el año del conflicto de Suez y del naciente nacionalismo árabe. Por entonces era rey Hussein, que había sucedido a su abuelo, asesinado en 1951 porque al parecer pretendía una solución negociada con Israel. Hussein intentó frenar la ola de nacionalismo prescindiendo de los servicios de Glubb Pachá. Parecía haber llegado el fin de la monarquía cuando Sulayman Nabulsi, nasserista de izquierdas, fue elegido presidente del gobierno. Pero el rey se adelantó en abril de 1957 a los planes, reales o imaginarios, de un golpe de Estado. Nabulsi y el jefe del Estado Mayor, Alí Abu Nuvar fueron destituidos y todos los partidos prohibidos. Cuando la crisis del Oriente Próximo alcanzó su punto culminante en 1958, fueron aerotransportadas tropas británicas a Jordania a fin de salvar la monarquía. El rey Hussein no ha podido quitarse nunca de encima la sospecha de que sólo sigue siendo monarca de su país gracias a Occidente.

Como consecuencia de la guerra de junio de 1967, Jordania perdió sus territorios palestinos, esto es la margen occidental, que pasó a Israel. En la cumbre árabe de Rabat, Jordania renunció en 1974 a su reivindicación de la margen occidental ocupada por Israel. Como todos los demás Estados árabes, Hussein reconoció en Rabat a la OLP como representante exclusiva del pueblo palestino. Sin embargo, Jordania no ha abandonado definitivamente su reivindicación. Jordania sigue pagando a los funcionarios de la margen occidental aunque la inmensa mayoría de la población palestina ha manifestado con su reconocimiento de la OLP y las elec-

ciones municipales celebradas en la margen occidental que quiere ser independiente de la dinastía hachemita. La matanza de palestinos en septiembre de 1970, que ha entrado en la historia del pueblo palestino como «septiembre negro», llevó a la ruptura entre Hussein y los palestinos. El «septiembre negro» puso fin provisionalmente al doble dominio de la OLP y de la casa real en Jordania, al ser brutalmente reprimida la OLP por las tropas beduinas del rey con tanques y artillería. En 1971, la persecución de los combatientes palestinos alcanzó un nuevo cenit.

La iniciativa de paz del presidente Sadat y la aproximación entre Siria y Jordania tras la subida al poder de Hafiz al-Assad hicieron que el rey Hussein reconsiderara su papel como representante de los intereses occidentales en favor del campo árabe. Esto condujo en 1979 a un acercamiento entre Hussein y la OLP y a la declaración expresa del rey en el sentido de renunciar a la zona occidental del Jordán.

La composición de la población jordana es heterogénea, en el sentido de que la inmensa mayoría de sus tres millones de habitantes está compuesta por palestinos. Hay que distinguir entre los refugiados palestinos y la parte de la población palestina que, mientras tanto, se ha convertido en parte integrante del reino. Estos palestinos constituyen también el eslabón social y económico entre la margen oriental y la occidental, haciendo así improbable la separación de ambas orillas en el caso de la creación de un Estado palestino. En Jordania oriental viven principalmente campesinos y beduinos. Los beduinos constituyen aproximadamente el 5 por 100 de la población total. Forman el cuerpo de oficiales y las unidades especiales del ejército que, como en el ejemplo de septiembre de 1970, representan el principal apoyo de la monarquía. Mientras tanto, el país ha experimentado un rápido crecimiento económico, que ha ido parejo al *boom* de la construcción y ha convertido a Jordania en uno de los principales centros económicos del Oriente Próximo, después de que muchos libaneses se refugiasen en Ammán durante la guerra civil del Líbano y después de ella y este país se arruinase como centro del comercio y del tráfico del Levante.

Líbano ocupó siempre una posición especial en el mundo árabe islámico. Lo característico de este país es la diversidad de comunidades étnicas y religiosas, que ofrecía dos posibilidades de desarrollo: por un lado la creación de un Estado secular que garantizase los mismos derechos a todos sus ciudadanos, independientemente de su adscripción religiosa, es decir una nacionalidad libanesa dentro de un Estado unitario por la que la subordinación religiosa se convierte automáticamente en asunto privado. Por otro lado, el intento de las comunidades religiosas, es decir de los cris-

tianos o musulmanes, de hacer del Estado algo suyo, esto es, de convertirlo en cristiano o musulmán, con lo que sólo se permite a la otra comunidad derechos mínimos o se desarrolla una constante lucha por el poder entre ambas. Esta lucha constante por el poder condujo finalmente en 1975 a una guerra civil abierta que sólo se interrumpió con la bipartición fáctica del país y que todavía no ha terminado. El frágil armisticio sólo lo han podido mantener a duras penas las tropas sirias.

Hasta el estallido de la guerra civil, el Líbano había sido uno de los países más libres del Oriente Próximo. Emigrantes de los países árabes más diversos y exiliados de todos los colores encontraban en Beirut un refugio y un foro para el intercambio de sus ideas. Beirut era el centro financiero del Oriente Medio y un brillante crisol de la vida y la cultura oriental y occidental. Para comprender la tragedia del Líbano es preciso hacer una digresión en la dimensión histórica de ese desarrollo especial, desarrollo mediante el cual el país no se ha convertido en un ejemplo de evolución emancipadora, sino en un ejemplo trágico de su fracaso.

El hecho de que en el Líbano habiten tantas comunidades heterogéneas, agrupadas por sus ideas religiosas, el único rasgo diferenciador de Oriente, está íntimamente relacionado con la constitución geográfica del país. La cordillera del Líbano ofrecía una protección natural y, por eso, fue siempre refugio de las comunidades religiosas perseguidas en Levante que querían escapar a la intervención de la mayoría. Este fue el caso sobre todo de la comunidad cristiana de los maronitas y de la secta islámica de los drusos a la que no reconocieron ni acogieron las comunidades islámicas como tales. Maronitas y drusos fueron, pues, los que consideraron como su territorio ese país montañoso e intransitable. Hoy día viven en el Estado del Líbano —que no coincide ya con la cordillera del Líbano, puesto que se amplió con zonas adicionales—, musulmanes, shiíes y sunníes, cristianos ortodoxos griegos y armenios y otras comunidades religiosas menores que también representan al mismo tiempo grupos étnicos independientes.

El núcleo del Estado libanés en su extensión actual fue la provincia otomana de Monte Líbano. Tras sangrientos disturbios y choques entre las comunidades religiosas de drusos y maronitas, que tuvieron principalmente causas sociales, la provincia se puso en 1860 bajo protección francesa, aunque formalmente seguía siendo parte del imperio otomano. Ya entonces había en Monte Líbano una especie de proporción confesional que más tarde se convertiría en el orden constitucional del Líbano. De acuerdo con su tamaño, las comunidades religiosas se repartieron las funciones y los cargos políticos. El espacio original del antiguo Monte Líbano se amplió después de la segunda guerra mundial con la anexión

de la llanura de Beqa, Beirut y regiones del norte y sur, después de que la región de Siria y Líbano fuera asignada a Francia (como consecuencia del estatuto de protectorado para las zonas árabes del antiguo imperio otomano). Con esta ampliación aumentó más aún la heterogeneidad de la población. El Líbano se declaró república durante la época del protectorado, exactamente en el año 1926.

Los cristianos maronitas habían desempeñado siempre en el Líbano un papel económico especial como intermediarios en el comercio entre Europa y el Levante. Este *status* económico privilegiado hallaba también su correspondencia en el ámbito político. El papel dominante de los maronitas se vio además reforzado por la población ortodoxa.

Desde que el Líbano se constituyó como protectorado francés en su forma geográfica actual hubo tensiones y luchas entre las poblaciones cristiana y musulmana. Los musulmanes presionaban para volver a formar parte de Siria, de donde poco antes se habían separado algunas zonas del Líbano. Los cristianos insistían en la conservación de su *statu quo* y en la protección de Francia. En los años 1936-37 las comunidades religiosas construyeron también sus propios partidos políticos, en el marco de su confesión, cuyos programas no establecían diferencias entre religión e interés político. Los antagonismos que estallaron más tarde en la sangrienta guerra civil se manifestaban en la superficie como conflictos religiosos, pero en realidad eran expresión de tensiones sociales.

En 1943 se declaró formalmente la independencia del Líbano. Sin embargo, no puede hablarse de una independencia libanesa real hasta 1946, tras la retirada definitiva de las tropas extranjeras del país. A pesar de todo, el año de 1943 es más importante como fecha de la independencia para el orden estatal interno del Líbano. En 1943 se concertó un «pacto nacional» entre las comunidades religiosas que elevó el confesionalismo a sistema político. La base de este pacto nacional fue un censo de 1932 en el que los maronitas aparecían como mayoría y los drusos y shiíes como minorías. Sobre la base de este censo de 1932, fijado y declarado como principio constitucional, se estableció un sistema político sin igual: el confesionalismo garantizaba a las comunidades, en función de la proporción, el derecho inalienable a cargos públicos que iban desde la jefatura del Estado hasta el funcionario de ventanilla. Esto significa que no se pueden modificar las estructuras políticas de gobierno del país, ni siquiera aunque se produzcan cambios sociales y demográficos.

La inseguridad de este sistema, que se resquebrajó ya en 1958 con la política de Chamoun en el marco de la doctrina Eisenhower, pudo paliarse transitoriamente con las reformas del presidente

Cheahb. No obstante se hacía cada vez más evidente con el ascenso de la burguesía musulmana y la presencia de los palestinos en el país. La solidez del sistema se resentía cada vez más de la afluencia de las masas urbanas venidas sobre todo del sur y del este del país, que no estaban representadas por los clanes establecidos y sus partidos. La guerra de junio de 1967 supuso un impulso no sólo para los palestinos, sino también para la izquierda libanesa. Tras su exclusión de Jordania en el «septiembre negro» de 1970, los palestinos pasaron a operar principalmente desde territorio libanés contra Israel. Esto, a su vez, ocasionó «represalias» israelíes contra el Líbano. El proceso de transformación social que acompañó a estos acontecimientos provocó en el sistema una crisis cada vez más honda. Los cristianos y sobre todo los maronitas, que habían perdido ya su poder primitivo, se negaron rotundamente a admitir las nuevas relaciones. El ataque a un autobús palestino en abril de 1975 desencadenó finalmente la guerra civil. En esta guerra sangrienta no hubo vencedores ni vencidos. A ello contribuyeron especialmente los sirios. En la primera fase de la guerra apoyaron principalmente a los grupos musulmanes de izquierda del movimiento nacional. Cuando la presión de esta coalición se hizo demasiado fuerte y amenazó con barrer a las fuerzas conservadoras cristianas, Siria cambió de frente y se puso del lado de éstas. En su calidad de «tropas de paz árabes», los sirios se han preocupado desde entonces por el mantenimiento del armisticio firmado en 1977.

Los sirios actuaron en interés de todos los árabes y también en interés propio. Es cierto que ninguno de los partidos que intervienen en la guerra civil ha planteado la necesidad de establecer un Estado laico, desconfesionalizado, cosa que, por lo demás habría significado una novedad en el Oriente Próximo, pero que para el Líbano habría representado, como Estado unitario, la única alternativa al confesionalismo militante. Esta alternativa habría favorecido naturalmente las tendencias que apuntan hacia un régimen progresista, evolución por la que no podían demostrar el menor interés los regímenes árabes conservadores, sobre todo Arabia Saudí. Una evolución secular habría supuesto también un peligro enorme para la propia Siria, cuya ciudadanía se compone de diversos grupos confesionales. El país, mayoritariamente sunní, está dominado por la secta shií de los alauitas que ha ocupado todos los puestos de dirección importantes en el aparato estatal y militar. Finalmente, semejante desarrollo habría provocado también la intervención de Israel en el Líbano, igualmente por su propio interés, para apoyar a los maronitas cristianos.

El presidente de Siria, Hafiz al-Assad, también alauita, se vio obligado, no en última instancia por instigación de los saudíes y

de Occidente, a intervenir en el Líbano y restablecer por la fuerza de las armas el equilibrio entre los partidos. El nuevo pacto nacional ha modificado ligeramente el confesionalismo del Líbano, pero no lo ha abolido. Los partidos siguen siendo hostiles unos a otros y la retirada de los sirios conducirá inevitablemente a nuevas luchas por el poder. El compromiso negociado en 1976 debía establecer una proporción de uno a uno entre cristianos y musulmanes. Esa proporción no ha podido realizarse hasta ahora. El presidente cristiano Sarkis y su jefe de gobierno sunní Shafiq al-Wazzan atribuyen oficialmente su legitimación a la proporción acordada. Pero en realidad son los representantes de un nuevo grupo dirigente tecnocrático que parece desplazar paulatinamente a los viejos jefes de clanes como Gemayel, Chamoun, Yunblatt, Eddé y otros, clanes que, por otra parte, han decidido durante varios decenios la historia del Líbano. Sin embargo, el nuevo grupo dirigente no ha podido consolidarse de momento. Los sirios tienen que llenar el vacío político como ocupantes. Es sumamente dudoso que el Líbano pueda recuperar el papel que desempeñaba antes de la guerra civil en el Levante. El ascenso de los emiratos del golfo Pérsico y la creciente importancia de Jordania para la Banca internacional indican más bien que el Líbano ha perdido para siempre este papel tras la tragedia de la guerra civil.

X. ¿RENACIMIENTO ISLAMICO COMO TERCERA VIA ENTRE LOS BLOQUES?

La región árabe-islámica se ha convertido en los últimos años en un factor nuevo, aunque no unitario, de la política mundial. Los Estados islámicos se esfuerzan cada vez más por presentar un frente político común y por deslindarse como bloque cerrado, como unidad regionalcultural, tanto del Este como del Oeste. La independencia plena, conquistada en las décadas de 1950 y 1960 por la mayoría de los países árabes islámicos, no ha hecho sino reforzar esta tendencia. La posesión de petróleo y el consiguiente poder financiero de algunos países árabes ha contribuido esencialmente a crear una nueva conciencia en el mundo árabe. Si en las décadas de 1950 y 1960 el Islam era sobre todo un baluarte contra el nacionalismo de los distintos países árabes, la revitalización efectuada a lo largo de la década de 1970 es más bien una forma de autodefinición musulmana y una nueva imagen de sí mismos que sustituye al arabismo de los últimos decenios.

A principios de la primera guerra mundial, el recurso de los otomanos a la idea del califato pudo acallar todavía, de forma «islá-

mica» y pasajera, el incipiente nacionalismo de los árabes y de otras nacionalidades en los dominios del sultán. E incluso en la década de 1960 Arabia Saudí consiguió hacer del Islam un muro protector contra el nasserismo. Todo esto tenía que reforzar la hipótesis occidental de que el «Islam» debe considerarse como aliado natural del mundo occidental y, por tanto, como baluarte seguro contra la Unión Soviética atea en el Oriente Próximo. Efectivamente, las sociedades islámicas tradicionales eran también conservadoras en el sentido político y social. Las tendencias a un cambio del *statu quo* tenían que chocar necesariamente con la resistencia de los regímenes conservadores musulmanes. Baste con mencionar las reformas agrarias, ya se efectuasen bajo Nasser, el Baas o el régimen del sha. Todas ellas chocaron con la oposición del *establishment,* sobre todo del clero islámico, cuya posición de poder dentro del Estado se basaba principalmente en la propiedad del suelo procedente de las donaciones islámicas (tierra de *waqf).* Así pues, el clero era el más afectado por la redistribución del suelo, cosa que también se puede decir de la denominada «reforma blanca» del sha. Las tendencias nacionalistas y socialreformistas del arabismo reforzaron la convicción de los observadores occidentales de que el Islam y sus representantes religiosos y laicos estaban del lado de las fuerzas socialmente conservadoras. En el contexto internacional de los conflictos, esto significaba que los países islámicos eran fundamentalmente prooccidentales. Esta apreciación de la situación se remitía a la experiencia de los últimos setenta años, es decir, del siglo XX. Esta fase, relativamente corta si se mira con perspectiva histórica, sirvió de guía para el juicio que Occidente se hizo de la región; se prestó poca atención a otras corrientes anteriores de inspiración islámica, aunque retrospectivamente puedan calificarse de precursoras de la situación actual y sean comparables a algunos síntomas de hoy.

En este sentido habría que mencionar sobre todo a los dos grandes reformadores del siglo XIX, Muhammad Abduh y al-Afgani, quienes pretendían librar al Islam de aquellos componentes que se oponían a un desarrollo moderno y progresista. También hoy hay pensadores islámicos que, al remitirse a los componentes revolucionarios de la doctrina islámica, intentan crear un Islam político que modifique la conciencia y autoconciencia de estos pueblos, teniendo así un efecto emancipador. Como toda religión activa, el Islam primitivo tiene también fuertes elementos comunistas que pueden incorporarse a un programa de desarrollo moderno. Reformadores progresistas y fundamentalistas reaccionarios pueden remitirse con razón a que el Corán condena la represión. La antigua prohibición islámica de pagar intereses puede interpretarse también, si se generaliza, como proscripción de la explotación (o de

la dependencia). La propiedad colectiva de la tierra, la propiedad común, pueden considerarse como indicaciones de que el suelo y las riquezas del subsuelo deben pasar a formas colectivas. La *zakat,* es decir, la obligación de dar limosna, no es más que una metáfora, un símbolo de la legitimación islámica de un Estado benefactor. El Corán y la *sharia* ofrecen suficientes puntos de apoyo para una interpretación moderna y progresista. De este modo, distintos grupos instrumentalizan políticamente el Islam con fines muy diversos, en buena medida para oponer a los dos sistemas y bloques dominantes —el capitalismo y el comunismo— una ideología islámica regional propia. Esta independencia islámica debe contribuir a que el mundo islámico no vuelva a ser instrumento de influencias y alianzas de uno u otro campo.

Todavía no se alcanza a ver que este objetivo del «renacimiento islámico» se vaya a realizar en un futuro más o menos próximo. El ejemplo del Irán revolucionario permite dudar seriamente de que de momento se logre una «tercera vía». El primer presidente de la república del Irán, Bani Sadr, intentó sacar del Corán una concepción económica comunitaria y justificar una política económica que se presentaba al mismo tiempo como anticapitalista y antimaterialista. Los escritos del importante reformista islámico-iraní Alí Chariati han creado toda una escuela con numerosos partidarios, especialmente bajo la dirección de los intelectuales islámicos. Sin embargo, también aparece en Chariati una tendencia que refleja una y otra vez este elemento persistente y se remite a una legalidad islámica que tiene en el Islam raíces más profundas que la nueva legalidad reformista, vinculada a demandas sociales concretas. Pero esta inercia y el recurso constante a una sociedad supuestamente más justa en los tiempos primitivos del Islam son una glorificación nostálgica de la historia real islámica. Pues, el Islam nunca creó instituciones que impidieran el surgimiento de capas privilegiadas o la acumulación de poder y riqueza en manos de unos cuantos. El conformismo religioso y moral de los gobernantes (que también se encuentra hoy en los Estados conservadores) no hizo sino mantener a las masas en la convicción de que su posición privilegiada es justa y querida por Dios. El Islam y la tradición musulmana no ofrecen, como tales, ninguna receta mágica para una forma de gobierno que responda a las exigencias de nuestro tiempo. El Islam no es un modelo de sociedad armónica. Sólo puede aliviar las injusticias de las estructuras sociales y económicas advirtiendo a los poderosos de que sean moderados y caritativos. Y, como el cristianismo del siglo XIX, estará en crisis en la medida en que las masas frustradas sucumban a la presión de las exigencias de un mundo moderno y a sus atractivos y en que recobre fuerzas el ideal de justicia social.

Es precisamente el contraste con Occidente, con las formas occidentales de vida que se han propagado junto con el proceso de modernización e industrialización de Oriente en los países islámicos y han provocado esa reacción de la «reislamización», el que coloca al mundo musulmán ante un dilema: para liberarse del dominio de Occidente tiene que someterse a ese proceso de modernización e industrialización. Y aunque semejante industrialización no transcurra bajo el signo de una integración en el contexto mundial occidentalizado sino según la ley de las propias necesidades, este proceso hará saltar necesariamente las formas islámicas tradicionales de vida, tal como se contemplan sobre todo en el derecho islámico. La única perspectiva de futuro de un Islam modernista habría que buscarla en una síntesis, hasta ahora no practicada, entre un sistema industrial capitalista y una ética oriental transcendental.

A pesar de todo sería un error creer que el «Islam» está cerrado al resto del mundo como poder religioso resucitado y, por tanto, enfrentado a él como bloque uniforme. Dado que el Islam no reconoce ninguna autoridad central comparable al papa cristiano, no existe tampoco consenso alguno sobre el «verdadero» Islam. Entre otras cosas, la historia de los pueblos islámicos es también la lucha de las diversas corrientes de pensamiento que han conducido siempre a divisiones y formaciones de sectas con un enfoque político. Estas controversias internas del Islam, presentes siempre en estado latente, sobre lo que es en realidad el Islam o lo que debería ser, se han planteado siempre, durante la segunda mitad del siglo XX, con especial vehemencia. Los países del Islam también intentan, en parte, vincular la legitimación islámica a los intereses antinacionales de sus respectivos Estados. Y mientras la religión esté organizada en Estados —y no se ha podido desarrollar otra forma de organización— será imposible evitar las rivalidades entre los distintos Estados mediante una referencia un tanto difusa al Islam. La competencia árabe-islámica entre Libia y Arabia Saudí es paradigmática de una rivalidad política que intenta legitimarse de modo diferente en el Islam. El conflicto tradicional entre Irak e Irán se ha agudizado de tal manera tras el derrocamiento del sha y la ola del jomeinismo que en septiembre de 1980 estalló una guerra entre ambos países cuyo desenlace es incierto y cuyas consecuencias para toda la región y para el marco internacional son incalculables. El alto techo del Islam no ha podido integrar las peculiaridades étnicas de las minorías, y mucho menos impedir que en el «Estado islámico» del Irán hagan política contra el Estado grupos étnicos como los kurdos, azerbaijanos, beluchis y árabes.

Si el islamismo, es decir, la transformación de la fe en una ideología política, sustituyera efectivamente a las corrientes nacionales

de los últimos decenios y, con ellas, también al arabismo, esto supondría igualmente un gran peligro para el movimiento nacional palestino y la Organización para la Liberación de Palestina, la OLP. Su posición se vería reforzada en un principio por el jomeinismo. Pero, como movimiento nacional, tendría que renunciar a su propia definición y a sus objetivos o perderlos de vista en la medida en que se hiciera hincapié en la adhesión, hasta ahora totalmente subordinada, de los palestinos a la fe cristiana o musulmana y en que las diferencias religiosas pudieran socavar el interés nacional común. Con esta ambivalencia tendrán que vérselas todavía los palestinos en el futuro. Reconocerla y dirigirla será uno de los problemas internos más importantes del movimiento.

Todavía se mantiene la oposición entre Islam y arabismo, oposición que ha existido siempre y que todavía no se ha dirimido definitivamente en favor de uno u otro en el espacio árabe. El Islam, o el islamismo, ha ganado ciertamente mucho terreno durante los últimos quince años en el mundo árabe, y no sólo allí, sino también a nivel mundial, desde las Filipinas hasta el Africa negra. Fue sobre todo en Egipto donde consiguió recuperar y reforzar las posiciones perdidas en tiempos de Nasser desde que Anuar el Sadat se hizo cargo del gobierno en 1971. En este viraje no sólo intervino la secta de los «Hermanos Musulmanes», movimiento islámico fundado en la década de 1930 por el maestro egipcio Hasan al-Banna e inspirado esencialmente en las nacientes ideologías totalitarias de Europa. Por dos veces estuvieron los Hermanos Musulmanes de Egipto a punto de tomar el poder: durante la segunda guerra mundial y poco después de ella. Tras su persecución y expulsión por Nasser, Arabia Saudí se convirtió cada vez más, durante las décadas de 1960 y 1970, en protectora del movimiento. La generosa financiación y ayuda de los saudíes convirtió a los Hermanos Musulmanes del mundo árabe, y a su partido gemelo del Pakistán, el Dyama at-e Islami (comunidad islámica), no sólo en uno de los movimientos políticos mejor organizados, sino también en uno de los más ricos y, por tanto, más influyentes.

Anuar el Sadat cortejó en un primer momento, por razones de legitimidad, a los Hermanos Musulmanes y los toleró. Pero con su política de paz frente a Israel, Sadat convirtió a los Hermanos Musulmanes en la oposición más peligrosa del interior, después de haber consumado la ruptura con el exterior, es decir con el resto del mundo árabe, tras la firma de los acuerdos de Camp David en 1979, que condujeron al tratado de paz egipcio-israelí y debían preparar una amplia paz en el Oriente Próximo.

Si se sacan consecuencias de la experiencia de la historia reciente, resulta improbable que el Islam pueda unir, como eslabón supranacional, el mundo árabe en un sistema coherente. Son

demasiado distintos y contrapuestos las necesidades, intereses y aspiraciones de los 22 países que constituyen hoy el Oriente árabe. Su población es demasiado heterogénea, las agrupaciones religiosas son demasiado diversas (pues, además de las escuelas principales del shiísmo y el sunnismo, se descomponen en numerosas sectas y subsectas) y los diferentes regímenes políticos son demasiado dispares. Sobre todo Siria y el Irak, que tienen que vérselas con diferentes fuerzas religiosas en sus países, han de jugar, con vistas a su propia conservación, a la carta del nacionalismo árabe con el fin de controlar las distintas corrientes islámicas que, a su vez, están vinculadas a distintos grupos sociales y ambiciones políticas. La irrupción del Islam como ideología política del mundo árabe creará grandes problemas en un futuro próximo sobre todo a los regímenes que han iniciado su desarrollo político y material bajo el signo del nacionalismo.

3. Israel: el problema del Estado nacional y el conflicto del Oriente Próximo

El Estado de Israel se proclamó el 15 de mayo de 1948. En esta fecha se suele situar el comienzo del conflicto del Oriente Próximo. También es habitual que la opinión pública hable de una lucha que dura ya más de treinta años y pretenda entender los acontecimientos del Próximo Oriente por la cronología de las guerras entre los Estados árabes e Israel de 1948/49, 1956, 1967 y 1973. Pero esta forma de valorar la cuestión, que parte del acto de creación del Estado de Israel, lleva a entender el conflicto-árabe-israelí como si se tratase de un conflicto entre Estados nacionales, entre adversarios iguales, el cual podría solucionarse mediante un compromiso territorial o incluso mediante el elemento remediador del tiempo. Esta esperanza, lo mismo que la analogía de la rivalidad entre Estados nacionales, oculta necesariamente el carácter especial de las disputas entre árabes y judíos en torno al antiguo protectorado británico de Palestina, disputas que datan de antes de la creación del Estado judío en mayo de 1948. Este hecho no supuso realmente más que un cambio de forma en un conflicto cuyas condiciones se fijaron ya antes de la fundación del Estado y cuyas repercusiones se dejarán sentir más allá del presente [1].

I. CONDICIONES DE LA CREACION DEL ESTADO NACIONAL JUDIO EN PALESTINA

El conflicto de Palestina empezó hace más de ochenta años, cuando se planteó la reivindicación sionista, es decir, nacionaljudía, de Palestina y se emprendió una colonización organizada del país por inmigrantes judíos. Los sionistas pretendían crear allí un Estado que «debe ser tan judío como Inglaterra es inglesa» [2], según palabras del después presidente de Israel y antes presidente durante muchos años de la Organización Sionista Mundial, Chaim Weitzmann.

Sin detenernos en la legitimidad de semejante pretensión, motivada entonces por la discriminación, represión y persecución de los judíos en Europa oriental, sobre todo en la fase final del siglo XIX, parece conveniente, a fin de comprender mejor el conflicto

del Próximo Oriente, ocuparse de las especiales condiciones y consecuencias de la creación de semejante Estado nacional en Palestina. El propósito de crear tal Estado era ya peculiar, porque la población judía que debía alcanzar su independencia nacional en él no se hallaba en el lug .r de la pretendida fundación estatal. Más aún: el país de Palestina en donde debía erigirse la soberanía nacional judía estaba ya habitado. Habitado por hombres de otra lengua, otra cultura y otra filiación religiosa, atributos que no podían responder y se contraponían a la nacionalidad judía que se pretendía establecer en el país. Por consiguiente, los árabes que vivían en Palestina iban a constituir desde un principio un obstáculo a la pretensión sionista de crear un Estado judío en virtud de su mera presencia física en el lugar.

El proyecto sionista de establecer la soberanía judía en Palestina cambió también la relación de los judíos asentados ya allí con respecto a los árabes mayoritarios. La consecuencia de la pretensión de crear en este país un Estado nacional judío sería que la población árabe existente quedaría en minoría. Ninguno de los grupos establecidos en el lugar, y mucho menos una mayoría arraigada desde hacía muchos siglos en el país, como la población árabe de Palestina, podía someterse voluntariamente a semejante proyecto. Y menos aun cuando, como en Palestina, la población inmigrante tenía que apropiarse, como premisa de la creación de una mayoría, de las condiciones materiales para la fundación del Estado nacional judío. Se trataba, sobre todo, del suelo, del territorio en el que se levantaría el Estado nacional. Para consagrar este suelo como posterior territorio israelí, había que ocuparlo inmediatamente con judíos. Pues sólo la colonización con hombres del grupo nacional garantizaba que el suelo de Palestina pudiera transformarse en un territorio israelí habitado por personas de nacionalidad judía. Si no se lograra, la nacionalidad judía podría tener entonces el poder estatal en sus manos, pero este poder se vería en entredicho una y otra vez al seguir aferradas al suelo las personas de nacionalidad árabe y negar con su mera presencia el pretendido carácter judío del Estado.

La compra y colonización del suelo eran, pues, desde un principio, las condiciones para la creación de un Estado nacional judío en Palestina. Pero de este modo se determinaba ya la forma en que iba a transcurrir el conflicto: había que vincular al suelo colonos judíos, en vez de la población campesina árabe, los fellagas, y, al mismo tiempo, había que impedir que ese suelo pudiera ser comprado de nuevo por los árabes. Esto se consiguió, sobre todo, haciendo que la organización sionista para la compra de tierras, el Keren Kayemeth Leisrael (KKL), prohibiera expresamente a los judíos enajenar el suelo adquirido. Desde el momento de

su adquisición sería propiedad nacional. Esta reglamentación, que todavía mantiene su validez jurídica en el actual Estado de Israel, no debe confundirse con una medida de socialización encaminada a estatalizar la tierra. Se trata más bien de una nacionalización en el sentido originario de la palabra, en tanto en cuanto que estas tierras sólo pueden ser reclamadas y colonizadas por un grupo nacional de la población, el judío. El agrónomo y sociólogo Abraham Granovsky (Granott), corresponsable de la política de asentamientos en la primera fase de la colonización, puso de manifiesto que la propiedad privada de la tierra implicaba, por tanto, «grandes peligros para toda la colonización, desde el *punto de vista nacional,* puesto que Israel no tiene ninguna seguridad de que el suelo permanezca en manos judías y no se vuelva a vender a no judíos... Eso queda excluido de una colonización en suelo nacional»[3]. Pero, para los árabes, estas normas de nacionalización tienen carácter de exclusión, pues «en este proceso no puede reconocer la socialización el grupo étnico que no pertenece a la *societas*»[4]. Estas normas equivalen, tanto en el pasado como en el presente, a medios para transformar en territorio judío las tierras de los árabes palestinos primero compradas, luego conquistadas en la «guerra de independencia» de 1948/49 y más tarde confiscadas por el Estado de Israel. De las manifestaciones del destacado sionista y antiguo director del fondo de tierras, el KKL, Menájem Usshiskin, se deduce que también las tierras compradas en la época del mandato británico, esto es, antes de 1947, por las instituciones sionistas en Palestina se consideraban únicamente como un medio para la creación de un Estado nacional judío. En su opinión, hay tres posibilidades de adquirir tierras: «Por la fuerza, esto es, por la conquista bélica, o dicho en otros términos, robándoselas a sus propietarios; por compra forzosa, es decir, por incautación de la propiedad del suelo recurriendo a la fuerza del Estado; y, finalmente, por compra con el consentimiento del propietario. ¿Cuál de estas posibilidades está a nuestro alcance? El primer camino no es viable, carecemos de poder suficiente para ello. Esto significa que debemos tomar el segundo y el tercer camino»[5]. Antes de la fundación del Estado de Israel, hasta el año 1947, la organización sionista había adquirido solamente 1 734 000 *dunam,* o el 6,6 por ciento del suelo palestino[6].

Todavía hoy siguen vigentes en el Estado de Israel leyes que prohíben la enajenación, transferencia o labranza por no judíos de las tierras que jurídicamente pertenecen al KKL o son «tierras estatales». Además de los estatutos del Fondo Nacional, existe una «Ley constitucional sobre la propiedad del suelo», una «Ley sobre la propiedad del suelo en Israel» y una «Ley de administración territorial de Israel» del 19 y 15 de julio de 1960, respectivamente.

Estas leyes se aplican a casi el 92 por ciento de la superficie del país, es decir 18 000 km² de los 20 255 según las fronteras anteriores a la guerra de junio de 1967 [7].

Para que un grupo de la población, definido como predominante, conserve la propiedad del suelo no bastaba, sin embargo, con la prohibición meramente formal de transferirla. Para que el suelo palestino se convirtiera en territorio nacional judío hubo que tomar otras medidas. Hubo que establecer sobre todo una vinculación real entre los colonos judíos y la tierra. El pionero teórico de la apropiación sionista del suelo, el sociólogo y economista Franz Oppenheimer, propuso garantizar la «colonización con campesinos que trabajasen ellos mismos la tierra y el derecho estatal de propiedad» [8]. En sus memorias escribe lo siguiente: «Theodor Herzl y el congreso sionista de Basilea decidieron, a instigación mía, conquistar Tierra Santa con la única arma con que puede ganarse realmente una nación: el arado» [9]. Este era, pues, el profundo sentido político del trabajo agrícola: era sobre todo un medio político de adquirir tierras. Pues una actividad agraria que atara a los hombres a la tierra asegurándoles el sustento constituiría un verdadero lazo en contraste con la reclamación puramente formal. Otro responsable de la ocupación de tierras en Palestina, Adolf Böhm, saca del principio de la colonización agraria una conclusión que ha sido hasta hoy el hilo conductor de la política sionista del suelo en Israel y en las zonas ocupadas en 1967: «En toda la historia se pone de manifiesto que sólo el pueblo que la cultiva realmente es el que posee permanentemente la tierra y el que determina su carácter. No es el propietario de la tierra el que la nacionaliza, sino el que la trabaja» [10]. Por eso, «la gran obra nacional... sólo podrá lograrse cuando los judíos estén efectivamente arraigados en el suelo» [11].

Pero la prohibición de vender y el cultivo de la tierra tampoco bastaban para nacionalizar el suelo con vistas a la creación de un Estado judío mientras siguiera allí instalada una población árabe considerable. El incentivo económico del beneficio y la rentabilidad de la producción mueve cada vez más a emplear una fuerza de trabajo barata. Esta la constituía y constituye en Palestina o en Israel el trabajo asalariado árabe. La consecuencia de una explotación orientada abiertamente al beneficio habría sido que los árabes privados de sus tierras por la ocupación judía habrían vuelto como jornaleros y deshecho así la pretendida estructura homogénea de la población judía en la correspondiente zona de colonización. Por eso, tal como dispusieron los planificadores del asentamiento, «el primer mandamiento de la colonización agraria tenía que ser la exclusión del trabajo asalariado, puesto que el judío sólo puede enraizarse en la tierra trabajándola con sus propias manos» [12].

Por tanto, a fin de evitar que las consecuencias del trabajo asalariado en la *agricultura,* que haría volver a los árabes al terruño, tuviesen efectos negativos en el proceso de creación del Estado nacional, el departamento de colonización de la organización sionista determinó que se prohibiera por principio el trabajo asalariado en las tierras del KKL. Más tarde, en el Estado de Israel, esta condición para el cultivo de las tierras del KKL y del denominado suelo estatal se convirtió en una norma casi constitucional, aunque esta norma se rompe una y otra vez por la presión económica en orden a la obtención de beneficios.

En la primera fase preestatal de la colonización los colonos sionistas tuvieron que recurrir al trabajo personal que les permitía organizarse de la manera más eficaz en formas colectivas. Los *kibbutzim* y los *moshavim,* que trabajan en forma colectiva, renunciando a la propiedad privada o a la plena disposición de sus tierras, tienen un gran sentido político de posesión de la tierra prescindiendo *incluso* de las ideas socialistas de algunos de sus miembros, y tanto en el pasado como en el presente se han visto estimulados mediante créditos y otros servicios.

Resumiendo las condiciones de creación del Estado nacional judío en una Palestina poblada por árabes, dada la inexistencia hasta 1948 de un poder estatal judío, fueron necesarias medidas económicas que en realidad tuvieron escasa importancia económica ya que su función fue más bien la de crear un Estado: compra de tierras y cultivo de las mismas a fin de vincular al judío al suelo en su calidad de futuro ciudadano del Estado nacional, limitar su movilidad e impedir la vuelta de los árabes como jornaleros. De ahí el predominio de las formas colectivas de asentamiento en las posesiones sionistas de Palestina.

En el ámbito *industrial,* la diversificación de la economía de Palestina, junto con las diferencias nacionales como condición de la creación del Estado nacional, fue acompañada sobre todo de la fundación de la central sindical sionista, la Histadrut. Como ésta sólo aceptaba a trabajadores judíos, cosa que Zvi Sussman califica de «discriminación institucional» [13], y los anteponía a los árabes, se ejerció una presión sobre los empresarios judíos, para que en lugar de los salarios más altos que estaban obligados a pagar, importasen más máquinas de las que hubiesen sido necesarias en caso de haber recurrido a la fuerza de trabajo árabe más barata [14]. La consecuencia fue que los obreros judíos pasaron a constituir la mano de obra cualificada y los árabes la no cualificada. Así pues, el mercado de trabajo se desarrolló de tal manera que el elemento social fue inseparable del nacional. Los conflictos nacionales provocaron conflictos sociales, y viceversa.

Fueron sobre todo las organizaciones obreras sionistas, los lla-

mados sionistas de izquierda, los que impulsaron esa nacionalización de la economía, que se contradecía abiertamente con su ideología socialista. Esa contradicción es subrayada por un destacado representante del sionismo obrero que recuerda cómo tras la primera guerra mundial, tuvo que explicar a los demás socialistas de los países de la Commonwealth el socialismo sionista: «Tuve que discutir con mis amigos sobre el socialismo judío (en Palestina), tuve que defender el hecho de que no se aceptase a ningún árabe en mi sindicato, la Histadrut; de que vigilásemos las plantaciones fruteras para evitar que los trabajadores árabes encontrasen trabajo; de que echásemos gasolina en los tomates árabes; de que atacásemos a las mujeres judías y destruyésemos los huevos árabes que habían comprado; de que saludásemos alborozados los fondos nacionales judíos que enviaba Hankin [un comprador de tierras sionistas] a Beirut para comprar la tierra de los terratenientes ausentes y expulsar de ella a los fellagas árabes; de que estuviese permitido comprar miles de *dunam* a los árabes, pero prohibido vender un solo *dunam* judío a un árabe... No era nada fácil explicar todo esto»[15].

Este proceso de colonización, que puede ser calificado también de ocupación, puesto que un grupo de la población sustituyó a otro con el fin de crear un Estado nacional, puede considerarse como concluido con la creación del Estado de Israel en 1948. Este pasado de desplazamiento y expulsión de los árabes palestinos sería de lamentar desde un punto de vista moral, aunque aceptable *post festum* como hecho históricamente consumado, siempre que los afectados hubieran sido indemnizados por los daños y perjuicios sufridos y con su aceptación hubiesen reconocido al menos las consecuencias de tamaña injusticia como un nuevo *statu quo*. Pues si los procesos históricos llegan a un fin o se interrumpen y no alcanzan al presente o no se continúan en el futuro, todo lo demás puede juzgarse desde la perspectiva del *statu quo*.

En el caso de Israel o de la ocupación sionista no puede hablarse, sin embargo, de semejante conclusión de la evolución histórica que condujo a la formación del Estado nacional judío. Israel no puede librarse del conflicto originario de su nacimiento, por las razones siguientes: Israel no se considera el Estado de sus ciudadanos, es decir, el Estado de los judíos y árabes que viven en él, sino el Estado judío, el Estado de los judíos, del pueblo judío, que en su inmensa mayoría no vive en el país. Los sionistas, incluso los más moderados, siempre persiguieron el objetivo «de establecer una colonización judía masiva con una tendencia inmanente a la ampliación», afirma el antiguo director científico del departamento de planificación económica de la Agencia Judía de

Palestina[16]. A ello se suma otro factor que hace obligatoria la ocupación de tierras en Israel: pese a la creación del Estado israelí, el Estado judío, con su minoría árabe de un 17 por 100, aproximadamente, carece de fronteras fijas, de un territorio definido, en una región que tiene un carácter marcadamente árabe. La minoría árabe de Israel forma parte de una mayoría regional que señala claramente el carácter minoritario de Israel como Estado judío en este entorno. Esto hace que dicha minoría sea cada vez más oprimida en Israel, opresión que se traduce directamente en discriminación, puesto que un Estado nacional como Israel no sólo acentúa su carácter judío como razón de ser en la conciencia de sus ciudadanos, sino que también debe garantizarlo con una política sionista práctica, es decir, con medidas legales y administrativas concretas.

Los privilegios constitucionales de los inmigrantes judíos y de la población judía como tal significan de por sí una discriminación de los ciudadanos árabes de Israel y suponen un rechazo estructural del principio de igualdad ante la ley de los ciudadanos, tal como se presupone en una democracia burguesa. El trato diferencial se introduce mediante la contraposición entre la declaración de independencia, en la que se garantiza[17] la igualdad de todos, cualquiera que sea su origen, religión y sexo[18] y la «Ley de Retorno», que ha adquirido el rango de constitución. Por eso ha sido calificada con razón como el Derecho sionista del Estado de Israel[19]. El postulado de la igualdad incluido en la declaración de independencia pasa a segundo término tras el contenido preferencial de la «Ley de Retorno», válida solamente para los judíos, y se reduce así jurídicamente a una declaración de intenciones políticas susceptible de ser impugnada[20]. Tampoco serviría de nada mejorar las condiciones de vida de la población árabe de Israel con respecto a su situación social originaria, ya que no podría resistir la comparación con la superior posición de los ciudadanos judíos o con los medios a ellos destinados. Al contrario: cuanto mejor sea la situación relativa de la población árabe, tanto más estará en condiciones de reconocer, por su educación y formación, la diferencia absoluta que la separa por principio de los judíos en el Estado sionista.

Pero no se trata sólo de esto. La lucha de ambas nacionalidades dentro del Estado de Israel y en toda Palestina prosigue también porque la mayoría dominante de los judíos en el entorno árabe, prescindiendo del postulado ideológico del «retorno» sionista y de los conflictos que de él se derivan, no puede dejar de temer que el aumento de la población árabe, en virtud de su tasa de natalidad más elevada, pase a convertirla biológicamente, de forma natural, en mayoría, en contra de lo que se ha propuesto o se pro-

pone políticamente, es decir, programáticamente, el sionismo frente a los árabes de Palestina. Esto sucede sobre todo en aquellas partes del Estado en las que los árabes de Israel viven en colonias aisladas y trabajan la tierra. En un informe en un principio secreto, el delegado del ministerio del Interior en el norte del país, Israel König, afirma que «el crecimiento natural de la población árabe de Israel asciende al 5,9 por ciento anual, mientras que el de la judía sólo llega al 1,5 por ciento. Este problema se plantea en términos muy preocupantes especialmente en la parte norte del país, donde vive una gran parte de la población árabe. En la segunda mitad de 1975, la población árabe ascendía a unas 250 000 personas, y la población judía a 289 000. Del estudio por distritos se desprende que en Galilea occidental la población árabe supone el 67 por ciento de la población total. En el distrito de Yisrael asciende al 48 por ciento de la población total... Si sigue la tasa de crecimiento, la proporción de los árabes supondrá en 1978 más del 51 por ciento de la población del distrito» [21]. El hecho de que la población árabe viva allí en colonias aisladas y constituya mayorías regionales representa una amenaza para el Estado judío porque los árabes poseen todavía la tierra, aunque esas zonas pertenecen formalmente al Estado de Israel. Ra'anan Weitz, director del departamento de colonización de la Organización Sionista Mundial, llama la atención sobre el hecho de que, por consiguiente, «existe un verdadero peligro de que Galilea no forme parte integrante del país» [22].

Para los planificadores no existe, pues, ninguna diferencia entre la Galilea israelí y las zonas ocupadas en 1967. Así, por ejemplo, cuando se inauguró una nueva colonia judía en Galilea central, llamada Zalmon, en las proximidades de la aldea árabe de Dir Jana, el comandante de las fuerzas armadas del sector norte subrayó la importancia de este asentamiento «al compararlo con una avanzadilla de primera línea» [23].

Sobre todo desde que se habla de la creación de un Estado palestino en la orilla occidental de la Jordania ocupada por Israel desde 1967, y en la franja de Gaza, existe en Israel el temor a que los árabes de Galilea, aunque oficialmente ciudadanos israelíes, puedan pedir su fusión con ese Estado palestino. Por otro lado, la plena equiparación de los árabes dentro de Israel supondría que a cada israelí, cualquiera que fuera su origen, se le garantizaría la participación ilimitada en la vida estatal. Pero semejante concepción del ciudadano israelí, en vez de la actual diferenciación entre judíos y no judíos, transformaría a Israel, de un Estado exclusivamente judío y sionista, en un Estado binacional. Israel no sería ya un Estado de los judíos, sino el Estado de sus ciudadanos, con todas las consecuencias para el orden estatal y jurídico,

que todavía hoy sigue privilegiando a los judíos, por ejemplo, con la mencionada «Ley de Retorno» y con otras medidas encubiertas, y discriminando de este modo a los árabes.

Para contrarrestar la posibilidad de que los árabes superen en número a los judíos en Galilea, con todas sus consecuencias políticas, las autoridades israelíes, junto con la ejecutiva de la organización sionista, Agencia Judía, se ven obligadas[24] a proseguir la ocupación de tierras para asegurar el Estado judío en el llamado núcleo de Israel. Con la confiscación de las «tierras árabes», esto es, de las tierras que son propiedad privada de los árabes, se pretende *sobre todo* dividir las zonas homogéneas de colonización árabe mediante la instalación de asentamientos judíos. Esta «judaización» de Galilea, como se llama en Israel a la ocupación interior de tierras, refuerza la conciencia de los árabes de Israel en el sentido de que no son ciudadanos del Estado, sino más bien forasteros en su propia tierra. La resistencia de la población árabe a estas confiscaciones llevó el 30 de marzo de 1976 a huelgas generalizadas y boicots que las autoridades israelíes reprimieron sangrientamente. La fecha, conocida desde entonces como el «Día del Suelo», marcó un hito para los árabes de Israel, que hasta ese momento reivindicaban el reconocimiento pleno como ciudadanos israelíes: desde entonces se conciben sobre todo como palestinos.

La continuación del conflicto en su forma originaria como ocupación de tierras se agudizó tras la guerra de junio de 1967. La conquista del resto de Palestina, es decir, la orilla occidental (Cisjordania), enfrentó al Estado de Israel con zonas donde las colonias árabes tenían un carácter homogéneo. Aunque los correspondientes gobiernos israelíes aseguraron públicamente que, en caso de una solución pacífica, devolverían las zonas y sólo las retendrían como garantía, se inició inmediatamente la ocupación de las tierras. Desde el punto de vista de la estrategia de asentamientos, la acción estuvo centrada en las zonas habitadas por los árabes a fin de aislar topográficamente a la población palestina de los Estados árabes. Ese muro de asentamientos judíos de tipo agrícola fue introducido y practicado masivamente hasta 1977 por el partido laborista en la cuenca del Jordán y en la zona de Gaza. Su sentido más profundo es impedir la creación de un Estado palestino independiente que podría convertirse en un Estado soberano si los distritos esencialmente árabes del eje norte-sur de la margen occidental, a lo largo de las ciudades de Yenin, Nablus, Jerusalén, Belén y Hebrón, no estuvieran rodeados de asentamientos judíos.

Si la política de asentamientos de los partidos laboristas sionistas de izquierda iba, por tanto, encaminada a impedir, mediante este aislamiento de los árabes, una soberanía palestina en la mar-

gen occidental y en la franja de Gaza y a dejar abierta todavía la vuelta de la administración jordana («Plan Allón»), el sionismo de derechas, representado por el gobierno de Beguin, parte de que las zonas ocupadas en 1967 al oeste del Jordán y en la franja de Gaza también pertenecen al pueblo judío por razones de legitimación bíblico-histórica y, por consiguiente, son inalienables. Esta pretensión sionista, que se remite a un derecho imaginario y divino sobre la tierra, tiene necesariamente que restar importancia a las razones concretas que llevaron a la inmigración masiva de judíos en Palestina, y especialmente a la persecución y al exterminio de las comunidades judías europeas por el nacionalsocialismo. De cara a la legitimación sionista o a la reivindicación ideológica de Palestina, estas personas no pueden ser consideradas como fugitivos que, junto con otros judíos, representan en Israel una nueva nacionalidad independiente. Para los sionistas carece de importancia, e incluso de sentido, basarse en el derecho a la existencia de una *nacionalidad judeo-israelí,* hebrea, que se ha constituido mientras tanto *en el país.* Los sionistas se remiten más bien al «derecho histórico» de un *pueblo judío,* políticamente indeterminable, *a la tierra,* a Erez Israel. Esta postura ideológica llega en sus consecuencias históricas hasta el extremo de aceptar una posible autodestrucción de los israelíes judíos en aras del principio sionista. Así lo ha expresado nada menos que Menájem Beguin. En una conferencia que pronunció en el *kibbutz* de Ein Hakhoresh respondió a una pregunta del público sobre el reconocimiento de la existencia del pueblo palestino: «Tenga cuidado, amigo mío: si usted reconoce a Palestina destruye su derecho a vivir en Ein Hakhoresh. Porque si está aquí Palestina y no Erez Israel, entonces usted es un conquistador y no un constructor del país. Es usted un intruso. Si está aquí Palestina, el país pertenece al pueblo que vivía aquí antes de que usted viniera. Solamente si está aquí Erez Israel, tiene usted derecho a vivir en Ein Hakhoresh y Degania. Si éste no es su país, el país de sus antepasados y el de sus hijos, ¿qué hace usted entonces aquí? Ha llegado a este país de otro pueblo, como ellos afirman. Les han expulsado y les han quitado su tierra» [25].

Los sionistas necesitan un «derecho histórico», ideológicamente fundamentado, del *pueblo judío* a la tierra. Una *nacionalidad judeo-israelí* que no se apoye en el sionismo sino simplemente en su existencia y rompa así con el sionismo, carece de todo derecho sobre la base de la legitimación sionista, como expuso ejemplarmente Beguin. Pero para los judíos-israelíes no sionistas, que prácticamente se convierten con estas premisas en antisionistas, resulta entonces superflua la cuestión de «con qué derecho se encuentran

los israelíes donde están. Sólo cuando se pretende continuar el proceso sionista hay que justificar su pasado»[26].

Dado que Israel necesita la ayuda de Occidente, sobre todo financiera, y que con la anexión abierta de la margen occidental como provincias israelíes de «Samaria» y «Judea», así como del «distrito de Gaza», chocarían con la resistencia occidental, que socavaría las bases de su existencia, se encontró otra fórmula para reivindicar la colonización como condición material de la soberanía judía: el «plan de autonomía» de los acuerdos de Camp David de 1978. Tal como la entienden los israelíes, la autonomía supone la continuación de la ocupación sionista de tierras, en la medida en que se debe privar a la población árabe del acceso al suelo. Las personas pueden ser «autónomas», es decir libres de la intervención israelí en su forma actual de régimen militar, pero no las comarcas en que viven. En sus tierras debe seguir siendo posible el asentamiento de judíos. Esto significa el derecho de disposición israelí sobre el suelo. La presencia del ejército israelí, sobre todo para la protección de los asentamientos, debe ser garantizada, lo mismo que el acceso a las reservas de agua en la margen occidental. La importancia del agua está íntimamente ligada a las correspondientes zonas de colonización. El acceso al agua pone límites al crecimiento de la población árabe, y mediante el permiso para utilizarla, concedido por las autoridades correspondientes, se fomenta la expansión de los asentamientos judíos. Además, la agricultura israelí en el núcleo central depende en una proporción considerable de las reservas de agua de la margen occidental.

Lo que queda de la interpretación israelí del concepto de autonomía es una especie de autonomía cultural y una limitación o supresión de la administración militar israelí, pero no la retirada de las tropas de la margen occidental y de la franja de Gaza. El resultado sería un *bantustán* palestino, un *homeland* árabe en el que el Estado israelí, sin necesidad de una anexión tal como la entiende el derecho internacional, no reconocería siquiera el derecho de la población a un trato igual. Esto se aplicaría sobre todo a las prestaciones sociales, al derecho de participación en los subsidios y otras formas de previsión. Semejante interpretación del «plan de autonomía» iría en contra de la intención de poner fin a la ocupación israelí: Israel se reservaría los territorios importantes para continuar la ocupación sionista de las tierras, pero abandonaría aquéllas hacia los que está obligado en virtud de la ocupación, tal como se define en el derecho internacional. La situación de los palestinos empeoraría aún más, comparada con la de los ciudadanos árabes que viven y son discriminados en Israel, y de este modo se legalizaría jurídicamente.

Pero también es objeto de controversia en Israel el concepto de autonomía entendido como concesión a Egipto. Esto puede ilustrarse con la espectacular «ley de Jerusalén», presentada en el verano de 1980 por el partido Tehiya (renacimiento), de ideología ultrasionista. La intención de su diputada Geula Cohen era romper las negociaciones de paz con Egipto, especialmente sobre la «autonomía» de los palestinos. En una paz árabe-israelí y en cualquier devolución de las zonas ocupadas, el Tehiya no sólo ve una amenaza a la seguridad y existencia de Israel sino también una traición ideológica al sionismo. Al presentar a modo de protesta en forma de ley de anexión israelí la cuestión de Jerusalén, que debía aplazarse y seguir siendo tabú en los acuerdos de Camp David y en las negociaciones egipcio-israelíes sobre la autonomía de los palestinos, debido a su explosividad, reconocida por ambas partes y por los Estados Unidos, esperaba alcanzar sus objetivos ulteriores, a saber, torpedear la iniciativa de paz planteada por Sadat y sus consecuencias. Para ello contaba, no sin razón, con el amplio consenso que era de esperar dada la ideología sionista de los partidos del gobierno y de casi todos los partidos de la oposición representados en la knesset, incluido el mayor grupo de la oposición, el partido laborista.

El consenso sionista fue perfectamente entendido por los diputados radicales de derechas: al plantear la cuestión ideológica fundamental del «derecho histórico» de los judíos al centro de Erez Israel, es decir Jerusalén, lugar político sagrado que representa el núcleo de la reivindicación «histórica», el bloque de la oposición sionista de izquierdas, con excepción de algunos diputados del MAPAM y del diputado Jossi Sarid, no fue capaz de hacer frente a este desafío ideológico de su razón de ser y votó en contra de una política más realista. Con ello, la diputada Geula Cohen ha puesto en marcha, por purismo ideológico, un mecanismo automático de cuya aplicación se habían abstenido hasta ahora otros responsables del Estado judío por consideración a los protectores occidentales de Israel. Del contenido material de la ley se deduce que su carácter provocador iba dirigido tanto contra el gobierno sionista de derechas de Beguin, del que se habían separado Geula Cohen y sus partidarios a consecuencia de los acuerdos de Camp David, tras formar parte del partido Herut (libertad) de Beguin, como contra Sadat y Occidente, a fin de inmunizar la conciencia aislacionista de Israel contra cualquier cesión territorial. Pues la intención de consolidar legalmente la anexión de todo Jerusalén como «capital eterna» del Estado de Israel mediante una petición formal era realmente superflua.

Tras la guerra de junio de 1967 y con la conquista de la parte oriental jordana y por tanto árabe de la ciudad se aprobó el 27

de junio en la Knesset una ley que presentaba la anexión de la parte árabe como una «reunificación» meramente administrativa de Jerusalén oriental y occidental[27]. El entonces ministro israelí de Asuntos Exteriores, Abba Eban, reaccionó ante la ONU, cuando se le reprochó la anexión, diciendo que las medidas legales que se le imputaban en relación con Jerusalén solamente eran decisiones «administrativas y municipales»[28]. Pero en realidad se trataba de una ley parlamentaria (de carácter nacional) y no de una decisión de la administración municipal de Jerusalén, que por entonces sólo podía representar oficialmente a la población judía. Que con esta ley promulgada el 27 de junio por la Knesset, se pretendía la anexión oficial es algo que se desprende también del hecho de que ya el 28 de junio el Derecho y la administración civil israelíes se hicieran extensivos a «todo» Jerusalén, incluidos la ciudad vieja, el aeropuerto de Kalandia, el barrio de Sheikh Jarrah y otras zonas. Para efectuar materialmente esta anexión formal se modificó también el carácter demográfico y urbano de la parte oriental anexionada mediante una amplia colonización de la ciudad.

Por eso Abba Eban presentó la ley de 27 de junio de 1967 como meramente «administrativa y municipal», a fin de reducir la esperada oposición internacional a los hechos consumados unilateralmente por parte de Israel. La diputada Cohen pretendía exactamente lo contrario con su petición, en el verano de 1980, de declarar en una ley con rango constitucional a Jerusalén «capital eterna» de Israel. De esta manera se superaban las trabas para otras anexiones oficiales, trabas que, si no cuentan con la aprobación occidental activa, sí cuentan con su consentimiento pasivo.

Los Estados occidentales, cuyas embajadas se encuentran en la parte occidental, esto es judía, de Jerusalén y que con ello reconocían la pertenencia de la parte occidental al Estado de Israel, retiraron su personal a la llanura costera, especialmente a Tel Aviv, después de que se declarase públicamente israelí todo Jerusalén. De esta manera, gracias a la iniciativa de Geula Cohen, la Knesset y el gobierno de Beguin han conseguido que hoy día no sólo se vuelva a plantear la cuestión del carácter jurídico de la ciudad oriental conquistada en 1967, sino también la situación de la parte occidental como parte integrante del Estado israelí.

Originariamente, según el plan de partición de la ONU de 1947, Jerusalén no debía pertenecer ni a la parte judía de Palestina ni a la parte árabe. Jerusalén debía ser internacionalizado en su conjunto y considerado jurídicamente como *corpus separatum*. Sin embargo, en conversaciones secretas, los dirigentes sionistas y posteriormente el gobierno israelí y el emir de Transjordania y posterior rey de Jordania, Abdullah, se pusieron de acuerdo en repartirse la ciudad, lo mismo que el resto

de Palestina. Por eso, durante la primera fase de la guerra palestina de 1948/49, Israel introdujo *de motu propio* medidas para hacer fracasar la posible internacionalización de la parte judía, al oeste de la ciudad. El 20 de diciembre de 1948 fueron trasladados a Jerusalén diversos organismos gubernamentales. El 11 de diciembre de 1949, tras nuevas medidas en su política de hechos consumados, se decidió declarar a Jerusalén sede del gobierno. Para el reconocimiento exterior de esta decisión era problemático el traslado del ministerio de Asuntos Exteriores de Tel Aviv a Jerusalén el 12 de julio de 1953, debido a que el ministro responsable, Moshe Sharett, temía un boicot a su ministerio por parte de los embajadores. Los Estados Unidos aplicaron efectivamente tal boicot entre 1953 y 1955. El hecho de que hasta la «ley de Jerusalén» de Geula Cohen, de 1980, se olvidase el carácter jurídico de todo Jerusalén como *corpus separatum,* internacionalmente reconocido en su origen mediante el establecimiento de las embajadas occidentales en la parte judía, se debió a la política seguida por los partidos del sionismo laborista hasta 1977: crear situaciones de hecho sin darles publicidad mediante su declaración oficial y evitar así una oposición internacional que pudiera perjudicar a Israel. Geula Cohen parecía poner fin a esta práctica.

II. SOBRE LA ECONOMIA DE LA OCUPACION DE TIERRAS

El proceso de formación del Estado nacional judío se llevó a cabo sobre todo con medios económicos hasta los combates de 1947/48, que conducirían a la fundación del Estado de Israel. El primer plano lo ocupó la compra de tierras por terratenientes locales, adquisición que exigió un considerable esfuerzo financiero de la Agencia Judía. Como no era posible una conquista militar dada la correlación de fuerzas existente, la expansión de la empresa colonizadora dependía «del montante de los fondos disponibles» [29]. Estos medios, conseguidos en su mayor parte a través de donaciones, no podían utilizarse, debido a la necesidad de adquirir tierras, con vistas a una rentabilidad económica. El suelo no se adquirió principalmente para sacarle provecho, sino para disponer de él más tarde como territorio estatal. Esta intención política impedía aplicar el principio de rentabilidad y beneficio, si no se quería permitir la rearabización del suelo a través del trabajo asalariado y con ello poner en peligro la meta sionista de crear un Estado. El destacado planificador de la colonización Arthur Ruppin aclaró en un congreso sionista que «las empresas más rentables para el comerciante de Palestina... suelen ser las menos rentables para nuestra misión nacional; y, viceversa, muchas empresas no rentables co-

mercialmente son de un máximo valor nacional»[30]. Así pues, esta política se dirigía sobre todo contra el «propietario privado [judío] de tierras al que lo único que le importaba era la rentabilidad de la empresa y quien no solía emplear a trabajadores judíos sino a no judíos, debido a su baratura[31].

Como ya se ha mencionado, las instituciones sionistas de Palestina impusieron una economía dividida por grupos étnicos. En el ámbito no colectivo fue posible privilegiar al grupo propio mediante prestaciones especiales a los trabajadores judíos. Estas prestaciones especiales resultaban necesarias porque los salarios árabes eran demasiado bajos para garantizar las necesitades vitales de los inmigrantes judíos. Los obreros árabes tenían asegurada la supervivencia gracias a las comunidades de aldea, todavía intactas. El trabajo asalariado de la ciudad representaba por tanto para ellos una ganancia adicional. Las instituciones sionistas aportaron medios «para complementar los salarios de los trabajadores judíos allí donde, por razones de competencia, se ven obligados a aceptar salarios por debajo del mínimo vital»[32]. De este modo los salarios de los «obreros judíos... podían ser desde un principio mucho más altos que los de los árabes, incluso cuando se trataba del mismo trabajo»[33]. Con salarios iguales, los obreros judíos no podrían haber satisfecho sus necesidades vitales en la Palestina bajo mandato y se hubieran visto obligados a emigrar de nuevo.

Este aumento ficticio de los costes de reproducción de la comunidad judía *(jishuv)*, en comparación con los de la comunidad árabe de Palestina, tenía que ser importado a título de donación de capital y la importación de capital a título de donación ha constituido hasta hoy un rasgo específico de la economía israelí. Todos los esfuerzos posteriores de los gobiernos israelíes en materia de política económica han tendido a reducir la constante dependencia del país respecto del exterior y los consiguientes achaques y deformaciones internos de la economía. Generalizando, se puede defender la tesis de que la estructura sionista de Israel, es decir el marco institucional y económico que permite la inmigración judía, evita la emigración, crea puestos de trabajo para los judíos y coloniza la tierra con judíos, se mantendrá con la afluencia de capital extranjero en forma de donativos financieros. Esto impide utilizar los fondos de acuerdo con una racionalidad capitalista orientada al beneficio. No se trata de inversiones, sino de medios necesarios para la creación del Estado nacional. Lo mismo puede decirse de los gastos militares. Pues si se juzga el conflicto de Oriente Próximo sobre todo como consecuencia y ampliación de la lucha por Palestina, resulta que los gastos de armamento han de imputarse al capítulo de los costos relacionados con el mantenimiento de la estructura sionista del Estado de Israel.

La necesidad de estas donaciones de capital fue también una de las razones de la orientación prooccidental de Israel poco después de la fundación del Estado. En la guerra de 1948-49, Israel luchó todavía con ayuda soviética. Hasta 1950, la dirección del Estado se esforzó por adoptar una postura de «no alienamiento» en la agudizada «guerra fría» entre el Este y el Oeste. Pero el hecho de que Israel dependiera para su existencia de las donaciones de capital hacía inevitable la orientación prooccidental del país sobre la base de los principios sionistas. El antiguo gobernador del Banco Central Israelí, David Horowitz, describía la situación de la economía israelí, conducente a una nueva aproximación a Occidente, de la siguiente manera: «Nos encontrábamos en una situación económica desesperada. Nos hallábamos a las puertas de una posible bancarrota. Las reservas de divisas se habían agotado prácticamente. Todo barco era importante, pues las reservas de pan del país (1950-51) apenas alcanzaban para una semana»[34]. El antiguo director del ministerio de Asuntos Exteriores, Chaim Yahiel, aclaró que «el paso del no alineamiento al alineamiento con los Estados Unidos en 1950 estuvo determinado primordialmente por el temor a que se limitasen seriamente las ayudas, y especialmente las del gobierno americano y las de los judíos americanos, a los que no les gustaba el neutralismo»[35].

Las donaciones de capital podían resultar, sin embargo, un arma de dos filos: sin duda contribuyeron a introducir y mantener una estructura sionista; pero al mismo tiempo la dependencia de Occidente y especialmente de los Estados Unidos era tan completa que los americanos pudieron obligar a Israel en 1956-57, bajo la amenaza de rescindir su ayuda, a desalojar la península de Sinaí ocupada por el Estado judío y anexionada según palabras de Ben Gurion durante la agresión de Inglaterra, Francia e Israel contra Egipto en Suez y el Sinaí. La dependencia financiera de Occidente puede obligar, por tanto, a Israel a renunciar a otros objetivos sionistas.

Los medios de que Israel disponía o dispone eran enormes en relación con la productividad del país. Desde 1950 hasta 1973 Israel recibió de los Estados Unidos 18 000 millones de dólares bajo distintas formas. En 1978 la cuarta parte de toda la ayuda exterior americana fue para Israel. Desde 1951 a 1977, Israel recibió de las comunidades judías del mundo 4 300 millones de dólares. Hasta 1978, el déficit de la balanza de pagos del Estado judío ascendía a 12 500 millones de dólares y figuraba como el mayor del mundo per cápita[36].

El volumen de las donaciones de capital determina también el ritmo de la economía israelí. Cuando a mediados de la década de 1960 se acercaban a su fin los pagos de la RFA a Israel[37], el go-

bierno intentó introducir una política económica más orientada a la rentabilidad y la productividad. El descenso de la inmigración, estímulo de la coyuntura israelí a través del motor económico global de la construcción de viviendas, indujo al gobierno a frenar la economía mediante medidas deflacionarias. Con estas medidas se desencadenó, sin embargo, una recesión. Además, el intento de buscar una rentabilidad con vistas a la exportación tuvo consecuencias políticas que forzosamente chocaron con la idea sionista del Estado. Sobre todo la emigración de obreros cualificados a Occidente tomó proporciones amenazadoras. En el tercer trimestre de 1966, el paro afectaba al 9 por ciento de la población activa; once mil universitarios abandonaron el país [38].

En 1967, año de la guerra de junio, todavía no se veía el fin de la crisis económica. El antiguo ministro de Comercio e Industria, Pinhas Sapir, advertía en enero de 1967 «que la recesión puede durar todavía dos años o más» [39]. Las especulaciones sobre si fueron la recesión y el paro los que llevaron al gobierno a la decisión de desencadenar la guerra son difíciles de confirmar en la práctica. Pero es indudable que la situación económica facilitó notablemente la decisión de llamar a los reservistas. Así pues, para la relación entre el desencadenamiento de la guerra y la situación económica es indudable que la recesión de mediados de la década de 1960 y el paro consiguiente favorecieron considerablemente el estallido de la guerra. Lo contrario ocurrió, por ejemplo, antes de la guerra de octubre de 1973. Entonces Israel atravesaba por una coyuntura de *boom* económico, de suerte que la nueva movilización que debería haberse efectuado en tales circunstancias chocó con las condiciones económicas porque los trabajadores tenían que abandonar la producción. Además hay que tener en cuenta que la movilización general significa siempre en Israel una decisión previa al desencadenamiento del conflicto militar [40], puesto que los daños provocados por semejante movilización producen ya gastos similares a los de los conflictos militares.

Tras la guerra de junio de 1967, el mercado interior israelí se amplió con más de un millón de consumidores árabes. Bajo la presidencia de Leví Eshkol, el gobierno sionista de izquierdas llevó a cabo una política de privatización de las empresas estatales. La afluencia de capitales y la reforzada inmigración del extranjero estimularon enormemente la economía. Pero el capital invertido tenía sobre todo carácter especulativo. El sector de la construcción, dominado por encargos militares improductivos de fortificaciones como, por ejemplo, la línea Bar-Lev en el canal de Suez, sirvió de plataforma de lanzamiento a una capa de capitalistas que hasta entonces eran desconocidos en el país. El *boom* de la construcción fue acompañado de una demanda de mano de obra que se satisfizo

principalmente gracias a los trabajadores árabes peor pagados de las zonas ocupadas. Hoy en día, los trabajadores del sector de la construcción y de la agricultura (circunstancia esta última que constituye un sacrilegio para los sionistas) son casi exclusivamente árabes. Actualmente la economía israelí depende de los trabajadores árabes hasta el punto de que, especialmente en las llamadas ramas estructurales israelíes, apenas se vislumbra una salida.

La privatización de las empresas estatales o de la participación estatal y pública en las fábricas y empresas no produjo consecuencias políticas hasta diez años después, en mayo de 1977. En esas fechas el partido laborista fue sustituido por el bloque sionista-burgués, el Likud. Aunque Menájem Beguin presidía el Likud, no debió su victoria a sus ideas sionistas extremistas. El voto estuvo dirigido más bien a la sustitución de los partidos laboristas que a la elección de Beguin. La campaña electoral del Likud, dirigida por Ezer Waizman, había atacado principalmente la decadencia de la economía y la administración. Las cuestiones de «política exterior» habían sido secundarias. La mayoría de los votos que perdió el bloque laborista fueron a parar al nuevo partido de Yigal Yadin, el DASH (Movimiento Democrático para el Cambio). Por lo tanto, Beguin accedió al poder más por la ruina económica e institucional interna, ruina que cristalizó en escándalos de corrupción y nepotismo, y gracias a la nueva formación política del DASH, que por su programa del Gran Israel.

El bloque sionista burgués intenta desde entonces, sobre todo desde diciembre de 1979, abandonar progresivamente la economía política de la ocupación de tierras o la creación del Estado nacional en aras de la competitividad de la economía israelí en el mercado mundial, naturalmente sin renunciar a la ocupación de tierras. En contraste con la política de los partidos laboristas, los fondos destinados a la ocupación de tierras no se guarda en secreto, sobre todo en los servicios económicos del Estado, sino que se habla de ellos abiertamente. El ahorro debe basarse sobre todo en la supresión de las subvenciones a los alimentos básicos y a la agricultura, hasta ahora privilegiada [41]. Mediante una política de dinero escaso debe conseguirse que cierren las fábricas menos competitivas; mediante despidos en la Administración deben reducirse los gastos del Estado. La consecuencia es el cierre de empresas, sobre todo en aquellas regiones que se desarrollaron en el centro de Israel para asegurar el asentamiento de los nuevos inmigrantes y por tanto no tenían por qué ser productivas en un principio. La contradicción de estas medidas radica en que el gobierno pretende por un lado sustituir el modelo parcialmente dirigista del sionismo laborista por una tendencia muy fuerte hacia el capitalismo competitivo, sin reconocer por otro lado la motivación

sionista que constituye la base de esa política. Pues, sin una garantía del puesto de trabajo, sin una renuncia a los beneficios a largo plazo por parte de las empresas establecidas en las llamadas regiones de desarrollo y unos servicios sociales relativamente altos no podía mantenerse una economía correspondiente al nivel de vida europeo. La recesión de 1965-67 y la consiguiente emigración pusieron ya en entredicho el sistema político-económico de la creación del Estado nacional para un Israel sionista, un país de inmigración ideológica.

La «nueva política económica» del gobierno parte de una inflación superior al 100 por ciento anual y de una redistribución revolucionaria de la riqueza social cuyos beneficiarios son los propietarios del capital destinado a la inversión. Esto lleva a que los ricos sean cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. Las ramas exportadoras, esto es, los sectores de la economía que debido a su productividad pueden competir en el mercado mundial, seguirán siendo preferidas, por lo que respecta a los créditos, a los sectores que sólo pueden sobrevivir económicamente con la subvención y la intervención del Estado. En pocas palabras: esto significa que ahora se ven sensiblemente afectadas las empresas que existen a base de subvenciones y cuya función es la ocupación de tierras, sobre todo en la agricultura.

Esto no significa, sin embargo, que el campo burgués sionista esté dispuesto a renunciar a la ocupación expansiva de tierras, devoradora de medios. El gobierno seguirá destinando fondos a la ocupación de tierras, especialmente en las zonas ocupadas, e incluso los aumentará. Estos fondos no se encubrirán en el futuro con otras partidas, socialmente más atractivas, del presupuesto nacional, sino que se mostrarán con mayor claridad que antes. La orientación sionista de la política de Israel no se diferenciará de la línea anterior por la nueva política económica burguesa. La novedad reside tanto en los privilegios económicos de las esferas productivas como en la financiación abierta de los proyectos políticos de ocupación de tierras, tales como los nuevos asentamientos, la necesaria infraestructura para ellos, etc. En relación con la intención sionista, apenas se vislumbra cambio alguno, puesto que el «compromiso sionista del gobierno del Likud es todavía más fuerte que su creencia en un empresariado libre»[42]. Pero, en términos generales, se pone más de manifiesto la costosa «misión sionista»[43] de Israel. El gobierno corre así dos riesgos: a la larga no puede escapársele a la población que tendrá que renunciar a su nivel de vida material si se mantiene la rigurosa política de austeridad, pero al mismo tiempo el Estado sigue poniendo los medios para alcanzar las metas sionistas, y especialmente para llevar a cabo la política de asentamientos; por otro lado, Israel

se expone cada vez más a la presión extranjera, sobre todo occidental, porque la política de asentamientos es contraria a una paz amplia y por tanto también se ven amenazados los intereses occidentales en el Oriente Próximo. El apoyo incondicional a la política israelí por Occidente tiene hoy día unos límites, puesto que ha cambiado la relación entre Occidente y los Estados árabes. El conflicto tradicional entre Occidente y los árabes era en última instancia la razón decisiva del apoyo a Israel por parte del mundo occidental [44].

III. DEL CONFLICTO DE PALESTINA AL CONFLICTO DEL ORIENTE PRÓXIMO

El conflicto de Palestina es el meollo, aunque no siempre el motivo inmediato, de las hostilidades y la guerra entre Israel y los Estados árabes. En el conflicto general árabe-israelí se trata de una prolongación regional del conflicto local de Palestina. Esto no significa que todo el conjunto del conflicto árabe-israelí, en forma de tensiones y guerras interestatales, no haya sido y sea *también* expresión de conflictos y rivalidades entre países árabes. La competencia entre los países árabes, sobre todo por el papel dirigente en los movimientos de unificación árabe en los momentos de su fase culminante en las décadas de 1950 y 1960, y las tensiones entre regímenes árabes derivadas de las diferentes concepciones sociales y alianzas extrarregionales con superpotencias pueden ser fácilmente distinguidas de la postura correspondiente ante la cuestión palestina y vinculadas a la legitimación árabe en general. En este sentido, la cuestión de Palestina, o sea el apoyo de los Estados árabes a los palestinos no ha perdido jamás del todo su carácter originariamente táctico. Los distintos cambios de frente a lo largo de más de 30 años revelan esta relación instrumental.

La función de Israel para los regímenes árabes no anula, empero, el potencial conflictivo que encierra realmente la cuestión de Palestina. Existiría aunque no la instrumentalizasen los regímenes árabes.

La creación del Estado nacional judío tenía necesariamente que ir unida a la paulatina expulsión de los árabes palestinos. Esto lo tenía bien claro la población árabe palestina desde los comienzos de la colonización sionista [45]. Su resistencia a los proyectos sionistas se materializó en un principio en congresos, resoluciones y acciones de protesta, y más tarde en la violencia armada. De 1936 a 1939, la oposición árabe a la ocupación sionista de tierras y al protectorado británico que la permitía se plasmó en una lucha armada que fue sangrientamente reprimida [46]. Los árabes pales-

tinos no pudieron recuperarse de esta derrota militar hasta la fase de la creación del Estado judío. La desmoralización causada por la derrota que les infligieron sobre todo las tropas coloniales británicas se tradujo políticamente en los años 1947-49 en el hecho de que las agrupaciones sionistas de combate y el posterior ejército israelí se enfrentaron casi exclusivamente a tropas de los Estados árabes durante el conflicto armado acaecido antes de la fundación del Estado. Los desorganizados palestinos, por el contrario, apenas representaban entonces un adversario digno de ser tomado en serio.

En lo esencial, la reacción de los palestinos fue la pasividad, que halló su expresión en el movimiento de huida de notables y representantes de la burguesía comercial. Este movimiento de huida, iniciado ya en 1947, no puede compararse con la expulsión masiva de los palestinos llevada a cabo por los israelíes durante los combates de 1948.

En relación con la creación del Estado nacional sionista, la discusión de la huida o expulsión de los palestinos carece de importancia. Lo decisivo es más bien el hecho innegable de que Israel no estaba en absoluto dispuesto a readmitir a los refugiados, a fin de poder crear de esta manera un Estado nacional judío relativamente homogéneo en Palestina. Si la población árabe de Palestina se hubiese quedado en su mayoría dentro del país, no se habría podido imponer esa creación del Estado. Por esta razón, el primer presidente del Estado de Israel, Chaim Weitzmann, calificó la huida o expulsión de los árabes palestinos de «maravillosa facilidad para los objetivos de Israel»[47]. Por consiguiente, todos los gobiernos israelíes han rechazado categóricamente la vuelta de los refugiados en interés de un Estado nacional judío homogéneo.

Pero no sólo el rechazo de la vuelta parece algo intencionado. También está documentado que se efectuaron expulsiones premeditadas y planificadas en masa. El historiador israelí y biógrafo oficial de Ben Gurion, Michael Bar-Zohar ha descubierto, por ejemplo, que la población árabe de las ciudades de Lidda y Ramla no huyó ante la conquista israelí de estos lugares. Durante una sesión que se ocupó de la cuestión de cómo se debía proceder con aquellos habitantes, Ben Gurion, que estaba presente, se reservó su opinión. Fuera, después de la sesión, a la pregunta de Yigal Allon en el sentido de qué iba a suceder con aquellos árabes, Ben Gurion dijo que se les debía expulsar[48]. Lo mismo se puede decir de Nazaret. La población tampoco había abandonado sus casas después de la conquista de la ciudad por las tropas israelíes. Mordehai Makleff, ayudante del comandante Moshe Carmel, comunicó al biógrafo que, a su llegada a Nazaret, Ben Gurion se indignó a la

vista de tanto árabe y exclamó: «¿Por qué tantos árabes? ¿Por qué no los habéis expulsado?» [49].

La cuestión de los refugiados se convirtió en el conflicto central entre Israel y los árabes. En los campamentos y viviendas provisionales establecidos en las líneas del armisticio de 1948-49, los palestinos manifestaban su voluntad de volver. Esta voluntad no era solamente expresión de una obstinada afirmación nacional, tal como corresponde a la conciencia palestina y a la interpretación general. La obstinación nacional que se manifestaba en la reivindicación del retorno habría desaparecido pronto si la cuestión de los refugiados hubiera sido solamente una cuestión *nacional* y no también, y sobre todo, una cuestión *social*, un problema social que otros Estados árabes no podían solucionar debido a las relaciones sociales existentes en ellos, y, a decir verdad, tampoco podían solucionar aunque tuviesen la voluntad y la disposición política y subjetiva de hacerlo.

Al enjuiciar la controvertida cuestión de los refugiados hay que tener en cuenta que en la inmensa mayoría de los casos los refugiados árabes de Palestina de 1948 eran campesinos que con la conquista y ocupación sionista habían perdido sus tierras y, con ellas, la base de su existencia. La estructura social de las zonas árabes que rodean a Israel apenas se diferencian del entorno social del que procedían estas personas. Un estudio basado en datos de la década de 1960 pone de manifiesto que «la estructura ocupacional de los refugiados presentaba una gran analogía con la estructura ocupacional de la población de las zonas que los acogían, pues la estructura de la población allí asentada también se caracterizaba por una elevada proporción de personas dedicadas a la agricultura... Esto se observaba sobre todo en la agricultura, que no estaba en condiciones de acoger al gran número de agricultores existentes entre los refugiados, puesto que ya existía un excedente de esta mano de obra y sólo se disponía de tierra cultivable en proporciones limitadas» [50]. La integración de los refugiados como campesinos habría requerido al menos una redistribución del suelo en los países árabes vecinos de Israel. Las pocas tierras cultivables estaban ya repartidas, y el suelo es un medio de producción que no se puede incrementar a voluntad. La estructura social existente tampoco habría podido absorber a los refugiados aunque se hubieran hecho esfuerzos subjetivos por absorberlos. Tan sólo una profunda revolución social habría podido compensar el «equilibrio de población» [51] roto por la corriente de refugiados palestinos en relación con las condiciones de reproducción social. Pero a ello se oponían las estructuras políticas de los países árabes. Además, hay que tener en cuenta que la integración social de los refugiados en la agricultura, es decir en

el ámbito vital al que estaban acostumbrados, tenía que verse dificultada tan pronto como esos países modernizasen su agricultura. Una agricultura basada en el cultivo intensivo, como la que se introdujo en Oriente Próximo a través de la reforma agraria y la mecanización en sentido progresista, disminuía las ya escasas oportunidades de integración de los refugiados. Es cierto que la reforma agraria condujo a una nivelación de los ingresos agrícolas, pero pasó por alto totalmente los intereses de los refugiados, puesto que la «mecanización de la agricultura, acelerada cada vez más tras la reforma agraria, liberaba continuamente mano de obra agrícola» [52]. A otro reparto del suelo se oponía, por un lado, la escasa productividad, resultado de una división en parcelas todavía más pequeñas. Por otro lado, es difícil imaginar que los propietarios tradicionales de las tierras en unos regímenes conservadores hubieran renunciado por voluntad propia a la base económica de su poder. Lo que quedó de la estrategia integradora fue una oferta de puestos de trabajo en la industria. Semejante perspectiva de integración de los refugiados palestinos excedía, sin embargo, totalmente de las posibilidades que tenía entonces la región. Habría requerido una transformación revolucionaria cuyas proporciones habrían rebasado con mucho las de la cuestión global de Palestina.

El estudio, cuyas conclusiones son todavía válidas, analizaba detalladamente todas las opciones, incluidos los «presupuestos económicos globales» en el sentido de un proceso regional de formación de capital [53], hecho posible por los elevados ingresos del petróleo durante los últimos años. Pero hay que tener en cuenta que, según los cálculos que se hicieron en 1959, el «gasto de capital necesario para la creación de un puesto de trabajo ascendía a 13 000 DM», es decir que se necesitarían 6 500 millones de DM para la incorporación de los refugiados palestinos [54]. Pero esta base de cálculo no tenía en cuenta las implicaciones infraestructurales y políticas de la consiguiente industrialización, proceso en el que debería incluirse a la población no palestina de esas zonas. Gordon Clapp, presidente de la comisión de observación económica de la ONU para el Oriente Medio, advirtió por tanto, en un informe relativo a las posibilidades de integración de los refugiados: «La región, los pueblos y los gobiernos no están preparados para un amplio desarrollo del sistema fluvial regional o de las grandes zonas no cultivadas. Insistir en ello sería una locura y una frustración y, por lo tanto, supondría aplazar a un futuro todavía más lejano la cuestión transcendental del crecimiento económico» [55].

La consecuencia fue que «los costos políticos y económicos de la pérdida de tierras se transfirieron ahora por medios militares a los Estados árabes y a la ONU» [56]. Fue, pues, sobre todo la dimen-

sión social de la cuestión de los refugiados la que mantuvo la miseria en los campamentos y la que agudizó la cuestión nacional a lo largo de los años. Entre las filas de los refugiados palestinos que en un principio querían sencillamente volver a sus campos y a sus casas, surgió paulatinamente un movimiento nacional cuya meta consiste hoy en la creación de un Estado nacional palestino. El paso del elemento social al nacional se refleja en los combates librados desde 1949 a lo largo de la sangrienta línea de armisticio del Estado de Israel, políticamente consolidado. Para imponerse como Estado nacional judío en Palestina, Israel tenía que marcar a fuego su frontera dentro de la anterior estructura social de toda Palestina. Así pues, los árabes volvieron a encontrarse en sus aldeas del lado jordano de la línea de demarcación, mientras que su base vital, sus campos y bosques quedaron del lado israelí. Más de 100 aldeas han perdido así su «base de subsistencia» [57]. «Esto hizo que muchos árabes de las aldeas de la margen occidental se hallaran en una situación económica peor que la de los refugiados, los cuales recibían ayuda de la ONU» [58]. ¿Qué cosa más natural, en esas condiciones, que los palestinos afectados intentasen pasar al lado israelí de la nueva frontera a fin de recuperar por la noche sus pertenencias abandonadas, recoger la fruta o incluso labrar sus campos? Diariamente la prensa informaba de los intentos de los aldeanos árabes por volver a sus campos, «de los que habían sido separados por la línea de armisticio y que ahora estaban en sazón». Al ser rechazados, empezaron los combates habituales, con muertos por ambas partes [59]. Nada menos que Dayan, como jefe del Estado Mayor en 1956, expuso este aspecto de la ocupación de tierras a costa de los palestinos en un discurso fúnebre pronunciado con motivo de la muerte de un miembro de un *kibbutz* de las proximidades de Gaza: «No condenemos hoy a los asesinos. ¿Qué sabemos nosotros del implacable odio que nos tienen? Desde hace ocho años tienen que vivir en los campamentos de refugiados de la franja de Gaza, mientras que nosotros, ante sus mismos ojos, hacemos nuestra la tierra donde vivieron ellos y sus antepasados... Hagamos hoy borrón y cuenta nueva. Somos una generación de colonos que no puede plantar un árbol ni construir una casa sin casco y sin fusil» [60].

La violencia reinante en las líneas de armisticio trazadas en torno a Israel hacía inevitable que la violencia armada del Estado sionista, aplicada como «represalia» por la transgresión de la frontera, se contagiara a los Estados árabes, sobre todo teniendo en cuenta que la «represalia» militar de Israel se desarrollaba en su territorio. Para no tener que reconocer a los palestinos, Israel partía del principio de que de cada acción violenta que se ejerciese desde territorio árabe eran responsables los Estados árabes. De

este modo, los «actos de represalia» israelíes cada vez se dirigieron más contra Jordania y Egipto. El resultado fue que estos Estados se vieron inmersos en la década de 1950 en el conflicto de Palestina más de lo que ellos habrían querido. El conflicto de Palestina se transformó, por tanto, en el conflicto de Oriente Próximo o árabe-israelí.

Los Estados árabes, y sobre todo Jordania y Egipto, que controlaban las partes del antiguo protectorado de Palestina que no había conquistado Israel en 1948-49, se dieron cuenta del peligro. Por eso intentaron no dejarse arrastrar por los refugiados palestinos a un conflicto armado con Israel, militarmente superior. Jordania, por ejemplo, se esforzó por perseguir los ataques de los «infiltrados» palestinos y por colaborar con las autoridades israelíes [61]. El observador de la ONU responsable de ese sector, Hutchinson, informa que las cárceles de «Nablus, Hebrón y Ammán estaban llenas de presos, muchos de los cuales sólo habían sido encarcelados por ser sospechosos de infiltración» [62].

Hasta la primera mitad de 1955, Egipto tomó también medidas para retener a los palestinos detrás de la frontera. Para ello se emplearon, no pocas veces, métodos brutales. Frente a las publicaciones oficiales israelíes y a la imagen supuestamente cierta de que Egipto animó y organizó a los palestinos en esa fase decisiva del conflicto, están las investigaciones del arabista israelí y destacado periodista de televisión Ehud Ya'ari. Sobre la base de los documentos egipcios y jordanos capturados en 1956 y 1967, afirma que las autoridades egipcias hicieron todo lo posible hasta mediados de 1955 o hasta el ataque israelí a Gaza el 28 de febrero de 1955 para impedir que los palestinos cruzaran la frontera y entrasen en Israel [63]. Se tomaron medidas represivas que excedieron incluso a las represalias israelíes, como, por ejemplo, la orden de abrir fuego contra cualquier «infiltrado» que se mostrase a la vista, el encarcelamiento preventivo de sospechosos y su concentración en campos especiales de prisioneros, así como el reasentamiento de sospechosos o de personas sospechosas de colaborar con los «infiltrados» y su traslado lejos de la línea de armisticio [64].

Por tanto, la guerra de Palestina se prosiguió como una pequeña guerra fronteriza. Sin embargo, en esta guerra fronteriza estuvo siempre en germen su extensión a un conflicto armado más amplio. Las tensiones existentes en la frontera sólo necesitaban vincularse a otros conflictos regionales o globales para culminar en una gran guerra de Oriente Próximo.

En octubre-noviembre de 1956, la sangrienta guerra fronteriza llevó a la agresión de Inglaterra, Francia e Israel contra Egipto. El hecho de que pudiera llegarse a esta situación presuponía, sin

embargo, la existencia de ese elemento global de conflicto, que se sumó a la guerra fronteriza árabe-israelí: la intención de Francia e Inglaterra de asestar así un golpe mortal al nacionalismo árabe con el derrocamiento de Nasser. Con ello, Inglaterra creía poder anular la nacionalización del canal de Suez declarada por Nasser cuatro meses antes y volver a constituirse así en potencia hegemónica «al este de Suez». Francia esperaba poder sofocar la guerra de liberación argelina con la caída de Nasser. Semejantes ideas sólo podían nacer de las fantasías coloniales acerca de una confabulación; pues ni Nasser era la causa del movimiento antiimperialista existente en la región de Asia anterior, aunque fuese su símbolo, ni la resistencia argelina se iniciaba y desarrollaba en El Cairo, aunque el gobierno argelino en el exilio residiese allí.

La guerra de junio de 1967 se desencadenó también en la frontera y por tanto debido al conflicto de Palestina. Los ataques armados de los comandos de al-Fatah, realizados desde territorio sirio y jordano, indujeron a Israel a llevar a cabo amplias «acciones de represalia». El ataque a la población jordana de Samua, situada en la margen occidental, en noviembre de 1966, puede considerarse como el preludio de la guerra de junio, acaecida poco después. El empleo masivo de armamento por Israel provocó disturbios en la margen occidental palestina. La polémica interna árabe, sobre todo entre Egipto y Jordania, contribuyó a la crisis de mayo de 1967, cuando se acusó a Nasser de ocultarse tras las tropas de paz de la ONU estacionadas en el Sinaí [65].

En la frontera siria fueron también las acciones armadas de los palestinos las que llevaron a la agudización del conflicto entre Israel y Siria, arrastrado desde 1949, por el control de las llamadas zonas desmilitarizadas, que por lo demás no habían dejado de provocar tensiones entre ambos países. Para los palestinos, estos conflictos y los relativos a la desviación del agua del Jordán representaban la oportunidad de volver a poner en juego su causa como parte del conflicto árabe-israelí. Los combates fronterizos se redoblaron después de que Israel amenazase con un ultimátum a Siria [66]. Antes, en el mes de abril, habían sido destruidos un gran número de aviones sirios en un combate aéreo sobre Damasco. De aquí a la guerra árabe-israelí de junio de 1967 no había más que un pequeño paso.

De esta guerra, que llevó a la destrucción de los ejércitos árabes, salieron vencedores, paradójicamente, los palestinos, si no militar al menos políticamente. Con la conquista del resto de Palestina el mundo volvió a tomar conciencia de la vieja cuestión palestina, encubierta por el concepto generalizador del «conflicto del Oriente Próximo». Se hizo así evidente que sin una solución del problema

de Palestina no era posible poner fin al conflicto árabe-israelí. El pasado no ha podido ser desplazado ni enterrado, al no haber sido superado políticamente.

IV. ISRAEL Y LA IMPORTANCIA POLITICA A NIVEL MUNDIAL DEL CONFLICTO DEL ORIENTE PROXIMO

Desde su inicio sistemático a principios de este siglo, y debido a la ocupación de tierras y al consiguiente antagonismo con la población árabe, la creación del Estado nacional judío dependió de la protección de potencias no regionales, es decir, europeas. El interés de Gran Bretaña, como potencia protectora, por la colonización sionista se debió también a razones principalmente estratégicas. Las grandes arterias del imperio británico pasaban por el Oriente Próximo. El centro de esas vías de comunicación, de las «rutas imperiales» [67] británicas, era el canal de Suez. Ya antes de 1914 y durante la primera guerra mundial, los británicos, que dominaban de hecho Egipto desde 1882, planearon establecer una zona de amortiguación en el flanco nordeste de esas arterias de tráfico. Cuando resultó evidente que el imperio otomano estaba a punto de descomponerse, Inglaterra se esforzó, en un tratado secreto con Francia, por dividir el Oriente árabe en esferas de intereses. La zona del posterior mandato británico de Palestina debía desempeñar, en la estrategia británica del Oriente, la función de un centro estratégico y de tráfico. Lord Kitchener había afirmado mucho antes de la primera guerra mundial, siendo un joven funcionario colonial, que «Gran Bretaña tenía que apropiarse de la tierra entre Acre y Akaba», a fin de estabilizar su posición estratégica en Oriente [68]. Una vez que Inglaterra se hubo asegurado Palestina a través del mandato de la Sociedad de Naciones, transformó la antigua aldea de pescadores de Haifa en un importante puerto para barcos de gran tonelaje. Un oleoducto iba desde los campos petrolíferos iraquíes hasta Haifa, donde también se construyó una refinería. El aeropuerto de Lod asumió una función de bisagra entre Asia y Africa.

Antes de la guerra mundial, los británicos pensaron ya en erigir en Palestina, fomentando la colonización judía, una barrera física contra la posible amenaza del canal por parte de Turquía y el imperio alemán aliado de ella, así como contra los aliados rivales, Francia y Rusia [69]. Pero al mismo tiempo existían también planes que eran contrarios a esas intenciones y tendían al apoyo del movimiento nacional árabe por Inglaterra, en la medida en que los intereses árabes coincidían con los británicos. Esta identidad de in-

tereses con el nacionalismo árabe sólo se dio, sin embargo, hasta la conquista de las zonas árabes del imperio otomano, pero no después.

La resolución británica contraria a los intereses árabes se tomó ya durante la guerra, cuando los representantes diplomáticos de Inglaterra y Francia, Sykes y Picot, firmaron un tratado secreto. En el tratado de Sykes-Picot, entre otras cosas, la región del posterior mandato británico de Palestina fue separada de la zona en la que los árabes plantearían sus reivindicaciones sobre la base de las promesas británicas anteriores y la aplicación del principio de la autodeterminación para la población local. Este acuerdo imperialista permitió a los británicos prometer a los sionistas lo que sería el contenido de la declaración de Balfour de noviembre de 1917, a saber, el apoyo a la construcción de un «hogar nacional» para el pueblo judío en Palestina. Los ingleses suponían con razón que la declaración de intenciones a los sionistas desencadenaría una ola de indignación, sobre todo entre los árabes de Palestina, y por eso aplazaron todo lo posible su publicación, aunque en la declaración de Balfour se establecía que sólo se trataría de un «hogar nacional» para los judíos en Palestina, preservando los derechos religiosos y culturales de la población no judía. Aunque esta formulación permitía deducir que los derechos de árabes, designados como «comunidades no judías», la inmensa mayoría del país, no serían respetados, para los sionistas estaba claro que el término «hogar» era sinónimo de Estado judío. Sin embargo, era poco oportuno mencionar semejante intención en aquella fase del desarrollo.

Los sionistas y la empresa de colonización planeada por ellos dependieron, pues, desde un principio, de la protección y la benevolencia de Gran Bretaña. También después, y a pesar de las luchas contra el mandato británico de 1944 a 1947, Ben Gurion se esforzó por mantener la presencia británica en el Oriente Próximo [70]. Por esta razón las tropas israelíes se comportaron con discreción frente a la legión transjordana probritánica en la guerra de Palestina de 1948-49. La protección británica esperada para el futuro era de interés mutuo para ambos Estados. Incluso la obstaculización a la creación de un Estado de Palestina en una parte del país, tal como exigía la resolución de la ONU de noviembre de 1947, se remontaba a un acuerdo secreto que Ben Gurion había concertado con el emir Abdullah [71].

Aunque existían concepciones distintas entre Gran Bretaña y los sionistas en algunos detalles importantes, como por ejemplo en la cuestión de la inmigración y la compra de tierras, sobre todo después de la rebelión palestina de 1936-1939, los dirigentes sionistas estaban seguros de la benevolencia de su potencia protectora. Sin

embargo, esta protección sólo se dio mientras se mantuvo intacta la posición de Inglaterra como potencia hegemónica en el Oriente Próximo. Ben Gurion reconoció ya durante la segunda guerra mundial que Gran Bretaña tenía que perder su importancia después de la guerra y supuso que los Estados Unidos asumirían el papel de Inglaterra. Desde ese momento fueron los Estados Unidos los que actuaron como potencia protectora oficiosa.

A los intereses estratégicos y geográficos de la vieja potencia comercial —Inglaterra— en el Oriente Próximo se sumó otro elemento antes de la primera guerra mundial y sobre todo después de ella: el petróleo se convirtió cada vez más en una importante fuente de energía. Las favorables condiciones de extracción y transporte hacían que el petróleo del Oriente Próximo fuese muy barato y los beneficios muy altos. Semejante política de precios era posible sobre todo gracias a la presencia militar y política de las potencias occidentales en el Oriente Próximo. Se podía obligar a los gobernantes tradicionales del lugar a entregar sus materias primas en condiciones favorables[72]. La presencia occidental en el Oriente Próximo consolidó, por tanto, los gobiernos tradicionales de estos países frente al movimiento nacional revolucionario que no sólo exigía la independencia nacional, sino también la plena disposición de las riquezas minerales de sus países, es decir la nacionalización de los yacimientos de petróleo. Estas aspiraciones fueron reprimidas por todos los medios, como lo demuestra el ejemplo iraní en la década de 1950. Los esfuerzos del presidente del gobierno iraní Mosadeq, revolucionario nacionalista, por nacionalizar el petróleo en 1953 concluyeron con un golpe de la CIA y la forzada vuelta del sha del exilio. Pero a partir de mediados de la década de 1950, los países árabes consiguieron librarse de la presencia occidental en sus territorios. La evacuación de la zona del canal de Suez por Inglaterra y la nacionalización del canal de Suez por Nasser fueron en 1956 la respuesta indirecta a la costumbre de Occidente de considerar el Oriente Próximo como su finca particular.

Poco después, en 1958, se produjo la caída de la monarquía hachemita en Irak. Las convulsiones que sufrió el Oriente Próximo en las décadas de 1950 y 1960 hicieron finalmente que Occidente perdiera sus bases militares y con ellas también el control directo de las materias primas y las vías de comunicación de la región. El científico árabe-americano Charles Issawi, especialista en petróleo, afirma que «hacia mediados de la década de 1960, era evidente que se iba socavando paulatinamente el doble pilar en el que se apoyaba el poderío militar y político angloamericano en Oriente Medio y en el norte de Africa, así

como el control de la producción de las compañías [petroleras] americanas y británicas» [73].

Con estos cambios se perfilaba también la tendencia a una modificación de la actitud occidental frente a Israel. A pesar de toda la ambivalencia frente a la empresa sionista, Israel era para Occidente un aliado más seguro que los Estados árabes cuyos regímenes no representaban evidentemente los intereses de la población y cuya estabilidad estaba siempre, por tanto, en peligro. El antagonismo que enfrentaba y enfrenta a Israel con los árabes debido a la ocupación sionista de tierras en Palestina hace que la prosperidad o la ruina del Estado judío dependa de la ayuda exterior y por consiguiente es algo que pueden instrumentalizar estas potencias extranjeras.

El propio Israel ha elevado el antagonismo entre Occidente y el nacionalismo árabe a principio de su seguridad nacional, cambiando su protección por algunos «favores» prestados a Occidente [74]. Especialmente en la década de 1950, Israel emprendió acciones militares que, aunque desencadenadas por las violaciones palestinas de la frontera, consiguieron, en cuanto «represalias», un efecto político que, como expresaron también dos estudiosos israelíes, tenían también una «función latente» [75] en relación con el conflicto árabe-occidental. Así, por ejemplo, el ataque israelí a Gaza del 28 de febrero de 1955 fue dirigido contra el intento de aproximación egipcio-sirio, a fin de frustrar el proyecto de alianzas occidentales en el mundo árabe tal como se reflejaban en el pacto de Bagdad [76]. Algo parecido ocurrió con el ataque a las posiciones sirias del lago de Genezaret el 11 de diciembre de 1955. Entre otras cosas, tuvo la función de señalar a Francia que Israel estaba dispuesto a establecer con esta potencia colonial una alianza antiárabe. El punto culminante de esta colaboración fue el ataque a Egipto en octubre de 1956, efectuado junto con Inglaterra. Más tarde Dayan explicaría que «los franceses buscaban aliados en su lucha contra los árabes». La Francia colonial «quería impedir la extensión de la esfera de influencia de Nasser. Nos dieron armas para combatirlo» [77].

Desde mediados de la década de 1960 los *fedayin* palestinos empezaron a realizar acciones militares contra Israel. En las acciones armadas de los palestinos, así como en el caso de la guerra israelí, se trata de una aplicación de la fuerza indiferenciada, una aplicación de la violencia que no hace ninguna distinción entre combatientes y no combatientes, entre militares y civiles. Esto se relaciona sobre todo con el carácter esencialmente *colonial* del conflicto, el cual impide el reconocimiento del enemigo como adversario y, por tanto, como sujeto del derecho internacional. La violencia así aplicada no tiene pues límites personales ni espa-

ciales, circunstancia que podría eliminarse mediante el reconocimiento mutuo, con lo que llegaríamos de nuevo al núcleo del conflicto, aún sin resolver [78]. Con las acciones armadas de mediados de la década de 1960 se puso en marcha, por tanto, la espiral de la escalada que, con sus efectos secundarios para los países árabes, llevó a la guerra de junio de 1967. Pero prescindiendo de esto, y de la polémica en torno al proyecto de Israel de desviar las aguas del Jordán, la guerra se desencadenó principalmente porque los intereses de los regímenes nacionalistas árabes chocaban cada vez más con los de Occidente. En Irak se veía amenazado el monopolio de la Irak Petroleum Company por las medidas de progresiva nacionalización. El gobierno baasista de izquierdas cortó la Trans Arabian Pipeline (TAPI) en Siria. El país se hallaba a punto de colisionar con Occidente, y sobre todo con los Estados Unidos. El gobierno israelí responsabilizó a los sirios de los actos de sabotaje palestinos. El jefe del Estado Mayor, Rabin, amenazó el 14 de abril de 1967 con una intervención militar israelí.

El hecho de que indiquemos los distintos elementos del proceso que condujo al estallido de la guerra de junio de 1967 no significa que Israel actuase directamente por órdenes occidentales cuando el 5 de junio marchó militarmente contra los Estados árabes unidos. Pero la indicación debe dejar bien claro que la acción militar israelí coincidía plenamente con los intereses occidentales. Esto resulta evidente si se la compara con la guerra de octubre de 1973: en esta ocasión, el gobierno de Estados Unidos hizo llegar a Israel la advertencia de que el inicio de operaciones militares por parte de Israel no contaría con la ayuda americana [79]. Se confirma así, aunque a la inversa, un viejo principio del conflicto del Oriente Próximo, principio formulado por el director del importante periódico israelí *Ha'arez,* Gershom Shoken, en la década de 1950: para Occidente resulta muy cómodo que se mantenga la correlación de fuerzas políticas del Oriente Próximo en beneficio suyo mediante el fortalecimiento de Israel. «En este sentido se ha atribuido a Israel el papel de perro guardián. No hay que temer que adopte una postura agresiva contra los Estados árabes mientras esta postura sea contraria a los intereses de América y de Gran Bretaña. Sin embargo, si las potencias occidentales hicieran la vista gorda por uno u otro motivo, podrían estar seguras de que Israel castigaría a los Estados vecinos cuya falta de respeto a Occidente ha rebasado los límites permisibles» [80].

Desde la guerra de octubre de 1973 se ha modificado la relación de antagonismo histórico entre Occidente y los países árabes, siempre que éstos no sean aliados de la Unión Soviética en el conflicto global Este-Oeste. Con la plena independencia nacional

y el consiguiente control de su territorio, los Estados árabes adquirieron también el control directo de sus materias primas y de las vías de comunicación de su zona. Por eso pudieron decidir también los precios de sus materias primas, es decir del petróleo, y elevarlos oportunamente. Ya no existía el peligro inmediato de un régimen radical, porque se había producido la retirada militar de Occidente de la región, retirada forzada sobre todo políticamente. En la llamada «crisis del petróleo» de 1973 se fijó un precio que supuso la definitiva revisión de la relación de sumisión del Oriente Próximo bajo hegemonía occidental. No fue casual que en las horas más difíciles de Israel, en la guerra de octubre, cuando el Estado judío perdió en los primeros días de la guerra el mito de su invencibilidad militar, el «16 de octubre de 1973 acordasen por primera vez en la historia seis ministros de la OPEP, en Kuwait, elevar colectiva y unilateralmente el precio del petróleo de 2,89 a 5,11 dólares el barril»[81].

En este aumento de precios y en la posterior política de precios se expresaba una nueva relación entre los países occidentales y los productores de petróleo, relación que debía plasmarse a su vez en las relaciones de Occidente con Israel. Pues al desaparecer el antagonismo entre los países occidentales y los árabes causante del aumento de precios tenía que debilitarse y, en ciertas circunstancias, desaparecer por completo el apoyo occidental en el que se basa la existencia de Israel como Estado sionista. Al menos, Occidente estaba ahora interesado en terminar pacíficamente el conflicto árabe-israelí. A diferencia de situaciones anteriores, ahora había que evitar que la violencia resultante de la cuestión palestina aún sin solucionar se extendiese y abarcase a toda la región, región en la que no sólo se encuentran las mayores reservas de energía del mundo, susceptibles todavía de explotación rentable, sino a la que afluyen también en grandes proporciones capitales occidentales. Los esfuerzos intensificados desde 1973 por poner fin de una vez por todas al conflicto del Oriente Próximo, iniciados con la retirada de las tropas egipcio-israelíes después de la guerra de octubre, hasta la «iniciativa de Sadat» de noviembre de 1977, los acuerdos de Camp David y el tratado de paz egipcio-israelí de 1979, persiguen este fin. Pero en la medida en que es preciso suprimir el carácter internacional del conflicto, se choca con el quid de la cuestión: el problema palestino, o mejor dicho los efectos, repercusiones y condiciones de la ocupación sionista de tierras o de su continuación.

Se cierra así el círculo en el que confluyen los diversos componentes del conflicto global: no podrá ser resuelto mientras Israel no renuncie a continuar con la ocupación de tierras y no conceda a los palestinos el derecho a la independencia en Pales-

tina. Estos son los primeros presupuestos para una solución del conflicto, presupuestos que requieren además el abandono de la estructura sionista de Israel, tal como se ha plasmado en sus leyes e instituciones. De este modo se reconocería también que ha nacido en Israel una nacionalidad hebrea, judeo-israelí, que no cumple ninguna función propulsora para el pueblo judío en toda Palestina, sino que existe por sí y de por sí *junto con* la nacionalidad árabe-palestina en la zona comprendida entre el mar Mediterráneo y el río Jordán. Sería ésta una solución *binacional* del conflicto de Palestina, solución que, indudablemente, no puede realizarse de la noche a la mañana y que, además, exigiría transformaciones sociales. Sin embargo, como punto de partida de un proceso evolutivo, es la única posibilidad real de acabar con el conflicto en beneficio de los hombres que allí viven.

V. LA NACIONALIDAD JUDEO-ISRAELI: DIALECTICA DEL RECONOCIMIENTO

La perspectiva de una comunidad binacional judeo-israelí y árabe-palestina en una Palestina global parte, a nivel conceptual, de la realidad política de que en ese país viven dos pueblos. Esta realidad no puede sin embargo ser políticamente eficaz hasta que *ambas partes* la reconozcan conscientemente y la defiendan programáticamente. Para la nación judeo-israelí, que ha crecido mientras tanto en el país, esto significa respetar los derechos individuales y colectivos de los árabes palestinos y *romper,* no sólo ideológicamente, sino también en la práctica, con el sionismo, anulando todas las medidas legales y políticas que privilegian a los judíos y discriminan a los árabes y suprimiendo las instituciones correspondientes. La nación árabe Palestina, por su parte, tiene que *reconocer* que, aunque a través de un proceso de colonización y usurpación, se ha constituido mientras tanto una nacionalidad judeo-israelí independiente. Los derechos colectivos de esta última en el país hallarían así una nueva legitimación basada en su mera existencia; y esto se haría no *a causa del* sionismo, sino *a pesar de él.*

¿Cómo pueden justificarse la perspectiva histórica del conflicto que hemos expuesto y la salida binacional? A esta visión de la cuestión palestina se llega si se abandonan el programa y la realidad de unas reivindicaciones nacionales *excluyentes,* tales como las del programa sionista, cualquiera que sea su tendencia política. Este programa significa el mantenimiento de grado o por fuerza de las estructuras *coloniales* en toda Palestina, es decir tanto en el Estado de Israel como en las zonas ocupadas en 1967. De la es-

tructura colonial tal como viene dada por la forma sionista de Estado, como condición para el mantenimiento de un Estado nacional de carácter judío —Israel—, se deriva la discriminación y represión de los palestinos y, en consecuencia, también la constante amenaza física a la población judía en el país. En la medida en que por el lado sionista se aceptan, para alcanzar la meta nacional, la resistencia palestina y la forma *total* de reparto propia del carácter colonial del conflicto, se mantiene latente el dominio completo de un grupo étnico por otro. Hasta ahora los palestinos son la única víctima colectiva de la colonización sionista, pero las consecuencias de la colonización también podrían volverse contra los judíos que viven en Palestina. La reprobación de las reivindicaciones nacionales mutuamente excluyentes conduce también al rechazo de las reivindicaciones de hegemonía árabes. Pues la inversión de las relaciones en virtud de una vuelta al *statu quo* anterior al proceso sionista de colonización llevaría a la creación de un Estado *nacional árabe* en toda Palestina y, con ello, la negación de los derechos nacionales de la población judeo-israelí en el país. Esta perspectiva tendría a su vez carácter de expulsión colectiva e implicaría posiblemente una lucha total.

A la vista de estas reivindicaciones mutuamente excluyentes, la alternativa de la binacionalidad en toda Palestina toma en consideración tanto la realidad histórica como la forma del conflicto, en la medida en que supone la superación de ambas.

En el mismo Israel apenas existen actualmente defensores de un proyecto semejante, pues se trata de un programa postsionista que persigue la disolución del Estado exclusivamente judío. La sustitución del sionismo por el Estado judío-israelí, necesaria para esto, todavía no ha calado en la conciencia colectiva, a pesar de —o debido a— que la realidad social binacional empuja en esta dirección en virtud de la integración económica de ambos pueblos, que ya coexisten. Las reticencias de los palestinos para aceptar esta perspectiva son, en cambio, de otro tipo. Para empezar, no pueden admitir la peculiaridad de una nacionalidad judeo-israelí en el país, ya que, por culpa del sionismo y de las formas del conflicto, que le vienen dadas de antemano, la nacionalidad judeo-israelí no ha sido capaz de desprenderse hasta ahora de las estructuras sionistas dominantes en su comunidad a fin de reconocer así a los palestinos como grupo con los mismos derechos y valores colectivos e individuales. Y bajo la hegemonía del sionismo, los palestinos no pueden reconocerse *a priori* ni como legítimos sujetos de derechos individuales y mucho menos colectivos. La consecuencia es que la persistencia del conflicto entre sionistas y palestinos no ha permitido que se haga realidad la sensible distinción entre *génesis* sionista y *validez* no sionista de una comunidad ju-

deo-israelí. Así pues, la actitud de los palestinos no estará determinada por la igualdad *potencial* que podría compartir con la población judeo-israelí, sino por el proceso *permanente* de la ocupación sionista de tierras. El reconocimiento de la nación judeo-israelí por los palestinos significaría la anticipación a unos resultados históricos cuyos beneficiarios no se han decidido políticamente por él o no han reconocido la disposición a terminar con el proceso de usurpación. Además, el reconocimiento anticipado por parte de los palestinos de la nacionalidad judeo-israelí como entidad sustituida por el sionismo viene dificultado por la conciencia de una injusticia sufrida en la propia carne y continuada. Es cierto que el cambio de conciencia no va necesariamente unido al cambio de las condiciones sociales que lo producen; la norma suele ser el desajuste. Pero la moral política que se remite a la injusticia sufrida perderá su base legítima cuando desaparezca la prolongación material de la injusticia histórica, la estructura sionista de Israel. Los pasos que se dieran en este sentido significarían una reducción del conflicto. Preverlos sería realizar una ruptura con la lógica del conflicto impuesta por el sionismo y preparar el terreno para un posible reconocimiento de una nación judeo-israelí separada del sionismo.

Este proceso de des-sionización de Israel podría acelerarse y facilitarse con el reconocimiento anticipado de una nación judeo-israelí por los palestinos. De este modo los propios palestinos árabes participarían en el proceso de separación entre la nacionalidad judeo-israelí y el sionismo. Esto significa algo muy distinto a reconocer al Estado de Israel con su constitución sionista. El reconocimiento de la nacionalidad judeo-israelí contribuiría a anular esa *confusión* con la que la política israelí ha logrado hasta ahora utilizar el miedo traumático de los judíos a un nuevo exterminio como motor de la empresa sionista.

El reconocimiento de los derechos colectivos de la nacionalidad judeo-israelí dentro de Palestina se diferencia cualitativamente del proyecto palestino de un Estado *democrático laico* en el que deberían ser reconocidos por igual los cristianos, judíos y musulmanes que viven en él. Al hacer hincapié en una igualdad que prescinde de la confesión religiosa se elude la *cuestión nacional* como problema realmente dominante. Los judíos, como todos los demás ciudadanos potenciales de un Estado unitario de Palestina, se reconocen así únicamente en sus derechos individuales, pero no en sus derechos colectivos y nacionales. Se elude por tanto la cuestión nacional porque, al hacer hincapié en los derechos individuales y en la garantía de la libertad religiosa no se tiene en cuenta una postura expresa ante la cuestión de la cultura, la lengua y la identidad de cada grupo como contenidos *políticos* que, por tanto, deben ser reconocidos constitucionalmente. La democracia es una for-

ma de gobierno *formal, abstracta,* que no toma en consideración las peculiaridades y diferencias. Abstraer las peculiaridades nacionales existentes que dominan el conflicto, haciendo hincapié en una religión despolitizada como confesión, significa eludir la cuestión decisiva del carácter *nacional* de semejante Estado democrático laico.

Por eso es tan decisivo el alcance del carácter nacional de tal comunidad, porque la democracia formal significa siempre *gobierno de la mayoría.* De esta manera el proyecto político de un Estado democrático laico, aunque no querido, reactivaría implícitamente la demografía y, con ella, la política de población, convirtiéndolas en medios de control de los colectivos nacionales. Se llega así, naturalmente desde otro punto de partida y con otra legitimación, a una nueva politización de la demografía, del sentimiento nacional mayoritario de árabes y judíos, con lo que se iniciaría un nuevo ciclo de represión nacional. Por consiguiente, como se establece en el proyecto de Estado democrático laico, no es necesaria la despolitización de la región, sino más bien la despolitización de la nación mediante el reconocimiento expreso de los derechos colectivos de las nacionalidades. En una comunidad binacional se trataría de separar las esferas de dominio de la nacionalidad, de impedir la creación de un Estado nacional unitario de carácter exclusivamente judío o árabe.

El reconocimiento de la nacionalidad judeo-israelí por parte de los árabes palestinos sería de una necesidad nacida de la lógica del conflicto que contribuiría a *deslindar* la autonomía de una identidad judeo-israelí de la lealtad al sionismo. Los palestinos salvo pequeños grupos, no comprenden todavía esta importancia del reconocimiento. Un giro hacia este reconocimiento podría contribuir incluso a terminar con la paralización política e ideológica existente en el proceso de autodefinición de los palestinos y a neutralizar una aparente contradicción elevada a cuestión decisiva: pequeño Estado en la margen occidental y en la franja de Gaza o toda Palestina, contradicción comprensible, pero en esencia nacionalista. En la confrontación de esas concepciones alternativas *territorialmente* cuantificadoras se elude la cuestión políticamente *cualitativa* de las condiciones decisivas para una coexistencia que no sea excluyente en el aspecto nacional y social. Así pues, se vuelve al fraccionamiento territorialmente minimalista o maximalista del campo palestino.

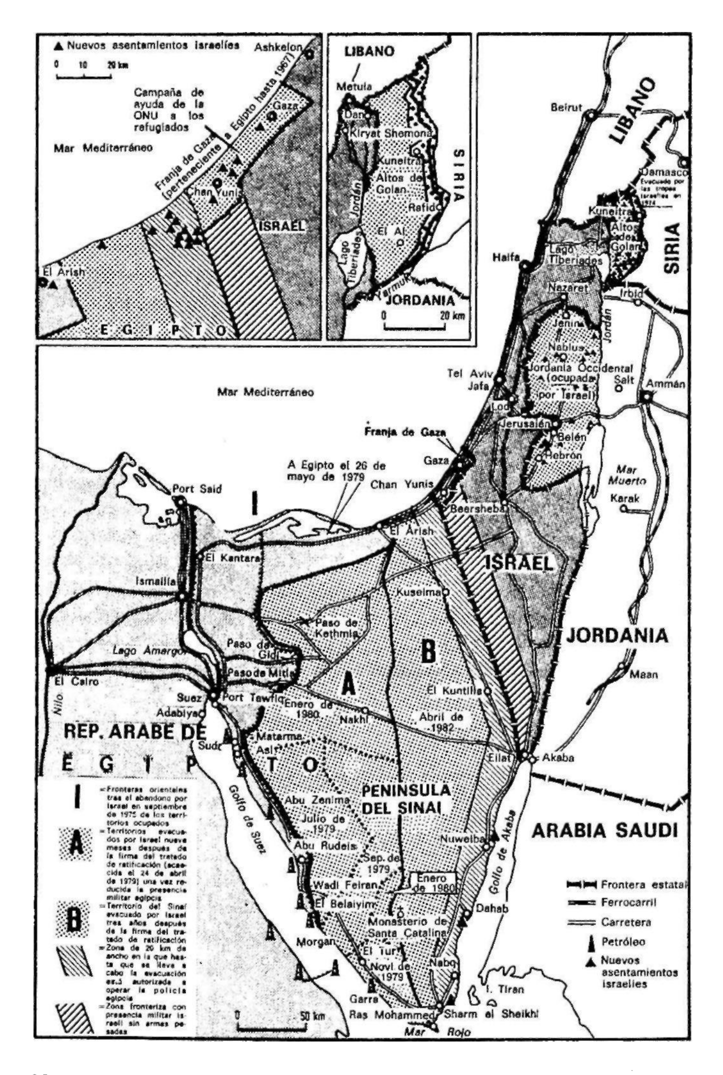
No es de extrañar que la conciencia palestina desarrollada en oposición al sionismo no pueda escapar a la lógica del sionismo en la cuestión del reconocimiento. La cuestión del reconocimiento de la nacionalidad judeo-israelí se sigue *confundiendo,* pues, con el reconocimiento del sionismo; confusión que el sionismo ha sa-

bido aprovechar hasta ahora para su propia legitimación. Pero la exigencia de que los palestinos reconozcan a Israel como Estado sionista es tan absurda como las prevenciones palestinas al reconocimiento de Israel como un arreglo con el sionismo y como una negación de la subjetividad palestina. Mientras que exigir el reconocimiento israelí-sionista por parte de los palestinos significaría justificar no sólo la pasada injusticia de la usurpación por el sionismo a costa suya, sino también la continuación del proceso de creación del Estado nacional judío contra ellos mismos, el reconocimiento palestino de los resultados de la ocupación sionista de tierras en forma de un Estado de Israel *todavía* sionista no tiene que significar necesariamente el reconocimiento del sionismo. Más bien puede beneficiarse así a la parte políticamente entremezclada que podría salir reforzada del proceso como nacionalidad judeo-israelí no sionista. Las iniciativas palestinas en este sentido no harían sino acelerar ese proceso de entremezclamiento como *des-sionización* de Israel.

Pero sobre esta base —la tendencia a la des-sionización— no existe la menor disposición israelí-sionista a dejarse reconocer por los palestinos. El mantenimiento de la confusión entre el sionismo como estructura política de dominio del Estado judío y la nacionalidad judeo-israelí derivada de él beneficia de hecho al sionismo, en la medida en que a la población judeo-israelí no se le ofrece ninguna alternativa al conflicto y a sus formas antagónicas. De esta manera no puede escapar al proceso de formación del Estado nacional en condiciones coloniales como única forma de autoconservación.

El reconocimiento de los derechos colectivos, es decir nacionales, del pueblo judío-israelí puede justificarse legítimamente mediante el *resultado* y no mediante la *génesis* del proceso de colonización y de su continuación. Así ocurre también con la importancia de la binacionalidad, en contra de lo que afirman los minimalistas sionistas históricos como Martin Buber, Jehuda L. Magnes y otros cuya idea binacional debe considerarse como parte integrante del proceso de colonización y del sionismo, porque su binacionalidad se refiere al proceso, *todavía por realizar,* de la creación de la nación judía en Palestina y, por tanto, parte del pueblo judío, es decir sobre todo de los judíos *fuera* de Palestina y de los árabes residentes *en* Palestina [82].

Ese binacionalismo, debido a su propia *asimetría* nacional, representaba así un elemento del movimiento sionista, sobre todo porque tenía que imponerse a través de un proceso de colonización, querido o no querido, en contra de los árabes palestinos. La binacionalidad perseguida por esos grupos y personalidades era, por tanto, parte del proceso de colonización, aunque con el programa



Mapa 6. *La situación entre el canal de Suez y el río Jordán tras la firma del tratado de paz egipcio-israelí el 26 de marzo de 1979.*

minimalista se pretendiera evitar sufrimientos humanos y consecuencias políticas imprevisibles.

La binacionalidad aquí esbozada se remite en cambio al *resultado,* a la nación judeo-israelí en Israel o en una Palestina global y no a la ejecución de sus condiciones de creación y conservación. El resultado de la disolución de la constitución sionista de Israel sería una nacionalidad judeo-israelí y árabe-palestina autóctona. Esta es la importancia de la binacionalidad en el sentido de un reconocimiento *post festum* del *statu quo,* de la nación judeo-israelí sin sionismo.

La supresión de la estructura sionista significa históricamente la negación de la negación de la existencia judeo-israelí y árabe-palestina en una Palestina global. Negación de la negación en tanto en cuanto la estructura sionista del Estado de Israel significa delimitación y discriminación de los árabes palestinos, y estos últimos, en su reacción a su expulsión, en lugar de dirigir exclusivamente sus ataques contra la estructura sionista de Israel, pueden caer en la confusión creada entre estructura sionista y existencia judeo-israelí dominada por la primera y no distinguir entre ambas. La aclaración y solución real del conflicto no será posible hasta que los judíos israelíes no deseen teórica y prácticamente la ruptura con el sionismo en cuanto ideología y estructura material y hasta que los árabes palestinos no estén dispuestos a reconocer la existencia colectiva de la nación judeo-israelí en Palestina. Eso significa para ambas partes reconciliarse con la historia.

VI. APENDICE CRONOLOGICO

Al comienzo propiamente dicho de la colonización sionista, del asentamiento judío programático y sistemático para la definitiva creación del Estado, debe situarse en el año 1907, cuando en el *octavo congreso sionista* de La Haya se decidió la creación de la *Oficina Palestina* en Jafa. La dirección de la oficina fue encomendada a *Arthur Ruppin.*

Tras el *tratado* franco-británico de *Sykes-Picot* de *1916,* que preveía el reparto del imperio otomano (Turquía) en esferas de intereses, Palestina debía ser internacionalizada.

La *declaración de Balfour del 2 de noviembre de 1917*, efectuada por el ministro británico de Asuntos Exteriores Lord Balfour ante Lord Rothschild, en su calidad de representante sionista, fue una declaración de simpatía del gobierno británico que sirvió casi de base jurídica a la empresa sionista en el sentido de la exigencia de Theodor Herzl de la creación de un Estado judío.

En 1917-18 se efectúa la conquista militar de Palestina, una parte del imperio otomano, por las tropas británicas. Desde *1920* el país se halla bajo administración británica. En el mismo año se funda el *sindicato sionista Histadrut*. En 1926 la empresa colonizadora sufre un duro golpe a causa de la crisis económica. La emigración supera en número a la inmigración.

El año *1929* marca uno de los hitos del conflicto de Palestina: por un lado, se lleva a cabo la *fundación de la Agencia Judía sionista* (en hebreo *sokhnut)* como entidad pública con el objeto de establecer el *hogar nacional judío* sobre la base de los artículos 4, 6 y 11 de la constitución del mandato. Por otro lado, y como reacción, se produce una rebelión árabe en Palestina, en el curso de la cual es aniquilada la comunidad judía presionista de Hebrón.

Con el establecimiento del Tercer Reich, con la subida al poder de los nazis en Alemania en 1933, se inicia también una inmigración no sionista de judíos a Palestina. El exterminio de millones de judíos europeos durante la segunda guerra mundial hace que la mayoría de los judíos pongan sus esperanzas en un Estado judío soberano.

En *1936-39* la población árabe de Palestina se opone al mandato británico y a la política sionista de ocupación de tierras con una *rebelión armada* que es reprimida sangrientamente.

En *1937* el *plan Peel* propone la división de Palestina en un Estado judío y otro árabe. El 17 de mayo de 1939 el gobierno británico publica un libro blanco que contiene limitaciones a la inmigración judía y a la adquisición sionista de tierras.

En la *resolución de Biltmore* de *mayo de 1942* (denominada así por la conferencia sionista extraordinaria celebrada en el hotel neoyorquino de Biltmore), la Organización Sionista Mundial rompe la alianza tradicional con Gran Bretaña y declara abiertamente la intención de crear un Estado judío en Palestina. Ben Gurion (1921-1935, secretario general de la Histadrut; 1935-1948, presidente de la Agencia Judía) busca ahora la colaboración con los Estados Unidos.

El *29 de noviembre de 1947,* la asamblea de la ONU acuerda la *división de Palestina* en un Estado judío y otro árabe. Vuelven a estallar así, en Palestina, los combates entre judíos sionistas y árabes palestinos, interrumpidos desde 1939.

El *9 de abril de 1948,* las organizaciones de combate sionistas destruyen la aldea árabe de *Dir Yassin,* cerca de Jerusalén, y exterminan a su población. Dir Yassin figura como el comienzo de la huida o expulsión de los árabes de Palestina.

Al término del mandato de Palestina (el 15 de mayo de 1948) *se proclama el Estado de Israel el 14 de mayo.* Con ello empieza oficialmente la primera guerra de Palestina.

Entre el 12 de enero y el 20 de julio de 1949 se firma un armisticio con los Estados árabes que participan en la guerra.

El *24 de abril de 1950* Transjordania se anexiona el resto de la zona no conquistada por Israel *(margen occidental)* del Estado de Palestina previsto en la resolución de división. El 25 de mayo Estados Unidos, Inglaterra y Francia garantizan el *statu quo* territorial del «Oriente Próximo» *(declaración tripartita).* El 12 de julio de 1950, Egipto declara cerrado el canal de Suez para los barcos y mercancías israelíes.

La *acción de represalia* israelí contra la aldea jordana de *Kibia* el *15 de octubre de 1953,* en la que murieron 60 personas, es un ejemplo de la continuación de la guerra de Palestina como conflicto fronterizo entre Israel y los Estados árabes.

Las desavenencias provocadas por la actitud israelí contra los árabes entre el ministro de Asuntos Exteriores Moshe Sharett y el jefe del gobierno Ben Gurion caracterizan a esta fase de la política israelí en relación con los conflictos fronterizos. El 25 de enero de 1954 Sharett pasa también a ser jefe de gobierno. Ben Gurion se retira provisionalmente de la política oficial.

El *23 de julio de 1952,* oficiales jóvenes derrocan en Egipto el régimen feudal del rey Faruk. Los «oficiales libres» toman el poder. En diciembre de 1954, el coronel Nasser asume la presidencia del Consejo de la Revolución.

En *febrero de 1955* se firma un pacto militar occidental para el Oriente Próximo *(Pacto de Bagdad).* El *28 de febrero* se lleva a cabo una «acción de represalia» israelí contra *Gaza,* administrada por Egipto. Pocos días antes Ben Gurion había vuelto a ocupar el ministerio de Defensa.

Egipto firma con Checoslovaquia un tratado de abastecimiento de armas después de haberle negado Occidente armas a Nasser debido a su política de neutralidad. El tratado se da a conocer el 27 de septiembre de 1955.

El *26 de julio de 1956,* Nasser proclama la *nacionalización del canal de Suez.*

En vísperas de la guerra de Sinaí/Suez, fuerzas de seguridad israelíes fusilan el 28 de octubre de 1956 a 49 habitantes de la aldea árabe de *Kfar Kassem,* en Israel. Esto sigue determinando las relaciones entre judíos y árabes dentro de Israel. El *29 de octubre de 1956,* Israel inicia la *guerra de Suez* con su ataque a Egipto. Por presiones americanas, Israel desaloja la península del Sinaí el 7 de marzo de 1957.

En *junio de 1963* Ben Gurion abandona el cargo de presidente del gobierno. Le sucede *Leví Eshkol.*

La *primera conferencia cumbre* de jefes de Estado y monarcas árabes se reúne en Alejandría en *enero de 1964.* El motivo es,

entre otras cosas, el conflicto entre Israel y Siria por la desviación de las aguas del Jordán.

En *mayo de 1964,* el Congreso Nacional Palestino crea la *Organización para la Liberación de Palestina (OLP).* Las primeras acciones militares organizadas de los palestinos contra Israel corren a cargo de la Organización de combate *al-Fatah* en *enero de 1965.* Como organización política secreta, al-Fatah había sido fundada en 1956 por Yasir Arafat en Gaza.

En *1965* Israel sufre su *crisis económica* más grave hasta el momento, crisis que no se supera hasta la guerra de junio de 1967.

En febrero de 1966 el ala izquierda del Baas, al mando del general Yedid, se hace con el poder en Siria. Acto seguido aumentan las tensiones con Occidente.

El *13 de noviembre de 1966,* Israel emprende una amplia «acción de represalia» contra la aldea de *Samua,* situada en Jordania, desencadenando así manifestaciones palestinas contra el régimen hachemita en la margen occidental.

El *5 de junio de 1967* Israel ataca militarmente a los Estados árabes adyacentes. El ataque fue precedido de un complicado montaje en el que intervinieron factores conflictivos internacionales, interárabes y árabes-israelíes. El motivo de los ataques israelíes fue sobre todo el cierre egipcio de la vía marítima a Eilat el 23 de mayo de 1967.

En la *batalla de Karameh,* en la orilla oriental del Jordán, librada el *28 de marzo de 1968* entre *fedayin* y tropas israelíes, los palestinos adquieren conciencia militar, sobre todo con el fondo de la derrota árabe de la guerra de junio.

El *doble gobierno* establecido mientras tanto entre *fedayin* palestinos y monarquía hachemita en *Jordania* se inclina sangrientamente en favor de la monarquía en *septiembre de 1970.* Tras la muerte de Nasser, ocurrida el mismo mes, en Egipto se impone Sadat y se convierte en presidente.

Tras el armisticio del 7 de octubre de 1970 en el canal de Suez, donde se libraron combates desde abril de 1969, aunque de carácter local, en febrero de 1971 se discute la iniciativa del delegado de la ONU, *Jarring,* que fracasa.

El *6 de octubre de 1973* empieza la cuarta guerra del Oriente Próximo, seguida en el terreno político de la conferencia de Ginebra del 21 de diciembre.

La aproximación egipcio-israelí a instancias de los Estados Unidos se inicia con la firma del llamado *tratado de separación de tropas* del *18 de enero de 1974.* Siria firma también un tratado similar con Israel.

El *3 de junio de 1974, Rabin* forma un nuevo gobierno israelí. Golda Meir, que en febrero de 1969 había sucedido como presi-

denta del gobierno al fallecido Eshkol, abandonó el gobierno como consecuencia de supuestas «negligencias» en la guerra de octubre.

En *octubre de 1974,* se celebra en Rabat una cumbre árabe. En ella se reconoce a la *OLP como única representación legítima* del pueblo palestino. El 13 de noviembre, Yasir Arafat habla ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

El *13 de abril de 1975* estalla en el *Líbano* la guerra civil tras la matanza de Ain Roumaneh, en Beirut, donde murieron varios viajeros libaneses y palestinos de un autobús a manos de falangistas libaneses derechistas.

El gobierno israelí *expropia en Galilea* tierras árabes. La población árabe de Israel se manifiesta contra las expropiaciones en una *huelga general* el *30 de marzo de 1976.* Las autoridades israelíes emplean el ejército; el *día del suelo* constituye un hito en la conciencia palestina entre los árabes de Israel.

El 1 de junio de 1976 interviene el ejército sirio contra palestinos y progresistas en los combates del Líbano.

En las *elecciones* anticipadas celebradas en Israel el *17 de mayo de 1977* se hace cargo del gobierno el bloque sionista de derechas Likud. *Menájem Beguin* es elegido presidente del gobierno. Por primera vez desde el comienzo del proceso sionista de colonización, el sionismo laborista se halla en la oposición.

Con su espectacular *visita a Jerusalén,* Sadat intenta abrir el *17 de noviembre de 1977* una brecha para llegar a una paz entre Israel y los árabes. La visita y las consiguientes conversaciones conducen a los acuerdos de *Camp David,* organizados conjuntamente con los Estados Unidos, en los que se decide sobre todo conceder *autonomía* a la población palestina de la margen occidental y de la franja de Gaza. Israel entiende por «autonomía» el mantener abierta la cuestión de la soberanía y la ulterior colonización con judíos de estos territorios, lo que, a largo plazo, tiene que llevar una definitiva superioridad numérica sobre los palestinos allí residentes y, en última instancia, a la anexión por parte de Israel. Egipto, por el contrario, quiere llegar, a través de una lenta transición, a la *autodeterminación* palestina.

Esta contradicción fundamental pone en peligro el tratado de paz egipcio-israelí de marzo de 1979, puesto que mientras no se resuelva la cuestión palestina Egipto permanecerá aislado y será difícil proseguir las negociaciones de paz entabladas a iniciativa de Sadat.

4. Indochina en pleno cambio de las constelaciones del poder

I. VIETNAM

a) *La guerra de independencia contra la potencia colonial francesa*

Al estallar la segunda guerra mundial existía la «Unión de Indochina», creada en 1887 por la potencia colonial francesa y constituida por Vietnam (dividido en tres partes: Cochinchina, con Saigón por capital; Tonkín, con capital en Hanoi, y el imperio de Annam, cuya capital era Hué) y por los reinos de Camboya y Laos. Esta federación era administrada por un gobernador general francés, que dependía del ministerio de Colonias de París; pero únicamente Cochinchina era una colonia según el derecho internacional, mientras que los restantes Estados tenían el estatuto de protectorados.

Tras la derrota francesa en la guerra con Alemania y el estallido de la guerra americano-japonesa, Indochina fue ocupada por tropas del Japón. Tokio firmó un compromiso con el gobierno de Vichy por el cual se mantenía formalmente la soberanía francesa sobre el territorio a cambio de la utilización por los japoneses de las instalaciones militares y de la economía del país. Sólo en la fase final de la guerra, el 9 de marzo de 1945, los militares japoneses se hicieron cargo oficialmente del régimen político; recluyeron a las tropas coloniales francesas como prisioneros de guerra y exigieron al emperador de Annam, Bao Dai, la unificación de las tres regiones vietnamitas y su declaración de independencia con respecto a Francia.

Durante la guerra en el sur de China varias organizaciones revolucionarias vietnamitas se unieron en la «Liga para la Independencia de Vietnam» (Vietminh) y, bajo la dirección del funcionario de la Komintern Nguyen Ai Quoc, alias Ho Chi Minh, lucharon desde 1941 tanto contra los dominadores coloniales franceses como contra el régimen de ocupación japonés. Este movimiento asumió el poder en Hanoi a raíz de la capitulación japonesa el 26 de agosto de 1945. El emperador Bao Dai abdicó y fue nombrado «consejero político supremo» del nuevo gobierno que —adornado con este símbolo

de legitimidad y continuidad— proclamó el 2 de septiembre de 1945 la «República Democrática del Vietnam» independiente.

Pero previamente en la conferencia de Postdam los tres grandes —Truman, Stalin y Churchill (sustituido luego por Attlee)— habían acordado partir Indochina en dos zonas, al norte y al sur del paralelo 16. Al norte de esta divisoria, las tropas japonesas habrían de ser desarmadas por los chinos; al sur, por los ingleses. El cuarto «triunfador», el general De Gaulle, que no estuvo presente en Posdtam, envió, sin embargo, a Indochina con independencia de los acuerdos de los tres grandes, a su hombre de confianza, el Almirante Thierry d'Argenlieu, con el encargo de restablecer los derechos de soberanía francesa en calidad de alto comisario de Francia.

Lord Mountbatten, comandante supremo de las fuerzas aliadas en el Asia Sudoriental, declaró: «Si Roosevelt viviera no tendrían los franceses la menor oportunidad de recuperar Indochina. Pero en la actualidad es posible que las cosas se resuelvan según los planes de De Gaulle». De hecho Roosevelt, decidido anticolonialista, propuso ya en 1943 al ministro británico de Asuntos Exteriores, Anthony Eden, no devolver Indochina a los franceses después de la guerra, sino ponerla bajo administración fiduciaria internacional. Pero aunque los ingleses renunciaron muy poco después de acabar la guerra a su mayor colonia, la India, prestaron ayuda activa a los franceses en la restauración de su dominio colonial.

Diez días después de la proclamación de la independencia por el gobierno del Vietminh en Hanoi, el 12 de septiembre de 1945, tropas británicas desembarcaron en Saigón para desarmar a los 70 000 japoneses estacionados en el sur del Vietnam. Pero mientras que para esta operación se tomaron su tiempo, lo que hicieron inmediatamente fue rearmar a las tropas coloniales francesas internadas por los japoneses, y una semana más tarde daban éstas un golpe militar y restablecían la soberanía francesa sobre la Cochinchina. En esta región, lo mismo que en Hanoi, los funcionarios del Vietminh habían asumido el poder gubernamental. Pero su posición en el sur era mucho más débil que en el norte. En Saigón existían antagonismos entre el Vietminh y los cuadros del Partido Comunista de Indochina (PCI), que a su vez se hallaba dividido en trotskistas y marxistas. Existían además una gran variedad de grupos nacionalistas y sectas religiosas, como los caodaístas y los hoa hao, opuestos a que el Vietnam del Sur dependiera del Vietnam del Norte, que poseía otra idiosincrasia cultural. Estas contradicciones internas facilitaron a los franceses el derrocamiento en pocos días del gobierno de Saigón y les permitieron iniciar, a partir de aquella base, el intento de reconquistar la totalidad de Indochina,

aprovechando el resentimiento anti-norvietnamita por motivos históricos.

Con el lema «Cochinchina para los cochinchinos» iniciaron a finales de 1945 su lucha contra la independencia de Vietnam proclamada por Hanoi. Es cierto que en marzo de 1946 se firmó un acuerdo con el gobierno de Ho Chi Minh por el que Francia reconocía a Vietnam como Estado libre de una Federación Indochina dentro de la Unión Francesa y en el que se establecía que un referéndum habría de decidir la posible reunificación de Cochinchina con Tonkín y con Annam. Pero tan sólo un mes más tarde los franceses, en una conferencia celebrada en la estación de alta montaña de Dalat, que el núcleo de la Federación de Indochina había de estar constituido por la fusión de Cochinchina con Annam y una vinculación abierta con Laos y Camboya, mientras que a la República Democrática de Vietnam, que de esta manera quedaba aislada, tan sólo se le concedía el derecho o incorporarse o no a la Federación sometida a un alto comisario francés.

El jefe de la delegación de Hanoi en Dalat, el general No Nguyen Giap, abandonó la conferencia en señal de protesta. En junio de aquel mismo año Ho Chi Minh se desplazó personalmente a Fontainebleau para negociar con el gobierno francés, pero también este intento de llegar a un entendimiento fracasó. Simultáneamente el gobernador general francés en Saigón, almirante d'Argenlieu, desarrollaba una política de hechos consumados. En junio de 1946 —pretextando que era una respuesta a la supuesta prosecución del terror por parte del Vietminh— proclamó el «Gobierno Provisional de Cochinchina» y nombró al médico Nguyen Van Trinh presidente de este Estado sudvietnamita por la gracia de Francia.

El Consejo Consultivo, compuesto de 14 franceses y 28 vietnamitas, debía ocuparse del desarrollo de la administración autónoma vietnamita, tarea que habían descuidado totalmente los dominadores coloniales franceses. La población nativa se había visto excluida de toda corresponsabilidad política y la única infraestructura política existente era la que los comunistas vietnamitas habían desarrollado en la clandestinidad. Puesto que el Vietminh tenía su centro de gravedad en el Norte, fue también en Tonkín donde se constituyó primeramente una administración que funcionase, mientras que en Vietnam del Sur el orden político, debido a la falta de estructura, estuvo muchos años amenazado por la anarquía y el caos.

También careció el Gobierno Provisional de Cochinchina de base popular real. Seguía representando los intereses de los antiguos dominadores coloniales, cuyos objetivos eran fijados preponderantemente por los propietarios de las plantaciones de caucho y los

exportadores de arroz, con la ayuda del Banco de Indochina. Tan sólo cuatro meses después de su aceptación del cargo el propio presidente,Van Trinh, pudo darse cuenta de que estaba siendo utilizado por los franceses. El 20 de noviembre de 1946 declaró ante los miembros de su gabinete que se le partía el corazón al cobrar conciencia de la desdichada aventura a la que se había dejado arrastrar. A continuación, el primer presidente de un Estado sudvietnamita seudoindependiente se dirigió a su casa y se ahorcó.

Entretanto los cuadros comunistas del Vietminh habían consolidado su poder en Hanoi y se disponían a realizar una prueba de fuerza con los franceses. El 22 de noviembre de 1946, tras un bombardeo aéreo de la ciudad portuaria norvietnamita de Haifong, se produjeron sangrientos encuentros entre milicianos del Vietminh y tropas coloniales francesas. Las luchas se extendieron en diciembre a Hanoi y comenzó así la guerra de ocho años que acabó en 1954 con la catastrófica derrota francesa de Dien Bien Phu, derrota que puso término definitivamente al imperio colonial francés de Indochina.

Poco después de comenzar la guerra, Ho Chi Minh se retiró con su gobierno y sus seguidores a la jungla donde, junto con su antiguo camarada de luchas, el general Giap, dirigió la guerra de guerrillas desde un cuartel general que se desplazaba ágilmente de un punto a otro, siguiendo las enseñanzas de Mao Zedong. La esencia de estas enseñanzas era que el guerrillero comunista debe moverse entre el pueblo «como pez en el agua». Por eso, en todos los territorios controlados por el Vietminh se llevaron inmediatamente a cabo reformas sociales con las que se quería ganar la confianza de la población campesina. Las tropas del Vietminh adoptaron la denominación de «Ejército Popular Vietnamita». Tras la victoria de los comunistas en China el Vietminh recibió una creciente ayuda militar china que le permitió pasar también a operaciones ofensivas en vez de seguir limitándose a luchar a la defensiva.

Dado que, con su lucha contra el colonialismo francés, los dirigentes del Vietminh consiguieron movilizar también a nacionalistas vietnamitas no comunistas contra la dominación extranjera, los franceses quisieron llevar el agua a su molino formando un gobierno nacional vietnamita bajo el ex emperador Bao Dai. A tal fin hicieron volver a éste de su exilio en Francia en abril de 1949 como «jefe del Estado del Vietnam unido» que, según el protocolo firmado en el palacio del Elíseo en marzo de 1949, se convertía en «Estado asociado» de la Unión Francesa. El nuevo «gobierno nacional» asumió una serie de funciones administrativas que hasta entonces habían ejercido los franceses, pero los antiguos señores

coloniales seguían conservando la responsabilidad en materia de política exterior y de defensa, y en cuestiones de política interior seguían teniendo el verdadero poder decisorio. De este modo Bao Dai no consiguió la imagen prevista de dirigente nacional, sino, por el contrario, desacreditarse como *quisling,* como colaboracionista a sueldo de una potencia extranjera, dando con ello nuevo impulso a la agitación nacionalista de sus oponentes.

En enero de 1950 fue reconocida diplomáticamente la «República Democrática de Vietnam» por la Unión Soviética y por la República Popular China, a la sazón aliada todavía de Moscú. Un mes más tarde, el 7 de febrero de 1950, los Estados Unidos establecieron relaciones diplomáticas con el gobierno de Bao Dai, así como con los gobiernos de Laos y Camboya. El apoyo militar y económico a los franceses en Indochina, iniciado ya por el presidente Truman, prosiguió con nueva intensidad bajo la administración Eisenhower, ya que, en opinión de los americanos, se trataba de la defensa del frente sur contra la temida expansión del comunismo mundial por toda Asia.

El entonces ministro de Asuntos Exteriores norteamericano, John Foster Dulles, declaraba en diciembre de 1953: «Existe el peligro de que China roja, como en Corea, envíe a Indochina su ejército. El régimen comunista chino debería tener claro que una segunda agresión de este tipo acarrearía consecuencias que posiblemente no se limitarían a Indochina». Y el presidente Eisenhower explicó sus temores en una conferencia de prensa a comienzos de 1954 con la «teoría del dominó» que fue desde entonces objeto de vivas discusiones. Eisenhower dijo: «Si ponen ustedes de pie una serie de fichas de dominó en fila y empujan la primera, muy pronto acaba cayendo hasta la última. Dicho de otra manera: si se permite que los comunistas conquisten Vietnam se corre el riesgo de que se produzca una reacción en cadena y todos los Estados de Asia sudoriental se vuelvan comunistas uno tras otro».

Cuando Eisenhower hacía esta advertencia ya se había iniciado en la guerra de Indochina la batalla decisiva en la jungla en torno a la fortaleza francesa de Dien Bien Phu. En vista de la inminente derrota, el gobierno francés pidió apoyo militar a Washington en forma de ataques aéreos contra las tropas del general Giap, que sitiaban Dien Bien Phu. Como el presidente Eisenhower no deseaba que los Estados Unidos se expusieran solos, su ministro de Asuntos Exteriores, Dulles, intentó convencer a los ingleses de que participaran en una intervención británico-americana. El 4 de abril de 1954 escribía a Winston Churchill, primer ministro inglés: «Si Indochina llega a caer en manos de los comunistas, las consecuencias podrían ser catastróficas a largo plazo para nuestra posición estratégica global y para la de ustedes. No fuimos capaces

de contener a Hiro Hito, Mussolini y Hitler porque no actuamos conjuntamente a tiempo. Ese fue el comienzo de una honda tragedia y de un extremo peligro. ¿No habrán aprendido nuestros pueblos la lección?»

Churchill rechazó la propuesta norteamericana porque temía que «la operación militar fuera ineficaz y pusiera fácilmente al mundo al borde de una gran guerra». En vez de una intervención militar, el gobierno británico recomendaba que se buscase una solución pacífica negociada en la Conferencia de Ginebra que a la sazón venía reuniéndose. También en Washington había diferentes opiniones, en pro y en contra de la intervención norteamericana. Dos senadores, John F. Kennedy y Lyndon B. Johnson, que posteriormente habían de impulsar la escalada bélica norteamericana en Indochina, se pronunciaban en contra de una operación militar estadounidense que aliviara la presión a que estaban sometidas las fuerzas francesas; mientras que el vicepresidente Nixon, que en 1969, ya como presidente, inició el abandono del compromiso norteamericano en Vietnam, propugnaba incluso la intervención de tropas norteamericanas en Dien Bien Phu. Finalmente se impusieron las voces que aconsejaban la mesura.

Dejadas a su suerte, las tropas francesas que combatían en Dien Bien Phu capitularon el 7 de mayo de 1954, y un día más tarde, el 8 de mayo, se iniciaron en la Conferencia de Ginebra las conversaciones sobre el tema de Indochina. Junto a las grandes potencias —Francia, Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética—, participó por primera vez en una conferencia internacional la República Popular China, representada por su presidente del consejo de ministros, Zhou Enlai. Los pueblos de Indochina directamente afectados estaban representados por una delegación norvietnamita y otra sudvietnamita, así como por una comisión laosiana y otra camboyana. Pero apenas pudieron influir en el curso de las negociaciones, ya que tuvieron que plegarse al arreglo convenido por las grandes potencias. Vietnam del Norte y Vietnam del Sur se sintieron igualmente engañados.

La reivindicación de todo el territorio de Vietnam por el gobierno de Ho Chi Minh y su secreta intención de anexionarse Laos y Camboya no contaron con el apoyo de los soviéticos porque Moscú tenía que recompensar la resistencia que oponían los franceses a la participación de la República Federal Alemana en una comunidad defensiva europea con algunas concesiones en la cuestión de Indochina. En el acuerdo de alto el fuego que se firmó el 21 de julio de 1954, después de 75 días de negociación, se reconocía la independencia de los reinos de Laos y Camboya y Vietnam se dividía en dos Estados separados por la línea de demarcación del paralelo 17. De todas formas esta división estaba vinculada

a la obligación expresa de los dos gobiernos, el de Hanoi y el de Saigón de celebrar unas elecciones conjuntas en todo Vietnam como medio para la reunificación. Las elecciones habían de celebrarse dentro del plazo de dos años, lo más tarde en julio de 1956.

b) *Consecuencias de la Conferencia de Ginebra sobre Indochina; la política norteamericana de contención en el Asia Sudoriental*

Aun cuando los comunistas que gobernaban en Vietnam del Norte se sintieron traicionados por sus amigos soviéticos y chinos, aceptaron el acuerdo de Ginebra en la seguridad de que, con el aparato de poder que habían construido a lo largo de años en el Estado y en el partido, ganarían sin la menor duda las elecciones de la reunificación y posteriormente podrían extender su influencia a Laos y Camboya. Precisamente por esta razón, el gobierno sudvietnamita y Washington no firmaron el acuerdo de Ginebra, sino que se limitaron a tomar nota de él.

Para la IV República francesa, cuyo primer ministro era a la sazón el liberal de izquierda progresista Pierre Mendès-France, el acuerdo de Indochina al que se llegó en Ginebra representaba la despedida definitiva, dolorosa pero inevitable, del pasado colonial en Asia. Por añadidura aguardaba todavía a los franceses una decisión similar en Argelia. Desde el punto de vista económico, Francia no sacó grandes beneficios de su imperio colonial indochino, si se exceptúan las plantaciones de caucho y el comercio de productos agrícolas tropicales (y sobre todo arroz). Sus tardías conquistas en esta parte del planeta estuvieron más motivadas por ambiciones políticas de gran potencia que por deseos de obtener beneficios económicos. Esto, que es aplicable ya al período colonial clásico, lo es todavía más a los años posteriores a 1945, cuando Francia, tras su humillante derrota frente a Alemania y su rápida capitulación ante los japoneses en Indochina, se incorporó rezagada al círculo de las potencias victoriosas e intentó satisfacer su necesidad de recuperación de «gloria» con la reconquista de sus perdidas colonias sudasiáticas. Esta empresa, sobre acabar siendo un fracaso político y militar, fue desde el principio un negocio ruinoso para Francia desde el punto de vista económico.

Cuando los Estados Unidos, que ya habían financiado la mitad de los costes de la guerra colonial francesa, emprendieron la lucha contra la ulterior expansión comunista una vez que se retiraron los franceses, lo hicieron únicamente bajo la perspectiva de la «política de contención» ideada por el secretario de Estado americano John Foster Dulles. En aquella aventura estaba totalmente ausente la fuerza impulsora del afán de lucro económico. Antes bien exi-

gió grandes sacrificios financieros a los Estados Unidos. Con independencia de las astronómicas cifras de miles de millones que engulló la acción bélica norteamericana en los años que siguieron, los contribuyentes americanos tuvieron que financiar la diferencia entre los modestos ingresos procedentes de las exportaciones sudvietnamitas y los inmensos gastos de la importación de alimentos, bienes de consumo y sobre todo suministros bélicos, diferencia que cuando la guerra se aproximaba a su fin suponía casi mil millones de dólares anuales.

Este y otros pesados sacrificios no eran previsibles cuando el gobierno norteamericano tomó la decisión, tras la conferencia de Ginebra, de participar militarmente en el Asia sudoriental. En septiembre del mismo año de la conferencia, el ministro americano de Asuntos Exteriores, John Foster Dulles, creó la Organización del Pacto del Asia sudoriental —SEATO— en una conferencia celebrada en Manila. Era una organización bélica a la que, junto con Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Australia y Nueva Zelanda, los únicos Estados del Asia sudoriental que formaban parte de la misma eran Tailandia, Pakistán y Filipinas. En un protocolo especial se añadieron los nombres de Vietnam del Sur, Laos y Camboya entre los territorios que la Organización había de proteger. Sobre la base de este protocolo comenzaron las ayudas norteamericanas a Indochina que en los años siguientes condujeron poco a poco a la intervención de las fuerzas de combate norteamericanas en Vietnam, Laos y Camboya hasta sumar 550 000 hombres.

Antes de que se firmara el armisticio de Ginebra, el 4 de julio de 1954 Francia firmó un pacto con el gobierno de Bao Dai por el cual concedía la independencia a Vietnam del Sur. El 16 de junio, Bao Dai nombró primer ministro al nacionalista Ngo Dinh Diem. Diem, hijo de un alto funcionario de la corte imperial annamita, se había formado en la administración franco-vietnamita pero había rechazado la colaboración con el gobierno de Ho Chi Minh con tanta decisión como la colaboración con la dominación colonial francesa, exigiendo la plena independencia de Vietnam. Desde 1950 residía en el extranjero, en Japón, Estados Unidos y Europa; católico muy practicante, pasó el último año antes de su nombramiento en un convento de benedictinos belgas.

Al hacerse Diem cargo del poder, Vietnam del Sur se encontraba en una situación casi caótica. Amplias zonas del país estaban dominadas por sectas seudorreligiosas que poseían sus propios ejércitos y recaudaban impuestos, el Cao Dai y el Hoa Hao, así como por bandas de «gánsters» organizadas que se denominaban Binh Xuyen. Tampoco podía Diem confiar en la lealtad inquebrantable de las fuerzas armadas del Gobierno. Esta inestabilidad política interna se hacía tanto más crítica cuanto que, tras la

partición del país, quedaron en el sur cuadros del Vietminh que prosiguieron su actividad comunista en la clandestinidad; en segundo lugar, a esto se añadía que, inmediatamente después de la entrada en vigor del acuerdo de alto el fuego, 880 000 vietnamitas del norte, en su mayoría católicos, huyeron del gobierno comunista a Vietnam del Sur, donde tuvieron que ser absorbidos por una economía subdesarrollada. Mientras que el jefe del Estado, Bao Dai, residía de nuevo en Francia y desde allí trataba de mantener la influencia francesa, que iba desapareciendo, Diem se apoyaba en la posición cada vez más fuerte de la potencia protectora americana. Con tal respaldo consiguió, en la primavera de 1955, derrotar dos rebeliones: un amotinamiento dentro de su propio ejército y un ataque de sectas armadas. Tras superar estas pruebas de fuerza, Diem se enfrentó al emperador Bao Dai, al que despreciaba por *quisling*. El 23 de octubre de 1955 hizo que la población decidiera en un plebiscito si prefería su gobierno o el del emperador ausente Bao Dai. Tras pronunciarse el 98 por ciento de los que tenían derecho a voto por Diem, decretó la destitución de Bao Dai, proclamó la república el 26 de octubre y asumió los plenos poderes en calidad de Presidente.

En este momento —año y medio después de haber sido nombrado primer ministro en una situación casi desesperada— Diem tenía bajo control al ejército, la policía y la ciudad de Saigón. Pero en las zonas rurales la actividad de los comunistas proseguía, y su propaganda contra el gobierno fue utilizada por Diem como pretexto para negarse a llevar a cabo las elecciones en todo Vietnam acordadas en Ginebra. Washington apoyó su actitud. En lugar de las elecciones de reunificación, Diem organizó en 1956 las primeras elecciones para una asamblea constituyente que ganaron por amplia mayoría los dos partidos afectos al gobierno frente a varios partidos de la oposición. Estas elecciones sirvieron como confirmación del carácter de Estado propio de la mitad meridional de Vietnam, carácter que Diem y Washington defendieron frente a las exigencias de Hanoi de reunificar el país. El jefe del Estado sudvietnamita basaba su estricto rechazo de toda cooperación con el gobierno de Ho Chi Minh en que éste no se atrevía a celebrar elecciones dentro de su propio Estado e intimidaba con el terror o destruía físicamente a todas las fuerzas de la oposición.

De hecho, tras la conferencia de Ginebra y la evacuación de las tropas francesas, los cuadros comunistas del Vietminh asumieron en Hanoi el poder total. El «Partido Comunista de Indochina», disuelto el 11 de noviembre de 1945 tras la proclamación de la «República Democrática de Vietnam» y sustituido por una organización de frente popular, volvió a fundarse el 3 de marzo de 1951 como «Lao Dong Dang», es decir como «Partido de los Trabaja-

dores». Mientras que los comunistas se habían esforzado durante los años de la guerra por colaborar con nacionalistas no comunistas, a partir del armisticio de julio de 1954 se hicieron con el control exclusivo del aparato gubernamental y liquidaron a muchos de sus antiguos aliados como «enemigos de clase».

En contraste con el régimen de burócratas sin ideología precisa y el ejército apolítico de Vietnam del Sur, los funcionarios estatales y los oficiales de Vietnam del Norte eran comunistas fieles a la línea del partido que en los años de la guerra de la jungla se habían convertido en una disciplinada comunidad de lucha bajo la rigurosa e indiscutida dirección de Ho Chi Minh, aclamado como héroe nacional. El gobierno funcionaba siguiendo las directrices del Politburó, en el que el secretario general del partido, Truong Chinh, había impuesto una radical reforma agraria. La reforma agraria fue llevada a efecto con tal brutalidad por los llamados tribunales de la reforma agraria —pronunciando muchos miles de sentencias de muerte incluso contra pequeños propietarios rurales— que en 1956 se produjo una rebelión campesina contra el régimen. Los disturbios obligaron al gobierno a actuar con mesura y a la dirección del Partido a destituir al secretario general, cuyo cargo fue asumido personalmente por Ho Chi Minh a partir de entonces. Con apoyo soviético y chino comenzó un período de reconstrucción económica que se fijó el modesto objetivo de conseguir que la producción agrícola e industrial y las comunicaciones del país asolado por la guerra volvieran a alcanzar los niveles anteriores a ésta. Simultáneamente —al negarse el presidente Diem a la celebración de elecciones conjuntas en todo Vietnam— se forzó, al principio en secreto y luego en paulatino aumento, la actividad de los terroristas comunistas en Vietnam del Sur, iniciándose así en 1960 la segunda fase de la guerra de Indochina.

En septiembre de 1960 se tomó en el III Congreso del Partido de los Trabajadores de Vietnam la resolución de crear en Vietnam del Sur una organización de frente popular que debía atraer a todos los nacionalistas posibles aunque no fueran comunistas. El 20 de diciembre de aquel mismo año se fundó «en algún punto» de Vietnam del Sur el «Frente de Liberación Nacional» (FLN), en el que se agruparon cerca de 20 partidos políticos y grupos religiosos. El FLN se dio a sí mismo un programa marcadamente inofensivo con exigencias tales como constitución de un gobierno de coalición nacional, garantía de libertades democráticas, elecciones generales, neutralidad y no participación en alianzas militares, denuncia de la ayuda norteamericana, celebración de una nueva conferencia internacional sobre Indochina de acuerdo con el modelo de Ginebra de 1954 y normalización de las relaciones en-

tre las dos «zonas» como primer paso hacia una reunificación pacífica.

En el I Congreso del FLN, celebrado en la primavera de 1962, fue elegido como secretario general del Comité Central el dirigente del «Partido Socialista» Nguyen Van Hieu, ex profesor y periodista, y la presidencia del partido fue asumida por un antiguo arquitecto de Saigón, Nguyen Huu Tho, perseguido en el Sur por propugnar las elecciones de reunificación, que huyó a Hanoi en 1956. El «Partido Popular de Acción Revolucionaria», que oficialmente no se fundó hasta enero de 1962 como suborganización del FLN, era ya anteriormente la prolongación del Partido de los Trabajadores de Vietnam del Norte y el que de hecho dirigió la lucha clandestina contra el régimen de Diem. El camuflaje de Frente Popular adoptado por la lucha comunista en Vietnam del Sur no dejó de tener su eficacia; movilizó una llamada «tercera fuerza» que habría de desempeñar posteriormente un papel importante en favor de la formación de un gobierno de coalición neutral. En la opinión pública mundial tomó cuerpo la impresión de que en el FLN luchaban patriotas sudvietnamitas por la autodeterminación nacional de su país frente a los «imperialistas americanos» y su «régimen satélite» de Saigón.

La organización-frente del FLN estaba constituida por los guerrilleros sudvietnamitas denominados «Vietcong» que imponían en su ámbito de influencia —las supuestas «zonas liberadas»— un terror despiadado. Para intimidar a la población procedían a asesinar sistemáticamente a los jefes de las aldeas. En 1960 morían diariamente media docena de ellos de un modo cruel. Desde el comienzo de la guerra de guerrillas el Vietcong recibió unos refuerzos anuales de más de 2 000 hombres procedentes de Vietnam del Norte. Al principio se trataba sobre todo de comunistas sudvietnamitas que tras la división del país en 1954 habían huido al Norte y que volvían a su antigua patria formados como guerrilleros.

Simultáneamente Vietnam del Norte, con ayuda del «Pathet Lao» comunista, abrió un corredor de abastecimiento a través del vecino reino de Laos, la llamada «senda Ho Chi Minh», que no era en realidad una «senda», sino toda una red de caminos que atravesaban la selva y por los que llegaban los refuerzos norvietnamitas a Vietnam del Sur. De este modo se salvaba la zona desmilitarizada de la línea de demarcación que separaba los dos Estados vietnamitas por el paralelo 17. En 1963 se calculaba entre 15 000 y 20 000 el número de guerrilleros que operaban al sur del paralelo 17. Las zonas donde tenían mayor peso estaban situadas junto a la frontera laosiana y camboyana, y en el delta del Mekong, que tenía una importancia fundamental para el abasteci-

miento de productos alimenticios, controlaban para entonces la mitad del territorio.

Entretanto en Saigón el gobierno de Diem proseguía consecuentemente su objetivo de crear un Estado independiente y de defender su soberanía. Los Estados Unidos condenaban los modos autoritarios de gobernar de Diem, pero apoyaban su política de independencia con una ayuda militar y económica en constante crecimiento, que en 1960 había supuesto ya 3 000 millones de dólares. Vietnam del Sur hacía progresos económicos apreciables. Se aumentó la producción arrocera, azucarera y textil, se construyeron escuelas y hospitales y se dieron los primeros pasos hacia una modesta reforma agraria. Pero Diem practicaba un despotismo familiar de estilo oriental que, a pesar de su insobornabilidad personal, favorecía una omnipresente corrupción administrativa. Católico riguroso, se hallaba poseído de una conciencia de misión mesiánica; tradicionalista confuciano, opinaba que, en la estructura jerárquica de la sociedad vietnamita, las masas debían respeto y obediencia a sus dirigentes. Las recomendaciones de sus aliados norteamericanos de que llevara a cabo reformas democráticas fueron recibidas por aquel patriota orgulloso de su independencia como una intromisión en los asuntos internos de Vietnam. Las informaciones críticas de los periodistas norteamericanos, que daban una imagen negativa de su régimen, avivaban sus sospechas, de por sí nunca adormecidas, de que los americanos apoyaban a sus oponentes políticos. Llegó incluso a responsabilizar a la influencia americana ejercida sobre los oficiales más jóvenes formados en los Estados Unidos del golpe militar fracasado que tuvo lugar en 1960.

Pese a la desconfianza con que contemplaba Diem toda oposición política, a la que condenaba sumariamente como deslealtad, en 1959 se celebraron las segundas elecciones para la Asamblea Nacional tolerando que se presentaran partidos de oposición, y en 1961 tuvieron lugar las primeras elecciones presidenciales. Ambas consultas electorales terminaron con la victoria previamente programada de los partidarios de Diem. El presidente se apoyaba en el «Movimiento Nacional Revolucionario», un partido de simpatizantes dirigido por sus dos hermanos menores, Ngo Dinh Nhu y Ngo Dinh Can, que carecía de todo programa ideológico aparte de su vocinglero anticomunismo. El propio Diem no tenía más idea política que un vago concepto del «personalismo» influido por el pensamiento confuciano y respondía a la extendida tendencia sudvietnamita al sectarismo religioso y político con la exigencia de una disciplina nacional absoluta. Para contrarrestar en las zonas rurales la actividad cada vez más eficaz de la guerrilla del Vietcong Nhu, el hermano de Diem, desarrolló un programa de «aldeas

fortificadas», las llamadas *hamlets,* en las que se armaba a los campesinos para su autodefensa. Le apoyaba en esta política el segundo hermano de Diem, Ngo Dinh Can que, en su calidad de gobernador de la provincia, gobernaba con el mismo autoritarismo con que Diem ejercía la presidencia. El tercero de sus hermanos, Ngo Dinh Tuc, era arzobispo católico y reforzaba a Diem en su rígida actitud para con la oposición budista.

El enfrentamiento del presidente con el clero budista desencadenó una grave crisis que terminó con el derrocamiento de Diem, su asesinato y el de sus tres hermanos. La crisis comenzó el 8 de mayo de 1963 con sangrientos incidentes en la antigua capital imperial de Hué. Diem había prohibido un despliegue ornamental de banderas previsto para conmemorar el 2587 aniversario del nacimiento de Buda. Al protestar los budistas, el ejército disparó sobre los manifestantes. Se produjeron numerosos muertos y heridos y este incidente provocó poco después la espectacular autoincineración del alto dignatario budista Quang Duc en Saigón, a la que pronto siguieron otras autoinmolaciones rituales de monjes budistas.

En Saigón, la pagoda de Xa Loi se convirtió en centro de la resistencia budista contra el régimen de Diem. El cabecilla del clero militante era el monje Thich Tri Quang, que a menudo provocó al gobierno con su agitación. Diem y su hermano Nhu, que entretanto había llegado a ser el más íntimo consejero del presidente, respondieron con toda dureza y el 21 de agosto de 1963 desencadenaron una acción de búsqueda y captura por todas las pagodas de la capital. Con ello hirieron los sentimientos de las capas budistas de la población, preponderantemente de clase media, que se rebelaron contra la familia católica del presidente y cuyo nacionalismo xenófobo se dirigió contra la potencia protectora norteamericana.

c) *El compromiso militar de los Estados Unidos en Vietnam*

El gobierno de Washington se encontraba en un dilema ante la crisis de Saigón, dilema que había cobrado un funesto cariz desde la toma del poder del presidente Kennedy en enero de 1961. En marzo de 1961, tropas norvietnamitas apoyaron una ofensiva de la guerrilla comunista del «Pathet Lao» que operaba en el vecino reino de Laos. Los Estados Unidos, que veían en ello un peligro para el «territorio bajo protección» de la SEATO, reaccionaron con el desembarco de un pequeño contingente de fuerzas norteamericanas de combate en Tailandia, Estado miembro de la SEATO. Simultáneamente se plantearon la conveniencia de reforzar su ayu-

da militar a Vietnam del Sur. Kennedy envió a su consejero Walt Rostow y al general Maxwell Taylor en misión informativa a Saigón. A su vuelta, en octubre de 1961, recomendaron el envío de consejeros norteamericanos que deberían funcionar como adjuntos de las unidades militares y de las autoridades administrativas, además del estacionamiento de un contingente de tropas norteamericanas de combate de unos 10 000 hombres como reserva para una posible intervención en Vietnam del Sur, y finalmente, en el caso de que Hanoi no detuviera la infiltración de tropas comunistas hacia el sur, medidas de represalia contra Vietnam del Norte.

El presidente Kennedy rechazó las represalias contra Vietnam del Norte y la intervención de tropas de combate norteamericanas en Vietnam del Sur. Pero elevó el número de consejeros militares. La plantilla de consejeros norteamericanos en Vietnam de Sur, que en 1954 constaba de 55 oficiales, creció hasta alcanzar a finales de 1961 la cifra de 1 364 oficiales; a finales de 1962 se elevaba a 9 865, y en noviembre de 1963 eran cerca de 15 000 los oficiales y expertos norteamericanos que Washington había introducido en Vietnam para sostener al gobierno de Diem. A lo largo de todo ese tiempo se habían producido controversias en Washington entre los partidarios de una ayuda de ese tipo y sus oponentes. Al desencadenarse la crisis de Laos, el entonces vicepresidente y posterior presidente Johnson, que había visitado Saigón en mayo de 1961, declaraba: «La decisión fundamental en torno al Asia sudoriental ha de tomarse ahora. Tenemos que decidirnos: o bien ayudamos a aquellos países en la medida de nuestras fuerzas o abandonamos la lucha y hacemos retroceder nuestra línea defensiva a San Francisco. En tal caso, lo que es aún más importante, estaríamos anunciando al mundo que no cumplimos nuestros compromisos y no sostenemos a nuestros amigos». La responsabilidad del problema de Vietnam fue pasando cada vez más del Departamento de Estado al de Defensa; tanto el entonces ministro de defensa McNamara como los altos jefes militares norteamericanos estaban convencidos todavía, a comienzos de 1963, de que el régimen de Saigón ganaría la guerra antes de finalizar el año.

Una opinión totalmente contraria era sustentada por casi todos los periodistas norteamericanos que informaban desde Saigón, los cuales dedicaban las más duras críticas al régimen autoritario de Diem y a la ayuda que los norteamericanos prestaban al «dictador». Los corresponsales señalaban como denigrante toda violación de los derechos democráticos fundamentales en Vietnam del Sur, mientras que a menudo se pasaban por alto como «inmanentes al sistema» los crímenes de la guerrilla del Vietcong. Estas crónicas que condenaban sobre todo al hermano del presidente, Ngo Dinh Nhu, y a su mujer, Madame Nhu, políticamente muy influyente,

no dejaron de producir sus efectos en Washington. Las críticas parecieron encontrar confirmación en los disturbios budistas que se sucedieron durante todo el verano de 1963. Cuando en septiembre volvieron a visitar Vietnam del Sur el ministro de Defensa, McNamara, y el jefe del Estado Mayor norteamericano, general Taylor, llegaron a la conclusión opuesta a su anterior apreciación de la situación, a saber que el impopular régimen de Diem ya no podría ganar la guerra. Inmediatamente después, el presidente Kennedy exigó «cambios personales» en el gobierno de Saigón.

Era evidente que la dirección del ejército sudvietnamita no esperaba sino una señal así. Hacía tiempo que los jefes militares estaban irritados con la política de Diem, y no era el último motivo de esta irritación el creciente antiamericanismo de éste y la supuesta disposición que de ahí podía derivarse a buscar un entendimiento con Hanoi. Al igual que el nuevo embajador norteamericano en Saigón, Cabot Lodge, también los generales sudvietnamitas exigieron ahora de Diem que destituyera a su hermano y a Madame Nhu y los enviara al exilio, que incorporase al ejército las *special forces* mandadas por Nhu y que pusiera a las fuerzas armadas, que hasta entonces estaban bajo la responsabilidad directa del presidente, a las órdenes de un ministro de Defensa de extracción militar. Como el orgulloso presidente no se aviniera a ningún tipo de negociación, en la noche del 1 al 2 de noviembre de 1963 fue derrocado mediante un golpe de Estado militar y asesinado a la mañana siguiente junto con su hermano Nhu. El golpe, excepción hecha del asesinato del presidente, había sido detalladamente planeado y aprobado por los consejeros norteamericanos, incluido el embajador de los Estados Unidos, Cabot Lodge, y ello a buen seguro no sin que mediara el encargo de su gobierno en Washington. Cuando le comunicaron al presidente Kennedy la muerte de Diem, parece ser que se encogió de hombros y se limitó a decir: «En fin, los acontecimientos han arrollado a Diem». Sólo tres semanas más tarde era asesinado el propio Kennedy. A su sucesor, Johnson, le dejó un problema que en año y medio había de implicar a los Estados Unidos en la guerra de Indochina con una fuerza expedicionaria que llegó a superar el medio millón de soldados norteamericanos.

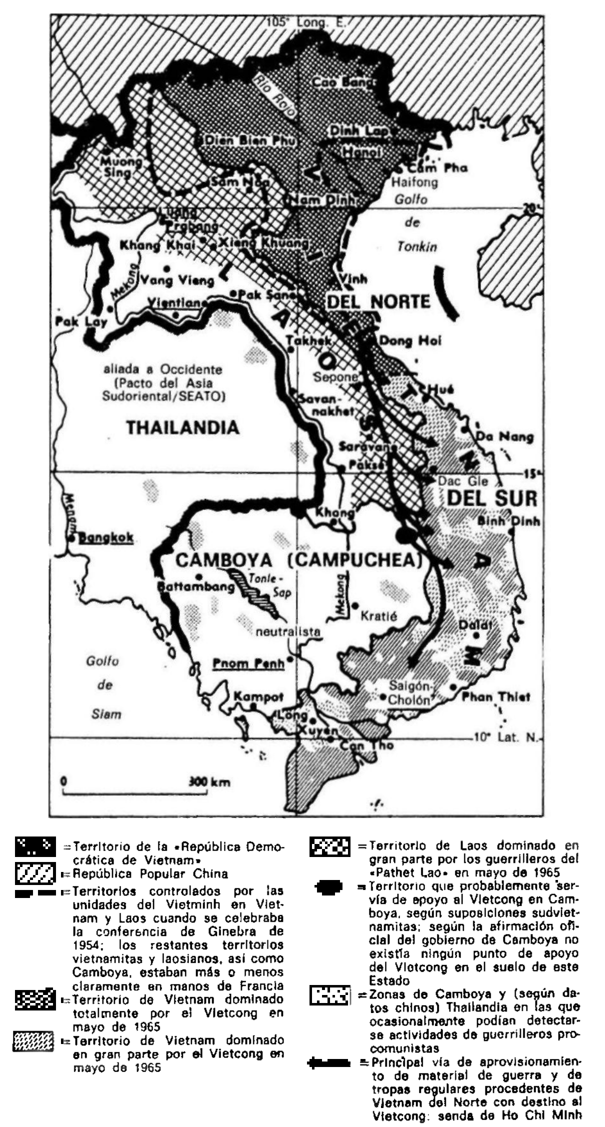
Se atribuyen al ministro de Defensa norvietnamita, general Giap, las siguientes manifestaciones: «Hay sólo dos verdaderos líderes en Vietnam: el uno se llama Ho Chi Minh y el otro Ngo Dinh Diem. No hay sitio para los dos en este país». Efectivamente, Vietnam del Sur perdió con el asesinato de Diem al único líder político destacado que poseía. El «Consejo Militar de la Revolución», que constituyó el primer gobierno sucesor, estaba tan desunido que a lo largo de 1964 se sucedieron los golpes de Estado

uno tras otro y el país se vio al borde del colapso político y militar.

Ya en el mes de enero de 1964 la Junta Militar gobernante fue derrocada mediante un golpe de Estado del general Khanh, de treinta y seis años. Este jefe militar, formado en Francia, no había participado en la conspiración contra Diem. Se autoproclamó jefe del Estado, pero en el curso del año el gobierno cambió otras cinco veces, mediante conspiraciones unas veces contra Khanh y otras con él. Paralelamente a este derrumbamiento de la autoridad del Estado, las tropas gubernamentales sufrían un descalabro tras otro en su lucha contra el Vietcong. Mientras en la capital reinaba la anarquía como consecuencia de las luchas callejeras entre católicos y budistas, los comunitas conquistaron 13 de las 44 provincias sudvietnamitas, y en otras 22 provincias desplegaron tal actividad que oficialmente se las declaró zona de peligro.

En vista de la amenaza de derrota militar el gobierno norteamericano se decidió, en julio de 1964, a reforzar su «Mando Militar de Apoyo» (MACV) en Saigón, así como la dotación de las bases de las fuerzas aéreas norteamericanas, que pasó de 15 000 a 20 000 hombres. Cuando dos meses más tarde dos destructores norteamericanos fueron atacados por cañoneras norvietnamitas en aguas del golfo de Tonkín, el presidente Johnson, con poderes del Congreso para ello, ordenó una operación de represalia con ataques de las fuerzas aéreas norteamericanas contra los puertos e instalaciones de aprovisionamiento de la costa de Vietnam del Norte. Con estos primeros ataques contra territorio comunista desde la guerra de Corea los Estados Unidos iniciaron la nefasta escalada de su guerra en Indochina. No se trataba de una política de intervención planeada a largo plazo, sino de una serie de pequeñas decisiones con las que un paso en la escalada llevaba casi con automática fatalidad al siguiente.

Todavía en octubre de 1964, el presidente Johnson declaraba: «Bajo ninguna circunstancia queremos una guerra terrestre en Asia, y no vamos a mandar a nuestros 'muchachos' a 15 000 ó 16 000 kilómetros de la patria lanzándolos al combate para que hagan lo que deberían estar haciendo los muchachos asiáticos». Pero ya en febrero de 1965 se había dado el siguiente paso en la escalada, al comenzar los norteamericanos, tras un ataque del Vietcong a la base aérea norteamericana de Pleiku, a bombardear las zonas de avituallamiento norvietnamitas inmediatamente al norte del paralelo 17. En un par de semanas entraban en la guerra las primeras tropas de combate de tierra norteamericanas. En agosto de 1965 el contingente norteamericano se elevaba ya a 125 000 hombres y hasta 1967 llegó a alcanzar la cifra de 550 000. En este mismo período las fuerzas combatientes comunistas aumentaron de 90 000



Mapa 7. *Vietnam y sus vecinos (1967).*

a 200 000 hombres; de estas fuerzas sólo la mitad, como mucho, eran tropas regulares del ejército norvietnamita. De todos modos, la tasa de infiltración norvietnamita se había triplicado tras dos años de bombardeos aéreos norteamericanos dirigidos sobre todo contra las vías de aprovisionamiento de la llamada senda Ho Chi Minh, y en los años que siguieron había de elevarse todavía más, hasta el punto de que el ejército norvietnamita pudo librar por sí solo la batalla decisiva contra Saigón.

La conducción norteamericana de la guerra se resintió desde el primer momento de la falta de motivación política de las propias tropas, mientras que los comunistas se sentían los adelantados del progreso social y los campeones de la independencia de un Vietnam reunificado, mostrándose decididos a luchar contra el enemigo hasta la victoria total. Por el contrario los Estados Unidos tan sólo querían ejercer sobre Hanoi presión militar hasta que los norvietnamitas estuvieran dispuestos a reconocer el *statu quo* de la división del país. Cuando se explicaba a los soldados norteamericanos que con su intervención en Vietnam lo que hacían era evitar que un día los Estados Unidos tuvieran que defenderse en California de los comunistas asiáticos, era difícil convencerles con tales argumentos. Lo que estaban haciendo era más bien una guerra de legionarios y a ello había que añadir que se sentían traicionados por la oposición antibélica que cada vez cobraba más fuerza dentro de su país. Ya el comandante en jefe norteamericano en Corea, general MacArthur, condenaba el hecho de hacer una guerra que no se quería realmente ganar empleando a fondo todas las fuerzas, y afirmaba que no hay sustitutivo para la victoria. Y la guerra convencional norteamericana contra la guerra de guerrillas ha sido comparada por voces críticas con el intento de eliminar la maleza de un jardincillo con una máquina aplanadora.

Los militares sudvietnamitas propugnaban constantemente atacar también a Vietnam del Norte con tropas de tierra hasta poner allí al enemigo de rodillas. Pero el gobierno norteamericano veía en ello un riesgo demasiado grande, porque temía una intervención de tropas soviéticas y sobre todo chinas, tal como la que se produjera ya en Corea. De hecho este peligro existía, máxime cuando los chinos se sentían directamente amenazados por la fuerte acumulación de tropas, bases, aviones y barcos norteamericanos tan cerca de sus fronteras, y dado que la «política de contención» desarrollada por el ministro del Exterior Dulles se dirigía, en primer lugar, contra Pekín.

Otro obstáculo más en la guerra que libraban los Estados Unidos consistía en que muchos norteamericanos compartían las críticas procedentes de todo el mundo que condenaban la lucha del Goliat americano contra el David vietnamita como «neocolonialismo»,

adoptando a menudo las acusaciones propagandísticas de Hanoi. Cierto que había también americanos que servían en bandeja los argumentos a quienes les criticaban, como el general LeMays, con la tristemente célebre exigencia de «bombardear Vietnam hasta hacerlo volver a la Edad de Piedra», o el general Westmoreland, que introdujo el método del *bodycount,* del *recuento diario de cadáveres* en su táctica de *búsqueda y destrucción (search and destroy).* Pero en el fondo la política norteamericana en Vietnam no estaba determinada ni mucho menos por fines imperialistas, sino por la voluntad —como dijo el presidente Johnson— de defender frente a «una infame agresión contra derecho» a Vietnam del Sur, más débil que Vietnam del Norte, y de poner coto en Asia a la temida expansión mundial violenta del comunismo allí donde hubiera quedado un vacío de poder dejado por la retirada de las potencias coloniales extranjeras. No fue la última de las razones del fracaso de esta política el hecho de que los Estados Unidos no encontraran otros aliados en los tres Estados indochinos que los representantes de un *ancien régime* caduco y corrompido, que opusieron terca resistencia a las reformas sociales y políticas que Washington propugnaba, con lo que se enajenaron la confianza de sus pueblos respectivos.

En Saigón, tras la larga serie de golpes de Estado, se hicieron con el poder, en el verano de 1965, dos militares —el mariscal del aire Cao Ky y el general Thieu— que introdujeron un período de estabilidad política. Hasta septiembre de 1967 dominó la escena política Cao Ky como jefe de una Administración de corte marcial, mientras que Thieu se tenía que conformar con el papel, más ceremonioso que otra cosa, de jefe del Estado. Pero cuando en septiembre —entre otras cosas a petición del aliado norteamericano— la Junta Militar fue sustituida por un gobierno elegido, el general Thieu asumió como presidente los plenos poderes del gobierno, conservándolos hasta unos días antes de la capitulación de Saigón en la primavera de 1975. Aunque en octubre de 1967 se celebraron por primera vez en Vietnam del Sur elecciones parlamentarias en las que la oposición pudo manifestarse legalmente por primera vez en trece años, el proceso de democratización no hizo ni mucho menos los progresos que Washington había esperado. El autoritario Thieu resultó ser para los Estados Unidos un socio tan testarudo, desconfiado e incómodo como lo fuera el presidente Ngo Dinh Diem, derrocado en noviembre de 1963. Pero, a diferencia de lo que ocurría en la última época del régimen de Diem, en la que los norteamericanos temían un rápido triunfo de los comunistas debido a los conflictos internos de Vietnam del Sur, la situación militar y política bajo el gobierno de Thieu pareció inclinarse decididamente a favor de este país. Cuando en

octubre de 1966 se reunieron en Manila los jefes de gobierno de los Estados que apoyaban activamente la guerra de Washington en Vietnam, con el presidente Johnson a la cabeza —sobre todo Corea del Sur, junto a los miembros de la SEATO Filipinas, Tailandia, Australia y Nueva Zelanda—, en esta conferencia en la cumbre se celebró la victoria final de los aliados en Indochina, victoria que se creía al alcance de la mano.

Tanto mayor fue por ello la conmoción que se produjo al romper los comunistas en las primeras semanas de febrero de 1968 la tregua del Tet (el Año Nuevo budista) atacando simultáneamente todas las plazas importantes de Vietnam del Sur en una gran ofensiva que cogió completamente por sorpresa a sus enemigos. 36 000 soldados norvietnamitas y guerrilleros del Vietcong atacaron, siguiendo un plan minuciosamente preparado y perfectamente coordinado, 28 de las 44 capitales de provincia sudvietnamitas y destruyeron aeródromos, bases militares e instalaciones gubernamentales; durante varios días desarrollaron luchas en las calles de Saigón, ocupando incluso durante algún tiempo la embajada norteamericana y mantuvieron en su poder durante varias semanas el núcleo de la antigua capital imperial de Hué. Dondequiera que penetraban, los comunistas desencadenaban el terror. En Hué se descubrieron, tras la reconquista por las tropas del Gobierno, fosas comunes con los cadáveres de miles de civiles asesinados. Pero también fueron tan grandes sus propias bajas, sobre todo entre los cuadros del Vietcong, que en el futuro los debilitados comunistas sudvietnamitas ya no pudieron desempeñar otro papel que el de tropas auxiliares de las fuerzas norvietnamitas. Pero sobre todo se vieron amargamente frustradas las esperanzas de los comunistas de desencadenar con su ofensiva un levantamiento popular general. Sus éxitos militares constituyeron una victoria pírrica. Pero desde el punto de vista político-psicológico supusieron un triunfo sin precedentes para Hanoi, ya que suscitó en Washington la disposición a desescalar la guerra y a aceptar que se celebraran negociaciones de paz. Esta disposición fue anunciada por el presidente Johnson el 31 de marzo de 1968, al mismo tiempo que comunicaba resignadamente su renuncia a presentarse a la reelección.

El drástico cambio de rumbo norteamericano se decidió sin previas consultas con el gobierno de Saigón ni con los restantes aliados de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam. Provocó una grave crisis de confianza en las relaciones americano-vietnamitas, crisis que, a comienzos de la década de 1970, había de extenderse también a las relaciones de los Estados Unidos con el resto de sus aliados asiáticos, como consecuencia del acordado acercamiento chino-norteamericano también iniciado por sorpresa.

El 10 de mayo de 1968 comenzaban en el Hotel Majestic de

París las negociaciones previas oficiales, tras las que se ocultaban otras negociaciones secretas, entre representantes de los gobiernos norteamericano y norvietnamita. Empezaron ocupándose de cuestiones de procedimiento y se prolongaron con frecuentes interrupciones todo el año. El punto más controvertido era el de si podían participar en las negociaciones el gobierno de Saigón y el Frente de Liberación Nacional y en qué manera, ya que ambos pretendían ostentar la representación exclusiva y por tanto recíprocamente excluyente de Vietnam del Sur. Asimismo Hanoi exigía como condición previa *sine qua non* el cese total de los bombardeos norteamericanos sobre Vietnam del Norte, mientras que se reservaba el derecho, de acuerdo con la vieja táctica comunista de «luchar y negociar al mismo tiempo», de proseguir sus operaciones militares.

Mientras que el gobierno soviético favorecía la iniciación de las negociaciones, ya los preparativos tropezaron con la viva oposición de la República Popular China. Todavía en septiembre de 1968 Mao Zedong decía en un mensaje enviado a Ho Chi Minh: «El imperialismo de los Estados Unidos y el revisionismo de la Unión Soviética no podrán librar al agresor norteamericano de su inminente colapso en Vietnam. Su arrogante y devastador intento de repartirse el mundo mediante la colaboración recíproca tropieza con la resistencia cada vez más firme de hombres y mujeres de todas las naciones». En este comunicado empezaba a delinearse claramente el conflicto de intereses que en adelante había de ensombrecer y agudizar constantemente la polémica en torno al problema de Indochina. Pekín temía la creciente influencia soviética en Hanoi y veía el peligro de que el resultado de las conversaciones de paz hiciera surgir un Vietnam independiente y unificado que, con la anexión de Laos y Camboya, se convirtiera en una potencia regional enemiga de China. Este temor a una política soviética de cerco dirigida contra Pekín determina hoy todavía la actitud china respecto a los tres Estados indochinos.

Al aceptar el presidente norteamericano Johnson en noviembre de 1968 el cese de los bombardeos exigidos por Hanoi y llegarse a un acuerdo de compromiso en la cuestión de *status* del gobierno de Saigón y de la representación del FLN, pudieron por fin comenzar en París las negociaciones de paz oficiales en diciembre de 1968. Como máximo representante de Saigón fue enviado a París el antiguo jefe de gobierno Cao Ky, mientras que la delegación del FLN iba encabezada por la señora Nguyen Thi Binh, que supo despertar de una manera convincente la impresión de no defender reivindicaciones comunistas y revolucionarias extremas, sino el mero derecho a la autodeterminación nacional del pueblo sudvietnamita. Pero las verdaderas negociaciones se desarrollaron entre los delegados de Washington y de Hanoi, y ello menos en la

mesa oficial de la conferencia, donde los comunistas hablaban sobre todo de cara a la galería, que en conversaciones secretas a puerta cerrada.

En los Estados Unidos Richard Nixon había ganado las elecciones presidenciales de noviembre de 1968. Junto con su consejero de seguridad Henry Kissinger, persiguió desde el primer momento el objetivo primordial de poner término a la intervención norteamericana en Indochina y de «traerse para casa a los chicos de los campos de batalla y de la cautividad». Todos los demás aspectos del complejo problema de Indochina eran secundarios. Se quería sin duda una «paz honrosa» que, después de la política que hasta allí habían seguido los norteamericanos, tendría que haber consistido en realidad en la garantía de que se mantendría Vietnam del Sur como Estado; pero en realidad el Dr. Kissinger dio a entender que se trataría fundamentalmente de que Hanoi se aviniera a respetar un «plazo de tregua razonable» tras la retirada de las tropas norteamericanas.

Las exigencias de las partes en las negociaciones de paz, que con interrupciones habían de prolongarse más de cuatro años, eran en esencia las siguientes: Washington exigía de Hanoi, como contrapartida de la retirada de sus tropas, el retroceso de las fuerzas norvietnamitas al norte del paralelo 17. A continuación el FLN y el gobierno de Saigón deberían ponerse de acuerdo sobre la formación de un gobierno de coalición y la celebración de elecciones libres, a ser posible bajo control internacional. Por el contrario, Hanoi exigía la retirada incondicional de las tropas norteamericanas, la dimisión inmediata del gobierno de Thieu y la formación de un gobierno de coalición compuesto por representantes del FLN y de la llamada «Tercera Fuerza» (término con el que se designaba a los opositores neutralistas, no comunistas, al régimen de Thieu); a esta coalición de «Frente Popular» había de confiársele la celebración de las elecciones.

El gobierno de Saigón pedía la retirada inmediata de las tropas norvietnamitas por detrás de la línea de demarcación, celebrándose después elecciones bajo control internacional, con la eventual participación del FLN. Para ello era necesario, de todas maneras, introducir una enmienda en la Constitución que no se quería conceder sin más. A fin de reforzar su posición, el FLN formó en junio de 1969 un «gobierno revolucionario provisional» que, al igual que el de Saigón, reivindicaba la representación exclusiva de Vietnam del Sur.

Aquel mismo mes se reunían en la isla de Midway, en el océano Pacífico, el presidente Nixon y el presidente Thieu para tratar de la crisis de confianza entre ambos aliados, que había ido en aumento desde la toma de posesión de Nixon. Pero la solución de la

crisis fue puramente formal. Pues la retirada de 25 000 soldados norteamericanos de Vietnam del Sur, anunciada en aquella ocasión por Nixon y supuestamente pedida por Thieu, se produjo en realidad contra la más viva oposición del jefe del gobierno de Saigón. Thieu temía que se produjera «una liquidación de los intereses de su pueblo» por parte de Washington, y su actitud hacia el aliado norteamericano estuvo marcada por esta desconfianza hasta el amargo final de ambos.

La retirada de las tropas norteamericanas de Vietnam del Sur, que comenzó con la declaración de Nixon en la isla de Midway, era un anticipo del cumplimiento de las condiciones impuestas por Hanoi. En cambio no se obtuvo de Hanoi ninguna garantía respecto a la reducción de tropas norvietnamitas que inicialmente se exigiera. La «desescalada» ya introducida por el presidente Johnson recibía ahora el nombre de «desamericanización» o bien de «vietnamización» de la guerra. Mientras que Washington retiraba, hasta comienzos de 1973, la totalidad de los 550 000 hombres de los efectivos totales de su cuerpo expedicionario en Vietnam, las fuerzas armadas regulares sudvietnamitas se duplicaron con la masiva ayuda armamentista norteamericana, superando los 500 000, a los que había que sumar otros tantos de las llamadas «fuerzas armadas populares». Después de que en 1965 las tropas de los Estados Unidos evitaran el colapso del que estaba amenazado el régimen de Vietnam del Sur y de que llevaran durante tres años más el peso principal de la lucha —con más de 40 000 muertos y un número muy elevado de heridos—, a partir de 1969 el ejército sudvietnamita asumió la defensa.

Al morir en septiembre de 1969 el jefe del partido y del Estado norvietnamita Ho Chi Minh, tuvo lugar en Hanoi una transición casi sin fricción hacia una dirección colectiva encabezada por un triunvirato de viejos compañeros de lucha de Ho Chi Minh: el secretario general del partido, Le Duan, el presidente del consejo de ministros, Pham Van Dong y el ministro de Defensa, No Nguyen Giap. Ho les dejó un testamento político en el que pedía la prosecución de la lucha de liberación hasta la total reunificación de Vietnam y mantenía en pie su viejo plan de creación de un gran Estado indochino con la inclusión de Camboya y Laos. También conjuraba Ho Chi Minh a sus sucesores para que restablecieran la unidad del campo socialista amenazada por el conflicto entre Pekín y Moscú.

Ho siempre se había esforzado por mantener una actitud neutral en el conflicto entre las dos grandes potencias comunistas y afirmar la independencia vietnamita frente a ambas. Su gobierno de la República Democrática de Vietnam fue reconocido inmediatamente en 1950, primero por Pekín y luego por Moscú. Los chinos

apoyaron activamente su lucha contra la dominación colonial francesa. Simultáneamente se vieron envueltos en una guerra contra las fuerzas norteamericanas en Corea y desde entonces Pekín se sentía directamente amenazado por los Estados Unidos. Las tensiones chino-norteamericanas se agudizaron aún más cuando Washington prestó ayuda militar a Vietnam del Sur tras los acuerdos de la conferencia de Ginebra de 1954 y cuando acabó interviniendo en Indochina con sus propias tropas. Pekín vio en esta intervención la preparación de una agresión norteamericana contra China y reforzó sus ayudas a Vietnam del Norte.

Pero con la creciente escalada de la guerra en Vietnam, Hanoi dependía cada vez más de la entrega de armas modernas soviéticas. Inmediatamente después de comenzar el empleo de tropas de tierra norteamericanas el primer ministro soviético Kosyguin firmaba en Hanoi, en 1965, un tratado de ayuda militar que preveía la entrega de armamento soviético por valor de unos dos mil millones de dólares. En la etapa siguiente se reforzó también la influencia política de Moscú en Vietnam del Norte, y este proceso se desarrolló paralelamente al de la constante agudización del conflicto chino-soviético. Cuando en 1968 comenzaron los preparativos de las negociaciones directas entre Vietnam del Norte y los Estados Unidos, comienzo al que no fue ajena la mediación de Moscú, Pekín condenó inicialmente tales preparativos como «conjura antichina de los imperialistas soviéticos y americanos». Pero cuanto más claramente se dibujaban las tendencias de la política norteamericana de desescalamiento tanto más se desplazaba el temor de los chinos a verse rodeados del tradicional enemigo emblemático norteamericano al nuevo enemigo soviético. En marzo de 1969, seis meses antes de la muerte de Ho Chi Minh, se produjeron tan graves incidentes ruso-chinos en el río fronterizo Usuri, entre fuerzas chinas y soviéticas, que llegó a existir un serio peligro de guerra regular entre los dos Estados comunistas vecinos. En vista de este peligro fue creciendo en Pekín la disposición a un entendimiento con los Estados Unidos, entendimiento que Zhou Enlai, Nixon y Kissinger iniciaron poco a poco a principios de la década de 1970.

Cuando el presidente Nixon visitó Pekín en febrero de 1972, hacía ya más de tres años que se arrastraban sin resultado las negociaciones de paz americano-vietnamitas, y seguía existiendo el peligro de una nueva escalada del conflicto que habría perturbado sensiblemente tanto la aproximación chino-americana como la simultánea política de distensión de Washington hacia la Unión Soviética. Tras el viaje de Nixon a China y su posterior visita a Moscú, se tomó en Washington la decisión de que Henry Kissin-

ger interviniera directamente en las conversaciones de París a fin de llegar lo antes posible a un acuerdo de alto el fuego.

d) *Del acuerdo de alto el fuego de París en 1973 al hundimiento de Vietnam del Sur*

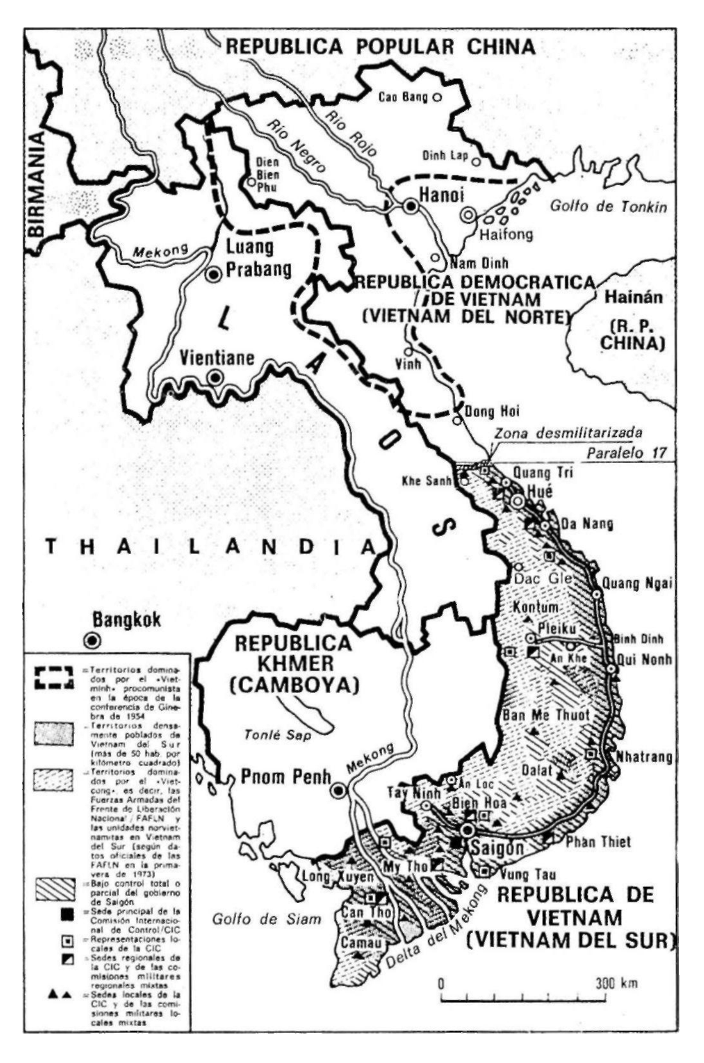
El 19 de julio de 1972, Kissinger inició las negociaciones secretas con el jefe de la delegación norvietnamita Le Duc Tho, negociaciones que, tras innumerables rondas de conversaciones, condujeron en octubre a un acuerdo de compromiso que había de firmarse en París el 26 de aquel mes y que fue hecho público prematuramente por Hanoi. Pero el gobierno de Thieu se negó en Saigón a reconocer el resultado de las negociaciones, que acababa de serle comunicado, y Washington se vio también ofendido en su amor propio por la publicación prematura y exigió la celebración de una nueva ronda de negociaciones. Tras iniciales dilaciones por parte de Hanoi se celebraron efectivamente dos nuevas rondas, pero las negociaciones se interrumpieron el 13 de diciembre sin resultado. Ante ello, el recién reelegido presidente Nixon ordenó el 18 de diciembre la reanudación de los ataques aéreos contra Vietnam del Norte y el minado de los puertos norvietnamitas. Este acto de fuerza militar, unido a un ultimátum político que iba dirigido también a Saigón, produjo el efecto buscado. El 26 de diciembre Hanoi se declaró dispuesto a celebrar nuevas negociaciones. Estas se reemprendieron tras del cese de los bombardeos el 8 de enero, y ya al día siguiente se produjo el acuerdo: el 23 de enero de 1973 el pacto era firmado en París por los ministros de Asuntos Exteriores de los Estados Unidos, Vietnam del Norte, Vietnam del Sur y el gobierno revolucionario provisional, y con ello entró en vigor el alto el fuego.

El texto del tratado, con numerosas ambigüedades y artículos de elástica interpretación, respondía a las poco definidas relaciones de fuerza tras una guerra que nadie había ganado ni perdido claramente. Ambas partes hacían concesiones: los Estados Unidos renunciaban a su exigencia de retirada de las tropas norvietnamitas de Vietnam del Sur, y Hanoi abandonaba a cambio la exigencia, tercamente defendida durante años, de la retirada del gobierno de Thieu como condición previa a las soluciones políticas. Pero a pesar de tales concesiones, las partes contratantes mantenían sus posiciones fundamentales, lo que daba lugar al curioso resultado de que lo que se aceptaba en un artículo del pacto se volvía a poner en tela de juicio en el siguiente. Así, por ejemplo, los Estados Unidos —en contradicción con su objetivo bélico original de afirmar la existencia de Vietnam del Sur— se comprometían a

respetar la unidad, soberanía, independencia e inviolabilidad territorial de todo Vietnam, al tiempo que confirmaban al gobierno de Saigón que éste era la única autoridad legítima y el único representante de Vietnam del Sur. Hanoi respetaba por su parte el derecho de autodeterminación de Vietnam del Sur, pero reconocía al «gobierno revolucionario provisional» y anunciaba la prosecución de la lucha por los objetivos revolucionarios, es decir: por la reunificación de Vietnam bajo dirección comunista. Los cuatro firmantes del tratado se declaraban dispuestos a colaborar en comisiones mixtas, y en el llamado «Consejo Nacional de Reconciliación y Concordia» habían de trabajar el gobierno de Saigón y el gobierno revolucionario provisional conjuntamente con representantes de fuerzas neutrales en la solución de las cuestiones políticas fundamentales. En todos los órganos de composición antagónica —incluida la Comisión Internacional de Supervisión— las resoluciones debían tomarse por unanimidad, cláusula que permitía a cada uno de los firmantes del tratado bloquear las decisiones que les resultaran incómodas.

La escasa viabilidad de la mayor parte de las cláusulas del acuerdo se puso en seguida de manifiesto, al emprender en marzo de 1973 los representantes del régimen de Thieu y del FLN negociaciones en París con la finalidad, prescrita por el tratado de armisticio, de ponerse de acuerdo en el plazo de noventa días sobre la composición del «Consejo Nacional de Reconciliación y Concordia», sobre la convocatoria de elecciones y sobre la desmovilización de sus fuerzas respectivas. En ningún punto pudieron los negociadores llegar a una aproximación de sus puntos de vista contrapuestos. La prensa se refirió a esta conferencia como un «diálogo de sordos»; tras un año y más de 50 sesiones infructuosas, el gobierno de Saigón acabó rompiendo las negociaciones en abril de 1974.

El único punto en el que coincidían los intereses de Washington y de Hanoi, la retirada de las tropas norteamericanas —junto con la liberación de los prisioneros de guerra norteamericanos cautivos en Vietnam del Norte—, se cumplió en abril de 1973 dentro de los plazos establecidos. Por lo demás, en seguida se produjo una serie tan alarmante de violaciones del alto el fuego que ya en el mes de mayo tuvieron que reunirse de nuevo en París Kissinger y Le Duc Tho para aconsejar un control más efectivo del armisticio y una demarcación más rápida de las zonas de influencia. Pero tampoco los nuevos acuerdos tuvieron el menor efecto práctico. Hasta finales de 1973, los dos contendientes vietnamitas se habían acusado recíprocamente de más de 100 000 violaciones del alto el fuego ante la Comisión Internacional de Supervisión. Pero la comisión, carente de posibilidades reales de



Mapa 8. *Vietnam tras la retirada de las fuerzas armadas de los Estados Unidos (mediados de 1973)*

control, resultaba inoperante y dejó de funcionar al cabo de unos meses. Al intentar ambas partes ampliar sus zonas de influencia por la fuerza, se produjeron en el primer año de armisticio 100 000 muertes, casi tantas como las víctimas del último año de guerra. La violación más grave y más preñada de consecuencias consistió en que las unidades norvietnamitas que quedaron en el Sur aumentaron sus efectivos de 200 000 a 300 000 hombres y se hicieron con reservas logísticas que pronto permitieron deducir que se aproximaba una nueva gran ofensiva.

Al acordarse el alto el fuego, los observadores neutrales estaban también convencidos de que, dejados a sus propias fuerzas, los comunistas sudvietnamitas nunca podrían salir victoriosos en una prueba de fuerza política ni militar con el gobierno de Thieu. Se estimaba que, en aquel momento, en unas elecciones verdaderamente libres habría votado en contra de los comunistas alrededor del 80 por ciento de la población sudvietnamita. Era cierto que la minoría comunista tenía la ventaja de una rígida organización unitaria, mientras que la gran mayoría no comunista se hallaba dividida en unos 60 partidos y grupos políticos. Sólo los budistas se hallaban repartidos en una docena de grupos rivales, y junto a ellos estaban las grandes sectas de los cao dais y los hoas, que ya le hicieran la vida difícil al presidente Diem. Había que sumar a todo ello los católicos llegados del Norte y los católicos afincados en el Sur y diversas minorías étnicas entre las que se contaban alrededor de un millón de inmigrantes camboyanos y más de un millón de residentes chinos. La tendencia sudvietnamita a hacer política de forma conspirativa se refleja en un proverbio vietnamita: «Dos vietnamitas, dos partidos; tres vietnamitas, una guerra civil». Entre el 80 por ciento estimado de no comunistas se contaban también enemigos decididos del régimen de Thieu, sobre todo los intelectuales liberales, que, junto con algunos jefes militares apartados, como el famoso general Duong Von Minh, y los monjes budistas que practicaban un neutralismo militante, como Thich Tri Quang, representaban aquella «Tercera Fuerza» que los comunistas cortejaron intensamente durante años como potencial aliada.

El presidente Thieu carecía de fuerza política propia en el Parlamento y su régimen tenía que apoyarse en el ejército de 300 000 funcionarios y empleados de los servicios públicos y en unas fuerzas armadas que contaban con más de un millón de soldados. Tenía que gobernar un país agrícola destrozado por la guerra, en el que casi la mitad de la población vivía hacinada en ciudades como consecuencia de las riadas de refugiados procedentes de las zonas bélicas. Las importaciones de bienes de consumo y de alimentos se elevaban a 700 millones de dólares al año, mientras que

en igual período de tiempo el producto de las exportaciones no pasaba de 20 millones de dólares. La diferencia sólo podía salvarse con ayuda económica americana, y esto hacía que Saigón dependiera de los Estados Unidos más de lo que ya dependía como consecuencia de la ayuda militar, más elevada e importante aún, recibida de este país. A su vez esta situación de dependencia reforzaba el resentimiento antiamericano del patriota Thieu, que hacía de éste un aliado poco grato para Washington. En la desamericanización de la guerra Thieu veía una oportunidad para desmontar los aspectos democratizadores que los americanos le habían obligado a adoptar y volver a un Estado tradicional basado en el mandarinazgo. La amenaza comunista, que se hizo cada vez más fuerte a partir del alto el fuego, indujo a Thieu a apretar de tal manera las tuercas de su autoritario sistema de dominio que durante un cierto tiempo el régimen de Saigón pudo afirmar su control sobre casi el 90 por ciento del territorio y alrededor del 80 por ciento de la población, pero a costa de la pérdida de toda popularidad personal del dictador. Al final estaba rodeado únicamente por un grupo de obedientes devotos, que a todo le decían que sí y que ya no constituían ningún elemento regulador de sus testarudas decisiones y que contribuyeron, en no pequeña medida, a su definitivo hundimiento.

Por otra parte, los comunistas de Vietnam del Sur sufrían desde 1968 las secuelas de la sangría que habían sufrido durante la ofensiva del Tet, en la que había caído casi la mitad de sus cuadros políticos y de sus jefes guerrilleros. A pesar de todos los puntos débiles del gobierno de Thieu, difícilmente habría podido ganar por la vía política la «lucha revolucionaria» contra Saigón. Pero precisamente por eso Hanoi estaba decidido a imponer una solución militar tras la retirada de las tropas norteamericanas de suelo vietnamita y a la vista de la paralización que aquejaba al gobierno de Nixon como consecuencia de la crisis del Watergate, y preparó sistemáticamente a sus tropas hasta finales de 1974 para la lucha final. A mediados de diciembre de 1974 inició una oleada de ataques que se coordinaron hasta convertirse en una campaña de conquista convencional haciendo que se desplomara en pocas semanas la resistencia del ejército sudvietnamita, que contaba en número de hombres y en armamento con una fuerza aproximadamente igual, como si se tratara de un castillo de naipes. El derrumbamiento fue más rápido de lo que probablemente habrían temido nunca los más negros pesimistas en Saigón y de lo que habrían esperado jamás los mayores optimistas en Hanoi.

Las causas principales de la catástrofe militar que se desencadenó sobre el régimen de Thieu fueron la escasa valía del cuerpo de altos oficiales militares, totalmente corrompidos por la participa-

ción durante tantos años en el poder político, así como la débil moral de lucha de las tropas sin motivación política alguna, a lo que se sumaba la total apatía de una población harta de la guerra. Tras la entrega casi sin lucha de las tierras altas centrales, de gran importancia estratégica, y la huida desordenada de millones de civiles y soldades, el anillo defensivo que rodeaba Saigón se hundió rápidamente. El 21 de abril de 1975 el presidente Thieu hizo pública su dimisión, inútilmente pedida por Hanoi durante cuatro años de negociaciones y, seguido de muchos miles de fugitivos prominentes, marchó al exilio. Le sucedió el ex general Duong Van Minh, quien, cortejado antes por los comunistas como exponente de la «Tercera Fuerza», habría sido en realidad el candidato predestinado para encabezar el gobierno en una coalición con el FLN. Pero no se le dejó sino la triste tarea de firmar la capitulación incondicional el 30 de abril de 1975. En consecuencia no se hizo cargo del poder en Saigón el gobierno revolucionario provisional formado por el Frente de Liberación Nacional sudvietnamita, sino un denominado Comité Revolucionario Militar dirigido por el general norvietnamita Tran Van Tra.

e) *La reunificación de Vietnam y sus consecuencias*

En vista de que hasta la capitulación de Saigón Vietnam del Sur era considerado un Estado soberano por la mayoría de los países del mundo, su conquista violenta por parte de Vietnam del Norte representaba una agresión, de acuerdo con el Derecho internacional. Vietnam del Norte y Vietnam del Sur tienen una historia tan distinta y son también tan diversos en cuanto a la mentalidad de sus gentes como puedan serlo Austria y Prusia. El Sur, largo tiempo dominado por Camboya, estaba más impregnado de influencias culturales de origen indo-budista, mientras que el Norte lo estaba de influencias sino-confucianas. Aunque las tradiciones confucianas determinaban en gran medida la estructura social también en el Sur, con la importancia preponderante que otorga a los jefes de familia y a los jefes de aldea la organización en *sippen* (estirpes o familias amplias de tipo patriarcal), en los dos Estados en que se dividía el país se había desarrollado un carácter popular diferenciado, y esta diferenciación histórica se había reforzado en los últimos decenios debido a la oposición ideológica de los dos sistemas estatales. Cuando menos, Vietnam del Sur poseía más fuertes raíces culturales y la misma justificación ideológica como Estado que, por establecer una comparación, el surgimiento de dos Estados separados en la nación alemana.

Tanto más sorprendente fue que las potencias occidentales to-

maran nota de la conquista de Vietnam del Sur por las fuerzas armadas de Vietnam del Norte aceptándola resignadamente como un mal inevitable. Los Estados comunistas celebraron la conquista como una «liberación» y el líder del FLN, Nguyen Hun Tho, dijo que era «un acontecimiento histórico que ponía fin a la agresiva política imperialista que había mantenido a Vietnam dividido durante 117 años». Este punto final que se ponía a una época que, de acuerdo con la cronología de Tho, empezaba con la dominación colonial francesa, significaba para 20 millones de sudvietnamitas la renuncia, de entrada, a su derecho a la autodeterminación. Pues cuando en noviembre de 1975 se iniciaron las negociaciones para la reunificación de Vietnam del Norte y del Sur, el representante del Sur no era un miembro del gobierno revolucionario provisional, sino un alto funcionario del Politburó norvietnamita nacido en el Sur y llamado Pham Hung. En los últimos años de la guerra había dirigido, junto con el general Tran Van Tra, las operaciones en el Sur por encargo de Hanoi, y se puso rápidamente de acuerdo con su colega del Politburó Truong Chinh sobre la modalidad de la reunificación.

Después de que el general Tran Van Tra iniciara el mismo día de la capitulación de Saigón, que inmediatamente fue rebautizada Ciudad Ho Chi Minh, la coordinación de la dirección y la ejecución de la «revolución democrática y popular nacional», el 25 de abril de 1976 se celebraron las primeras elecciones conjuntas en Vietnam para elegir una Asamblea Nacional Constituyente. Lo que con ello se hacía en realidad era cumplir lo que 19 años antes se había acordado en la conferencia de Ginebra de 1954. Las elecciones terminaron con la victoria programada de las huestes de Hanoi: de los 492 diputados de la nueva Asamblea Nacional, 249 representaban a los 24 millones de vietnamitas del Norte y 243 a los 20 millones de vietnamitas del Sur, pero todos ellos estaban comprometidos con la misma línea del partido. Tras las elecciones se disolvió oficialmente el gobierno revolucionario provisional, que en realidad nunca llegó a gobernar, y el 25 de junio de 1976 la Asamblea Nacional, en su sesión inaugural, proclamaba oficialmente la reunificación de las dos mitades de Vietnam, reunificación que en la práctica se había consumado el 30 de abril de 1975.

La coordinación política que se inició nada más capitular Saigón significó en sus primeras fases la «purga» de la administración y de la vida pública, purga que afectó no sólo a todos los servidores del anterior régimen, sino también a todas aquellas fuerzas que resultaran sospechosas de oposición al régimen comunista y a la tutela de Hanoi. En el curso de unos pocos meses fueron internadas en los llamados campos de reeducación unas

200 000 personas. Entre los prisioneros políticos condenados a trabajos forzados por tiempo no determinado se encontraban, junto a altos funcionarios y oficiales del régimen de Thieu, también opositores preminentes del anterior sistema: entre otros el monje budista Thich Tri Quang y el dirigente de los católicos de la oposición padre Tran Hun Tanh, que ahora se habían vuelto incómodos para los nuevos mandatarios como portavoces de la Tercera Fuerza.

La reforma monetaria llevada a cabo en septiembre de 1975 fue en la práctica una expropiación de todos los sudvietnamitas acomodados y afectó especialmente al estamento medio o clase media urbana. De las ciudades superpobladas por efecto de las evacuaciones que se produjeron durante la guerra millones de personas fueron deportadas a las llamadas «nuevas zonas económicas», donde se las ocupó en trabajos agrícolas. Simultáneamente se desarrolló un mecanismo de control político que iba desde la central del partido hasta la última familia. En la base, grupos de diez unidades familiares o viviendas vecinas constituían las llamadas «células de solidaridad» que en la jerarquía celular se reunían de nuevo, en el escalón inmediato superior, en grupos de diez. Sobre esta estructura fundamental se levantaban subsectores y sectores que por último eran controlados por los comités de distrito y de provincia. La dirección central de esta estructura de mando para la realización de la «revolución democrática popular» en Vietnam del Sur fue desde el primer momento el Politburó de Hanoi.

En diciembre de 1976 el Dang Lao Dong, el Partido de los Trabajadores —nombre adoptado desde 1951 por el PC vietnamita, fundado en 1930— celebró, junto con su organización filial sudvietnamita, el «Partido Revolucionario de Acción Popular», el primer congreso para todo el territorio vietnamita desde 1960. Con motivo de este congreso, ambas organizaciones prescindieron de sus denominaciones de camuflaje y volvieron a adoptar sinceramente el nombre de Partido Comunista de Vietnam. Se confirmó en el cargo de secretario general del Partido a Le Duan y los restantes altos cargos del Politburó, que ahora volvía a extender oficialmente su competencia sobre todo el territorio vietnamita, fueron asumidos por el veterano primer ministro Pham Van Dong, el ministro de defensa Nguyen Giap, el presidente de la Asamblea Nacional y responsable de la reunificación Truong Chinh y el negociador de París Le Duc Tho. El único sudvietnamita que formaba parte de esta directiva, compuesta exclusivamente por vietnamitas del Norte, era el negociador de la reunificación, Pham Hung. El dirigente del Frente de Liberación Nacional sudvietnamita Nguyen Huu Tho —símbolo durante tanto tiempo de la

autonomía sudvietnamita en el movimiento de liberación— no fue siquiera candidato para el Politburó.

El congreso del partido aprobó un plan quinquenal que tenía como objetivo convertir a Vietnam en «un Estado socialista modelo, con una industria y una agricultura modernas, una defensa nacional poderosa y una cultura y una ciencia progresistas». Dentro de este programa se asignaba a Vietnam del Sur la función casi colonial de productor de productos alimenticios. Mientras que en el Sur, con una agricultura tradicionalmente más rica pero también con una economía más desarrollada, se fomentarían sobre todo, junto con la agricultura, las pesquerías y las explotaciones forestales, la pequeña industria y la artesanía, para Vietnam del Norte se planeaba la constitución de una economía industrial, esencialmente con ayuda económica soviética; ya se había acordado una ayuda equivalente a 500 millones de dólares.

En el congreso del partido se hizo un claro reconocimiento de preeminencia que se concedía a las relaciones amistosas con la Unión Soviética. Junto a las delegaciones de casi todos los países comunistas, la URSS estaba representada por una delegación de alto rango, encabezada por el ideólogo del partido comunista soviético Suslov, mientras que la República Popular China se limitó a enviar un telegrama de salutación firmado por Hua Quofeng. Se ponía así de manifiesto la situación que había ido cristalizando a lo largo de los últimos años de la guerra de Vietnam y que en adelante había de dominar plenamente la política exterior de Hanoi, en parte como consecuencia de la agudización del conflicto chino-soviético, pero también en parte como resultado de unas contradicciones de tipo nacionalista que tenían un origen histórico.

Vietnam del Sur había estado a lo largo de un milenio bajo el dominio de China, primero bajo su total soberanía y posteriormente como Estado tributario. Sólo después de siglos de lucha consiguió conquistar su independencia. El recuerdo de la época del dominio extranjero chino, época que se siente como ignominiosa, es una de las raíces del marcado nacionalismo vietnamita. Estas contradicciones históricas pudieron salvarse sólo temporalmente durante la lucha vietnamita por la independencia gracias a la camaradería revolucionaria y a la identidad de intereses entre comunistas, pero estallaron nada más terminar la guerra. Ya en 1975 Pekín y Hanoi sostuvieron una disputa abierta en torno a las islas Paracel y Spratley, reivindicadas por ambos países, y desde entonces se han acentuado cada vez más las tensiones en la relación entre las dos naciones comunistas vecinas. En esta situación los mandatarios de Hanoi buscaron el respaldo soviético frente a la «política hegemónica» que temían de Pekín, a la vez

que Moscú buscaba en Vietnam un aliado para sus esfuerzos por reducir la influencia de su rival chino en el Asia sudoriental.

También por esta razón los soviéticos apoyaron los planes de crear una nueva potencia regional en Asia meridional mediante la fusión de Vietnam, Laos y Camboya en un Estado que formara la Gran Indochina o en una federación de Estados. Por eso colaboraron en la preparación del tratado de amistad y ayuda mutua que Hanoi concluyó en julio de 1977 con Laos y por el que el antiguo reino transindostánico se convirtió en satélite de Vietnam. Al mismo tiempo se producían los primeros incidentes armados en los 800 kilómetros de frontera existentes entre Vietnam y Camboya, cuyo gobierno no estaba aliado con Moscú, sino con Pekín, y se oponía a las pretensiones hegemónicas de Hanoi.

Al igual que en la confrontación entre Vietnam y China, también en las tensas relaciones camboyano-vietnamitas actuaban antiguos antagonismos nacionalistas junto con la nueva rivalidad entre las dos grandes potencias comunistas. Vietnam desempeña en estas tensiones, con respecto a Camboya, un papel semejante al que desempeña China con respecto a Vietnam. Las seculares experiencias con sus vecinos vietnamitas, más fuertes, han desarrollado entre los camboyanos un fuerte resentimiento antivietnamita. En el curso de 1977 se produjeron incidentes fronterizos cada vez más frecuentes, provocados en parte por los camboyanos y en parte por los vietnamitas, y en enero de 1978 estos incidentes condujeron a una pública ruptura entre los dos Estados vecinos. En 1978 las tensiones se agudizaron hasta tal punto que se habló ya de una «guerra por delegación» en la que Vietnam hacía de delegado de Moscú y Camboya de Pekín. Se llegó así, en diciembre de 1978, a una ofensiva en gran escala contra Camboya, en la que intervinieron 200 000 soldados vietnamitas. En una guerra relámpago tomaron Pnom Penh después de dos semanas e instalaron allí, el 11 de enero de 1979, un gobierno marioneta dependiente de Hanoi en vez del gobierno antivietnamita de Pol Pot, que huyó a la jungla. El presidente del consejo de ministros del nuevo gobierno era Heng Samrin.

Entretanto las tirantes relaciones de Hanoi con Pekín se habían convertido también en abierta hostilidad. Los primeros que sufrieron las consecuencias de este deterioro fueron los chinos residentes en Vietnam desde hacía generaciones (un millón), más de la mitad de los cuales residían en Cholón, ciudad gemela de Saigón. Los chinos de Vietnam son, o más bien eran, casi todos miembros de la clase media de comerciantes que pudo continuar sus actividades después del final de la guerra. Pero en una acción fulminante todos fueron expropiados de la noche a la mañana el 24 de marzo de 1978 y declarados «enemigos de clase» y «agen-

tes de Pekín», viéndose por último obligados muchos de ellos a trasladarse a las «nuevas zonas económicas» o a emigrar. Comenzó así la tragedia de los «navegantes apátridas» que huían por mar a los países vecinos, cientos de miles de los cuales se ahogaron o perecieron de algún modo en el intento.

La indignación a escala mundial que provocó esta «deportación de los chinos» contribuyó en gran medida al aislamiento internacional de Vietnam, que había sido admitido en septiembre de 1977 en las Naciones Unidas. Los que más enérgicamente reaccionaron fueron los Estados vecinos de Vietnam que se vieron directamente implicados como receptores de los expulsados. Sus relaciones con Hanoi se enfriaron todavía más al reavivar la guerra relámpago contra Camboya el temor a una violenta expansión vietnamita en los restantes países del Asia sudoriental. La reacción más fuerte fue la de Pekín, que sintió como una provocación directa el derrocamiento por la fuerza del régimen aliado de Pol Pot. Los chinos estaban convencidos de que mediante el pacto de mutua ayuda concluido en noviembre de 1978 entre vietnamitas y soviéticos (al que había precedido la admisión de Hanoi en la comunidad económica del COMECON), Moscú había incitado directamente a Vietnam a desencadenar su acción violenta contra Camboya. Se consideró así en Pekín confirmado el viejo temor de que Vietnam se convirtiera en una «Cuba asiática», en una cabeza de puente en el Asia sudoriental bajo control soviético, y se tomó la decisión de hacer al Estado vecino una drástica advertencia.

En febrero de 1979 una fuerza china compuesta por 200 000 hombres inició una «expedición militar de castigo» contra Vietnam con un límite de cuatro semanas. Los vietnamitas ofrecieron una resistencia eficaz aunque sufrieron unos daños del orden de miles de millones de dólares y tuvieron la experiencia, sin duda dolorosa para ellos, de ver que su aliado soviético no les prestaba en esta ocasión ninguna ayuda inmediata. Pero la «expedición de castigo» no cambió en lo más mínimo la actitud vietnamita con respecto a Camboya. A pesar de la decisión tomada por la ONU en noviembre de 1979 por gran mayoría, de pedir a Hanoi que retirase sus tropas de Camboya, en este último país siguieron estacionados 150 000 soldados vietnamitas que defendieron el régimen de Heng Samrin contra la guerra de guerrillas de los khmer rojos apoyados por Pekín.

Desde que empezaran, con el estallido de la primera guerra de Vietnam en noviembre de 1946, las disputas violentas en Indochina y en torno a Indochina, se ha alterado profundamente la escena internacional debido al conflicto entre China y la Unión Soviética. La rivalidad de las grandes potencias comunistas se desarrolla ahora sobre las espaldas de los pueblos de Indochina. Des-

pués de que los comunistas hicieran durante decenios responsables de la guerra de Indochina a la «agresividad del imperialismo occidental», hoy la Unión Soviética, China, Vietnam y Camboya se acusan mutuamente de practicar una política de fuerza imperialista, y pasarán decenios de lucha antes de que estas disputas desemboquen en un nuevo orden político para el Asia sudoriental.

II. CAMBOYA

a) *La política basculante de neutralidad hasta 1969*

La historia de Camboya independiente estuvo dominada durante casi tres décadas por Norodom Sihanuk, quien en 1941 ascendió al trono camboyano con la ayuda de los señores coloniales de entonces, los franceses, a los 18 años. Cuando en 1884 los franceses impusieron su protectorado sobre Camboya, salvaron al reino milenario de los khmer, que en otros tiempos comprendía todo el Asia sudoriental, del reparto entre los que habían llegado a ser sus vecinos más poderosos: Siam (Tailandia) y Annam (Vietnam), conservando la monarquía como símbolo de la unidad nacional de Camboya pero convirtiéndola al mismo tiempo en instrumento de su dominación colonial. Al ocupar Indochina en 1942, los japoneses dejaron al principio que en Camboya —lo mismo que en Vietnam— siguiera funcionando la administración colonial francesa. Sólo en marzo de 1945 hicieron prisioneros a los oficiales y funcionarios franceses y obligaron al príncipe Norodom Sihanuk a declarar la independencia de Camboya.

Cuando, tras la capitulación japonesa en agosto de 1945, los franceses se dispusieron a restablecer su dominación colonial en Indochina, con su centro de gravedad en la Cochinchina sudvietnamita, los funcionarios franceses retornaron a la capital camboyana, Pnom Penh, y asumieron de nuevo sus funciones administrativas. Al contrario de lo que ocurría en Vietnam, en aquella época no existía en Camboya ningún movimiento nacional independentista digno de mención, pero comenzó a formarse por entonces. El editor y redactor jefe del primer periódico camboyano, fundado en 1937, Son Ngoc Thanh, que durante la ocupación japonesa había sido por breve tiempo «ministro de asuntos exteriores» y «primer ministro», protestó por el retorno de los franceses y reunió en torno suyo a un círculo de jóvenes nacionalistas. Son Ngoc Thanh fue detenido en octubre de 1945, condenado en Saigón por un tribunal francés como traidor y obligado simultáneamente a exiliarse en Francia al conmutársele la pena impuesta.

La escena política camboyana se había puesto en movimiento. Muchos partidarios de Son Ngoc Thanh evitaron la detención huyendo a Tailandia o refugiándose en la jungla al norte de Camboya, donde se organizaron en los khmer issarak (camboyanos libres), que pretendían conseguir la independencia de su Estado luchando en forma de bandas armadas ligeramente coordinadas. Pero estos extremistas carecían de importancia en comparación con las fuerzas moderadas que, con el joven rey Norodom Sihanuk a la cabeza, optaron por construir de forma paulatina un gobierno propio y por terminar con la dominación colonial francesa por la vía de la negociación. París accedió a un *modus vivendi* intermedio, que se plasmó en el acuerdo concluido el 7 de enero de 1946, mediante el cual concedía a Camboya el *status* de Estado autónomo dentro de la Unión Francesa. El acuerdo otorgaba a los camboyanos la autonomía administrativa bajo un comisario francés al que se reservaba el derecho de veto y la constitución de un ejército camboyano, pero Francia seguía conservando la responsabilidad de la seguridad interior y exterior y las relaciones exteriores.

Este acuerdo, elaborado por una comisión mixta franco-camboyana (CEFK) fue aceptado por los moderados como solución transitoria, mientras que los extremistas lo rechazaban como totalmente insuficiente. Para preparar el autogobierno se constituyeron en Pnom Penh tres partidos, todos ellos bajo la dirección de miembros de la casa real: el Partido Democrático del Progreso, bajo el príncipe Norodom Montana, tío de Sihanuk; el Partido Liberal, bajo el príncipe Norodom Norindeth, asimismo tío del rey, y el Partido Democrático, bajo el príncipe Sisowath Yutévong, primo de Sihanuk. Mientras que los dos primeros eran partidarios de una monarquía constitucional y una progresiva separación de Francia, el tercero pedía la independencia inmediata y una representación popular con plena responsabilidad. El Partido Democrático fue también el asilo de los issarak, que querían convertir a Camboya en una república. En las primeras elecciones para una asamblea consultiva, celebradas en septiembre de 1946, ganó 50 de un total de 66 escaños, y en las elecciones que se celebraron en diciembre de 1947 para la primera Asamblea Nacional obtuvo 55 de los 75 diputados.

Esta asamblea se negó a ratificar la Constitución elaborada por la CEFK y otorgada por el presidente de la Unión Francesa en diciembre de 1948, unida a un tratado que concedía a Camboya la independencia sólo *de jure* y que no respondía a las exigencias de los nacionalistas camboyanos. Tras varios cambios de gobierno se celebraron nuevas elecciones en septiembre de 1951, elecciones que ganó de nuevo el Partido Democrático. El nuevo gobierno

hizo posible la vuelta del exilio del dirigente nacionalista Son Ngoc Thanh a Pnom Penh, donde inmediatamente reemprendió la agitación contra «los imperialistas franceses y su instrumento, el rey Norodom Sihanuk». Al cabo de tres meses fue detenido nuevamente por las autoridades francesas, pero consiguió huir a la jungla, y a partir de entonces intentó unir a los diversos grupos de Khmers Issarak en una lucha armada contra Francia.

En el vecino Vietnam, la guerra emprendida por el Vietminh en 1946 contra los franceses había ido entretanto ganando terreno y el Vietminh contaba con grupos activos también en Camboya. Entre 1950 y 1954 se produjeron ya formas de cooperación y de conflicto entre vietnamitas y camboyanos muy semejantes a las que un cuarto de siglo después habían de dominar de forma más dramática las relaciones entre ambos Estados vecinos: diversos grupos issarak actuaban conjuntamente con las tropas del Vietminh que operaban en Camboya, mientras que otros miembros del movimiento issarak albergaban una desconfianza tradicional tan llena de odio hacia los vietnamitas que se negaban a toda colaboración con ellos e incluso llegaban a combatir activamente al Vietminh. Los cuadros del Vietminh constituyeron entonces con algunos adeptos camboyanos, en el sur de Camboya, un gobierno de la resistencia denominado Khmer Libre que, aunque careció de eficacia, pudo desempeñar un cierto papel en las negociaciones sobre Indochina celebradas en Ginebra en 1954.

Entretanto, en Pnom Penh, el joven rey Norodom Sihanuk se había lanzado activamente al campo político, esforzándose desde el primer momento por librar a su país del destino de los Estados vecinos de Vietnam y Laos, donde se desarrollaban desde 1946 sangrientas guerras civiles y coloniales. Para restablecer la calma interior proclamó en enero de 1952 la ley marcial y para restar apoyo a los nacionalistas extremistas emprendió un viaje que él mismo denominó «cruzada por la libertad».

Tras haber intentado inútilmente a principios de 1952 en París convencer al gobierno francés para que le concediera inmediatamente la plena independencia, volvió a Camboya después de volar a Canadá, Estados Unidos y el Japón. En sus escalas en Otawa, Nueva York y Tokio expuso públicamente la miopía de la política francesa. En julio de 1953 se fue al exilio a Bangkok, declarando que no volvería a Pnom Penh hasta que Francia no concediera la plena soberanía a Camboya. Con estos gestos espectaculares Sihanuk puso a París en una situación tan incómoda que el gobierno francés, tras algunas vacilaciones, acabó accediendo a todas sus exigencias. El 8 de noviembre de 1953 pudo el monarca, que a la sazón contaba 30 años, hacer una entrada triunfal en la capital camboyana como «libertador de Camboya».

Mientras en 1954 Sihanuk —reforzado por su triunfo exterior— tomaba también el timón de la política interior, sus enviados en la conferencia de Ginebra sobre Indochina defendían simultáneamente con éxito los intereses nacionales de Camboya en la escena internacional. Consiguieron que se estableciera una diferencia fundamental entre las acciones del Vietminh en Vietnam y en Camboya. Lo que en Vietnam tenía el carácter de lucha de liberación anticolonial o guerra civil interna, explicaron los delegados de Pnom Penh, era en Camboya, ya independiente, una agresión contra un territorio soberano. Con esta definición se impusieron a la resistencia del representante de Hanoi, Pham Van Dong, quien inútilmente intentó presentar las operaciones del Vietminh en Camboya como actividades de comunistas camboyanos y convencer a los participantes en la conferencia de que incluyeran como parte negociadora a una representación del llamado «gobierno khmer libre». En vez de ello, el acuerdo al que finalmente se llegó en Ginebra estipulaba que las unidades del Vietminh debían abandonar el suelo de Camboya y que los insurgentes camboyanos debían ser desarmados y habían de reintegrarse en la comunidad nacional.

Efectivamente, las tropas del Vietminh se retiraron el 18 de octubre de 1954 de Camboya a suelo vietnamita y con ello Camboya fue el único de los tres Estados indochinos representados en la Conferencia de Ginebra que pudo conservar su unidad nacional. Consolidar interiormente esta unidad e impedir que su país se viera envuelto en los acontecimientos bélicos que se desarrollaban en Vietnam y Laos constituyó el principal objetivo de la política de Norodom Sihanuk en los años sucesivos. El rey constituyó en 1954 su propia fuerza política unificando a todos los partidos salvo el Partido Democrático y los partidarios de Son Ngoc Thanh. Esta unión de Partidos (Schapak) recibió más tarde el nombre de Sangkum Reastr Niyum (Comunidad Popular Socialista) y debía desempeñar el papel de un partido de Estado con un programa inspirado en el llamado «socialismo budista». Para poder participar todavía más activamente en la vida política, Sihanuk abdicó en marzo de 1954 en favor de su padre Norodom Suramarit. Con su partido, el Sangkum, en las nuevas elecciones que, cumpliendo los acuerdos de Ginebra, se celebraron el 11 de septiembre de 1955, ganó los 91 escaños de la Asamblea Nacional y asumió personalmente el cargo de jefe del gobierno.

Pero la esperada estabilización interior siguió peligrando, tanto por la resistencia que ofrecían los extremistas de izquierda como por las luchas de poder internas y las intrigas personales en el interior del propio Sangkum. Hasta 1958 se produjo un total de nueve cambios de gobierno, incluidas cinco retiradas del propio

Sihanuk. A pesar de ello, el Sangkum ganó las nuevas elecciones, celebradas en septiembre de 1958, con el 99,9 por ciento de los votos emitidos. Al morir un año más tarde el rey Norodom Suramarit, se creó el nuevo cargo de «jefe del Estado» para el príncipe Sihanuk, cargo que le daba plenos poderes independientes de los partidos y le colocaba por encima de los cambiantes presidentes del consejo de ministros, convirtiéndole prácticamente en jerarca absoluto.

En política exterior, Sihanuk manejó durante mucho tiempo, con maestría de malabarista, varias pelotas; fue un refinado diplomático que hablaba varias lenguas y muchas veces sorprendía a amigos y enemigos con frecuentes saltos de una posición a otra, sin perder, sin embargo, en ningún momento de vista su objetivo. Esta concepción de la política exterior a la que denominaba «neutralidad positiva activa», consistió, por ejemplo, en recibir, a partir de la conferencia de Ginebra de 1954, abundante ayuda militar de los Estados Unidos y obtener al tiempo ayuda económica de los países comunistas; o bien en pasar por alto las masivas violaciones del territorio camboyano por parte de los norvietnamitas y del Vietcong, violaciones que no podía evitar, y protestar airadamente cuando se producían ataques sudvietnamitas o norteamericanos dentro de sus fronteras, convencido de que los Estados Unidos se harían cargo de su difícil situación.

Las relaciones inicialmente amistosas de Sihanuk con los Estados Unidos pronto se resintieron de la desconfianza que despertaban las alianzas de Washington con los enemigos históricos de Camboya: Tailandia y Vietnam. No fue esta la última de las razones que impulsaron a Sihanuk a establecer relaciones diplomáticas con la República Popular China en 1958. En los chinos encontró quizá ya entonces un respaldo no sólo contra los Estados Unidos, sino más aún contra el Vietnam del Norte comunista. Pero esto no impidió al príncipe, con la vista puesta en las conversaciones de paz de París, pedir la continuación de la presencia militar norteamericana, argumentando que «de lo contrario ya podía entregar Camboya voluntariamente a Mao Zedong». Pero en contradicción con semejantes propósitos Sihanuk había amenazado previamente a los Estados Unidos con pedir ayuda militar a chinos, cubanos y coreanos del norte si no cesaban los ataques norteamericanos y sudvietnamitas contra Camboya desde el otro lado de sus fronteras.

En noviembre de 1963, como protesta por supuestas actividades hostiles de la CIA en Camboya, Sihanuk renunció a la ayuda militar norteamericana y acordó con la antigua potencia colonial francesa que siguiera prestándole la ayuda que hasta entonces le prestaran los Estados Unidos. En 1965 rompió las relaciones con Washin-

gton, y en 1967 estableció relaciones diplomáticas con Hanoi y con el FLN, aun cuando tenía a los comunistas norvietnamitas y sudvietnamitas por el más serio peligro para la independencia camboyana. En 1969 Sihanuk protestó por vez primera contra las violaciones comunistas de sus fronteras, soportadas en silencio durante años, y aquel mismo año reanudó las relaciones diplomáticas con Washington. El hilo rojo que unía entre sí a estas y otras acciones contradictorias del jefe del Estado camboyano era la adaptación de Sihanuk a las situaciones rápidamente cambiantes de la guerra de Vietnam, siempre con la finalidad de mantener para su país el máximo de paz posible.

Sihanuk podía confiar en la masa de campesinos políticamente indiferentes pero fieles al monarca en el que veían a un descendiente de los antiguos reyes-dioses del reino khmer. La política activa quedó circunscrita durante muchos años a la capital, Pnom Penh, y aun allí sólo la tomaba más o menos en serio un reducido círculo de la burguesía. Un conflicto constante lo constituía la rebelión de la generación más joven, educada en su mayor parte en el extranjero, contra la vieja guardia del *establishment* que administraba todas las prebendas estatales. Como oposición organizada no existía desde 1960 más que el Praecheachon (Partido Popular) de orientación comunista al que Sihanuk acusaba de «hacer el juego al Vietminh y a los imperialistas comunistas» y que a su vez acusaba al príncipe de ser un «instrumento de la SEATO y del neocolonialismo norteamericano». En la medida en que los comunistas actuaban dentro de la legalidad, no eran perseguidos. Sihanuk llegó incluso a incluir a algunas de sus figuras más destacadas en el gobierno durante algún tiempo, entre ellas al posterior jefe del Estado Khieu Samphan. Pero en cuanto podían probárseles actividades subversivas les amenazaba la inmediata detención, y la mayoría de ellos escapaban a tal eventualidad huyendo a la jungla, como tuvo que hacer el propio Khieu Samphan. En la jungla se había organizado mientras tanto un grupo comunista denominado «khmer rojo», que ofrecía resistencia armada y cuyos efectivos se estimaban en 1969 en unos 3 000 guerrilleros.

Aproximadamente por aquella época se agudizaron peligrosamente las disputas internas en el gobierno del Sangkum entre Sihanuk y algunos de sus colaboradores antes más íntimos, disputas que hacía tiempo iban en aumento. En las elecciones de 1966 el ala derecha del Sangkum consiguió la mayoría de los escaños de la Asamblea Nacional. El jefe del gobierno constituido por los derechistas era el general Lon Nol, hasta entonces viceprimer ministro, comandante en jefe del ejército y ministro de Defensa. Aun cuando formaba parte del círculo más íntimo de consejeros de Sihanuk estaba harto —como muchos otros— de la omnipotencia

del jefe del Estado y consideraba como una «traición nacional» la «política de apaciguamiento» frente a Hanoi y Pekín. Tras el viaje de Sihanuk a Francia, en enero de 1970, para someterse a una prolongada cura, en el mes de marzo las juventudes del Sangkum —con toda seguridad no sin el consentimiento del gobierno— llevaron a cabo manifestaciones violentas contra la embajada de Vietnam del Norte y del FLN en Pnom Penh, que el ausente jefe del Estado condenó inmediatamente. Ante ello, el 18 de marzo de 1970, el príncipe Sihanuk fue relevado de todos sus cargos por acuerdo unánime de la Asamblea Nacional. Sihanuk, que a la sazón se encontraba en Moscú, de regreso de su viaje a Francia, renunció a la posibilidad de retornar a Pnom Penh para someterse allí a una confrontación personal con sus opositores, de la que todavía podía haber salido triunfante, y lo que hizo fue seguir vuelo desde Moscú a Pekín, donde obtuvo asilo político.

En Pnom Penh, el gobierno de Lon Nol exigió en forma de ultimátum, inmediatamente después de la destitución de Sihanuk, la retirada por Hanoi de todas las tropas norvietnamitas y del FLN de suelo camboyano. Con ello se desencadenaron manifestaciones de entusiasmo nacional por parte de los camboyanos tradicionalmente antivietnamitas, así como sangrientos pogroms contra la minoría vietnamita que vivía desde hacía generaciones en Camboya. Para Hanoi ambas cosas constituyeron un motivo para reforzar su presencia militar en Camboya y ampliar su campo de operaciones. El gobierno de Pnom Penh se vio en seguida en una situación apurada, hasta el punto de que los Estados Unidos decidieron lanzar en mayo de 1978 una ofensiva de socorro, limitada de antemano a ocho semanas, contra la fuerza norvietnamita de 40 000 hombres que desde hacía tiempo operaba en la zona fronteriza camboyana. Después de que las fuerzas aéreas norteamericanas estacionadas en Vietnam empezaran en 1969 a bombardear las zonas logísticas y las vías de aprovisionamiento de las tropas comunistas en el territorio fronterizo camboyano, con intervención ahora de tropas de tierra, se pasó a un segundo estadio en la escalada de la guerra de Camboya, y a partir de entonces el país que gracias a la política basculante de Sihanuk había conseguido mantenerse por más tiempo al margen de la guerra en Indochina fue el que más afectado se vio por ella.

b) *La tragedia de la guerra de Camboya*

Aunque las tropas invasoras norteamericanas y sudvietnamitas se retiraron de nuevo a Vietnam en la fecha prevista, en julio de 1970, dejaron todo el territorio de Camboya convertido en esce-

nario bélico. Las tropas norvietnamitas, que inicialmente se limitaban a operar en las tres provincias camboyanas nororientales, habían extendido sus operaciones en el verano de 1970 a 8 de las 17 provincias del país y con toda probabilidad habrían podido tomar ya entonces Pnom Penh. Pero para Hanoi el centro de gravedad de la guerra seguía estando en Vietnam y se quiso dejar la «solución de Camboya» a los comunistas camboyanos, que de momento no estaban todavía preparados para ello y necesitaban un período mayor de «lucha revolucionaria».

Desde su exilio en Pekín, el príncipe Sihanuk les prestó un importante apoyo. Constituyó el «gobierno real camboyano de unidad nacional», con participación nominal de los representantes del Khmer Rojo, a los que anteriormente había perseguido sin piedad. Esta alianza de conveniencia entre realistas y comunistas prestó a los khmer rojos en Camboya la imagen de auténticos patriotas y el apoyo de los campesinos que se mantenían fieles al rey, al tiempo que también en la escena internacional se servían del prestigio del príncipe Sihanuk. Su dirección se mantuvo en el anonimato durante toda la guerra; tan sólo del comandante en jefe del «Ejército Rojo de Liberación», Khieu Samphan, que ya había sido en una ocasión ministro de Comercio del gobierno de Sihanuk en Pnom Penh, se sabía que pertenecía al gobierno en el exilio del príncipe como viceprimer ministro y ministro de Defensa.

El príncipe Sihanuk sabía que los comunistas usarían, o más bien abusarían, de él como mascarón de proa, y profetizó que «llegaría un momento en que se desharían de él como se escupe el hueso de una cereza». A pesar de lo cual, Sihanuk llamaba a sus compatriotas a apoyar al Khmer Rojo en la «guerra de liberación nacional contra el régimen traidor de Lon Nol, aliado de los imperialistas norteamericanos». El motivo de esta actitud hay que buscarlo en parte en los deseos de venganza personal del príncipe, profundamente herido en su orgullo, contra sus sucesores, que en su ausencia le habían condenado a muerte. Pero por otra parte el patriota camboyano esperaba conseguir con su actitud el suficiente respaldo chino al Khmer Rojo como para que un día pudieran los comunistas camboyanos defenderse de las pretensiones hegemónicas de Hanoi. A pesar de todas las declaraciones públicas de amistad, Sihanuk fue contemplado siempre con desconfianza por los vietnamitas, desconfianza que se hacía tanto más patente cuanto mayor era el apoyo de Pekín al gobierno camboyano en el exilio.

La Unión Soviética, junto con toda una serie de Estados del bloque oriental, no estableció relaciones con el gobierno de Sihanuk, sino que mantuvo su acreditación diplomática en Pnom Penh. En la capital camboyana se proclamó la república en octubre de

1970 con gran júbilo de la población. Sobre todo la juventud estudiantil celebró este acontecimiento como la «liberación de la tiranía monárquica y el comienzo de una nueva era de progreso económico y social». También el conflicto abierto que se desarrollaba con el «archienemigo» vietnamita despertó inicialmente el entusiasmo de una guerra de liberación. El ejército, que sólo contaba con 30 000 hombres, pudo reforzarse en pocos meses con voluntarios hasta alcanzar la cifra de 150 000. Pero el ineficaz y corrupto gobierno de Lon Nol dilapidó rápidamente el crédito de confianza que al principio se le concediera y convirtió a la joven república en una caricatura de Estado. A la cabeza del régimen se situaron, junto con Lon Nol, ascendido a mariscal, el príncipe Sisowath Sirik Matak, primo de Sihanuk, y dos ex presidentes de la Asamblea Nacional, In Tham y Chen Heng. Gobernaban juntos a ratos, pero la mayoría de las veces lo hacían los unos contra los otros. Bajo su administración se generalizó la corrupción ya floreciente en la época de Sihanuk en todos los ámbitos administrativos de los servicios públicos o del ejército. Los ministros desviaban los suministros alimenticios y los generales el armamento de guerra hacia el enemigo, los jefes y oficiales se guardaban mes tras mes la paga de los soldados y el gobierno perdió en una año más terreno a manos de los comunistas del que Sihanuk tuviera que ceder a lo largo de toda la guerra de Vietnam.

Desde el punto de vista militar, el régimen de Lon Nol sólo pudo sobrevivir gracias al apoyo aéreo norteamericano, a la ayuda militar de los Estados Unidos, que ascendía a 200 millones de dólares al año, y a la intervención de las tropas sudvietnamitas con unos efectivos de 10 000 hombres. Al poner fin los Estados Unidos a los bombardeos sobre Camboya el 15 de agosto de 1973, el presidente Lon Nol no era prácticamente más que alcalde de Pnom Penh, mientras que el resto del territorio camboyano estaba controlado por el enemigo. Cierto que en la capital, cuya población había pasado en tres años de 600 000 a dos millones de habitantes, vivía a la sazón casi la tercera parte de toda la población camboyana.

Durante este mismo período, el número de guerrilleros del Khmer Rojo había aumentado a cerca de 60 000. Recibían el apoyo de unos cuantos miles de «consejeros» norvietnamitas, pero llevaron a cabo por sí solos la lucha final para la conquista de Pnom Penh, y ya por entonces no era raro que se produjeran incidentes armados entre los comunistas camboyanos y unidades del ejército norvietnamita. También había iniciado ya la dirección del Khmer Rojo la purga de sus propias filas para eliminar a los llamados khmer vietminh, grupo de camboyanos comunistas que se habían formado desde 1954 en Vietnam y que resultaban sospechosos de

fidelidad a Hanoi. También fueron eliminadas las huestes del príncipe Sihanuk, llamadas Khmer Sum Doh, cuya hermandad en las armas sólo se había aceptado temporalmente y de mala gana. En el otoño de 1973 Sihanuk declaró en Pekín que el Khmer Rojo prohibía el retorno a Camboya del gobierno real de Unidad nacional y que, en consecuencia había traspasado todas las responsabilidades de gobierno al dirigente guerrillero Khieu Samphan. Efectivamente, en una posterior visita de éste a Pekín en marzo de 1974, se le recibió con todos los honores protocolarios correspondientes a un jefe de gobierno, mientras que a Sihanuk se le dejaba reducido al papel ceremonial de jefe del Estado.

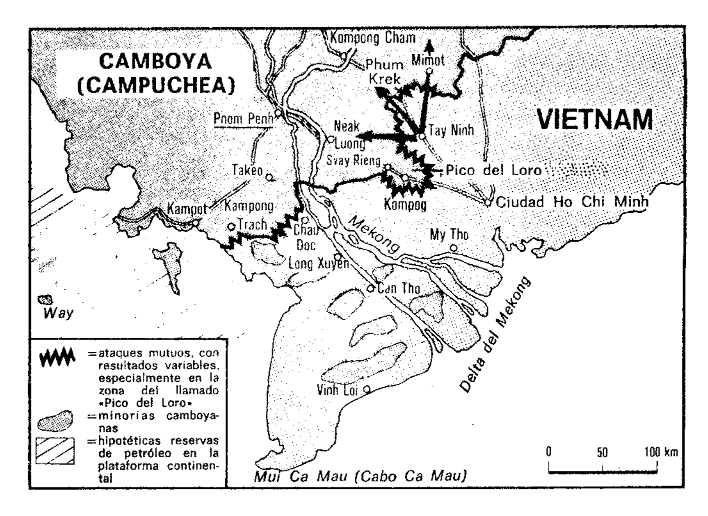
El 17 de abril de 1975 —trece días antes de la capitulación de Saigón— terminaba la lucha final en torno a Pnom Penh con la victoria total de los comunistas. Con esta victoria empezaba lo que el khmer rojo denominó la «revolución socialista total», que había de convertirse para los camboyanos en una inconcebible tragedia bajo un bárbaro comunismo propio de la edad de piedra. Inmediatamente después de la toma del poder por los comunistas, tres millones y medio de personas fueron conducidos a la jungla como rebaños desde Pnom Penh y unas cuantas ciudades más. Por el camino perecieron alrededor de 500 000 camboyanos como consecuencia del hambre, la sed, el debilitamiento o los malos tratos. Entre los sobrevivientes, fueron incontables los que murieron trabajando en las brigadas de trabajo en los campos de arroz y de algodón, o en la construcción de carreteras y canales. Simultáneamente se procedió a la liquidación de los llamados «secuaces de Lon Nol», que comprendían a todos los miembros del ejército republicano que había llegado a contar 250 000 hombres, 50 000 policías, 70 000 funcionarios y empleados del antiguo régimen, 20 000 maestros y 30 000 intelectuales o profesionales: médicos, técnicos, comerciantes, abogados, estudiantes y la totalidad del clero budista. La mayor parte de los miembros de las antiguas clases dirigentes fueron víctimas de sádicas ejecuciones masivas. Más tarde se oyó decir que habían sido reos de muerte todos cuantos llevaban gafas, al ser sospechosos de saber leer y escribir.

Todo el pueblo fue expropiado, con la supresión del dinero circulante, y degradado a la condición de esclavos laborales carentes de derechos. Casi la totalidad de los miembros de la clase media burguesa fueron exterminados físicamente, todas las instituciones religiosas y culturales suprimidas, las estatuas de Buda reducidas a escombros para la construcción de carreteras, las pagodas y bibliotecas convertidas en pocilgas, todos los libros y todo el papel moneda quemados, las familias desmembradas y todo el mundo quedó a la merced del terror despiadado de los khmer rojos. Estos administraban su régimen de terror en nombre de una «organización»

anónima denominada «Angka», e igualmente anónima era hasta aquel momento la composición de la dirección del Khmer Rojo.

Sólo en octubre de 1977, dos años y medio después de la toma del poder de los comunistas en Camboya, se supo como consecuencia de una visita de Estado del jefe del gobierno camboyano a Pekín que el llamado Pol Pot era el secretario general del Partido Comunista de Camboya y que durante la guerra había adoptado el nombre de Saloth Sar. Entretanto el jefe del Estado nominal, príncipe Sihanuk, que había vuelto a Pnom Penh, hacía dos años que había sido relevado también de este cargo y había sido mantenido desde entonces bajo arresto domiciliario en su palacio. A Sihanuk le sucedió Khieu Samphan, y en la jerarquía del partido le precedía el número 2, el ministro de Asuntos Exteriores y lugarteniente de Pol Pot, Ieng Sary. Todos los altos funcionarios que ocupaban la cúspide del poder habían recibido formación universitaria en París y eran miembros de la antigua clase media urbana, la misma clase social que ahora habían aniquilado sin piedad. Con un desprecio inaudito por las personas, perseguían el objetivo supuestamente idealista de crear el nuevo hombre socialista en una sociedad socialista pura. Con el mismo fanatismo con el que desarrollaron su programa «socialista» defendieron también sus intereses nacionalistas frente a Hanoi, cuyos planes para una fusión de Camboya y Laos con Vietnam a fin de formar una Gran Indochina tropezaron desde el primer momento con su más enconada resistencia, apoyada por Pekín por todos los medios.

Tras el fracaso de dos intentos de golpe de Estado manifiestamente organizados en Pnom Penh por Hanoi, se sucedieron desde comienzos de 1977 los incidentes fronterizos armados en la frontera camboyano-vietnamita. Desde la toma del poder de los comunistas en Camboya, que ahora se llamaba Campuchea Democrática, habían huido a Vietnam unos 150 000 camboyanos. Entre los refugiados se encontraba un antiguo oficial del Khmer Rojo llamado Heng Samrin, que se había formado anteriormente en Vietnam y había sido condenado a muerte por su presunta participación en un intento de golpe de Estado en Pnom Penh, pudiendo salvarse y huir a Vietnam. Bajo su dirección los vietnamitas organizaron un Frente de Liberación Nacional Camboyano que se limitó a reforzar con unos cuantos batallones a los 200 000 hombres de las fuerzas vietnamitas que en diciembre de 1978 iniciaron una guerra relámpago contra Camboya, pero que sirvió para disfrazar esta guerra de conquista vietnamita como «lucha por la liberación nacional de Camboya». Tras la toma de Pnom Penh y la huida de los seguidores de Pol Pot a la jungla, Heng Samrin constituyó un nuevo gobierno camboyano que inmediatamente obtuvo el reconocimiento de la Unión Soviética y acto seguido firmó con Hanoi un



Mapa 9. *Camboya y Vietnam (1978)*

tratado de protección semejante al acordado dos años antes entre Vietnam y Laos.

Sólo unos días antes de la capitulación de Pnom Penh dejó el gobierno de Pol Pot en libertad a Sihanuk para que se dirigiera a Pekín con el cometido de movilizar a la opinión pública mundial contra la agresión vietnamita. El príncipe cumplió el encargo sin vacilar, presentando ante el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas un informe apasionado en el que acusaba a Vietnam de agresión a su pueblo. Pero al mismo tiempo Sihanuk se distanció del régimen de Pol Pot, cuya toma del poder había ensalzado tres años y medio antes como «comienzo de la Edad de Oro de la historia camboyana». Al romper públicamente con su antiguo aliado, Sihanuk lesionó los intereses de la que fuera su potencia protectora, que siguió reconociendo al gobierno de Pol Pot, y para salir de este dilema el príncipe trasladó temporalmente su residencia a la capital norcoreana de Pyongyang.

Encabezado por Moscú y Pekín, comenzó un forcejeo internacional en torno al reconocimiento del «legítimo» gobierno camboyano. Mientras que los soviéticos consiguieron inducir a la mayoría de los Estados comunistas y a unos cuantos países del Tercer Mundo a establecer relaciones diplomáticas con el gobierno de

Heng Samrin, el gobierno de Pol Pot siguió gozando del reconocimiento de la gran mayoría de los Estados y conservó también su representación en las Naciones Unidas. Sobre todo los Estados no comunistas vecinos de Vietnam, integrados en la ASEAN —Tailandia, Malasia, Singapur, Indonesia y Filipinas— se alinearon decididamente al lado de la República Popular China, en la que veían una garantía de seguridad contra la temida prosecución de la expansión violenta de Vietnam en el Asia sudoriental. A los Estados de la ASEAN, como a todo el mundo, les repugnaba el régimen genocida de Pol Pot, pero en su sustitución por los seguidores de Heng Samrin no veían en todo caso más que el intento de pasar de Herodes a Pilatos, pero se protestaba sobre todo por el hecho de que un Estado hubiera sido víctima de la agresión de otro Estado vecino.

Las huestes del Khmer Rojo iniciaron la guerra de guerrillas contra el gobierno de Heng Samrin y sus aliados vietnamitas inmediatamente después de la caída de Pnom Penh. Cuentan con el apoyo de Pekín, mientras que Hanoi y Pnom Penh reciben ayuda soviética. En diciembre de 1979 se sustituyó a Pol Pot, principal responsable de la sangrienta dominación de los khmer rojos, poniendo a Khieu Samphan, menos comprometido, en la cúspide de la guerrilla, a fin de facilitar el entendimiento con otros grupos de la resistencia nacionalista camboyana contra el régimen de Pnom Penh dirigido por Hanoi. Sin la protección de las tropas de ocupación vietnamitas, compuestas por 150 000 ó 200 000 hombres, el gobierno todavía débil de Heng Samrin no podría defenderse contra los 20 000 guerrilleros del Khmer Rojo y los 10 000 ó 15 000 rebeldes nacionalistas. Como eso también lo sabe el gobierno de Hanoi, que quiere afirmar a toda costa su hegemonía en Indochina, Vietnam tendrá que estacionar sus fuerzas con respaldo soviético en Camboya hasta que se haya consolidado su poder allí o hasta que fuerzas militares superiores le obliguen a retirarse.

En la región esas fuerzas sólo podrían ser las de la República Popular China, pero Pekín no se arriesgará a una guerra de grandes proporciones con la Unión Soviética en torno a Vietnam. Así pues, no le queda a los chinos otra posibilidad que la de seguir atizando como hasta ahora la pequeña guerra por representación, confiando en la resistencia nacionalista frente a la política hegemónica de Vietnam. El príncipe Sihanuk interviene jugando una vez más con dos barajas y lanza llamamientos en los que por una parte incita a la lucha contra el Khmer Rojo apoyado por China y por otra parte pide la guerra popular contra la alianza hostil a China de Heng Samrin con el agresor vietnamita. Para hacer frente a los tres, Sihanuk quiere aliarse incluso con su antiguo

enemigo mortal Lon Nol. Pero es difícil que estos dos representantes del antiguo régimen en el Asia sudoriental estén en condiciones de hacer retroceder la rueda de la historia que ellos mismos contribuyeron anteriormente a poner en marcha.

Durante la guerra de Indochina perecieron alrededor de un millón de personas, de un total de siete millones de camboyanos; el genocidio del régimen de Pol Pot provocó otros dos millones de víctimas, y de los cuatro millones de supervivientes, a finales de 1979, tras un año de gobierno de Heng Samrin y de guerra de guerrillas, había dos millones de personas en serio peligro de morir de hambre. Una vieja civilización que ha proporcionado a la humanidad incomparables creaciones artísticas como el templo de Angkor se encontraba a comienzos de la década de 1980 al borde de la extinción.

III. LAOS

De colonia a república popular: treinta años de guerra civil

De los tres Estados indochinos era Laos el que en 1945 estaba menos preparado para su independencia. El histórico reino de Lan Ch'ang, «País de los Millones de Elefantes», se dividió en el siglo XVIII en tres principados rivales: Luang Prabang, Vientiane y Champassak, y no volvió a unirse, con el nombre de Laos y con sus actuales fronteras, hasta la firma de un tratado de protectorado, el 29 de agosto de 1941, con la potencia colonial francesa que dominaba Cochinchina, Annam, Tonkín y Camboya. Los franceses administraban estos territorios, que habían estado bajo soberanía del vecino reino de Siam (Tailandia) desde 1893, pero servían a la potencia colonial francesa como cojín frente a los tais y a la colonia inglesa de Birmania.

Dado que Laos resultaba económicamente poco rentable, los franceses apenas lo desarrollaron, limitándose a mantenerlo bajo su control político. Mediante el tratado de protectorado de 1941, el rey Sisavong de Luang Prabang obtenía la supremacía sobre los otros dos territorios: el antiguo principado de Vientiane y el Estado-principado de Champassak. Sólo un año más tarde, Laos, como el resto de Indochina, fue ocupado por los japoneses. Estos obligaron al rey Sisavong a proclamar la independencia de Laos el 9 de marzo de 1945, el mismo día en el que el emperador de Annam y el rey de Camboya daban por terminada, por orden de los japoneses, la dominación colonial francesa.

Pero lo mismo que en Vietnam y en Camboya, también en Laos

comenzó la verdadera lucha por la independencia tras la capitulación japonesa en agosto de 1945. Mientras que en Vietnam la lucha derivó pronto en disputa bélica abierta entre el Vietminh y la potencia colonial francesa y en Camboya consistió principalmente en un forcejeo político entre el rey Norodom Sihanuk y los franceses, en Laos condujo inicialmente a una pelea de unos príncipes y familias aristocráticas contra otros, rivalidad que las potencias exteriores supieron aprovechar en favor de su política de intereses. El reino cayó así, poco después de 1945, en luchas que fueron la mezcla de guerra civil e intervención extranjera que desde entonces ha constituido su destino.

Al contrario que el rey Sisavong, que había vacilado a la hora de desligarse de Francia, su primer ministro y sobrino, el príncipe Pethsarat exigió la inmediata separación de la metrópoli. En septiembre de 1945 fundó el Lao Issarat («Movimiento para un Laos libre»), constituyó un «gobierno de unidad nacional» y proclamó la plena independencia. En cambio el príncipe de Champassak, Bun Um, pidió el retorno de los franceses a Laos tras la capitulación japonesa. También el rey Sisavong se declaró conforme con que los franceses volvieran a asumir en abril de 1946 sus funciones administrativas en Vientiane. En agosto de 1946 se concluyó un acuerdo sobre la unidad y autonomía de Laos que establecía un *modus vivendi;* en 1949 se firmó un tratado por el que Laos, como Estado independiente, se integraba en la Unión Francesa, y sólo el 22 de octubre de 1953 concedieron los franceses la plena independencia al reino, a la vista de la derrota que les amenazaba en Vietnam, en un tratado de amistad franco-laosiano.

A raíz del tratado de 1949 se disolvió el Lao Issarat, que operaba desde Tailandia, en vista de que parecía haberse cumplido su objetivo. Pero para entonces la dirección de la lucha por la independencia había pasado a manos de un hermanastro de Pethsarat, el príncipe Sufanuvong. Con guerrilleros laosianos formados en Vietnam fundó el movimiento comunista Pathet Lao (Nacionalistas Laosianos) y conquistó con el apoyo activo del Vietminh las dos provincias septentrionales de Fong Saly y Hua Fan hasta finales de 1953, proclamando allí un «gobierno de resistencia nacional». Aunque en la conferencia de Ginebra de 1954 se acordó que las unidades del Pathet Lao, que por entonces contaban con 2 000 hombres, en parte se disolvieran y en parte se integraran en ejército real y que las dos provincias bajo gobierno comunista se reincorporasen a la administración del reino, esos acuerdos nunca llegaron a cumplirse pese a varios intentos de llevarlos a cabo. Las disputas así surgidas hicieron que Laos se viera envuelto directamente en la guerra de Indochina hasta 1975 y, pese a todos

los esfuerzos de su gobierno por conservar la neutralidad, el país se convirtiera en campo de batalla.

La culpa de este nefasto proceso la tuvieron en parte los intransigentes comunistas laosianos y sus aliados vietnamitas, pero también fueron responsables los Estados Unidos, que desde 1950 intervinieron de manera creciente en Laos. La intervención norteamericana en Laos se explica por la importancia estratégica de este país, que tiene fronteras comunes con Birmania, Tailandia, China, Camboya y Vietnam del Norte y del Sur, y porque —según los expertos militares— con su forma alargada «apunta como una daga al corazón del Asia sudoriental». Los norteamericanos querían convertir la «daga» en un Estado-cojín pro-occidental, en una zona de bloqueo entre los Estados comunistas de Vietnam del Norte y China, por una parte, y los Estados aliados de Tailandia y Vietnam del Sur y el Estado neutralista de Camboya por otra.

A partir de 1950, los Estados Unidos empezaron a ayudar financieramente a la administración colonial francesa. Tras los acuerdos de la conferencia de Ginebra de 1954 y la retirada francesa, los norteamericanos asumieron en gran parte las funciones que habían descuidado los antiguos dominadores coloniales: en los cinco años siguientes concedieron a Laos, con sólo dos millones de habitantes, una ayuda militar y económica del orden de 200 millones de dólares, el doble de lo que en los cinco años anteriores se habían gastado para los tres Estados de Indochina con su población conjunta de 50 millones de seres humanos. Pero este maná monetario contribuyó menos al reforzamiento político, militar y económico del reino que a la corrupción generalizada entre los políticos y los militares gubernamentales, con lo que indirectamente contribuyó a ayudar al Pathet Lao hostil.

En el campo gubernamental surgieron inmediatamente después de 1954 contradicciones entre los neutralistas y el ala derecha, tensiones que no pudieron reducirse en las dos décadas siguientes. El primer jefe de gobierno neutralista, el príncipe Suvana Fuma, hermanastro tanto del «príncipe rojo» Sufanuvong como del príncipe del issarat Pethsarat, se esforzó honradamente por conseguir la reconciliación con el Pathet Lao y por cumplir los acuerdos de Ginebra. Estaba convencido de la fuerza unificadora del «laotismo» —forma laosiana específica de tolerancia fraternal— y creía que incluso entre sus contrincantes comunistas el laotismo tenía más fuerza que la orientación ideológica que éstos habían elegido. En 1956 llegó a un acuerdo con el príncipe Sufanuvong sobre un gobierno de coalición en el que el dirigente del Pathet Lao desempeñaba la cartera de planificación económica y otro alto funcionario de la organización, Fumi Vonvichit era ministro de asuntos religiosos. Dado que el acuerdo tropezó con una fuerte

oposición por parte de los norteamericanos y de la derecha laosiana, el «gobierno de unidad nacional» no pudo formarse hasta noviembre de 1957.

Entretanto el príncipe Suvana Fuma se había desplazado a Pekín y Hanoi y había conseguido que por lo menos emitieran allí declaraciones no vinculantes de respeto a la neutralidad y la integridad territorial de Laos. Pero esto no hizo más que reforzar la desconfianza de los norteamericanos y de los laosianos derechistas hacia el príncipe neutralista. Los dirigentes del ala derecha, apoyados por el rey Savang Vathana y sobre todo por el príncipe de Champassak Bun Um, eran aristócratas laosianos, encabezados por Fumi Sananikone, Katay Sasorith, Ku Abhay y el comandante en jefe del ejército, Fuma Nosavan, que se había convertido en el hombre de confianza de los norteamericanos.

En agosto de 1958, el gobierno de coalición de Suvana Fuma fue sustituido por un gobierno derechista sin participación del Pathet Lao y bajo la dirección de Fumi Sananikone. La guerra de guerrillas, que se intensificó de nuevo con la ayuda del Vietminh ante este hecho político, indujo al primer ministro Sananikone a acusar a Vietnam del Norte ante el Consejo de Seguridad de la ONU en septiembre de 1958, de intervención armada. Esta primera crisis internacional sobre Laos se dramatizó de tal manera que periodistas norteamericanos entonces muy conocidos, como los hermanos Alsop, llegaron a especular con la posibilidad de que los Estados Unidos emplearan la bomba atómica en Laos. Pero a lo único que se llegó de hecho fue a enviar una comisión investigadora de las Naciones Unidas que abandonó el país después de algunas semanas sin pruebas concretas de la agresión norvietnamita.

Tras dos nuevos cambios de gobierno manipulados por el comandante en jefe del ejército Fumi Nosavan y en los que se excluyó tanto al Pathet Lao como a Suvana Fuma, el 9 de agosto de 1960 el capitán de paracaidistas Kong Le se levantó en Vientiane contra la dirección del ejército y contra la —según él— «abrumadora influencia norteamericana en la política de Laos». Kong Le consiguió que el 30 de agosto se constituyera un nuevo gobierno encabezado por Suvana Fuma, quien quería formar una coalición tanto con políticos del ala derecha como con representantes del Pathet Lao. Pero el general Fuma Nosavan, al que se le reservaba el cargo de viceprimer ministro, se retiró a Champassak, feudo del príncipe Bun Um, y fundó con él un «comité de la revolución» con la intención expresa de reconquistar Vientiane.

Al hacerse patente que los preparativos de agresión de Fuma Nosavan contaban con el apoyo de los Estados Unidos, Suvana Fuma declaró en septiembre de 1960 su intención de establecer

relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, iniciando simultáneamente negociaciones con el Pathet Lao para la formación de un nuevo gobierno de coalición. En señal de protesta, los norteamericanos suspendieron inmediatamente toda ayuda económica y militar al gobierno de Suvana Fuma, prosiguiendo en cambio la ayuda a las huestes de Fuma Nosavan y Bun Um, concentradas en el sur de Laos. Como al mismo tiempo Tailandia, aliado norteamericano, bloqueó las comunicaciones terrestres con Vientiane, Suvana Fuma solicitó y recibió suministros de armamento de la Unión Soviética.

En diciembre de 1960, las tropas de Fuma Nosavan conquistaron Vientiane. Mientras Kong Le se retiraba con sus soldados a la Plaine des Jarres —la Llanura de los Jarros— y se aliaba al Pathet Lao, Suvana Fuma marchó al exilio en Camboya. Desde allí hacía ya meses que el príncipe Sihanuk instaba a los signatarios de la conferencia de Ginebra de 1954 a que convocaran una conferencia sobre Laos, con el fin de impedir que se concretara la amenaza de extensión del conflicto a Camboya. Pero entretanto las unidades del Pathet Lao, armadas gracias a la importante ayuda soviética y apoyadas ahora inequívocamente por unidades del ejército norvietnamita, habían conquistado la mitad del territorio laosiano, provocando con ello la segunda crisis internacional en torno a Laos. El presidente norteamericano Kennedy tuvo que declarar que «toda Asia sudoriental estaría en peligro si Laos perdía su independencia neutral». Basándose en tal convicción, Kennedy ordenó el desembarco de pequeños contingentes de tropas norteamericanas en la vecina Tailandia. Con el envío de nuevos consejeros militares a Saigón, dispuesto simultáneamente, se inició en octubre de 1961 la primera fase del nefasto compromiso militar de los Estados Unidos en Vietnam del Sur.

La iniciativa de paz del jefe del Estado camboyano, príncipe Sihanuk, hizo que en mayo de 1961 se reuniera en Ginebra una conferencia con la participación de catorce potencias. La conferencia acordó la neutralización de Laos y la formación de un nuevo gobierno de coalición laosiano con participación de los neutralistas, de la derecha laosiana y del Pathet Lao; pero pasó nuevamente un año antes de que se cumpliera, y solamente en parte, este acuerdo (junio de 1962). El gobierno de coalición, con el príncipe Suvana Fuma como presidente del Consejo de Ministros, y con el príncipe Sufanuvong y el general Fumi Nosavan como vicepresidentes, tenía ante sí la tarea de lograr la colaboración pacífica de comunistas, anticomunistas y neutralistas después de años de antagonismo bélico. El Pathet Lao, al que en la primera coalición de 1957 le correspondieron solamente dos de las doce carteras ministeriales, tenía ahora, con cuatro carteras, la misma participación que sus enemigos de la

derecha, mientras que los neutralistas se reservaban ocho ministerios. Pero como los tres grupos seguían manteniendo sus propias fuerzas armadas, en la práctica Laos siguió estando tan dividido cómo lo estuviera ya en el siglo XVIII entre los tres príncipes rivales. Los comunistas ocupaban la parte norte del país, los neutralistas ocupaban el centro también geográficamente y los anticomunistas el sur.

Tras un pasajero alto el fuego comenzaron de nuevo las hostilidades en abril de 1963, tras el asesinato del ministro de Asuntos Exteriores Quinim Folsena, cercano al Pathet Lao. Los ministros comunistas se retiraron del gobierno de unión nacional y desde sus viejas bases en las provincias septentrionales laosianas, que nunca habían abandonado, hicieron avanzar en 1964 la guerrilla del Pathet Lao hasta la Llanura de los Jarros. El primer ministro Suvana Fuma siguió manteniendo la fachada de la coalición tripartita. En todas las reuniones del gabinete se reservaban cuatro asientos para los ministros comunistas, asientos que permanecían vacíos. Pero en contraposición a su anterior orientación izquierdista, se alió ahora con la derecha y pidió armas a los Estados Unidos, potencia a la que hasta entonces había tratado con la mayor desconfianza.

Los norteamericanos, que por aquella misma época —verano de 1964— habían iniciado la escalada de su compromiso militar en Vietnam, apoyaron de inmediato a las tropas del gobierno laosiano con aviones de reconocimiento y de transporte armados. Pero sus propios intereses militares se cifraban sobre todo en bombardear desde las bases norteamericanas en Tailandia las vías de comunicación de la llamada «senda Ho Chi Minh» a su paso por territorio laosiano, así como a las fuerzas norvietnamitas, compuestas por unos 50 000 hombres, que actuaban allí.

En el fondo, la razón por la que tanto los norteamericanos como los norvietnamitas intervinieron en la guerra en Laos fue primordialmente el puente de abastecimiento que atravesaba el país entre Vietnam del Norte y Vietnam del Sur, siendo el destino de los laosianos siempre secundario en las consideraciones estratégicas de los contendientes en la guerra de Vietnam. Pero Hanoi no olvidó nunca el objetivo político de conseguir algún día anexionarse Laos con ayuda del Pathet Lao, o al menos incluir a este país en una federación indochina. En los años de guerra que siguieron se repitieron siempre con igual ritmo las ofensivas comunistas durante la estación seca y las contraofensivas de las tropas del gobierno durante el monzón, saldadas cada año indefectiblemente con un avance territorial del Pathet Lao. En 1968-69, durante la primera fase de las negociaciones de paz de París, la guerrilla del Pathet Lao y las tropas norvietnamitas reforzaron sus ataques y penetra-

ron muy adentro en el sur de Laos. La moral de combate de los 60 000 hombres de las tropas gubernamentales era nula y los 20 000 mercenarios tailandeses enviados de refuerzo no constituyeron una protección eficaz. La única fuerza militarmente equiparable a los comunistas eran l ; tropas especiales del general Van Pao, compuestas por 15 000 hombres procedentes de las tribus montañesas meos, amantes de la libertad, y financiados por la CIA norteamericana. Pero tampoco estas tropas pudieron impedir el continuo avance territorial del ejército del Pathet Lao, que hasta 1972 había crecido en efectivos hasta llegar a los 50 000 hombres, y de sus aliados norvietnamitas.

Cuando inmediatamente después del acuerdo de armisticio alcanzado para Vietnam en París en enero de 1973 comenzaron también en la capital laosiana de Vientiane conversaciones de alto el fuego, el Pathet Lao pudo negociar desde una posición más fuerte de la que había tenido nunca. El 3 de febrero se firmó un acuerdo sobre el cese de las hostilidades y sobre los principios para la formación de un nuevo gobierno de coalición, pero la negociación de las condiciones del acuerdo de coalición se prolongó hasta el 14 de septiembre de 1973. En el nuevo gobierno los neutralistas y anticomunistas conjuntamente sólo recibieron la mitad de las carteras ministeriales, mientras que la otra mitad correspondía a los representantes del Pathet Lao. Las zonas de influencia enemigas quedaban separadas y sometidas cada una de ellas a su propia administración, pero mientras que los comunistas tenían derecho a estacionar tropas en la capital gubernamental de Vientiane y en la ciudad real de Luang Prabang, a los miembros de la parte contraria, aun cuando fueran civiles, le estaba vedado todo desplazamiento al territorio del Pathet Lao. Las fuerzas extranjeras debían abandonar el país en el plazo de 60 días a partir de la fecha de formación del gobierno. Pero como Hanoi siempre había negado la presencia de tropas norvietnamitas en suelo laosiano, no se sintió obligado a retirarse y la medida sólo afectó al personal militar norteamericano y a los mercenarios tailandeses. Esto tuvo para Vietnam del Norte la ventaja, entre otras, de que en los dos años siguientes pudo transportar a través del sector laosiano de la vía de aprovisionamiento denominada «senda Ho Chi Minh» sus refuerzos para la lucha final en Vietnam del Sur sin las molestias ocasionadas por los ataques aéreos norteamericanos.

Hasta el 4 de abril de 1974 no se constituyó el nuevo gobierno, una vez más encabezado por Suvana Fuma como presidente del Consejo de Ministros, asumiendo la vicepresidencia el funcionario del Pathet Lao, Fumi Vonvichit. El Pathet Lao ocupó el ministerio de Asuntos Exteriores y los ministerios de Economía, Información, Trabajo y Cultura; los seguidores de Suvana Fuma obtuvie-

ron los ministerios del Interior, Hacienda, Defensa, Sanidad y Educación. Junto al gabinete se creó simultáneamente un Consejo Político Nacional cuya presidencia asumió el «príncipe rojo» Sufanuvong. La verdadera cúspide dirigente del Pathet Lao —al igual que ocurría con la dirección del Khmer Rojo en Camboya— seguía manteniéndose en el anonimato; no intervino en la formación del gobierno, sino que dirigió el curso subsiguiente de los acontecimientos desde el cuartel general del Pathet Lao en Samneua.

Este curso, al igual que todo el anterior conflicto laosiano, fue un reflejo de lo que acontecía en Vietnam. Inmediatamente después de la toma del poder por los comunistas en Saigón y en Camboya, en abril de 1975, los miembros del Pathet Lao forzaron en mayo la salida de los ministros anticomunistas del gobierno e hicieron saltar así la coalición. En diciembre de 1975 completaron la total toma del poder. Pusieron término a los 600 años de monarquía proclamando la república popular y constituyeron un nuevo gobierno en el que los más altos funcionarios del Pathet Lao, que hasta entonces habían mantenido el anonimato, asumieron la dirección: el jefe del gobierno fue el secretario general del partido, Kaysone Fomvihan, medio vietnamita; el vicesecretario Nuhak Fongsavanse se convirtió en ministro de Hacienda y el comandante en jefe de la guerrilla, general Sipraseuth, en ministro de Defensa; el príncipe Sufanuvong, casado con una vietnamita, fue nombrado presidente. Para aderezar a la manera típica laosiana esta violación de todos los tratados y todas las promesas anteriores, el depuesto rey Savang Vathana y al derrocado jefe del gobierno Suvana Fuma fueron nombrados «consejeros» de sus correspondientes sucesores. Pero sólo tres meses más tarde, en marzo de 1976, el monarca fue detenido junto con toda la familia real; desde entonces se encuentra en Samneua en paradero desconocido. El príncipe Suvana Fuma fue puesto bajo arresto domiciliario en Vientiane y —como el príncipe Sihanuk en Camboya— se vio condenado a la contemplación pasiva de la tragedia de la que él mismo era en parte culpable por haber infravalorado a los comunistas.

Se cerraba así el largo proceso de una toma comunista del poder consumada con la más refinada táctica de ir cortando el salchichón rodaja a rodaja. Este proceso se inició treinta años antes con la conquista de dos provincias laosianas por 2 000 guerrilleros comunistas con ayuda norvietnamita; prosiguió, a pesar de los diferentes acuerdos de alto el fuego, con la conquista militar de la mayor parte de Laos y se consumó políticamente, de manera igualmente sistemática, mediante la participación cada vez más fuerte en tres gobiernos de coalición. Se cortejó al rey mientras la monarquía facilitaba la formación de gobiernos de coalición; se participó en gobiernos de coalición para ganar terreno y propagar internacio-

nalmente el objetivo, perseguido por Hanoi por razones tácticas hasta 1973, de una coalición de frente popular para Vietnam, y en cuanto rey y coalición hubieron cumplido su función se «prescindió» de ellos.

El Pathet Lao surgió como organización filial del Vietminh vietnamita y desde el principio estuvo teledirigido desde Hanoi. La anexión de Laos por Vietnam que así se iniciaba prosiguió tras la toma del poder por los comunistas en Saigón y Vientiane y el pacto laosiano-vietnamita de amistad y apoyo mutuo firmado en julio de 1977, que confirmó incluso de manera formal el *status* de satélite del antiguo reino que ya existía en la práctica. El pacto garantizaba a las fuerzas norvietnamitas en Laos el derecho al estacionamiento del que Vietnam del Norte hacía ya uso desde años atrás, pero que ya no podía justificarse por razones de estrategia bélica, sino que había de servir en adelante para mantener bajo control a los tres millones de laosianos al tiempo que se ejercía presión sobre la rebelde Camboya. La ayuda de Vietnam acordada en el tratado de amistad consiste, entre otras cosas, en que en todos los departamentos del gobierno laosiano existan «consejeros» vietnamitas que dirigen el trabajo y en que las fuerzas armadas norvietnamitas lleven a cabo una campaña de aniquilamiento contra el pueblo montañés rebelde de los meos, con la justificación de «defender la seguridad interna de la república popular».

IV. ¿FEDERACION INDOCHINA BAJO HEGEMONIA VIETNAMITA?

Dado que Laos, que sigue estando subdesarrollado, sigue siendo económicamente poco rentable, los soviéticos han asumido el papel que anteriormente desempeñaran la metrópoli francesa y, más tarde, los norteamericanos. Aportan al país una abundante ayuda económica y apoyan su reconstrucción económica y su desarrollo tecnológico con varios miles de expertos. El príncipe Suvana Fuma llevó a cabo una política de neutralidad entre otras cosas porque esperaba que los chinos evitarían la expansión del poder vietnamita en Laos. En base a un acuerdo firmado con Pekín en 1961, 20 000 obreros chinos construyeron carreteras en el norte de Laos, y también en el terreno diplomático Pekín llevó a cabo durante la guerra una actividad mayor que la de Moscú en Vientiane.

Pero al agudizarse el conflicto entre China y Vietnam y como consecuencia de la creciente dependencia económica de la República Popular de Laos de la ayuda soviética, se fueron enfriando cada vez más las relaciones entre Vientiane y Pekín. Tras la



Mapa 10. *Indochina tras la guerra fronteriza chino-vietnamita de 1979.*

conquista de Pnom Penh por las tropas vietnamitas a comienzos de 1979 fue Laos el primer Estado que —anticipándose incluso a Moscú— reconoció al nuevo gobierno provietnamita de Camboya. La «expedición de castigo» china contra Vietnam desencadenó en Vientiane manifestaciones organizadas antichinas. En marzo de 1979 el gobierno laosiano renunció a la ayuda china y decretó la expulsión de todos los técnicos y trabajadores chinos.

A pesar de la actual influencia claramente dominante en Laos de vietnamitas y soviéticos, Pekín no da el juego por perdido. Confía en el resentimiento antivietnamita que pervive en Laos, aun cuando con menos intensidad que en Camboya, y apoya todos los intentos de rebelión de las tribus montañesas. Dado que el régimen comunista de Vientiane genera un descontento creciente en la población por su política represiva, la oposición protegida por China podría un día cobrar fuerza. Pero de momento el dominio comunista impuesto ha provocado el efecto primario de que cientos de miles de laosianos huyan a Tailandia atravesando el Mekong. En la margen occidental de esta «corriente asiática del destino» hace ya siglos que se afincaron un millón de compatriotas suyos. Tailandia es el Estado que se ha visto más enojosamente afectado por los acontecimientos ocurridos en Camboya y Laos, debido a las corrientes migratorias de los últimos años procedentes de estos dos países. Es también el país que más teme la prosecución de una expansión vietnamita violenta. En Bangkok se habla de documentos secretos de los comunistas vietnamitas en los que al parecer se señala a Tailandia como «cuarto Estado de Indochina», lo que significaría que también este reino estaría destinado a integrarse en la proyectada Federación de Indochina.

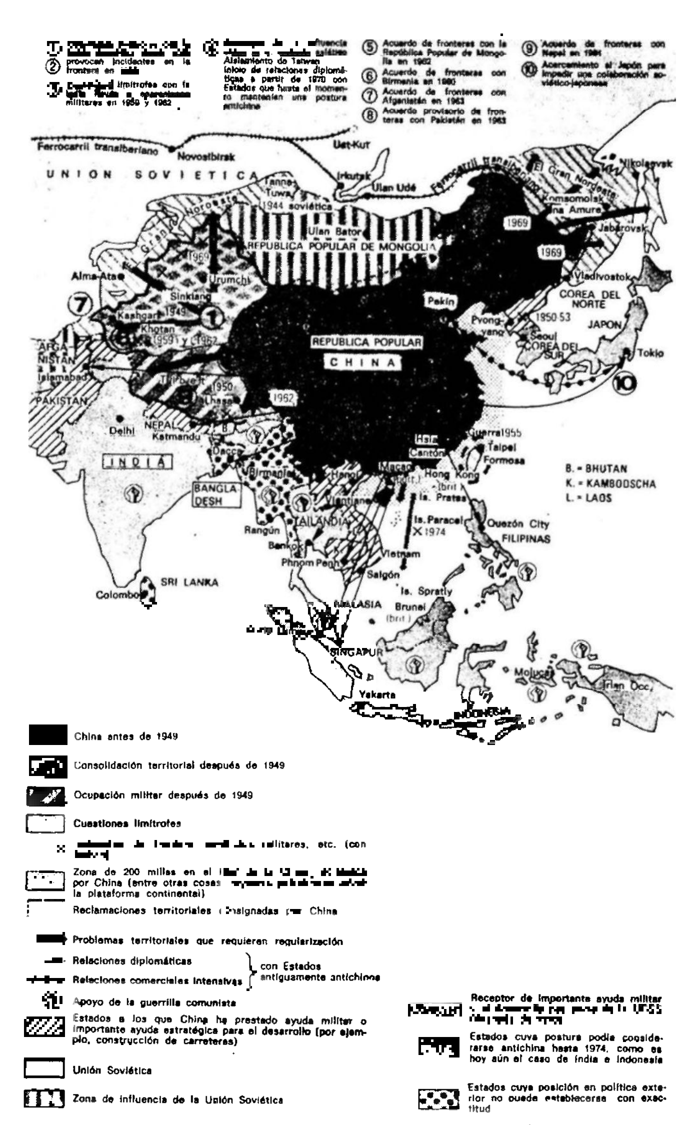
El concepto de Indo-China, acuñado por los franceses, se explica por el hecho de que los camboyanos y los laosianos, así como una parte de la población de la antigua Cochinchina, han pertenecido durante siglos al ámbito cultural hinduista-budista, mientras que los vietnamitas del norte estaban más moldeados por el confucinaísmo chino. Este concepto de una nueva unidad superpuesta de todos los pueblos de Indochina, que los franceses utilizaran una vez como denominador común para su imperio colonial en el Asia sudoriental, pero que la etnología científica no reconoce, fue asumido por el dirigente nacionalista y revolucionario comunista Ho Chi Minh al fundar en 1930 el «Partido Comunista de Indochina» y crear posteriormente con el Vietminh un movimiento de liberación que operaba en todo el territorio indochino y que tras la expulsión de los franceses habría de reunificar a vietnamitas, laosianos y camboyanos bajo la dirección de Hanoi. Ho perseguía con ello objetivos imperiales históricos vietnamitas, como antes de él lo hicieran secularmente los jerarcas vietnamitas que intentaban

extender su poder por toda Asia sudoriental en competencia con los tais. Pero la misma fundamentación histórica que el nacionalismo vietnamita que rebasa las propias fronteras tienen las fuerzas de resistencia de los pueblos vecinos frente a las pretensiones hegemónicas vietnamitas. También el conflicto entre las grandes potencias comunistas, China y la Unión Soviética, que tanto contribuye a la agudización de las diferencias en el Asia sudoriental, tiene raíces que hay que buscar remontándose en la historia. El nacionalismo desarrolla actualmente en Asia la misma fuerza explosiva que poseyera en la Europa del siglo XIX. En Europa, sólo después de las catástrofes sangrientas de dos guerras mundiales han conducido los conflictos entre los Estados nacionales a la constitución de asociaciones mayores, tales como la Comunidad Económica Europea. Quizá ocurra un día otro tanto en Indochina que, como federación de Estados con más de 50 millones de personas, sería por lo menos económicamente más viable de lo que lo son actualmente los tres Estados de Vietnam, Laos y Campuchea.

5. La República Popular China como nuevo factor de poder en la política mundial

A finales de la década de 1960, el mundo occidental tomó conciencia con sorprendente brusquedad del hecho de que la República Popular China (de ahora en adelante, RP China) se había convertido en un nuevo factor de poder en la política internacional. El elemento externo que impulsó esta toma de conciencia fue la entrada de las tropas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia (20-21 de agosto de 1968). Por primera vez desde la fundación de la RP China el 1 de octubre de 1949, la reacción de ésta a un acontecimiento internacional coincidía con la de Occidente. La coincidencia era todavía de índole casual, pues los dirigentes de Pekín no sólo condenaron de la forma más enérgica el acto de violencia encabezado por la Unión Soviética contra Checoslovaquia, sino también el curso reformista de la «Primavera de Praga». Pero, a pesar de todo, la atención de Occidente empezó a fijarse cada vez más en China.

Naturalmente existían razones a largo plazo para que Occidente se volviera hacia el Estado continental chino. La opinión pública mundial se hallaba bajo la impresión general de la «revolución cultural» de Mao Zedong, una campaña masiva de autodestrucción en el país más poblado de la tierra. La cuestión de si los Estados Unidos de América podían seguir permitiéndose el aislamiento estricto de este país se hallaba a la orden del día de la discusión política mundial. La decisión se planteaba en Washington con tanta más urgencia cuanto que la nación americana exigía con creciente impaciencia a sus dirigentes la terminación de la guerra de Vietnam. La RP China parecía desempeñar un papel clave en esta guerra y, por tanto, parecía también desempeñarlo en su liquidación. El agotador compromiso militar en Indochina había convencido a los principales políticos y politicólogos de los Estados Unidos de que el intento de contener militarmente a todos los gobiernos regidos por los comunistas resultaba cada vez más caro y terminaría por destruir la esencia misma de la potencia mundial americana. Richard Nixon, elegido nuevo presidente americano en noviembre de 1968, desarrolló, por tanto, junto con el entonces consejero de seguridad Henry A. Kissinger, bajo el lema de «comunicación en vez de confrontación», un concepto de distensión política que debía asociar los principios de la presión política y



Mapa 11. *El desarrollo territorial de la República Popular China desde 1949.*

de la negociación a una nueva estrategia contra el comunismo. Anulando el aislamiento de China e introduciendo un diálogo paralelo de distensión con Moscú y Pekín, Nixon y Kissinger creían poder llegar, en el caso de un conflicto chino-soviético, a una situación en que las dos grandes potencias comunistas ejercerían una presión mutua, abriendo así a los Estados Unidos nuevos márgenes de acción en la política mundial. A lo largo de los ocho primeros meses de 1969 se agudizó la tensa relación existente entre Moscú y Pekín, apuntando peligrosamente a un conflicto bélico. Occidente se halló súbitamente enfrentado a la cuestión de si debía abandonar a China, en caso de que estallara el conflicto, al poder militar, muy superior, de la Unión Soviética, y arriesgarse a que los dirigentes de Pekín se sometieran al dictado de Moscú en un caso de semejante gravedad.

La administración Nixon optó por apadrinar la rápida admisión de la RP China en la diplomacia internacional. La nueva orientación de la política exterior significaba un experimento difícil tanto para Pekín como para Washington. Colocaba naturalmente, por ambas partes, las alianzas con terceros ante una dura prueba de fuerza. De todos modos, el riesgo era muy desigual, pues nadie se atrevía en 1971 a garantizar que China ofreciese la suficiente estabilidad interna como para dar consistencia a largo plazo a una nueva política exterior abierta al mundo.

I. RASGOS FUNDAMENTALES DEL DESARROLLO POLITICO INTERNO DE CHINA: REVOLUCION CULTURAL, CRISIS DE TRANSICION Y LA NUEVA DIRECCION EXISTENTE DESDE 1976

El desarrollo político interno de la RP China se presenta al observador, desde finales de la década de 1950, esencialmente como una sucesión de períodos cada vez más cortos de crisis y conflictos internos del partido. La mayoría de los comentaristas políticos y de los sinólogos asiáticos interpretan estas crisis y conflictos como luchas por el poder. A ellos se oponen un gran grupo de sociólogos occidentales especializados en cuestiones chinas que en su análisis subrayan el aspecto de la dirección política de los conflictos intraelitistas de China, esto es, la lucha por unos programas objetivos. En realidad, en todos los casos de ruptura de la unidad de la dirección comunista china, se ha tratado tanto de luchas por el poder como de luchas por el rumbo político. Se ha tratado siempre de la cuestión de la distribución de las posiciones personales de poder y, al mismo tiempo, de la cuestión de qué medidas políticas debían imponerse desde esas posiciones de poder.

Lo que explica la frecuencia de las crisis en la política china es sobre todo el hecho de que Mao Zedong, el presidente del partido generalmente reconocido dentro de la élite, desde finales de la década de 1950 perdió cada vez más su fuerza carismática y, con ella, su capacidad de dirección. En 1957 y 1958 el prestigio de Mao había estado estrechamente vinculado a dos grandes movimientos políticos que se debieron a su iniciativa personal y, sin embargo, terminaron en fracasos: en 1957, la exhortación hecha a los intelectuales sin partido para que ejercieran la crítica del estilo de trabajo de las élites de dirección política; y en 1958, la creación de grandes colectivos rurales, las «comunas populares», así como una amplia movilización de las masas que debía permitir a China dar el «gran salto hacia adelante». El movimiento crítico de los intelectuales, la llamada campaña de las cien flores, provocó en unas cuantas semanas la oposición del propio sistema y el partido tuvo que cortarla bruscamente.

El experimento económico de Mao durante el año siguiente, la pretendida transición a un concepto intensificador, movilizador, del desarrollo, condujo a una grave crisis económica que alcanzó proporciones de hambre masiva debido a las tres malas cosechas que se sucedieron. Los años de 1960, 1961 y 1962 fueron para la población china los de las mayores privaciones de alimentos que China ha sufrido en este siglo. El fracaso del concepto maoísta de desarrollo provocó la oposición de una mayoría de dirigentes civiles del partido y algunos militares destacados, quienes empezaron a someter las ideas y programas de Mao a una profunda revisión. A la cabeza de los críticos se hallaba el primer vicepresidente del partido y futuro sucesor, Liu Shaoqi, apoyado por el jefe del aparato civil del partido, Deng Xiaoping, mientras que Mao recibió el apoyo del mariscal Lin Biao, nombrado ministro de Defensa en 1959. El primer ministro, Zhou Enlai, próximo a los críticos de Mao en las cuestiones del programa, pero rival personal de éste, se mantuvo neutral. El conflicto interno del partido, que culminó finalmente en la «revolución cultural», estuvo marcado *desde el punto de vista de la política de poder,* por la disputa entre Liu Shaoqi y Lin Biao por la sucesión del líder del partido. Mas, por lo que se refiere a la dirección política, se debatían cuatro cuestiones fundamentales:

1. ¿Debía adoptarse el concepto de desarrollo económico formulado por Mao, es decir, un desarrollo promovido por la movilización de las masas y la renuncia entusiasta de la población, o el concepto presentado por los críticos de Mao de un desarrollo impulsado por la aplicación de los criterios económicos tradicionales de crecimiento, incentivos materiales, y un mínimo de libertad de movimiento para las iniciativas del individuo?

2. ¿Debía estar marcada exclusivamente la vida cultural china por el *kitsch* político del llamado romanticismo revolucionario, que gozaba del favor de Mao y de su mujer, Jiang Qin, o había que conceder al menos un margen limitado a la competencia de diferentes estilos y, por tanto, un mínimo de libertad de creación artística?

3. ¿Debía darse preferencia en la educación al adoctrinamiento político o a la transmisión de conocimientos especializados?

4. ¿Debía determinarse el sistema político por el principio de dirección individual-carismática o por el de dirección colectiva-institucional?

A comienzos de la década de 1960, los críticos de Mao se impusieron ampliamente. Fue bien poco lo que quedó de su concepto de 1958: los incentivos materiales volvieron a convertirse en el factor más importante de estímulo al desarrollo económico; los colectivos agrarios apenas conservaron algo más que el nombre en común con las comunas populares establecidas en 1958; la responsabilidad de la producción agrícola se desplazó a los pequeños grupos de producción compuestos por unas veinte familias; los campesinos pudieron cultivar por cuenta propia pequeñas parcelas privadas.

Desde la imposición de estas revisiones al programa de Mao en 1962, la política interior china ha estado determinada durante casi decenio y medio por los intentos de Mao y sus colaboradores más íntimos de volver al experimento de 1958 y elegir como sucesores del líder del partido a políticos que se sintieran identificados con su visión de una sociedad socialista de masas en movimiento permanente.

Desde 1962 a 1965, por tanto, se constituyeron dentro de la élite dirigente fracciones cuyas líneas divisorias atravesaron todos los subsistemas. La mayoría de la dirección del ejército se colocó en un principio al lado de Mao, mientras que la mayoría del aparato civil del partido defendía las posiciones revisionistas de Deng Xiaoping y Liu Shaoqi.

Cuando el líder del partido exigió en septiembre de 1965 la introducción de una campaña de purgas contra los intelectuales críticos, la mayoría de los círculos internos de la dirección le negó su aprobación. Sin embargo, Mao no estaba dispuesto a aceptar esta decisión. Así pues, preparó, con la ayuda del ministro de Defensa, Lin Biao, su contraataque contra la mayoría de los dirigentes del aparato civil del partido y, por ende, contra la propia organización del partido. Acababa así el consenso interno del partido: la ruptura abierta ya no podía evitarse.

a) *Desarrollo y resultados de la «revolución cultural»*

La «revolución cultural», crisis que sacudió en sus cimientos el sistema político de la RP China y condujo al país al «borde del caos», como declaró Mao en 1970, se inició bajo la forma de una polémica intelectual. A lo largo de ella, la mayoría de la dirección del partido intentó presentar la lucha entre los seguidores de Mao y los críticos intelectuales de la política maoísta como una «contradicción no antagónica», es decir, como un problema que podría solucionarse por medios pacíficos. La fracción maoísta, en la que cada vez ganaban más influencia, además del líder del partido, su mujer, Jiang Qin, y Lin Biao, insistía, por el contrario, en describir la controversia como una «contradicción antagónica» que exigía la aplicación de la violencia física. La crisis estalló abiertamente cuando los maoístas, apoyándose en manifestaciones militares efectuadas en la capital, consiguieron derrocar en mayo de 1966 al dirigente más significado de la oposición, el alcalde de Pekín, Peng Chen, y al director de la sección de propaganda del Comité Central, viceprimer ministro y ministro de Cultura, Lu Tingi. En las escuelas y universidades de las principales ciudades aparecieron asociaciones *ad hoc* de estudiantes de enseñanza media y universitarios que, apoyados constantemente por el aparato político del «ejército popular de liberación» (EPL), se convirtieron en la punta de lanza de la contraofensiva maoísta con sus amplias campañas de terror contra maestros e intelectuales.

Una vez que la fracción maoísta se hubo asegurado el control de la capital mediante acciones militares y que en XI pleno del VIII CC del Partido Comunista de China (en adelante PCCh) en agosto de 1966 conquistó la mayoría del politburó, aparecieron estas asociaciones en público con el nombre de «guardias rojos». Del 18 de agosto al 25 de noviembre de 1966, alabaron a Mao y al ministro de Defensa Lin Biao, promovido ahora a lugarteniente único de Mao en la dirección del partido, en ocho asambleas masivas celebradas en Pekín, en las que participaron de uno a dos millones de jóvenes y soldados en cada una de ellas.

Desde mediados de agosto a finales de octubre de 1966 los guardias rojos no sólo dominaron la mayoría de las escuelas y universidades, sino también las calles de muchas ciudades chinas. Destruyeron templos, iglesias cristianas y algunos museos, aunque la mayoría de ellos fueron protegidos por destacamentos del EPL. Realizaron «registros domiciliarios», destruyendo «artículos de lujo burgueses» como relojes de pie, acuarios e instrumentos de música. Críticos y adversarios de Mao fueron violentamente arrastrados por las calles, golpeados, vejados, torturados, impulsados a suicidarse o asesinados. Según datos oficiales posteriores de Pekín, a

lo largo de 1967 los «guardias rojos» y los llamados revolucionarios rebeldes, unidades de obreros que se pusieron al lado de los «guardias rojos», mataron a golpes o ajusticiaron a más de cuatrocientos mil miembros del partido.

Pero las acciones de la vanguardia de izquierda hallaron pronto resistencia. En una serie de provincias, el aparato del partido atacado organizó unidades propias y desde octubre de 1966 el movimiento se hallaba dividido en un gran número de grupos rivales. Sin embargo, en noviembre y diciembre fracasaron todos los intentos de Liu Shaoqi por detener el movimiento. La izquierda de la revolución cultural se impuso contra estas resistencias a finales de año. Fue entonces cuando empezó el ataque directo contra los dirigentes de la fracción antimaoísta. Hasta mediados de marzo de 1967 fueron depuestos y en muchos casos encarcelados.

La «revolución cultural» debía llevarse ahora a las fábricas y a las comunas rurales. La izquierda pasaba así a la ofensiva contra las direcciones provinciales del partido que se habían opuesto al movimiento.

La población reaccionó con una ola de resistencia ante la nueva ofensiva de Mao y sus compañeros de armas: en 26 de las 29 unidades administrativas del país hubo huelgas de los obreros industriales y del transporte, en 21 provincias se produjeron disturbios campesinos en el curso de los cuales fueron asaltados bancos y depósitos de cereales, y en una serie de casos se repartió la tierra colectiva entre los campesinos. El aparato del partido dejó de funcionar, sectores considerables de la población escaparon al control central, el gobierno comunista de China parecía estar en sus últimas.

Ante esta situación, la fracción maoísta pidió armas. En la noche del 17 al 18 y de nuevo el 23 de enero de 1967 el líder del partido pidió al EPL que interviniese activamente en todo el país y apoyase a las organizaciones maoístas contra sus adversarios. Pero el EPL sólo se puso claramente de parte de la izquierda en unas pocas provincias. En algunas de ellas los comandantes militares habían creado unidades propias de guardias rojos que combatieron a los grupos maoístas, en muchas otras regiones las fuerzas armadas siguieron manteniéndose neutrales. En casi todas partes los generales forzaron, sin embargo, la dimisión de las anteriores direcciones provinciales del partido y se colocaron ellos mismos a la cabeza de órganos provisionales de dirección que se encargaron de la dirección del aparato del partido y del Estado bajo la denominación de «comisiones militares de dirección» y de la dirección del aparato económico como «cuarteles generales provisionales de producción».

La izquierda de la revolución cultural se vio privada de los

frutos de sus esfuerzos y por eso intentó expulsar de sus posiciones a los jefes militares de las distintas regiones en una segunda ofensiva, durante la primavera y el verano de 1967. Este proceso alcanzó un primer punto culminante el 20 de julio de 1967 con la insurrección abierta del comandante en jefe de la región militar central de Wuhan, el general Chen Caidao, y su primer comisario político, el general Chong Hanhua, contra el grupo dirigente maoísta. Este golpe militar fue reprimido con ayuda de paracaidistas y de una flotilla de cañoneras, pero el «incidente de Wuhan» demostraba que el gobierno central no podía estar ya seguro de la lealtad de sus comandantes regionales. En una sesión ampliada de la comisión militar del CC del PCCh en agosto de 1967, Lin Biao negoció un compromiso con los comandantes regionales: éstos se declararon dispuestos a establecer paulatinamente nuevos órganos de dirección del partido y del Estado, los «comités de la revolución», en todas las provincias, y a cambio el gobierno central les encargó la tarea de controlar a los guardias rojos y puso a los comités de la revolución bajo el mando de los militares. Se había efectuado así un cambio fundamental de rumbo en la «revolución cultural». Desde ahora, la dirección central y los militares de las distintas regiones se enfrentaron conjuntamente a la izquierda.

En el invierno de 1967-68, por de pronto, fueron destituidos algunos colaboradores de Jiang Qin, máximos dirigentes de la revolución cultural (el «grupo de la revolución cultural del CC») acusados de «enemigos del partido» y «agentes del Kuomintang». Un grupo de comandantes de distritos militares consiguió, incluso, en marzo de 1968, obligar a Lin Biao a destituir a uno de sus más estrechos colaboradores, el jefe del Estado Mayor, general Yang Chengwu, y a colocar en su lugar a uno de los suyos, el jefe del Estado Mayor del distrito de Cantón, general Yung Sheng. Así concluyó el primer gran intento de Mao por volver a la política de movilización de 1958. Las bandas maoístas perdieron su función como instrumento de la ofensiva de izquierda. En la fase tardía de la «revolución cultural», iniciada en abril de 1968, se produjo la liquidación de los «guardias rojos», cuya resistencia desesperada en muchas ciudades fue quebrada por tropas militares.

Con el objetivo de controlar completamente la organización de los «maoístas de primera hora», los nuevos grupos de la dirección empezaron en agosto de 1968 a enviar a antiguos guardias rojos a las aldeas donde debían efectuar trabajos físicos para «aprender de los campesinos pobres y medianos» y «ejercitarse en la disciplina revolucionaria». Cuando estas medidas resultaron insuficientes, se pasó a ajusticiar públicamente a «anarquistas, vagabundos y agentes del Kuomintang», denominaciones que aplicaban ahora

las autoridades a los antiguos miembros de la organización izquierdista.

A finales de 1968 se selló organizativamente la derrota provisional de los izquierdistas de la revolución cultural. Aún se hablaba de los «guardias rojos», pero los nuevos dirigentes de las provincias no perdían la ocasión de indicar que los guardias rojos sólo podían seguir midiéndose por «su comportamiento actual frente al centro de la revolución». «El centro de este centro» era el EPL.

La fase tardía de la «revolución cultural» había llevado en la mayoría de las provincias a la consolidación del poder político de los militares y a la liquidación de las organizaciones de los izquierdistas de la revolución cultural. Ahora había que construir el partido de nuevo. La dirección central había decidido ya en octubre de 1967 su reconstrucción desde arriba con la convocatoria del IX Congreso, pendiente desde 1961. Sin embargo, el congreso se hizo esperar más de lo que entonces se suponía.

La intervención masiva de los militares hizo que en el otoño de 1968 y en el invierno siguiente se iniciara la estabilización de la situación política. Pudo reunirse así, desde el 13 hasta el 31 de octubre de 1968, el XII pleno del VIII CC. Sin el quórum necesario para tomar decisiones, según los estatutos del partido, pero con la participación de casi todos los comandantes regionales y muchos representantes de los comités provinciales de la revolución, se iniciaron en serio los preparativos para el congreso. El pleno decidió expulsar por «toda la eternidad» del PCCh a Liu Shaoqi y, en contra de la Constitución, que reservaba este derecho a la Asamblea Popular Nacional, relevarlo de todos sus cargos estatales. Además, el pleno aprobó el proyecto de unos nuevos estatutos del partido, de cuya redacción se encargó el «grupo de la revolución cultural del CC», que debían presentarse al Congreso para su aprobación.

El 1 de abril de 1969 se reunió finalmente el IX Congreso del Partido bajo riguroso secreto. Sus 1 512 delegados fueron elegidos a puerta cerrada. Casi las tres cuartas partes de ellos llevaban el uniforme del EPL. El líder del partido hizo en un breve discurso de inauguración un llamamiento a que el congreso fuese «un congreso de la unidad, un congreso de la victoria». Lin Biao presentó el informe, una versión revisada por el comité de redacción que, según declaración posterior de Zhou Enlai, sólo había recibido la malhumorada aprobación del ministro de Defensa. En el intento de unidad se encerraba, pues, el germen de un nuevo conflicto.

Las resoluciones del IX Congreso ratificaron formalmente la victoria de la fracción de Mao y Lin Biao en la crisis de la «revolución cultural». Sin embargo, el análisis distanciado de los re-

sultados de la «revolución cultural» permite concluir que ya entonces se trató de una victoria pírrica.

Estos resultados pueden medirse por los objetivos que habían defendido en 1965-66 los dos subsistemas de la izquierda, el «grupo de la revolución cultural del CC» y los militares en torno a Lin Biao. Ambos grupos querían realizar conjuntamente cambios en tres esferas:

1. Intentaban interrumpir la creciente tendencia a revisar el concepto maoísta de desarrollo de 1958.
2. Pretendían acallar la oposición intelectual y prohibir la difusión de ideas no conformistas.
3. En el ámbito de las condiciones concretas del poder político, planeaban la caída de la mayoría de la dirección civil del partido, que, bajo la dirección de Liu Shaoqi, rechazaba la política de movilización de masas de Mao o al menos se oponía a ella escépticamente.

El éxito en la primera de estas tres esferas quedaba excluido. La nueva dirección del partido no estaba dispuesta a renunciar a las correcciones del concepto de desarrollo político de Mao de los primeros años de la década de 1960, aunque la propaganda oficial anunció ya en 1966 el pleno éxito de la revolución cultural. En los otros dos campos, en cambio, la izquierda se impuso de momento con mayor claridad.

El «grupo de la revolución cultural» perseguía, además, otros tres objetivos.

1. En el campo del reclutamiento de cuadros querían formar «sucesores revolucionarios», cuyas experiencias en la «revolución cultural» debían corresponder a las del viejo grupo de la dirección.
2. En el ámbito de la educación, es decir, de la movilización integradora, perseguían una «revolución educativa» fundamental a fin de reducir drásticamente el tiempo de escolarización, introducir el trabajo corporal como medio de educación y ampliar considerablemente la enseñanza política.
3. Pretendía un rejuvenecimiento radical del grupo de la dirección central, del que debía excluirse, por supuesto, al propio líder del partido.

El primero de estos objetivos especiales de la mujer de Mao y sus partidarios fracasó en el momento en que se inició la liquidación sistemática de los guardias rojos. La «revolución educativa» parece, en cambio, haberse puesto en marcha en algún que otro lugar. Los efectos más importantes de la «revolución cultural» en la esfera de la educación fueron, sin embargo, la pérdida de al menos cuatro años de escuela y universidad en todo el país, así como el retraso en la reintroducción de una enseñanza regular, diferente según las regiones, otros tres a cinco años. En octubre

de 1977 Deng Xiaoping, entonces segundo vicepresidente del PCCh, afirmó que en los once años anteriores se había condenado a toda una generación de jóvenes a ser «inválidos intelectuales». Se trata de un juicio duro y, naturalmente, partidista. Esto no impide que el «grupo de la revolución cultural» viera como un «éxito importante de su revolución educativa» el impedimento de cualquier enseñanza regular, especializada. El rejuvenecimiento del personal de la dirección volvía a quedar excluido.

Lin Biao y las personas de confianza que tenía entre los generales perseguían también objetivos especiales:

1. Lin Biao debía sustituir a Liu Shaoqi como lugarteniente y sucesor de Mao. Este objetivo se alcanzó.

2. La influencia del IV ejército, el poder militar de Lin, debía ampliarse a los grupos de dirección centrales y regionales del EPL. Este proceso se aceleró de hecho con la «revolución cultural».

3. El sistema de seguridad del Estado debía someterse al control del EPL. También aquí se obtuvo de momento un éxito completo.

4. En las regiones y distritos militares debían ser eliminados del aparato político del EPL los cuadros que tenían su base en el aparato civil del partido y sustituidos por personas formadas en el propio aparato político o en la dirección de tropas. En 1965, 41 de los 53 comisarios políticos de las regiones y distritos militares eran civiles de este tipo. Entre los 43 comisarios políticos hasta entonces conocidos de estos niveles había, sin embargo, en 1970, 36 miembros del EPL. Por consiguiente, también aquí consiguieron un éxito los militares agrupados en torno a Lin Biao.

Los resultados de la revolución cultural pueden resumirse, pues, del modo siguiente. En la segunda de las tres esferas en las que ambos subsistemas de la fracción maoísta defendían posiciones comunes, triunfó, al menos temporalmente, la «revolución cultural». El subsistema militar impuso plenamente sus criterios específicos, mientras que el «grupo de la revolución cultural» no pudo imponer en gran parte sus deseos particulares. En términos generales, la contraofensiva de Mao en la «revolución cultural» fracasó en sus *aspectos programáticos*. En sus aspectos políticos personales, en cambio, alcanzó un éxito completo.

A largo plazo el aspecto más importante del balance de la revolución cultural es el que se refiere a sus protagonistas de base, a los jóvenes —escolares, estudiantes, jóvenes obreros y soldados entre los 13 y los 25 años aproximadamente—, que en la fase inicial de la crisis de la revolución cultural hicieron la experiencia de que es posible organizarse por encima del monopolio del partido comunista y de las asociaciones profesionales oficiales, y que durante un breve período de tiempo vieron realizada la ilusión de

que ellos mismos podían incidir, como fuerza modificadora e innovadora, en el sistema de la RP China. En la «fase final» de la revolución cultural aprendieron la lección amarga de la traición de sus propios ídolos. Quienes sobrevivieron a esta traición han tenido que conformarse con el hecho de pertenecer a una «generación perdida», como se dice hoy en la RP China.

b) *La primera crisis de transición: la caída de Lin Biao*

La fracción que salió personalmente victoriosa de la «revolución cultural» (el 56 por ciento de los miembros del CC y 23 de los 28 dirigentes del partido en provincias fueron depuestos de su cargo y llevados además a campos de concentración) no se presentaba como un grupo programáticamente cerrado. Representaba más bien una coalición compuesta de dos alas: los izquierdistas de la revolución cultural propiamente dichos, agrupados en torno al matrimonio Mao, y el aparato militar central dirigido por Lin Biao, que colaboraba con el resto del aparato diplomático y de la administración estatal encabezado por Zhou Enlai así como con los comandantes militares regionales desde la fase tardía de la «revolución cultural».

Esta coalición, que en la primavera de 1969 ocupó nuevamente los cargos directivos del partido, empezó ya a desmoronarse durante los doce meses siguientes. A lo largo de un año se montó así el escenario para la primera crisis de la transición de la dirección individual carismática de Mao a un sistema de dirección institucionalizada, colectiva, realizable naturalmente después de la muerte del presidente del partido.

La lucha por el *poder político* se hizo visible en el nuevo conflicto interno del partido, iniciado en el otoño de 1969 y zanjado la noche del 12 de septiembre de 1971, con el intento común de los funcionarios del aparato de la administración estatal y de la inmensa mayoría de los líderes militares regionales por alejar de nuevo a Lin Biao del cargo de sucesor designado de Mao Zedong, cargo que se le había dado en el IX Congreso.

Desde el punto de vista del programa esto es, desde el punto de vista de la *dirección política,* la crisis de Lin Biao se debió a cuatro tipos de polémicas:

1. La polémica sobre la futura política exterior de la RP China: el marco político exterior del IX Congreso del PCCh vino dado por el conflicto militar entre la Unión Soviética y la RP China en torno a una isla del río Usuri, que marca la frontera nordeste entre ambos países. Como resultado de los primeros choques sangrientos, en los que por ambas partes se emplearon tropas de com-

bate, se creó rápidamente una situación de emergencia. Pekín tenía que decidirse entre soportar la crisis nacional en un total aislamiento político del exterior y correr así el riesgo de someterse a Moscú o superar la crisis por vía diplomática mediante negociaciones con la Unión Soviética, con ésta y con el otro enemigo, es decir con los Estados Unidos, simultáneamente, o unilateralmente con los Estados Unidos en un intento de eludir la amenaza soviética. Hoy día no se puede afirmar con certeza cuáles fueron las posibilidades que se discutieron. El ministro de Defensa defendió sin embargo la idea de «protegerse con las propias fuerzas», lo que significaba continuar la lucha con las dos superpotencias al mismo tiempo. Zhou Enlai, por el contrario, exigía que al menos se entablasen negociaciones con la administración americana.

2. El conflicto sobre la planificación y administración de la economía. En este punto, la mayoría de los comandantes regionales eran partidarios de continuar la política de descentralización introducida a comienzos de la década de 1960 e impuesta durante la crisis de la revolución cultural, mientras que Lin Biao y el aparato militar central insistían en la recentralización.

3. La polémica sobre si se debía considerar concluida la liquidación de la «revolución cultural» con la disciplina de las unidades maoístas, que era lo que pensaba Lin, o si se debía impulsar hasta lograr una revisión fundamental de las doctrinas de la revolución cultural, como mantenían Zhou Enlai y la mayoría de los comandantes regionales.

4. La disputa fundamental sobre la política social en la agricultura que a lo largo del invierno de 1970-71 se convirtió en un conflicto decisivo para la crisis. Como ya se verá, tras este conflicto se ocultaban conceptos contrapuestos acerca del papel de las fuerzas armadas en el Estado y nociones incompatibles sobre las prioridades en la política de desarrollo.

El centro de las nuevas polémicas dentro de la dirección de China después de la revolución cultural, que empezaron a aparecer cada vez con mayor claridad desde la primavera de 1970, era, en primer lugar, el ataque conjunto de la dirección militar central, de los comandantes regionales y de los restos del aparato de la administración dirigidos por Zhou Enlai contra los bastiones organizativos que todavía conservaba el «grupo de la revolución cultural» tras la campaña de disciplina del EPL de 1967/68. Los tres grupos que se unieron en este ataque contra el ala izquierdista no estaban animados —naturalmente, como diríamos ahora—, por los mismos motivos. Lin Biao y sus partidarios del EPL compartían partes esenciales de la doctrina de la revolución cultural, es decir, izquierdista. Pero en el comportamiento táctico del grupo que rodeaba a la mujer de Mao veían una amenaza a sus esfuer-

zos por establecer la disciplina militar y la militarización sistemática de la sociedad como condición previa para que pudiera imponerse el concepto de desarrollo movilizador de Mao Zedong fuera del círculo de los militares izquierdistas. Los comandantes regionales y los cuadros del aparato de la administración civil esperaban en cambio llevar a cabo una revisión fundamental del programa de la revolución cultural a través del debilitamiento de las fuerzas maoístas.

La nueva ola de liquidación de las organizaciones maoístas se presentó como una continuación de las medidas disciplinarias introducidas en la fase tardía de la «revolución cultural». Sus víctimas facilitaban las cosas a los militares y a los cuadros, pues ponían muchas dificultades para que el movimiento reconstruyese el aparato del partido en la base y en los distritos rurales y urbanos. Donde se habían disuelto ya, sus organizaciones pasaron incluso a la resistencia activa. Se creó así en los alrededores de la ciudad de Cantón durante el invierno de 1969/70 un «partido para la liberación del mundo», compuesto por antiguos guardias rojos, que daría que hablar gracias a sus atentados con explosivos y a sus asaltos a las comisarías de policía. Las autoridades provinciales se vieron inducidas así a anunciar «fuertes golpes contra el sabotaje del enemigo de clase». Varios cientos de antiguos guardias rojos fueron encarcelados y un dirigente del grupo fue ejecutado en público.

En el verano de 1970 la campaña contra la izquierda de la revolución cultural adoptó un carácter sistemático. Tan sólo permanecía bajo su control la ciudad de Shanghai cuyos dirigentes maoístas parecían estar a salvo debido a sus estrechos vínculos con Mao y su mujer.

Vínculos semejantes, surgidos a lo largo de decenios, no bastaron en absoluto para proteger al dirigente más importante, fuera del matrimonio Mao, del «grupo de la revolución cultural» el antiguo secretario privado del presidente del partido y posterior teórico del partido Chen Boda. Su caída en agosto de 1970 fue la primera culminación dramática de la campaña de los gobernantes contra la izquierda, prestándole al mismo tiempo un nuevo aspecto. La purga de Chen tuvo que afectar personalmente al líder del partido.

Según la versión oficial de Pekín, Chen había preparado, junto con Lin Biao y otros generales de la dirección central del ejército inmediatamente antes del segundo pleno del IX CC celebrado del 23 de agosto al 6 de septiembre de 1970 en Lushan, un «ataque sorpresa contra el presidente Mao». Al parecer este grupo quería modificar el orden del día de la conferencia e imponer, sin el acuerdo previo de los dirigentes del partido, el nombramiento de

Lin como presidente de la RP China, es decir, como jefe del Estado. Esta explicación es increíble, pues si fuese cierta se habría acabado entonces con toda seguridad la carrera política de Lin.

Cabe que Chen Boda se pronunciase a favor del nombramiento de Lin como jefe del Estado a fin de asegurar su posición como «sucesor» en vida de Mao y salvar así del programa de la revolución cultural lo que todavía podía salvarse. En la medida en que esto despertó la desconfianza del líder del partido y movió a Mao a aprobar su caída, Lin Biao y su gente dejaron en la estacada a Chen Boda a fin de salvar su programa político. El motivo de disensión claramente reconocible entre Mao y Lin —la cuestión de la ocupación de la jefatura del Estado— se solucionó en el pleno mediante un compromiso que reforzó la posición de Mao: se aprobó una constitución en la que Mao era citado por su nombre, es decir, de por vida, como «jefe del Estado de la dictadura proletaria en nuestro país y comandante supremo de todo el país y de todo el ejército», mientras que Lin Biao aparecía también por su nombre como sucesor de Mao en este cargo y como «vicecomandante supremo de todo el país y de todo el ejército».

Tras el segundo pleno estalló el conflicto, ahora entre el grupo de Lin Biao, por un lado, y la mayoría de los comandantes regionales y los miembros del aparato diplomático y administrativo, por otro. Este conflicto determinó el desarrollo político de China durante los doce meses siguientes.

La izquierda de la revolución cultural, que tuvo que aceptar la destrucción de sus organizaciones y la pérdida de Chen Boda, había optado mientras tanto por la supervivencia. Jiang Qin se unió ahora, junto con los gobernantes locales de Shanghai, a la coalición contra Lin Biao, quien a su vez se había enfrentado a ella en el intento de disciplinar a las bandas maoístas. La escena política y personal del nuevo conflicto se completó con los violentos enfrentamientos de posturas en las provincias del país, que no podemos describir en detalle aquí.

Pero el conflicto se agudizó al poner de nuevo en marcha Lin Biao el movimiento para el «estudio de Dazhai», que databa de principios de la década de 1960, empezando a propagar con él sus ideas sociopolíticas específicas en materia de agricultura. La primera señal la dio el jefe del Estado Mayor de la región militar de Xinjiang, el general Lung Shuqin, quien en un discurso pronunciado el 1 de febrero de 1970 ante representantes de los grupos de activistas exigió que se aprendiera del «sistema *dazhai*», según el cual la distribución de los salarios y las primas entre los campesinos debía ajustarse expresamente a criterios de lealtad política. A partir de entonces se insistió especialmente en la campaña en cuatro conceptos: primero, el *dazhai* figuraba ahora como mo-

delo del principio desarrollado por Lin Biao, en el sentido de que la política debía tener prioridad en todas las esferas y consideraciones. En segundo lugar, se apuntaba con especial insistencia el papel importante de una actitud ideológica correcta del individuo y del colectivo. En tercer lugar venía el pensamiento que había determinado a principios de la década de 1960 el carácter modélico de la brigada de Dazhai: la independencia de la unidad de producción con respecto a las inversiones estatales y el desarrollo por el propio esfuerzo. En cuarto lugar, y por último, debía advertirse constantemente a la población durante la campaña que el país tenía que avanzar en un «combate encarnizado» y que por eso los campesinos tenían que hacer grandes sacrificios personales en aras de una vida mejor para las generaciones futuras.

La orientación de la nueva ofensiva sociopolítica de Lin —la movilización de la población rural por un comportamiento político ideológicamente correcto— se ponía también de manifiesto en los esfuerzos por impedir el nacimiento de un sentimiento de propiedad de los campesinos con respecto a las parcelas que se les habían asignado para su cultivo privado. Bajo el lema: «primero, distribución igual; segundo, intercambio», se intentó dividir las parcelas asignadas a los campesinos por tamaño y calidad, sin tener en cuenta la productividad, e intercambiarlas anualmente entre las familias.

Igualmente importantes eran las tendencias a desplazar nuevamente el peso de las relaciones de propiedad en la agricultura de los grupos de producción a las unidades del nivel superior, es decir, a elevar de nuevo el nivel de colectivización. Finalmente, en una serie de provincias se insistió en que los campesinos entregasen mayores cantidades de grano a las organizaciones estatales. Todo esto motivó la protesta de la población campesina y alarmó a los comandantes regionales, que veían peligrar sus esfuerzos de consolidación en las provincias.

En su crítica a las ideas sociopolíticas de Lin, los partidarios de una línea pragmática orientada hacia el desarrollo de la agricultura, pasaron en el verano de 1971 de la defensiva a la ofensiva y cuestionaron el propio principio maoísta de 1958. La campaña contra Chen Boda proporcionaba un motivo perfecto para esto. A Chen se le acusaba de haber engañado en el verano de 1958 al presidente del PCCh, de haber desencadenado «una monstruosa marea seudocomunista en las aldeas», dando lugar así a una «tiranía» que había «producido grandes sufrimientos a las masas». Lo que se discutía aquí afectaba a las cuatro quintas partes de la población china. El debate de la agricultura tenía, por tanto, una eminente significación política.

En contraste con la «revolución cultural», la crisis de Lin Biao

se desarrolló sin las «masas» chinas. En la noche del 12 al 13 de septiembre de 1971, junto con sus colaboradores más íntimos del aparato militar central, el ministro de Defensa perdió su cargo en la capital (Pekín) y probablemente también la vida.

Sobre los acontecimientos de esta noche y su trasfondo ha habido toda una serie de especulaciones y rumores. Durante meses, la dirección de Pekín silenció la desaparición de Lin Biao para dar luego, dentro del partido, una explicación descabellada del rápido fin del segundo sucesor designado de Mao. Según esta explicación Lin había proyectado varios intentos de atentados contra los dirigentes del partido, los cuales demostrarían el «diletantismo» del ministro de Defensa en caso de que se hubiesen llevado a cabo. Al parecer emprendió finalmente la huida a la Unión Soviética que terminó con la caída de su avión en Mongolia Exterior. Esta afirmación debía demostrar *a posteriori* que Lin Biao estaba decidido a alinear de nuevo a la RP China con Moscú, esto es, a capitular. El destino real de Lin después del 12 de septiembre de 1971 sigue siendo un enigma para el público, pero su aclaración apenas contribuiría a un mayor conocimiento de la política china.

c) *La segunda crisis de transición; prehistoria y transcurso de los disturbios de abril de 1976*

Los cambios que se sucedieron a la caída de Lin Biao en la política interior china se manifestaron sobre todo en tres esferas: la política de nombramientos, la política económica y social y la política cultural y educativa.

Los observadores de la RP China esperaban, tras las experiencias de la «revolución cultural», que la caída de un tercio de los miembros de pleno derecho del politburó, es decir del grupo de Lin Biao implicara otras purgas en el CC y en los grupos de dirección regional. La victoria de los adversarios de Lin introdujo de hecho significativos cambios de personal sobre todo en las fuerzas armadas. Pero aunque era lógico establecer comparaciones con la crisis de Tujachevski de 1937 en la Unión Soviética, la purga llevada a cabo ahora en China no alcanzó las proporciones de la lucha de Stalin contra los líderes del ejército rojo. En total perdieron sus puestos unos 60 militares destacados. Afectó especialmente al aparato militar central en el que Lin había colocado a sus hombres de confianza desde su nombramiento como ministro de Defensa en 1959 y sobre todo desde la «revolución cultural». La purga afectó aquí a 34 altos jefes militares.

Los aparatos militares regionales se vieron afectados en menor grado por las purgas. De los comandantes en jefe de las regiones

militares sólo perdieron su puesto, además del comandante en jefe de Pekín derrocado en enero de 1971, otros dos comandantes, los de Chengdu y Xinjiang. La purga afectó además a los primeros comisarios políticos de tres regiones militares, así como a tres de los 26 comandantes de los distritos militares provinciales y a 13 destacados militares de los aparatos regionales de las fuerzas aéreas del EPL. La afirmación de que los grupos de dirección regionales sufrieron las purgas en menor medida que el aparato central se confirma también por los cambios personales que se efectuaron entre septiembre de 1971 y junio de 1973 en los secretariados de los comités provinciales del partido.

Los vencedores en la crisis de Lin Biao se esforzaron, sin embargo, desde diciembre de 1971 por reforzar su posición en las provincias y en el aparato central rehabilitando a un número creciente de antiguos funcionarios. Los medios de comunicación utilizaban palabras cada vez más amables con los cuadros del partido que habían estado expuestos a la crítica y a la persecución durante la «revolución cultural», y a finales de abril de 1972 recomendaban abiertamente que las provincias se sirvieran de nuevo de los funcionarios depuestos, que eran «en su mayoría leales», disponían de una «capacidad organizativa considerable» y poseían una «experiencia bastante rica» y por eso debían considerarse como «bien precioso del partido». En abril de 1973 la avalancha de rehabilitaciones, que fue seguida con atención en todo el mundo, alcanzó su punto culminante: Deng Xiaoping, anatematizado en abril de 1967 como «segundo capitalista influyente del partido» volvió a aparecer en público en Pekín y, además con su antiguo cargo de viceprimer ministro. La rehabilitación de Deng, que en realidad había sido el segundo dirigente de la oposición antimaoísta después de Liu Shaoqi, fue posible porque evidentemente el grupo dirigente de Pekín no podía prescindir por más tiempo de sus extraordinarias dotes administrativas y, además, quería dar a los antiguos funcionarios del partido de todo el país la señal de que su hora había llegado. La reaparición de Deng dejó el camino libre para otras rehabilitaciones de ex partidarios de Liu Shaoqi. Pero no todos ellos volvieron automáticamente a sus antiguos puestos.

También en el ámbito de las fuerzas armadas la caída de Lin posibilitó la reaparición de una serie de generales depuestos y combatidos durante la «revolución cultural». Finalmente, la caída de Lin ofreció también al primer ministro, Zhou Enlai, la posibilidad de seguir adelante con la reconstrucción del aparato central de la administración estatal, que había avanzado lentamente en 1970-71. Sin embargo, se mantuvo la práctica de que los miembros del EPL ocuparan de momento la mayoría de los nuevos cargos

dirigentes. En agosto de 1973, el gabinete se volvió a componer, a pesar de todo, de 24 miembros. Catorce de ellos eran funcionarios civiles y 10 militares. Incluso entre los 11 funcionarios más destacados del Consejo de Estado nombrados tras la caída de Lin Biao seguía habiendo 5 generales, de suerte que el desplazamiento de las fuerzas armadas fue muy lento, si es que lo hubo. En el verano de 1973 todavía dirigían los militares 19 de las 29 unidades administrativas: provincias, regiones autónomas y ciudades.

En la política económica y social se estableció entre el otoño de 1971 y el verano de 1973 un «nuevo rumbo», cuyos rasgos esenciales pueden resumirse de la manera siguiente:

— En la planificación y administración de la economía se concedió a las direcciones regionales bastante autonomía. Esto iba en contra del principio maoísta de la rigurosa centralización del sector industrial moderno, con la simultánea descentralización de la agricultura y de las pequeñas industrias locales a nivel de las comunas.

— En la dirección de las empresas industriales y comerciales aumentó el peso de los técnicos y se ampliaron las facultades de los directores. La izquierda de la revolución cultural, y con ella probablemente también Mao Zedong, defendió durante la «revolución cultural» la idea de que la dirección de la empresa y los técnicos debían seguir incondicionalmente las indicaciones de los comités obreros.

— Se impuso un abanico salarial muy amplio, con diferencias considerables en los ingresos de las distintas categorías, frente a la exigencia de salario igual para todos sin tener en cuenta los respectivos rendimientos, reivindicación planteada por las organizaciones de masas maoístas durante la «revolución cultural» y llevada también a cabo en algunas fábricas.

— Como estímulo para una productividad mayor, el nuevo rumbo volvió a adoptar, bajo la denominación de «salarios razonables», el sistema de «incentivos materiales» practicado antes de la «revolución cultural». Esto se contradecía con el fuerte hincapié en el incentivo inmaterial de los méritos ideológicos adquiridos en la revolución y la construcción de una sociedad sin clases que defendía Mao, Lin Biao y los izquierdistas de la revolución cultural.

— En las aldeas de China se volvió a la distribución de las faenas y de la propiedad a tres niveles, dejándose a la unidad más pequeña, el grupo de producción, las funciones más importantes. En el concepto maoísta de 1958, por el contrario, el centro de gravedad estaba en la comuna, esto es en el nivel superior de colectivización. Lin Biao y sus partidarios habían intentado desplazarlo al menos a la brigada de producción.

— La posesión de una pequeña parcela privada fue garantizada de nuevo a los campesinos, ampliándose incluso un poco su superficie. Se volvió a estimular la ganadería privada y las actividades industriales secundarias. Mao, en 1958, y Lin, de 1969 a 1971, habían intentado imponer, por el contrario, limitaciones cada vez mayores a las actividades privadas encaminadas a obtener ganancias adicionales.

— Las mejoras técnicas y la mayor diversidad en la producción agrícola se convirtieron en el rasgo más significativo del movimiento para el «estudio del Dazhai», que cambiaba así radicalmente su carácter. Mao, Lin Biao y los izquierdistas de la revolución cultural habían utilizado esta campaña para subrayar la prioridad absoluta de las consideraciones políticas y el principio de la brigada de producción.

— La remuneración de los campesinos y obreros industriales se volvió a basar exclusivamente en el criterio del rendimiento en el trabajo. La aplicación de criterios políticos en el sistema de salarios y distribución fue rechazada.

Esta contraposición pone de relieve que no puede sostenerse la idea defendida por muchos observadores occidentales de que hay *un* «modelo de desarrollo chino», diseñado en sus rasgos principales por Mao, modelo que se halla exclusivamente en contradicción con el practicado en la Unión Soviética. La característica determinante de la política de desarrollo de la RP China es más bien la dicotomía entre el concepto movilizador de Mao, de 1958, y el concepto de «reajuste», de correcciones más o menos improvisadas, efectuadas en la política de los izquierdistas entre 1959 y 1962, así como a partir del otoño de 1971.

En contraste con la política económica y social, la crisis de Lin Biao no produjo en un primer momento una ruptura clara en el *sistema de educación* con las ideas de los izquierdistas. Los medios de comunicación centrales continuaron defendiendo las líneas básicas de la política educativa maoísta: vinculación entre trabajo y estudio, reducción de la escolarización, admisión libre de «obreros, campesinos y soldados» en las escuelas secundarias y universidades, así como reducción del nivel exigido en los exámenes. No obstante, desde la primavera de 1972, hay una serie de informes de las provincias, parcialmente publicados también en los medios centrales, que revelan que tras la fachada de la retórica «de la revolución cultural» se anunciaba un cambio de clima en las escuelas.

En primer lugar se puso de manifiesto el notable crecimiento del número de universidades que volvieron a admitir estudiantes. Cuando a finales de febrero y primeros de marzo de 1972 se inició la matrícula para el semestre de primavera, seguía vigente el prin-

cipio de admitir preferentemente a los aspirantes «obreros, campesinos y soldados» sin tener en cuenta su edad y formación previa, pero los criterios de esta admisión se formularon ahora de una manera más rigurosa. Como ocurría desde 1970, para matricularse era necesaria una instancia del aspirante, una recomendación de las «masas», es decir de los compañeros de la fábrica, del grupo de producción agrícola o de la unidad militar, y la aprobación del correspondiente comité de la revolución.

Pero ahora se añadía, como cuarto paso del proceso de matriculación, un «examen de la institución docente correspondiente». Esto significaba que las universidades volvían, en contra de la práctica mantenida hasta el otoño de 1971, a participar en la selección de los estudiantes. Las direcciones provinciales se vieron obligadas muy pronto a señalar la necesidad de más disciplina en las escuelas. Además se observaban nuevas actitudes; se les decía a los estudiantes que «debían servir al pueblo», pero esta advertencia iba unida al consejo de que, para poder servir al pueblo, tenían que «conocer a fondo los hechos culturales y científicos».

Los maestros que habían estado expuestos durante la «revolución cultural» a fuertes ataques por exigir un alto rendimiento, aplicados por regla general de una forma muy rígida, volvieron a ser criticados ahora por hacerles las cosas demasiado fáciles a los alumnos. A finales del verano y en el otoño de 1972 parecieron iniciarse esfuerzos por corregir los principios de la «revolución cultural» en el sistema educativo. En una serie de universidades y escuelas superiores del sur de China empezaron a celebrarse exámenes oficiales de ingreso. En algunas provincias se volvieron a realizar los exámenes semestrales habituales antes de la revolución cultural en las escuelas secundarias. Es cierto que se consultaba a los alumnos antes de poner las preguntas del examen, pero además de los exámenes en los que podían utilizarse libros había ahora otros que se desarrollaban bajo vigilancia. El examen oral volvió a ocupar también un lugar destacado en las pruebas.

Todos estos signos indican que también se preparaba el desmantelamiento de las posiciones maoístas en la política educativa. Dada la importancia que el líder del partido y los representantes principales de la izquierda de la revolución cultural asignaban al sistema educativo, no era de extrañar que pocos meses después, en el verano de 1973, este sector hiciese grandes esfuerzos por revisar el nuevo rumbo en el sentido de las ideas de la revolución cultural.

La izquierda de la revolución cultural, bajo la dirección de Jiang Qin, se había asegurado el control del aparato de propaganda del partido gracias a su participación en la caída de Lin Biao. Por esta razón es en la *política cultural* donde aparecen me-

nos indicios de correcciones a la línea maoísta. Se siguió fomentando la «ópera revolucionaria», aunque algunas de ellas sufrieron una revisión de sus textos. También se mantuvo el predominio del estilo heroico del «romanticismo revolucionario». Pero incluso en la esfera cultural se daban ya indicios de un cambio hacia una mayor diversidad y una menor reglamentación.

Hacia finales de 1972 y principios de 1973, la mujer de Mao y sus más estrechos colaboradores, el primer secretario del partido de Shanghai, Chang Chunqiao, y el responsable de política cultural, Yao Wenyan, en estrecho contacto con la familia Mao, decidieron pasar a la resistencia abierta. A principios de agosto de 1973 lograron finalmente desencadenar un ataque general contra la política y la persona de Zhou Enlai, apoyándose en una campaña de crítica a la doctrina y la actividad de Confucio, de 2 500 años de antigüedad.

Sin embargo, en el mismo mes, con motivo del X congreso del PCCh, celebrado nuevamente en el más riguroso secreto entre el 24 y el 28 de agosto de 1973 en Pekín, el primer ministro logró desviar los ataques hacia el derrocado ministro de Defensa Lin Biao. La campaña de crítica contra Confucio se amplió después del congreso hasta convertirse en un movimiento de «crítica contra Lin y Confucio».

El X Congreso parecía haber traído un compromiso entre los izquierdistas y Zhou Enlai. Pero los discursos que se habían pronunciado no dejaban ninguna duda de que en todo caso se había desplazado el nuevo conflicto interno del partido, pero no suprimido.

La fase de reconsolidación tras la crisis de Lin Biao apenas parecía haber terminado cuando se formaron nuevos grupos de opinión política y que empezaron a romper la unidad de acción y decisión en la RP China. En el otoño de 1973 se perfilaban seis grupos:

1. El grupo de los cuadros del aparato diplomático y administrativo en torno a Zhou Enlai, que habían salido personalmente intactos de la «revolución cultural».
2. El grupo de cuadros rehabilitados, que habían sido depurados en la «revolución cultural» como miembros de la reacción antimaoísta y desde 1972 habían podido reemprender progresivamente sus actividades.
3. El grupo de izquierdistas de la revolución cultural, encabezados por Jiang Qin, Chang Chunqiao y Yao Wenyuan.
4. La izquierda de la policía secreta, cuya influencia había aumentado considerablemente desde la caída de Lin Biao, pero sobre todo desde comienzos de 1973. Sus representantes más destacados, el posterior sucesor de Zhou Enlai en el cargo de primer

ministro y de Mao Zedong en la presidencia del partido, Hua Quofeng, y el segundo vicepresidente del CC, Wang Hungwen, habían ocupado por lo general antes de la «revolución cultural» cargos subalternos o intermedios en el aparato de seguridad y el aparato civil del partido, pero desde entonces se habían hecho con el control de los órganos de seguridad.

5. Los representantes de las fuerzas armadas en los órganos de dirección que, tras la desaparición de Lin Biao, no habían producido ningún dirigente reconocido.

6. El grupo de militares rehabilitados que habían sido depurados durante la «revolución cultural» y que ahora empezaban a adquirir de nuevo una posición sólida en los órganos centrales del EPL.

Mientras que los dos primeros grupos, junto con la izquierda, habían conseguido en diciembre de 1973 una limitación de los poderes de los comandantes militares regionales, los militares y cuadros habían provocado conjuntamente y contra la resistencia de los izquierdistas de la revolución cultural, la ruptura *de facto* del «movimiento de crítica a Lin Biao y Confucio» en julio y agosto de 1974. La política de Zhou Enlai se siguió imponiendo. El primer ministro, cuya salud había empeorado desde la primavera de 1974, encontró un lugarteniente decidido en Deng Xiaoping. Deng fue elegido quinto vicepresidente del CC y miembro del comité permanente del politburó en el segundo pleno del X CC, reunido del 8 al 10 de enero de 1975. La IV Asamblea Popular Nacional, reunida poco después, lo nombró primer vicepresidente del Consejo de Estado y ratificó, lo mismo que el segundo pleno del CC anterior, un programa de gobierno propuesto por Zhou y por él: el programa de las llamadas «cuatro modernizaciones». Poco tiempo después Deng asumió también con el cargo de comandante en jefe.

Ahora Mao Zedong tenía que defenderse personalmente. No sólo no había asistido al pleno y a la sesión de la Asamblea Popular Nacional, sino que había negado también unas palabras de saludo a ambas conferencias. El 9 de febrero apareció en el *Diario del Pueblo* un artículo del dirigente del partido en el que éste indicaba que la circulación del dinero y el sistema salarial en la industria eran «características capitalistas» que se mantenían todavía en la sociedad socialista. En este sentido, la sociedad socialista se distinguía muy poco del «viejo orden». De ahí que hubiera que suprimir paulatinamente los «residuos capitalistas». Más clara no podía ser la arenga contra las resoluciones del segundo pleno y de la Asamblea Popular. En marzo y abril los políticos de la izquierda Yao Wenyuan y Chang Chunqiao dieron más detalles en la revista mensual *Bandera Roja*. Yao afirmaba, por

ejemplo, que «los estafadores políticos como Lin Biao y los elementos burgueses y terratenientes de la sociedad... daban 'alas' en realidad a los obreros jóvenes para pervertirlos y emprender el camino capitalista».

Mientras los izquierdistas de la revolución cultural expresaban así en los medios de comunicación su desaprobación de la política de Zhou representada por Deng, la práctica de la política económica y social, determinada por el nuevo rumbo se mantenía invariable. Se ahondaba así cada vez más la brecha entre las exigencias revolucionarias que se proclamaba en los medios de comunicación y la vida cotidiana de las aldeas y ciudades chinas.

Para justificar ideológicamente su política, Deng utilizó tres consignas de Mao, procedentes de distintos contextos, como «eslabón» o «principio básico de todo trabajo en el partido y en el país»: «¡Estudiad la teoría de la dictadura del proletariado, oponerse al revisionismo y defendeos del revisionismo! ¡Mantened el orden y la calma y estad unidos! ¡Haced que avance la economía nacional!»

Contra estas directivas era poco lo que se podía decir. Sin embargo, cuando en febrero de 1976 la izquierda atacó masivamente a Deng, Mao dijo claramente: «¿Qué significa eso: tres directivas como eslabón?... La lucha de clases es el eslabón, todo lo demás depende de ella».

Se formuló así, *a posteriori*, la alternativa que determinaría de nuevo el *conflicto objetivo* dentro del partido desde el verano de 1975: ¿deberían ser el estudio, aunque fuese el estudio de la teoría de la dictadura del proletariado, la calma y el orden, así como la unidad y el desarrollo económico, los principios fundamentales de la política, o debería serlo la lucha de clases?

Deng se había decidido contra la lucha de clases, junto con Zhou Enlai que ahora se hallaba en constante tratamiento médico. Desde julio de 1975 empezó a hacer valer también sus nociones políticas en los campos de la educación y la cultura. Deng halló un aliado en el ministro de Educación Zhou Yungxin, un funcionario rehabilitado que en el otoño de 1975 había señalado repetidas veces que el conocimiento científico tenía que ocupar de nuevo el primer plano en la educación. Se inició así el ataque contra los logros de la «revolución cultural», orientados principalmente por la política revolucionaria. La izquierda de la revolución cultural reaccionó inmediatamente. Primeramente movilizó a los estudiantes de la universidad de Qin Hua, en Pekín, contra el ministro de Educación, para más tarde, a partir de mediados de diciembre hacer un llamamiento, a través de los medios de comunicación centrales, en favor de la crítica contra los adversarios de la política de la «revolución cultural».

La muerte de Zhou Enlai el 8 de enero de 1976 parece haber marcado la fecha de la iniciativa común de los partidarios de la revolución cultural y la izquierda de la policía secreta contra Deng Xiaoping y los cuadros rehabilitados que lo apoyaban. La lucha contra la «tormenta der chista del abandono de las decisiones (de la revolución cultural)», como se decía entonces, empezó a mediados de enero. Los representantes de las fuerzas armadas se mantenían todavía neutrales. En las provincias, la crítica a Deng como «incorregible déspota capitalista del partido», lanzada a mediados de febrero en los medios de comunicación centrales y respaldada por el aparato central del partido en un editorial sin firma del *Diario del Pueblo* del 10 de marzo, sólo encontró una tibia acogida.

Tan sólo 6 de las 29 unidades administrativas habían convocado a comienzos de abril conferencias especiales para criticar a Deng; en otras tres emprendió la campaña el primer secretario y en otras cuatro al menos un secretario. Ocho provincias dejaron en un principio la campaña a las organizaciones de masas y otras tantas no reaccionaron en absoluto. Los izquierdistas consiguieron así aislar ampliamente a Deng en la dirección central. En el aparato de propaganda, los órganos de seguridad, las organizaciones de masas y las direcciones de las milicias obreras urbanas de Shanghai y Pekín tenía enfrente una poderosa coalición. En las provincias, por el contrario, su posición parecía seguir siendo fuerte. El 7 de febrero, el mundo supo con sorpresa que no había ascendido Deng Xiaoping a «primer ministro en funciones», sino Hua Quofeng, que era sexto vicepresidente del Consejo de Estado y ministro de Seguridad Pública.

El tradicional día de difuntos chino, la «fiesta en la que se limpian las tumbas», se celebra regularmente el 4 de abril desde la introducción del calendario gregoriano. En este día los chinos visitan las tumbas de sus familiares y amigos para colocar en ellas coronas, flores, rollos escritos y alimentos. Mientras que a lo largo de marzo de 1976 se agudizaban los ataques contra Deng, que hasta ahora no había sido mencionado por su nombre, en los medios de comunicación centrales, se difundían, como dijo más tarde el *Diario del Pueblo,* «rumores políticos... con los que se pretende atacar y dividir al partido bajo la dirección del presidente Mao». A finales de marzo se hizo correr la voz de que «por la fiesta de Qing Ming, las cosas serían con toda seguridad muy distintas». Un periódico japonés informó que los habitantes de la capital habían empezado ya el 29 de marzo a depositar coronas en memoria del fallecido primer ministro Zhou Enlai en el monumento a los héroes de la revolución, situado en la plaza que hay delante de la «Puerta de la Paz Celestial» (Dienanmen), en el

centro de Pekín. Los textos de las cintas de las coronas, que recogían principalmente el lema de las «cuatro modernizaciones» e invitaban a «proseguir con ahínco» la política de Zhou, mostraban que la veneración pública al primer ministro fallecido estaba concebida como una manifestación contra la política de Mao y la izquierda del partido. Durante los días siguientes aumentó constantemente el número de visitantes del monumento. En la misma fiesta de Qing Ming se llenó la plaza con millares de personas. El monumento estaba cubierto de coronas y tablillas conmemorativas.

Por la tarde, un grupo de jóvenes exigió a un soldado de la guardia que pusiera a media asta la bandera que había izado Mao el 1 de octubre de 1949 con motivo de la fundación de la República Popular China y que es la única bandera de la RP China que nunca se ha puesto a media asta. Como el soldado se negara, el grupo intentó arriar violentamente, aunque en vano, por la noche, la bandera en honor del fallecido primer ministro. Aprovechando la oscuridad, fuerzas del orden y seguridad de la capital retiraron todas las coronas, pancartas y carteles del monumento.

La noticia de la limpieza del monumento se difundió a la mañana siguiente como un reguero de pólvora. Lo que hasta entonces había sido una manifestación pacífica a favor del programa de Zhou, tomó ahora las dimensiones de una revuelta violenta contra la izquierda, el presidente del partido y su mujer. Al anochecer acudieron «varios miles» de miembros de las milicias obreras, policías y soldados quienes tras varias horas consiguieron recuperar el control de la plaza.

Los disturbios de abril no quedaron reducidos a un acontecimiento local de la capital. En más de cien ciudades chinas se produjeron casi simultáneamente disturbios parecidos y protestas airadas contra las fuerzas del orden. Las masas exigían su cogestión en la última y decisiva crisis del partido antes de la muerte de Mao Zedong. Sin embargo, esta vez la izquierda exigía la victoria para sí sola frente a las protestas masivas de las «masas».

El 7 de abril, la agencia de noticias china comunicaba que por decisión «unánime» del politburó del CC del PCCh Deng Xiaoping había sido destituido de todos sus cargos a nivel de Estado y de partido y que Hua Quofeng había asumido los cargos de primer vicepresidente del CC y primer ministro. Ambas decisiones respondían a una propuesta del «gran timonel, el presidente Mao», como se decía, quien por última vez se reía del ordenamiento oficial e institucional del Estado y del partido. El nombramiento de Hua era contrario tanto al artículo 9 de los estatutos del PCCh del 28 de agosto de 1973, que prescribía la elección del vicepresidente del CC por el pleno de éste, como al artículo 17

de la constitución de la RP China del 17 de enero de 1975, según el cual el primer ministro debía ser elegido por la Asamblea Popular Nacional a propuesta del CC del PCCh.

d) *La nueva dirección: la campaña por la toma del poder de Den Xiaoping*

Sería lamentable que de este pasaje se sacase la conclusión de que el desarrollo político interno de la RP China desde los disturbios de abril de 1976 hasta la situación antes expuesta no ha seguido una línea coherente. Las posibilidades de que el observador occidental conozca los procesos internos chinos han aumentado considerablemente en los últimos cuatro años. El sistema político que durante casi un cuarto de siglo se mantuvo oculto de una forma casi total al público occidental, resulta ahora sorprendentemente abierto. Oficialmente, hoy es mucho más transparente de lo que jamás lo fuera el sistema soviético. Cualquier sociólogo soviético consideraría sencillamente absurda la ocurrencia de un colega occidental de entrevistar al jefe del Estado o del partido de la Unión Soviética o incluso a su ministro de Asuntos Exteriores con motivo de una estancia en Moscú. Los periodistas tienen que conformarse también con recibir de portavoces más o menos anónimos explicaciones de la política de Moscú.

Naturalmente, para el observador es importante tener una impresión personal de los políticos que determinan la historia de un país. En la RP China esto se ha hecho posible, aunque el acceso a las principales personalidades de Pekín no sea siempre fácil y el acceso a las personalidades de provincias sea extraordinariamente penoso. La presencia constante de periodistas occidentales en la RP China, las relaciones económicas y comerciales, mucho más intensas ahora, entre los órganos chinos del comercio estatal y las empresas occidentales y los programas de intercambio de estudiantes han contribuido a que China no esté ya totalmente aislada ni accesible únicamente a unos cuantos especialistas de la lengua y del país.

A pesar de todo, el sistema político y sus dirigentes siguen siendo en buena medida enemigos de la información. El documento secreto para circulación interna en el partido sigue dominando los procesos políticos internos y el conocimiento íntimo del código específico de la cultura política de China sigue siendo una condición imprescindible para la observación sociológica. La apertura de China a Occidente no sólo ha permitido hacerse una nueva idea, sino que también ha aumentado la capacidad de manipulación de Occidente gracias a la afluencia cada vez mayor de per-

sonas interesadas, pero en su mayoría inexpertas, al campo periodístico, sociológico y sobre todo político de China. Estos recién llegados suelen confundir el postulado de la distancia crítica con los intentos de desaprobación más o menos maliciosos. Este hecho debería ser llamado claramente por su nombre. Pero además, una exposición de los últimos cuatro años de la política interior china tiene que resentirse necesariamente de la falta de perspectiva histórica clara de los procesos de estos años. La segunda caída de Deng Xiaoping y el ascenso de Hua Quofeng, un funcionario de nivel medio que no fue miembro del CC del PCCh hasta 1969 y que hasta entonces se había labrado una reputación cuidando el lugar de nacimiento de Mao Zedong en Hunán y llevando a cabo los proyectos agrícolas en la provincia natal de Mao, habían sido posibles porque los militares se habían abstenido en la crisis de abril de 1976.

En las razones que explican esta abstención parecen ser dignos de mención especial dos aspectos: en primer lugar, en los disturbios de abril sólo había aparecido la punta del iceberg. Desde la primavera de 1974 estaban ya a la orden del día las huelgas, las luchas sangrientas entre fracciones de la clase obrera, los asaltos de bandas armadas a bancos y estaciones de ferrocarril y al menos la resistencia pasiva de los campesinos de muchas provincias. En esta situación resultaba obligado demostrar ante la población la capacidad de respuesta y decisión de la dirección. El comandante supremo de la región militar de Cantón, Xu Shiyou, puso en prisión preventiva a Deng Xiaoping el 7 de abril de 1976, como sabemos hoy, y lo envió a un puerto del sur de China para una posterior intervención. Evidentemente los militares podían proceder de esta manera porque, en segundo lugar, la muerte de Mao Zedong estaba cercana. El líder del partido no estaba ya en condiciones de recibir a los huéspedes extranjeros y su ruina física parecía progresiva. El 9 de septiembre de 1976 se dio a conocer su muerte.

El 6 de octubre, es decir, ni siquiera cuatro semanas más tarde, el primer ministro Hua mandó encarcelar, con ayuda de la división de vigilancia central, una especie de «escolta personal de Mao Zedong» a la viuda de Mao, a Chang Chunqiao, a Yao Wenyuan y a Wang Hungwen. Quienes lo habían alzado sobre el pavés fueron puestos ahora en la picota propagandística como la «banda de los cuatro». Dos semanas después de su golpe contra la «banda de los cuatro», el primer ministro ocupó también la presidencia vacante del partido. Hua había cambiado los planteamientos de la política interna. Esto se puso ya de manifiesto en sus denodados esfuerzos por llenar rápidamente el vacío de su legitimación como máximo dirigente disociándose de Jiang Qin, la persona más íntima-

mente ligada a Mao en la cabeza de la dirección. La RP China se llenó de óleos recién pintados del fallecido líder del partido, rebosante de salud, en amistosa conversación con su sucesor; en los que Mao ponía la mano en el brazo más joven y fuerte, con lo que mostraba gráficamente la transmisión de su autoridad. Pero por razones de seguridad la campaña no se reforzó todavía con una declaración escrita. Supuestamente, Mao había asegurado a su sucesor, con motivo de la escena reproducida en el cuadro, pero no conservada en foto, a pesar de la afición general de los chinos a la fotografía, que cuando éste «tomase los asuntos en sus manos se aliviaría su corazón» *(Ni pan shih, wo fang xin).*

El medio año escaso en que Hua colaboró como jefe de gobierno con la izquierda de la revolución cultural debió de convencerle de que esta colaboración respondía ciertamente a una amplia coincidencia programática, pero no se apoyaba en una base suficiente de poder. El giro en la política de Hua parece haberse debido a una serie de terremotos masivos acaecidos en varias provincias de China durante los meses de verano de 1976, que alcanzaron proporciones catastróficas el 29 de julio con la destrucción total de la ciudad minera de Tangshan, en el norte de China. Según diversas publicaciones oficiales de la RP China, murieron entonces en un sólo día entre 650 000 y 850 000 personas. Varios millones de personas que vivían en los alrededores del centro del terremoto quedaron sin hogar. Mientras que Hua se esforzaba, junto con las fuerzas armadas, por controlar la situación, Jiang Qin y su grupo anunciaban su solidaridad con las víctimas del terremoto en un escrito de pésame hecho público, redactado casi como una orden del día: «Estudiad concienzudamente los importantes consejos del presidente Mao a fin de ahondar y difundir, con la lucha de clases como eslabón, la crítica a la línea revisionista y contrarrevolucionaria de Deng Xiaoping y la gran lucha de la contraofensiva contra la tormenta derechista del abandono de las decisiones».

La inmensa mayoría de la población china consideró el encarcelamiento de Jiang Qin y los otros tres políticos como un acto de liberación. A partir de entonces, Hua Quofeng apareció como un hombre preocupado por el bienestar de la gente sencilla. A pesar de todo, durante los dos últimos meses de 1976, la población reclamó la vuelta de Deng Xiaoping a sus cargos en el Estado y el partido.

El 23 de julio de 1977, el comunicado de la tercera sesión plenaria del X CC informaba de que, por decisión unánime, Deng Xiaoping volvía a ocupar sus antiguos cargos. Hua Quofeng y sus partidarios en los órganos de dirección centrales, considerablemente diezmados tras la caída de la «banda de los cuatro», habían resultado perdedores en una cuestión de política de nombra-

mientos que sellaba automáticamente el destino de su programa. Pero Deng Xiaoping llenó poco después el vacío de su legitimación como dirigente ante los ojos de la población y de la opinión pública mundial de una forma más convincente que Hua con sus anteriores esfuerzos. En el XI Congreso del PCCh, celebrado del 12 al 18 de agosto de 1977 para sancionar el golpe contra la izquierda de la revolución cultural, aprobar los nuevos estatutos y discutir el proyecto de una nueva constitución para la RP China, fue Deng el que se levantó y pidió a los delegados que aprobasen el informe del jefe del Estado y del gobierno, cuya caída empezó a preparar un año más tarde.

Con este Congreso se inició en la RP China un proceso de progresiva normalización política y de consolidación programática de la política del gobierno.

Este proceso va indisolublemente unido al constante fortalecimiento de la posición política de Deng. Su consecuente campaña por la toma del poder, que determinó la política interior china desde el otoño de 1977 hasta la primavera de 1980, se pone de manifiesto sobre todo en tres esferas: en la política de nombramientos, en la política social para el campo y en la cuestión del papel que debe desempeñar la herencia de Mao Zedong en la configuración del futuro de China.

De los veintitrés miembros de la dirección suprema del PCCh, el politburó, nombrados el 21 de agosto de 1977, siete defendían las posiciones de Deng, de los cuales cinco habían sido víctimas de la purga de la «revolución cultural» y rehabilitados después. Otros siete pertenecían como Hua a los ascendidos en tiempos de la «revolución cultural», y los nueve restantes, ocho de ellos militares, defendían posturas intermedias. En el tercer pleno del XI CC fueron nombrados, el 22 de diciembre de 1978, otros cuatro miembros del politburó. Tres de ellos eran partidarios decididos de la política de Deng y dos habían pasado por duras pruebas en la «revolución cultural». El cuarto pleno del XI CC nombró el 28 de septiembre de 1979 otros dos nuevos miembros, víctimas ambos de la «revolución cultural» y partidarios de Deng. En el quinto pleno del 29 de febrero de 1980 fueron definitivamente destituidos de todos sus cargos en el Estado y en el partido cuatro partidarios de Hua cuya carrera política había comenzado en la «revolución cultural» o había sido considerablemente impulsada por la fracción maoísta. Uno de los más estrechos colaboradores de Deng, Hu Yaobang, ocupó como secretario general del CC la dirección del restablecido secretariado del partido, de cuyos once miembros ocho defendían claramente las posiciones de Deng. Desde entonces, Deng dispone en el politburó de doce votos, y Hua sólo de tres, mientras que de los nueve miembros restantes seis se han

inclinado generalmente por las ideas políticas de Deng en los dos últimos años, y tres por las de Hua.

La controversia entre Deng y Hua giraba en primer lugar en torno a la política social para el campo. Lo que se planteaba aquí, desde el otoño de 1976, era hasta qué punto se podía dejar a los campesinos un margen de iniciativa económica individual y hasta qué punto se podía reforzar la posición de los pequeños grupos de producción frente a las unidades mayores, las brigadas de producción y las comunas populares.

En un discurso programático del 25 de diciembre de 1976, esto es tras la caída de los izquierdistas de la revolución cultural, Hua Quofeng había pedido la paulatina transferencia de la responsabilidad de la producción agraria y de la contabilidad de los grupos de producción a las brigadas y más tarde a las comunas, así como una limitación del margen de iniciativa de los campesinos individuales y sobre todo la imitación del modelo maoísta de la brigada de producción *dazhai* en todo el país. Entre 1977 y 1979 Hua intentó mantener estas posturas.

Las resoluciones en materia política agraria del tercero y cuarto pleno del XI CC de diciembre de 1978 y septiembre de 1979 ratificaron, sin embargo, la capacidad de decisión del grupo de producción, el cual debería llevar también en el futuro su propia contabilidad y asumir la responsabilidad de la producción agrícola. Se aumentó el tamaño de las parcelas privadas permitidas a los campesinos y se dio libertad a las familias campesinas para realizar actividades secundarias. Desde la primavera de 1979 los campesinos fueron autorizados a vender en el mercado libre de las ciudades el producto de sus parcelas privadas y de sus actividades privadas. A principios de octubre de 1979, la dirección de Pekín abandonó finalmente el modelo maoísta de política agraria, la brigada de producción *dazhai*. Desde entonces, esta forma de trabajo pasa por ser «aventurismo golpista de izquierda», y una campaña en gran escala trata de desacreditar a esta aldea de la provincia de Shanxi, en el norte de China, ensalzada por Hua como «modelo de todas las aldeas de China», denunciándola como foco de «explotación» y «corrupción».

Pero en la campaña de toma del poder de Deng, la cuestión de hasta dónde debía llegar la revisión de los conceptos políticos de Mao Zedong, de si debía llegar a la total reevaluación crítica de su persona, tuvo al menos una importancia similar. Aquí, Hua Quofeng, apoyado por los que habían ascendido al aparato del partido en la «revolución cultural» y sobre todo por sus antiguos colegas de la policía secreta, era de la opinión de que los conceptos de Mao seguían siendo de crucial importancia para China. Se esforzó tenazmente por conservar el mayor número posible de

ideas políticas del fallecido presidente como directrices para el futuro de China. Pero Deng Xiaoping y sus partidarios empezaron a desmontar consecuentemente la figura del antiguo dirigente del partido y sus ideas.

En una conferencia nacional de comisarios políticos del ejército, Deng dio en mayo de 1978 la consigna de que «la verdad» no debe buscarse en «ninguna teoría o dogma» es decir, tampoco en el «pensamiento de Mao Zedong», sino únicamente «en los hechos». De esta forma se establecieron las bases para modificar también, tras la revisión de la política de Mao, su culto personal, aunque sin eliminarla por completo. En la primavera de 1978 desaparecieron ya las citas de Mao de la cabecera del *Diario del Pueblo* de Pekín, poco después se suprimieron sus consignas en las publicaciones del partido, y el tercer pleno prohibió el 22 de diciembre de 1978 nombrar al líder del partido con otra expresión que no fuese la de «camarada». Al mismo tiempo, el pleno ordenó que no se designase como «enseñanza» ninguna «opinión personal de ningún miembro del partido, ni siquiera de los camaradas dirigentes del CC». Desde entonces, los medios de comunicación chinos no hablan ya del «presidente Mao», el «gran maestro» y el «gran timonel», sino solamente del «camarada Mao Zedong» a secas. Es cierto que el comunicado del tercer pleno establecía una vez más que «los grandes méritos contraídos por el camarada Mao Zedong en las largas luchas revolucionarias son imborrables», y que fue «un gran marxista», pero al mismo tiempo declaraba: «No es marxista exigir de un dirigente revolucionario que esté libre de defectos y errores».

A lo largo de 1979, los medios de comunicación de la RP China se ocuparon más de los «defectos y errores» de Mao que de sus «grandes méritos». El 13 de enero de 1979 el *Diario Obrero* de Pekín informaba que la aseveración de que Mao podía «conocerlo todo claramente» era una «leyenda». El 6 de marzo, el *Diario de la Liberación* de Shanghai aclaraba a sus lectores que Mao no había sido el primer dirigente marxista de China, y que los libros de historia del partido «habían falsificado la historia para ensalzar su papel más de lo debido». En su discurso conmemorativo del trigésimo aniversario de la fundación de la RP China, el 30 de septiembre de 1979, el jefe de Estado oficial de China, el mariscal Ye Jianying, afirmó que la «revolución cultural» —que, como se decía hasta el verano de 1977, había sido «iniciada y dirigida personalmente por el presidente Mao»—, había ocasionado al país «un decenio de represión, tiranía y baños de sangre». Al mismo tiempo daba una nueva interpretación del concepto de «pensamiento de Mao Zedong» que relativizaba eficazmente el papel de Mao: «Lo que llamamos el pensamiento de Mao Zedong... no es solamente

el producto de la sabiduría de Mao Zedong, sino más bien el producto de la sabiduría de Mao y de sus compañeros de lucha, la cristalización de la sabiduría colectiva del PCCh».

Sin embargo, la nueva dirección china ha evitado hasta ahora la condena total de Mao, que correspondería a la de Stalin efectuada por Jruschov en el XX Congreso del PCUS en febrero de 1956. Pero la rehabilitación del más conocido adversario de Mao, Liu Shaoqi, por el quinto pleno del XI CC del 29 de febrero de 1980 representó otro golpe al prestigio del fallecido líder del partido y, con ello, a la validez de sus ideas para el futuro de China. En la primera mitad de abril de 1980 no se mencionó ni una sola vez el nombre de Mao durante diez días consecutivos en el *Diario del Pueblo* de Pekín, y a primeros de mayo una revista de Hong Kong próxima a los comunistas chinos informaba que en Pekín se pensaba transformar el mausoleo de Mao en un «monumento a los héroes muertos de la revolución».

Parece, pues, que Deng también se ha impuesto en este ámbito. Su campaña para la toma del poder encontró dificultades sobre todo en el amplio movimiento urbano de disidentes que en el invierno de 1978-79 incluyó a amplios círculos de jóvenes intelectuales y fue desencadenado por la denominación oficial de los disturbios de abril de 1976 como «hecho revolucionario». Este movimiento ponía en entredicho los fundamentos del sistema político con sus reivindicaciones de libertad de opinión, asociación y reunión, elecciones libres y autorización de partidos de oposición. Especialmente los militares del politburó reprochaban a Deng que con su tolerancia hacia estas manifestaciones de resistencia, ponía en peligro el predominio del partido. Pero el viceprimer ministro se mostró receptivo a estos reproches. Aprobó la introducción de medidas represivas más severas que desde finales de marzo de 1979 y nuevamente, tras un resurgir de la oposición a finales del verano, en noviembre de 1979, pusieron fin de momento al movimiento disidente. Muchos de sus partidarios entraron en la clandestinidad.

Desde que Deng Xiaoping se ha impuesto ampliamente en la dirección y en el poder político, la política interior china está determinada esencialmente por ocho elementos:

1. En la política salarial en la industria, por la aplicación de salarios diferenciales según el rendimiento e incentivos materiales.
2. En la política de gestión industrial, por el restablecimiento de la dirección individual en las empresas.
3. En la política de desarrollo industrial, por la amplia apertura a la importación de tecnología occidental.
4. En la política de distribución, por la introducción de ele-

mentos de la economía de mercado y la consiguiente supresión de la fijación centralizada de los precios.

5. En la política social para el campo, por la disminución del nivel de colectivización y la ampliación del margen de iniciativa individual de los campesinos.

6. En la política educativa, por la clara prioridad de la formación especializada sobre el adoctrinamiento político y el desmantelamiento total de las doctrinas de la «revolución cultural».

7. En la política cultural, por la tolerancia hacia una competencia más generalizada entre los diversos estilos y la autorización de la literatura y la música occidentales, y sobre todo por la vuelta triunfal del arte tradicional chino en las representaciones públicas; pero, sin duda alguna, también.

8. En la política de seguridad interna, por la implacable represión de las opiniones discrepantes y el control estricto de la población con ayuda de la policía secreta.

Mientras la actual dirección del PCCh permanezca en su puesto, es de esperar que continúe la política caracterizada por estos elementos. Pero esta dirección es excesivamente vieja. El 31 de diciembre de 1979 la edad media del politburó ascendía a 70,8 años, y la del secretariado del partido a 69,6 años. Los miembros del CC tenían por término medio 66 años y los ministros 67. En unos cuantos años los imperativos biológicos harán por tanto necesario un nuevo cambio de dirección. Entonces la actual política será replanteada: otro cambio de rumbo podría dar lugar a nuevos conflictos y crisis.

II. LA POLITICA EXTERIOR DE LA RP CHINA: DE LA ALIANZA COMUNISTA INTERCONTINENTAL AL «ACUERDO PACIFICO»

En contraste con la variable historia de la política interior china, la política exterior de la RP China se distingue especialmente por su constancia. En sus treinta años de historia, sólo hubo tres decisiones fundamentales que produjeron cesuras claras, aunque motivaron cambios más radicales que las luchas por el poder y por el rumbo político dentro de un sistema socialista que ha permanecido indiscutido en su orden fundamental. Las razones de la continuidad relativamente grande del desarrollo político exterior son evidentes.

La política exterior no es *a priori* una esfera del poder de decisión soberano de un gobierno. Aquí hay que tener en cuenta las circunstancias y los imperativos externos o bien las consecuencias imprevisibles de no tomarlos en consideración. En este ámbito no

es posible fijar arbitrariamente objetivos e intereses. Aquí existen unas situaciones objetivas, unos imperativos de actuación y unos límites a la capacidad política de actuación fijados de antemano, de los que una dirección sólo puede prescindir momentáneamente. Este hecho ha determinado seguramente desde un principio el destino de la política de alianzas china frente a la Unión Soviética, iniciada inmediatamente después de la fundación de la RP China y formalizada con el tratado del 14 de febrero de 1950.

China y la Unión Soviética presentan precedentes comunes que ponen muy en duda la capacidad de ambos países para aliarse entre sí. En ambos casos se trata de Estados de dimensiones continentales que condicionan el predominio natural de su entorno correspondiente. Tanto China como la Unión Soviética tienen que defender largas fronteras territoriales, lo que inevitablemente ejerce una gran influencia sobre sus necesidades de seguridad. La ausencia de una amenaza seria en su entorno inmediato, es decir, el equilibrio intrarregional de la política de poder, presta a sus sentimientos de amenaza una dimensión intercontinental o ultramarina, de la que deriva su pretensión de controlar a los pequeños Estados vecinos casi como esferas protectoras de seguridad.

Así pues, China y la Unión Soviética son igualmente Estados que aspiran al predominio o la hegemonía y, llevados de este deseo, no son inmunes al intento de establecer una autocracia. Sólo así se satisfaría, teóricamente, su necesidad de seguridad, que aumenta con cada adquisición político-territorial. En la práctica, el hecho de que existan en su interior fuerzas centrífugas, al menos en potencia, desempeña un papel en la política de las dos grandes potencias comunistas. El territorio nacional de la RP China se compone en un 59 por ciento de tierras de origen de unas minorías nacionales cuyo porcentaje en la población global sólo alcanza al 5 por ciento, a diferencia de lo que ocurre en la Unión Soviética. De todos modos, en ambos casos existe un peligro constante y más o menos latente para la unidad del imperio: la tendencia natural de algunas partes de éste a orientarse hacia la periferia y los países limítrofes antes que hacia el centro del imperio. En el caso de China, esto puede decirse sobre todo del Tíbet y de Xinjian.

Ante esta honda preocupación, determinada por la geografía y la historia, de China y la Unión Soviética por el mantenimiento de la seguridad y la unidad del imperio, queda casi excluida la posibilidad de coordinar sus intereses y estrategias nacionales para imponer o incluso salvaguardar los intereses particulares. De ahí que no sea de extrañar que, como consecuencia del intento, convenido en un principio entre Moscú y Pekín, de sacar al llamado «campo socialista» de su aislamiento internacional y darle validez

como nuevo factor colectivo de poder en el mundo, empezaran a aparecer fisuras durante la segunda mitad de la década de 1950 en la alianza ante la RP China y la Unión Soviética.

Aproximadamente en la época en que Mao Zedong se decidía a imponer un nuevo concepto movilizador de desarrollo, es decir en el verano de 1958, los observadores de las relaciones internacionales pudieron confirmar que tras la fachada de la poderosa alianza comunista intercontinental se gestaba un grave conflicto entre los aliados.

La coincidencia temporal de la radicalización interna y las crecientes críticas chinas a los aliados moscovitas no era casual. Estas críticas no eran sencillamente la expresión de una insatisfacción nacional y de unos intereses políticos lesionados. Tenían mucho que ver con los puntos de vista de la política interior china que hemos calificado de «maoísta». Si podemos afirmar que sólo una vez, durante la crisis de Lin Biao, la política exterior intervino en el conflicto interno de la dirección del PCCh, ello se debe sobre todo al hecho de que la beligerancia de Mao frente a la Unión Soviética contaba con la aprobación general de los otros dirigentes del partido, con total independencia de los motivos específicos de cada uno. Algunos de ellos no estaban necesariamente de acuerdo con la forma en que se manifestaba esta beligerancia y aconsejaron moderación y precaución táctica. Pero hasta los más enconados adversarios internos de Mao, a quienes la propaganda maoísta reprochó lo suyo, no pidieron jamás, ni directa ni indirectamente, que China mantuviera a cualquier precio la concordia y la alianza con la Unión Soviética. Muy el contrario: Deng Xiaoping, que durante la «revolución cultural» fue calificado, después de Liu Shaoqi, como «segundo Jruschov de China», era uno de los más apasionados defensores del conflicto con la dirección de Moscú y ha mantenido invariablemente esta actitud hasta hoy. La cuestión de los motivos que lo impulsaban no es fácil de responder ni tampoco tiene interés para la historia contemporánea. Lo único significativo es que el consenso en materia de política exterior en el PCCh permitió al líder del partido la posibilidad de dar un carácter específico a la política exterior de la RP China a lo largo de un decenio.

a) *El conflicto con la Unión Soviética (1958-1963)*

En comparación con todos los demás conflictos existentes dentro del mundo de los Estados comunistas, el conflicto de China con la Unión Soviética se caracteriza por cuatro peculiaridades. Pekín insiste en que las diferencias de opinión con la dirección soviética,

en primer lugar, se deben a causas puramente ideológicas, es decir, que no remontan a meros antagonismos de intereses prácticos; *en segundo lugar* suponen un asunto entre partidos y, por consiguiente, no afectan a las relaciones entre Estados; *en tercer lugar* son de índole exclusivamente comunista y, por tanto, tampoco pueden tener consecuencias para las alianzas o las relaciones de China con terceros Estados; y, *en cuarto lugar,* el fondo de su contenido central es la cuestión de la *dirección* correcta del «campo socialista», y no la exigencia china de independencia nacional con respecto a la Unión Soviética.

Ahora bien, el curso real del conflicto ha puesto de manifiesto que en las disputas entre Pekín y Moscú existen intereses políticos muy sólidos, que éstos afectan a todos los niveles y, muy en particular, al nivel interestatal, que la alianza defensiva se ha roto y que la RP China ha declarado finalmente, con toda nitidez, su independencia con respecto a la Unión Soviética.

Según sus propias declaraciones, los comunistas chinos se escandalizaron ante la política y la teoría que se desprendían de las resoluciones del XX Congreso del PCUS de febrero de 1956. La decisión política más importante de este Congreso fue la introducción de una primera ruptura con el estalinismo. Pekín acogió con grandes reparos este proceso —sorprendente para China y para los países satélites de la Unión Soviética— que se corrigió pocos meses más tarde, cuando estallaron los disturbios obreros de Poznan y se inició un levantamiento popular en Hungría.

Probablemente, Mao intentaba salir al paso de una evolución similar dentro de su propio país al exigir en la primavera de 1957 que los intelectuales sin partido expusieran sus críticas. Frente a Moscú, los chinos expresaron sus reparos a una ruptura rigurosa con Stalin, aunque sin negarle tan rigurosamente al aliado su adhesión. Al contrario, Pekín apoyó a la Unión Soviética en la crisis de autoridad del otoño de 1956, aconsejando al todavía indeciso jefe del PCUS, Nikita S. Jruschov, que invadiera militarmente Hungría y cediera en el caso de Polonia y recuperara para la dirección del partido polaco al acreditado líder nacional W. Gomulka, contribuyendo así a que Moscú tomase una decisión inteligente.

Desde entonces, la crisis de autoridad de la Unión Soviética en Europa oriental parece haberse desplazado a las relaciones entre Moscú y Pekín. Mao Zedong, que probablemente se concebía a sí mismo como salvador del sistema de satélites de Europa oriental, exigió que a partir de entonces se le consultase regularmente. En el primer concilio de los partidos comunistas en el poder, celebrado en noviembre-diciembre de 1957, defendió personalmente que se fijase por escrito cuál era el papel de la dirección soviética, a

decir verdad sin tener en cuenta si todas las direcciones de los partidos participantes en las sesiones podían hacer compatible semejante reconocimiento escrito de una situación de hecho con su voluntad de independencia nacional. La Liga Comunista de Yugoslavia veía en ello una incompatibilidad con su deseo de mantener una política exterior neutral, esto es libre de bloques, y, representada por el mariscal Tito, se negó a firmar un documento que, sin la cláusula inicial, habría supuesto de nuevo, por primera vez desde 1948, una comunidad fijada por escrito entre Moscú y Belgrado. Pronto se vería que ésta era la intención de Moscú.

El dirigente del partido chino no sólo asustó a la dirección soviética con la estrategia planteada en el concilio comunista. También proclamó entonces en Moscú que el «campo socialista» había adquirido la supremacía en la correlación internacional de fuerzas, documentándolo con un cálculo comparativo entre la parte de la población total de la tierra que se hallaba en manos socialistas, la que simpatizaba con el socialismo y la que se hallaba todavía sometida al capitalismo imperialista. En el «campo socialista» vivían mil millones de personas, 600 millones de las cuales, es decir, el 60 por ciento del peso socialista, eran chinos, según sus cálculos oficiales.

Al rechazar todas las especulaciones de su colega italiano Palmiro Togliatti sobre el surgimiento de varios centros dentro del movimiento comunista internacional, Mao demostró ante Moscú la lealtad absoluta de ese 60 por 100 de personas que vivían entonces bajo gobiernos comunistas, el triple de la población soviética.

Tras una fase de transición de algo más de un año y medio después de su confrontación en el XX Congreso del PCUS, los comunistas chinos adoptaron una postura política y moral contraria al contenido ideológico de las resoluciones del congreso soviético, es decir a la tesis del carácter duradero de la coexistencia pacífica entre socialismo e imperialismo, que por entonces era tan nueva como la tesis de la inevitabilidad de las guerras mundiales en la era atómica, sostenida por ellos, y la consecuencia de que la transición de las sociedades capitalistas al socialismo, dada la voluntad revolucionaria comunista, no sólo debía ser posible por la vía violenta, sino también por la vía pacífica, mediante elecciones parlamentarias.

Pekín era por entonces lo bastante astuto como para no nombrar abiertamente al destinatario real de las críticas del PCCh a la tesis del carácter duradero de la coexistencia pacífica, sus presupuestos y sus consecuencias. Yugoslavia fue el objetivo de estas críticas chinas, que en realidad apuntaban a Moscú. De este modo, la RP China se distanció del neutralismo, que, como alternativa

a los bloques del Este y el Oeste, había surgido exclusivamente de la idea de la posibilidad de una coexistencia de todos los Estados, a pesar de las diferentes ideologías y regímenes sociales pero que todavía estaba muy lejos de despertar en Occidente la atención que suscitó en 1979-80 la invasión soviética de Afganistán. Por entonces resonaban aún las palabras del secretario de Estado americano John Fuster Dulles, quien había condenado moralmente el neutralismo de la India. Aquí, en la aproximación al movimiento neutralista de la India como fuerza moral más significativa, habría tenido alguna probabilidad de éxito la emancipación de la RP China con respecto a la Unión Soviética. Los esfuerzos de reconciliación entre Moscú y Yugoslavia carecían totalmente de interés desde la perspectiva de los intereses chinos. No obstante, Moscú prestó cada vez más atención a la India. La decisión de Mao Zedong llevaba implícita la posibilidad de interpretar este hecho bien como una ocasión que permitía también a la RP China colaborar con la India sin despertar sospechas de alianzas políticas, bien como un signo de que peligraba la posisión preeminente de China en la política exterior de la Unión Soviética.

El dirigente del partido chino hizo suyo este último punto de vista al argumentar que no era el principio de la coexistencia pacífica entre los Estados de «distinto régimen social», el intento de evitar la guerra y adaptar la estrategia de la revolución comunista al parlamentarismo de las democracias occidentales, el que había de determinar la política exterior de un Estado socialista, sino más bien el principio del «internacionalismo proletario», esto es el predominio de la colaboración entre los países gobernados por los comunistas frente a todos los acuerdos establecidos entre éstos y los Estados no comunistas. Comprender esto, afirmaba Mao, era una cuestión de interpretación correcta del dogma comunista por todos los partidos que lo profesaban, una cuestión interna del sistema, que, en consecuencia, requería una explicación entre el partido que tenía el papel dirigente en el movimiento comunista internacional y los partidos que reconocían este papel dirigente.

Moscú se dio cuenta muy pronto del profundo significado que encerraba la argumentación china. Pekín intentaba compartir las tareas de dirección con su aliado. Esto sólo podía significar que Mao Zedong dictaría desde ese momento en qué empresas de política exterior y mundial debía embarcarse la Unión Soviética. Jruschov vio amenazados con razón su autoridad y su poder de decisión. Se vio ante la alternativa de permitirle a Mao una cogestión permanente en la política soviética, a fin de mantener la concordia con China, o de convencer a ésta de la capacidad de dirección de la Unión Soviética ejerciendo una fuerte presión.

Por consiguiente, la Unión Soviética recurrió ya en 1960 a sanciones económicas masivas, paralizó todos los proyectos de desarrollo de la RP China, retiró a sus especialistas y destruyó por razones de seguridad todos los documentos con los que habían trabajado hasta entonces esos especialistas. Pero la RP China no se sometió a la disciplina. Una razón esencial fue el hecho de que apenas tenían importancia aún las sanciones soviéticas de cara a la catástrofe que había provocado el «gran salto adelante» de Mao.

A pesar de los evidentes actos hostiles de Moscú, el PCCh envió en octubre de 1961 una delegación al XXII Congreso del PCUS. Aquí volvieron a chocar abiertamente soviéticos y chinos. Estos últimos depositaron ostensiblemente una corona en la muralla del Kremlin en honor a Stalin y abandonaron antes de tiempo el Congreso.

Dos años después, los documentos del partido de Pekín revelaron indignados que en el XXII Congreso del PCUS, Jruschov había asegurado a la delegación china que su país «seguiría su propio camino», con o sin China. Por tanto, sabiendo que los chinos no querían someterse, Moscú llegó a la conclusión de que, a fin de conservar su ilimitada capacidad de actuación en política mundial, la Unión Soviética tenía que arriesgarse en caso de necesidad a una ruptura de la alianza con la RP China. Efectivamente, las relaciones entre la Unión Soviética y la India se intensificaron por entonces. Tras la guerra fronteriza indo-china de octubre a noviembre de 1962, Moscú no tuvo reparos en identificar claramente a China como agresor.

Los dirigentes de la RP China no habían abandonado aún al aliado soviético. Intentaban denunciar a Moscú dentro de los «Estados socialistas», en el movimiento comunista internacional, en las organizaciones comunistas del frente mundial e incluso ante el mundo occidental, y, al mismo tiempo, dejar claro que su crítica a la Unión Soviética, vinculada siempre a la presentación de alternativas ideológicas y políticas, era constructiva. Al contrario que la Unión Soviética, Pekín renunció a establecer una alternativa de política exterior a la alianza de 1950. Pero, de una forma casi inadvertida, los comunistas chinos desarrollaron una política mundial comunista distinta a la soviética. En julio de 1963 demostraron por última vez su disposición a la negociación y reconciliación con la Unión Soviética. Representantes de ambos partidos se reunieron en Moscú para negociar un compromiso.

Pero el compromiso no se alcanzó. Los chinos insistieron en su alternativa, mientras que la Unión Soviética negociaba poco antes de la sesión de clausura un primer acuerdo nuclear con las potencias occidentales. Con la firma del tratado del 5 de agosto de 1963 sobre el cese de las pruebas nucleares, como primer paso

hacia la política de distensión global entre el Este y el Oeste, las relaciones entre los partidos chino y soviético se hicieron tan tensas que la relación interestatal de las dos grandes potencias comunistas quedó sometida también a una permanente prueba de desgaste.

b) *El desarrollo de una estrategia de conflicto simultáneo con ambas superpotencias*

Desde una perspectiva histórica es evidente el tipo de cambio radical que provocó en las relaciones internacionales desde 1958 la primera de las tres decisiones fundamentales en materia de política exterior de la RP China. El intento de Mao de adquirir una influencia decisiva en la política soviética amenazando con un conflicto y, de este modo, vincularse firmemente al aliado llevó involuntariamente a la emancipación de la Unión Soviética con respecto a China.

En cualquier caso, la RP China habría supuesto a largo plazo una carga para la política mundial soviética. La alianza intercontinental entre Moscú y Pekín significaba una barrera en política exterior para cualquier gobierno soviético que quisiera ampliar su influencia política en Asia meridional, sudoriental y oriental y pretendiera reducir la carrera armamentista con Occidente, al menos momentáneamente, en favor de la construcción económica. La insistencia china en esa línea dura de la lucha de clases en el interior y la revolución mundial en el exterior propugnada por Stalin para el «mundo de los Estados socialistas» mostraba cada vez más a la Unión Soviética, a comienzos de la década de 1960, como una potencia convencional con la que podía negociarse un *modus vivendi,* por difícil que fuese en algunas cuestiones concretas. Así pues, Mao Zedong forzó a la dirección soviética a optar entre cooperar con China o con los Estados no comunistas, favoreciendo así, sin quererlo, la posibilidad de éxito de Moscú a este último respecto.

Con su crítica a la Unión Soviética, los comunistas chinos habían puesto simultáneamente límites a su propia capacidad de acción en política exterior. Tras el fracaso de los esfuerzos de julio de 1963 por llegar a una distensión entre ambos partidos, no les quedaba otra posibilidad que proseguir solos el conflicto Este-Oeste, y, a decir verdad, como lucha contra el «imperialismo norteamericano» y el «revisionismo soviético» al mismo tiempo.

A lo largo de 1963, los estrategas de la política exterior de Pekín intentaron forjar a nivel social e interestatal un frente unitario internacional a base de todas las fuerzas que presentaban tendencias

antiamericanas o se habían decidido ya por la lucha armada contra el «imperialismo norteamericano». De este modo se cerraría el cerco en torno a los Estados Unidos, al tiempo que se privaría a los dirigentes soviéticos de la base de su lucha antiimperialista. Pero esta estrategia china del conflicto simultáneo con las dos superpotencias adolecía desde un principio de una serie de errores y defectos. Pekín creía, por ejemplo, haber hallado un importante aliado de Europa occidental en la Francia de De Gaulle, que había reconocido diplomáticamente a la RP China en 1964. De Gaulle parecía anticiparse a la reacción, esperada por Mao Zedong, de los Estados de Europa occidental contra los Estados Unidos y su «cooperación» con la Unión Soviética a pesar del continuado antagonismo de intereses entre ambas superpotencias. Pero Pekín no advirtió que Francia había optado sencillamente por hacer su propia aportación a la distensión de Europa occidental en relación con la Unión Soviética, intentando estimular así, con el reconocimiento diplomático de China, a que Moscú se mostrase más dispuesta a la distensión.

A finales de 1963 y principios de 1964, el primer ministro Zhou Enlai emprendió un amplio viaje por diez países asiáticos y africanos a fin de encarecer a la RP China como alternativa política a los Estados Unidos y la Unión Soviética. Pero lo que sus interlocutores pudieron deducir de sus explicaciones fue sobre todo que su país no podía ofrecer tanta ayuda al desarrollo como las dos superpotencias. Por consiguiente, cualquier opción de política mundial en favor de China iría unida a la renuncia heroica a la ayuda material. Naturalmente, semejante renuncia no se la plantean especialmente los gobiernos que apuestan por las ventajas que supone, en las condiciones del conflicto Este-Oeste, el ser solicitados por las dos superpotencias en su política de desarrollo.

Señalemos otros dos defectos de la nueva estrategia de China. En primer lugar, el intento chino de actuar en política mundial tanto contra los Estados Unidos como contra la Unión Soviética, suponía una ofensiva general contra el movimiento neutralista internacional. Dada la voluntad de las superpotencias de mantener intactos sus sistemas de alianzas, Pekín cifró sus primeras esperanzas en hallar partidarios de su estrategia dentro de este movimiento. Del círculo de Estados de Europa oriental sólo Albania se puso en 1961 del lado de China. Como ya hemos dicho, la pretendida alianza de fines con Francia no pasó de ser una ilusión. Dentro del movimiento neutralista hubo muy pocos Estados y gobiernos dispuestos a seguir las consignas radicales de Pekín: Pakistán, la Indonesia de Sukarno, la Camboya del príncipe Norodom Sihanuk, Ghana en la última fase del gobierno de Kwame Nkrumah. El ataque de China al movimiento neutralista resultó

ser en 1964-65 lo bastante fuerte como para que India demostrase repetidamente su reputación y autoconfianza como fuerza moral del mismo.

El intento de China debía incluso ser demasiado débil para garantizar una influencia a largo plazo en la política mundial. En segundo lugar, el deseo chino de luchar simultáneamente contra las dos superpotencias se deducía la obligación de arrancarle a la Unión Soviética la mayor base posible, no sólo en las relaciones internacionales sino también en el plano de los partidos comunistas. Pekín intentaba, por tanto, aliarse con los gobiernos y, al mismo tiempo, con sus enemigos internos.

En septiembre de 1965, esto llevó a una colisión catastrófica en Indonesia. Apoyado masivamente por China, el partido comunista intentó aquí dar un golpe de Estado contra el gobierno de Sukarno, el amigo más íntimo de Pekín por aquellos días. Los militares derechistas pudieron controlar el golpe en el último minuto, y poco después iniciaron en Indonesia matanzas sistemáticas de chinos. La RP China perdió el aliado más importante de su política exterior. Pakistán era otro aliado importante en la política exterior china, pero tenía un problema: su constante y desigual conflicto militar con la India. En esta situación, la RP China sólo podía prestarle apoyo moral. La ayuda militar directa le estaba vedada a China por su propio interés de cara a su seguridad, el peligro de una intervención soviética en favor de la India y la tolerancia de esta ayuda por Occidente a fin de reducir la amenaza china. También esto se puso de manifiesto en otoño de 1965 durante la segunda guerra de Cachemira. La confrontación militar en el subcontinente indio, en la que Pekín tomó imprudentemente partido por Pakistán, facilitó el éxito más importante de la cacareada estrategia soviética de paz: la mediación en la paz de Tashkent. Desde entonces, la seguridad de Pakistán ha estado siempre en función de la política de equilibrio de Moscú en Asia meridional, mientras que la solidaridad de China con Pakistán no ha pasado de ser una retórica impotente.

Con la paz de Tashkent, la RP China cayó a primeros de enero de 1966 en un aislamiento diplomático que no venía impuesto ya por Occidente, sino por sí misma. El punto culminante de este proceso fue la ocupación del ministerio de Asuntos Exteriores de Pekín por guardias rojos en el verano de 1967. Los partidarios de la revolución cultural parecían haber tomado en serio las declaraciones del primer ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, León Trotski, quien en su toma de posesión dijo que sólo quería dirigir un par de proclamas revolucionarias a los pueblos del mundo y luego cerrar la «tienda». Los guardias rojos se hicieron con documentos diplomáticos secretos y lanzaron protes-

tas a los cuatro vientos. Al final, la RP China se había enemistado incluso con la pequeña Suiza, siempre dispuesta a actuar como mediadora. Tras tres semanas de rabia por parte de los guardias rojos, las tropas del EPL desalojaron finalmente el ministerio de Asuntos Exteriores.

Tan sólo un embajador chino sobrevivió a la «revolución cultural» en su puesto de El Cairo: Huang Hua, más tarde jefe de la delegación de la RP China en la ONU y, desde diciembre de 1976, ministro de Asuntos Exteriores de su país.

La lucha simultánea contra las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, se tradujo en una estrategia de autoaislamiento en política exterior. La decisión con que se llevó a cabo esta estrategia se debió tanto a la lógica del conflicto chino-soviético como a la obsesión de Mao Zedong por la Unión Soviética. El cambio de las relaciones internacionales facilitado por esta segunda decisión fundamental en materia de política exterior no lo ha sido definido por ningún gobierno con palabras más sinceras y acertadas que por el de la RP China a finales de la década de 1960, al insistir en el ascenso de la URSS al rango de nueva potencia hegemónica que trasciende con mucho el ámbito de los satélites heredados de Stalin.

Los que en Europa occidental critican la política de distensión tienden a achacar esencialmente el ascenso de la URSS en política mundial a una ilusoria disposición de Occidente al compromiso. Pero es éste un argumento que sólo se confirma en la zona atlántica. La perspectiva histórica muestra una vez más que la decadencia del movimiento neutralista internacional, y sobre todo la creciente preocupación de la India ante la amenaza de China y la escasa fuerza persuasiva de Occidente en el espacio afroasiático, se tradujeron en ventajas estratégicas para la Unión Soviética.

c) *La aproximación de China a los Estados Unidos de América: el comunicado de Shanghai como base de negociación*

La crisis de confianza de Occidente en la zona asiática, iniciada en la segunda mitad de 1967, se suele atribuir al compromiso bélico de los americanos en Vietnam, supuestamente erróneo desde un principio y fuente de críticas. Pero semejante interpretación parece tan simplista como la generalizada opinión de que la creciente presión de la Unión Soviética sobre la RP China impulsó a los dirigentes de Pekín a alinearse con los Estados Unidos a comienzos de la década de 1970.

El hecho es que todos los Estados asiáticos fronterizos con China aplaudieron la intervención militar de América en la guerra

de Vietnam, aunque algunos de ellos dieron otras explicaciones en público. La ayuda americana a Vietnam del Sur fue interpretada con razón como una medida que atraería de forma especial la atención exterior de la RP China y automáticamente reduciría los gastos de defensa de todos los Estados potencialmente amenazados por China. Pero este cálculo iba unido a la esperanza de que la administración americana lograse convencer rápidamente a su adversario comunista, dividido entre la Unión Soviética y la RP China, de su papel dirigente en el mundo. En vez de ello, los observadores de la guerra de Indochina tenían cada vez más la impresión de que los bombardeos americanos de Vietnam del Norte estaban desprovistos de todo contenido político y, por tanto, cuanto más durasen, más desgastarían la base moral de la administración Johnson en su propio país. Esta observación se convirtió en el presupuesto de la crisis de confianza de Occidente en Asia.

El papel chino en la guerra de Vietnam se asemejaba curiosamente al americano en que tampoco estaba determinado por una concepción política. Es cierto que Mao Zedong había elegido Vietnam como escenario demostrativo de su estrategia revolucionaria de guerra (popular). El y su ministro de Defensa Lin Biao querían la victoria «independiente» del «pueblo vietnamita» en la «guerra popular». Pero era impensable una victoria militar sobre los Estados Unidos. Así que tendría que llegar el día en que se celebrasen negociaciones políticas para ver qué bando de la guerra tenía que abandonar el campo. El gobierno de la RP China no estaba preparado para ese día, al menos a juicio de sus aliados vietnamitas. Sencillamente desaconsejaba a Hanoi el comienzo de las negociaciones y apelaba a la voluntad de resistencia militar de Vietnam del Norte hasta la última gota de sangre.

En el curso de 1965 se efectuó un debate dentro de la dirección militar china sobre si la RP China debía volver, en interés de los comunistas vietnamitas, a una unidad de acción con Moscú, limitada solamente a su «guerra de liberación». Mao Zedong y Lin Biao rechazaron semejante posibilidad por razones que no se explican claramente. Observadores occidentales han afirmado que ciertos sectores de la dirección, enzarzada entonces en primer lugar en cuestiones de política interior, temían que semejante acción unitaria pudiera significar el primer paso para la sumisión de China a la Unión Soviética, dado sobre todo que Moscú exigía la disposición de bases de aterrizaje y la autorización para estacionar tropas en el sur de China. Esta afirmación no es del todo convincente. A finales de marzo de 1966, Mao Zedong aseguró a una delegación del partido comunista de Japón que era casi inevitable una guerra entre Estados Unidos y China como consecuencia de la guerra de Vietnam. Pero la Unión Soviética, remitiéndose a la

alianza defensiva chino-soviética, la utilizaría como pretexto para ocupar militarmente la RP China. Si partimos de que la vuelta de Pekín a la unidad de acción con Moscú en Vietnam fracasó por el miedo a la presencia del Ejército Rojo en China, la exhortación de Pekín a los combatientes comunistas de Vietnam tendría que haber adolecido en primer lugar de este temor.

Pero los comunistas chinos habían sido efectivamente, desde finales de la década de 1950, la fuerza impulsora de la guerra de Vietnam en el lado comunista. Las manifestaciones de Mao Zedong a los comunistas japoneses deben entenderse, por tanto, como una indicación de que el dirigente chino era consciente del peligro que podía suponer la guerra del sudeste asiático para la RP China y que aceptaba este peligro. Mao Zedong temía probablemente otro tipo de sumisión de China como consecuencia de una unidad de acción con la Unión Soviética en Vietnam, a saber, la sumisión a la estrategia política de Moscú. De esto precisamente advertía una y otra vez a los vietnamitas: Moscú vendería sus intereses nacionales en unas negociaciones sin pensarlo dos veces.

Si tenemos presente el escenario político interno de la RP China en 1967-68, se pone de manifiesto que el país, por fuerte que fuese la presión soviética, se hallaba sometido en primer lugar a una presión generada por él mismo. Las fuerzas armadas de la RP China ya no se ocupaban de la defensa del país, sino de la recuperación del control interno. Aquí es donde radica el motivo decisivo para revisar la política exterior aplicada hasta entonces y la causa determinante de la tercera decisión fundamental: la aproximación de Pekín a una nueva administración americana de Washington.

No está excluido que el giro chino hacia Occidente se impusiera como parte de una revisión de la política exterior perseguida originariamente por su arquitecto, el primer ministro Zhou Enlai. Un indicio de esto puede derivarse de la campaña de crítica a Confucio, iniciada contra Zhou Enlai a primeros de agosto de 1973 por la izquierda de la revolución cultural y transformada poco después por el primer ministro en una campaña de crítica contra el derrocado ministro de defensa Lin Biao. Un reproche cifrado de la campaña izquierdista consistía en afirmar que alguien estaba dispuesto a llegar al compromiso con la Unión Soviética y a capitular ante ella. Zhou Enlai recogió este reproche y lo lanzó póstumamente contra Lin Biao.

Resulta entonces comprensible la sospecha de que a finales de la década de 1960 se habían presentado en Pekín varias alternativas estratégicas a la estrategia del conflicto simultáneo defendida por Lin Biao, y que una de ellas consistía en la propuesta de des-

mantelamiento del conflicto simultáneo frente a las dos superpotencias.

En el X Congreso del PCCh de agosto de 1973, la izquierda de la revolución cultural reconoció abiertamente que en realidad simpatizaba con la estrategia de conflicto de Lin Biao. Pero de hecho había compartido hasta entonces la política de Zhou Enlai de aproximación a Occidente. Las razones estaban en la correlación de fuerzas internas. De todos modos, la izquierda intentaba que no se produjera una apertura de negociaciones con la Unión Soviética.

En la fase inicial de la orientación hacia Occidente Zhou Enlai tuvo dificultades similares para imponer sus ideas en materia de política exterior. El primer ministro hubo de vérselas aquí principalmente con la resistencia de Lin Biao, quien no se apeaba de la tesis de que los Estados Unidos y la Unión Soviética representaban peligros iguales para la RP China y, por consiguiente, Pekín debía tratarlos con la misma hostilidad. Cuando, finalmente, entre octubre de 1970 y abril de 1971, el primer ministro se impuso sobre Lin Biao hasta el punto de invitar a la capital china a un representante de los Estados Unidos para entablar negociaciones secretas, este hecho se tradujo en una concesión propagandística mínima. Los medios de comunicación chinos no hablaban ya de la lucha contra las dos superpotencias, sino de la lucha contra «una o dos superpotencias», es decir, de la posibilidad de la lucha sucesiva contra una u otra superpotencia, según su peligrosidad.

La pugna de Zhou Enlai por la vuelta de China al escenario diplomático y por la ampliación de las relaciones diplomáticas, es decir por la normalización de las relaciones de su país con el mundo exterior, se inició curiosamente con la aproximación al movimiento neutralista internacional, o mejor dicho a sus restos desorientados. La etapa más importante de este proceso estuvo representada por la reanudación de las relaciones interestatales entre la RP China y Yugoslavia en agosto de 1970.

Tres puntos de vista parecen haberle facilitado paralelamente al primer ministro la tarea de convencer a Mao Zedong para ponerse en contacto con la administración Nixon en enero de 1969.

1. La crisis de Checoslovaquia, que en realidad refutaba la sospecha de que Moscú también caería en un futuro próximo sobre los chinos advertidos de antemano. Para Pekín, el «problema de Praga» consistía en que durante los ocho primeros meses de 1968 había negado a la dirección soviética la energía suficiente para invadir Checoslovaquia y, por consiguiente, se había visto ideológicamente desarmado al demostrar la «pandilla de renegados revisionistas soviéticos» de Moscú su capacidad de acción.

2. El estallido de una crisis bélica, de la que fue responsable el grupo de Lin Biao, entre la Unión Soviética y la RP China, crisis que se inició a primeros de marzo de 1969 con un ataque por sorpresa de las tropas chinas a los soldados fronterizos soviéticos durante un enfrentamiento entre las patrullas de ambos lados en la isla de Chenpao, en el Usuri, y catorce días más tarde produjo represalias masivas por parte soviética y hasta finales de agosto originó movimientos en todas las secciones a lo largo de una frontera de más de 8 000 km.

3. La muerte, a primeros de septiembre de 1969, de Ho Chi Min, que había defendido una política equilibrada de Vietnam del Norte entre la URSS y la RP China. Tras el estrepitoso fracaso del Vietcong en la ofensiva del Tet en la primavera de 1968, observada con especial atención por Pekín, y la iniciación de negociaciones entre Hanoi y Washington, emprendidas en contra de su consejo, Pekín tenía ahora bien claro que la influencia de la Unión Soviética en Vietnam del Norte aumentaría considerablemente.

La crisis interna de Pakistán en 1971 vino a reforzar la convicción de Zhou Enlai de que se imponía con toda urgencia al menos una aproximación de China a Occidente. En esta crisis, que a primeros de diciembre de 1971 llevó a la guerra entre los Estados del subcontinente indio y a la independencia de Bengala oriental, la URSS no demostró ser en absoluto la potencia que, según la propaganda china, quería desmontar Pakistán, aunque a partir de junio se puso claramente del lado de la Unión India. La señora Gandhi no tenía las manos libres para solucionar definitivamente el problema de Cachemira, pero después de haber firmado el 9 de agosto con Moscú un primer tratado con carácter de alianza, disponía de respaldo suficiente para crear el Estado de Bangla Desh en contra de la vehemente protesta de China. Los dirigentes de Pekín interpretaron este proceso de Asia meridional como expresión del cerco sistemático del continente chino.

El 9 de julio de 1971, el consejero de seguridad del presidente norteamericano, Henry Kissinger, se trasladó secretamente desde Pakistán a la RP China para entablar negociaciones. El 15 de julio los gobiernos chino y americano publicaron la noticia de que el presidente Richard Nixon visitaría Pekín al año siguiente por invitación de Zhou Enlai.

Desde la perspectiva de Nueva Delhi, estos datos apuntaban evidentemente a una confabulación de Pakistán, la RP China y los Estados Unidos contra la India. Pero, en realidad, la Unión Soviética no había hecho sino beneficiarse de una acción diplomática secreta poco hábil. De todos modos, Pekín y Washington interpretaron el tratado soviético-indio y la guerra de Bangla Desh

como signos claros de que ambas partes tenían que discutir cuestiones de interés común en política mundial.

El presidente Nixon inició el 20 de febrero de 1972 un viaje a la RP China de una semana. Al final de su visita se firmó un comunicado en la ciudad portuaria de Shanghai. Este comunicado fue considerado por la dirección china como base de negociación en sus contactos con los Estados Unidos. La situación política exterior existente en 1972 indujo a ambas partes a dedicar una parte esencial del documento a reconocer a sus respectivos aliados. Se reconocía la existencia de desacuerdos en la cuestión de Vietnam, en lo referente a Corea y a la alianza entre Estados Unidos y Japón, no aceptada todavía por Pekín.

Los gobiernos hallaron una fórmula de compromiso en relación con el aliado chino de los Estados Unidos: Taiwan. Pekín rechazaba toda idea de que la provincia isleña se independizara de China. Los Estados Unidos reconocían que todos los chinos, a un lado y a otro del estrecho de Formosa, eran de la opinión de que no había más que «una China» y aseguraban que no deseaban poner en tela de juicio esta cuestión. Inmediatamente después de la firma del comunicado, Henry Kissinger explicó a los corresponsales americanos que todavía estaban en Shanghai que Washington mantendría intacta su alianza con el gobierno nacionalista chino.

El núcleo esencial de los acuerdos chino-americanos, tras las repetidas seguridades dadas posteriormente por Pekín, radicaba, en *primer lugar,* en el acuerdo escrito de que ambas partes deseaban renunciar a toda pretensión hegemónica en la zona del Pacífico asiático y, al mismo tiempo, se oponían decididamente a las aspiraciones hegemónicas de una tercera potencia o grupo de Estados; y *en segundo lugar,* en la promesa americana de enviar «de vez en cuando», en el futuro, un alto funcionario del gobierno a Pekín a fin de impulsar la normalización de las relaciones entre ambos Estados e intercambiar opiniones sobre política mundial.

La llamada cláusula antihegemónica, claramente formulada en el comunicado de Shanghai, se convirtió de una manera casi inadvertida en el principal medio de expresión de la diplomacia china a partir de la primavera de 1972. Cuando en el otoño del mismo año Tokio la aceptó con motivo de la normalización de las relaciones entre la RP China y Japón, apenas despertó atención especial. La fórmula no empezó a adquirir importancia hasta 1974, con la propaganda cada vez más intensiva de Pekín contra el «hegemonismo soviético».

Países tan distintos como Malasia, Filipinas y Tailandia tuvieron que renunciar a toda aspiración hegemónica y firmar una de-

claración de solidaridad contra el hegemonismo de una tercera potencia, en su intento de sumarse a la política de distensión de su aliado americano frente a Pekín. El intento de Pekín de volver a incluir la cláusula antihegemónica en un tratado de paz con Japón provocó la protesta de Moscú. Tras dudarlo mucho tiempo, Japón cedió a la exigencia china el 12 de agosto de 1978.

d) *El acuerdo del Pacífico: Aspectos y problemas*

Cuando en el verano de 1971 chinos y americanos dieron a conocer de modo sorprendente sus contactos diplomáticos secretos, fueron sobre todo los japoneses los que se sintieron preteridos. Sobre la base de sus estrechas relaciones económicas con Pekín desde 1958 y su posición predominante entre los aliados asiáticos de los Estados Unidos, Japón se concebía como el puente natural para el día en que China y los Estados Unidos estuvieran dispuestos a entablar negociaciones. Pero el acto de sorpresa de Japón y, naturalmente, también de Filipinas, Tailandia y Taiwan formaba parte de las intenciones de la administración Nixon, cuyo presidente fue el primer político americano después de John Foster Dulles que defendía de nuevo un concepto coherente de política occidental para Asia. Nixon quería poner en marcha un mecanismo de presión simultáneo y multilateral que llevara a los aliados y enemigos declarados de los Estados Unidos a adoptar nuevas actitudes en política exterior: a la URSS y a China, al convencimiento de que la comunicación a través de negociaciones era mucho más ventajosa que la confrontación militar; a Japón, al conocimiento de que había llegado a su fin la época de constante crecimiento económico dejando los costos militares a cargo de los Estados Unidos; a Tailandia y Filipinas, a la convicción de que la autodefensa económica y social ofrecía la mejor protección contra los movimientos de los rebeldes comunistas; a Taiwan, al abandono del sueño de una reconquista del continente chino.

Japón, muy afectado psicológicamente por no haber sido consultado por los americanos en la cuestión de China, se aseguró finalmente, al firmar el 12 de agosto de 1978 el tratado de paz con la RP China, una clara ventaja frente a los Estados Unidos, que hasta entonces no habían llegado al establecimiento de relaciones diplomáticas plenas con Pekín.

En marzo de 1973 se establecieron en Pekín y Washington oficinas de enlace que desde el otoño del mismo año cumplieron las funciones de embajadas. Pero el desarrollo de las relaciones chino-americanas se quedó estancado. Con la dimisión forzosa de Nixon en agosto de 1974 la política asiática de los Estados Unidos per-

dió su principal exponente. Washington no estaba dispuesto a hacer efectiva la cláusula antihegemónica, es decir, ni a detener con su presencia en la zona del Pacífico asiático el avance soviético, ni a suministrar armas y equipo modernos al ejército chino en el sentido de la división del trabajo.

El deseo chino de modernización, proclamado por primera vez en enero de 1975 y confirmado de nuevo en la primavera de 1978, suscitó en el mundo occidental de los negocios amplias especulaciones sobre las posibles ganancias que podrían obtenerse cuando la China continental reconociera las dimensiones de su atraso. A excepción de los Estados Unidos, todos los Estados industriales occidentales disponían desde finales de 1972 de contactos diplomáticos que allanaban el camino hacia el mercado chino.

El 15 de diciembre de 1978 se sumaron los Estados Unidos, ahora bajo la administración Carter. El presidente Carter dispuso la ruptura de relaciones diplomáticas entre Washington y Taibei, ordenó la retirada de todas las instalaciones militares de Taiwan en el curso de cuatro meses, denunció el tratado de defensa entre la China nacionalista y los Estados Unidos el 31 de diciembre de 1979 con arreglo a la cláusula de rescisión y estableció relaciones diplomáticas con la RP China en las condiciones dictadas por Pekín en agosto de 1977 con motivo del XI Congreso del PCCh.

La retirada incondicional de los americanos de Taiwan, la renuncia a la última prenda de posible presión sobre la RP China y el Estado chino isleño, que había alcanzado un bienestar considerable gracias a la masiva ayuda americana, a fin de imponer el reconocimiento de los derechos humanos para los chinos que vivían en Asia bajo gobiernos chinos, dejó paso a un acuerdo pacífico entre tres grandes potencias: China, Japón y los Estados Unidos.

Los sucesores de Mao Zedong, y en primer lugar el tenaz e inflexible viceprimer ministro Deng Xiaoping, alcanzaron el mayor éxito que jamás haya logrado ninguna dirección comunista en sus negociaciones con los Estados Unidos. No obstante, la alegría de la victoria se desvaneció en Pekín en la primera semana de enero de 1979, cuando las tropas vietnamitas invadieron Camboya y sustituyeron el régimen sangriento de Pol Pot, que vivía gracias al pleno apoyo chino, por otro régimen, probablemente igual de inhumano, protegido ahora de Moscú.

El 17 de febrero de 1979 la RP China desencadenó una ofensiva contra Vietnam, con el objetivo manifiesto de dar una buena lección a Hanoi. La lección de esta empresa, que terminó el 5 de

marzo, consistió sencillamente en que la RP China no pudo modificar nada en el hecho consumado de Vietnam en Camboya.

¿Qué cambios ha producido en las relaciones internacionales la tercera decisión fundamental tomada por la RP China en política exterior desde 1958? Esta es una cuestión a la que no se puede responder aún de forma definitiva. De todos modos, es evidente que la aproximación de China a Occidente no ha tenido ningún efecto de contención en la política soviética. Por el contrario: la retirada americana de Taiwan parece haber convencido a la dirección soviética de la necesidad de exigir a Occidente, en aras de la posición de la URSS en la política mundial, un precio más alto por la distensión soviética. En todo caso, la RP China se ha convertido en un factor de poder en la política mundial, y los acontecimientos entre Pekín y Washington repercuten inmediatamente en la relación entre Occidente y la Unión Soviética.

También se ven afectadas directamente, aunque no siempre de forma favorable, otras relaciones políticas de Occidente, por su vinculación con el nuevo factor en la política mundial. Cierto es que esta vinculación responde a la lógica de la situación mundial actual. Los dirigentes de la RP China creen en la fuerza integradora del movimiento de Europa occidental y en la rentabilidad de las alianzas occidentales. En muchas cuestiones, las apreciaciones de la dirección china son casi idénticas a los análisis de los gobiernos occidentales. Pero en Asia, la aproximación china a las potencias occidentales crea también dificultades a Occidente. En la cuestión de Camboya, que China está decidida a solucionar hasta la última gota de sangre del último camboyano, se evidencia con especial claridad la problemática del acuerdo pacífico entre China, Japón y los Estados Unidos. El ejemplo pone de manifiesto que la colaboración de Occidente con la RP China impide o al menos obstaculiza necesariamente la colaboración de Occidente con otros Estados asiáticos. A los ojos de estos Estados, la RP China es y sigue siendo una potencia hegemónica en Asia.

6. Africa: Movimientos de liberación e intentos de imposición del dominio blanco*

I. DE LA LEGITIMIDAD DE LOS MOVIMIENTOS DE LIBERACION

Desde mediados de la década de 1960, el derecho a representar legítimamente a un pueblo como *movimiento de liberación* en los círculos de los Estados nacionales del siglo XX es reclamado sobre todo por hombres en uniforme de combate. Y si, como Yasir Arafat en 1974, con ocasión de su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, tienden en una mano el ramo de olivo de la paz, con la otra empuñan la metralleta del guerrillero o sostienen la bomba de relojería del anónimo autor de un atentado. Esta presentación hace que poderosas fuerzas políticas, sobre todo en las sociedades que se ven amenazadas por semejantes movimientos (Israel, la Sudáfrica blanca), equiparen sin más a estos liberadores con simples terroristas. ¿Se trata de delincuentes internacionales que deben ir a parar a las mazmorras (o al patíbulo, según la práctica en la República de Sudáfrica) y que en modo alguno pueden ser admitidos en la mesa de conferencias de la política internacional? Quien de otro modo opina y hace pública su opinión o, como político, actúa de acuerdo con ella y «reconoce» a un movimiento de liberación como los indicados, suele verse expuesto al reproche de que se está dejando llevar por el ambiente de los simpatizantes y que está a un paso de convertirse en colaborador y hasta en cómplice del terrorismo. Ensslin, Baader, Meinhof son las palabras alemanas que en seguida suscitan este tipo de reacción; para los británicos aparece de inmediato la imagen sangrienta del IRA; el régimen de la minoría blanca de Rhodesia difundía en tiempos folletos con fotos de crueldades donde aparecían africanos mutilados por minas terroristas, material gráfico que ya pusiera Francia en circulación veinte años antes, durante la guerra de Argelia.

De vez en cuando se produce una mágica transformación. El sanguinario jefe terrorista se convierte de golpe en Excelencia, por el hecho de haber entrado en una cancillería de Estado y haberse sentado en el sillón de primer ministro, y en sus visitas oficiales

* La presente contribución está dedicada a Georg Kotowski en su 60 aniversario.

también París, Londres y Bonn extienden a sus pies la alfombra roja. Antes «estaba a sueldo de Moscú»; ahora se le atribuirán cualidades tales como «moderación», inteligencia y amplitud de miras, siempre y cuando en la coreografía de la política mundial no pase de una determinada línea y haga que su delegación ante la ONU vote en consecuencia. Semejante metamorfosis pudo observarse a principios de 1980 en el caso de Robert Mugabe, de Zimbabwe, y naturalmente pudo observarse ya mucho antes en el de los dirigentes del Frente de Liberación Nacional de Argelia, en el de los negros vencedores sobre Portugal y sobre todo en el de Jomo Kenyatta, que hasta aproximadamente 1960 fue, en expresión de un gobernador británico, «un hombre que conducía a la oscuridad y a la muerte» y desde 1963 hasta su muerte pasó a ser el gran garante de la paz, el bienestar, el progreso y la amistad de su país, Kenia, con el mundo libre.

¿Quién o qué produce esta magia? ¿Son tan sólo las tradicionales y algo cínicas normas del derecho internacional, según las cuales la soberanía del Estado es la piedra angular de la política internacional? Quienquiera que dentro de un determinado marco territorial ejerza violencia sobre suficiente número de seres humanos como para hacer que se les dé el reconocimiento de «pueblo de un Estado» ¿puede por ese solo hecho reclamar el privilegio del monopolio de la violencia y el honor de ser tratado como *par inter pares* por el presidente de los Estados Unidos de América y por el primer secretario del Partido Comunista de la Unión Soviética? ¿Se le otorga esta dignidad con independencia del modo en que haya conquistado el poder, del modo en que haya sometido y mantenga bajo su poder al pueblo?

Todas éstas son preguntas de un europeo dirigidas a los movimientos y a los líderes que han decidido el destino de muchos países de Africa en los últimos decenios. Las preguntas que plantean los africanos suelen ser otras. Para ellos el uniforme de combate y la metralleta no constituyen de antemano símbolos de terror, sino distintivos honoríficos. El que los porta da a entender que defiende enérgicamente un futuro mejor para su pueblo, que es un luchador por la libertad, que trabaja activamente en el gran movimiento progresivo de los pueblos y que por tanto debe ser considerado *legítimo representante de las auténticas aspiraciones de su pueblo*. Con tal fórmula conceden las Naciones Unidas desde 1971 el estatuto de observadores a los movimientos de liberación africanos. La pregunta africana es la de si *únicamente* la lucha armada contra el colonialismo, el racismo y el imperialismo fundamentan el honor de denominarse movimiento de liberación o si también otras fuerzas políticas entran dentro de este concepto. Sobre todo aquellas fuerzas que, hoy como ayer, se

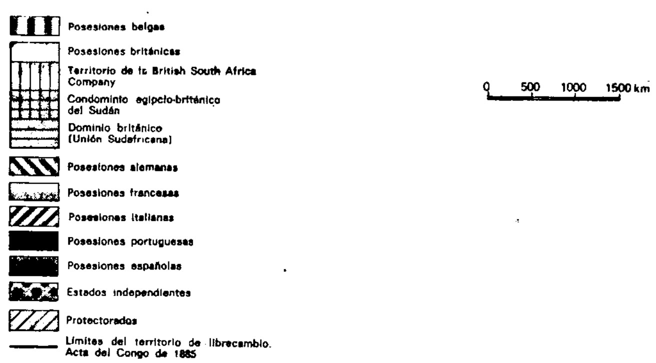
sientan a negociar con los colonialistas, racistas e imperialistas; que animan a su pueblo por principio a la acción *no violenta,* a emitir, por ejemplo, su voto en la libre competencia en la que intervienen también otros movimientos, para asegurar la paz, el progreso y el bienestar, y naturalmente también para alcanzar la más alta consagración de la política internacional: el reconocimiento de ostentar el poder en un Estado soberano.

A lo cual vienen a añadirse otras preguntas más. Desde 1963 se plantean los políticos africanos el problema de si también habría que llamar liberadores a los portadores de armas que no luchan contra los blancos, sino contra los gobernantes negros o árabes de determinados países africanos. Y otro tanto cabría decir con respecto a los movimientos de oposición que actúan pacíficamente. La Organización de la Unidad Africana, OUA, ha intentado durante más de diez años —desde su fundación en 1963 hasta 1976— mantener el principio de que no sean considerados tales. Ha reservado el título honorífico de movimiento de liberación para los africanos que luchaban contra Portugal, la Unión Sudafricana y los blancos de Rhodesia, o en todo caso contra las últimas colonias francesas (como Djibuti). Para las restantes partes de Africa, es decir, para los Estados miembros de la OUA, se han proclamado los ultraconservadores principios del derecho internacional con tanta solemnidad como si acabaran de ser descubiertos: inviolabilidad de las fronteras, condena de la agresión y de toda intromisión en los asuntos internos del sacrosanto Estado soberano.

Ateniéndose a estos principios, la OUA ha condenado a los guerrilleros del sur de Sudán, a Tshombe de Katanga y a Ojukwu de Biafra, o los ha ignorado lo mismo que a los rebeldes marxistas o islámicos de Eritrea o a los del Chad y el Congo, o a los políticos exiliados de la Uganda de Idi Amin o de la Guinea de Sekou Touré. De ninguno de ellos ha tomado conocimiento la OUA como potenciales libertadores de sus pueblos. El primer quebrantamiento de este principio se produjo al ampliar Marruecos su fronteras a costa del Sáhara Occidental gracias a un tratado firmado con la potencia colonial española en el último minuto antes de la retirada de ésta (14-11-1975), siguiendo una tradición que estuvo a la orden del día entre las potencias coloniales a partir de 1884 y que se había aplicado por última vez en 1919 al repartirse los territorios bajo protectorado alemán. Tierras y pobladores africanos se trataban como objetos compensatorios en el toma y daca de las negociaciones y arreglos entre colonizadores y así han surgido casi todas las fronteras de los actuales Estados miembros de la OUA. Es comprensible que el rey de Marruecos esperase todavía en 1975 conseguir con semejante estratagema una soberanía inviolable sobre el territorio. Pero el movimiento de liberación

POLISARIO, que pidió la palabra con las armas en la mano en nombre de un pueblo sahariano de su creación, entendía de muy distinto modo este principio de la OUA. El POLISARIO reivindicó un poder estatal propio para el territorio que hasta aquella fecha había sido español. Y la reivindicación fue aceptada en 1980 exactamente por la mitad de los miembros de la OUA: 25 países encabezados por Argelia, que votaron por la admisión en la OUA de la República Arabe Saharaui proclamada por el Frente POLISARIO.

Si se dejan a un lado los afanes de la OUA, se entenderá por movimiento de liberación toda organización política que se presente como representante de grupos de la población africana con un programa de considerables cambios sociales. Por regla general tales organizaciones reivindican el carácter de *pueblo* para aquellos grupos humanos en cuyo nombre hablan y, en consecuencia, el derecho de este pueblo a la autodeterminación, es decir, a constituirse en Estado propio. No tiene nada de extraordinario que el movimiento de liberación se vea a sí mismo como poseedor del poder en ese Estado y que se comporte como tal con respecto a la parte de la población a la que afectan sus pretensiones. Todas las organizaciones de este tipo deben ser consideradas como movimientos de liberación, tanto si su lucha se desarrolla con las armas o con la palabra, tanto si negocian con los que tienen en sus manos el poder estatal —a los que combaten— como si no, tanto si su programa y su estructura interna presentan una apariencia libre como si tienen un carácter tiránico. Así pues, en el presente estudio entenderemos por movimiento de liberación todo «poder estatal en situación de espera». Contemplando retrospectivamente el proceso de descolonización, comprenderá tanto el *Rassemblement Démocratique Africain* (RDA) del Africa Occidental Francesa entre 1946 y 1960 como el Frente de Liberación Nacional (FLN) argelino, tanto el movimiento político de Kenia, incluido el llamado Mau-Mau, como la pacífica TANU (Unión Nacional Africana) de Julius Nyerere en Tanganica; en el Congo Belga el Movimiento Nacional de Lumumba (MNC) y la Confederación de Tribus de Katanga (CONAKAT). Aun cuando la política de compromiso del obispo Muzorewa quedó descartada en las elecciones democráticas de 1980 en Rhodesia en favor de la lucha guerrillera del ZANU de Mugabe, también Muzorewa merece mención como exponente de una política de liberación fracasada. Mirando hacia el futuro —y esto es aplicable sobre todo a la República Sudafricana—, tenemos que incluir a los políticos exiliados del Congreso Nacional Africano (ANC) junto con los comunistas blancos que actúan con ellos, así como a sus rivales del Congreso Panafricano (PAC) y a los hombres y mujeres de la Conciencia Negra (*Black Consciousness*) al



Mapa 12. *El pasado colonial: Africa al comienzo de la primera guerra mundial.*

tan odiado por ellos Gatsha Buthelezi, renovador de la Organización *Inkatha* (aunque no únicamente) de su pueblo zulú, como portavoces en principio igualmente autorizados de los movimientos de liberación.

Tras esta clarificación del polémico concepto central del título, vamos a delimitar brevemente lo que entendemos por «dominio blanco». Tampoco en este caso nos interesan tanto las distinciones jurídicas como su fundamento social. El concepto de «blancos» designa a los europeos occidentales que colonizaron Africa a finales del siglo XIX, pero no a los árabes norteafricanos, a los egipcios o a los tuaregs, aun cuando todos ellos, a sus propios ojos, y en muchos sentidos también a los ojos de sus vecinos, pertenezcan a esa rama de la humanidad que se autodenomina blanca. Los europeos occidentales han ejercido así pues «dominio blanco» sobre Africa, sin que tenga decisiva importancia el que la dominación se haya producido de manera directa o indirecta, es decir por intermedio de gobernantes africanos o mediante la anexión oficial a la metrópoli, como en el caso de Argelia o del «Portugal ultramarino», o bien bajo estatuto colonial. Lo que importa es el ejercicio del dominio por parte de Europa (el «colonialismo externo»), que hay que distinguir de la dominación de los colonos europeos cuyo centro de poder reside en el propio suelo africano: el «colonialismo interno» de la República de Sudáfrica, el que se practicó en Rhodesia entre 1923 y 1980 y el que en cambio no pudieron ejercer los «blancos» en Argelia, Kenia ni Angola.

Ciertamente también en otros países africanos, y no sólo en la República de Sudáfrica, determinados grupos étnicos dominan a otros, y a veces se trata de minorías: aquí y allá (en Etiopía, en Mauritania, en Sudán hasta 1972) quizá se pueda incluso distinguir a dominantes de dominados por el color de la piel. Pero en ninguno de estos países se trata de un sistema de dominación de acuerdo con el modelo de la colonización europea occidental de los siglos XIX y XX. Ese tipo de dominación sólo se da hoy en día en Sudáfrica. Por ello, ni Etiopía (ya se trate del régimen imperial o de la dictadura militar que le ha sucedido) ni Sudán, ni Mauritania, ni ningún otro Estado miembro de la OUA, puede ser designado en su actual configuración como sistema político *colonial.* Esto justifica la antinomia que se establece en Africa entre «dominio blanco» y movimientos de liberación.

Queda también por dilucidar si no se sigue ejerciendo una dominación blanca externa (cuya designación en el vocabulario es la de *neocolonialismo)* por parte de Europa occidental (preponderantemente) pese a todos los movimientos de liberación. En tal caso, las metralletas de los guerrilleros se habrían mostrado tan impotentes ante el «dominio blanco» como el talento organizativo

y la habilidad negociadora de los Houphouet-Boigny, Nyerere o Burguiba, que obtuvieron su «liberación» sin recurrir a la violencia. En tal caso no sólo se habría intentado imponer la dominación blanca, sino que se habría conseguido. Y por ejemplo, los dos convenios de Lomé, qu firmaron en 1975 y 1979 prácticamente todos los países africanos al sur del Sáhara con la Comunidad Europea, no serían en tal caso modelos de un nuevo y mejor orden internacional (y no meramente económico) para el futuro, de un orden basado en el espíritu de la igualdad y la paridad, sino documentos que simularían tales cosas cuando lo que en realidad se estaría produciendo sería el comienzo de un nuevo ciclo en el «desarrollo del subdesarrollo» a escala mundial y bajo el continuado predominio de la Europa blanca con inclusión de Norteamérica.

En efecto, muchas de las cosas que están pasando en Africa despiertan esa sensación de *déjà vu,* de fenómenos que parecen haberse producido ya otra vez. La disposición reinante hacia 1960 entre las potencias coloniales a arriar sus banderas en suelo africano e ir «empujando a la independencia» a los pueblos colonizados bajo pomposos gestos civilizadores recuerda a la erección de una serie de fuertes costeros europeos en toda el Africa occidental a mediados del siglo XIX y trae a la memoria la famosa frase de Disraeli: «Esas desdichadas colonias serán independientes dentro de unos años y son una piedra de molino que llevamos colgada al cuello»[1]. Fue en esencia lo mismo que vino a decir Raymond Cartier cien años después en la revista *Paris-Match:* las colonias son demasiado caras, ¡salgamos de Africa! Hacia 1850 Europa esperaba que, tras la abolición del comercio de esclavos y de la esclavitud, el librecambio traería la prosperidad a Africa y al resto del mundo. Hoy son muy pocos los que esperan tal prosperidad de una liberalización del comercio mundial lo más amplia posible; la mayoría la esperan antes de un nuevo orden económico mundial bien dirigido. Pero casi todos siguen unidos en la creencia de que con el crecimiento económico la humanidad solucionará sus problemas políticos.

Para 1885 ya se habían desvanecido las ilusiones librecambistas por lo menos en lo que respecta a la cuestión africana. Los comerciantes blancos llamaron a soldados blancos para imponer el orden y a funcionarios blancos para reclutar trabajadores y construir con ellos ferrocarriles. Hoy no es sólo que los paracaidistas de una potencia modesta como Francia derroquen al emperador de Centroáfrica e impongan un nuevo presidente (ante la indiferencia general, incluso la de la OUA) y que los soldados cubanos estabilicen la situación en otros sitios. La influencia social, y por tanto política, de los «consejeros» y ejecutivos blancos —influen-

cia que en no menor medida se produce en la dirección sólo superficialmente africanizada de las Iglesias cristianas— parece crecer en Africa de una manera generalizada, incluso allí donde no intervienen soldados extranjeros que atraigan la atención de las cámaras de televisión.

¿Se va a producir una recolonización de Africa de aquí a finales de siglo? No es una posibilidad que pueda desecharse. Pero también cabe establecer de otra manera la comparación histórica. El comercio de esclavos y la esclavitud, que fueron el azote de Africa desde el siglo XVI hasta mediados del XIX, han sido efectivamente abolidos. En 1807, 1834 y 1848 se produjo para los africanos una verdadera liberación. Y sería falso firmar que al campesino ghanés se le roba hoy en día el fruto de su trabajo por el hecho de que el mercado mundial ofrezca unos precios bajos para el cacao, en la misma medida en que se hacía antes cuando se le vendía con mujer e hijos para mandarle a América y dedicarle allí a plantar caña de azúcar. El economista europeo destaca el paralelismo existente. El campesino de Ghana reparará antes en la diferencia.

Es posible que se den ciclos en la relación histórica entre Africa y Europa. Pero con toda seguridad se dan también progresos. Cabe argumentar que lo que pasa es que se reproduce la vieja explotación «a un nuevo nivel». Pero aun así, vale la pena luchar por alcanzar cada vez nuevos niveles. Ningún movimiento de liberación africano proporcionará la libertad sin más a un solo pueblo de este continente. Tampoco es ello posible en ningún otro sitio, a juzgar por todas las experiencias de la historia humana. Se pueden conquistar libertades modestas, incompletas y desigualmente repartidas, y en el pasado africano se han dado precisamente estas conquistas. La independencia política y el traspaso del poder a los nativos son una pequeña parte de esas libertades no plenas y en verdad desigualmente distribuidas. Tal ha sido y tal es el objetivo de los movimientos de liberación en el Africa moderna. Y ello les da el derecho a llamarse así.

II. CRONOLOGIA DEL PROCESO DE DESCOLONIZACION

La investigación histórica viene estudiando desde la década de 1950 las raíces de los actuales movimientos de liberación africanos. Ha despertado especial interés la tesis de que existe una continuidad entre la resistencia africana a la conquista colonial durante el siglo pasado y la moderna política de liberación. Las armas etíopes vencieron en 1896 a un ejército italiano en Adua, preservando así hasta 1935 la independencia de este imperio del

Africa oriental. Aun cuando ningún otro Estado africano pueda jactarse de una hazaña semejante, esta tradición fue importante precisamente para los movimientos armados de la década de 1960. Incluso el guineano Sekou Touré, que no tuvo que dirigir ninguna guerrilla para alcanzar el poder, gusta de referirse a su descendencia de Samori, cuyo Estado militar en el interior del Africa occidental sólo pudieron quebrar los franceses tras prolongada guerra. Las investigaciones arrojan nueva luz especialmente sobre aquellas acciones de los pueblos africanos que reavivaron la resistencia después de la anexión colonial y del establecimiento inicial del dominio blanco. Si anteriormente (en Europa) se consideró que estas revueltas constituían una última erupción de barbarie, hoy aparecen como eslabones especialmente dignos de estudio entre las originarias luchas defensivas y los modernos movimientos de liberación. ¿Se han combinado aquí viejas y nuevas fuerzas sociales? ¿Han demostrado los pueblos africanos con sus rebeliones que, junto a la organización transmitida (sobre todo del reclutamiento militar) han sabido desarrollar nuevas ideas y modelos? ¿No echaban precisamente por tierra las revueltas el mito del estancamiento, de la incapacidad africana de aprender? ¿Rebasaron, por ejemplo, los pueblos del sur del Africa Oriental Alemana, con el levantamiento de los mayi-mayi de 1905, los límites entre las tribus y superaron sus contradicciones tribales? ¿Rompieron los zulúes en los disturbios de 1906, cuya responsabilidad atribuyeron falsamente los dominadores blancos de Sudáfrica de modo exclusivo a un tal Bambata, el rígido esquema de la monarquía introducido por Chaca en favor de un movimiento de protesta casi democrático? ¿No quería el movimiento de resistencia a Italia que se produjo en la Cirenaica después de la primera guerra mundial otra cosa que restablecer la soberanía *sanusiyya*? Y en Etiopía ¿la resistencia a Italia buscaba tan sólo la vuelta del emperador Haile Selassie? ¿Qué es lo que ocurrió realmente en Kenia tras la segunda guerra mundial bajo la clave del *Mau-Mau* inventada por las autoridades coloniales? ¿Se trataba de una vuelta a formas tradicionales de violencia preexistentes entre los kikuyu, o de una lucha anticolonial sin dirección de intelectuales formados (o deformados) en Occidente?

Todavía no disponemos de respuestas concluyentes que nos permitan afirmar en qué medida, en el conjunto de las tierras africanas, viejas y nuevas fuerzas se han mezclado en los movimientos de resistencia de la era colonial. Conviene, en primer lugar, establecer una diferencia entre aquellos movimientos en los que puede reconocerse la existencia en una colonia de un moderno «poder estatal en la sombra» (como los modernos movimientos de liberación «nacional») y aquellos otros, por regla general más antiguos

cronológicamente, en los que no es tan fácil identificar el elemento nuclear de lo nuevo. Puede que la diferencia resida también en la falta de exactitud del instrumental de observación.

Mucha menos energía ha empleado hasta ahora la investigación histórica que se ocupa de Africa en estudiar a los predecesores de los movimientos de liberación que no ofrecieron resistencia ni organizaron rebeliones sino que supieron adaptarse a la dominación blanca y esperaron y exigieron de ella, consiguiéndolo en parte, mejoras de la calidad de vida no sólo para una nueva élite ilustrada, sino también, muchas veces, para las masas campesinas. Estos colaboradores del sistema colonial no tienen en la actualidad buena prensa. Pero la situación podría cambiar si los participantes africanos en acciones de protesta se aferran al «slogan» de que con el dominio colonial vivían (al parecer) mejor. Ya en 1966 lo utilizaron los estudiantes de Dar Es Salaam en sus pintadas negándose a hacer dos años de servicio militar por un sueldo miserable, con lo que a buen seguro despertarían las iras del presidente Nyerere. Pero este tipo de manifestaciones no ha desaparecido totalmente en Africa, y en consecuencia los «colaboracionistas» de antaño, los franceses y los anglosajones negros (que los hubo y no fueron raros) de la Iglesia, la administración y la vida mercantil de la era colonial merecen también historiadores que los miren con simpatía. Cuando menos habría que considerarlos predecesores de los modernos movimientos de liberación que se han desarrollado sin violencia y que el día de la independencia firmaron acuerdos de cooperación con la potencia colonial correspondiente.

No nos detendremos aquí en las formas de resistencia más antiguas. Antes bien haremos hincapié en el anticolonialismo «moderno», cuyos dirigentes asumieron el poder en los «nuevos» Estados africanos hacia 1960. Si hacemos abstracción del norte, ocupado por pueblos de lengua y cultura árabes, y de la Sudáfrica negra, esta política de liberación no empezó hasta después de la segunda guerra mundial. Puede articularse en cinco etapas, ofreciendo una cronología que bosquejaremos en sus rasgos más generales antes de que nuestra exposición se detenga en algunas de las características estructurales de la política de liberación africana. En los cuadros que se acompañan se incluyen a título indicativo determinados detalles.

La primera etapa surge bajo el impulso del viraje geohistórico de 1945, de la derrota militar del régimen de terror del nacionalsocialismo alemán, que en la extremada arrogancia racista que le caracterizaba llegó hasta el aniquilamiento de aquellos a quienes consideraba seres humanos inferiores e intentó erigir un nuevo imperio colonial alemán en la Europa oriental. Los aliados vence-

dores contrapusieron a estos sueños, o más bien a estas pesadillas, las ideas de la democracia y del derecho a la autodeterminación, sin limitarlas esta vez a Europa, como hicieran anteriormente, al final de la primera guerra mundial. Así al menos entendieron los intelectuales africanos la Carta Atlántica y la Carta de las Naciones Unidas. Los movimientos de liberación iniciaron su avance, sobre todo, en tres regiones africanas: en primer lugar, en el norte francés, a donde las tropas norteamericanas y británicas llevaron consigo, desde 1942, diplomáticos que no consideraban legítimos representantes de la mayoría musulmana únicamente a los funcionarios coloniales franceses que, por lo demás, estaban en desacuerdo entre ellos; en segundo lugar, en Sudáfrica, donde la minoría blanca dominante no se había lanzado unánimemente, ni mucho menos, a la cruzada antifascista (un cierto Balthasar Johannes Vorster fue internado preventivamente entre 1942 y 1944 por su actitud pronazi) y donde una población urbana negra, «modernizada» cuando menos desde hacía una generación, esperaba que con los frutos de la victoria madurarían también los frutos de la igualdad de derechos; en tercer lugar, por último, en el Africa Occidental británica (o, mejor dicho, en su nombre), región de la que habían salido muchos estudiantes para Inglaterra y Norteamérica para allí, junto a los intelectuales de la diáspora afroamericana retomar los viejos lemas del panafricanismo.

En Marruecos, el sultán Mohamed V se vio en seguida, a pesar de las amistosas palabras de los norteamericanos, reducido de nuevo a la condición de protegido de la República francesa, y en Argelia los autores de un *manifiesto* tímidamente nacionalista pudieron comprobar que Francia seguía considerándose indivisible y que estaba dispuesta a ofrecer a sus súbditos islámicos, como mucho, sus propios derechos civiles pero nada de independencia. También en Sudáfrica se bloqueó a partir de 1945 el impulso de liberación negra tan enérgicamente como todos los anteriores movimientos de protesta políticos y sindicales. La victoria electoral del Partido Nacional anunció la poderosa ofensiva del pueblo africano blanco bajo el lema del *apartheid:* expulsión del Parlamento incluso de los representantes indirectos del pueblo negro, exclusión del censo electoral de todos los ciudadanos no blancos y prohibición de vivir en las zonas residenciales exclusivas de los «señores» blancos. El *African National Congress* (ANC) desencadenó en 1952 una acción de masas no violenta, al estilo de Gandhi, la *defiance campaign* (campaña de desafío), que consistía en no respetar conscientemente las leyes racistas que se consideraban injustas. Pero el poder blanco no tuvo el menor escrúpulo en detener y castigar masivamente a los «provocadores». Sólo del tercer foco del despertar africano en la hora cero del año 1945 surge una

vía directa a un éxito político tangible: el V Congreso Panafricano, que se reunió en 1945 en Manchester y exigió en sus resoluciones la independencia del Africa occidental, popularizó la figura de Kwame Nkrumah. En 1947 retornó a su país, Costa de Oro, como director de un partido de notables y en 1949 creó, con el *Convention People's Party* (CPP), el modelo de un movimiento de liberación africano moderno que actuaba sin violencia. Tras su primera victoria electoral en 1951 ocupó el sillón de jefe del gobierno. En 1957 la autonomía del país, que pasó a llamarse Ghana, se convirtió sin roces en soberanía internacional.

El segundo período es testigo de dos procesos que se desarrollan paralelamente en el tiempo: el contagio del modelo de Ghana, que se extiende a las restantes posesiones británicas, comenzando por las del Africa occidental, proceso que se inscribe en la transformación mundial de la vieja Commonwealth «británica» (familia a la que pertenecían tanto los francocanadienses como los africanos blancos de Sudáfrica) en un grupo de Estados multirracial. El segundo de estos procesos está caracterizado por la política reformista de la IV República francesa en la región africana al sur del Sáhara. Ya en 1946, París integró a las colonias allí existentes en la República, dando el nombre de ciudadanos a todos sus habitantes. A mediados de la década de 1950 esta política de integración experimentó un rápido aceleramiento, a fin de evitar la propagación de la guerra de Argelia el Africa tropical, al tiempo que se establecía un contrapunto con la concesión de la independencia a Tunicia y Marruecos. La oferta de integración fue tomada hasta cierto punto en serio por Francia, o al menos fue tomada en serio por los políticos africanos. Estos ocuparon sus escaños en el parlamento de París en pacífica cooperación con los dirigentes de los partidos y los funcionarios ministeriales franceses, para impulsar por esa vía la libertad de sus pueblos. Simultáneamente, africanos anglófonos se sentaban junto a los británicos en las mesas de conferencia de Londres para allanar la vía hacia el *self-government.*

La integración en la República francesa y la independencia del Imperio británico se contradicen sólo en apariencia si se contemplan desde el punto de vista de Africa. Desde esta perspectiva aparecen como rutas distintas en la marcha hacia el objetivo común de la liberación política. Pero en 1958 Francia cambió súbitamente de constitución política. De Gaulle asumió el poder y renunció a la idea de la integración que establecieran sus predecesores. Los africanos le siguieron en este cambio de táctica y se inclinaron sin solución de continuidad por la línea de sus vecinos anglófonos. Ello fue posible gracias a que los métodos de la lucha anticolonial siempre se habían asemejado: en cada colonia se requería capacidad de movilización y habilidad negociadora y dis-

posición al compromiso frente a la potencia colonial. El paso a la independencia pudo darse porque por aquel entonces los centros de Londres y París estaban gobernados por políticos que concluían compromisos, que tomaban en serio a sus conegociadores africanos y que finalmente plegaron sus banderas imperiales en el Africa central y occidental sin perceptible conmoción. Bélgica intentó subirse al tren en marcha en el último minuto (1960). Y lo consiguió, aunque a costa de trastornos que infligieron a los africanos del Congo (Zaire) daños mucho más graves que a los propios belgas.

¿Por qué se mostraron Londres, París y por último Bruselas dispuestos al compromiso con respecto a los africanos? Resulta difícil dar una respuesta unívoca. Los artículos de prensa de Raymond Cartier del año 1956, ya mencionados, delatan un hartazgo colonial cuyos inicios podían detectarse también en Inglaterra. La administración de las colonias resultaba cada vez más cara, sobre todo si se intentaba en serio crear una posición dominante en Africa para el modo de producción capitalista. Sin embargo, no hay pruebas documentales que demuestren que los políticos franceses y británicos utilizaran conscientemente la retirada colonial como un relevo de la guardia para sustituir a los funcionarios estatales por los directores de las multinacionales. Seguramente creían que los intereses económicos de sus propios países estaban en buenas manos al quedar bajo la custodia de las empresas establecidas en Africa y de los dirigentes moderados de los nuevos Estados. ¿Hubo presiones por parte de los poderosos aliados norteamericanos (como las había habido en los Países Bajos con respecto a su retirada de Indonesia)? Si las hubo no se han podido demostrar, salvo en el caso de la guerra de Argelia, que hizo que el hasta entonces desconocido senador de los Estados Unidos John F. Kennedy tomara ya en 1957 una postura antifrancesa. Por último, las derrotas militares y políticas de Gran Bretaña y Francia en otros focos conflictivos del Tercer Mundo —Dien Bien Phu en 1954 y Suez en 1956— marcaron la pauta. Estas derrotas destruyeron el nimbo de gran potencia de estas dos potencias coloniales europeas, y con ello es posible que desapareciera también la voluntad mayoritaria en la opinión pública de los respectivos países de seguir aferrados al imperio colonial. En 1960, año en que culminó esta segunda etapa, todavía no estaba echada la suerte futura del continente africano. Para la región oriental y meridional Inglaterra abrigaba todavía proyectos de asociación con igualdad de derechos para las distintas razas, lo que en realidad significaba el mantenimiento permanente de los privilegios, tanto económicos como políticos, de las minorías de colonos blancos. El triunfo del KANU en las elecciones de Kenia de mayo de 1963 dio

la vuelta a estos planes. A partir de ahí se decidió la incorporación de todo el Africa oriental, hasta el Zambeze, a la dinámica descolonizadora de la segunda fase. La Federación Centroafricana, con sus grandes posibilidades económicas potenciales, se desmoronó. La parte meridional, Rhodesia, se alineó frontalmente contra la política de liberación africana adoptando el modelo de Sudáfrica.

Si se quiere estimar que esta delimitación clara de los frentes en lo que quedaba del Africa británica en 1963-1965, constituye la tercera etapa, puede pasarse ya a la cuarta fase, mucho más importante, que se produce entre 1965 y 1974 y se caracteriza por la larga, amarga y cruenta marcha de los guerrilleros africanos contra la dominación portuguesa en Angola, Mozambique y Guinea-Bissau. Ya no dominan la escena las elecciones y las conferencias diplomáticas; ahora impera la guerra. Para una nueva generación de africanos, y sobre todo, una vez más, para la joven élite ilustrada, los gobiernos de la OUA ya establecidos se vuelven sospechosos en cuanto a su pretensión de dirigir los movimientos liberadores, por más que (Julius Nyerere es quizá el que pone mayor énfasis en esto) se esfuercen por inculcar a sus pueblos que la lucha por una vida mejor no ha hecho más que empezar con la independencia estatal. En su lugar, la política liberadora para Africa viene a equipararse (y no sólo en Africa) con lucha armada. Lo cual suscita la cuestión de quién apoya desde fuera esta lucha y dónde se encuentran los verdaderos amigos internacionales de Africa. Durante años los especialistas se limitaron a señalar que la Unión Soviética suministraba a los movimientos de liberación africanos, prácticamente en solitario (a lo sumo con la competencia de la República Popular China), lo que éstos querían dada la existencia del frente duro constituido por Portugal, Rhodesia y Sudáfrica, a saber armas y técnicas para servirse eficazmente de ellas.

Los gobiernos occidentales, incluidos París y Londres, que deberían haber conocido mejor Africa, no quisieron percatarse de este cambio y se dispusieron a celebrar conferencias constitucionales según el modelo de la segunda fase. De hecho llegó a celebrarse una de estas conferencias con palabras corteses y compromisos aparentes en 1979-80 para ocuparse de Rhodesia. Pero su resultado, sellado con inequívocas elecciones democráticas, fue idéntico al alcanzado turbulentamente con el desmoronamiento portugués de 1974. El poder en los Estados liberados fue asumido por quienes demostraron ser los que mejor sabían manejar las armas o (como en Angola) los que antes podían llamar a amigos poderosos que acudían en su ayuda con tanques. La política de liberación africana adquiría así una nueva dimensión. Lo decisivo no es que, desde 1975, la Unión Soviética pusiera el pie en An-

gola, Etiopía y también en Mozambique. Lo decisivo es que el poder estatal africano se haya fundamentado en la lucha armada victoriosa contra la dominación blanca y no, como hasta entonces, en el compromiso con los dominadores blancos alcanzado sin violencia. El único precedente anterior a 1974 se dio en Argelia.

Por lo demás, la Unión Soviética no siempre tiene buena mano en la elección de sus aliados entre los movimientos de liberación militantes. La URSS hizo esta elección, como muy tarde, en 1969 y, a diferencia de la OUA, concentró su ayuda en una sola organización de cada país. En Guinea-Bissau y en Mozambique los amigos de la Unión Soviética —PAIGC y FRELIMO— no sólo vencieron a las tropas portuguesas, sino que se impusieron a todos los rivales interiores. Pero en Angola se hizo precisa la intervención cubana para establecer la hegemonía del MPLA frente a los otros dos movimientos de liberación, que asimismo disponían de combatientes guerrilleros y de tropas regulares en los Estados vecinos. La historia de los tres países exportugueses muestra además que la influencia de Moscú no es ni mucho menos la única efectiva; puede incluso detectarse un cierto retroceso de las fracciones más marcadamente prosoviéticas dentro de los movimientos de liberación victoriosos que actualmente gobiernan en calidad de partidos unitarios. En Rhodesia/Zimbabwe ganó las elecciones en 1980, no el aliado de la Unión Soviética, Joshua Nkomo, sino el ZANU/PF de Mugabe, que nunca gozó de especial apoyo de Moscú. A la hora de dar a la imprenta el presente libro no se podía determinar si alcanzarían la victoria el SWAPO de Nujoma en Namibia y el ANC de Oliver Tambo en Sudáfrica, ambos favoritos de los soviéticos.

La quinta etapa de la política de liberación africana acaba de iniciarse, pero todavía no puede ser tema de un estudio de historia contemporánea. Esta etapa está constituida por el ataque del Africa libre, desde dentro y desde fuera, contra la fortaleza del «colonialismo interno»: Sudáfrica. Esta lucha revestirá también los rasgos de una guerra civil. Pues el pueblo de los africanos blancos no es solamente un dominador colonial que sigue la tradición europea, sino que es, al mismo tiempo, una «tribu» entre las restantes «tribus» africanas. En Burundi, en Uganda, en Sudán y en el Chad ha podido observarse cuánta sangre pueden costar las guerras civiles africanas, y no está ni mucho menos garantizado que al final de cada guerra civil triunfe el arte de la pacificación y se consiga la reconciliación nacional como ocurrió en Nigeria a partir de 1970.

a) *Liberación... ¿de qué?*

Para los fundadores y dirigentes de los modernos movimientos políticos que surgieron a todo lo ancho y lo largo de Africa a partir de 1945 había una cosa perfectamente clara, por más que difiriesen sus ideas y métodos en todo lo demás: *de qué* querían liberar a sus pueblos. Su lucha se dirigía contra el «colonialismo», contra ese sistema que los conquistadores blancos erigieron en todo el continente africano en el curso de unas pocas décadas, partiendo de las regiones costeras, donde la presencia europea databa de hacía ya tiempo, y extendiéndose ahora hasta las últimas aldeas en las profundidades del continente, cuyos habitantes muchas veces no habían visto jamás un rostro blanco antes de la primera guerra mundial. Los modernos nacionalistas africanos odiaban el sistema colonialista, que constituía una dominación extranjera.

Este era el punto decisivo. No fue el acoplamiento de Africa al mercado mundial capitalista el que desató la protesta anticolonialista (como si se tratara de una revolución social contra la explotación económica). Incluso Nkrumah que, conocedor de la teoría marxista, entendía ya en 1947 la «base» económica del colonialismo, consideró desde el principio que la independencia política era la «etapa irrenunciable hacia la liberación económica»[2]. No fue tampoco la piedra de toque la predicación de una nueva religión (como si se tratara de un ataque a una cultura auténticamente africana). Lo que despertaba la irritación africana no era tanto la violencia dominadora como la violencia en sí (como si surgiera un impulso espontáneo para restablecer una democracia tradicional o los derechos humanos). Casi todos los pueblos africanos estaban históricamente familiarizados con el destino del sometimiento, y tiranos nativos también los hubo siempre en Africa. ¿Se oponía este continente por principio a todo impulso procedente del exterior? Sería falso de cabo a rabo negar a los africanos el entusiasmo por las cosas y las ideas extrañas o la capacidad de adoptarlas; antes bien han demostrado durante siglos una disposición favorable a tal adopción, desde nuevos cultivos como la mandioca o el maíz hasta nuevas religiones como el islamismo. Incluso los pueblos extraños en sus migraciones eran amistosamente acogidos por los habitantes ya establecidos en una región (naturalmente por cuanto el contacto favorecía el intercambio comercial con ellos) sin que se produjeran peleas ni asesinatos. También lo contrario se ha dado en la historia africana. Pero los famosos tambores del rey de Ruanda, cuyo más preciado adorno

eran las partes íntimas del degollado jefe de los hutu, no son típicos de Africa. Por desgracia el comercio pacífico entre los pueblos nunca deja tras de sí símbolos tan llamativos. Cuando hoy en día observamos en el Africa occidental las numerosas variantes de acertada y razonable división del trabajo por las que los ganaderos fulbe conviven con agricultores y pobladores urbanos de otras procedencias étnicas, tenemos una indicación indirecta de la flexibilidad política de las sociedades africanas.

El sistema colonial europeo supuso la irrupción de mercancías y de ideas nuevas, simultánea y estrechamente unidas a la erección de una nueva dominación violenta y a la imposición de formas económicas de producción y distribución radicalmente nuevas. De esta experiencia surgió el síndrome de la dominación extranjera que atacó a las raíces de la existencia social de un creciente número de pueblos africanos. Este síndrome generó el reflejo de que antes de nada había que hacer una cosa: sacudirse el dominio extranjero. No se reflexionó demasiado sobre los métodos y sobre las posibles consecuencias negativas. La situación recuerda a la de un hombre que se está ahogando y que no quiere otra cosa que respirar, sin reparar en si, en sus esfuerzos por intentarlo, daña a alguien, ni en si el aire que hay sobre la superficie del agua está mezclado con dióxido de azufre. Esta misma imagen nos sirve para dar un paso más: los que se están ahogando despliegan una fuerza sorprendente. Los movimientos anticoloniales africanos —tanto los no violentos como los armados— movilizaron con sorprendente amplitud y profundidad a las masas populares para la acción política, ya se tratara de huelgas y participación en elecciones o de apoyo en secreto a las tropas guerrilleras. Este despliegue de fuerzas sociales demuestra que todas las zonas y estratos de la población africana tendían a considerar el dominio colonial blanco como una carga y que existía el deseo general de sacudírsela. La movilización de masas conseguida por los movimientos de liberación, la mayoría de las veces en muy poco tiempo y con escasos recursos, rebate el argumento de que únicamente la élite ilustrada, educada por Europa y en Europa, de los *evolués* (como decían cortésmente los franceses y belgas) o los *bosennigger* o «negros con pantalones» (como solía llamárseles más despectivamente unos años antes) era capaz de comprender lo que significaba dominación, explotación y otros conceptos por el estilo y podía contraponer a ellos conceptos tales como democracia y socialismo. Se puede proseguir esta línea de argumentación insinuando que la élite ilustrada colonial no quería otra cosa que deshacerse de sus dominadores blancos para ocupar la silla dejada por ellos, embolsarse los elevados sueldos (con el plus de servicios en ultramar) que ellos cobraban y seguir por lo demás manteniendo la

opresión y la explotación. Ocurre con tales argumentos lo mismo que con los tambores reales de Ruanda. Todas estas cosas son ciertas, en efecto, forman parte de la historia; pero no son toda la historia.

De haber sido así, el moderno movimiento de liberación africano no habría pasado de ser una especie de campaña para el aumento de dietas de una capa superior ya privilegiada. Y en tal caso esta élite negra ilustrada no habría podido, en las condiciones del sistema colonial (aunque fuese el sistema tardío y ya extenuado posterior a 1945), encontrar la energía suficiente para imponerse. Pero el movimiento de liberación puso en pie a los pueblos y encauzó la presión de las masas movilizadas, no sólo urbanas sino también campesinas. Todo ello explica su éxito y demuestra al mismo tiempo lo dolorosamente que Africa se resentía del colonialismo.

Hay abundante documentación sobre la idea subjetiva que los africanos tenían de la dominación colonial extranjera. Ahí están los escritos políticos de combate de la primera hora (sin duda salidos, como en todas partes, de la pluma de intelectuales). Kwame Nkrumah escribió cuando aún no había terminado la segunda guerra mundial el librito *Towards colonial freedom*[3], que no pudo imprimirse hasta 1962. En el Africa occidental francófona, la recién fundada Colección Democrática Africana publicó en 1949 un número titulado *Le RDA dans la lutte anti-impérialiste*[4], en el que escribía sobre todo Gabriel d'Arboussier, hijo de un funcionario francés y de una africana, familiarizado con el análisis marxista de la sociedad. También tuvo amplia difusión la obra de Frantz Fanon, *Les dammés de la terre* (1961), que refleja la conciencia de los musulmanes argelinos en torno a 1950 y lo hace a través de las experiencias clínicas de un psiquiatra franco-afroamericano.

Este libro es también un escrito programático o, más exactamente, la propuesta por un no argelino comprometido con el FLN de un programa político para este movimiento de liberación (que el FLN no siguió en modo alguno de manera unívoca). Como todas las fuentes históricas, también la obra de Fanon necesita de la crítica científica, y sería conveniente que esta crítica no procediera exclusivamente de los marxistas-leninistas de observancia moscovita cuya confianza en sí mismos se ve turbada por las reflexiones de Fanon.

Algunos historiadores proponen recurrir sobre todo a las obras literarias para llegar a comprender mejor la forma en que Africa ha sufrido la dominación colonial. Por ejemplo, las «... diferentes reacciones ante el poder europeo y la cultura europea que habían de adoptar a título individual hombres y mujeres constituyen un

proceso que, con respecto al país de los ibos, la novela de Chinua Achebe *Things fall apart* ilumina mejor que cualquier obra oficialmente histórica...»[5].

Pero ¿cómo ha sido en realidad el sistema de dominación blanca, a distinguir de su concepción subjetiva por las élites o por las masas de los africanos colonizados? En la actualidad, el espectro de los intentos de exposición va desde la obra acusatoria de Walter Rodney, *How Europe underdeveloped Africa* (1972), que gusta de citar la izquierda no dogmática, y los resultados, tan vinculados a la visión de Lenin, de los estudios africanos de la República Democrática Alemana (por ejemplo, Heinrich Loth, 1979) sobre las monografías históricas de distintos países, estudios que tratan de hacer justicia a los distintos partidos dentro de la confrontación colonial (típicamente, John Iliffe, 1979), hasta los autores que se esfuerzan por rehabilitar a los colonizadores como L. H. Gann y Peter Duignan (1967). Desde hace algunos años aparecen enciclopedias de la historia de Africa, la *General history of Africa,* de la UNESCO, y la *Cambridge history of Africa,* en las que se trata de llegar a síntesis provisionales.

Con respecto al tema enunciado (¿Cómo ha sido en realidad la dominación blanca?) nos limitaremos aquí a dar algunas indicaciones sin orden preciso de importancia o de causalidad. Uno de los lemas sería «paz territorial»: en el momento culminante y en los últimos años del dominio colonial, no sólo los funcionarios y comerciantes blancos, sino también los africanos podían llevar a cabo sus intercambios y sus desplazamientos por amplios territorios en condiciones de seguridad personal considerablemente mejores que anteriormente... o que después. Otro de los lemas sería «alimentación»: Africa perdió, no en la década de 1970 (que fue cuando la FAO dio la voz de alarma), sino antes, su capacidad de alimentarse con el fruto del trabajo de sus propios campesinos, y ello debido a que el capital de la economía colonial (incluido el espíritu inventivo y la disposición al trabajo de los hombres y las mujeres) se concentró en la producción destinada a la exportación, abandonando lo que con imprecisión se ha denominado economía de subsistencia. Un lema más es el de «prisiones»: ¿constituyó realmente un progreso humanitario encerrar a los delincuentes, en vez de administrarles castigos corporales, cuando ya no se quiso seguir vendiéndolos como esclavos?

Posiblemente estas preguntas que dirigimos a la historia africana conduzcan directísimamente a nuestro propio presente europeo, en el que las prisiones se convierten en un problema cada vez más serio. No debe olvidarse tampoco el lema «medicina»: bajo él anotaremos las campañas de vacunación emprendidas por los dominadores blancos; aun cuando la razón que moviera a los blancos

fuera sobre todo el miedo al propio contagio, las medidas que tomaron han influido positivamente en el desarrollo demográfico africano. ¿O quizá sea el crecimiento en este caso negativo? Es ésta una cuestión que no es el historiador el llamado a decidirla. Debe limitarse a trabajar para que todos, sobre todo los propios africanos, lleguen algún día a saber mejor de lo que lo puedan saber hoy lo que realmente ocurrió en su continente durante el período de la dominación extranjera.

b) *Liberación... ¿para qué?*

Los dirigentes de los movimientos de liberación africanos no expusieron detalladamente desde el principio en sus escritos programáticos cómo debía ser Africa una vez liberada del dominio extranjero. Es cierto que Nnamdi Azikiwe, que posteriormente (1960-1966) fue el primer jefe de Estado de la Nigeria independiente, publicó en 1943 una serie de artículos bajo el título de *Political blueprint of Nigeria* en los que realmente parecía tener en el bolsillo los planos para la construcción del país. Pero el propio «Zik» ofreció posteriormente toda una serie de inmejorables ejemplos que alimentan la tesis de que la actuación política es imprevisible.

Más allá del núcleo de la política de liberación, consistente en sacudirse el dominio colonial extranjero, lo primero que el observador europeo puede reconocer en los programas y en las construcciones de los movimientos políticos africanos son, sin embargo, elementos tomados de la acumulación teórica europea. En el ámbito lingüístico anglosajón constituyó un hecho incontestable desde el principio que las colonias habían de convertirse en Estados soberanos. Liberación colectiva mediante la adquisición paulatina de la autodeterminación colectiva, a través de la inclusión en los órganos políticos de representantes de la población *(representative government)* y luego a través de la autonomía interna *(responsible government)* hasta alcanzar la soberanía internacionalmente reconocida: las colonias británicas en Africa siguieron la vía de los dominios blancos y de los nuevos miembros de la Commonwealth en Asia, sin poner en tela de juicio el principio. Lo más que se discutió fue si las fronteras de los futuros Estados independientes deberían abarcar los territorios de la antigua división colonial. A muchos líderes nigerianos, y sobre todo al principio a los representantes conservadores del norte, Nigeria les parecía una unidad demasiado grande y heterogénea. De ahí que jugaran con la idea de la secesión hasta que no se les garantizó, en el desarrollo constitucional de los años de la transición (1953-1960), la hegemonía dentro del Estado unitario. Por el contrario,

en el Africa oriental británica los políticos se esforzaron unos años más tarde por forjar una federación con los tres territorios de Uganda, Kenia y Tanganica mientras el hierro estaba todavía caliente, es decir, mientras los aparatos políticos de cada uno de ellos no se habían endurecido aún con la independencia. Querían conseguir mejores condiciones económicas de partida para la independencia, pero fracasaron, como es sabido, y desde 1967 (especialmente Nyerere y Kenyatta) siguieron sendas de desarrollo cada vez más separadas. Más al sur, en la Federación Centroafricana (Zambia, Rhodesia, Malawi) prefabricada desde Londres, a los africanos negros no podía gustarles desde el primer momento el mayor marco territorial, pese al notable crecimiento económico, porque toda la estructura estaba pensada para que el colonialismo exterior no dejara su sitio a la libertad, sino a un colonialismo interior: el dominio de los colonos blancos. La federación se disolvió en 1963. El alto precio del estancamiento económico habrían tenido que pagarlo Zambia y Malawi de todas formas, aun cuando no hubiera surgido la guerra de guerrillas en el Zambeze.

Lo que hay que tener en cuenta en este proceso en toda el Africa de colonización británica es que la democracia rara vez se desarrolló como tema en la política de liberación. Aun cuando hacía ya tiempo que la metrópoli británica había desarrollado plenamente la democracia burguesa, no era éste un hecho que por sí mismo hubiera de fascinar a Africa. ¿Se debía ello a que Gran Bretaña había ido construyendo su democracia paso a paso a lo largo de cien años, sin la cesura detectable de una revolución o de una proclamación de los derechos civiles o humanos? Se mencionaba como primer escalón en la emancipación de una colonia el *representative government:* la inclusión en las instancias políticas de representantes de la población. Ello no quería decir ni mucho menos que hubiera de tratarse, de inmediato y plenamente, de representantes *elegidos* por todo el pueblo; con frecuencia el peso decisivo recaía sobre portavoces nombrados a dedo que representaban a determinados grupos de intereses. Cierto que los movimientos de liberación nacional impusieron por lo regular que poco a poco todos los ciudadanos adultos obtuviesen el derecho de voto (aun cuando en el norte de Nigeria, musulmán, se pasó por alto este derecho para las mujeres); cierto que, antes de la independencia, los políticos insistieron en convertir la asamblea legislativa que auxiliaba al gobernador en un parlamento plenipotenciario y de elección directa según el modelo de la cámara baja de Londres. Y no cabe duda de que con ello introducían la democracia. Pero los años que siguieron a la independencia pronto demostraron que prácticamente nadie tenía interés en conservar y defender esta democracia por sí misma.

Los parlamentos africanos no tuvieron gran poder en ningún sitio. En Ghana se pueden citar impresionantes profesiones de fe democrática sacadas de los discursos y escritos del doctor Busia, que desde 1957 dirigía las escaramuzas de la oposición parlamentaria. Pero cuando en 1969 el doctor Busia alcanzó una mayoría en la II República de Ghana y se convirtió en jefe del gobierno no trató al parlamento mucho mejor de lo que lo hiciera anteriormente su antagonista Kwame Nkrumah.

El interés de los movimientos de liberación africanos por introducir la democracia parlamentaria plena antes de conseguir la independencia debió tener razones distintas a la convicción de Churchill de que la democracia es una mala forma de Estado, pero que todas las demás son desgraciadamente mucho peores. La respuesta es sencilla: el sufragio universal para una instancia política que pudiera imponerse al gobierno colonial siguiendo sus propias reglas de juego detuvo la dinámica de las fuerzas populares que los dirigentes políticos tan bien supieron movilizar después de 1945. Esa dinámica aportó el poder requerido para respaldar sus artes diplomáticas en la regulación de la retirada blanca.

En el ámbito del Africa francófona no estaba claro que el objetivo de la política de liberación fuese el establecimiento de Estados independientes. Característica del contraste con la evolución seguida por las colonias británicas, muchas veces vecinas y étnicamente afines, es la apuesta entre Kwame Nkrumah y Félix Houphouet-Boigny en el año 1947, aunque probablemente sea apócrifa. Según parece, los dos vecinos discutieron sobre los respectivos cursos emprendidos (en 1947 Nkrumah dirigía desde su despacho londinense el «Secretariado Nacional de Africa Occidental» y Houphouet representaba ya a Costa de Marfil como diputado de los «nativos» en la Asamblea Nacional Francesa) y acordaron volver a encontrarse diez años más tarde y comparar los éxitos conseguidos por uno y otro. No sólo Houphouet, sino prácticamente todos los políticos de las colonias francesas se esforzaron seriamente entre 1945 y 1957 por conseguir una auténtica integración de sus pueblos en la Unión Francesa. Ello no obstante, impulsaban una política de liberación, y no sólo según su propia apreciación, sino con resultados realmente tangibles que han de impresionar a los estudiosos de la historia social más que la bandera de un Estado «soberano». Estos políticos impusieron la abolición del trabajo forzado, que hasta 1946 se practicó en el Africa francesa y consiguieron derechos políticos y sindicales, entre ellos el derecho de voto, para estratos cada vez más amplios de sus compatriotas: el código francés del trabajo, que entró en vigor para las colonias en 1952, protegía a los sindicatos de las ingerencias fiscalizadoras del Estado, proclamaba el principio de igualdad de salario a igual-

dad de condiciones laborales para todos los trabajadores «sin distinción de origen ni sexo» y facilitaba la introducción de subsidios familiares de acuerdo con el generoso modelo francés. Un código del trabajo semejante sería hoy, en 1980, revolucionario para el colonialismo interior de Sudáfrica. ¿Por qué ha de negársele el mismo título en el sistema colonial exterior francés?

Resulta difamatorio para los dirigentes franco-africanos de los movimientos de liberación no violentos, y sobre todo del *Rassemblement Démocratique Africain* (RDA), tacharles de colaboradores complacientes con la potencia colonial. Sus colegas y competidores del Africa de orientación inglesa, entre ellos muchos científicos, ignoran la aportación francófona a la liberación africana porque no conciben que se pudiera aspirar también a la emancipación real de los africanos en las condiciones imperantes en la IV República a partir de 1946 sin separarse del Estado.

Ya hemos mencionado lo fácil que resultó para estos hombres, que se habían ganado la confianza de sus pueblos como diputados en las asambleas parlamentarias de París, cambiar posteriormente de rumbo en 1958-1960 y adoptar la vía del Africa británica fundando a su vez nuevos Estados. Es cierto que este período fue muy breve: apenas quedó tiempo para nuevas discusiones programáticas.

Pero también en el intento de esclarecer la forma en que los africanos francófonos se imaginaban el futuro político resalta el hecho de que tampoco ellos hicieron suyos casi nunca los principios democráticos. La preeminencia del parlamento en la IV República Francesa no dejó huella alguna en Africa, probablemente porque este *Régimen d'Assemblée* fracasó en la guerra de Argelia en 1958. Los partidos, y sobre todo las secciones territoriales del RDA, se organizaron como levas masivas a disposición de un dirigente, por regla general el diputado. En el último momento, en 1959-60, se discutió si el Africa occidental francesa debía convertirse conjuntamente en un Estado federal independiente, o si cada territorio debía alcanzar la independencia por su cuenta (Houphouet-Boigny impuso esta última alternativa, que favorecía a la Costa de Marfil con su relativa prosperidad); no se discutieron los principios de las nuevas constituciones que en toda el Africa francófona se parecían al sistema presidencialista de la V República gaullista como una gota de agua a otra. Este viraje en la política interior de la «madre patria» vino como anillo al dedo a los políticos africanos. Si bajo De Gaulle Francia conservó a pesar de todo la democracia, no puede decirse otro tanto de las antiguas colonias francesas en Africa.

A buen seguro no puede atribuirse el patente desinterés por la democracia de todos los políticos africanos de la liberación a una

«peculiar» tendencia al despotismo. Antes bien hay que suponer que las condiciones políticas y administrativas imperantes durante la época colonial impidieron que tuvieran la oportunidad de aficionarse a la democracia burguesa como posible forma del orden político de sus futuros Estados soberanos. Es cierto que Inglaterra y Francia eran democracias en el siglo XX; pero esto apenas se traslució en la forma en que gobernaron sus territorios en Africa.

Puede que la dominación blanca en Africa fuera benefactora. Pero en todo caso fue autoritaria, y lo fue hasta el último minuto. Para defenderse de esta administración los africanos tuvieron que crear movimientos políticos lo más unitarios posible y dirigidos asimismo autoritariamente. Y a este respecto no cambiaba nada que el objetivo fuese *self-government now*! («autogobierno inmediato») como en el caso de Ghana (es decir más deprisa de lo que se proponía el gobierno colonial), o que se amenazara con la huelga general para conseguir el subsidio para los hijos como en la metrópoli, tal como hicieron los sindicatos franco-africanos en el verano de 1955.

El pluripartidismo, el libre contraste de los grupos de intereses, el cambio de dirigentes mediante votaciones democráticas, no pudieron imponerse en las condiciones reinantes durante la época colonial, ni tampoco en el período de la descolonización africana. Pero tampoco ha habido soluciones de continuidad con proclamación de principios antidemocráticos. Las ideas autoritarias o fascistas que con tanta profusión produjo Europa entre 1918 y 1939 no han infeccionado al movimiento de liberación africano, que con razón las ha equiparado al aborrecido enemigo de todas las naciones unidas durante la segunda guerra mundial. Sorprendente ha sido incluso el débil efecto del kemalismo turco incluso en la vecina región del norte de Africa (quizá como consecuencia de su tendencia antiislámica). Algunos movimientos de liberación africanos se aliaron con los partidos comunistas fuertes mucho antes de que la Unión Soviética empezara a enviar armas a los grupos de guerrilleros. Incluso un Houphouet-Boigny aprendió de los comunistas franceses la forma de organizar un partido. Pero tanto él como todos los restantes africanos, incluido Nkrumah, se negaron a adoptar, junto con la técnica organizativa, también un programa político.

Hasta ahora sólo hemos hablado de las colonias en las que los dominadores blancos no opusieron a los movimientos políticos de liberación no violentos de los africanos barreras insuperables. El principal objetivo político, incluso el único objetivo reconocible, fue la independencia estatal (en el ámbito francés con retraso). Como programa social aparece, sobre todo en el Africa francesa, la igualdad de derechos con los habitantes de la metrópoli euro-

pea. El anticolonialismo africano es, naturalmente, antirracista y en consecuencia está a favor de la igualdad entre todos los hombres y mujeres, lo que conduce casi forzosamente a una visión del futuro que plantea como principio derechos iguales para todos los seres humanos. Los europeos acostumbran a distinguir entre derechos políticos y sociales. Los movimientos de liberación africanos hicieron su aparición con la creencia en la prioridad de la política. Pero la sustancia de la libre política africana, del marco constitucional ideal de un nuevo Estado soberano africano, ha quedado sin definir. Según las clásicas palabras formuladas en el estilo bíblico por Kwame Nkrumah: «*Seek ye first the political kingdom, and all things will be added onto you*» («buscad antes de nada el reino político y todas las demás cosas os serán dadas por añadidura»)[6]. Estas palabras, inscritas en el pedestal de la estatua de Nkrumah derribada en Accra en 1966, fueron pronunciadas en una asamblea celebrada en marzo de 1949. Pero ¿qué constitución habría en este *reino político*? La preferencia de Nkrumah por la monarquía de partido único no la descubrió su pueblo hasta varios años después de la independencia.

No resulta mucho más clara la respuesta a la pregunta de cuáles son *todas las demás cosas* dadas por añadidura a la independencia política. Sin duda los movimientos de liberación aspiran en la sociedad futura, como en la política, al ideal de la igualdad, naturalmente en forma de una vida mejor para todos. Tampoco aporta mayores datos el análisis de aquellos programas en los que aparece tempranamente el lema del «socialismo». Nkrumah, que estaba familiarizado con el marxismo y que, precisamente por eso, no proclamó hasta bastante tarde (hacia 1959) y con gran prudencia el objetivo de una Ghana socialista, en su discurso sobre el *reino político* sólo puso como ejemplo de *todas las cosas* que habían de venir que los habitantes de la atrasada región del norte de Ghana no tuvieran que seguir yendo desnudos. Treinta años más tarde, el emperador Bokassa I de Africa Central mandó asesinar a los niños de una escuela porque se negaban a ponerse los uniformes ordenados por él (y comprados a sus expensas). Naturalmente, ningún político africano ha aceptado jamás que el fomento de la industria textil (y el hecho de que él se embolse los beneficios de ésta) constituya por sí solo un programa social suficiente. Pero el que pueda contarse esta macabra historia, si se recuerda la famosa frase de Nkrumah, apunta en una dirección quizá no del todo equivocada.

Objetivamente considerada, la política económica y social del Africa actual se encuentra ante el problema de cómo implantar (si es que ello es siquiera posible) una producción capitalista centrada en este continente. Traduciendo al lenguaje cotidiano las

formulaciones crípticas de los científicos sociales, esto quiere decir: ¿tiene Africa alguna esperanza todavía, en las difíciles condiciones del mundo del año 2000, de desarrollar una industria suficiente y —sobre todo— de remodelar lo bastante su agricultura, de acuerdo con los principios industriales, como para suministrar a la población mercancías que mejoren su calidad de vida y crear al mismo tiempo puestos de trabajo para estas masas humanamente dignos y que al mismo tiempo las doten de capacidad adquisitiva? Precisamente eso, la incorporación de la gran mayoría de los hombres y mujeres africanos a un nuevo sistema de producción y distribución que aspire al progreso y al crecimiento, es algo que no ha hecho la dominación colonial europea, y no lo ha hecho porque no era esa su finalidad. La finalidad de la colonización europea era, más bien, el progreso, el crecimiento, el aumento de la calidad de la vida o como quiera llamársele (los especialistas lo llaman acumulación de capital) pero *a este lado* del océano, es decir: en Europa. La política educativa, las vacunas, los salarios a los africanos sólo eran medios para lograr este único fin. ¿Podía la independencia estatal, espontánea o planeada, traer algo nuevo? Esta es, como hemos dicho, la cuestión objetiva. Veamos ahora cómo es la actitud subjetiva de los africanos ante ella.

¿Disponían los movimientos de liberación de las primeras fases, o disponen hoy, de una concepción económica? Existían en Africa expectativas difusas. Aparte de las camisas y los pantalones, podemos deducir de los programas de los movimientos de liberación que la sustancia del *reino político* consistía seguramente en un equilibrio armónico de la sociedad junto con la prosecución, e incluso con la intensificación y expansión, de la vida económica industrial moderna.

Los espíritus sencillos tal vez imaginaran que el día X de la independencia se abolirían los impuestos y todos los negros cobrarían sueldos tan altos y vivirían en casas tan bonitas como anteriormente los funcionarios coloniales blancos. A buen seguro no eran tan ingenuos los dirigentes políticos. Pero por una parte hicieron comprensiblemente poco por adoctrinar acerca de la realidad a sus partidarios (tan sólo Julius Nyerere acuñó antes de la independencia el lema *Uhuru na Kazi:* ¡Libertad y trabajo!). Y, por otra parte, sus ideas más precisamente formuladas creaban la ilusión de que la libertad política estaría inmediatamente vinculada a una sociedad armónica que podría combinarse con una economía moderna.

La famosa *Freedom Charter* (Carta de la Libertad) sudafricana[7], aprobada en 1955 en un congreso popular en el que el principal participante fue el auténtico movimiento de liberación de los negros, todavía no dividido (el *African National Congress*-ANC), y

que actualmente sigue siendo el programa oficial del ANC, pinta para el futuro, tras la victoria sobre el *apartheid,* el cuadro idílico de una vida sin conflictos y en bienestar para la multirracial República de Sudáfrica.

En la *Freedom Charter* se combinan incluso los derechos políticos liberales, tales como la libertad de opinión y de reunión, la libertad de residencia y la inviolabilidad del domicilio, con derechos sociales («... toda la tierra deberá redistribuirse entre aquellos que la trabajan...», así como educación universal y libre, viviendas con alquileres bajos, seguridad jurídica). Aun cuando fueron comunistas fieles a Moscú los que manejaron la pluma en la redacción de este documento, no contiene de las duras aristas de una revolución proletaria otra indicación que la de que las riquezas del subsuelo, los bancos y «la gran industria» deberán ser propiedad (¡naturalmente!) no del Estado, sino «del pueblo». Pero nadie debe caer en la tentación de despedazar mediante el análisis crítico la *Freedom Charter* sin tener en cuenta las dramáticas circunstancias en las que tuvo su origen: en medio de la lucha de resistencia de una política no violenta de los africanos negros y en un último esfuerzo de los comunistas blancos, a los que su propio pueblo había estigmatizado hacía tiempo como traidores, por evitar que se interrumpiera totalmente el diálogo entre blancos y negros en Sudáfrica. La *Freedom Charter* y sus autores son dignos de admiración. Pero incluso en este país africano, que ha sido el único que ha experimentado ya las realidades de la sociedad industrial como un tremendo peso sobre las espaldas de sus masas populares, un programa para el futuro, redactado en 1955, tuvo que prometer una modernización armónica para impresionar a este pueblo negro.

Políticos como Leopold Senghor y Julius Nyerere, salidos ambos de las universidades europeas, creyeron durante algún tiempo que los movimientos de liberación africanos podrían encontrar fuerzas para llevar a cabo una modernización armónica en la tradición precolonial. Por eso Nyerere designaba al socialismo con la palabra swahili *Ujamaa* y recordaba en su primer escrito dedicado a este tema en 1962 que «en la sociedad africana tradicional *todos* eran obreros».

Nyerere no utiliza la palabra obrero o trabajador «como mera contraposición a *empresario,* sino también como contraposición a *vago* o a *ocioso*». Califica a la seguridad social y a la hospitalidad tradicional del Africa precolonial de «verdaderas grandes consecuciones», porque su fundamento era el trabajo de cada cual. Este texto doctrinal no sólo se hacía ilusiones acerca del Africa antigua, sino que también, y más que nada, expresaba la esperanza también ilusoria de que la Tanganica libre del futuro pudiera crear una vida

mejor para todos sus ciudadanos sin que se produjeran luchas de clases, tan sólo con que todos reflexionaran racionalmente: «El socialismo es un estado de ánimo», creía entonces Nyerere [8].

¡Nada de lucha de clases en el Africa independiente! Tal es la idea básica de prácticamente todos los programas socio-económicos de liberación. Resulta alentador que los líderes políticos pensaran que sus pueblos ya habían luchado bastante previamente para sacudirse la dominación blanca, incluso en países como Tanganica en los que todo transcurrió de modo bastante pacífico. Pero tal idea no era realista.

En los pocos países en los que los movimientos de liberación tuvieron que recurrir a las armas no encontramos una situación básicamente diferente. La historia de Argelia fue desde luego muy distinta a la de Tanzania. En Argelia los dirigentes políticos musulmanes exigieron desde el primer momento autonomía para preservar el carácter de su pueblo, definido por la religión. Un programa similar está contenido en el *Manifiesto del pueblo argelino,* del 10 de febrero de 1943, presentado por Ferhat Abbas como alternativa moderada al nacionalismo radical de un al-Masali, que pedía ya la independencia en 1927. A partir de 1945 Francia optó por la represión. Los deseos autonomistas sólo habrían tenido cabida dentro de una reestructuración federativa de toda la república, y en París no han sabido jamás lo que significa el federalismo. Así pues, ya en 1945 se ponía en Argelia proa a la guerra, que acabó por estallar en 1954. Finalmente, ningún argelino musulmán consciente podía concebir de otra manera la política de liberación de su pueblo.

¿Cómo se imaginaba el Frente de Liberación Nacional (FLN) la Argelia futura? En la «plataforma política», decidida en el valle de Summam, el FLN no iba más allá de las fórmulas estandardizadas de la «República democrática y social» que habría de garantizar la «auténtica igualdad de todos los ciudadanos de la patria única sin discriminación». Frantz Fanon veía surgir la futura sociedad argelina de la espontaneidad de las masas, aunque con el empleo de la fuerza. Pero, con respecto a cómo seguiría adelante la cosa, se limitó sobre todo a advertir contra los posibles errores: contra la corrupción, contra el culto a la personalidad, contra el aislamiento con respecto al pueblo en que podía incurrir con su práctica el partido unitario. Fanon representó temporalmente al FLN en la Ghana de Nkrumah, y de ahí proceden probablemente sus observaciones negativas. Las descripciones del futuro africano libre son también raras y poco claras en sus escritos.

En Guinea-Bissau, más de diez años después, tenía Amílcar Cabral, adoctrinado en el marxismo moderno, muchos más ejemplos desalentadores de Estados africanos independientes ante los ojos

que Fanon. Cabral pudo ver cómo se desarrollaban contradicciones de clase también en el Africa libre. Su estrategia política ha culminado en la sublime propuesta de que la pequeña burguesía africana, que forzosamente ha de tomar el poder de manos de los funcionarios coloniales, porque no hay nadie más que pueda hacerlo, debería «suicidarse como clase», renunciar a su inclinación burguesa a enriquecerse, y resucitar convertida en parte de la (inmaculada) clase obrera y campesina. Si seguimos el análisis de clase de Cabral, no existe en el pueblo negro de Guinea-Bissau otra clase digna de mención que los obreros, los campesinos y los pequeñoburgueses: la comunidad popular armoniosa se alcanzará también en este caso el día en el que los pequeñoburgueses muertos resuciten convertidos en obreros, y la vida económica del idilio que vendrá a continuación la imagina también Cabral, naturalmente, en términos modernos, aun cuando quizá no directamente según el modelo del bienestar industrial occidental. Guinea-Bissau no alcanzó su independencia hasta 1974. ¿Ha corroborado la experiencia las ideas de Cabral como utopía real o, una vez más, como ilusión bienintencionada?

c) *Liberación... ¿cómo?*

Argelia fue, en 1962, el primer país africano que conquistó su independencia mediante la lucha armada guerrillera. Hasta 1974 no triunfaron los movimientos de liberación de las colonias portuguesas por esta vía de la sangre y la destrucción; en 1980 siguió la victoria del ZANU/PF de Zimbabwe. Antes de describir los métodos de lucha y organización de los movimientos armados, resulta conveniente dar prioridad a los movimientos no armados del resto de Africa también en esta cuestión de *cómo* se alcanzó la liberación.

Uno de los primeros estudios científicos sobre este tema establece, en el Africa de la última época colonial, una diferencia entre «partidos» y «congresos» [9]: estos últimos serían organizaciones de amplio espectro y, en consecuencia, menos rígidamente ensambladas, que pretenderían abarcar a la totalidad del pueblo e incluirían por lo tanto al mayor número posible de grupos activos; los primeros buscarían una organización más rigurosa, con una dirección clara, unas organizaciones locales propias y una militancia cotizante, y se verían también a sí mismas como representantes de las masas, pero en calidad de vanguardia de las mismas. Hasta aquí todavía sigue siendo válida esta sistematización. La diferencia surgió de la estrategia de los dirigentes de los nuevos movimientos de liberación, distinta de la de aquellas asociaciones de los

pueblos del Africa colonizada que habían tomado como modelo. Se trataba con frecuencia de *tribal unions* («sindicatos tribales») o asociaciones por afinidad territorial que se formaron en las ciudades en rápido crecimiento, habitadas por personas de muy diversos grupos étnicos. Funcionaban como cajas privadas de seguridad social. Había también asociaciones estamentales de funcionarios o profesores, cooperativas de campesinos y, por último, sindicatos obreros de diverso tipo, hasta llegar a las organizaciones de *chiefs* o *chefs*, es decir, de jefes de aldea o de distrito reconocidos por la tradición o impuestos por la administración colonial, a los que los alemanes llamaban con condescendencia *Häuptlinge* («jefes de tribu o caciques»). La cuestión era ésta: ¿debía y podía el nuevo movimiento de liberación incluir en su dirección a los activistas de estos grupos de intereses tan divididos aunque cada vez más politizados? Si la respuesta era afirmativa, se obtenía lógicamente la forma organizativa del «congreso», según el conocido modelo indio. ¿O debía el movimiento anticolonial dejar a un lado a los notables de una anterior etapa de la autoafirmación africana y poner a un nuevo equipo (quizá a un nuevo hombre) a la cabeza de la lucha nacional por la independencia? En tal caso debía fundar un nuevo «partido» y movilizar a las masas a partir de una base que no estaba todavía organizada en las antiguas asociaciones. Nkrumah que creó en Ghana, en 1949, el modelo de un partido así con el CPP, encontró sus nuevas bases en los jóvenes que habían adquirido ciertos conocimientos en las escuelas básicas coloniales pero que no encontraban en la burocracia colonial el sitio al que aspiraban.

Dos organizaciones territoriales del RDA, originalmente con una dirección centralista y organizado de forma unitaria, ofrecen en el Africa occidental francesa ejemplos típicos de las dos alternativas. Félix Houphouet-Boigny construyó en 1947 su Partido Democrático (PDCI) en la Costa de Marfil a partir de las asociaciones territoriales existentes, y el Sindicato de Agricultores Africanos del Café y del Cacao fue desde el principio su coto privado. Los *chefs* no eran rivales suyos, en un pueblo constituido por un mosaico de múltiples pequeñas unidades precoloniales, ninguna de las cuales había sido antes un Estado con gobierno central. En cambio Sekou Touré, en Guinea, se apoyó personalmente en los sindicatos de la ciudad de Conakry, lo cual no constituyó una base firme desde el momento en que, a partir de 1950, la política se desplazó más y más del lado de los campesinos. En la región montañosa de Futa Djalon tropezó además con la tradición viva de un Estado precolonial fuerte, regido por una aristocracia musulmana que había llegado a un entendimiento con Francia. Sekou Touré se vio obligado a destruir esta *chefferie* y poner a los nuevos cuadros

de su organización territorial del RDA (también denominado Partido Democrático, PDG) en su lugar, como correa de transmisión entre el poder central político y las masas populares. Pero tanto Costa de Marfil como Guinea se convirtieron en Estados unipartido con concentración de poderes en manos del hombre que ocupaba la cúspide del partido y del Estado. Ambos sistemas se mostraron tan estables que en 25 años no se produjo ninguna conspiración, todo siguió igual. Sólo una observación más detenida de la organización política pone de manifiesto las diferencias fundamentales. Quizá tengan estas diferencias algo que ver con el hecho de que Costa de Marfil apenas puede librarse hoy de los inmigrantes, mientras que aproximadamente una tercera parte de los guineanos ha votado en contra de Sekou Touré y ha preferido vivir en el extranjero.

Con ello no quiere decirse que la decisión en favor de un «partido» conduzca necesariamente y en todas partes al despotismo y a una mala política económica. Los modelos ideales son por lo demás raros; en la realidad predominan las formas impuras. En Kenia, hacia 1960, el KANU se impuso como «congreso» entre los kikuyu, que constituyen el principal grupo étnico, mientras que en los demás, y sobre todo en el de los luo, el segundo en importancia, el KANU tuvo que presentarse como partido frente a una fuerte competencia. En Nigeria, Nnamdi Azikiwe organizó a partir de 1944 su NCNC [10] como típico congreso, según sus propias palabras «... a fin de unir a los distintos elementos de nuestro campesinado, de hacer que cristalicen las aspiraciones naturales de nuestro pueblo, de expresar de forma concreta la tendencia de la opinión pública y de liberar a nuestra nación de los grilletes de la esclavitud política» [11]. Pero cuando pudo comprobarse que había más de una tendencia, que el norte organizaba su propio congreso conservador, y que por lo menos una de las «comunidades» del sur, los yoruba, desarrollaban un partido político a partir de una asociación cultural «tribal», el *Action Group* de Awalowo, el NCNC tuvo asimismo que asumir, de grado o por fuerza, el papel de un partido más. Pero al igual que a los partidos rivales, no le fue posible hasta el derrocamiento de la I República, en 1966, desarrollar un programa político, económico o social que facilitara a los electores nigerianos una decisión racional en favor o en contra de unos determinados candidatos. Dado que las distintas direcciones de los partidos de Nigeria no consiguieron desprenderse de una política de «congreso» que lo abarcaba todo, que integraba a todos los intereses en conflicto, sin conseguir tampoco realizar verdaderamente la unificación, a los hombres de la base no les quedó otra alternativa que caer de nuevo en las lealtades de vía estrecha de las afinidades territoriales. La política degeneró en tribalismo.

La TANU de Nyerere, por dar un último ejemplo de las interacciones existentes entre la política de «congreso» y la de «partido», no tardó en convertirse poco después de la independencia, en los bancos de la escuela del Mwalimu [12], de «congreso» en «partido». Inicialmente, el éxito arrollador de TANU, frente a la que no ha surgido ninguna otra organización como rival serio en la lucha por el poder político, fue debido a la coalición de asociaciones representantes de distintos intereses, y fundamentalmente a una coalición entre la organización de los funcionarios estatales subalternos africanos y las cooperativas mercantiles de los agricultores que producían para la exportación. Sólo poco a poco educó Nyerere a los funcionarios de la TANU para convertirlos en vanguardia del pueblo, a fin de imponer ideas nuevas. Ahora bien, cabe dudar que llegaran a convertirse en socialistas ejemplares, convencidos y carentes de egoísmo, tal como prescribe para ellos la declaración de Arusha de 1967 (... «ha de ser indispensablemente campesino u obrero, no deberá participar en nada que tenga carácter capitalista o fedual..., no deberá percibir dos o más salarios, no deberá poseer ninguna casa que alquile a otra persona» ...) [13].

Para las estructuras políticas de los movimientos de liberación y, en consecuencia, del Africa independiente de hoy en día era más importante lo que los «partidos» y «congresos» tenían en común que lo que los diferenciaba. Todos ellos trataban de aunar las energías, a ser posible de todo el pueblo, a fin de alcanzar el objetivo de la independencia estatal. El nombre del movimiento, la mayoría de las veces en forma de siglas, y la imagen del dirigente se convirtieron en los núcleos de cristalización de un poder dispuesto a entrar en acción, cuya energía se basaba en el peso de las masas movilizadas (no damos aquí a este concepto el sentido despectivo que le da la teoría sociológica, sino un sentido sencillamente físico). Carece de importancia decisiva el hecho de que esa disposición a entrar en acción se consiguiera vendiendo carnets de miembro del partido o por cualquier otro método típicamente africano.

La acción en sí podía adoptar la forma de manifestación, huelga o también el pesado sacrificio que suponía para los africanos residentes en zonas rurales muy dispersas ir andando el día de la elección hasta la urna y esperar en una larga cola hasta poder emitir el voto. Las reglas de juego las dictaba al principio la potencia colonial, pero el juego fue muy pronto dominado por el movimiento de liberación. Con cada nueva intervención, les iba comiendo el terreno palmo a palmo a los representantes de la dominación extranjera, a los gobernadores y a los comandantes de distrito (franceses) o comisarios de distrito (británicos); las correas de transmisión de su poder al pueblo se iban estrechando un poco

más. Aquéllos lo aceptaban porque las directrices que recibían de la metrópoli apuntaban cada vez más claramente hacia una retirada ordenada. Y los dirigentes africanos sabían perfectamente que de lo que se trataba era de tocar lo más brillantemente posible, para los fabricantes de la opinión europea, el teclado de la moderna política tal como aquéllos la entendían. No era indispensable que la partitura se mantuviera dentro de los límites de la «moderación» prooccidental: a veces, incluso era rentable subir los tonos. Nkrumah, Kaunda, Sekou Touré llegaron a ser virtuosos en este arte.

¿Existía una contraposición fundamental entre los anticolonialistas radicales, como se denominaba a algunos, y los dirigentes moderados? Formaba parte de las nuevas teorías sobre el imperialismo, de las teorías sobre el neocolonialismo y la dependencia, considerar a los jefes de Estado africanos sospechosos de ser «cabezas de puente», peones o incluso marionetas de las fuerzas blancas del capitalismo. A muchos de ellos se les ha hecho así una gran injusticia. La investigación histórica está hoy en condiciones de establecer en todos los casos si un partido africano llegó al poder en el curso de la descolonización por sus propias fuerzas o movido por la potencia colonial correspondiente. Pero en ningún caso, cuando esto último ha podido probarse, tiene un régimen surgido de tal manera por qué seguir siendo eternamente un receptor de órdenes de los dominadores extranjeros.

De hecho, las administraciones coloniales, con instrucciones más o (casi siempre) menos claras de sus respectivos gobiernos, intentaron contraponer partidos manejables a los auténticos movimientos de liberación. Pero los nombres de esos partidos son hoy en día conocidos tan sólo por los especialistas, ya que no tuvieron éxito. En el Africa francesa, únicamente en el Camerún derrotó la potencia colonial, en los años 1955-1960, a un fuerte movimiento de liberación matando a su principal dirigente. Se trata de la Unión de los Pueblos del Camerún (UPC), que había optado por la lucha armada. Dado que el norte islamizado del Camerún no quería decididamente saber nada de la UPC, Francia no tuvo la menor dificultad para, a partir de allí, preparar a un hombre joven como alternativa política, ponerle a la cabeza del gobierno y confiarle la independencia. Pero dado que este hombre sigue hoy, en 1980, dirigiendo el Camerún, que ha sofocado a la guerrilla de la UPC hace muchos años y ha sabido evitar el surgimiento de una nueva oposición, utilizando a la policía y a la justicia sólo como dos medios más, resulta peligroso menospreciarle considerándole mero figurón de una fachada neocolonial. El poder de un Ahmadou Ahidjo procede también de fuentes africanas,

y no sólo de los intereses de una u otra «fracción del capital» francés.

Parecida ambivalencia se da incluso en la descolonización del Zaire. Patricio Lumumba, el primer ministro asesinado en el año 1961, era sin duda un nacionalista radical que resultaba incómodo para muchos de los poderosos del mundo occidental, no sólo en Bélgica, sino mucho más allá. Le combatieron, se alegraron de su caída y quizá lleguemos a saber algún día quién fue exactamente el culpable de su muerte. También es cierto que la organización política creada por Lumumba —el Movimiento Nacional Congoleño (MNC)— pereció junto con él. Pero el grave conflicto que provocó la caída de Lumumba no fue ningún enfrentamiento con Bélgica, sino la desavenencia entre él y el secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld, sobre el desarrollo de la operación internacional en el Congo que el propio Lumumba provocara. Y quien le sucedió en el poder (primero en la sombra y desde 1965 a la luz pública), Mobutu, procedía políticamente del MNC de Lumumba, aun cuando seguramente su ascenso fuera apoyado discretamente con dinero y armas de la CIA. Ni siquiera este hasta cierto punto lamentable régimen del Zaire, incapaz de desempeñar los cometidos y de aprovechar las oportunidades de la independencia africana pese a todas las riquezas del país, puede ser globalmente tachado del capítulo de la política de liberación.

Los métodos de los movimientos de liberación no violentos de Africa han ahorrado con toda seguridad a los pueblos de estos Estados sacrificios en forma de derramamiento de sangre y las miserias del exilio o la evacuación y la destrucción. En estos pueblos liberaron energías políticas lo bastante intensas y duraderas como para obligar a las potencias coloniales a decidir la retirada. El hecho de que estos métodos fueran tomados prestados por lo regular del arsenal político de Europa —organizaciones de partido, campañas electorales, huelgas, relaciones públicas— obedeció a un propósito de los dirigentes africanos, puesto que se proponían influir en sus antagonistas europeos. Los métodos resultaron eficaces para esta finalidad. Lo único que demostró ser un error fue la esperanza humanamente comprensible de los nuevos jerarcas africanos en que, con los mismos métodos, podrían más tarde dominar automáticamente los problemas de la independencia.

Los movimientos de liberación armados, primero en Argelia y luego en el Africa portuguesa y en el resto del Africa austral, han escrito un nuevo capítulo de la historia de la descolonización. Algunos de ellos —sobre todo el ANC sudafricano— han surgido a partir de movimientos anticoloniales que actuaban legalmente y que respondían exactamente al tipo de movimiento pacífico ya descrito. Precisamente el ANC contó, hasta muy entrada la década

de 1950, con una dirección discreta y moderada. Su entonces presidente, Albert John Lutuli, premio Nobel de la paz, es recordado con razón como símbolo de la no violencia también en Alemania. Quizá le resultara personalmente dura la renuncia a las armas, ya que la historia de los zulúes, su «comunidad», es preponderantemente una historia bélica. A pesar de ello, las acciones de protesta del ANC (al igual que las de la política negra de Rhodesia llevada por Joshua Nkomo) no fueron nunca más allá, hasta 1960, de lo que hicieran Nkrumah o Azikiwe en el Africa occidental. Los discursos del Dr. Hastings Banda en Malawi, al que hoy se considera archi-neocolonialista por su colaboración con los blancos de Sudáfrica, resultaban mucho más provocadores.

Sabido es que los dominadores blancos hicieron oídos sordos a la política negra en Sudáfrica y Rhodesia, como anteriormente a la política musulmana en Argelia. En el Africa portuguesa, bajo la dictadura de Salazar, no podía de entrada existir política de oposición legal alguna, y mucho menos una política negra de liberación. La consecuencia en todos estos países fue la decisión de conseguir la liberación mediante la lucha armada. Se suscitaron así nuevos problemas de organización política y estrategia hasta entonces desconocidos en Africa.

La experiencia demostró en seguida que todo intento de movilizar a las masas inmediatamente para la rebelión armada, de manera análoga a como los movimientos de liberación no violentos las habían movilizado para manifestarse o formar piquetes de huelga estaba condenado al fracaso. El FLN argelino nunca lo intentó; limitó voluntariamente la acción militar abierta, la conquista y consolidación de zonas liberadas en 1954-55, a los macizos montañosos de difícil acceso, pero trató también de crear en las ciudades, bajo la superficie de la dominación francesa, un aparato político efectivo, al tiempo que demostraba una capacidad militar de ataque por lo menos mediante atentados terroristas. Pero incluso esto no le salió bien al FLN: en 1957-58 el ejército francés le infligió una dura derrota en la capital, Argel, recurriendo a métodos también terroristas: la tortura de los prisioneros. En el norte de Angola, en marzo de 1961, la Unión Popular (UPA) de Holden Roberto, reclutada entre los bakongo, consiguió producir entre amplias masas un levantamiento espontáneo. Una vez más el contraterror organizado de las fuerzas militares coloniales demostró ser superior y la revuelta fue aplastada. En Sudáfrica, los actos de sabotaje de la *Lanza de la Nación* (que practicaba la violencia sólo contra las cosas no contra los hombres), con los que los dirigentes más jóvenes del ANC, reunidos en torno a Nelson Mandela, quisieron obligar al gobierno blanco a transigir [14], terminaron en julio de 1963 al ser detenidos de golpe todos sus dirigentes, 17

personas, como consecuencia de una delación que llevó a la policía hasta el cuartel general de los insurgentes.

Todos los movimientos de liberación beligerantes pasaron después de estos reveses a una segunda fase en la que desarrollaron la estrategia de la «guerra popular» que en 1954 había asegurado la victoria de Vietnam sobre Francia y veinte años más tarde había obligado a retirarse de aquel país incluso a la superpotencia norteamericana: junto a la guerrilla formaron tropas regulares en zonas de seguridad que estaban fuera del alcance de los ataques del enemigo. Durante la primera guerra de Vietnam, estas zonas se encontraban dentro del propio territorio vietnamita, aun cuando estuvieran adosadas a la frontera china; en Africa se situaron más allá de las fronteras del país en el que se combatía, en el territorio de Estados vecinos «partidarios de la liberación». Si además podía conseguirse en ese punto ayuda técnica suficiente de una potencia militar competente, en materia de armamento y entrenamiento del ejército de liberación, esta estrategia proporcionaba al movimiento considerables ventajas militares, y por tanto también políticas, con respecto al enemigo colonial, obligado a mantenerse a la defensiva y a soportar un prolongado esfuerzo bélico.

Pero junto a estas ventajas surgieron también algunos inconvenientes. En la segunda fase de la guerra popular, la organización se veía tanto más amenazada en su unidad cuanto más se prolongaba esta fase. Pues había por lo menos dos aparatos, y en algunos casos hasta tres y cuatro, que tenían que desarrollarse por separado, con el consiguiente riesgo de formación de cúspides dirigentes diversas: en primer lugar, la organización en el exilio, dirigida por lo general por políticos civiles que con anterioridad habían actuado legalmente en su patria; en segundo lugar, el mando militar de las tropas establecidas en las zonas de seguridad; allí donde la guerrilla seguía desarrollando una actividad en el interior del país, había que añadir, en tercer lugar, el mando de la guerrilla en la clandestinidad o en los territorios liberados, aislado de los que luchaban en las zonas de seguridad; cuando la potencia colonial blanca no reprimía todo lo que recordara de lejos a una política africana, tenían que surgir en cuarto lugar, en el curso de los años, nuevos grupos que sirvieran nuevamente de portavoces del pueblo negro en el marco de la legalidad colonial.

Todos estos procesos generaron equipos dirigentes que corrían el peligro de malgastar sus energías en solventar la rivalidad entre ellos en lugar de combatir al enemigo común. Nuevas oleadas de prohibición condujeron a la emigración de otra generación de políticos negros, reforzando las tendencias separadoras. En Argelia, las tensiones internas del FLN se centraron en la contraposición existente entre los jefes del «maquis» (es decir, de la guerrilla

que operaba en las montañas), que permanecían en el interior del país, y el estado mayor del «ejército del exterior» (en Tunicia y Marruecos) que mandaba Huari Bumedián, posteriormente presidente. El ejército francés hacía naturalmente todo lo posible por cortar los intercambios personales entre el «maquis» y el exterior, con lo que no sólo se debilitaba militarmente la rebelión en el interior, sino que se atizaban las desavenencias entre sus dirigentes. Acabó triunfando el estado mayor de Bumedián.

En el FRELINO mozambiqueño, tras el asesinato de su fundador, doctor Eduardo Mondlane, que murió en el exilio en Tanzania el 3 de febrero de 1969, la dirección pasó al comandante militar Samora Machel, aunque éste controlaba también los territorios liberados cercanos a la frontera tanzana y no permitió por tanto que surgiera ningún oficial de la guerrilla que le hiciera sombra. En Angola, el civil Agostinho Neto decidió a su favor la lucha por el poder frente a Daniel Chipenda en 1975. Hasta ese momento Chipenda había tenido el control directo del «ejército exterior» del MPLA en Zambia. En el PAIGC (Guinea-Bissau y Cabo Verde), el asesinato del secretario general en el exilio en Conakry (por soldados amotinados de su ejército) no consiguió destruir las estructuras de poder: el aparato político del partido se impuso, a pesar de la pérdida de su mejor cerebro, hasta la victoria sobre los portugueses.

Especialmente dramáticas han sido y son las luchas internas en los movimientos de liberación de Zimbabwe/Rhodesia y Sudáfrica, luchas que no son resultado casual de debilidades humanas, sino que están determinadas estructuralmente y deben ser consideradas por tanto como inevitables. Constituye un buen ejemplo la historia del exilio del ZANU, bajo cuya bandera consiguió Robert Mugabe en 1980 el voto de confianza masivo del pueblo negro. El fundador del ZANU, Ndabaningi Sithole, perdió el control sobre el aparato del exilio porque en 1964 prefirió la prisión rhodesiana al exilio. Cuando recuperó finalmente la libertad en 1975, hombres nuevos consiguieron ponerle fuera de juego empujándole a una reconciliación prematura con el poder blanco, reconciliación que arruinó políticamente a Sithole. No ha podido esclarecerse quién colocó el 18 de marzo de 1975 la bomba bajo el coche del nuevo dirigente del ZANU, Herbert Chitepo, que le causó la muerte cuando se encontraba en Lusaka (Zambia). Sólo después de su desaparición subió la estrella de Mugabe. El Frente Patriótico, en el que Mugabe precavidamente, desde su nuevo exilio en Mozambique, se unió con Joshua Nkomo, que seguía residiendo en Lusaka, fue siempre una rivalidad controlada y no una alianza. Cada partido conservó su propio ejército: el ZAPU de Nkomo estacionó sus tropas, con el fusil a mano, en las zonas

de seguridad, tras haber realizado una incursión convencional en Rhodesia, junto con el ANC sudafricano, en 1967. En cambio, el ZANU envió desde 1972 sus comandos a Rhodesia, donde arraigaron como guerrilla.

En lo único que estaban de acuerdo el ZANU y el ZAPU era en su común oposición al obispo Muzorewa. Mientras los líderes históricos de la política de liberación negra, Nkomo y Sithole, estaban aún en la cárcel, el obispo se dejó convencer, a finales de 1971, para dar de nuevo una voz al pueblo negro en el marco de la legalidad colonial. Se necesitaba urgentemente esa voz para demostrar a Gran Bretaña que la mayoría de los habitantes de Rhodesia rechazaba el sospechoso pasteleo que acababa de realizarse con el gobierno rebelde blanco de Ian Smith. Muzorewa tuvo pleno éxito en este cometido. No era una marioneta de los blancos, ni de los de Londres ni de los de Salisbury. Había elegido para la liberación de los negros de Zimbabwe la misma estrategia no violenta que había conducido al éxito en docenas de países al norte del Zambeze. Muzorewa fracasó en 1980 por no ser capaz de superar la contradicción existente entre su política y la presencia de la guerrilla del ZANU/FP, al modo en que, si bien en condiciones muy distintas, Jomo Kenyatta consiguiera en 1963 incorporar la tradición de lucha del *mau-mau* a su estrategia de negociación. Puestos ante la opción democrática de votar por un Muzorewa que había llegado a un medio entendimiento con Ian Smith o por un Mugabe cuyos soldados se concentraban invictos en los campamentos previstos por el alto el fuego, el pueblo negro de Zimbabwe eligió en un 63 por 100 a quien había llevado la lucha armada de liberación [15]. Nkomo no pasó de un apoyo masivo por parte de su propia etnia, el pueblo ndebelé. Probablemente su estrategia de conservar intactas las tropas regulares del ZAPU para el día X, siguiendo el modelo argelino, le fue sugerida por sus amigos soviéticos, pero no despertaron con ella el entusiasmo del pueblo.

En Sudáfrica no fue posible el desarrollo de una guerra popular hasta 1975, ya que no existían zonas de seguridad al otro lado de las fronteras. Ningún movimiento de liberación se atrevió a desencadenar una acción guerrillera sin este respaldo. Desde 1975 Mozambique ofreció teóricamente esa posibilidad de estacionamiento de un «ejército exterior», y en 1980 vino a añadirse Zimbabwe. Quizá no tarde en sumarse también una Namibia regida por el SWAPO. El «ejército exterior» del ANC existe desde hace tiempo, armado probablemente, en Zambia y Tanzania sobre todo, con los mismos fusiles soviéticos que el ejército del ZAPU de Nkomo. También el PAC rival posee unidades militares, pero que son mucho más débiles.

Si hasta hoy no ha estallado ninguna guerra de guerrillas ni ninguna lucha fronteriza contra la república blanca de Sudáfrica no se debe a que los movimientos de liberación tradicionales, empujados al exilio en 1960, hayan renunciado a la lucha armada. Es evidente que se debe más bien a los temores del gobierno de Mozambique a sufrir las represalias del temido ejército de la Sudáfrica blanca si da asilo amistoso a un ejército del ANC en las cercanías de la frontera sudafricana, cuando el puerto de Maputo es mantenido en servicio por técnicos sudafricanos y la economía del Estado puede hacer uso del oro de Sudáfrica que se paga directamente al gobierno revolucionario marxista del FRELIMO por el trabajo de los emigrantes mozambiqueños en aquel país. Pero también puede que contribuya a la actitud vacilante de Samora Machel el hecho de que el movimiento de liberación sudafricano está tan dividido internamente que sería muy difícil que esta situación no paralizara su libertad de acción. Predomina la oposición entre los cuadros dirigentes del ANC y del PAC, por una parte, que llevan veinte años en el extranjero (y que están tercamente enemistados unos con otros), y, por otra parte, las generaciones de políticos negros partidarios de la liberación que han ido surgiendo desde 1960 en el interior de Sudáfrica.

Los gobernantes blancos de Pretoria han sido siempre lo suficientemente listos como para dejar un poquito abiertas algunas válvulas de seguridad de unas actividades políticas o culturales politizadas. Es decisivo que se trate de varias y diversas válvulas. El esquema del «gran *apartheid*» siempre ha servido para esto. Hasta hoy, incluso los *verligte,* es decir los dirigentes del pueblo africano blanco supuestamente ilustrados, se aferran a la versión de que Sudáfrica consta de «nueve naciones negras, los habitantes de origen asiático, la gente de color y los blancos» [16]. Eso significa nueve «Estados negros» distintos —anteriormente se decía *homelands* (patrias) bantúes—, cada una con su primer ministro.

Algunos negros han aceptado el juego y hasta han recibido una «independencia» política de manos de los blancos. El primero de ellos fue el emperador Matanzima de Transkei (una de las dos *homelands* de los xhosas) en octubre de 1976. Puede que subjetivamente se sienta el liberador de su reducido pueblo; la OUA y las Naciones Unidas, así como la mayoría de los restantes políticos negros de Sudáfrica, del exilio y del interior, le han condenado por dividir a la nación. Por lo menos uno de los ocho restantes máximos representantes que en el interior de Sudáfrica tienen derecho a hablar en nombre de los negros intenta desde 1975 utilizar su *bantustán* como plataforma de una actividad que constituye un nuevo intento de política de liberación no violenta para la totalidad del pueblo negro sudafricano. Se trata de

Gatsha Buthelezi, presidente del consejo de ministros de Kwazulu. El instrumento del que se sirve para ello es la Inkatha YeNkululeko YeSizwe, la «Asociación para la Liberación de la Nación», surgida en 1975 a partir de una agrupación étnico-cultural zulú. Buthelezi expresa con toda claridad, de palabra y por escrito, que entiende por nación que debe ser liberada, no sólo a la zulú, sino a la totalidad del pueblo negro sudafricano. La cuestión es si los no zulúes estarán dispuestos a entrar en el juego, sobre todo la joven generación de los que tienen una educación algo superior. La Inkatha se remite orgullosa a sus 150 000 afiliados. Esta cifra estaría en el mismo orden de magnitud que los aproximadamente 100 000 cotizantes que el ANC pudo conseguir en el punto culminante de la lucha no violenta con Lutuli en la década de 1950. Pero los portavoces de los intelectuales negros en las zonas de acuartelamiento de los habitantes de las ciudades industriales (Soweto entre otras), que hablan en nombre del movimiento que desde 1970 ha adoptado el lema de *Black Consciousness* (Conciencia Negra), niegan vehementemente a la Inkatha toda influencia sobre las masas urbanas fuera del pueblo zulú. Para ellos, Gatsha Buthelezi es un traidor a la causa de la liberación a quien, puesto que colabora con la dominación blanca, le espera igual suerte que al obispo Muzorewa de Zimbabwe. ¿Quién tiene razón? La atmósfera del Estado policíaco y represivo que indiscutiblemente es Sudáfrica para sus habitantes negros hace imposible dar una respuesta. Tampoco los sondeos de opinión realizados por profesionales pueden arrojar en esta atmósfera unos resultados políticos fiables [17].

La Inkatha y el movimiento Black Consciousness, ambos sobre el suelo sumamente delgado y quebradizo de la legalidad que todavía les tolera la policía blanca, parecen mucho más afanados en cavar la fosa que les separa y en insultarse por encima de ella que en cavar la fosa de la dominación blanca. Tampoco esto se debe a una debilidad personal de Gatsha Buthelezi ni de cualquiera de los intelectuales negros conscientes, sino a las circunstancias en las que se desarrolla la política de liberación africana frente a la Sudáfrica blanca.

En octubre de 1977, el gobierno blanco prohibió casi todos los grupos organizados del movimiento Black Consciousness. Algunos de sus portavoces huyeron al extranjero. Allí la mayoría de ellos decidieron, tras muchas vacilaciones, constituir una representación propia en el exilio. Esto significaba que no podían unirse ni al ANC ni al PAC ni al grupo escindido del ANC en 1975. El fraccionamiento de la política del exilio negro sigue progresando. Tan sólo en dos puntos de esta trama parece no haber disputas:

1. Todavía no se ha oído decir que en la organización en el exilio del ANC, que desde 1969 está estrechamente vinculada al Partido Comunista Sudafricano (SACP), se haya producido ningún conflicto entre civiles y militares. Los principios, definidos y practicados por Lenin, de la concentración del poder en la cúspide civil del partido, el denominado «centralismo democrático», se han preservado evidentemente en el ANC.

2. El ANC en el exilio y la Inkatha de Gatsha Buthelezi se han reconciliado. Esto se observa tan claramente en la literatura de combate del ANC, difundida internacionalmente —literatura que no se anda con miramientos a la hora de atacar a los colaboracionistas de los *bantustanes*— que tiene que tener alguna base política. Buthelezi, que fue en su juventud, con anterioridad a 1960, miembro activo del ANC, utiliza los colores de este movimiento de liberación clásico y proclama que la Inkatha es la organización sucesora del viejo ANC de los años de Lutuli.

No hay pruebas de una colaboración a nivel organizativo entre el ANC del exilio y la Inkatha. Pero en el futuro todo dependerá de que los políticos negros consigan, por encima del abismo de los decenios transcurridos, coordinar una lucha de liberación no violenta en el interior con la construcción de una política en el exilio que se equipe militarmente y se prepare para la lucha armada como *última ratio* con vistas al derrocamiento de la dominación blanca.

IV. LA RESISTENCIA BLANCA

Solamente allí donde la resistencia blanca a la liberación de los pueblos africanos ha sido tan radical y tenaz que no les ha cabido a los movimientos africanos la esperanza de superarla mediante acciones no violentas, se han visto obligados éstos a adoptar la variante violenta de la política de liberación. La resistencia blanca en Argelia y en el Africa austral deben valorarse por lo tanto de manera distinta a las escaramuzas de retirada de las potencias coloniales en los restantes países del continente. El hecho de que en Argelia, Sudáfrica y Rhodesia/Zimbabwe vivieran o vivan considerables minorías blancas contribuye a explicar la diferencia, pero no es decisivo. Mozambique y Guinea-Bissau nunca fueron colonias de asentamiento y en Angola tampoco tenían los colonos blancos ninguna influencia política. Por otra parte, en Kenia, Zambia, Marruecos y Tunicia las potencias coloniales llegaron a un acuerdo con los movimientos de liberación africanos a pesar de la existencia de colonos blancos.

¿En qué radica entonces la diferencia? Probablemente en la naturaleza de lo que los dominadores blancos, en su apurada situación, trataban de salvar, en lo que primordialmente consideraban que necesitaba preservarse. Pues a buen seguro había algo que los políticos y las fuerzas sociales de Gran Bretaña, Francia y Bélgica querían conservar e imponer cuando en 1960 arriaron sus banderas sin resistencia digna de mención. Y ese algo era la influencia económica, conseguida también en parte por medio de la perpetuación de las relaciones culturales, sobre todo de los respectivos idiomas oficiales, inglés y francés, y del sistema educativo establecido durante la era colonial. Esta influencia en las sociedades africanas, en las que algunos pequeños sectores habían pasado a depender de la sociedad industrial occidental debido a la modernización, mientras que los restantes, los sectores mucho más amplios del modo de vida «tradicional», se habían visto conmocionados en sus cimientos, significaba en concreto prosecución del acceso de la economía industrial occidental a las riquezas del subsuelo de Africa y continuidad, en segundo lugar, del suministro a los consumidores occidentales de las materias primas agrarias africanas en condiciones que se plegaban a los intereses y deseos de Occidente. La otra cara de este clásico «pacto colonial», la apertura del mercado africano a los productos de la industria occidental, no parecía nada problemática, ya que eran los propios movimientos de liberación africanos los que prometían a sus pueblos una vida moderna mejor, y aspiraban en consecuencia a comprar a Occidente, no como antes abalorios de vidrio y licores baratos, sino instalaciones fabriles, automóviles, tecnología y, por añadidura, mucho, demasiado licor caro. Para poder pagar como fuera estas mercancías los nuevos gobiernos africanos tuvieron que recurrir a los pocos productos que producían sus campesinos y obreros y venderlos en el mercado mundial. Por mucho que se quejaran de disponer solamente de materias primas, una sola o varias, según el país, no podían cambiar nada de momento, y mucho menos podían «desengancharse», puesto que habían confeccionado sus programas sociales sobre la base de una modernización sin conflictos.

Los que en Occidente tomaban las decisiones estaban evidentemente convencidos, en la era de la rápida descolonización del Africa tropical, hacia 1960, de que la liberación política no dañaría a sus intereses económicos. Y así ha sido en efecto. El Africa liberada sólo ha podido establecer algunas reformas secundarias por su propio esfuerzo y en condiciones determinadas primordialmente por las reglas tradicionales del intercambio económico, viéndose atada a la Europa occidental de cuyo concierto forman parte las antiguas «madres patrias» coloniales. Y esa es la situación de

hoy. Examinaremos a continuación qué probabilidades tiene de mantenerse estable de cara a un futuro lejano a partir de 1980.

En algunos de los países de Africa, las circunstancias sociales de partida eran distintas. Sobre todo Argelia y Sudáfrica estaban ya industrializadas hasta cierto grado cuando surgieron, a partir de 1945, los movimientos de liberación autóctonos. Por lo menos el sector moderno era más amplio y por tanto más independiente con respecto a la metrópoli europea, en todo caso en Sudáfrica. Pero en cambio el sector «tradicional» de la sociedad autóctona resultó a todas luces más gravemente afectado que en el Africa tropical. Sus dispositivos tradicionales de garantías sociales habían dejado de funcionar. En los «vertederos» humanos de las *homelands* sudafricanas y de las montañas argelinas se apiñaban los pequeños agricultores, depauperizados al mismo ritmo que los parados de los barrios de chabolas o *bidonvilles*.

Para los movimientos de liberación esto suponía que ya no podían movilizar a unas sociedades rurales medio intactas en defensa de los restos de su tradicional forma de vida dignos de ser conservados. Tenían que limitarse a llamar a la acción a los obreros industriales (junto con los parados). Las huelgas y otras acciones de resistencia (como la *defiance campaign* sudafricana) afectaban de modo directo a los intereses de los empresarios industriales. En cambio en el Africa tropical las casas mercantiles y los trusts mineros sólo realizaban negocios marginales con los pequeños campesinos.

A los políticos del mundo blanco les asustaba sobre todo la perspectiva de dejar en manos de los nativos el control de las sociedades semiindustrializadas de Argelia y Sudáfrica. Temían que en tal caso las máquinas se pararían, no por mala intención, sino por falta de un mantenimiento experto. A los ojos de muchos políticos occidentales, los dirigentes de los pueblos africanos sólo estaban probablemente capacitados para gobernar una nación de agricultores con una economía de subsistencia, como mucho de plantadores de cacao. Si un experimento de este tipo fallaba y se reducía la exportación de cacao en Europa, sólo sufriría las consecuencias la industria del chocolate, que al fin y al cabo no es una industria de punta en las potencias industriales. Pero cosa muy distinta era confiar a los africanos las minas de oro de Sudáfrica o los yacimientos de petróleo y gas natural que acababan de descubrirse en Argelia.

Por eso luchó Francia durante siete años tratando de conservar Argelia y por eso luchará también la Sudáfrica blanca. No resulta ya tan fácil explicar por qué quiso Portugal conservar sus colonias metiéndose en una guerra hasta que su propio ejército llegó a hartarse en 1974 del sacrificio de sangre que imponía. Cabe su-

poner que al dictador Salazar y a su sucesor Caetano les faltó la confianza en la fuerza económica de la propia nación que poseían los gobiernos de Francia, Inglaterra y Bélgica. Cuando Portugal arriara su bandera, temían, otras naciones occidentales con mayor poder capitalista desplazarían de Angola y Mozambique también a los intereses económicos de Portugal. Pero lo que resulta un misterio es por qué creyeron que la débil y empobrecida nación portuguesa podía soportar una guerra de años.

En París y en Pretoria hubo, o hay, con toda seguridad razones políticas que añadir a los cálculos económicos y financieros para reforzar la decisión de oponerse por las armas a la descolonización. Resulta difícil comprender por qué la población de Gran Bretaña se avino a disolver sin lucha el imperio mundial británico, mientras que los franceses mantuvieron al fin y al cabo una guerra de años para no tener que despertar del sueño de que «el Mediterráneo corre por medio de Francia como el Sena por medio de París». En cambio en Sudáfrica está claro que la población blanca considera la afirmación de su dominio político sobre los negros como algo absolutamente vital.

La esencia última del sistema político que se conoce con la fórmula abreviada de *apartheid* no es la discriminación social de la gente en función de su color de piel, ni tampoco la segregación espacial de las «razas» o la situación económicamente peor a la que se fuerza a los negros. Estos elementos forman parte del *apartheid,* pero el gobierno de los sudafricanos blancos puede cambiarlos, reducirlos e incluso suprimirlos en algunos ámbitos sin por ello rendirse. La esencia de su dominación consiste en la denegación del poder político. La población negra de Sudáfrica está totalmente excluida del poder de disponer de su país: tan sólo marginalmente, lejos de los centros vitales de la nación, se ha previsto una soberanía dispersa en diez reservas [18] llamadas «Estados negros» que, incluso después de los planes de consolidación, no dispondrán en modo alguno de un territorio propio.

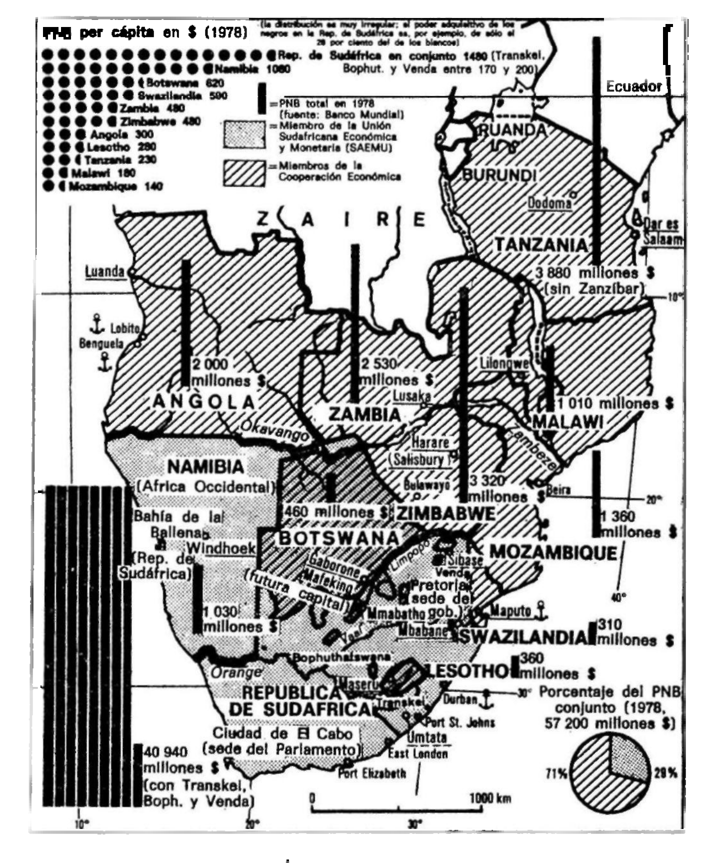
Se puede afirmar con toda razón que la soberanía de la mayor parte de los Estados africanos tiene pies de barro, y se puede aplicar con creces esta afirmación a los débiles vecinos de la República de Sudáfrica —Lesotho, Swazilandia, Botswana—, que deben tan sólo a eventualidades históricas (por ejemplo, a la habilidad diplomática de un soberano del siglo XIX) el no haber sido arrollados por el colonialismo interno de los africanos blancos como lo fueron los zulúes o los xhosas. Pero mucho menos soberanos todavía son Transkei y los restantes «Estados negros». Esta afirmación es independiente de las doctrinas que el Africa de la OUA haya conseguido imponer internacionalmente y que impiden el reconocimiento en todo el mundo de la independencia de los *ban-*

tustanes. La hacemos aquí únicamente como parte de la argumentación según la cual la esencia de la política de *apartheid* es la denegación de todo poder político al pueblo negro sudafricano. La «liberación» aparente que representan los *bantustanes* no quita validez a esta tesis, puesto que estos Estados-reserva no constituyen el territorio en el que vive y trabaja el pueblo negro, sino tan sólo una especie de patio interior. El legítimo derecho de autodeterminación del pueblo negro se refiere a la totalidad de Sudáfrica.

El pueblo sudafricano blanco proclama su soberanía exactamente sobre el mismo territorio, excluidos los *bantustanes*. Conquistó el territorio y se constituyó en él como Estado nacional unitario lo más tardar en 1910, cuando Gran Bretaña concedió la autonomía a la Unión Sudafricana. El contexto vital, social y económico del pueblo blanco se extiende asimismo a la totalidad del territorio de Sudáfrica. Chocan aquí dos pretensiones de soberanía que se excluyen mutuamente, y tanto el pueblo negro como los blancos estan firmemente convencidos de la legitimidad del derecho que proclaman, y por tanto de lo justo de su lucha. Hasta ahora se ha impuesto la Sudáfrica blanca. En el interior, esta imposición se consigue mediante una legislación y una administración de justicia muy rígidas que afianzan cada vez más el fundamento del *apartheid*, que es precisamente la exclusión del pueblo negro de todo poder político.

Esta represión con métodos legales tiene raíces seculares en la historia de Sudáfrica. A partir de su victoria electoral de 1948, el Partido Nacional no ha hecho sino convertir esta política represiva en un sistema con una lógica implacable. Los detalles del entramado legal, las estadísticas sobre las penas de muerte y la descripción de otros actos de la administración de justicia están reflejados en la literatura especializada. Una importancia política central tiene la denegación del derecho de voto para las elecciones al parlamento. La constitución política de la Sudáfrica blanca sigue siendo (aunque amenazada por un poder policial que crece y se multiplica de día en día) la de una democracia burguesa, con el parlamento como piedra angular de los poderes. El gobierno del Partido Nacional ha limpiado los censos electorales de negros y de todos los demás «no blancos» que con anterioridad a 1948 se habían «incrustado» en ellos al amparo del liberalismo tradicional de la colonización británica. Todas las demás facetas de la política del *apartheid* se derivan de este hecho, y nadie que tenga actualmente algo que hacer o que decir en el Estado intenta tocar lo más mínimo este fundamento; tampoco en la nueva era del primer ministro Botha.

Como ya hemos dicho, no se reprime totalmente la actividad



Mapa 13. *La República de Sudáfrica y sus vecinos.*

política negra. Hasta 1960 el ANC podía tener actividades públicas. Las asociaciones del movimiento Black Consciousness tardaron siete años en ser prohibidas. Hasta ahora se tolera a la Inkatha de Gatsha Buthelezi. Bajo el manto de las Iglesias cristianas han aparecido en 1980 nuevos brotes del movimiento Black Consciousness (aun cuando el manto eclesial nunca haya sido un obstáculo que haya impedido intervenir a la policía). Hay sindicatos de obreros industriales negros. Hasta ahora han estado excluidos de las negociaciones de los convenios colectivos, pero ésa es una de las

medidas socioeconómicas proteccionistas susceptibles de cambio, y que probablemente se cambiarán, sin poner en peligro la esencia del *apartheid*. Al estudiar la política sudafricana se tiene la impresión de que el gobierno blanco ha estado permitiendo conscientemente durante decenios la actividad política negra exactamente en la medida necesaria para poder observar el desarrollo de cada nueva generación de políticos negros. Y luego ha procedido con perfecta regularidad, como quien corta la hierba con una segadora automática, a poner en marcha la maquinaria de la legislación y la administración de justicia, e inmediatamente han desaparecido en el exilio o en las cárceles las figuras más destacadas de cada generación negra; nunca han faltado tampoco los activistas que han terminado en el patíbulo.

Esta estrategia de imposición política interior ha tenido pleno éxito hasta ahora para los dominadores blancos de Sudáfrica (que incluso sofocaron sin gran esfuerzo la rebelión de Soweto y de otras ciudades sudafricanas en 1976), pero simultáneamente Sudáfrica ha sufrido desde 1974 serios reveses en sus esfuerzos por asegurarse un respaldo exterior. Fue el primer ministro Vorster el primero en reconocer la necesidad de este respaldo exterior, hacia 1970. Antes Sudáfrica no se había tomado en serio la amenaza que representaban para los intereses blancos la política de liberación de la OUA y el armamento militar de los movimientos del exilio. Vorster introdujo esta doble estrategia: por un lado intentó, invirtiendo las enseñanzas de la guerra popular de Vietnam, establecer un cordón de zonas de seguridad que rodearan a Sudáfrica, un territorio controlado militarmente en el que se desangraran los atacantes sin poder a su vez impedir las operaciones militares sudafricanas. Con esta finalidad respaldó a Portugal para que siguiera combatiendo en Angola y Mozambique, ayudó a los blancos de Rhodesia en su rebelión contra la política de descolonización blanca y se aferró al Africa occidental (Namibia). Por otra parte Vorster ofreció un diálogo a los Estados de la OUA con el fin de llegar a un entendimiento. Con la oferta de ayuda económica, quería conseguir que la OUA aceptara el monopolio del poder político ejercido por los blancos en Sudáfrica, poniéndolo bajo la protección de su carta, del mismo modo que ha aceptado y protegido el monopolio del poder de partidos unitarios, juntas militares o dictadores en determinados Estados africanos al norte del Zambeze. También en las Naciones Unidas se considera poco cortés inmiscuirse en los asuntos internos de un Estado soberano en general. Así pues, los propósitos de Vorster no carecían del todo de lógica.

Pero nadie en la OUA estaba dispuesto (ni siquiera los iniciales

propugnadores del diálogo que rodeaban a Houphouet-Boigny) a entrar en negociaciones con la Sudáfrica blanca sobre esta base. A los ojos de los africanos negros y musulmanes, que acababan de sacudirse el yugo del colonialismo exterior de Europa occidental, el monopolio del poder por la minoría blanca sudafricana era una modalidad interna del mismo colonialismo y por tanto se trataba, como cuestión de principio, de un problema muy diferente del que pudieran representar las degeneraciones del poder político en la propia casa.

Es discutible la exactitud de la apreciación de los gobiernos de la OUA. Puede ser que las dictaduras de minorías de distinto tipo estén más estrechamente relacionadas entre sí y sean más comparables que los sistemas coloniales de tipo interno y externo. Quizá la prisión arbitrariamente aplicada y la tortura le duelan a un hombre lo mismo si el director de la prisión tiene un color de piel distinto del suyo como si es de su misma piel. Pero tales reflexiones han sido ajenas al Africa de la OUA durante los primeros veinte años de su existencia. La OUA le negó al primer ministro del pueblo africano blanco la admisión en la gran familia de los jefes de Estado africanos.

Tampoco ha podido mantener Sudáfrica el territorio militar. La guerra librada a través de Portugal fue perdida, y la retirada forzosa de los comandos militares sudafricanos de Angola a comienzos de 1976 reveló los límites con los que tropiezan las fuerzas armadas sudafricanas: sin tener los flancos protegidos por una superpotencia no tienen capacidad para operar en grandes espacios. En Zimbabwe y Namibia la Sudáfrica blanca intentó repetir algo que Francia e Inglaterra ya hicieran sistemáticamente en sus colonias, y casi siempre con éxito: aprovechar las rivalidades entre los distintos movimientos de liberación y contribuir a decidir qué negro había de gobernar cuando ya no pudiera seguir gobernando un blanco. Sudáfrica incluso tuvo la inteligencia suficiente como para no fabricar marionetas *ad hoc* e impulsó a políticos negros que luchaban auténticamente por la liberación. Tal fue el caso del obispo Muzorewa, que lo había demostrado desde 1971, y del príncipe heredero Clemens Kapuuo, aun cuando su influencia no abarcara más allá de su propia etnia de los herero. Kapuuo fue asesinado el 27 de marzo de 1978 y Muzorewa fue vencido políticamente. Fueron dos derrotas para Sudáfrica. Un político negro que se deje promover por los blancos sudafricanos se juega con ello, a los ojos de su pueblo, el prestigio como liberador. Dentro de las fronteras de la República de Sudáfrica, Gatsha Buthelezi está bailando en la cuerda floja.

No está del todo claro cuál va a ser el resultado de la lucha en torno a Sudáfrica. Hay muchos factores que hablan a favor de que la mayoría negra de este país acabe sacudiéndose la dominación colonial blanca interior del mismo modo que los restantes pueblos africanos se han sacudido el colonialismo exterior. Pero científicos y activistas han previsto más de una vez plazos para la culminación de esa liberación o para el comienzo de la guerra de liberación y esos plazos han resultado erróneos. El historiador, en este caso más que en ningún otro, debe guardarse de jugar a los profetas.

Si el dominio que ejerce la minoría blanca en Sudáfrica se prolonga durante mucho tiempo, la situación en el resto de Africa será una de las causas. Y no solamente en el sentido de que los Estados de la OUA son demasiado débiles como para ponerse eficazmente del lado de los movimientos de liberación sudafricanos: también las condiciones internas que se dan en el Africa liberada tienen que ver en el retraso del proceso.

Nadie sabe exactamente por qué las colonias del Asia central que la Rusia zarista conquistó más o menos hacia la misma época en que Inglaterra y Francia construían sus imperios africanos siguen hoy viviendo pacíficamente dentro de la federación política de la Unión Soviética, sin que se haya oído hablar, con posterioridad a 1945, de ningún movimiento independentista digno de mención. ¡Y eso en una época de ebullición fundamentalista musulmana en el resto del mundo islámico! Quizá contribuya a ello el carácter del sistema de gobierno heredado de Stalin por el Partido Comunista de la URSS. Pero podría también tener su importancia el hecho de que los turcomanos, uzbecos, tayiks y demás ciudadanos musulmanes de la Unión Soviética viven mejor que los mahometanos de Estados vecinos como Irán, Afganistán (antes de 1978) y Pakistán. La República de Sudáfrica está en perfectas condiciones para ofrecer también a la gran mayoría de sus habitantes negros una vida mejor que la existente en Malawi, Zaire, Zambia, o incluso en los países socialistas modelo, Mozambique y Tanzania.

Desde luego que no sólo de capacidad adquisitiva vive el hombre y los sobres del salario algo más llenos no explican por sí solos por qué Sudáfrica practica (como parte de sus leyes represivas de *apartheid*) el *influx control*, es decir, por qué erige barreras burocráticas a la libre *migración* de los negros a sus ciudades, mientras que hay otras dictaduras de nuestro tiempo que tienen que amurallar sus fronteras para evitar que sus hijos se *escapen*. El concepto de vida mejor comprende la vida bajo una administración como es debido, la vida en el disfrute de los derechos de

libertad individual y colectiva, y también la vida con la aspiración de aproximarse poco a poco a la igualdad política con los demás ciudadanos. Y en todos estos aspectos la situación para los negros sudafricanos no es verdaderamente la mejor. El hecho de que el dominio blanco se pueda seguir permitiendo mantener estas condiciones está relacionado con la realidad de que en muchos países del Africa liberada el panorama de los derechos humanos, de la democracia y de la práctica de una política social justa a medias es igual de malo o todavía peor. Los negros sudafricanos lo saben, pues en este continente ya desde la época colonial fracasaron todos los esfuerzos por contener el flujo informativo.

Fue probablemente en Zaire donde, pocos años después de la retirada de los belgas, empezó a hablarse entre el pueblo de que la independencia que habían conseguido no era la verdadera independencia. Se propugnaba una *segunda independencia.* Los intelectuales —y no sólo en el Zaire— escribieron perspicaces artículos explicando que la libertad nacional era sólo un primer paso; el segundo paso, la «liberación económica» había que darlo todavía.

Pero el instrumental de los movimientos de liberación victoriosos se mostró poco adecuado para este fin. Era comparativamente fácil movilizar a las masas populares para demostrar sin violencia su hartazgo de la dominación colonial. Hacer que los hombres y mujeres de los pueblos colonizados aceptasen los sufrimientos de los daños de la guerra de guerrillas también fue posible en Argelia, en Guinea-Bissau, en el norte de Mozambique y en Rhodesia (y en menor medida en Angola). Pero crear con los mismos métodos una economía productiva según los cánones modernos, o mantener el equilibrio en la construcción de una sociedad nueva y mejor, fracasó en las excesivas variantes, en los excesivos modelos de «desarrollo» africano, en la acometida de las más diversas vías hacia el «socialismo», en la organización de la «autenticidad» cultural. Africa no ha superado aún la segunda etapa de su liberación. Evidentemente se necesitan para lograrlo nuevas estructuras políticas, y hace falta sobre todo una revisión y precisión de la imagen de lo que Africa quiere conseguir en esta nueva etapa.

Muchos científicos sociales recomiendan cortar las amarras que atan la economía africana a Occidente. De ese modo se rompería el círculo infernal del «desarrollo del subdesarrollo», como reza la formulación clásica de André Gunder Frank[19]. Sin duda toda transformación radical de la vida económica africana, toda verdadera revolución en las estructuras políticas, producirá efectos en las relaciones exteriores y Europa percibirá algunos de estos efectos. Pero como receta para desencadenar la segunda fase de la liberación resulta inviable el desenganche de Occidente. Confiar en que eso facilite la curación interna de los males de esas socie-

dades, en que se produzca como si dijéramos de un modo casi espontáneo, recuerda una vez más a las palabras de Nkrumah: «Romped los puentes con el capitalismo de Occidente, y todo lo demás os será dado por añadidura». ¿Puede un africano creer eso de verdad? Lo cierto es que hasta ahora no ha habido un solo gobierno africano que haya propugnado una política semejante. Lo cierto es que el desenganche no eliminaría ninguno de los dos déficits fundamentales que más amenazan hoy a las sociedades del continente africano: los agricultores de Africa tan sólo producen aproximadamente el 80 por ciento de los alimentos básicos que necesita la población (en 1970 todavía producían el 96 por ciento); únicamente el 3 por ciento de la población africana sobrepasaba en 1975 los 65 años, mientras que el 44 por ciento tenía menos de 15 años[20]. Nadie sabe dónde y cómo podrán conseguir todos esos niños, de aquí a pocos años, cuando se haya duplicado la población en edad activa, ganarse la vida. Esas son las necesidades básicas reales de Africa: alimentación y puestos de trabajo. Su satisfacción ha de ser el objetivo de cualquier movimiento de liberación en la segunda etapa. Africa tiene que hacer lo indecible en sus condiciones internas, en su estructura social, en las relaciones económicas internas entre su campo y sus ciudades, para producir los alimentos que necesita su población. Y para ello no es la menor de sus necesidades una situación política humanamente digna. ¿Supone la vinculación con Occidente un estorbo para tales tareas? Así se ha afirmado, aunque se carezca de pruebas empíricas que lo demuestren. No es suficiente afirmar que algunos de los pueblos africanos cuyos gobernantes colaboran estrechamente con Occidente están hundidos en la miseria (como Zaire). Habría que demostrar también que otros pueblos, cuyos gobernantes se han desenganchado del mundo occidental, viven mejor. Dado que todos los gobiernos africanos rehúsan desengancharse y que hasta el gran ejemplo, China, practica desde que terminó la revolución cultural el reenganche con Occidente, la cuestión sigue siendo por ahora una incógnita.

El escepticismo con respecto al desenganche no debe interpretarse erróneamente como una creencia ingenua en que Africa puede y debe «alcanzar» a las sociedades industriales capitalistas copiándolas, en lo posible, gracias a la «ayuda para el desarrollo» de procedencia occidental. Ese sueño ya se acabó. Antes al contrario, la cooperación entre el Africa liberada y la Europa occidental se desacredita por el hecho de que muchos líderes políticos africanos siguen cerrando los ojos y quisieran seguir soñando con ese sueño. También intelectuales africanos ajenos a las camarillas gobernantes y hasta políticos de la oposición de porte revolucionario siguen aferrados a un programa social indiferenciado de modernización ar-

mónica que a su entender podría realizarse aún con una presión un poco más acentuada, mejor policía, más receptores de televisión (para propagar los programas educativos) o simplemente con unos créditos extranjeros más elevados. Hasta que un número suficiente de africanos responsables haya comprendido que *ese* objetivo *no* puede alcanzarse en absoluto, pocas cosas van a cambiar.

Hay tres principios a tener en cuenta. *Primero:* ningún gobierno africano puede conseguir transformar a su país en una imitación de los Estados Unidos, Francia o Inglaterra. *Segundo:* una imitación de Occidente no llevaría consigo una modernización armónica, puesto que los propios países occidentales son cualquier cosa menos un mundo en armonía social. *Tercero:* si puede decirse que la armonía social quizá sea una utopía deseable, no puede decirse otro tanto de la economía moderna, con sus montañas de basura, sus autopistas, sus centrales nucleares y su cáncer.

Sin embargo, los gobiernos africanos, al construir sus capitales, han intentado tomar como modelo París o Nueva York. Y desgraciadamente la imitación les ha salido hasta cierto punto bien. También han intentado ajustar sus países al modelo de aquellos paisajes europeos escogidos en los que la industria y el cultivo del suelo todavía coexisten hasta cierto punto, tales como el norte de Francia, el sur de Inglaterra o la Baja Sajonia. Esas son al fin y al cabo nuestras habitaciones nobles, las que enseñamos a los huéspedes extranjeros cuando visitan Europa. Todo lo más que han conseguido los africanos es que las regiones «modernizadas» de sus países vayan camino de convertirse en lo que ya se han convertido Escocia, el sur de Italia o Córcega.

Entre nuestros científicos sociales se ha puesto de moda hoy en día rechazar de plano la modernización. Se intenta demostrar que ningún país del Tercer Mundo (y desde luego ningún país africano) se encuentra aún en condiciones de dar el salto hacia un desarrollo específico del crecimiento económico y el progreso social bajo fórmulas capitalistas. Los más avezados comienzan a dudar también que la fórmula socialista, es decir el modelo soviético, chino o cubano, constituyan un mejor trampolín. La propuesta de que recorran exactamente el desarrollo de los países occidentales, copiándolo en todos sus detalles, no aparece ni siquiera en los escritos más tempranos de los teóricos convencidos de la modernización. En cambio en todas las épocas les ha sido posible a los hombres (y no sólo en Europa) tomar medidas prácticas para introducir un cambio en las condiciones de vida que los afectados consideren que constituye una mejora. En tales casos lo de menos es que a esas mejores condiciones de existencia se las llame «modernas» o se las llame de otra manera. Quizá en esto consista la diferencia decisiva entre el sueño y la realidad: en

renunciar a las ilusiones del gran salto súbito y de la armonía alcanzable inmediatamente. Tanto la vieja Africa como el capitalismo occidental tienen una probada capacidad para los pequeños pasos, para la adaptación ininterrumpida a las nuevas situaciones dadas. Y tanto la vieja Africa como el moderno Occidente han sabido también desarrollar procedimientos para limitar sus conflictos, ya se trate de guerras o de lucha de clases, y para humanizarlos un poco. ¿Por qué no había de serles posible ahora encontrarse para poner en práctica una política semejante?

Los movimientos de liberación africanos no siempre han fracasado de plano en las tareas *políticas* que se les imponían tras la independencia. En países importantes como Senegal, Costa de Marfil, Tanzania y Tunicia siguen gobernando los hombres de la primera hora con los partidos de las coaliciones anticoloniales. Argelia, Kenia, Egipto y Marruecos han superado sin traumas la sucesión personal en las más altas magistraturas del Estado tras la muerte de dirigentes tan personalistas como Bumedián, Kenyatta, Nasser o el sultán Mohamed V. En Nigeria y Ghana, gobiernos de carácter militar renunciaron voluntariamente al poder en 1979, dejando tras de sí constituciones democráticas con las que su pueblo pudo elegir a los nuevos dirigentes entre una pluralidad de candidatos.

Mozambique y Angola parecen comportarse en 1980 en el campo de la política internacional de una manera distinta, más independiente, a la que tienen acostumbrada a Europa los gobiernos que han llegado al poder con el auxilio de las armas soviéticas. Estos éxitos políticos de la independencia africana hay que ponerlos en la balanza junto a las horribles experiencias que no les han sido ahorradas después de la «liberación» a los pueblos de Uganda, Guinea Ecuatorial, Africa Central (y algunos otros). Peor cariz tiene el balance del Africa liberada en los aspectos *económico* y *social*. La producción africana no se ajusta a las necesidades de su población. En general Africa produce demasiado poco (y no sólo por lo que respecta a los cereales). La distribución de los bienes es tan injusta que equivale a una programación de la protesta y la rebelión de quienes reciben demasiado poco. Africa contempla cómo se está destruyendo la red tradicional, antaño tan capaz y elástica, de garantías sociales solidarias, sin que la sustituyan nuevos vínculos establecidos por la ley, por la educación o por la libre voluntad. Sólo las reformas sociales modestas de este tipo cumplen la función de establecer las bases de una nueva sociedad. Tras la independencia se habló mucho en Africa de la «construcción de la nación» *(national building)*. Pero lo que de verdad se ha construido han sido aparatos de Estado que incluso como burocracias no funcionan realmente.

Ahora bien, sería un craso error tirar el niño con el agua del baño y proclamar que es «el Estado» en sí, y sobre todo el Estado africano independiente, la causa de todos los males sociales. La ayuda comunitaria, el desarrollo desde abajo, la iniciativa privada, son todas ellas cosas muy bonitas. Pero sin Estado son tan poco viables en Africa como en Europa. El desprecio con que una determinada escuela de sociología del desarrollo pasó por alto el Estado en el Tercer Mundo, y ello en pleno florecimiento de las teorías de la modernización (a mediados de la década de 1950), es inmerecido e ilógico. Lo que importa es más bien reflexionar sobre variantes mejores y humanamente más dignas del poder estatal como parte irrenunciable del nivel de vida de los pueblos.

La historia poscolonial africana tiene bastantes experiencias tras de sí para saber que el partido unitario centralizado al estilo leninista o fascista no ofrece ninguna garantía para el cumplimiento de estos cometidos. Sobre el nivel de vida en la Tanzania o en la Costa de Marfil actuales, en Argelia o en Kenia (todos ellos Estados unipartidistas con diferentes ideologías económicas) se puede aún discutir, pero sobre el balance de las consecuciones de Guinea en este campo no. A mediados de la década de 1960, muchos africanos de Nigeria, Ghana, Alto Volta, Malí o Zaire esperaban que los oficiales de sus respectivos ejércitos supieran hacerlo mejor porque tenían mayor experiencia de la técnica moderna y estaban más acostumbrados a mandar y a obedecer que los civiles, y también confiaban en que tendrían más mano dura con la corrupción. Pero una vez más estas esperanzas resultaron una ingenuidad. Dentro de los uniformes se encontraban los mismos hombres que dentro de los atuendos auténticamente africanos (?) o de los trajes civiles de corte europeo. Luego empezó a oírse por todas partes que la nueva generación traería el cambio, ya que estaba mejor formada y no estaba lastrada por el complejo de inferioridad de los tiempos coloniales. Pero donde quiera que la combinación de estas dos esperanzas condujo a poner el poder en manos de jovencísimos oficiales tampoco ha encontrado nadie hasta hoy la piedra filosofal. Y entonces llegó en 1974, en Etiopía, la hora de los revolucionarios duros que no tenían inconveniente en derramar sangre incluso en su propio círculo. ¿Vive por ello el pueblo mejor? ¿Es más libre? ¿O habrá que fiarse de marxistas convencidos capaces de decir con precisión científica cuál es el rumbo que marca el espíritu del siglo? Los gobiernos del Congo-Brazzaville, Angola, Mozambique y algún otro sitio proclaman tal pretensión. ¿Hacen honor a la misma?

El intricado problema político, económico y social del Africa liberada puede resumirse básicamente en un concepto ya familiar. Lo que hace falta es movilizar de nuevo las energías de los pueblos

africanos. Lo que se necesita hoy y en el futuro, a diferencia de la acertada movilización del reciente pasado contra la dominación blanca, es un aliento más profundo, un frente de ataque más amplio... y un giro de 180 grados. Ahora ya no es suficiente aplicar toda la energía a un objetivo cuya consecución puede preverse para algunos meses o años: deshacerse de un cuerpo extraño. Actualmente, Africa tiene que ponerse en movimiento de una manera duradera y continuada. Tiene que perseguir múltiples y diversos objetivos, que en parte son además contradictorios: la construcción de industrias y la eliminación de la contaminación que producen; el establecimiento de salarios atractivos para los obreros industriales y la aminoración de la emigración rural; todo ello simultáneamente y en principio con la misma energía. Africa tiene que formar especialistas y al mismo tiempo reinsertar a estos especialistas en la comunidad nacional y en la comunidad africana. Tiene que combinar dinámica y compromiso. Tiene que controlar a sus dirigentes, sustituirlos cuando fracasen, sin que ello implique el estallido de guerras civiles, y al mismo tiempo tiene que dejarles suficiente libertad para que desarrollen la imaginación y la iniciativa.

Y sobre todo Africa —y a esto nos referíamos cuando hablábamos del giro de 180 grados que debería dar su movimiento de liberación— tiene que dejar de luchar solamente *contra* algo, ya se trate del imperialismo o del racismo sudafricano. Esta lucha, entiéndase, no ha terminado y es una lucha necesaria que Africa puede incluso ganar. Pero el progreso en la liberación significa ante todo, ahora y en el futuro, luchar *por* algo y corregir con pequeñas medidas, inmediatamente y sin sobresaltos, los errores que puedan cometerse; levantar algo que, dejando abiertas las vías para la vuelta atrás y para la reflexión sobre otras alternativas, pueda verse cuando haya concluido el período de construcción.

Carece de importancia que los europeos podamos reconocer o no en la fachada del Africa futura elementos de nuestra propia arquitectura. Lo que importa es que los africanos vivan mejor tras esa fachada de lo que han vivido bajo nuestro dominio o de como viven hoy en día.

VI. CUADRO CRONOLOGICO DE LA DESCOLONIZACION DE AFRICA A PARTIR DE 1945

Fecha indep.	*Nombre (en 1980)*	*Excolonia de*	*Principal partido en la independencia*	*Jefe del gobierno en la independencia*	*Principales cambios desde la independencia*
24-12-51	Libia	ital.	——	rey Idris I	1969 Golpe militar (Ghadafi)
1- 1-56	Sudán	brit.	Part. de la Unión Nacional (NUP)		1958 Golpe militar (Abbud) 1964 Gobierno civil, varios partidos 1969 Golpe militar (Numeiri) 1972 Compromiso en la guerra civil
2- 3-56	Marruecos	franc./esp.	——	rey Mohammed V	1961 rey Hassan II
20- 3-56	Tunicia	franc.	Neo-Destur	H. Burguiba	——
6- 3-57	Ghana	brit.	Convention People's Party (CPP)	K. Nkrumah	1964 República de partido único 1966 Golpe militar (Ankrah) 1969 Democracia pluripartidista (Busia) 1972 Golpe militar (Acheampong) 1979 Democracia pluripartidista (Limann)
2-10-58	Guinea	franc.	Rassemblement Dém. Afr. (PGD/RDA)	S. Touré	——
1- 1-60	Camerún		Union Nat. Cam. (UNC)	A. Ahidjo	1961 Unión con el Camerún británico
27- 4-60	Togo	franc.	Comité d'Unité Tog. (CUT)	S. Olympio	1963 Sublevación militar 1967 Golpe militar (Eyadema)
20- 6-60	Senegal	franc.	Union Progress. Sénég. (UPS)	L. S. Senghor	1960 Disolución de la federación de Malí 1976 Democracia pluripartidista
20- 6-60	Malí	franc.	Rassemblement Démocr. Afric (US/RDA)	M. Keita	1968 Golpe militar (Traoré)

Fecha indep.	*Nombre (en 1980)*	*Excolonia de*	*Principal partido en la independencia*	*Jefe del gobierno en la independencia*	*Principales cambios desde la independencia*	
30- 6-60	Zaire	belg.	——	P. Lumumba	1960	Secesión de Katanga, Operación ONU (hasta 1964)
					1964	Guerra civil (hasta 1965)
					1965	Golpe militar (Mobutu)
1- 7-60	Madagascar	franc.	Part. Social-Démocr. (PSD)	Ph. Tsiranana	1972	Golpe militar (Ramanantsoa)
					1975	Golpe militar (Ratsiraka)
1- 7-60	Somalia	ital./brit.	Somali Youth League (SYL)	A. A. Shermarke	1969	Golpe militar (Barre)
1- 8-60	Benin	franc.	——	H. Maga	1963	Golpe militar (Soglo)
					1972	Golpe militar (Kérekou)
3- 8-60	Níger	franc.	Rassemblem. Démocr. Afric. (PPN/RDA)	Hamani Diori	1974	Golpe militar (Kountche)
5- 8-60	Alto Volta	franc.	——	M. Yaméogo	1966	Golpe militar (Lamizana)
					1970	Democracia pluripartidista
7- 8-60	Costa de Marfil	franc.	Rassemblem. Démocr. Afric. (PDCI/RDA)	F. Houphouet-Boigny	——	
11- 8-60	Chad	franc.	——	F. Tombalbaye	1967	Guerra civil (FROLINAT)
					1975	Golpe militar (Malloum)
					1979	Gobierno de coalición (Oueddai)
13- 8-60	Rep. Centroafr.	franc.	Mouvem. d'Emancip. Sociale (MESAN)	D. Dacko	1966	Golpe militar (Bokasa)
					1977	Imperio
					1979	Intervención francesa (Dacko)
15- 8-60	Congo (Braz.)	franc.	——	F. Youlou	1963	Revol. (Massemba-Débat)
					1968	Golpe militar (Ngouabi)
17- 8-60	Gabón	franc.	Rassemblem. Démocr. Afric. (BDG/RDA)	L. Mba	1967	Suces. O. Bongo
1-10-60	Nigeria	brit.	——	Abubakar Taf. Balewa	1966	Golpe militar (Ironsi, Gown)
					1967	Guerra civil de Biafra (hasta 1970)
					1975	Golpe militar (Murtala)

Fecha indep.	*Nombre (en 1980)*
28-11-60	Mauritania
27- 4-61	Sierra Leona
3-12-61	Tanzania
1- 7-62	Argelia
1- 7-62	Burundi
1- 7-62	Ruanda
9-10-62	Uganda
10-12-63	(Zanzíbar)
12-12-63	Kenia
6- 7-64	Malawi
24-10-64	Zambia
18- 2-65	Gambia
30- 9-66	Botswana
4-10-66	Lesotho
12- 3-68	Mauricio
6- 9-68	Swazilandia

Excolonia de	*Principal partido en la independencia*	*Jefe del gobierno en la independencia*	*Principales cambios desde la independencia*
			1979 Democracia pluripartidista (Shagari)
franc.	Hisb Chaab (PPM)	Mokhtar Ould Daddah	1978 Golpe militar
brit.	S. L. People's Party (SLPP)	M. A. S. Margai	1967 Golpe militar 1968 Gobierno civil (Stevens) 1978 República de partido único
brit.	Tanganyika African Nat. Union (TANU)	J. K. Nyerere	1964 Unión con Zanzíbar 1965 República de partido único
franc.	Front de Libération Nationale (FLN)	A. Ben Bella	1965 Golpe militar (Bumedián) 1979 Sucs. Chadli
belg.	Unité et Progrès... (UPRONA)	rey Mwambutsa IV	1966 Golpe (Micombero) 1972 Guerra civil 1976 Golpe (Bagaza)
belg.	Parti de l'Emancip. des Hutu (PARMEHUTU)	G. Kayibanda	1973 Golpe militar (Habyalimana)
brit.	Uganda People's Congress (UPC)	M. Obote	1971 Golpe militar (Amin) 1979 Intervención de Tanzania
brit.	—	sultán Abdullah	1964 Revolución (Karume) y unión con Tanganica 1972 Asesinato de Karume
brit.	Kenya African Nat. Congress (KANU)	J. Kenyatta	1978 Suces. D. Arap Moi
brit.	Malawi Congress Party	H. K. Banda	—
brit.	United Nat. Indep. Pt. (UNIP)	K. Kaunda	—
brit.	People's Progress Party	D. K. Jawara	—
brit.	Botsw. Democr. Party (BDP)	S. Khama	—
brit.	Basutoland National Party (BNP)	L. Jonathan	1970 Golpe del primer ministro
brit.	Labour Party	S. Rangoolam	—
brit.	Imbokodvo National Movement	Sobhuza II	1973 Suspendida la Constitución

Fecha indep.	*Nombre (en 1980)*	*Excolonia de*	*Principal partido en la independencia*	*Jefe del gobierno en la independencia*	*Principales cambios desde la independencia*
10-12-68	Guinea Ecuat.	esp.	—	F. Macías Nguema	1969 Dictadura personal 1979 Golpe militar
24- 9-73	Guinea-Bissau	port.	Part. Afr. d'Independ. (PAIGC)	L. Cabral	1974 Reconocimiento de la independencia por Portugal 1980 Golpe de Estado
25- 6-75	Mozambique	port.	Frente de Lib. (FRELIMO)	S. M. Machel	—
5- 7-75	Cabo Verde	port.	Part. Afr. d'Independ. (PAIGC)	A. Pereira	—
6- 7-75	Comores	franc.	Rassembl. Dém. du Peuple des Com.	Ahmed Abdallah	1975 Golpe de Estado (Alí Soilih) 1978 Golpe de Estado (Salim Ben-Alí)
12- 7-75	Santo Tomé y Príncipe	port.	Movim. Libert. (MLSTP)	M. Pinto da Costa	—
11-11-75	Angola	port.	Movim. Popular de Libert. (MPLA)	A. Neto	1975 Guerra civil (hasta 1976) 1979 Suces. J. E. dos Santos
4- 3-76	Sáhara	esp.	Frente POLISARIO	Mohamed Lamine	Guerra contra Marruecos (y hasta 1979 contra Mauritania). Ocupación
28- 6-76	Seychelles	brit.	Seych. Democr. Party	J. M. Mancham	1977 Golpe de Estado (René) 1978 República de part. único
27- 6-77	Djibuti	franc.	—	Hassan Gouled	—
18- 4-80	Zimbabwe	brit.	Zimb. Afr. National Union (ZANU/PF)	R. Mugabe	—

Observaciones:

1. Antes de 1945 eran independientes ya los siguientes Estados africanos:
   — Etiopía (desde siempre) — Egipto (desde el 28-2-1922)
   — Liberia (desde el 26-7-1847) — Sudáfrica (desde 1931-34)
2. Se incluyen bajo la denominación de «principal partido» únicamente a aquellos partidos que en el momento de la independencia poseían un peso real y no los que meramente tenían una escasa mayoría parlamentaria.
3. Se incluye bajo la denominación de «jefe del gobierno» al poseedor del poder estatal real, independientemente de que ejerza el cargo de presidente o primer ministro u ostente la condición de monarca.

7. Problemas de los países en vías de desarrollo, ayuda al desarrollo y conflicto Norte-Sur*

I. LA SITUACION

«Un país subdesarrollado puede compararse con una jirafa: resulta difícil de definir, pero todo el mundo es capaz de identificarlo», decía un delegado de Sri Lanka (antiguo Ceilán) en una reunión internacional. Y efectivamente, lo que el subdesarrollo significa es algo bien sabido hoy por todo aquel que no se cierra a la información de lo que ocurre en el Tercer Mundo. En su famoso discurso de Nairobi, en 1973, McNamara, presidente a la sazón del Banco Mundial, exponía la situación en tonos patéticos:

«La pobreza absoluta... se caracteriza por unas condiciones de vida tan degradantes como la enfermedad, el analfabetismo, la subalimentación y el abandono, hasta tal punto que las víctimas de esta pobreza no pueden satisfacer ni siquiera las más elementales necesidades de una existencia humana.

— Entre un tercio y la mitad de los dos mil millones de seres humanos que pueblan los países en vías de desarrollo pasan hambre o padecen subalimentación.

— Del 20 al 25 por ciento de sus hijos mueren antes de cumplir los cinco años. Y millones de los niños que no mueren a esa corta edad quedan condenados para siempre a una existencia miserable porque, como consecuencia de la subalimentación quedan con el cerebro dañado, el cuerpo lisiado o las fuerzas permanentemente agotadas.

— La esperanza de vida en estos pueblos supone, por término medio, unos veinte años menos que en los países prósperos. Dicho de otra manera: a los hombres y mujeres de los países en vías de desarrollo se les niega el 30 por ciento de los años de vida de que disfrutamos quienes hemos nacido en países desarrollados. Ya en el mismo momento de nacer quedan estos seres humanos condenados a una muerte prematura.

— 800 millones de personas son analfabetos y la mayor parte

* Tengo que agradecer las críticas y los valiosos estímulos que he recibido del doctor Albert Wirz, de Zurich, y del doctor Konrad Matter, de Berna. Dedico este trabajo a Ernst Schnellmann, de Berna, secretario general durante muchos años de SWISSAID.

de sus hijos seguirán siendo analfabetos en los años próximos a pesar del creciente desarrollo del sistema educativo»[1].

Puede añadirse que:

— En el Africa meridional ni siquiera el 20 por 100 de la población tiene acceso a un agua potable limpia, y en Asia este porcentaje no es más que del 30 por ciento. El agua de beber sucia es responsable en gran parte de la elevada mortalidad infantil y de cerca del 80 por ciento de todas las enfermedades.

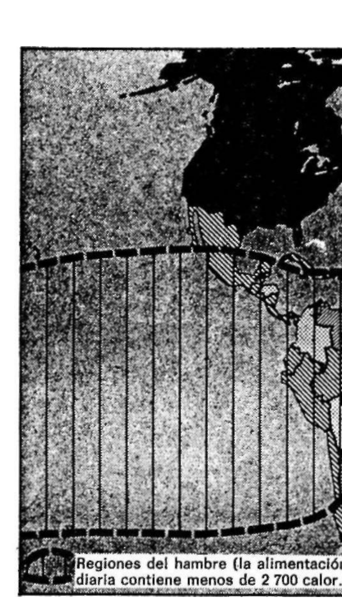
— La atención médica es mínima y se limita por lo general a las zonas urbanas. «Se carece de servicios estatales de seguridad social frente al paro forzoso, la enfermedad o la muerte del cabeza de familia. Las inundaciones, las sequías o las plagas que afectan a hombres y animales pueden privar de sus medios de subsistencia a un sinnúmero de personas sin que les quepa la esperanza de volver a recuperar esos medios»[2].

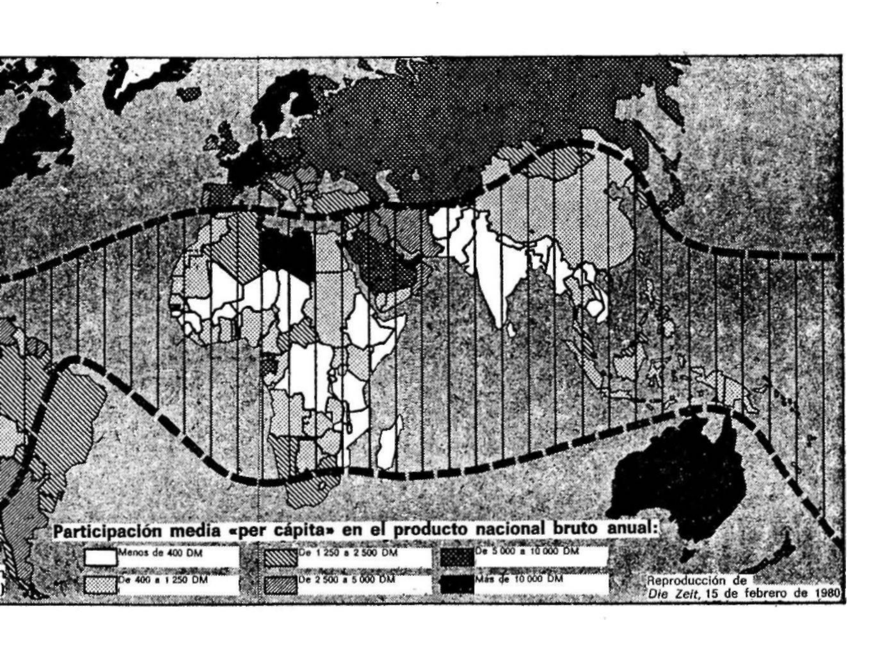
— El desempleo es inmenso. Según datos de la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), en los países en vías de desarrollo había oficialmente en 1975 33 millones de parados. Las cifras del paro «oculto» y del subempleo se estimaban en unos 300 millones. Y dado que la oferta de mano de obra aumentará de aquí al año 2000 en otros 500 millones de personas (tan sólo en la India habría que crear anualmente alrededor de 8 millones de puestos de trabajo), el número de parados y de subempleados experimentará un fortísimo aumento.

— La aglomeración urbana adquirirá unas dimensiones catastróficas. Se estima que el número de personas que viven en grandes ciudades pasará de los 650 millones en 1975 a los 1 600 millones en el año 2000. Habrá 40 ciudades con más de 5 millones de habitantes y 18 ciudades con más de 10 millones. Y como resultará imposible construir viviendas decentes para mil millones de personas, cientos de millones tendrán que vegetar en inmundos barrios de chabolas sin agua corriente y sin alcantarillado.

— El comercio internacional ha experimentado unas tasas de crecimiento espectaculares, pero la participación en él de los países en vías de desarrollo ha disminuido. La relación real de intercambio se ha deteriorado para los países pobres, mientras que ha aumentado rápidamente el endeudamiento exterior.

— Esto no quiere decir que la renta nacional (el producto nacional bruto = PNB) no haya crecido. Al contrario: el cuadro 1 muestra que la tasa de crecimiento en el período 1960-1977 fue elevada, más incluso que en los países industrializados y mucho más elevada si se compara con la de los países europeos durante el siglo XIX. En 1970-1976 era de un 5,6 por ciento. Pero si se toma en consideración la renta *per cápita,* la situación que se pre-


Regiones del hambre (la alimentació
diaria contiene menos de 2 700 calor.


Participación media «per cápita» en el producto nacional bruto anual:
Menos de 400 DM
De 400 a 1 250 DM
De 1 250 a 2 500 DM
De 2 500 a 5 000 DM
De 5 000 a 10 000 DM
Más de 10 000 DM
Reproducción de
Die Zeit, 15 de febrero de 1980

Cuadro 1. DATOS RELATIVOS A UNA SELECCIÓN DE PAÍSES DEL TERCER MUNDO

	Población millones	*Aumento de la población*		*Esperanza de vida*	*Alfabetización*	PNB *per cápita*	*Aumento anual en por ciento*	*Tasa de crecimiento de la agricultura*		*Indice de la producción de alimentos per cápita*	*Tasa de crecimiento anual de la industria*	*Comercio internacional en miles de millones*		*Saldo del balance de servicios financieros antes del pago de intereses por la deuda pública exterior*		*Deuda pública exterior en millones*	
	1977	1960-70	1970-77	1977	%	1977	1960-77	1960-70	1970-77	1975-77 1969-71= =100	1970-77	*Exportaciones*	*Importaciones*	1970	1977	1970	1977
Países con renta baja		2,4	2,3	50	36	170	1,4										
Indonesia	133,5	2,2	1,8	48	62	300	3,3	2,5	4,2	104	12,9	10,8	6,2	—289	423	2 405	11 409
Bangla Desh	81,2	2,9	2,5	47	22	90	—0,4	2,7	1,0	96	4,2	0,45	1,1	—	—265	—	2 291
India	631,7	2,3	2,1	51	36	150	1,3	1,9	4,1	99	2,6	6,2	6,6	—203	1 874	7 935	14 531
Pakistán	74,9	2,8	3,1	51	21	190	3,0	4,9	1,8	101	3,6	1,1	2,4	—591	—578	3 057	6 772
Sri Lanka	14,1	2,4	1,7	69	—	200	2,0	3,0	1,6	113	2,8	0,76	0,7	— 47	158	317	787
Etiopía	30,2	2,4	2,6	39	10	110	1,7	2,2	0,7	85	1,1	0,3	0,35	— 26	70	169	471
Kenia	14,6	3,4	3,8	53	40	270	2,5		2,9	89	11,0	1,2	1,3	— 37	88	313	821
Tanzania	16,4	2,7	3,0	51	66	190	2,6		3,2	93	2,9	0,5	0,35	— 30	3	249	1 005
Madagascar	8,1	2,2	2,5	46	50	240	—0,2		0,7	95	—	0,5	0,75	2	— 51	94	203
Zaire	25,7	2,0	2,7	46	—	130	1,1	—	2,2	96	1,6	1,0	0,6	— 55	—486	311	2 666
Chad	4,2	1,9	2,2	43	15	130	—1,0	—	—	83	—	0,04	0,15	2	— 26	32	117
Sudán	16,9	2,3	2,6	46	20	290	0,1	—	—	106	—	0,66	1,0	— 30	—443	302	1 732

Países con renta media		2,5	2,6	60	69	1 140	3,6			105							
Taiwan	16,8	2,7	2,0	72	82	1 170	6,2	3,4	1,5	—	12,2	9,3	8,5	24	1 162	601	2 613
Tailandia	43,9	3,1	2,9	61	82	420	4,5	5,5	4,4	110	10,3	3,5	4,6	—234	—1 039	322	1 051
Irán	34,8			52	50	2 160	7,9	4,4	5,8	109	3,4	24,2	13,7	—422	5 371	2 193	6 198
Malasia	13,0	2,9	2,7	67	60	930	3,9		5,4	113	9,3	6,0	4,6	29	— 675	390	2 053
Argelia	17,0	2,1	3,5	56	35	1 110	2,1	0,4	0,2	87	5,9	5,8	7,1	—116	—1 935	937	8 165
Egipto	37,8	2,3	2,2	54	44	320	2,1	2,9	3,1	97	5,2	1,7	4,8	—116	— 529	1 639	8 099
Tunicia	5,9	2,0	2,0	57	38	860	4,3	2,0	6,9	130	9,5	0,9	1,8	— 36	— 476	524	1 943
Nigeria	79,0	2,5	2,6	48	—	420	3,6	-0,5	—1,5	92	10,3	11,8	11,3	—348	— 853	478	891
Senegal	5,2	2,4	2,6	42	10	430	-0,3	1,9	5,2	104	4,8	0,5	0,67	— 14	— 73	102	441
Costa de Marfil	7,5	3,8	5,9	46	20	690	3,3	4,2	3,5	116	7,9	2,1	1,75	— 26	— 295	256	1 973
Brasil	166,0	2,9	2,9	62	76	1 360	4,9	—	5,8	118	10,7	12,0	13,2	—725	—3 787	3 405	19 221
Colombia	24,6	3,0	2,1	62	81	720	2,7	3,5	4,9	107	5,9	2,3	1,5	—249	562	1 249	2 622
México	63	3,3	3,3	65	76	1 120	2,8	3,9	1,1	97	6,2	4,0	5,5	—851	— 547	3 228	19 208
Nicaragua	2,4	3,0	3,3	55	57	830	2,5	6,7	5,4	103	7,3	0,6	0,75	— 33	— 122	146	864
Países industrializados		4,0	0,8	74	99	6 980	3,4			106							
Países de comercio estatal		1,7	1,2	66		1 160	3,4			110							

Fuente: Informe sobre el desarrollo mundial, 1979, cuadros 1, 2, 3, 8,13, 15.

senta es muy distinta, y mucho más todavía si se establece una diferenciación entre unos países y otros. Precisamente en los países más pobres la renta *per cápita* ha permanecido casi constante, habiendo incluso retrocedido en algunos. Refiriéndonos al período 1950-1975, su crecimiento en 28 de los 72 países subdesarrollados, con una población del 49 por ciento, se situó entre cero y un 2 por ciento, y sólo en 11 países, con un 15 por ciento de la población, sobrepasó el 4 por ciento. La distancia entre los países industrializados y el Tercer Mundo no ha disminuido, sino que ha aumentado.

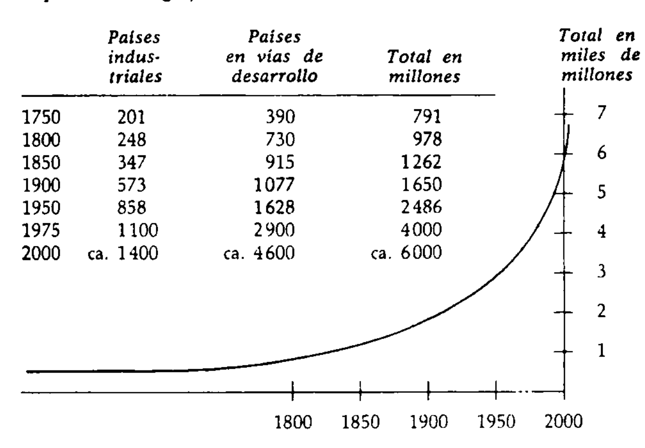
— A esto hay que añadir que estas medias nacionales dicen muy poco con respecto a la distribución interna por regiones y por capas sociales. Una clase reducida ha tenido acceso al bienestar, pero las diferencias en el reparto de la renta son muy grandes entre ricos y pobres, más aún que en los países industrializados, y esas diferencias no hacen más que crecer. Las investigaciones llevadas a cabo en una serie de países revelan que el 10 por ciento de los hogares más ricos acaparan aproximadamente el 40 por ciento de todos los ingresos privados, mientras que el 20 por ciento de los más pobres tienen que conformarse con el 5 por ciento. En consecuencia, esa parte de la población vive al borde del mínimo existencial, o por debajo de él [3].

La esperanza de que la pobreza y el atraso puedan superarse en un futuro previsible —esperanza que estaba todavía bastante extendida hacia 1960— no se ha cumplido. ¿A qué se debe? ¿Cuáles son los problemas específicos de los países en vías de desarrollo? ¿Por qué no se ha producido más rápidamente el desarrollo, entendido como satisfacción de las necesidades básicas y elevación del nivel de vida para las masas de la población?

II. LA EXPLOSION DEMOGRAFICA

El hecho del fuerte aumento de la población en el Tercer Mundo es hoy sobradamente conocido. Pero no así las dimensiones de ese aumento ni su pronóstico de cara al futuro. Se trata de un proceso geohistórico de las más amplias consecuencias: durante milenios la población mundial permaneció casi estacionaria; el primer millar de millones sólo se alcanzó alrededor de 1800, y transcurrieron 130 años hasta que se llegó al segundo millar (1930). Pero a partir de entonces sólo se tardaron 30 años para llegar al tercero (1961) y unos 15 años hasta el cuarto (1975). Para el año 2000 se cuenta con una población de más de 6 000 millones de seres humanos [4].

Explosión demográfica



	Países industriales	*Países en vías de desarrollo*	*Total en millones*
1750	201	390	791
1800	248	730	978
1850	347	915	1262
1900	573	1077	1650
1950	858	1628	2486
1975	1100	2900	4000
2000	ca. 1400	ca. 4600	ca. 6000

La tasa anual de crecimiento demográfico en Europa en el siglo XIX era aproximadamente de un 1 por ciento y se consideraba extraordinariamente elevada. En los países en vías de desarrollo, hoy, está situada entre el 2 y el 3,8 por ciento, con un valor medio del 2,5 por ciento. Lo cual significa que la población se duplica en sólo 25 años. Ejemplo de este crecimiento acelerado es la India[5].

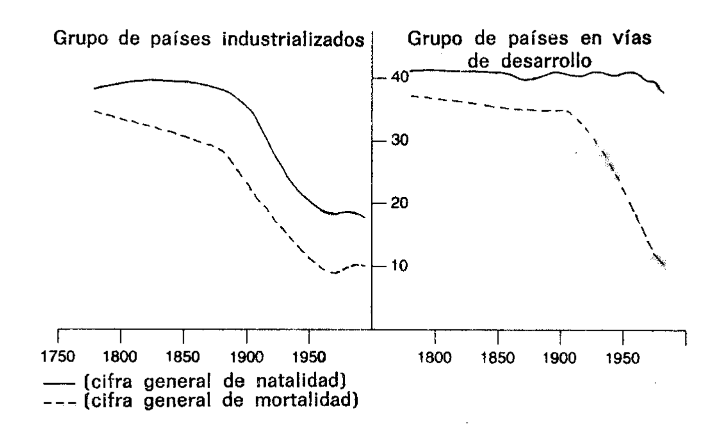
El crecimiento demográfico en la India

	Crecimiento en la década anterior	*% en la década*
1800 c. 120 millones		
1901 c. 238 millones		
1911 c. 252 millones	14	+ 5,7
1921 c. 251 millones	— 1	— 0,3
1931 c. 278 millones	17	+11
1941 c. 318 millones	40	+14,2
1951 c. 360 millones	42	+13,3
1961 c. 439 millones	79	+21,6
1971 c. 547 millones	108	+24,8
1978 c. 650 millones		
2000 más de 1 000 millones		

O también México, que en 1977 contaba con 63 millones de habitantes y una tasa de crecimiento del 3,3 por ciento, y que en el año 2000 tendrá 100 millones aun cuando la tasa anual descienda al 2,5 por ciento. La población de Egipto, país que sólo cultiva un 4 por ciento de la superficie del país y que ya hoy no puede alimentar a sus 38 millones de habitantes, experimenta un crecimiento anual de un millón más de personas.

La *causa de la explosión demográfica* hay que buscarla en el fuerte descenso de la tasa de mortalidad mientras simultáneamente se mantiene invariable, o desciende muy poco, la tasa de natalidad. La medicina moderna no hizo sentir sus efectos en el Tercer Mundo hasta alrededor de 1900. Mediante vacunaciones masivas, medicamentos y productos químicos (por ejemplo, el uso del DDT contra la malaria) se desterraron casi totalmente las grandes epidemias como la peste, la viruela, el cólera o la malaria. A ello vinieron y vienen a añadirse mejoras en el suministro de agua y en la higiene, y el establecimiento de servicios sanitarios. La mortalidad infantil sigue siendo espantosamente alta, pero va descendiendo y en el futuro se dejará sentir elevando aún más la tasa de crecimiento demográfico. En cambio son todavía pocos los países en los que la tasa de natalidad ha descendido realmente. Las razones de ello son múltiples: en el campo se sigue necesitando a los hijos como fuerza de trabajo; a falta de un sistema público de protección a la vejez, los padres dependen de la descendencia, sobre todo de la masculina. Si han de sobrevivir dos hijos, teniendo en cuenta que la mortalidad infantil es de un 50 por ciento y la relación varones/hembras es de 1:1, se necesitará un promedio de 8 partos.

La diferencia entre los países industrializados y los países en vías de desarrollo consiste en que, en los primeros, la tasa de natalidad y la de mortalidad descendieron desde mediados del siglo XIX de una manera más o menos paralela, mientras que en el caso de los segundos, se ha producido un extraordinario desfase que ha dado como resultado la elevada tasa de crecimiento demográfico actual :



El punto álgido del crecimiento demográfico se ha superado ya, pero la reducción del número de hijos sigue siendo hoy la tarea más apremiante de los países en vías de desarrollo. En todas partes se han desarrollado programas de planificación familiar: se han abierto consultorios, se ha hecho propaganda de la «familia reducida» con carteles y a través de la radio; se han distribuido gratuitamente anticonceptivos y se ha fomentado la vasectomía. Pero no se han cumplido las esperanzas de un éxito rápido. Aparte de China, que espera alcanzar el crecimiento cero para el año 2000, se ha reducido drásticamente la tasa de nacimientos en algunos países tales como Corea del Sur, Tailandia, Malasia, Taiwan, Mauricio y Trinidad, y en las ciudades-Estado de Hong-Kong y Singapur. Pero en los restantes países el descenso ha sido muy modesto y en algunos (africanos) incluso se ha producido un aumento. Los programas apenas han afectado a la población campesina: el elevado porcentaje de analfabetos dificulta la propaganda, no se dispone de anticonceptivos o se utilizan mal, y los motivos mencionados en favor de un número elevado de hijos siguen vigentes. A todo ello hay que añadir que el clero católico y mahometano rechaza el control artificial de la natalidad por razones religiosas.

La explosión demográfica no es tanto causa como consecuencia del subdesarrollo, pero es indudable que constituye un grave obstáculo para el desarrollo. Por una parte porque los menores de 20 años suponen hasta el 50 por ciento de la población total, con

lo que multiplican el ejército de parados; por otra, porque también en el campo se deja sentir la presión demográfica creciente, no puede detenerse la emigración hacia las aglomeraciones urbanas miserables, las pequeñas fincas se reducen cada vez más por efecto de las particiones hereditarias y los progresos en la producción agrícola son constantemente «devorados» por el crecimiento de la población. Tanto a escala global como de los distintos países, se plantea hoy el problema angustioso de si en el futuro se podrá seguir alimentando a la población que crece explosivamente.

III. ALIMENTACION MUNDIAL Y ESTRUCTURAS AGRARIAS

La producción agraria ha aumentado desde la segunda guerra mundial no sólo en los países industrializados —donde ha coincidido una rápida reducción de la población activa en el sector agrario con un enorme incremento de la productividad como consecuencia de la mecanización y de la utilización de abonos compuestos— sino también en el Tercer Mundo. La tasa de crecimiento en estos últimos países ha sido muy superior a la de la Europa del siglo XIX, lo cual puede valorarse como un éxito. Pero sin embargo, la situación sigue siendo alarmante[7]:

— Las tasas de crecimiento no sólo se han quedado muy por debajo de los objetivos fijados en los planes de los distintos países y de las organizaciones internacionales, sino que han ido retrocediendo: en la década de 1950 llegaron casi al 3,5 por ciento anual; en la de 1960 fueron sólo del 2,8 por ciento y entre 1970 y 1977 del 2,7 por ciento; todo ello a pesar de las nuevas roturaciones, de las inversiones en sistemas de regadío y de la famosa «revolución verde». Se han mantenido por debajo del 2 por ciento en los países más pobres, mientras que en aquellos en los que el crecimiento ha estado entre el 4 y el 5 por ciento, éste se ha producido más a favor del sector de la exportación que del de la alimentación.

— En las décadas de 1950 y 1960, la producción de alimentos apenas pudo mantenerse al paso del crecimiento de la población, y en la de 1970 son numerosos los países en los que la producción alimenticia *per cápita* incluso ha disminuido. La situación es alarmante sobre todo en Africa, pues «ahora el africano medio tiene un 10 por ciento menos que comer que hace 10 años» (según el director general de la FAO, Saouma).

— Hay que tener en cuenta además la exigüidad de la base de partida, las diferencias regionales y sociales y el desarrollo de los

precios. La situación de las clases campesinas inferiores —sobre todo la de los pequeños agricultores, los aparceros y los campesinos sin tierra— se ha vuelto aún más precaria, pues aunque el abastecimiento haya estado en sí asegurado, no podían ni pueden comprar suficiente cantidad de alimentos.

— Si se parte de la demanda efectiva —que ha aumentado algo, y tendría que aumentar aún más para alimentar suficientemente a las masas— el déficit de la producción resulta todavía más patente. Indonesia tuvo que importar, por ejemplo, en 1979, 2 millones de toneladas de arroz (=1 000 millones de dólares), porque el consumo *per cápita* había aumentado en un 4 por ciento, mientras que la producción de arroz sólo aumentaba en un 3,5 por ciento.

— Mientras que en la década de 1930 los países en vías de desarrollo exportaban cereales, en la actualidad dependen de las importaciones. Las importaciones han pasado de unos 20 millones de toneladas en 1960-61 a 52 millones como promedio en 1972-1974 y a 80 millones en 1979. Si se mantiene esta tendencia, que implica un incremento anual de la producción de aproximadamente un 2,4 por ciento, las necesidades de importación para 1985 serán de 150 millones de toneladas [8].

— Los Estados Unidos, Canadá y Australia cuentan con elevados excedentes de producción y las exportaciones de cereales norteamericanos han aumentado de 34 millones de toneladas a unos 100 millones entre 1960 y 1977. Pero también los precios han subido, sobre todo entre 1971 y 1974, como consecuencia de las restricciones de cultivo en los Estados Unidos durante los últimos años, de las malas cosechas en numerosas regiones del mundo y de las masivas compras de cereales soviéticas. Una pequeña parte de sus importaciones la reciben los países en vías de desarrollo en forma de ayuda alimenticia (9 millones de toneladas en 1977), pero la mayor parte han de comprarla en el mercado mundial y pagarla con divisas (en 1978 las compras supusieron 10 000 millones de dólares, es decir, el 80 por ciento del total de la ayuda pública al desarrollo). Estas compras son un lastre para la balanza de pagos de muchos de los países tercermundistas y, en la medida en que tienen que subvencionar la venta de las importaciones en el mercado interior, también para su presupuesto estatal. Dicho en otras palabras: en vez de destinarse a inversiones, los escasos medios y divisas tienen que emplearse en la compra de alimentos.

— Con razón se acusa hoy a los países industrializados de despilfarro de cereales, por cuanto, para cubrir el aumento en la demanda de carne, se destinan cantidades ingentes de cereales a piensos animales. En realidad podría garantizarse durante decenios la alimentación de toda la humanidad [9]. Pero los países pobres carecerán de

los medios de pago necesarios para cubrir sus crecientes necesidades de importación, y tampoco puede contarse con que aumente significativamente el grado de la ayuda alimenticia que se les presta.

Así pues, se impone la necesidad imperiosa de aumentar la producción de alimentos en los países en vías de desarrollo. Pero hay que partir de la base de que se dispone ya de poca tierra virgen. Puede argüirse que actualmente sólo es surcada por el arado una pequeña parte del suelo cultivable, pero los costos de roturación resultan prohibitivos. A lo sumo hay todavía algunas reservas en el cinturón de la mosca tse-tsé del Africa tropical, en Sudán, en las praderas latinoamericanas y en la cuenca del Amazonas, pero en el resto están prácticamente agotadas, sobre todo en Asia. De hecho, en muchos sitios se han roturado tierras marginales, se han talado bosques y sometido al pastoreo sabanas, de forma tal que la erosión y la desertización han obligado a abandonar suelos cultivados [10]. Así pues, las reservas de producción no residen en ganar más terreno para el cultivo, sino en aumentar la productividad.

El *rendimiento por hectárea* ha aumentado ciertamente entre 1951 y 1974 en la mayoría de estos países, pero todavía está muy por debajo del que se consigue en los países industrializados [11]:

Rendimiento por hectárea

Países	*Trigo* 1951	1974	*Maíz* 1951	1974	*Arroz* 1951	1974
	en qm/ha		*en qm/ha*		*en qm/ha*	
Estados Unidos	10,8	18,4	22,7	44,8	26,1	49,8
Japón	—	—	—	—	37,6	57,3
República Fed. Alemana	28,6	47,6	27,9	48,4	—	—
India	6,6	11,6	6,3	9,1	10,6	16,0
Egipto	19,2	32,7	—	—	—	—
Argelia	5,5	5,7	—	—	—	—
Marruecos			4,2	8,7	—	
México	11,6	35,5	—	—	—	—
Brasil	—	—	—	—	—	10,0
Perú	9,7	7,6	—	—	—	—

Si se tiene en cuenta que en los países industrializados tan sólo sigue trabajando en la agricultura el 5-10 por ciento de la población, mientras que en el Tercer Mundo ese porcentaje sigue siendo del 60-90 por ciento, tendremos como resultado unas diferencias enormes en la productividad por persona activa. ¡Casi 40 veces

más producía en 1960 un agricultor norteamericano que un campesino asiático o africano! A pesar de la incipiente industrialización y de la emigración masiva a las ciudades, la población campesina seguirá aumentando, las pequeñas explotaciones disminuirán todavía más de tamaño y el número de campesinos sin tierra, que ya hoy está entre un 20 y un 30 por ciento en Asia, América Latina y Norte de Africa, será aún mayor. Tanto más importante será en consecuencia elevar el rendimiento por hectárea. Pero esta elevación no debe hacerse mediante una mecanización forzada, es decir, mediante la utilización masiva de tractores y cosechadoras, ya que ello implicaría liberar todavía más mano de obra e incrementar aún más el paro y el subempleo. Se perfila, pues, un problema insoluble.

Las *estructuras agrarias* son muy distintas en los tres continentes. Un bosquejo, por breve que sea, tiene que partir de las diferentes condiciones geográficas.

En el *sur y el sudeste de Asia* [12], los monzones constituyen el factor preponderante: donde las precipitaciones son altas se cultiva el arroz, mientras que en las zonas secas se cultiva, en el mejor de los casos, trigo. La llegada a tiempo y la intensidad de las lluvias tienen un papel vital, sobre todo en el subcontinente indostánico. Si el monzón llega con retraso o trae unas lluvias demasiado escasas, corre peligro la cosecha; si se producen unas precipitaciones demasiado intensas, aparece la amenaza de las inundaciones. Hay regiones arroceras, como Bengala occidental, Bangla Desh y Java, con una densidad de población superior a la de los países industrializados de Europa y sólo comparable a la de Japón. Este hecho constituye sin duda un impedimento para el desarrollo; pero precisamente el caso de Japón, cuyo rendimiento arrocero por hectárea es casi cuatro veces superior al de la India, muestra que es posible el cultivo intensivo con un empleo mayor de mano de obra. Las regiones trigueras del norte de la India y del Pakistán necesitan en su mayor parte el riego artificial, que aumenta el rendimento y permite una segunda cosecha. Ya en tiempos del colonialismo británico se construyó en el Panjab y en Sind un imponente sistema de presas y canales, y la India y el Pakistán independientes han hecho grandes esfuerzos por extender la superficie de regadío. Por ejemplo, en la India dicho regadío ha aumentado en un 50 por ciento, pasando de 20 millones de hectáreas en 1950-51 a 31 millones en 1970-71. Si al principio ocuparon el primer plano grandes proyectos —pantanos para el riego y la producción eléctrica— en los últimos años, siguiendo el ejemplo de China, se ha pasado a la construcción de pequeños proyectos de ámbito local, menos costosos y más eficaces. El agua

se bombea a mano o se extrae con norias. Ultimamente se han introducido motores diesel o bombas activadas por electricidad, con una superior capacidad de bombeo pero supeditadas al petróleo importado o a la electricidad.

Los métodos de cultivo del arroz o el trigo son todavía en gran medida los tradicionales: se aran los campos con el arado de madera tirado por bueyes, se siembra a mano, se siega con la hoz y se desgrana con mayales. 1-2 hectáreas de arrozal ó 5-10 hectáreas de trigal son suficientes para el mantenimiento de una familia. Pero el grave problema estructural de los países del sur y el sudeste de Asia estriba en que sólo una minoría de las familias dispone de esa cantidad de terreno propio. Los ejemplos siguientes lo demuestran con toda claridad:

Distribución de la propiedad de la tierra en la región de Sawah (tierras irrigadas) en Java en 1960 [13]

Superficie útil en hectáreas	*Número de propiedades*	*% de propietarios*
0,5 y menos	7 143 938	78,03
0,6-1	1 074 286	11,74
1,1-2	624 321	6,82
2,1-5	274 406	3,00
5,1-10	32 334	0,35
más de 10	6 084	0,06

Tamaño de las explotaciones en Pakistán occidental [14]

Tamaño de las explotaciones en hectáreas	*1960* Explotaciones en millares	*% de la superficie*	*1972* Explotación en millares	*% de la superficie*
0-3	2 983	16	1 639	12
3,1-5	759	15	921	18
5,1-10	730	26	794	27
10,1-20	286	19	289	19
20,1-61	88	13	103	15
más de 61	14	10	16	9
	4 860	99	3,762	100

Situación en una aldea típica de Uttar Pradesh en 1973 [15]

Castas «intocables»		Propiedad total
Balmiki [1]	1 familia	0,4 hectáreas
Dhobi [2]	1 familia	0,3 hectáreas
Sastre [3]	1 familia	— hectáreas
Jallaha [4]	3 familias	— hectáreas
Mallah [5]	4 familia	5,0 hectáreas
Jatik [6]	3 familias	6,0 hectáreas
Chamar [7]	22 familias	3,2 hectáreas
Castas «superiores»		
Bhat	1 familia	8 hectáreas
Brahmanes	1 familia	7,2 hectáreas
Jats	20 familias	105 hectáreas

[1] La principal fuente de ingresos es el trabajo del cabeza de familia como criado en Delhi.

[2] La principal fuente de ingresos son los trabajos de lavandería para una parte de las familias jat.

[3] La principal actividad económica es la sastrería.

[4] La principal actividad económica es el tejido de telas sencillas.

[5] Antiguos barqueros en el vecino río Jumna; actualmente cesteros y jornaleros.

[6] Antes cabreros; actualmente, agricultores.

[7] Jornaleros y albañiles temporales.

Se puede por tanto partir de la base de que entre el 60 y el 90 por ciento de la población rural carece de tierra o no tiene la suficiente como para poder vivir de ella, mientras que una minoría del 10 al 20 por ciento dispone aproximadamente de la mitad del suelo. El latifundio en sentido estricto no tiene en la actualidad demasiada importancia, con la excepción de Filipinas, como consecuencia de su pasado español, aun cuando las reformas agrarias llevadas a cabo en la India, Indonesia y Pakistán no se impusieron con demasiado entusiasmo y en buena parte fueron eludidas (cuando se ponía límite al número de hectáreas que podían poseerse, las familias terratenientes distribuían la tierra entre los propios miembros de la familia). Los agricultores grandes y medianos constituyen hoy la clase alta de las aldeas. Casi siempre tienen las mejores tierras, un acceso al agua más fácil, cultivan sus campos mediante arrendatarios o jornaleros y producen para el mercado. En cambio, la masa campesina tiene que recurrir a trabajos complementarios en calidad de asalariados, sobre todo como jornaleros agrícolas. Los jornales son mínimos o se trabaja en aparcería. A esto hay que añadir que sólo se recurre a la mano

de obra temporalmente. Si la cosecha es mala y los precios suben, los campesinos pobres carecen de los medios para comprar siquiera los víveres más necesarios. El endeudamiento, la asistencia escolar desigual, la discriminación social y la dependencia política de la élite local completan el cuadro. Las consecuencias son la resignación y la renuncia a toda innovación.

La llamada *revolución verde*[16] no ha desmontado, como se había proclamado, esta estructura social «dualista», sino que —como revelan numerosos informes científicos de varios países, no sólo de la India— lo que ha hecho es agudizar aún más las diferencias. Se han aprovechado de ella los agricultores acomodados, pero no los más modestos ni los campesinos sin tierra. ¿En qué ha consistido la revolución verde? Partiendo del escaso rendimiento por hectárea en las regiones tropicales, investigadores norteamericanos, financiados por las fundaciones Ford y Rockefeller, desarrollaron después de la guerra en estaciones experimentales (en México para el maíz y el trigo y en Filipinas para el arroz) variedades de alto rendimiento para climas tropicales *(high yield varieties*=HYV) y a partir de 1964 proporcionaron semillas de estas variedades a los agricultores a través de escuelas de agricultura y de servicios estatales de extensión agraria. Los éxitos no tardaron en producirse: sobre todo en el trigo se consiguieron cosechas entre un 30 y un 100 por ciento más altas (y, como consecuencia de los períodos de maduración más cortos, aumentó, duplicándose o triplicándose, el número de cosechas). En la actualidad se utilizan estas semillas de alto rendimiento en el 20-50 por ciento de las superficies cultivadas. Pero la utilización fructuosa va unida a determinadas condiciones previas y requiere el empleo de unos medios considerables:

— Se necesita agua suficiente y que además el agua esté asegurada, por lo que las variedades de trigo sólo pueden cultivarse en tierras de regadío.

— Son indispensables los abonos artificiales, y la utilización del agua y de los abonos tiene que producirse en la proporción adecuada.

— Las nuevas variedades son propensas a los parásitos, por lo que hay que recurrir a pesticidas, y como los parásitos se vuelven resistentes hay que producir constantemente nuevas clases de pesticidas. Por añadidura el agricultor sólo puede utilizar durante pocos años las semillas de la propia cosecha.

— Los abonos y los pesticidas tienen que llegar al campo en el momento preciso, cosa que no siempre ocurre ni mucho menos.

— Los agricultores tienen que recibir un asesoramiento más intenso y tienen que poder disponer de un sistema crediticio.

Los éxitos en materia de productividad fueron impresionantes en los años 1965-1970. El rendimiento por hectárea experimentó en muchos sitios un incremento súbito, y otro tanto ocurrió con la producción nacional. Aumentó el grado de autoabastecimiento y fue posible reducir las importaciones: parecía resuelto el problema agrario y alimenticio. Pero no tardaron en hacerse sentir los nuevos problemas y los límites de la utilización de las nuevas variedades:

— Los grandes éxitos afectaron en primer lugar al trigo; en el caso del arroz el aumento del rendimiento fue menor. Pero ocurre que el arroz es precisamente la base de la alimentación del Asia meridional y sudoriental. A esto había que añadir que el nuevo arroz tenía un sabor distinto y era rechazado.

— Existen límites para el riego artificial y por tanto para el empleo de las HYV. Forzar el riego puede provocar una salinización del suelo y un descenso del nivel de las aguas subterráneas.

— Las HYV exigen una inversión financiera elevada, y en consecuencia aumentan el riesgo. Si las condiciones climatológicas hacen que se pierda la cosecha, las pérdidas del agricultor no se limitan como antes a aquélla, sino que pierde también los medios que ha empleado y en muchos casos queda endeudado.

— Las HYV exigen al suelo un esfuerzo mayor que antes y en consecuencia facilitan la erosión. Debido a lo cual, o disminuye el rendimiento o hay que aumentar la utilización de abonos, con lo que se reduce la rentabilidad.

— A nivel nacional, la producción y la productividad sólo han aumentado muy despacio a partir de 1970.

— La demanda de abonos ha experimentado un fortísimo aumento. Con la subida de los precios del petróleo, tanto la producción propia como la importación de abonos se han encarecido enormemente y lastran la balanza de pagos. La utilización de abonos compuestos aumentó, por ejemplo, en la India desde cero en el año 1952 hasta 2 millones de toneladas en 1974. Aun cuando la producción propia cubre la mitad de las necesidades, las importaciones supusieron 1 000 millones de rupias en 1970-71 y 5 800 millones en 1975-76. Malasia importó, en 1979, 770 000 toneladas de abonos por un valor de 115 millones de dólares USA, y Filipinas pagó 52 millones de dólares por la importación de la mitad de sus necesidades.

Gravosas han sido también las consecuencias sociales. En sí la utilización de HYV es independiente de la superficie cultivada, es decir que también pueden emplearlas en principio los pequeños agricultores. Y muchos lo han hecho en efecto. Pero las investigaciones han demostrado que han sido sobre todo los grandes y los

medianos agricultores los que han adoptado el empleo de HYV, ya sea porque los organismos estatales se han dirigido a ellos en primer lugar, ya sea porque eran los más dispuestos a introducir las innovaciones, los que disponían de los medios para ello y los que podían correr el riesgo que ello implicaba. Pero todavía hay otra razón más importante: como élite local tenían un acceso privilegiado a los créditos agrarios y muchas veces también un acceso privilegiado al uso del agua. El súbito incremento de las cosechas hizo que muchos de ellos pudieran cultivar directamente una extensión mayor de tierra, que se deshicieran de arrendatarios y aparceros y que emplearan en sus campos a jornaleros. Las pequeñas fincas fueron compradas. Con todo ello se agudizaron las diferencias sociales: la élite de las aldeas adquirió un cierto bienestar mientras aumentaba el número de los campesinos sin tierra. Los efectos sobre el empleo son discutibles: las HYV intensifican el trabajo, sobre todo en la medida en que permiten dos cosechas. Los salarios subieron en algunos casos, sobre todo en el Panjab, donde la revolución verde fue especialmente eficaz, provocando a su vez una presión indirecta en favor del empleo en la construcción de caminos y carreteras, el transporte, el almacenaje y la comercialización; en el incremento de la demanda de bombas, arados, etc. Pero el aumento de la rentabilidad y la subida de los salarios provocaron también la tendencia al empleo de más máquinas, tractores y algunas cosechadoras incluso, con lo que se liberó nuevamente mano de obra.

Así pues, el juicio que merece la revolución verde es necesariamente ambivalente. El aumento de la producción y de la productividad ha sido y sigue siendo necesario. En eso no hay vuelta atrás. Pero por otra parte se trata de una revolución que ha pasado de largo para las masas de los pequeños agricultores y de los campesinos desposeídos. Estos están subalimentados o no tienen qué comer, y por otra parte la industrialización depende de la elevación de su capacidad adquisitiva. Las reformas son una necesidad imperiosa, pero los notables de las aldeas son al mismo tiempo los que poseen el poder político y hasta ahora se las han apañado muy bien para boicotear todo intento de reforma. Las élites urbanas tienen miedo al «socialismo» y se preocupan muy poco por la población rural. «Corrupción, una administración negligente y desorganizada, brutalidad de las fuerzas armadas y policiales, dramáticas diferencias de renta, pauperización en el campo, hundimiento de todas las estructuras sociales»... tal es el inventario de un estudioso de la situación en el Sudeste asiático [17]. Si las masas campesinas comienzan a levantarse, la respuesta será un reforzamiento de la represión. Parece no obstante imponerse la idea de que una política agraria que se fija como único objetivo

el aumento de la producción provoca efectos secundarios indeseables y de que hay que desarrollar esfuerzos para que también los pequeños agricultores tengan acceso a los créditos y las subvenciones, así como para conseguir una distribución justa de los recursos de agua. Sería necesaria la activación de la comunidad aldeana, el empleo de los campesinos durante el tiempo no dedicado a los trabajos agrícolas y el fomento de la *self-reliance,* de la confianza en sí mismos, con la ayuda de una técnica sencilla y adecuada. China ofrece un modelo ejemplar, pero no está claro que el objetivo pueda conseguirse sin la aplicación de medidas forzosas y sin una ideología totalitaria.

La estructura agraria del *Africa negra* está condicionada desde la época colonial por el dualismo de un sector tradicional de subsistencia, por una parte, y de la producción de *cash crops,* es decir de productos agrarios directamente destinados a la exportación, por otra [18]. Estos productos eran, según el clima y las características del suelo, los cacahuetes y el algodón (en el cinturón del Sáhel, desde el Senegal al Sudán), el aceite de palma, el café y el cacao (Africa occidental), el café, el maíz y el sisal o pita (Africa oriental). Las áreas de cultivo se expandieron y las cifras de producción y exportación aumentaron rápidamente antes y después de la primera guerra mundial, con lo que pareció que las potencias coloniales demostraban la eficacia de su explotación de los territorios que ocupaban. Hubo plantaciones bajo dirección europea y mano de obra reclutada entre la población africana en el Camerún alemán, en el imperio colonial portugués, en el Congo belga y en Tanganica; en Kenia y en Rhodesia se estableció una clase dominante de colonos, pero la mayor parte de los productos agrarios destinados a la exportación fueron el resultado de la llamada agricultura nativa, es decir, cultivados por campesinos africanos dentro del marco de su modo de producción tradicional. El paso al cultivo de los productos de exportación se produjo en la mayoría de los casos voluntariamente; el cultivo forzoso constituyó la excepción. Pero la recaudación de impuestos en metálico fomentó la monetarización y, sobre todo en las colonias francesas, puede interpretarse como una medida coercitiva para obligar al cultivo de productos de exportación. Los métodos de producción apenas cambiaron: lo que el campesino podía cosechar, en el terreno que le era asignado anualmente y que cultivaba con ayuda de la vieja azada de madera, era muy poca cosa: apenas bastaba para pagar los impuestos y comprar algunos artículos de consumo. Constituía una excepción el cacao, que producía un rendimiento por hectárea considerablemente mayor que el de los cultivos de cacahuetes o algodón y que, sobre todo a los productores de Costa

de Oro —que en 1935 exportaba 250 000 toneladas—, les permitía un modesto bienestar. En esta zona, donde la casi totalidad de los campesinos eran propietarios del suelo, se creó una burguesía de plantadores autóctona que daba ocupación a una mano de obra procedente de los territorios pobres del norte. Se trataba de contingentes de trabajadores temporeros. Tras la segunda guerra mundial, Costa de Marfil siguió el ejemplo de Ghana. Las exportaciones produjeron a la colonia ingresos aduaneros, pero el beneficio fue principalmente a manos de las firmas comerciales europeas que acaparaban la compra y controlaban el transporte y la comercialización.

Los Estados africanos independientes han proseguido esta política de monocultivo de los productos de exportación. Era la única que parecía ofrecer la posibilidad de conseguir los medios necesarios para llevar adelante los planes de desarrollo generosamente concebidos. Poco a poco se fueron creando, es cierto, organizaciones de compra y comercialización nacionales, pero subsistió la dependencia unilateral del mercado mundial y la oscilación de los precios en ese mercado: cuanto más se deterioraban las relaciones de intercambio, más dependían estos países de las inversiones extranjeras, de los créditos y de la ayuda para el desarrollo. Mientras se fomentaba el cultivo de los productos de exportación (favorecido por las inversiones en infraestructura que primordialmente derivaban hacia él), se descuidó el cultivo de productos alimenticios. Y ello a pesar del aumento de la producción y del crecimiento de la demanda: las mejores tierras se dedicaron a los productos de exportación, hubo que acortar los tiempos de barbecho y suelos de por sí poco fructíferos fueron esquilmados. Las cosechas se estancaron o retrocedieron. La situación es crítica sobre todo en Senegal[19]: aun cuando ya en la época colonial se habían desertizado grandes extensiones de tierra como consecuencia del cultivo forzado del cacahuete, prosiguió su expansión. Hoy en día comprende una gran parte del país, la industria de elaboración está basada en el cacahuete, y los cacahuetes constituyen el principal producto de exportación. Ahora bien, la producción se ha quedado muy rezagada con respecto al número de plantas cultivadas y otro tanto ocurre con el rendimiento por hectárea... mientras la erosión del suelo sigue avanzando. Al mismo tiempo ha retrocedido la producción de alimentos —sobre todo, como es natural, en los años de sequía— y hay que importar productos alimenticios en gran cantidad. Procesos tendencialmente análogos se dan asimismo en otros países africanos. Se habla mucho de la diversificación, pero es una diversificación que se sigue refiriendo preponderantemente al sector de la exportación.

Las presiones objetivas que obligan al monocultivo son podero-

sas. Los Estados africanos se ven forzados a depender de los ingresos producidos por las exportaciones, máxime cuando la nueva élite urbana no piensa renunciar a las importaciones de consumo. La subida de los precios del petróleo pesa adicionalmente sobre la balanza de pagos. El interés por unos precios elevados y estables para las materias primas es comprensible: las relaciones de intercambio tienen una importancia vital. Pero parece irse imponiendo la idea de que en el futuro se ha de dar prioridad a la producción alimenticia. Estos países tienen que crear confianza en sí mismos. La vía para ello es un camino lleno de dificultades. Los grandes proyectos han demostrado ser problemáticos; queda tan sólo el paciente trabajo de desarrollo en las aldeas: un mejor suministro de agua y un cultivo más eficiente mediante la educación y el asesoramiento correspondientes, una mejor conservación de los víveres y una mejor comercialización, estímulos mediante una adecuada política de precios, activación del interés individual y fomento de los esfuerzos comunitarios. La elevación de la producción de alimentos como parte de una estrategia que persiga la satisfacción de las necesidades básicas, no sólo habrá de reducir la dependencia del extranjero, sino de contribuir también a aliviar las enormes diferencias entre la ciudad y el campo y a frenar la huida del campo. Sólo así se conseguirá por lo demás crear un mercado interior creciente sin el cual los esfuerzos encaminados a la industrialización están condenados al fracaso. No puede preverse aún si conseguirá mayores éxitos en estos esfuerzos un sistema de capitalismo privado o un sistema socialista.

En *América Latina* siguen dominando los grandes latifundistas [20]. La era colonial española, con su semifeudalismo, sigue estando presente hoy, aun cuando en las últimas décadas del siglo XIX se disolvieran en parte los viejos latifundios gigantescos y surgieran nuevos grandes dominios bajo el signo del gran auge de la exportación de cereales, ganado, café y otros productos. En 1960, el 10 por ciento de los propietarios de la tierra poseían el 90 por ciento de todo el suelo cultivable; el 1,5 por ciento de todas las explotaciones agrícolas tenían más de 1 000 hectáreas y ocupaban el 65 por ciento del suelo, mientras que el 73 por ciento de las explotaciones tenían que conformarse con el 3,4 por ciento del suelo. Frente al pequeño número de los grandes latifundistas está el gran número de los minifundistas. Tomemos tres países a título de ejemplo: en Brasil, 32 000 propietarios poseían, en 1964-65, 133 de los 265 millones de hectáreas de tierra cultivable; el 20 por ciento de las haciendas tenían más de 10 000 hectáreas por hacienda, y había unas docenas de ellas que superaban incluso las 100 000 hectáreas; en cambio 500 000 pequeñas explotaciones

ocupaban en conjunto únicamente el 0,5 por ciento de la superficie cultivable. En Colombia, el 10 por ciento de los propietarios poseen el 80 por ciento de la tierra, mientras que el 50 por ciento de los pequeños agricultores no tienen en total más que el 2,5 por ciento del suelo. En Guatemala, el 2,1 por ciento de las explotaciones acaparan el 82,3 por ciento de la superficie cultivable, mientras que el 88,4 por ciento de los pequeños campesinos se reparten solamente el 16,6 por ciento.

Latifundios y minifundios constituyen conjuntamente una unidad simbiótica y dan lugar a un sistema de dominación peculiar. Los latifundios son en su mayoría grandes explotaciones extensivas; tan sólo una fracción del suelo se aprovecha, predominando las inmensas praderas destinadas a pastos para el ganado. El propietario suele vivir en la ciudad y confía la explotación a un administrador. La explotación tiene lugar mediante braceros y pequeños arrendatarios. Estos últimos son obligados a trabajar en los dominios del amo a cambio de techo y permiso para cultivar una pequeña huerta, o bien se les paga su trabajo todavía en especie. Cuando el salario se paga en dinero suele ir acompañado de la obligación de adquirir las mercancías de consumo en las tiendas del latifundista. La venta de estos productos a crédito es una de las formas preferidas para atar a los arrendatarios y trabajadores al latifundio. Todavía se ceden trabajadores «en alquiler» y se siguen aplicando los castigos corporales. Un cierto paternalismo no hace sino disimular tan extremados modos de explotación. Los minifundistas que viven fuera de los grandes dominios sólo disponen de suelo de difícil cultivo, como por ejemplo, las laderas de los Andes. Lo que pueden conseguir con su primitiva agricultura intensiva apenas es suficiente para mantener una existencia miserable. Cuando consiguen llevar al mercado menguados excedentes o productos comerciales —una buena parte del café en Colombia es cultivada por pequeños productores— están, siendo analfabetos, a merced de las prácticas desaprensivas de comerciantes y transportistas.

Todo el mundo está de acuerdo hoy en día en que este complejo de latifundios y minifundios supone un enorme despilfarro de ambos recursos: el trabajo y el suelo. Los grandes dominios dejan en barbecho inmensas superficies porque no se realizan inversiones mayores. El rendimiento por hectárea es modesto, pero en cambio es relativamente alto el rendimiento de la mano de obra. Por el contrario, los minifundistas obtienen un rendimiento por hectárea elevado, pero con una baja productividad del trabajo. La población crece rápidamente, las parcelas se hacen cada vez más pequeñas, ya no hay suelo libre disponible y resulta

difícil conseguir créditos. No tiene nada de extraordinario que la riada migratoria hacia las ciudades sea constante.

Junto al latifundio con una explotación extensiva existe cada vez más la gran hacienda con una administración moderna: sobre todo en el caso de las grandes plantaciones de café y caña de azúcar (si se hace abstracción de las plantaciones de plátanos que los grandes *trusts* fruteros explotan en América central). Este tipo de explotaciones significa una mayor inversión de capital, más mecanización, grandes cosechas destinadas al mercado... pero sólo hasta cierto punto el empleo de más mano de obra. Por el contrario, es muy frecuente que se expulse a los arrendatarios y se deje sin empleo a los jornaleros. Así ha ocurrido sobre todo allí donde —como por ejemplo, en Guatemala y en el norte y el nordeste del Brasil— se convierten las tierras que hasta ahora se dedicaban al cultivo en tierras de pastos para producir carne destinada a las ciudades y a la exportación.

Esta dilapidación de recursos permite comprender por qué América Latina, con sus inmensas superficies de suelo cultivable, ya no produce alimentos suficientes para su población, y ello a pesar de los millones de personas que están mal alimentadas o se alimentan con una dieta inadecuada. Comparada con los tiempos de antes de la guerra, en 1965-66 la producción agraria casi se había duplicado, pero la producción *per cápita* había descendido en un 8 por ciento. En 10 de 20 países, la producción agraria se había quedado rezagada con respecto al crecimiento demográfico y en otros 5 países lo sobrepasaba en menos de 1 por ciento. Desde 1970 la producción ha aumentado sensiblemente, pero se ha tratado sobre todo de la producción intensiva dedicada a la exportación. Actualmente es necesario importar cereales. Los precios han subido mucho, mucho más que los salarios reales. Entre el 20 y el 40 por ciento de la población, tanto rural como urbana, carece de trabajo. La alimentación de las capas más bajas de la población es cada vez más precaria.

Se habla de reformas agrarias desde hace muchos años. Pero, salvo en Cuba y en Chile, en ningún sitio se han realizado con éxito. En Bolivia, Perú, Venezuela y Colombia los resultados de los intentos han sido sumamente modestos. En Perú se expropió a los extranjeros propietarios de plantaciones en la fértil costa, repartiéndose algo de tierra, pero en la mayoría de los casos era tierra que estaba sin utilizar o poco productiva. En Guatemala el enérgico intento que acometió el presidente Arbenz en 1954 condujo al derrocamiento de su régimen. Como salida se ofreció la colonización de tierras no cultivadas del patrimonio estatal, pero resultó extraordinariamente costosa y fueron muy escasos los campesinos a los que proporcionó tierra. En la mayoría de los

países latinoamericanos existen salarios mínimos fijados por el Estado, leyes sobre el tiempo de trabajo y sobre la escolarización de los hijos de los campesinos, etc., pero esas leyes no se cumplen, ni se cumplirán mientras la aristocracia latifundista domine el Estado y disponga a veces de tropas de castigo propias que se emplean sin contemplaciones en cuanto los campesinos «protestan» o emprenden ocupaciones ilegales de fincas. La reglamentación legal de los contratos de arriendo ha tenido como efecto que se expulse a los arrendatarios, se suprima la explotación agrícola del suelo o se sustituya la mano de obra por máquinas.

La revolución verde no es ningún sustitutivo de las reformas agrarias. Puede aumentar fuertemente la producción nacional, incluso la de alimentos, y hacer innecesarias las importaciones, pero también en Latinoamérica contribuye a acentuar aún más las disparidades sociales. Un ejemplo de ello lo constituye México, que en la década de 1930 llevó a cabo una verdadera reforma agraria bajo el presidente Cárdenas, eliminando en considerable medida el latifundismo, pero que desde la década de 1950 ha centrado unilateralmente sus esfuerzos en un rápido aumento de la producción. Se utilizaron grandes recursos públicos para proyectos de irrigación en los Estados norteños; el banco de crédito estatal concedió créditos baratos, se distribuyeron licencias para la importación de maquinaria agrícola, y el resultado fue el surgimiento de un nuevo latifundismo regional con gran capacidad productiva. En 1960, el 1,3 por ciento de las explotaciones eran responsables del 54 por ciento de la producción agrícola y entre 1950 y 1960 representaron el 80 por ciento del crecimiento productivo. Pero en cambio se estancó la producción y el rendimiento por hectárea de la mayoría de cooperativas campesinas (ejidos) y de los minifundistas, creció el endeudamiento, se arrendaron las parcelas a los latifundistas privados y los braceros encontraron cada vez menos trabajo. Se estima que su número que era de 3,5 millones en 1960, se habrá duplicado para 1980.

Sin generosas reformas agrarias que entrañen la expropiación de los latifundios, la creación de cooperativas y de pequeñas propiedades, junto con los créditos agrícolas necesarios, la formación y el asesoramiento de los campesinos y la mejora de la comercialización, no tiene solución el problema agrario de América Latina. Existen tierras sin cultivar, las cosechas de los pequeños agricultores, cuando se les presta apoyo, son mayores que las de las grandes explotaciones. Tan sólo así pueden aumentarse los ingresos mínimos de la gran masa campesina y tan sólo así queda alguna esperanza de que por lo menos una parte del proletariado campesino, que aumenta aceleradamente, encuentre ocupación. Ni siquiera una industria en rápido crecimiento sería capaz de crear

suficientes puestos de trabajo. Con toda razón puede ponerse en duda que sean hoy todavía posibles reformas efectivas por una vía evolucionista. Antes bien da la impresión de que habrá que contar en el futuro con movimientos revolucionarios y, en consecuencia, con guerras civiles. ¡Las sangrientas contiendas de Nicaragua y de El Salvador no serán las últimas!

IV. LAS DIFICULTADES DE LA INDUSTRIALIZACION

«La industrialización y el desarrollo se utilizan con frecuencia como sinónimos. Se trata sin duda de una equiparación falsa, pero encierra, sin embargo, su trocito de verdad. La industrialización es en términos generales la vía más segura hacia un grado de desarrollo económico más elevado»[21]. De hecho los países en vías de desarrollo, incluidas las colonias que habían alcanzado su independencia, esperaban en el último período de la posguerra mundial poder industrializarse rápidamente. Una industria propia, sobre todo una industria pesada propia, parecía ser un certificado de independencia nacional y se tomaba por condición previa necesaria para alcanzar el gran objetivo de «ganar terreno» a las metrópolis, igualarse en derechos con ellas y superar el subdesarrollo. Pero se subvaloraron las dificultades, pues parecía bastar con una voluntad enérgica, una planificación estatal, unas inversiones centradas en sectores clave y una protección aduanera para poner en marcha un proceso que luego, a semejanza de una bola de nieve, se ampliaría rápidamente a otros sectores y posibilitaría el paso de la sociedad agraria a la sociedad industrial. Tanto mayor fue en consecuencia el desengaño al producirse la industrialización mucho más lentamente de lo que se había esperado, al tropezar con obstáculos o estancarse, al agrandarse, en vez de reducirse, la distancia con respecto a los países industrializados, y sobre todo, al comprobarse que no se producía el esperado efecto sobre el empleo.

Hasta finales de la segunda guerra mundial, la industrialización en los países que hoy constituyen el Tercer Mundo no pasó de ser incipiente[22]. Las potencias coloniales no la habían prohibido, pero tampoco habían hecho nada por fomentarla: seguía imperando el principio según el cual las colonias debían limitarse a suministrar materias primas y productos tropicales, importando los productos industriales de las metrópolis. En la India había surgido una industria algodonera ya en el siglo XIX, y a principios del presente siglo se puso en marcha la primera acería; pero no se había concedido protección aduanera a estas industrias. En el

período de entreguerras la protección fue posible, y la industria textil, la del azúcar y la del papel se beneficiaron grandemente de ella, aunque en el momento de la independencia, en 1947, no disponía aún la India de una industria mecánica. Más modestas todavía eran las industrias en las restantes colonias asiáticas o africanas. Existían fábricas de cemento, serrerías, fábricas de muebles, molinos y fábricas de cerveza, y alguna que otra fábrica de tejidos, pero sólo se elaboraba en las colonias una pequeña parte de las materias primas; los bienes de consumo y los bienes de inversión, así como el material de transporte, se hacían llegar de las metrópolis. Cuando Marx profetizó en 1853 que una potencia colonial como Inglaterra que construía ferrocarriles en la India no podría evitar a la larga construir también locomotoras, es decir poner en marcha un amplio proceso de industrialización, se equivocaba, porque no tomaba en cuenta el rápido descenso de los precios del transporte en el siglo XIX: resultaba más barato importar locomotoras y maquinaria textil de Inglaterra que proceder a su fabricación en la India. En América Latina, el desarrollo económico, que a veces cobraba rasgos de acelerada prosperidad, se basaba el siglo pasado únicamente en la minería y en la exportación de productos agrarios tales como cereales, carne, café, caucho y azúcar. Tan sólo el hundimiento con caracteres catastróficos de estas exportaciones y la crisis motivaron una cierta industrialización: los productos que hasta entonces se habían importado tuvieron que sustituirse por una producción propia, sobre todo en el ramo textil. La segunda guerra mundial dio nuevo impulso a esta substitución de las importaciones.

Los esfuerzos industrializadores *a partir de la segunda guerra mundial* que mencionamos al principio consiguieron sin duda éxitos considerables, tanto en la minería y en la industria pesada y de las materias primas como en las industrias manufactureras.

Indice de producción de la industria manufacturera en los países en vías de desarrollo no comunistas (1963=100) [23]

	Conjuntamente	*América Latina*	*Asia*
1938	29	28	30
1948	41	46	34
1955	60	65	56
1960	85	88	83
1961	116	117	120
1970	161	160	164

En sí son cifras impresionantes: las tasas de crecimiento de la producción industrial del Tercer Mundo llegaron a casi el 7 por ciento entre 1950 y 1960 y a un 8 por ciento en el período 1960-1970. Fueron mucho más elevadas que en los países industrializados durante el siglo XIX y superaron incluso a las de la favorable coyuntura de después de la guerra. Se puede ilustrar con los siguientes ejemplos: la India aumentó su producción de acero de 1 millón de toneladas a 6 millones, y los 801 millones de kwh de 1956 aumentaron hasta 6 218 en 1975: en la actualidad fabrica aparatos eléctricos y maquinaria de todo tipo, aviones y ordenadores. En América Latina se cuadruplicó la producción de energía eléctrica en el período 1948-1964, se quintuplicó la producción de acero entre 1938 y 1964 (en Brasil se multiplicó por seis entre 1948 y 1964, y en México por doce). El porcentaje que representaban las industrias alimentaria y textil con respecto a la producción industrial conjunta descendió notablemente en favor de la industria transformadora del hierro. Y sin embargo, este proceso de industrialización sigue pareciendo insuficiente y los *obstáculos y dificultades* con que tropieza son enormes. ¿Por qué?

— El punto de partida era extremadamente bajo, por lo que las elevadas tasas de crecimiento dicen muy poco sobre el grado de industrialización alcanzado. La parte que correspondía al Tercer Mundo en la producción industrial mundial no era en 1977 más que del 9 por ciento.

— Las diferencias entre unos y otros países son grandes; la industrialización se concentra sólo en unos pocos de ellos. Los países subdesarrollados más pobres no han ido más allá de los inicios y a lo sumo fabrican algunos bienes de consumo de uso cotidiano.

— Las industrias se han establecido además en las grandes aglomeraciones urbanas, no afectando apenas a amplias regiones de estos países.

— Las elevadas tasas de crecimiento de la minería dicen muy poco de por sí, máxime cuando la mayor parte de los minerales se exportan (como ocurre con el estaño de Malasia y Bolivia, con el cobre del Zaire, Zambia y Chile, o con la bauxita de Guayana, Jamaica o Guinea). Aun cuando se nacionalicen las minas, sigue existiendo una dependencia de los *trusts* extranjeros, de la dirección también foránea y, sobre todo, del mercado mundial con sus fuertes oscilaciones de precios. La minería facilita al país las divisas que necesita de la manera más perentoria, pero son escasos los impulsos que de ella se derivan para el resto de la economía: la elaboración tiene lugar en las metrópolis, los elementos de las instalaciones han de ser importados y otro tanto ocurre incluso con los artículos de consumo destinados al personal extranjero.

Y asimismo es muy reducido el efecto sobre el empleo de minería muy modernizada, que mantiene su carácter de «enclave».

— La industria de hoy en día se basa en una técnica complicada y en unos métodos de dirección y administración muy sofisticados. En la fase inicial de la revolución industrial la cosa fue muy distinta: el paso en las fábricas de la producción manual a la producción mecanizada era entonces fluido; la construcción de máquinas requería un saber técnico relativamente reducido y fácil de aprender. La difusión desde Inglaterra a otros países se produjo por tanto con relativa rapidez. En cambio, la técnica actual es complicada e impone exigencias cada vez más altas. Su aplicación no requiere simplemente un pequeño grupo de cuadros superiores formados la mayoría de las veces en el extranjero, sino una masa también de obreros cualificados de la que no suelen disponer la mayoría de las veces los llamados países en vías de desarrollo. Los cuadros extranjeros son caros y es fácil que su costo contrarreste la ventaja que para la industrialización representan los bajos salarios que se pagan a los trabajadores del país. A ello hay que añadir que la fabricación de bienes de equipo exige muchas veces el establecimiento de grandes unidades productivas con capacidad también grande por lo tanto. Ahora bien, el país en sí presenta sólo una demanda modesta, y los costos de transporte dificultan la exportación, aun suponiendo que las máquinas o bienes de equipo producidos resulten competitivos internacionalmente por su calidad. Hay que añadir todavía que la industria moderna depende de un elevado número de proveedores que no existen en los países no industrializados. Y dejemos ya la incidencia de otros cuellos de botella: la dependencia de licencias de importación, del irregular suministro energético, etc.

En un principio parecía indicada para la industrialización de los países subdesarrollados una política de *sustitución de las importaciones*. Parecía lógico producir en el propio país mercancías que hasta entonces se venían importando: existía el mercado, se creaban puestos de trabajo y se podían ahorrar divisas. Algunos países latinoamericanos habían iniciado este camino; India, Filipinas, Egipto y otros países mayores de Asia y Africa siguieron el ejemplo. La protección aduanera era el medio necesario y probado para reducir las importaciones y facilitar el despegue de la industria propia; a lo cual venían a añadirse otras medidas estatales estimuladoras, tales como las tarifas preferentes para las importaciones de materias primas y de bienes de equipo, las exenciones fiscales y las subvenciones. Lo que las potencias coloniales se negaron a hacer o simplemente no hicieron podían hacerlo los países una vez independientes y se aplicaron a ello de una manera

consecuente. Se crearon fábricas de cemento, de tejidos, de calzado, de jabones, de artículos de goma, de pastas dietéticas y otros productos alimenticios. Los elevados derechos aduaneros o las prohibiciones de importación hicieron que los grandes consorcios monopolísticos extranjeros establecieran en los países con mayor población plantas de fabricación o de montaje para automóviles, bombas, frigoríficos, productos farmacéuticos y otros por el estilo. Las altas tasas de crecimiento de la industria manufacturera reflejan el éxito de esta política de sustitución de las importaciones.

Pero con el tiempo se mostraron también sus límites. Si se creía que con la producción propia de bienes que hasta entonces se habían importado se descargaría en gran medida la balanza comercial y de pagos, se pudo comprobar que tal suposición era engañosa. No sólo había que importar el equipo de las nuevas fábricas, sino también materias primas, productos semielaborados y piezas de repuesto. A veces el componente importado de los productos de fabricación nacional resultaba superior al precio que hubiera habido que pagar por los mismos productos en caso de importarlos ya fabricados. Con harta frecuencia los costos de producción eran demasiado elevados y constituían en consecuencia una carga para los consumidores, tanto más cuanto que, debido a la deficiente planificación, se creaban excesos de capacidad productiva o, debido a la deficiente gestión, las fábricas no lograban producir a plena capacidad a pesar de existir una demanda para ello. A esto venía a añadirse que la demanda interior se cubría pronto y que su crecimiento no era suficientemente rápido, ya que la capacidad adquisitiva de las masas seguía siendo escasa y un alto porcentaje de la población vivía de hecho al margen del mercado. El retroceso que hoy puede observarse en las altas tasas de crecimiento industrial, inicialmente tan elevadas, se explica actualmente por los límites que se imponen a la sustitución de las importaciones.

Un reducido número de países han seguido la vía de una *industrialización forzada para la exportación* y han alcanzado espectaculares éxitos. Se trata por una parte de las ciudades-Estado de Hong Kong y Singapur y por otro lado de Taiwan y Corea del Sur. Las dos primeras de estas formaciones estatales tenían primordialmente que crear trabajo para los millones de habitantes que se apiñaban en su estrecho territorio. No disponen de *hinterland* agrario y se ven obligadas a importar y a pagar los alimentos y las materias primas, cosas ambas que sólo son posibles en sus circunstancias con la exportación forzada. El problema que tenían que resolver era el de emplear de manera eficiente su más importante recurso: la mano de obra china, laboriosa y con un grado de formación relativamente alto. Se necesitaban capitales y

saber técnico, y en consecuencia se prescindió de las medidas proteccionistas y se creó un clima ventajoso para las inversiones. A la creación de este clima contribuyeron no sólo la libre transferencia de capitales y beneficios, sino también aspectos infraestructurales como la construcción de zonas industriales especiales, las facilidades fiscales, etc. Una política análoga siguieron Taiwan y Corea del Sur, que por añadidura se beneficiaron de una importante ayuda al desarrollo y grandes inversiones privadas procedentes de los Estados Unidos por razones políticas. Hay que añadir una condición previa más que se daba en los cuatro Estados: la mano de obra era barata y no existían de hecho sindicatos. Un poder estatal autoritario se preocupó de que estas condiciones resultaran inamovibles. Se pudo así implantar y desarrollar industrias manufactureras con alta intensidad de trabajo y tasas de crecimiento comprendidas entre el 10 y el 20 por ciento. Las exportaciones aumentaron en la misma medida. Todo el mundo sabe que hoy en día una parte considerable de nuestra demanda de telas, vestidos y trajes de confección, ropa interior y zapatos procede de estos cuatro puntos asiáticos. También se ha establecido allí la producción de elementos para la industria eléctrica y electrónica que requiere trabajo intensivo, es decir que los grandes consorcios monopolísticos norteamericanos, japoneses y europeos montan en estos países con mano de obra barata las piezas importadas y reexportan los productos semifabricados para completar su montaje en los países de origen.

El éxito de esta política es innegable, pero no pueden pasarse por alto sus aspectos problemáticos: parecen imponerse límites a la continuidad de la expansión, sobre todo al aparecer otros países competidores; en los países industrializados crece la oposición a este traslado de los procesos industriales; la industrialización se limita a acabados sencillos o a la mera fabricación de productos intermedios, de forma que el proceso de aprendizaje y la transferencia de tecnología y capacidad técnica son muy modestos. Los salarios tienen que mantenerse bajos, mientras se mantiene alto el rendimiento laboral, a fin de conservar la capacidad competitiva. Hay que esperar a ver si es posible el paso paulatino de este modo de fabricación barata y parcial a la estructuración de plantas industriales integradas que también fabriquen bienes de equipo. Indicios de este tipo de transformación aparecen en Corea del Sur y en Taiwan.

Pero el aspecto más negativo que pesa sobre el proceso de industrialización del Tercer Mundo es a nuestro entender el siguiente: por un lado las elevadas necesidades de capital; por otro *el escaso efecto generador de empleo* de la industria moderna. En ello radica una decisiva diferencia con respecto a la revolución indus-

trial en Europa: a comienzos del siglo XIX, para construir fábricas se necesitaba, no sólo una tecnología relativamente sencilla, sino también poco capital, y además se trataba de procesos de trabajo intensivo, es decir, que proporcionaban trabajo a un número relativamente alto de obreros y obreras. Hoy en día la situación es exactamente la contraria: se necesita mucho capital y poca mano de obra. Según Bairoch, hoy en día, para crear un puesto de trabajo, se necesita un capital 70 veces superior al que se necesitaba al comenzar la industrialización europea [24]. En industrias tecnológicamente complejas, como la siderurgia, la petroquímica o la construcción de máquinas hay que contar con inversiones del orden de los 200 000 dólares por puesto de trabajo. Las consecuencias para el Tercer Mundo son catastróficas: aun cuando se contara con elevadas tasas de ahorro y de inversión y hubiera un abundante flujo de capitales extranjeros, el número de ocupados en la industria sólo aumentaría ligeramente.

Pongamos tres ejemplos [25]: en la India, donde la producción industrial de un modo u otro casi se ha cuadruplicado entre 1951 y 1974, el número de obreros y empleados ocupados en las fábricas sólo ha aumentado, entre 1959 y 1974-75, de 3,6 a 6 millones, mientras que el incremento anual de la población ha sido de 15 millones de personas. En Brasil, cuya acelerada industrialización es patente, el número de personas ocupadas en el sector secundario sólo pasó de 2,4 a 5,3 millones entre 1950 y 1970, mientras que en Nicaragua, donde la tasa de crecimiento de la industria entre 1960 y 1970 se situó en un 12,6 por ciento, el número de obreros industriales en igual período de tiempo pasó de 66 000 a un total de 73 000. Aun cuando se tome en cuenta el efecto indirecto que el sector industrial tiene en la generación de empleo en el transporte y el comercio, no hay más remedio que llegar a la deprimente conclusión de que ni siquiera una industrialización eficaz podrá crear jamás los puestos de trabajo que con tanta urgencia se necesitan: pese a las hermosas cifras que ofrezcan todos los planes habidos y por haber, lo cierto es que no se puede siquiera crear los suficientes puestos de trabajo para quienes cada año se incorporen a la población activa, y no digamos ya para absorber la gran cantidad de parados totales o parciales que ya existe. Esto sólo podría hacerlo, si acaso, el sector agrario en combinación con un rápido descenso de la tasa de natalidad. Incluso la China comunista parece haber llegado a estas conclusiones, según los últimos informes que de allí llegan.

Se necesita además con la máxima urgencia la intervención lo más amplia posible de la llamada *tecnología adaptada,* es decir de una tecnología que permita una mayor intensidad de trabajo y además sea más sencilla. Actualmente se ha puesto de moda

fomentarla y considerar que la tecnología de capital intensivo es inadecuada para los llamados países en vías de desarrollo. Pero mucho más difícil resulta averiguar cuáles son sus posibilidades concretas de aplicación. Se dan algunas de ellas en el ámbito rural, sobre todo en el aumento de la producción artesana o de pequeñas industrias locales para la fabricación de aperos agrícolas. En este terreno los chinos han conseguido resultados excelentes. Pero en la producción de acero, en la industria eléctrica, en la del cemento, en la de los abonos, en la fabricación de tractores y máquinas, pronto aparecerán los límites de la técnica sencilla y de trabajo intensivo. De las advertencias contra la tecnología moderna y el fomento de la tecnología adaptada (también llamada blanda) sólo hay un paso a postular una nueva forma de división internacional del trabajo en la que a los países no desarrollados se les asigne la intensificación de su agricultura y la fabricación sencilla, mientras que nosotros, los países industrializados, nos reservamos las instalaciones industriales modernas: impremeditada discriminación que no aceptarán los pueblos del Tercer Mundo.

La aceleradísima concentración de empresas que ha tenido lugar en los países industrializados desde la década de 1950, la posición de poder cada vez más patente de las empresas transnacionales o multinacionales y sus inversiones constantemente crecientes en el extranjero han desencadenado en los últimos años una *discusión sobre las multinacionales* a escala internacional[26]. Especialmente enconada y controvertida es la polémica sobre el papel que desempeñan los consorcios monopolísticos multinacionales en los países en vías de desarrollo: para unos estas gigantescas empresas son las verdaderas portadoras del desarrollo, sobre todo, como es natural, dentro del proceso de industrialización; para otros son la «causa de todos los males», la encarnación del neocolonialismo y del imperialismo norteamericano, que establece y mantiene las estructuras del subdesarrollo y perpetúa la explotación de los países de la periferia por las metrópolis. Se citan como ejemplo el papel altamente sospechoso que tuvo la United Fruit Company en el derrocamiento del gobierno reformista de Arbenz en Guatemala en el año 1954 y el que desempeñó la ITT en el derrocamiento de Allende en Chile. En la teoría de la dependencia, actualmente dominante, son sobre todo las multinacionales las que bloquean los inicios de un desarrollo autónomo y, como mucho, fomentan un «capitalismo periférico».

Las *inversiones directas* en el extranjero, efectuadas fundamentalmente por las multinacionales de ocho países industrializados (Estados Unidos, Gran Bretaña, República Federal de Alemania, Francia, Japón, Canadá, Países Bajos y Suiza)[27] suponían ya en 1971 unos 165 000 millones de dólares, de los cuales 86 000 mi-

llones corresponden sólo a los Estados Unidos. Las inversiones de la República Federal Alemana subieron de 4 100 millones en 1961, a 32 200 millones en 1973. Aproximadamente un tercio estuvo destinado a los países en vías de desarrollo. Las nuevas inversiones alcanzaban hacia 1975 un total anual de 8 000 millones de dólares, lo que suponía el 12 por ciento de todos los medios que afluían a los países del Tercer Mundo. Pero la distribución regional ofrecía fuertes variaciones: el 67,6 por ciento de las inversiones norteamericanas en países no desarrollados fueron a parar a América Latina y el 20,1 por ciento a Asia. El grueso de las inversiones inglesas se destinaba claramente a las antiguas colonias de Africa y Asia, y el 24,5 por ciento de las procedentes de la República Federal Alemana se dirigían a Brasil, mientras que el 63,2 por ciento de las japonesas iban a Asia. Mayor importancia reviste la distribución por ramas, ya que en este aspecto se ha producido un inequívoco desplazamiento de la minería a la industria manufacturera, desplazamiento que en el caso de los Estados Unidos ha supuesto el paso del 19 por ciento en 1950 al 38 por ciento en 1972; en el caso de las inversiones alemanas federales, la parte correspondiente a las industrias de elaboración llega a situarse en un 59 por ciento (1972). Desde el punto de vista de los países en vías de desarrollo se ve más claramente cuál es el papel que desempeñan las inversiones extranjeras. En 1971 solamente el 3 por ciento de las inversiones extranjeras de los Estados Unidos estaban destinadas a Brasil, y sin embargo, las empresas extranjeras, y en especial las norteamericanas, controlaban el 68 por ciento de la industria automovilística, el 78,9 por ciento de la construcción de máquinas y el 71,4 por ciento de la industria química.

¿Cuáles son los *motivos* que mueven a las inversiones privadas en los países en vías de desarrollo? Los más importantes parecen ser los siguientes:

— El afianzamiento en cierto modo tradicional del control de las materias primas. Baste señalar a las empresas del petróleo, a los consorcios monopolísticos del cobre o a los carteles internacionales que controlan la extracción de la bauxita, el mineral de hierro o el mineral de uranio.

— Por lo que respecta a la industria transformadora, el motivo principal parece ser el interés por conservar una determinada participación en el mercado, por ampliarla o por conquistarla. Esto se consigue mediante exportaciones desde la metrópoli y, en caso necesario, mediante el establecimiento de sociedades filiales y de plantas de fabricación en los países en vías de desarrollo. Esto último ocurre sobre todo cuando las tarifas aduaneras o las cuotas

de importación dificultan la exportación desde la metrópoli, cuando entran en consideración los costos del transporte o cuando se trata de elaborar materias primas locales (como ocurre, por ejemplo, con la multinacional de la alimentación Nestlé). El objetivo puede consistir en eliminar la competencia extranjera o en conquistar una posición monopolística.

— El fomento de las inversiones extranjeras bien por los propios países en vías de desarrollo (ventajas fiscales o en el cambio de divisas, zonas francas, etc.) o por la metrópoli (facilidades con respecto a las amortizaciones, ventajas fiscales).

— El llamado ciclo del producto: los nuevos productos o las nuevas tecnologías se introducen primero en la metrópoli; cuando el mercado está saturado o la competencia utiliza la nueva tecnología, se emprende la retirada hacia los países subdesarrollados.

— Los bajos salarios favorecen el establecimiento de industrias de trabajo intensivo o de determinadas fases de la fabricación. Este tipo de inversiones se hace en gran medida para imponerse a la competencia procedente de los países con salarios bajos.

En la discusión en torno a las multinacionales se han aportado hasta ahora los siguientes *argumentos a favor o en contra de las inversiones directas en los países en vías de desarrollo:*

— Se ha discutido con especial vehemencia la cuestión del flujo de entrada y salida de los capitales. Lo que está claro es que los países en vías de desarrollo se resienten de la descapitalización y que la ayuda al desarrollo o los préstamos del Banco Mundial no son suficientes. Las multinacionales mantienen que sólo ellas disponen de los medios necesarios y los invierten en el Tercer Mundo de manera productiva. Frente a esta argumentación, los críticos esgrimen cálculos según los cuales, por lo menos a largo plazo, el flujo de salida del capital, como consecuencia de las amortizaciones, los intereses y las transferencias de beneficios, es superior al importe de las nuevas inversiones. Un cálculo llevado a cabo por la ONU arrojaba, por ejemplo, para gran número de países no productores de petróleo, unas entradas, referidas al año 1969, de 1 100 millones de dólares y unas salidas de 1 700 millones [28]. Otros cálculos arrojan unas pérdidas netas de capital mucho más altas. En América Latina parecen ser especialmente elevadas. Puede objetarse al argumento de que en realidad al Tercer Mundo no se le aportan medios, sino que lo que se hace es extraérselos de una manera constante, que con las inversiones directas no sólo se reducen las importaciones, sino que se facilitan las exportaciones y con ello se descarga la balanza de pagos del país en vías de desarrollo. Pero por otra parte es un hecho comprobado que los llamados pagos por transferencia lo que hacen es

ocultar una fuga de capitales todavía mayor: a las sociedades filiales se les cargan precios más altos por las importaciones que reciben de la metrópoli y se les abonan precios más bajos por sus exportaciones desde el país dependiente. De esta manera, aparte de transferir dinero ilegalmente desde el país en vías de desarrollo, se reducen los beneficios a declarar en él, defraudándole por tanto en los impuestos.

Por otra parte, las transferencias directas de divisas son menores de lo que casi siempre se da por supuesto, ya que el establecimiento de las sociedades filiales o las adquisiciones de nuevas filiales se pagan en gran parte con beneficios no transferidos, aunque estas cantidades figuran estadísticamente como nuevas inversiones. Y hay que añadir todavía que las multinacionales absorben capital en el país huésped, y que a menudo lo hacen incluso en condiciones más favorables que las de las propias sociedades nacionales. Así pues, le quitan a la economía nacional un capital que ya de por sí es escaso.

— Cuando las multinacionales afirman que con sus filiales en el país en vías de desarrollo hacen una aportación decisiva a su industrialización, introduciendo tecnología y métodos de gestión modernos y creando puestos de trabajo, sus críticos relativizan tales afirmaciones señalando que, con harta frecuencia, las industrias nacionales quiebran o son compradas por las multinacionales (a veces justamente después de llevarla a la quiebra), y que la tecnología es desde luego moderna pero es intensiva en capital y por tanto incluso incide negativamente en los puestos de trabajo.

— La afirmación en sí cierta de que las multinacionales abren a los países en vías de desarrollo nuevas posibilidades de exportación es contestada con la argumentación de que casi siempre esas posibilidades son limitadas por la central para evitar que hagan la competencia a otras de sus filiales.

— Los críticos hacen asimismo hincapié en que las multinacionales se concentran en los sectores en rápido crecimiento y prefieren invertir en las regiones ya industrializadas, con lo que acentúan las desigualdades regionales; que con frecuencia no se atienen a los planes nacionales de desarrollo o los burlan; que si bien es cierto que no emplean únicamente mano de obra sin cualificar y barata y que forman cuadros en el país, suelen vincular estrechamente a éstos a la empresa y convertirlos en «cabeza de puente» para ganar influencia allí... y para qué hablar ya de las presiones sobre el gobierno y la administración pública o de la corrupción a la que recurren.

Así pues, si las multinacionales gustan de verse a sí mismas como los verdaderos promotores del desarrollo e interpretar sus

inversiones directas como una contribución decisiva a la superación del subdesarrollo, los críticos destacan los efectos negativos: que la división internacional del trabajo se basa en una asociación desigual y que afianza rígidamente la dependencia con respecto a las metrópolis industriales. El efecto sobre el desarrollo de las filiales es discutible, máxime cuando las inversiones tienen un carácter selectivo, dificultan el establecimiento de las industrias existentes o de las que pudieran existir, y en vez de posibilitar un crecimiento autónomo y diversificado, lo que hacen es *desnacionalizar* la economía y las empresas de los países en vías de desarrollo y someterlas a un considerable grado de control extranjero, liberarse del cual se convierte en empeño cada vez más dificultoso.

Tomadas globalmente, ambas interpretaciones son unilaterales. Las inversiones directas de las multinacionales desempeñan en muchos casos importantes cometidos de cara al desarrollo, y los países subdesarrollados difícilmente se podrían pasar sin ellas (hasta los Estados socialistas piden inversiones privadas), pero por otra parte es cierto que va siendo ya hora de que en las metrópolis aceptemos los argumentos expuestos por sus críticos y ayudemos a los países en vías de desarrollo a poner bajo control el poder indiscutiblemente enorme de los consorcios monopolísticos multinacionales y a reducir los efectos negativos de una actividad inversora que en sí puede ser positiva. Los países en vías de desarrollo ya han aprendido algo entre tanto: comienzan a examinar detenidamente los contratos o intentan obligar a las multinacionales a presentar su política de precios y de transferencias. Algunos Estados exigen que los suministros, después de un determinado período, sean en su totalidad o en su mayoría servidos por empresas nacionales. Se han puesto en marcha negociaciones para establecer un código de comportamiento de las multinacionales. Habrá que regular asimismo, en el marco del nuevo orden económico mundial, la transferencia tecnológica, aspecto que cada vez tiene mayor importancia, en favor de los países en vías de desarrollo. Pero todavía no se ha pasado de los inicios.

V. LOS PAISES EN VIAS DE DESARROLLO DENTRO DEL COMERCIO MUNDIAL

El intercambio comercial entre los continentes viene de antiguo; pero el sistema del comercio mundial, con Europa en su centro, nació con la expansión marítima europea del siglo XVI. En el siglo XVIII adquirió un volumen considerable: las colonias america-

nas exportaban metales preciosos, azúcar y tabaco; China, té y seda; Indonesia y la India, especias, seda, tejidos de algodón. Europa pagaba con mercancías manufacturadas o con metales preciosos; Africa fue convertida en proveedora de esclavos para las plantaciones americanas. Con la revolución industrial se creó en el siglo XIX la estructura del moderno sistema del comercio mundial: los territorios de ultramar enviaban productos alimenticios y materias primas agrícolas o mineras; Europa, y posteriormente también Estados Unidos, exportaban productos industriales acabados. La navegación a vapor hizo bajar los costos del transporte y el comercio internacional experimentó una rápida expansión hasta 1914. Las dos guerras mundiales y la crisis mundial provocaron retrocesos, pero en 1950 se inició un nuevo período expansionista «sin parangón en toda la historia económica» (Bairoch). Entre los años 1955 y 1970, las exportaciones mundiales subieron de 94 000 millones de dólares a 310 000 millones, y en 1978 alcanzaban la cifra de un billón doscientos ochenta mil millones. En cuanto al volumen, la tasa de crecimiento entre 1965 y 1973 fue aproximadamente de un 9 por ciento anual. Como causas pueden citarse el elevado crecimiento de la economía en los países industrializados después de la segunda guerra mundial, la reducción general de las tarifas aduaneras y la integración económica europea. Pero como consecuencia de la recesión, la tasa de crecimiento entre 1973 y 1977 retrocedió hasta el 4 por ciento anual[29].

También las exportaciones de los países no comunistas en vías de desarrollo crecieron rápidamente, pero más despacio que en los países industrializados. La participación de estos últimos en el comercio mundial pasó, entre 1950 y 1973, de aproximadamente el 60 por ciento a más del 70 por ciento, mientras que la participación de los países en vías de desarrollo descendió, en igual período, del 31 por ciento al 19 por ciento. Aproximadamente el 6 por ciento corresponde por lo demás al petróleo. Un poco exageradamente han hablado los expertos de la desaparición de los países en vías de desarrollo de la escena del mercado mundial. Lo que agrava la situación es que las exportaciones de los países subdesarrollados más pobres incluso han descendido en la década de 1970[30]:

Tasa de crecimiento del volumen de exportaciones	1960-1970	1970-1977
Países de renta baja	5,0	—1,7
Países de renta media	5,4	5,1
Países industrializados	8,7	6,2

La razón de este retroceso reside en la estructura de las exportaciones: el porcentaje correspondiente a los bienes del sector primario sigue siendo de un 75 por ciento (y precisamente en el caso de los países subdesarrollados más pobres es de más del 90 por ciento), y la demanda de estos productos ha crecido más despacio que la demanda de mercancías manufacturadas. El valor de las exportaciones de materias primas de origen agrario, tales como el algodón, el yute, el sisal o el caucho incluso descendió entre 1955 y 1967 en un 7,8 por ciento, ya que se han ido sustituyendo en medida creciente por materiales artificiales. El de los productos alimenticios y sobre todo el de las materias primas minerales (dejando aparte el petróleo) aumentó considerablemente, pero la parte que representan en el total de las exportaciones mundiales ha disminuido, entre otras cosas por el deterioro de las relaciones de intercambio.

El *porcentaje de las mercancías industriales* en las exportaciones de los países en vías de desarrollo ha experimentado un fuerte aumento, pasando del 12 por ciento en la década de 1950 al 25 por ciento actual, con unas tasas de crecimiento anual de entre un 12 y un 14 por ciento. Pero los éxitos de la industrialización se concentran en relativamente pocos países: Corea del Sur, Taiwan, Hong Kong y Singapur, aparte de la India, Brasil, México y Colombia. Además, sigue siendo alto el porcentaje que representan los productos textiles, al que viene a unirse el de las industrias establecidas en estos países para la producción de mercancías semielaboradas.

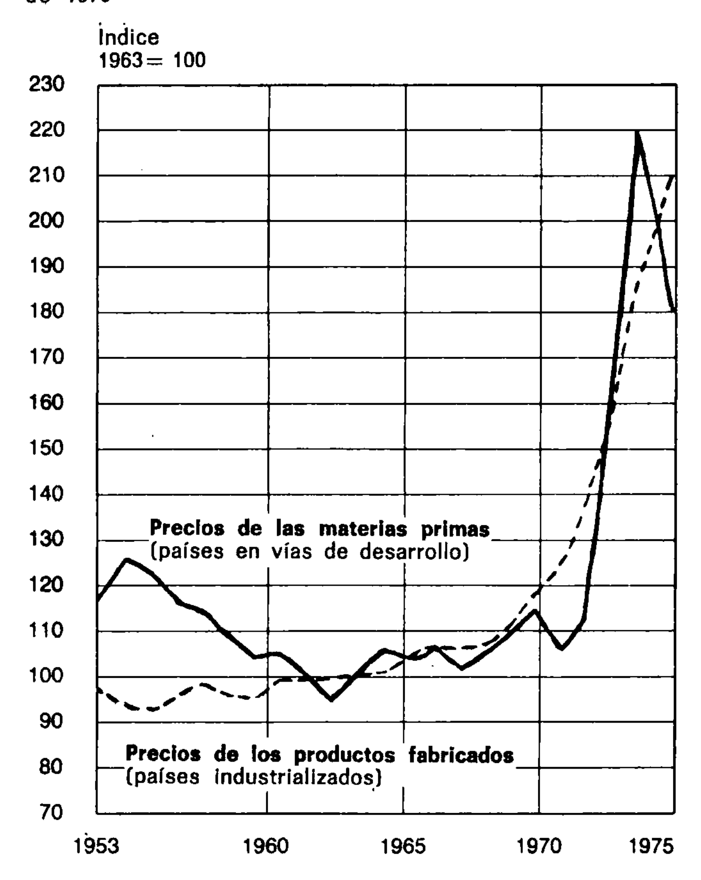
Resulta crítica la *estructura regional* del comercio mundial [31]. Más del 75 por ciento de las exportaciones de los países industrializados van hoy a parar a otros países industrializados, y este porcentaje ha aumentado considerablemente desde 1955; en 1973 las exportaciones destinadas a los países en vías de desarrollo representaban sólo un 18 por ciento, frente al 25 por ciento que todavía suponían en 1953. En cambio, los países en vías de desarrollo exportan el 75 por ciento de su producción a los países industrializados, mientras que el intercambio entre los propios países en vías de desarrollo sólo constituye el 20 por ciento, porcentaje este último que ha experimentado un marcado retroceso desde la última guerra mundial. Estas cifras muestran que los países en vías de desarrollo dependen en mucha mayor medida de los mercados de los países industrializados que estos últimos del mercado de aquéllos, con lo que resultan comprensibles los esfuerzos por crear comunidades económicas regionales. Habría que señalar de todos modos que los países industriales dependen de determinadas materias primas agrícolas y minerales procedentes del Tercer Mundo y que durante la recesión se ha demostrado la extraordinaria im-

portancia que tienen las exportaciones industriales a los países en vías de desarrollo, razón por la cual se trata de fomentarlas al máximo (con la creación de seguros para cubrir los riesgos de la exportación, etc.).

La evolución de las *relaciones de intercambio,* es decir de las relaciones entre los precios de las exportaciones de un país y los de sus importaciones, ha sido desfavorable para los países en vías de desarrollo [32]. Dado que estos países exportan sobre todo materias primas, sus relaciones de intercambio vienen a corresponder a las relaciones entre los precios de las materias primas y los de las mercancías manufacturadas. Sin entrar en cálculos detallados, cabe decir que la tesis que formuló en 1950 R. Prebisch, el que luego fuera primer secretario general de la Conferencia sobre el Comercio Mundial de la UNCTAD (United Nations Conference on Trade and Development), según la cual las relaciones de intercambio se han deteriorado constantemente para los países productores de materias primas desde mediados del siglo XIX —y que este deterioro explica en gran medida el retraso en el desarrollo, sobre todo por lo que respecta a América Latina— es sólo correcta hasta cierto punto. Las relaciones de intercambio mejoraron para los actuales países subdesarrollados antes de la primera guerra mundial y durante ésta, deteriorándose luego mucho en la década de 1930; en la segunda guerra mundial y en los años que la siguieron, los precios de las materias primas volvieron a subir, para caer de nuevo tras el *boom* de Corea, de tal forma que en el período 1954-1963 las relaciones de intercambio de los países en vías de desarrollo se deterioraron claramente, sobre todo por lo que respecta a los bienes de inversión. La elevación de los precios del petróleo en 1973 tuvo inicialmente un efecto positivo también sobre los precios de algunas otras materias primas, pero se trató de un efecto a corto plazo, ya que la recesión de los últimos años ha hecho que para los países que las exportan volvieran a empeorar las relaciones reales de intercambio: «En 1978 el aumento del volumen de exportación de los países en vías de desarrollo quedó sobradamente absorbido por las alteraciones que sufrieron los precios de importación y exportación, lo que motivó una pérdida de poder adquisitivo para sus exportaciones» [33].

Estos valores medios deben ser diferenciados por países y productos. Así, por ejemplo, las relaciones de intercambio de los países subdesarrollados más pobres tendieron a empeorar en el período 1960-1975, mientras que las de los países de renta media mejoraron ligeramente. Los diferencias entre unos países y otros han sido especialmente grandes en los últimos diez años, como consecuencia sobre todo de las tendencias opuestas entre los principales productos de exportación: los países exportadores de arroz,

Relaciones de intercambio entre 1935 y la primera mitad de 1975[34]



caucho, mineral de hierro y yute sufrieron grandes deterioros entre 1970 y 1977; el hundimiento de los precios del cobre en 1974 llevó a Zambia, Zaire y Chile al borde de la ruina financiera, mientras que por el contrario los altos precios alcanzados por el café mejoraron las relaciones de intercambio de numerosos países y les proporcionaron elevadas entradas de divisas. De todos modos

es comprensible que los países en vías de desarrollo estén sumamente interesados en que existan unos precios para las materias primas estables y lo más elevados posible, así como que esperen conseguir que tales condiciones sean un hecho con un programa de materias primas integrado dentro del marco de un nuevo orden económico mundial.

Aproximadamente el 80 por ciento de los ingresos en divisas de los países en vías de desarrollo provienen de las exportaciones de materias primas. Nada tiene de particular que, cada vez que las relaciones de intercambio decaen o se estancan se produzca un *déficit en la balanza comercial*, máxime cuando los esfuerzos por alcanzar el desarrollo y la industrialización exigen grandes importaciones de bienes de inversión. Las importaciones de materias primas y productos alimenticios contribuyen a empeorar aún más la balanza comercial. Si hasta 1952 los países en vías de desarrollo que a la vez son importadores de petróleo tenían un excedente de exportaciones, a partir de entonces fue creciendo el excedente anual de importaciones, que pasó de 3 500 millones de dólares a unos 9 000 millones entre 1956 y 1970 y en 1976 alcanzaba la cifra de 24 000 millones. Exceptuando a los exportadores de petróleo, eran muy escasos los países que presentaban un superávit de exportaciones: Birmania, Costa de Marfil y Taiwan[35].

Una proporción creciente del déficit de la balanza comercial está motivada por las *importaciones de petróleo*[36]. El fuerte incremento de los precios del petróleo que impusieron los países de la OPEP en el otoño de 1973 mejoró decisivamente las disponibilidades de divisas de los países en vías de desarrollo exportadores de petróleo (Indonesia, Argelia, Nigeria y Gabón, además de los clásicos países petroleros), pero también empeoró decisivamente las de la mayoría de los otros países no desarrollados. Así los países en vías de desarrollo que dependen de la importación tuvieron que pagar por el petróleo 3 400 millones de dólares en 1973, 13 200 millones en 1974 y 28 000 millones en 1978. En el caso de la India, las importaciones de petróleo representaban el 8,8 por ciento del total de las importaciones en 1973, mientras que en 1974 el porcentaje se elevaba ya al 33,8 por ciento. El hecho de que casi la totalidad del producto de las exportaciones de Turquía se lo «coman» las importaciones de petróleo permite comprender la gravedad de la crisis que actualmente sufre este país y la casi imposibilidad de su superación. Tampoco han sido menos graves los efectos indirectos: las importaciones y la producción de abonos se han encarecido mucho, lo que dificulta el aumento de la producción agraria, y las importaciones industriales se han hecho también más caras, mientras que ha disminuido simultáneamente la disposición de los países industrializados a

proporcionar ayuda financiera, como consecuencia de sus propias dificultades de divisas. Las restricciones de las importaciones se han acumulado y los proyectos de desarrollo han tenido que ser desechados. La situación no ha dejado de empeorar, ya que la nueva subida del precic del petróleo en 1979 (alrededor de un 60 por ciento) les costó a los países en vías de desarrollo carentes de petróleo otros 12 000 millones más. No tiene por tanto nada de extraño que la *balanza de mercancías y servicios* (es decir, la balanza comercial más la de servicios financieros e «invisibles») sea deficitaria para los países en vías de desarrollo obligados a importar petróleo, ni que este déficit aumentara bruscamente a partir de la crisis petrolífera. Si, por ejemplo, para los años 1971-73 fue de 29 700 millones de dólares, para los años 1974-77 ascendió a unos 153 000 millones. Para el año 1979 se calcula este déficit en 50 000 millones de dólares. El hecho de que aproximadamente el 60 por ciento del producto de las exportaciones turcas y más del 40 por ciento de las brasileñas se lo «coman» las importaciones petrolíferas explica la grave crisis financiera de estos países y hace que ésta sea casi insuperable.

Estos déficits se han cubierto a base de transferencias de los países industrializados, en concepto de ayuda al desarrollo, créditos públicos otorgados en distintas formas, créditos de organizaciones multilaterales y, sobre todo, créditos bancarios. Pero con ello también han ido en aumento las *deudas*. Sólo el endeudamiento exterior público subió de 20 000 millones de dólares en 1960 a 235 000 millones en 1976. La deuda global para finales de 1980 será de 450 000 millones de dólares. Si bien hay que tener en cuenta la inflación y el considerable aumento de las reservas en moneda extranjera, el hecho es que el endeudamiento extranjero es imponente. Las cargas que representan estas deudas (intereses más amortización) han aumentado naturalmente con las deudas mismas: el servicio financiero sólo de las deudas de carácter público ascendía en 1977 a 25 000 millones de dólares, y para 1980 se cuenta que ascienda a 88 000 millones. Lo cual significa, a su vez, que los países en vías de desarrollo tienen que dedicar una parte muy considerable del producto de sus importaciones al pago de los costos de su endeudamiento. El valor medio correspondiente a 1977 era de más del 8 por ciento, pero variaba muchísimo de un país a otro: por ejemplo, en 1970-77 retrocedió en el caso de Corea del 18,9 por ciento al 8,7 por ciento y en el de la India del 22 por ciento al 10,5 por ciento, mientras que en el de Indonesia aumentaba del 6,4 por ciento al 11,9 por ciento, en el de Costa de Marfil del 6,7 por ciento al 12,2 por ciento y en el de México del 23,6 por ciento al 48,1 por ciento[37]. A menudo, las obligaciones derivadas del endeudamiento sobrepasan las nuevas

transferencias de capital, o hay que contraer nuevas deudas para poder cancelar las anteriores. ¿Pueden las cosas seguir así, o se desplomará en la década de 1980 todo el edificio del crédito y el endeudamiento? Muy tarde se han percatado de lo amenazador de la situación tanto los países en vías de desarrollo como los industrializados. Se han iniciado acciones de conversión de las deudas (entre otros países, de Indonesia, Zaire y Perú) por parte de los principales países acreedores. A algunos de los países más pobres se les han condonado las deudas. Poco a poco se va viendo con claridad que a estos últimos sobre todo no debería dárseles otra ayuda financiera que la que se les otorgue a fondo perdido. Pero el problema en cuanto tal sigue en pie, y no habrá solución concebible mientras la mayoría de los países en vías de desarrollo sigan presentando tan elevados déficits en sus balanzas comerciales y financieras. Lo cual, a su vez, exige una elevación de los precios de exportación de las materias primas y más amplias posibilidades de exportación para los productos industriales. ¿O habrá tal vez que revisar los conceptos de desarrollo que hasta ahora se han venido utilizando?

VI. HACIA UN CAMBIO DE LAS TEORIAS DEL DESARROLLO

Hasta después de la segunda guerra mundial apenas se ocuparon los economistas —ni los científicos sociales en un sentido amplio— del fenómeno del subdesarrollo y de los problemas específicos del actual «Tercer Mundo». Entre los economistas clásicos de principios del siglo XIX y en Marx había datos para el tratamiento de este problema, pero el interés de estos teóricos se concentró fundamentalmente en las condiciones previas que permitieron el desarrollo industrial capitalista del mundo occidental, con respecto al cual Asia, por ejemplo, parecía estar sumida en el estancamiento. En consecuencia, para Marx la dominación británica en la India significaba un cambio revolucionario en una sociedad que llevaba siglos estancada y que ahora podría experimentar una transformación análoga a la de la potencia colonizadora que le permitiría entrar también en el modo de producción capitalista. Posteriormente, Asia y Africa desaparecieron del campo de visión de la ciencia económica: en el período de entreguerras los economistas se enfrentaron al cambio estructural de la economía mundial, es decir, por ejemplo, a la preocupación por los mercados de Argentina, Australia o la India o por la competencia que ofrecía Japón, la nueva potencia económica; pero no se ocuparon para nada de los problemas específicos de las áreas atrasadas, ni si-

quiera en el caso de un Keynes o un Schumpeter. La investigación etnológica estudió la estructura y el modo de funcionamiento de las sociedades «primitivas», y los especialistas en cuestiones africanas se ocuparon también de los problemas de la economía. Pero todo ello dentro del marc de un sistema colonial cuya perpetuidad apenas nadie se atrevía a poner en duda. Hubo sin embargo casos excepcionales, como el del ex funcionario colonial J. C. Furnivall que dirigió las primeras investigaciones sobre el choque de las sociedades «tradicionales» con el capitalismo introducido desde fuera en Indonesia y Birmania[38].

Sólo después de 1950 comenzaron los economistas a ocuparse teóricamente del subdesarrollo y sus causas, y también de la estrategia que pudiera llevar a su superación. De aquellos años proceden los «principios clásicos»[39]. Habría que mencionar entre éstos el concepto de *economía dual* del holandés Boeke. Según esta teoría, en la época colonial existían unas estructuras económicas y sociales dualistas: por una parte surgió un ámbito económico moderno, intensivo en capital, orientado hacia la exportación y controlado la mayoría de las veces por extranjeros; pero simultáneamente la gran masa de la población autóctona seguía viviendo dentro de una economía de subsistencia, es decir, produciendo primordialmente para el propio consumo y con unas relaciones monetarias mínimas. Los dos sectores permanecieron yuxtapuestos, sin vinculación apenas entre sí y sin que desde el sector moderno llegaran muchos impulsos al conjunto de la economía. Esta descripción no sería válida únicamente para las plantaciones y la minería, cuyo carácter de «enclaves» resultaba sobradamente claro, sino también para sectores tales como el comercio, la navegación y la banca, en los que apenas participaban los «nativos». Las ideas de éstos sobre el valor serían por lo demás fundamentalmente distintas de las vigentes en el sector moderno. Este dualismo supondría en consecuencia un impedimento para el desarrollo difícil de superar. Puede argüirse que también los campesinos asiáticos y africanos son mucho más capaces de producir en función del beneficio de lo que por lo general se admite y que en la actualidad se han integrado en el mercado mundial mediante la producción agrícola con vistas a la exportación. Pero aun así, el concepto de dualismo conserva su valor heurístico y permite descubrir aspectos esenciales de la problemática del desarrollo.

Otro tanto cabe decir del concepto de los *círculos viciosos* que han descrito sobre todo Nurske y Singer. ¿Por qué es tan baja la productividad y por qué es tan difícil elevarla? La causa reside en la insuficiente formación del ahorro. Se produce así un «círculo vicioso de la pobreza», ya que, debido a la escasa productividad, puede ahorrarse muy poco, y en consecuencia puede invertirse

también poco, y debido a la falta de inversiones siguen siendo bajas la producción y la productividad. Trasladado al ámbito de la producción artesanal e industrial, esto significa que la masa de la población es pobre y puede hacer escasas economías, por lo que su poder adquisitivo se mantiene muy bajo y por lo tanto se dan escasos estímulos para ampliar la producción. Este tipo de situación ha conducido a la afirmación lapidaria de que «esos países son y seguirán siendo pobres, porque son pobres».

En vista de lo cual los economistas del desarrollo de la década de 1950 achacaron el subdesarrollo esencialmente a la *carencia de capital*. Para superarlo —rompiendo el infernal círculo vicioso— se necesitaría primordialmente capital. Haría falta un poderoso impulso inversor *(big push)* para poner en marcha el crecimiento económico. Objeto de controversia fue la cuestión de si sería deseable un *unbalanced growth* (un «crecimiento desequilibrado»), es decir si se debería empezar impulsando sólo algunas industrias —dando por supuesto que estas avanzadas de la industrialización producirían efectos en cadena en otros campos más amplios— o si se requeriría un *balanced growth* (un «desarrollo equilibrado»), si se debería invertir simultáneamente en diversos sectores a fin de conseguir una interacción de la demanda. Esta discusión puede antojársenos hoy sobremanera sutil, pero muestra que por entonces el desarrollo se entendía primordialmente como industrialización y que se abrigaba la esperanza de alcanzar el punto de ruptura decisivo mediante una aportación masiva de capital exterior —ya fuera mediante una ayuda al desarrollo de carácter público o mediante una actividad inversora privada procedente de los países industrializados— y pasar así a un «crecimiento autónomo». Esto lo afirmaba W. W. Rostow en su memorable escrito *Stages in economic growth,* considerando este paso característico de la moderna sociedad industrial. En su teoría del crecimiento económico gradual hacía una interpretación del paso paulatino de la «sociedad tradicional» a la «sociedad de consumo masivo», en la que desempeñaba un papel central la cuantía de la cuota de inversión. Con ello se venía a decir, aunque fuera de manera implícita, que el proceso de industrialización de los países en desarrollo podía impulsarse decisivamente mediante una aportación de capital exterior. Como ya hemos expuesto, tales expectativas resultaron ser esperanzas engañosas. Pero también era falsa la suposición de que los beneficios del crecimiento «emanan» automáticamente y alcanzan también a los pobres al aumentar la demanda de mano de obra y tirar hacia arriba de los salarios. El crecimiento económico ha sido a veces espectacular, pero las diferencias de renta han aumentado y la pobreza ha crecido.

Por otra parte, el crecimiento económico no parecía posible sin

un *incremento de la capacidad de exportación.* Unas cifras de exportación en rápido incremento habían servido ya a las potencias coloniales como demostración de que hacían algo por el desarrollo de las colonias. En el período de entreguerras, la crisis económica y el aumento de las barreras arancelarias restringieron el comercio mundial y redujeron drásticamente los ingresos en concepto de exportación de los países ultramarinos; en consecuencia podía suponerse que los esfuerzos que se hicieron a partir de 1945 para conseguir una liberalización del comercio internacional beneficiaría a todos los países. Según el teorema de los costes comparativos, por el cual cada país produce ventajosamente aquello para cuya producción posee condiciones previas especialmente favorables, y sobre la base del hecho de que determinados productos alimenticios y materias primas sólo pueden ser suministrados por los países de clima tropical, parecía obligado que los países de ultramar se siguieran dedicando a la exportación de materias primas y que a cambio de las mismas importaran mercancías manufacturadas de los países industrializados occidentales. Esta división internacional del trabajo sería conveniente para ambas partes y debería ser fomentada: el producto creciente de las exportaciones permitiría el desarrollo económico.

Esta teoría liberal clásica del comercio internacional ha sido objeto cada vez de más críticas en los últimos diez años. Así, el premio Nobel Gunnar Myrdal[40] señaló ya desde hace tiempo que, en contra de lo que mantenía la teoría liberal, según la cual la distancia entre regiones ricas y pobres dentro de un mismo país debería disminuir —por ejemplo, trasladando la industria a las zonas de salarios bajos—, lo que realmente ocurre es que la desigualdad se agranda: en un proceso de «promoción acumulativa» el capital, el saber técnico y la actividad empresarial se concentran en las regiones ya desarrolladas, mientras que los contraefectos negativos hacen que las regiones más pobres lo sean más todavía (ejemplo: el norte y el sur de Italia). Análoga es la situación que se produce en la relación entre los países industrializados y los países en vías de desarrollo, situación que ha hecho que los primeros hayan podido expansionar sus industrias, consiguiendo altas tasas de ahorro que han permitido realizar nuevas inversiones, mientras los países en vías de desarrollo se quedaban atrás. En este mismo sentido el noruego Johan Galtung[41] resaltó el hecho de que el cultivo y la explotación de materias primas se realiza en gran medida con una tecnología muy simple o con una tecnología importada, cuyo efecto propagador *(spin-off effect)* a los restantes ámbitos de la economía y la sociedad es escaso, mientras que la elaboración de las materias primas representa un proceso complejo que requiere mano de obra cualificada, exige el estable-

cimiento de industrias complementarias e impulsa la investigación tecnológica. En consecuencia, los que más se benefician de los impulsos al desarrollo en una economía donde impera la división del trabajo a escala mundial son los países industrializados. A esto hay que añadir que la suposición de que, con el incremento del comercio mundial, se benefician por igual productores primarios y países industrializados ya ha sido refutada por la tesis del deterioro a largo plazo de las relaciones de intercambio de Raoul Prebisch. Puede que esta tesis sólo sea parcialmente correcta, pero está totalmente fundada en cuanto a una importante situación de hecho: el aumento de la producción y de la productividad en los países industrializados ha llevado, gracias a la existencia de unos sindicatos potentes, a una elevación de los salarios y a unos precios más altos para los productos manufacturados; mientras que en los países en vías de desarrollo un aumento similar de la producción y de la productividad ha provocado un hundimiento de los precios debido al exceso de oferta de mano de obra barata, sin la existencia de organizaciones sindicales, y a la fuerte competencia internacional; simultáneamente, los beneficios y los salarios se han mantenido fijos o han disminuido. Esta tendencia es tanto más marcada cuanto que la demanda de materias primas es relativamente inelástica: el consumo de alimentos de origen tropical no puede aumentarse a voluntad, las materias primas naturales se sustituyen por otras sintéticas, y la parte de valor correspondiente a las materias primas en las mercancías industriales se ha reducido proporcionalmente al componente del valor constituido por la mano de obra.

Fueron sobre todo los especialistas franceses en economía del desarrollo los que crearon el *teorema del «intercambio desigual»*, según el cual el intercambio de materias primas por mercancías industriales resulta desigual, aun haciendo abstracción de las relaciones de intercambio que se den en cada caso, porque las materias primas y los productos alimenticios, y últimamente también las mercancías transformadas que exporta el Tercer Mundo, se producen a base de una productividad menor y de unos salarios más bajos que la productividad y los salarios existentes en los países industrializados como componentes de sus mercancías. Además, las diferencias de productividad y de salarios han experimentado un rápido incremento durante los últimos decenios. En consecuencia, el comercio con los llamados países en vías de desarrollo supone en realidad una imponente apropiación de plusvalía (=explotación) por parte de los países industrializados, y esta apropiación es en gran parte responsable del subdesarrollo y el estancamiento.

La impugnación más contundente de la idea comúnmente acep-

tada y aparentemente corroborada por la teoría económica, según la cual el libre comercio mundial aporta ventajas por igual a los países industrializados y a los subdesarrollados, por lo que sería de desear la más intensa participación en él, ha partido de la llamada *teoría de la dependencia*[42]. Sus fundadores y exponentes son economistas latinoamericanos y científicos sociales norteamericanos que se interesan por el estudio de América Latina. El principal impulso para un nuevo análisis de las estructuras específicas del subdesarrollo en América Latina fue el desengaño al que condujo la política de sustitución de las importaciones propugnada por la escuela de Prebisch: la persistencia, e incluso el aumento, de la pobreza en el campo y en la ciudad, la continuada dependencia de unos cuantos productos de exportación junto con unas relaciones de intercambio negativas, las cuantiosas inversiones privadas extranjeras, pero unidas a un control creciente de las economías nacionales sobre todo por los grandes consorcios monopolísticos norteamericanos, el endeudamiento interior y exterior que crece en proporciones gigantescas, etc. Estas tesis pueden resumirse más o menos de la siguiente manera: el subdesarrollo no es un simple retraso que pueda recuperarse; es algo que ha surgido históricamente, con la integración de las sociedades precoloniales en el sistema de la economía mundial a partir del siglo XVI. Las sociedades precoloniales perdieron su autonomía, convirtiéndose en la periferia de las metrópolis capitalistas; se produjo un cambio socioeconómico, pero fue un cambio forzado desde fuera y dependiente de los intereses de las metrópolis. En el curso de este proceso de penetración la sociedad autóctona se deformó hasta tal punto que quedaron obstruidas sus genuinas posibilidades de desarrollo y surgieron estructuras de dependencia que hoy ya casi no pueden superarse. Esta forma de imperialismo se encarnó en Inglaterra durante el siglo XIX y en los Estados Unidos de América a partir de la primera guerra mundial. La orientación a la exportación trajo consigo, es cierto, crecimientos sectoriales, pero no desarrollo. Muy por el contrario, el subdesarrollo se ha implantado y ha ahondado sus raíces. De esta situación se aprovechan por un lado, las multinacionales norteamericanas, y por otro lado, las reducidas clases dominantes dependientes que existen en la periferia. Para definir esta situación Galtung ha acuñado el concepto de «cabeza de puente». Lo único que todavía sería posible, en el mejor de los casos, sería una forma de «capitalismo periférico», según el cual las multinacionales invertirían hoy principalmente en la industria transformadora, pero ésta produciría con elevada intensidad de capital y aumentaría la desigualdad regional y social. Los ricos se hacen más ricos y los pobres todavía más pobres. El modelo arquetípico lo constituye Brasil, cuyas sensa-

cionales cifras de crecimiento industrial no pueden ocultar los graves efectos sociales ni la dependencia existente con respecto a los Estados Unidos.

Sobre la base de la teoría de la dependencia, Galtung ha desarrollado su concepto de «imperialismo estructural» y Samir Amin lo ha aplicado al caso de Africa. Objeto de crítica es sobre todo en este continente Costa de Marfil. La política consecuentemente seguida de fomento de la exportación —sobre todo de café y cacao— ha permitido sin duda obtener un elevado producto por este concepto, pero también ha motivado unas crecientes transferencias de capital a las empresas francesas que controlan la economía y un elevado endeudamiento exterior que tarde o temprano acabará desembocando en una crisis. El *boom* de la construcción en la gran región de Abidján no puede ocultarnos el hecho de que solamente la reducida burguesía compradora de la ciudad y el campo se ha beneficiado de las consecuciones en el sector de la exportación o de las inversiones extranjeras, mientras que simultáneamente crecen los barrios miserables y el desempleo y se abandona el interior del país y la producción alimenticia. Se trata, pues, de un «desarrollo dependiente» a costa de la masa de la población.

La teoría de la dependencia domina hoy en día la discusión en torno a la política del desarrollo. Es posible hacerle algunas críticas: utiliza un concepto de subdesarrollo que no coincide con el habitual, al destacar de modo unilateral el grado de dependencia del extranjero y la igualdad o desigualdad social; idealiza las sociedades precoloniales, sobreestimando en nuestra opinión sus posibilidades de desarrollo genuinas; para poder considerar al subdesarrollo únicamente como consecuencia de la penetración capitalista y de la explotación colonial, tiene que distinguir entre economía sin desarrollar y economía subdesarrollada, distinción que la mayoría de las veces no se explicita; apenas toma en consideración los factores socioculturales. Como consecuencia de estas imprecisiones, resulta también vaga la alternativa de una política de desarrollo «correcta» que ofrece la teoría de la dependencia. Algunos de los que la propugnan consideran que la única posibilidad es una revolución con la consiguiente orientación socialista, a fin de romper el desastroso proceso del «desarrollo del subdesarrollo»; otros defienden la disociación radical o —como en el caso del alemán Senghaas— «selectiva» del mercado mundial, proponiendo que los países en desarrollo «se desenganchen» de los países industrializados [43]. Unicamente la renuncia, en la medida de lo posible, al comercio exterior y a las inversiones extranjeras, unida al desarrollo de un mercado interior para los bienes que cubra las necesidades de las masas, deja libre la vía para una política de

self-reliance e inicia un «desarrollo centrado en sí mismo». Pero resulta problemático que pueda llevarse a cabo una política semejante, aun haciendo abstracción de la resistencia con que contaría por parte de los que tienen intereses vinculados a la actual política. Cuando se pone como ejemplo el caso de Tanzania, suele pasarse por alto o callarse que la producción de productos alimenticios de este país se halla estancada y que tiene que recurrir a una masiva ayuda pública extranjera. Resulta asimismo problemático este concepto cuando se postula sin más la constitución de una industria de bienes de inversión y de capital, como si ello fuera posible sin capital y tecnología extranjeros. No resulta convincente la alusión a los éxitos conseguidos por China.

Sin embargo, el análisis del «desarrollo dependiente» que propone la teoría de la dependencia, la crítica de la orientación a la exportación y la crítica a las multinacionales, y también la «disociación selectiva» propuesta por Senghaas, deben sopesarse y aceptarse como posturas polémicas frente a los conceptos normalmente aceptados. La economía del desarrollo no marxista ha comenzado a diferenciar entre aspectos del comercio exterior que estimulan o que inhiben el desarrollo [44]; pero los políticos responsables de la economía en los países industrializados, los representantes de las multinacionales y también el Banco Mundial —a pesar del cambio de orientación que ha experimentado bajo la dirección de McNamara— siguen mostrando una tendencia a considerar los éxitos en la exportación como desarrollo sin más y a estimular los esfuerzos encaminados a la exportación masiva de materias primas por parte de los países en vías de desarrollo. Siguen obstinándose en ignorar que la orientación forzada a la exportación lleva a una aplicación unilateral y sectorial, y en la mayoría de los casos también regional, de los escasos medios disponibles (construcción de carreteras, servicios de asesoramiento, subvenciones a los abonos, etc.) y que por añadidura provoca el abandono del cultivo de productos alimenticios. Un ejemplo de estos daños lo tenemos en el cultivo del algodón y de los cacahuetes en los países de Sáhel, o en el caso de Guatemala, cuyos éxitos en materia de exportación ocultan el hecho de que se han convertido en praderas para la cría de ganado destinado a la exportación tierras que anteriormente estaban destinadas a la labranza. Existe el peligro de que los intentos de crear un «nuevo orden económico mundial», que los países en vías de desarrollo, con toda la razón, se empeñan en pedir, no tengan en cuenta que los esfuerzos en favor del desarrollo deberían dedicarse primordialmente al mayor autoabastecimiento posible de productos alimenticios.

El desencanto provocado por la industrialización forzada, la comprensión de que los esfuerzos desarrollistas hechos hasta entonces

y orientados exclusivamente hacia la exportación tropezaban con límites y no mejoraban la situación de los pobres, condujo en la década de 1970 al concepto de necesidades básicas *(basic needs)*. El discurso pronunciado por McNamara en Nairobi en 1973 fue un impulso en este sentido, así como la «Declaración de Cocoyoc» (México, 1974) redactada por un grupo de científicos sociales críticos [45]. En el futuro se tratará primordialmente de satisfacer la legítima aspiración de los seres humanos a contar con una alimentación suficiente, agua limpia, una vivienda digna, salud y educación. A éstas hay que añadir, como necesidades básicas no materiales, la conservación de la propia identidad y el derecho de participación. Estos objetivos deberán guiar en el futuro la política de desarrollo. El nuevo concepto significa la renuncia a «alcanzar a los países industrializados»; quiere reducir las dependencias y las diferencias y espera iniciar un «desarrollo desde abajo» mediante la movilización de las masas, una de cuyas consecuencias importantes sería la desaceleración del crecimiento demográfico. No es un concepto que implique la renuncia al comercio y a la ayuda exteriores; quiere en primer lugar partir de los recursos propios y se orienta por el modelo socialista de una sociedad igualitaria y autogobernada. Los intentos que hasta ahora se han hecho de seguir una vía socialista al desarrollo en los países del Tercer Mundo han fracasado en gran medida, entre otras razones porque la movilización de las masas sólo se ha logrado a la fuerza, y en vez de establecerse la «participación desde abajo» lo que se ha establecido es un nuevo poder elitista de la burocracia estatal o del partido. Sin embargo, el concepto de «satisfacción de las necesidades básicas» tendrá que ser en el futuro una guía precisamente para los países más pobres. Los países industrializados han tenido que echar mano de él durante los últimos años para legitimar y fijar los objetivos de su ayuda al desarrollo.

VII. ASPECTOS DE LA AYUDA AL DESARROLLO

Sobre el *concepto:* entendemos por ayuda exterior o ayuda al desarrollo aquellas transferencias de recursos que no se hacen en las condiciones del mercado internacional [46]. ¿Qué quiere decir esto? Los países industrializados son proveedores de capital, de mercancías, de saber técnico *(know-how)*. Pero sólo puede hablarse de ayuda cuando los países en vías de desarrollo reciben estas cosas a título gratuito o en condiciones mejores que si las hubieran tenido que pagar a los precios normales de mercado. No podemos considerar por lo tanto que las inversiones privadas constituyan

una ayuda al desarrollo. Puede que tengan efectos sobre el desarrollo, pero los empresarios y bancos sólo las llevan a cabo de acuerdo con ponderaciones sobre su rentabilidad. Esta limitación a la denominación abusiva de «ayuda» se ha impuesto en los últimos años. Anteriormente los países industrializados «abrillantaban» sus estadísticas contando como ayuda las inversiones privadas. Por nuestra parte incurrimos en una cierta incoherencia al contabilizar como ayuda al desarrollo los créditos del Banco Mundial a pesar de que son créditos concedidos en las condiciones habituales del mercado; por otra parte, excluimos la ayuda militar —ya se trate de suministros de material o de ayuda para la instrucción militar— aun cuando haya sido regalada. La *función* de la ayuda al desarrollo consiste en fomentar el crecimiento económico en el Tercer Mundo, mejorar las condiciones de vida para toda la masa de la población y eliminar o reducir las diferencias de renta dentro de los distintos países.

Sobre su *historia.* La ayuda al desarrollo existe desde la segunda guerra mundial. Para las potencias coloniales había estado en vigor el principio según el cual cada colonia tenía que ser autosuficiente, es decir que —con algunas excepciones, sobre todo en tiempos anteriores— en el presupuesto de la metrópoli no se preveía partida alguna destinada a las colonias. Debían cubrir los gastos administrativos con sus propios medios (aranceles e impuestos). Las colonias podían recibir empréstitos, pero tenían que amortizarlos de la manera habitual y pagar los intereses imperantes, lo que hacía que precisamente las colonias más pobres sólo pudieran recurrir a ellos en medida muy escasa. En 1929 el parlamento británico constituyó un *Colonial Development Fund* (Fondo para el Desarrollo de las Colonias), pero su presupuesto anual de un millón de libras esterlinas era mínimo y estaba destinado primordialmente a fomentar el trabajo en la metrópoli. Durante la década de 1930, exhaustivos informes llamaron la atención sobre la situación económica y social a veces desastrosa de algunas colonias (sobre todo de las Indias occidentales), y durante la guerra se fue imponiendo poco a poco la idea de que en el futuro habría que desviar recursos del presupuesto de la metrópoli para el desarrollo de las colonias. El *Colonial Development Fund* se amplió considerablemente en 1945, y en 1946 Francia creó sus *Fonds d'Investissement pour le Développement Économique et Social* (FIDES). La disposición a hacer inversiones generosas tanto en el terreno económico como en el social se propagó con tanta más facilidad cuanto que las potencias coloniales se veían expuestas a las críticas americanas y la explotación de las colonias abría la

posibilidad de reducir las importaciones de productos alimenticios y materias primas procedentes del área del dólar [47].

Al alcanzar las colonias la independencia, también los restantes países industriales reconocieron que había que ayudar a los jóvenes Estados, siendo lo más urgente el envío de expertos y la ayuda para la formación de cuadros. Los Estados Unidos abrieron la marcha en 1949-50 con el «programa de cuatro puntos» del presidente Truman. La guerra fría aumentó considerablemente la disposición a prestar ayuda, a fin de evitar que los nuevos Estados independientes se deslizaran hacia el campo del enemigo. En la India se produjo, por ejemplo, una situación de competencia abierta, al construir en la década de 1950 la Unión Soviética, Inglaterra y la República Federal Alemana una acería cada una. Nasser aprovechó en 1954 la competencia entre los Estados Unidos y la Unión Soviética para la construcción de la presa de Asuán.

Casi simultáneamente las Naciones Unidas aumentaron su compromiso con el Tercer Mundo, sobre todo en lo referente a sus organismos especializados. En diciembre de 1960, la Asamblea General declaró a los años 60 la *Primera Década del Desarrollo*. Los países en vías de desarrollo habrían de elevar su renta nacional en un 5 por ciento anual, objetivo que al final de la década se había cumplido, aunque con grandes diferencias regionales. También en 1960 crearon los países de la OCDE el DAC (Development Assistance Committee) a fin de coordinar las ayudas. En octubre de 1969 presentó su informe un grupo de expertos nombrados por el Banco Mundial y presididos por el ex primer ministro canadiense Pearson. El informe describía los problemas con los que se enfrentan los países en vías de desarrollo, recogía algunas de las exigencias presentadas por éstos (como por ejemplo la de un acuerdo para la estabilización de los precios de las materias primas por medio de *buffer stocks* o *stocks* reguladores y la de las preferencias arancelarias no recíprocas) y exhortaba a los países ricos a aumentar su ayuda económica hasta un 1 por ciento anual de su producto nacional bruto (PNB), incluidas las inversiones privadas, y la ayuda exterior pública hasta el 0,7 por ciento de su PNB, a lo más tardar para 1980 [48]. Estas indicaciones se consideran directrices desde entonces, pero son pocos los países que las han cumplido (véase el cuadro 2). Las exigencias del Informe Pearson se han incluido en la «Estrategia de Desarrollo para la Segunda Década del Desarrollo» aprobada por la Asamblea General de la ONU en octubre de 1970 [49]. Del creciente interés que despiertan los problemas del Tercer Mundo dan testimonio las grandes conferencias que se han ocupado de aspectos parciales de esta problemática (la de Bucarest en 1974, que se ocupó de los problemas demográficos; la de Roma en 1974 sobre la alimentación;

la de Ginebra en 1976 sobre el empleo; la de 1979, de nuevo en Roma, sobre la reforma agraria y el desarrollo de las áreas rurales). Puede que los resultados sean insuficientes y cabe argüir que las resoluciones carecen de fuerza vinculante, pero la información que la prensa diaria ha dado sobre todos estos problemas ha contribuido a acercarlos al gran público. Más importantes para la relación Norte-Sur han sido en estos últimos años las conferencias de la UNCTAD y la polémica sobre el Fondo Monetario Internacional.

Resulta difícil separar, entre los *motivos de la ayuda,* los de carácter político, económico y humanitario. Estos motivos varían según el país, el ministerio o la organización de que se trate. El Ministerio Federal aleman para la Cooperación Económica hacía en 1969 esta clara formulación: «La desigualdad económica y social entre las zonas industrializadas de la tierra y las regiones subdesarrolladas incluye dependencias y crea conflictos. La política de desarrollo debería ayudar a los pueblos a ayudarse a sí mismos para conseguir su recuperación social y económica, para modernizarse siguiendo sus propios objetivos y para poder participar en las decisiones del futuro común en una interdependencia de ámbito mundial. La política de desarrollo pone las fuerzas políticas, los intereses económicos y la disposición solidaria a la ayuda al servicio de la igualación política y social, consiguiendo su eficacia óptima. La política de desarrollo fomenta la capacidad de aprender incluso en nuestra propia sociedad, así como su buena disposición para compartir los problemas de otros países y para tomar en serio sus decisiones. La política de desarrollo es el embrión de una política interior mundial. Cumple los cometidos más inmediatos en una situación mundial revolucionaria. La política de ayuda al desarrollo tiene como objetivo la paz. Señala esperanzas y las moviliza» [50].

Pero hay unos motivos muy concretos, que son sin duda más importantes. Lo que se proponen sobre todo las grandes potencias es hacer valer su influencia en el Tercer Mundo, reforzar su propio «campo» y debilitar el contrario. Se trata de conquistar o reforzar posiciones estratégicas mediante la ayuda al desarrollo (y la ayuda militar), y las potencias coloniales intentan mantener determinadas posiciones en sus antiguas colonias. Los países industrializados más pequeños pueden aspirar a conseguir prestigio o ser obligados por las grandes potencias a soportar parte de la carga. Hay que amortiguar el conflicto Norte-Sur haciendo algunas concesiones y aumentando algo la ayuda. Desde un punto de vista económico, de lo que se trata es de asegurarse el suministro de materias primas importantes y los mercados de salida para los productos industriales, o bien de preparar el camino a las inver-

Cuadro 2. LA AYUDA PÚBLICA AL DESARROLLO DE ALGUNOS DE LOS PAISES DE LA OCDE

	1960		1965		1970		1977		1978	
	Millones $ US	% PNB	*Millones $ US*	% PNB	*Millones $ US*	% PNB	*Millones $ US*	% PNB	*Millones $ US*	% PNB
Rep. Fed. Alemana	223	0,31	456	0,40	599	0,32	1 386	0,27	1 984	0,31
Francia	823	1,38	752	0,76	971	0,66	2 267	0,60	2 689	0,57
Gran Bretaña	407	0,56	472	0,47	447	0,37	914	0,37	1 226	0,40
Países Bajos	35	0,31	70	0,36	196	0,61	900	0,85	1 072	0,82
Noruega	5	0,11	11	0,16	37	0,32	295	0,83	355	0,90
Austria	—	—	10	0,11	11	0,07	118	0,24	156	0,24
Suecia	7	0,05	38	0,19	117	0,38	779	0,82	783	0,88
Suiza	4	0,04	12	0,09	30	0,15	119	0,19	176	0,20
Japón	105	0,24	244	0,27	458	0,23	1 424	0,21	2 215	0,23
Estados Unidos	2 702	0,53	3 418	0,49	3 050	0,31	4 159	0,25	4 857	0,23
Los 17 países de la OCDE en millones $ US	4 600	0,51	5 800	0,45	6 800	0,34	14 700	0,31	18 300	0,32
En precios de 1977 en millones $ US	12 200		13 100		12 700		14 700		15 800	

La ayuda pública al desarrollo de los Estados de la OPEP:

1974	5 900 millones $ US	1976	8 100 millones $ US
1975	8 200 millones $ US	1977	7 600 millones $ US

(extraído del Informe Mundial sobre el Desarrollo, 1976, cuadro 16; *Journalisten-Handbuch Entwicklungspolitik*, 1979, cuadro 5).

El cuadro muestra que:

— la ayuda pública al desarrollo (es decir sin las transferencias de capital privado) de los países de la OCDE se cuadruplicó entre 1960 y 1978. (¡Pero si se tiene en cuenta la inflación y la pérdida de valor del dólar, tan sólo aumentó en un 25 por ciento, aproximadamente, respecto a su cuantía en 1960!),

— su porcentaje en el producto nacional bruto bajó de un 0,51 hasta un 0,32 por ciento, en vez de subir hasta el nivel deseado del 0,7 por ciento.

— el nivel del 0,7 por ciento sólo lo alcanzaron los Países Bajos, Noruega, Dinamarca y Suecia,

— la ayuda al desarrollo ha comenzado a aumentar de nuevo a partir de 1977.

siones privadas directas mediante «preinversiones». Cuanto más se desarrolla un país, mayor es su demanda de productos industriales. A largo plazo —se dice— los países industriales y los países en vías de desarrollo van «en el mismo barco». Los motivos humanitarios están indicados sobre todo para las organizaciones privadas y para las Iglesias.

Hay que distinguir entre *ayuda multilateral* y *ayuda bilateral,* es decir, entre la que pasa por las organizaciones internacionales y la que negocia directamente el país donante con un país en vías de desarrollo. El primer tipo de ayuda lo prefieren no sólo las organizaciones sino también los países receptores, ya que las presiones políticas que la acompañan son menos marcadas. Los parlamentos de los países donantes prefieren en su mayoría la ayuda bilateral porque con ella esperan conseguir fines políticos o también porque desconfían de la eficacia administrativa de los organismos internacionales. La ayuda al desarrollo puede asimismo consistir en *ayuda financiera* o en *ayuda técnica.* Esta última consiste preponderantemente en ayuda formativa. Comprende por una parte la formación de estudiantes y posgraduados en los países que proporcionan la ayuda y por otra en el envío de expertos y de personal especializado para la construcción y el funcionamiento de escuelas, para la puesta en marcha de proyectos de desarrollo agrario (como la construcción de pozos) y para el establecimiento de servicios sanitarios. Los costos corren a cargo del país donante. En cambio la ayuda financiera pública bilateral se destina a la construcción de una infraestructura (carreteras, instalaciones portuarias, pantanos), al suministro de agua y electricidad y a la creación de instalaciones industriales tales como fábricas de abonos, acerías, etc. Estos medios se proporcionan mayormente en calidad de préstamos y sirven sobre todo para permitir al país en vías de desarrollo la importación de bienes de inversión.

La ayuda en capital puede concederse *vinculada* o *no vinculada.* Que la ayuda sea vinculada significa que las importaciones han de proceder del país donante. Esto impide que graven la balanza de pagos del país donante, ya que en realidad los medios financieros no salen de él y sirven además para fomentar la exportación. Por otra parte el país en vías de desarrollo tiene que pagar la mayoría de las veces un precio más alto. ¡Se calcula en un 20 por ciento el encarecimiento de las importaciones mediante ayuda vinculada! También son importantes las *condiciones* en que se presta la ayuda financiera: los intereses, el plazo y los años libres de amortización, es decir el período que se concede antes de iniciarse la liquidación. El creciente endeudamiento de los países en vías de desarrollo ha inducido a los países donantes a hacer menos gravosas las condiciones de su ayuda financiera. La República Federal Ale-

mana fijó en 1972 las siguientes condiciones: unos intereses del 2 por ciento, un plazo de 30 años y 10 años libres de amortización.

Habría que mencionar por último la *ayuda alimenticia,* constituida en su mayor parte por los excedentes de producción de los países donantes. Con excepción de la ayuda en caso de catástrofe, ha sido objeto de crecientes críticas, arguyendo que debilita los esfuerzos propios de los países receptores y que puede influir desfavorablemente en los hábitos alimenticios. Además puede utilizarse como arma política. Pero seguirá siendo necesaria mientras muchos países subdesarrollados no sean capaces de alimentar a su creciente población.

VIII. LA AYUDA AL DESARROLLO DE ALGUNAS ORGANIZACIONES Y ALGUNOS PAISES

Dentro de las Naciones Unidas se ocupan de los problemas de los países llamados en vías de desarrollo el Consejo Económico y Social (ECOSOC) y sus comisiones económicas regionales. Se realizan además proyectos a través del Programa para el Desarrollo de la ONU (UNDP). Pero sobre todo son los organismos especializados los que actúan en el Tercer Mundo: la FAO en el campo de la agricultura, la UNESCO en el de la educación, la OIT en el ámbito de la legislación social y de los sindicatos, la OMS, que se ocupa de los servicios sanitarios y de la lucha contra las epidemias, la ONUDI, encargada de fomentar la industrialización. Tenemos que renunciar a describir sus actividades y limitarnos al Banco Mundial.

El *Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo* nació en el marco del acuerdo de Bretton Woods de 1944 con la misión de facilitar créditos para la reconstrucción a los países afectados por la guerra[51]. Posteriormente se dedicó plenamente a los países en vías de desarrollo. Tiene su sede en Washington y lo dirige siempre un norteamericano. Robert McNamara se hizo cargo de su presidencia en 1968. Los recursos del Banco Mundial proceden de los préstamos conseguidos en los mercados de capitales. En los últimos años, los principales acreedores del Banco han sido los Estados Unidos, Japón, la República Federal de Alemania, Suiza y los Estados de la OPEP. Los créditos, destinados a proyectos concretos, se otorgan con unos intereses del 7-8 por ciento y se dan en su mayor parte a los gobiernos, estando en primer plano los programas de infraestructura.

Para hacer más fácil el acceso a estos créditos a los países en

vías de desarrollo se creó en 1960 una filial del Banco, la AID (Asociación Internacional de Desarrollo). Sus créditos son sin intereses y por un plazo de 50 años, por lo que los medios no proceden de préstamos, sino de un capital aportado por los gobiernos de los países industrializados que se renueva periódicamente. Con la sexta renovación, en enero de 1980, la AID recibió para el período 1980-1983 nuevos recursos financieros en una cuantía de 12 000 millones de dólares.

El Banco Mundial concedió en el ejercicio 1969-70 69 préstamos por un total de 1 600 millones de dólares destinados a 39 países y en el ejercicio 1978-79, 142 préstamos a 44 países por un total de 7 000 millones de dólares. Las cifras comparativas de la AID fueron de 50 préstamos en 1969-70, por un importe de 606 millones, a 33 países, y de 105 préstamos en 1978-79, por un importe de 3 000 millones, a 43 países. Así pues, en el ejercicio de 1978-79 se concedieron por primera vez créditos por 10 000 millones de dólares.

El hecho de que el Banco Mundial concediera en las primeras décadas prioridad al crecimiento de la producción en cuanto tal mientras declaraba la industrialización tarea del capital privado responde a las ideas que sobre el desarrollo mantienen los países industrializados capitalistas: la función del Banco consiste en financiar las obras de infraestructura y de suministro eléctrico necesarias para tal fin [52]. Pero en 1973 McNamara hizo un balance crítico, en la mencionada Conferencia de Nairobi, exponiendo el problema de la pobreza absoluta y de la creciente desigualdad en la distribución de la renta en los países subdesarrollados, al tiempo que anunciaba una reorientación: en adelante se trataría de dar prioridad a la agricultura, con apoyo sistemático a los pequeños agricultores. Se consideraron urgentes la reforma agraria, el suministro de agua, los servicios de asesoramiento y la creación de cooperativas y sistemas crediticios. Y para reducir la carga que para la balanza de pagos supondrían las importaciones de petróleo, se otorgarían en los años próximos mayores créditos para proyectos energéticos.

El Banco Mundial es objeto de toda clase de críticas. Dado que sus recursos los obtiene en el mercado privado de capitales, sus créditos son caros y fomentan el endeudamiento. La «solvencia» ha desempeñado en la concesión de los créditos un papel más importante que la necesidad; se ha dado preferencia a los países con mayor potencialidad de crecimiento. Algunos de los proyectos no han hecho sino preparar el terreno para las inversiones de las multinacionales. La prepotencia de los Estados Unidos quedó demostrada por el hecho de que ni al gobierno brasileño de Goulart ni al gobierno chileno de Allende se les concedió ningún crédito.

La utilización de los recursos (en millones de dólares)[53]

	1972/73			1978/79		
	BM	AID	Total	BM	AID	Total
Agricultura	501,6	436,1	937,7	1 568,1	953,7	2 521,8
Desarrollo	268,0	42,0	310,0	628,6	48,2	676,8
Educación/Formación	161,6	114,5	276,1	245,5	250,5	496,0
Energía	174,3	147,2	321,5	954,9	512,4	1 467,3
Industria	—	67,2	67,2	721,0	121,5	842,5
No vincul. a proyectos	80,0	145,0	225,0	301,5	105,0	406,5
Planif. demogr/Aliment.	21,5	—	21,5	17,0	97,0	114,0
Ayuda técnica	—	4,0	4,0	—	29,7	29,7
Comunicaciones	157,8	90,0	247,8	110,0	—	110,0
Turismo	—	—	—	66,7	46,5	113,2
Transporte	520,1	162,3	682,4	1 430,9	473,5	1 904,4
Desarrollo urbano	16,0	20,0	36,0	297,5	12,0	309,5
Agua/Canalizaciones	200,1	78,7	278,8	647,3	371,5	1 018,8
	2 051,0	1 357,0	3 408,0	6 989,0	3 021,5	10 010,5

Al nuevo programa agrario de McNamara se le reprocha que favorece al aspecto mercantil de la actividad agraria, sigue privilegiando a los tipos de producción destinados a la exportación y no tiene en cuenta para nada a la gran masa de los campesinos sin tierra. Pero no existe ningún concepto alternativo, máxime por cuanto el Banco Mundial considera necesarias las reformas agrarias pero no puede imponerlas. La participación correspondiente a los países más pobres en la concesión de los créditos de la AID ha aumentado y el Banco Mundial evalúa actualmente los proyectos con un sentido más crítico que antes. De un modo u otro, el Banco Mundial seguirá representando en los años venideros el principal papel en la transferencia de capitales a los países del Tercer Mundo. También la Comisión Norte-Sur, presidida por Willy Brandt, destaca decididamente esta misión en el informe que emitió en febrero de 1980.

Merece también mencionarse el *Fondo Monetario Internacional,* cuya existencia se basa también en el acuerdo de Bretton-Woods [54]. Los países que tuvieran dificultades en su balanza de pagos habrían de recibir créditos-puente a corto plazo en monedas fuertes, en proporción a las cuotas que hubieran pagado en su moneda nacional. El FMI ha prestado valiosos servicios sobre todo a los países industrializados, pero no pudo evitar el hundimiento del sistema monetario internacional, basado en los cambios fijos de las monedas, en 1971-73. Las cuotas se han aumentado una y otra vez, y además de ello se crearon en 1969 los derechos especiales de giro (DEG) —«dinero salido de la retorta», que sólo se utiliza entre los bancos emisores— a fin de aumentar la liquidez del FMI. Para los países en vías de desarrollo existen asimismo «facilidades especiales» para la cobertura, entre otras cosas, de las oscilaciones en el producto de sus exportaciones. Otros recursos especiales fueron facilitados, a partir de 1976, por el aumento de las réservas de oro del FMI.

Ahora bien, la concesión de créditos suele ir unida a duras condiciones para el país receptor, tales como devaluaciones importantes, recortes radicales en el gasto público, eliminación de los controles de precios y eventuales subvenciones para el abaratamiento de los productos alimenticios, límites para el crecimiento de los salarios y liberalización del comercio exterior. La experiencia de numerosos países (Perú, Jamaica, Egipto, Zaire, etc.) que se vieron obligados a su pesar a tomar estas medidas ha demostrado que, si bien era posible superar momentáneamente la crisis de la balanza de pagos y aumentar las exportaciones, los costos sociales eran demasiado elevados: aumento de la inflación, bajada de los salarios reales y elevada tasa de desempleo. Tanto más duras son hoy las críticas de los expertos en cuestiones de desarrollo al FMI.

En la conferencia monetaria que se reunió en Belgrado en septiembre de 1979, los países en vías de desarrollo articularon sus críticas en un frente cerrado y expusieron entre otras las siguientes exigencias: aparte de un aumento de la ayuda pública en capitales, una nueva emisión anual de derechos especiales de giro, preferencia para los países en vías de desarrollo en la distribución, vinculación de los DEG a la ayuda al desarrollo y renuncia a imponer las duras medidas, es decir, adaptación a la situación especial de los países en vías de desarrollo. Lo que de todas formas está claro es que el FMI ha entrado también en el campo de tiro de la crítica.

El prestigio de la *ayuda exterior norteamericana* fue, hasta hace pocos años, grande e indiscutido [55]. Los europeos no hemos olvidado el Plan Marshall, que contribuyó esencialmente a la reconstrucción de la Europa destruida. Casi simultáneamente al «programa de cuatro puntos» bosquejado en su discurso inaugural de 1949, el presidente Truman anunció la ayuda técnica a los países en vías de desarrollo, lanzando con ello en cierto modo la ayuda general al desarrollo. Entre los años 1956 y 1960, más de la mitad de la ayuda pública prestada por los países que colaboraban en el Comité de Asistencia al Desarrollo de la OCDE procedió de los Estados Unidos; gran parte de los recursos del Banco Mundial eran norteamericanos, y su presidente también lo era. La «Alianza para el Progreso» del presidente Kennedy, proclamada asimismo con palabras entusiastas en su discurso inaugural en 1960, que anunciaba un nuevo rumbo reformista en la política latinoamericana, encontró amplio eco mundial, así como el Cuerpo de la Paz [56]. La simultánea exhortación a Europa para que aportara a la nueva gran tarea una contribución proporcional al nivel de bienestar alcanzado *(burden sharing)* fue igualmente escuchada. También en la década de 1970 más de una tercera parte de la ayuda exterior de la OCDE procedía de Norteamérica. Es comprensible, por tanto, que el mundo, y sobre todo los países en vías de desarrollo, identifiquen en gran medida la ayuda exterior y la ayuda al desarrollo con la ayuda americana. Y sigue siendo McNamara el que, en las conferencias de la UNCTAD o en las que tratan de los problemas monetarios, recuerda con palabras patéticas la desastrosa situación imperante en el Tercer Mundo y pide a los países ricos que incrementen sus esfuerzos. Pero un análisis crítico obliga a diferenciar. De los 33 500 millones de dólares de la ayuda económica correspondiente a los años 1946 a 1952, la mayor parte con mucho fue a parar a Europa y el Japón, mientras que, por ejemplo, el «programa de cuatro puntos» fue concebido con extraordinaria mezquindad. A partir de entonces la ayuda exterior norteamericana ha afluido casi exclusivamente hacia el Tercer Mundo, pero casi la mitad de esa ayuda ha tenido carácter militar. Apro-

ximadamente el 10 por ciento de la ayuda económica ha correspondido al Export-Import Bank, cuya principal misión consiste en fomentar las exportaciones. Otro 15 por ciento ha sido absorbido por la ayuda alimenticia a través de la *Public Law 480*. La Agency of International Development (AID), que desde 1961 es la responsable de la ayuda al desarrollo en sentido estricto, sólo dispone anualmente de 2 000 a 3 000 millones de dólares. La ayuda al desarrollo creció de forma regular durante la década de 1950, pero se estancó desde 1962, aproximadamente. ¡Y el porcentaje que representa en el producto nacional bruto descendió del 0,53 por ciento en 1960 a tan sólo el 0,23 por ciento en 1978! Pero no es sólo esto: inicialmente la ayuda exterior se concedió casi exclusivamente a fondo perdido, generosidad de la que se aprovecharon fundamentalmente Europa y Japón. Pero con el comienzo de las dificultades en la balanza de pagos que se percibieron hacia 1960 se impuso un cambio de rumbo y la parte correspondiente a los créditos pasó a ser del 50 por ciento más o menos. A esto vino a añadirse que una parte creciente de los créditos estaban «vinculados», es decir: tenían que emplearse forzosamente para la adquisición de mercancías norteamericanas (que la mayoría de las veces eran más caras, por ejemplo, que las japonesas)[57]. Si se investiga qué países fueron los que más se beneficiaron de la ayuda de la AID, se encuentra una estrecha relación con los intereses de la seguridad norteamericana: en el período 1956-65 estuvieron en cabeza India, seguida de Pakistán, Corea y Vietnam; en ayuda *per cápita* los que más recibieron fueron Israel, Jordania, Laos, Vietnam, Chile, Corea y Taiwan. En 1975 los países que mayor ayuda recibieron de la AID fueron los siguientes: Vietnam, Egipto, Camboya, Jordania y la India; el conjunto de Africa recibió menos ayuda que Egipto; un gran número de Estado africanos no recibió otra cosa que ayuda alimenticia y donativos para el cuerpo de la paz[58].

Hay que reservar un capítulo aparte al programa «Pan para la Paz» (que posteriormente se convirtió en «Pan para la Libertad»). Según la *Public Law 480* del año 1954 podían entregarse productos alimenticios a países afectados por el hambre de acuerdo con el siguiente procedimiento: los productos agrarios se venden a los gobiernos, que los pagan en su moneda nacional y el importe va a parar a un fondo especial del que dispone la embajada norteamericana. De este modo se consigue dar salida, con destino al Tercer Mundo, a los excedentes de producción almacenados (costosamente) por el Ministerio de Agricultura norteamericano. En los últimos años este tipo de ayuda ha suscitado una polémica. Se la ha acusado de ser utilizada como instrumento del sector agrícola norteamericano y como «arma política» y de haber abierto merca-

dos y perturbado el abastecimiento interior y haber sido vinculada a las condiciones políticas, concediéndose la ayuda sobre todo a los países «amigos». Todo esto puede que sea cierto, pero no excluye el hecho de que sin esa ayuda hubieran muerto de hambre más millones de personas en el Tercer Mundo.

La ayuda norteamericana al desarrollo ha sido un instrumento de la política exterior de los Estados Unidos, ha servido a los fines de la defensa del «mundo libre» y ha tenido la misión de evitar revoluciones o el paso de nuevos países al campo comunista. Todo lo cual no ha impedido, sin embargo, al Congreso norteamericano recortar sistemáticamente los créditos solicitados por la Administración. Sólo a contrapelo ha permitido la ayuda al desarrollo de carácter público, declarándose muchas veces en contra de los llamados *soft loans* o créditos con condiciones «blandas» y resaltando siempre de manera clara que la verdadera ayuda al desarrollo debe partir de la iniciativa privada y que las inversiones directas de las multinacionales constituyen la principal aportación al desarrollo económico del Tercer Mundo. En 1973, la Administración Nixon adoptó «nuevas directrices» para la ayuda exterior que fueron objeto de duras críticas dentro y fuera del Congreso. La AID debería en el futuro aplicar prioritariamente sus recursos a la satisfacción de las necesidades básicas y preocuparse porque la ayuda llegase también a los pobres hasta entonces abandonados de los países menos desarrollados. Pero es dudoso que esta política pueda imponerse en contra de los intereses creados y de las consideraciones de la política exterior. También ha fracasado en gran parte el intento del presidente Carter de vincular la ayuda a la cuestión de los derechos humanos.

Con su teoría del imperialismo, Lenin sentó las bases teóricas para la *ayuda al desarrollo por parte de la Unión Soviética y de los países del bloque oriental.* Dado que el capitalismo monopolista sólo ha podido impedir su derrumbamiento, en sí inevitable, mediante la expansión en ultramar y la explotación de los países coloniales y semicoloniales, la tarea prioritaria consistirá en ir rompiendo «los eslabones más débiles de la cadena imperialista», es decir en apoyar a los movimientos de liberación nacional. El levantamiento revolucionario en las colonias acelerará la revolución en las metrópolis. Dado que la revolución rusa no desencadenó, como se esperaba, la revolución mundial, Lenin puso hacia 1920 grandes esperanzas en los disturbios que se producían en el Cercano y el Lejano Oriente. Pero como el proletariado industrial era evidentemente demasiado débil para ser el protagonista de la revolución en los países asiáticos y los movimientos nacionalistas estaban encabezados por la burguesía local, se planteó

el dilema de la cooperación con la burguesía. Este dilema se soslayó aceptando un frente común con la burguesía, siempre y cuando este frente pudiera considerarse «antiimperialista» y «progresista». La manera de catalogar los distintos frentes ha variado muchas veces en las etapas subsiguientes de acuerdo con la situación política interior y exterior de la Unión Soviética.

Tras el fracaso de la colaboración con el Kuomintang chino (1927), Stalin apenas volvió a ocuparse de los movimientos de liberación nacionalistas. Por añadidura, a partir de 1941, los partidos comunistas apoyaron los esfuerzos bélicos aliados, comprometiéndose a los ojos de los nacionalistas coloniales. Este fue en especial el caso del PC de la India. En cambio el ascenso de Ho Chi Minh fue más fácil por el hecho de haber luchado inicialmente contra las fuerzas de ocupación japonesas con apoyo norteamericano. En términos generales puede decirse que, en la incipiente descolonización, ni la Unión Soviética ni los partidos comunistas de las colonias desempeñaron un papel importante. Las rebeliones comunistas de 1948 en la India, Filipinas y Malaya fueron derrotadas; los nacionalistas y dirigentes de las colonias que habían conseguido la independencia (Nehru y Sukarno, entre otros) fueron difamados por la Unión Soviética, que les acusó de ser marionetas y cómplices del imperialismo [59].

Esta situación cambió rápidamente con la muerte de Stalin. Paralelamente a la reconciliación con Tito se produjeron viajes de los dirigentes soviéticos a Afganistán, India e Indonesia, unidos a una nueva valoración de los regímenes no comunistas. Se reconoció el neutralismo y se concibió una «zona de la paz» que debía entrar en juego frente a la política de bloques y alianzas desarrollada por los Estados Unidos. Simultáneamente empezó a afluir la ayuda para el desarrollo por parte de la Unión Soviética y de los países del Este: Afganistán recibió un primer crédito para la construcción de un gran silo de cereales en Kabul, y también se construyeron con ayuda soviética las dos carreteras de gran importancia estratégica en la frontera soviética y hacia Kandahar. (En enero de 1980, estas dos carreteras se utilizaron para la entrada de las tropas soviéticas.) Un acuerdo crediticio con la India (1955) permitió la construcción de la acería de Bhilai, mientras se apoyaba la reivindicación india de Cachemira. La ayuda al desarrollo prestada por la Unión Soviética entre los años 1954 y 1966 se estima en 5 900 millones de dólares (sin contar la ayuda a China, Vietnam del Norte y Corea del Norte). De esta ayuda, 4 900 millones —o sea, el 82 por ciento— se destinó a 10 países. India, Egipto, Afganistán, Indonesia e Irán encabezaban la lista [60]. Está clara la estrecha relación de la ayuda con la política exterior soviética. En el Africa negra recibieron ayuda sobre todo Ghana bajo Nkrumah,

Guinea bajo Sekou Touré y Malí bajo Mobito Keita, Estados que se habían prescrito un desarrollo socialista y que proclamaban su independencia frente a los países «imperialistas». Eran considerados como «Estados de democracia nacional», según un concepto acuñado en 1960 que los clasificaba como formas de transición hacia el comunismo de los países en vías de desarrollo.

Tras la caída de Jruschov, los desengaños políticos (derrocamiento de Sukarno, Nkrumah y Keita; fracaso en el Congo) parecen haber inducido a un replanteamiento de la política de prodigalidad. Las consideraciones inmediatamente políticas y estratégicas parecen haber desempeñado desde entonces un papel claramente determinante. En Asia se siguió dando preferencia a Afganistán y la India, sin descuidar tampoco a Pakistán; en Oriente Medio recibieron ayuda económica sobre todo Egipto (hasta 1972), Siria, Irak y Yemen del Sur (dejando aparte la ayuda militar, que se inició con la entrega de armamento checo a Egipto en 1955); en Africa se mantuvieron estrechas relaciones con Argelia y Somalia, que permitió la construcción de la base de apoyo naval de Berbera; pero en 1977 Somalia se separó de Etiopía. En América Latina Moscú ha adoptado una actitud inhibida, con la excepción de su compromiso con Cuba a partir de 1960 que, como es sabido, le resulta muy costoso al bloque del Este. Se han firmado numerosos acuerdos de cooperación y tratados comerciales con Estados «reaccionarios» (como por ejemplo Irán, Pakistán, Filipinas y Malasia); desde finales de la década de 1960 la balanza comercial soviética con los países en vías de desarrollo es positiva.

De acuerdo con su propio concepto del desarrollo, la Unión Soviética dio preferencia inicialmente a la industria pesada, construyendo en consecuencia acerías (India, Egipto, Indonesia, Argelia, etc.), fábricas de aluminio (Egipto, Turquía) e instalaciones para la extracción de petróleo o de gas natural, o apoyando su construcción, además de grandes obras hidráulicas (Asuán) y de carreteras. Posteriormente la URSS ha dedicado mayor atención a la agricultura: miles de técnicos y de médicos de los países en vías de desarrollo se han formado en las universidades soviéticas.

Se da preferencia claramente a la ayuda bilateral. Los créditos son vinculados, con unos intereses del 2,5 al 3 por ciento; la amortización comienza nada más terminarse los proyectos. La devolución se cubre en gran parte mediante la entrega de mercancías, por lo que no supone una carga en la balanza de pagos. Pero la Unión Soviética ha vendido en muchos casos esas mercancías contra monedas fuertes a los países occidentales (por ejemplo, algodón egipcio o aceite iraquí) provocando el enojo de los receptores de la ayuda económica. También la calidad de las máquinas procedentes del Este ha sido objeto de crítica.

En conjunto la ayuda al desarrollo procedente de los países del bloque oriental a Estados no comunistas representa sólo una fracción de la occidental (entre 1970 y 1979 ascendió en total a 6 500 millones de dólares). La exigencia de dedicar el 0,7 por ciento del producto nacional bruto a la ayuda pública al desarrollo no ha sido aceptada por Moscú, en base a que no es responsable del subdesarrollo del Tercer Mundo ni se beneficia de su explotación [61]. Pero en los últimos tiempos —como en la conferencia de la UNCTAD en Manila— los países en vías de desarrollo han insistido en la necesidad de que también los países del Este aumenten su ayuda.

Francia ha conseguido reconvertir casi sin solución de continuidad su ayuda colonial al desarrollo en ayuda para las colonias independizadas, al tiempo que ha mantenido una marcada influencia política, económica y cultural. En 1946 creó el *Fonds d'Investissement pour le Développement Économique et Social des Territoires d'Outre-mer* (FIDES), que en los años siguientes destinó considerables recursos del presupuesto de la metrópoli a la creación de una infraestructura y al fomento de la producción, pero también al campo social (construcción de hospitales y escuelas), sobre todo en el Africa negra. Pero se siguió manteniendo el concepto de un espacio complementario de la metrópoli, y en consecuencia los recursos se orientaron hacia el fomento de las exportaciones [62]. Bajo el signo de la descolonización se introdujeron las necesarias adaptaciones: en 1960-61 se concluyeron acuerdos de cooperación con los nuevos Estados; el ministerio de la Francia de Ultramar se convirtió en 1961 en el ministerio de la Cooperación; el FAC *(Fonds d'Aide et de Coopération)* sustituyó al FIDES. La competencia del último se redujo en adelante a los territorios ultramarinos que quedaban (algunas islas del Pacífico), junto con el FIDOM, el fondo para el desarrollo de los departamentos de ultramar (Guayana, Guadalupe, Martinica, Reunión). Hay otros ministerios que participan también en la ayuda al desarrollo. Un papel decisivo desempeña a este respecto la *Caisse Centrale de la France d'Outre-Mer* (CCCE), que ejerce las funciones tanto de caja central de los distintos organismos como de banco de inversiones que proporciona créditos para la inversión y empréstitos [63].

Francia se encuentra entre los países que más ayuda pública al desarrollo prestan, aun cuando haya descendido el porcentaje del producto nacional bruto que representa esta ayuda con respecto al que representaba en la década de 1950 (guerra de Argelia). Francia encuentra en este hecho un justificado motivo de orgullo. Pero se impone una diferenciación crítica. Una parte relativamente alta de la ayuda (el 34 por ciento en 1967 y hasta el 38 por ciento

en 1973) se destina a los territorios y departamentos de ultramar que tienen legalmente la condición de territorios nacionales, de forma que puede compararse con el apoyo que se presta dentro de los países industrializados a las regiones más débilmente desarrolladas. El resto se destina casi exclusivamente a Argelia, Tunicia, Marruecos y a los Estados africanos francófonos.

Hay que añadir a lo dicho otras peculiaridades más de la ayuda francesa al desarrollo:

— Francia hace una escasa aportación a la ayuda multilateral (si se exceptúa el fondo europeo de desarrollo).

— La parte correspondiente a ayuda no reembolsable, que es del 80 por ciento, es muy elevada. Responde bien por lo tanto a las necesidades africanas, aunque hay que decir que se trata casi exclusivamente de ayuda vinculada.

— Francia presta ayuda presupuestaria directa *(aide au développement général)*, como subsidio al gasto administrativo. Está claro que con ello se refuerza la dependencia y la influencia de París.

— Dentro del marco de la ayuda técnica ocupa un primer plano indiscutible la ayuda a la educación. Por una parte miles de estudiantes y técnicos africanos reciben formación en Francia, y por otra Francia envía un gran número de profesores franceses a Africa: de un total de 46 363 expertos y colaboradores para el desarrollo que trabajaban en ultramar en 1967, 29 683 eran profesores y consejeros de educación; en 1973 eran todavía 22 666 de un total de 34 033. El francés es lengua oficial en las antiguas colonias; el francés es la única lengua docente; de cuño francés son el sistema de enseñanza, los programas y los medios pedagógicos. Sólo lentamente se va produciendo una adaptación a las necesidades locales. París cuida muy mucho esta ayuda educativa, porque responde a una tradicional pretensión civilizadora *(le besoin de rayonnement intellectuel* o necesidad de irradiación intelectual) que permite seguir manteniendo la expansión de la lengua francesa como idioma universal y articular una comunidad francófona dentro de la que la ex metrópoli y las ex colonias se sepan «unidas por lazos de amistad». Los críticos hablan de una forma de «imperialismo cultural» que separa a las élites africanas de la masa de la población y las vincula a París, con lo que se dificulta la identificación nacional de los jóvenes Estados y se ocultan intereses económicos tras el velo de la ayuda francesa al desarrollo.

— Otro de los aspectos criticables resulta más que evidente: las antiguas colonias no sólo constituyen un importante mercado, sino que suministran —junto con los tradicionales cultivos para la exportación, tales como los aceites vegetales, el café, el cacao o el algodón— importantes materias primas de interés estratégico, so-

bre todo el uranio (Gabón y Níger) y el petróleo (Argelia y Gabón).

— El comercio con el Africa francófona se desarrolla dentro del área del franco[64] Esto significa que las distintas monedas nacionales las garantiza el Tesoro francés y que su libre convertibilidad se establece a un cambio fijo. Los Estados participantes depositan conjuntamente sus reservas de oro y divisas en un *pool* que administra el Banco de Francia. De ello se derivan ciertas ventajas: incluso cuando hay déficits crónicos de la balanza de pagos queda garantizada la solvencia, ya que el *pool* o fondo común facilita las divisas necesarias; se garantiza la convertibilidad y se atraen así capitales extranjeros. Las desventajas son las siguientes: también la salida de capitales es grande y dificulta la formación de capital en Africa; la amplia liberalización del comercio facilita la importación de artículos de consumo y dificulta la producción interior; las debilidades del franco se transmiten a todos los miembros africanos y la política monetaria del área del franco la deciden sobre todo entidades francesas.

En resumen: la voluminosa ayuda francesa al desarrollo favorece casi exclusivamente a sus antiguas colonias. Algunas de ellas apenas podrían sobrevivir sin esa ayuda. Pero, al mismo tiempo, las vincula estrechamente a su antigua metrópoli, impide o dificulta una política basada en la *self-reliance* y puede ser considerada como un conseguido intento neocolonialista de conservar viejas posiciones de poder en los Estados del Africa negra que han alcanzado la independencia formal.

La ayuda al desarrollo procedente de la *República Federal de Alemania*[65] se remonta al año 1953, en el que en el plan presupuestario del ministerio federal de Economía figuró una partida de 500 000 DM destinada a esta nueva función. La cantidad era modesta, pero ya en 1956 se destinaron 3,5 millones DM a la ayuda educativa. En aquel mismo ejercicio fiscal, y tras la viva discusión de una propuesta hecha por el SPD (Partido Socialdemócrata Alemán), el Bundestag aprobó una partida de 50 millones que el ministerio de Asuntos Exteriores debía dedicar al «fomento de los países económicamente subdesarrollados». En favor de esta ayuda se adujeron preponderantemente razones de índole moral, tales como: «A nosotros también nos han ayudado y ahora debemos ser nosotros quienes ayudemos». Pero se reconoció claramente el marco global de esta política. El diputado del SPD Kalbitzer pudo así anticipar con mirada profética: «El conflicto Este-Oeste que actualmente domina nuestros debates de manera casi monocorde dejará paso dentro de esta misma década a un conflicto Norte-Sur, es decir a un conflicto de las mayores proporciones entre los paí-

ses industrializados de la mitad norte del planeta y los países en vías de desarrollo situados mayormente en los trópicos.»

Hasta 1960 ya había aportado la República Federal unos 3 700 millones DM en ayuda al desarrollo. La construcción de la gran acería de Rourkela en la India levantó gran revuelo y suscitó muchas críticas. El importante encargo fue encomendado a empresas alemanas, encabezadas por Krupp y Demag. El crédito de 600 millones DM que se concedió en 1957 fue concebido en primer lugar como una especie de garantía a la exportación para las firmas alemanas. Pero pronto fue preciso aumentar los créditos (hasta 1 800 millones DM en 1964) y suavizar las condiciones; las obras se retrasaban, los técnicos alemanes enviados a la India no estaban preparados para trabajar en un ambiente extraño: surgieron tensiones y reproches mutuos.

El compromiso adquirido en la India hay que contemplarlo dentro del marco de las disputas geopolíticas: ¡británicos, rusos y alemanes construían en competencia sendas fábricas de acero y se disputaban el favor de los indios! El ministerio de Asuntos Exteriores tenía la última palabra en la concesión de los créditos y la ayuda técnica. La ayuda al desarrollo había de servir a la joven República Federal alemana para crear «amigos» y establecer lazos con los nuevos países asiáticos y africanos. Se trataba sobre todo de hacer valer la pretensión de representar en exclusiva los intereses alemanes y de evitar que los países en vías de desarrollo reconocieran a la República Democrática Alemana: todo país que estableciera relaciones diplomáticas con la RDA tendría que renunciar, de acuerdo con la doctrina Hallstein, a la ayuda al desarrollo procedente de la República Federal. El éxito fue innegable: ningún país del Tercer Mundo reconoció al principio a la RDA. Pero en 1965 Nasser dio este paso haciendo que Egipto reconociera a la República Democrática como reacción ante la ayuda prestada por los alemanes federales a Israel. Bonn rompió las relaciones diplomáticas con Nasser. Aquel mismo año, Tanzania, tras su fusión con Zanzíbar, convirtió el consulado general de la RDA en Dar-es-Salam en embajada. Bonn volvió a llamar a su embajador e interrumpió la ayuda militar, aunque no la económica. Sólo después de que el gobierno de Willy Brandt renunciara a la doctrina Hallstein se hizo posible facilitar ayuda al desarrollo a un país a pesar de que reconociera a la República Democrática Alemana, como fue el caso de Somalia.

El laberinto de competencias en que se desenvolvía la ayuda al desarrollo, y también consideraciones relacionadas con su coalición, impulsaron al canciller Adenauer en 1961 a crear por último un ministerio para el desarrollo (el ministerio federal para la Cooperación Económica). Walter Scheel se convirtió en el primer

ministro para el desarrollo (1961-1966). Pero sólo tres años más tarde el nuevo ministerio recibió competencias sobre la totalidad de la ayuda técnica, así como plena responsabilidad sobre los principios y los programas en que se basaba la ayuda. En 1972 vino a añadirse la competencia sobre la ayuda en capitales y en 1975 la competencia sobre la ayuda alimenticia. Como «ejecutores auxiliares» el ministerio se sirve de varias sociedades financiadas total o parcialmente por el Estado federal alemán.

La Fundación Alemana para el Desarrollo Internacional, fundada en 1959, organiza en Berlín cursos, congresos y seminarios para expertos y altos funcionarios procedentes de países en desarrollo y publica la revista mensual *Entwicklung und Zusammenarbeit.* La Sociedad Alemana para la Cooperación Técnica procura, por encargo del ministerio federal de Cooperación Económica, la ayuda técnica necesaria, es decir, contrata a los expertos previstos para cada proyecto y se encarga de adquirir los elementos necesarios, incluido el material de transporte. El Instituto de Crédito para la Reconstrucción es igualmente responsable de la concesión de créditos y subvenciones para los proyectos de desarrollo. La Sociedad Carl Duisberg, de Colonia, organiza las prácticas del personal de los países receptores en la industria alemana y se hace cargo de su pupilaje. La Sociedad Alemana para el Desarrollo tiene como misión fomentar las inversiones directas en los países en vías de desarrollo, sobre todo de empresas pequeñas y medianas, mediante la información, el asesoramiento, la adquisición de participaciones y la concesión de créditos. El capital social de estas sociedades propiedad del Estado ha ido creciendo paulatinamente, pasando de 75 millones DM en 1962 a 1 000 millones en 1978. Hasta finales de 1977 fueron 214 las empresas que se establecieron en 60 países a las que se contribuyó a financiar con 575 millones DM. También aportan ayuda al desarrollo las tres fundaciones afines a los tres partidos políticos con representación parlamentaria (la Fundación Friedrich Ebert, cercana al partido socialdemócrata SPD, la Fundación Friedrich Naumann, afín al partido liberal FDP y la Fundación Konrad Adenauer, coincidente con los dos partidos cristianodemócratas coaligados CDU-CSU) y las Iglesias (Misereor y Brot für die Welt).

La formulación de un concepto que abarcara el conjunto de la ayuda al desarrollo no le resultó nada fácil a la República Federal de Alemania. En los primeros años los esfuerzos se concentraron en la ayuda de tipo educativo: construcción y funcionamiento de escuelas técnicas, granjas modelo y clínicas. Algunos de los proyectos resultaron demasiado grandes o excesivamente perfeccionados, supusieron unos costos de mantenimiento muy altos o mostraron escasa capacidad de propagación. El informe Pearson de

1969 y el comienzo de la segunda década del desarrollo obligaron al gobierno federal alemán a formular en 1971 su «concepción de la política de ayuda al desarrollo». Esta política aspira a prestar una ayuda basada en la cooperación, dentro de un «sistema de asociación a escala mundial», dentro del cual sean los países en vías de desarrollo los que establezcan por sí mismos las prioridades y las «consideraciones políticas a corto plazo» de la República Federal de Alemania pasen a segundo plano. Como ministro para el desarrollo, Erhard Eppler (1968-1974) intentó que en el futuro se financiaran menos proyectos aislados, dando preferencia a planes cuidadosamente preparados para sectores enteros, como la educación, o para toda una región. Se declararon puntos esenciales la lucha contra el paro, las mejoras estructurales del campo y la expansión del sector profesional e industrial. Se resaltó la necesidad de aumentar las aportaciones a los organismos internacionales y conceder la ayuda en forma de capitales en condiciones más favorables. En julio de 1975, el gabinete de la República Federal Alemana celebró una reunión de trabajo en el palacio de Gymnich y aprobó unas nuevas tesis, o si se quiere, una ampliación de las tesis vigentes, a fin de adaptarse a los cambios habidos en la situación mundial: éxito de los Estados de la OPEP, exigencia de un nuevo orden económico mundial. En el futuro habría que tomar en consideración el grado de desarrollo de los distintos países, procurando a los más pobres más ayuda y en mejores condiciones, dando prioridad al suministro de productos alimenticios, y aceptando también los cambios estructurales consecuentes al aumento de las importaciones. Finalmente, el gabinete federal aprobó en mayo de 1979 diecisiete tesis para una política de cooperación. Siguiendo los pasos de McNamara, se declaraba como cometido prioritario la lucha contra la pobreza absoluta, pero también se hacía hincapié en la constitución de relaciones comerciales y en la importancia de las inversiones privadas. El gobierno federal alemán se proclamaba partidario de unos ingresos más estables para las exportaciones de estos países y se declaraba dispuesto a aumentar la ayuda pública al desarrollo hasta 1983 por encima de las previsiones del plan financiero en vigor [66]. Pero en las declaraciones ministeriales se hacía una mención más clara de los intereses nacionales concretos: fomento de las exportaciones alemanas, aseguramiento de los suministros de materias primas, consideraciones relativas a la seguridad nacional y a la política de alianzas (ayuda a Turquía en 1980), conservación de una política económica libre (concepto de una economía social de mercado a escala internacional), etc. Los críticos han tomado como blanco estas manifestaciones [67].

La ayuda al desarrollo prestada por la República Federal de

Alemania en comparación con la ayuda internacional puede verse en el cuadro 2. Entre 1977 y 1979 se duplicó, alcanzando los 6 000 millones DM, el 0,44 por ciento del PNB. A diferencia de Francia, la República Federal de Alemania ha extendido mucho su ayuda desde un punto de vista regional. Entre los países en los que más se ha centrado esta ayuda figuran, junto a Turquía, Yugoslavia e Israel, India, Indonesia, Egipto y Túnicia[68]. La parte correspondiente a los países más pobres en la aportación de capitales pasó del 12 por ciento al 27 por ciento entre los años 1972 y 1976, y en el futuro estos países recibirán únicamente subvenciones: se han condonado sus deudas. Sólo el 15 por ciento aproximadamente de la ayuda alemana al desarrollo está vinculada al suministro de mercancías, aunque más del 80 por ciento queda en la República Federal en forma de contratos. Es indudable que en el curso de los años ha mejorado cualitativamente esta ayuda.

Al constituirse en 1958 los «Seis» en *Comunidad Económica Europea* (CEE), Francia impuso la «asociación» de sus colonias africanas (a las que venían a sumarse la Somalia aún italiana y el entonces llamado Congo belga): estos países adquirieron una situación de privilegio con respecto a los restantes países en vías de desarrollo, por cuanto podían exportar sus productos a la CEE libres de aranceles. ¡Pero a su vez quedaban obligados a ir reduciendo sus propias barreras arancelarias de cara a la CEE! Francia consiguió asimismo que el Fondo Europeo de Desarrollo (FED), dotado con 58 millones de dólares y al que la República Federal de Alemania contribuía en la misma proporción que Francia, se empleara en las colonias. ¡El 88 por ciento de los recursos se destinaba al ámbito de dominio francés!

El convenio tuvo una vigencia de cinco años, tiempo durante el cual las colonias alcanzaron su independencia. En 1963 y 1969 se celebraron acuerdos con los nuevos Estados (Jaunde I y Jaunde II). La asociación debería quedar «abierta» a otros Estados que quisieran incorporarse; se aumentó el FED, debiendo dedicarse sus incrementados recursos también a inversiones productivas, y reduciéndose la posición privilegiada en el mercado europeo. Se atendió en alguna medida a las exigencias alemanas, pero los pagos efectuados por la RFA al Fondo de Desarrollo siguieron fluyendo al Africa francófona, que seguía estando estrechamente vinculada a Francia mediante tratados de cooperación bilateral. De todos modos la ayuda para el desarrollo se concedió en calidad de préstamos sin intereses y la asociación produjo una cierta multilateralización de la dependencia, es decir que se redujo netamente la participación de Francia en el comercio exterior del Africa francófona.

La entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común europeo originó una nueva situación, ya que los países de la Commonwealth deseaban también asociarse, pero al mismo tiempo, encabezados por Nigeria, hacían una crítica del «modelo neocolonial de Jaunde». Tras prolongadas y arduas negociaciones se firmó por fin, el 28 de febrero de 1975, en Lomé (Togo) un nuevo acuerdo entre la Comunidad Económica Europea y los llamados 46 Estados-ACP (Estados de Africa, el Caribe y el Pacífico)[69]. El acuerdo contenía dos importantes novedades: La CEE concedía libertad arancelaria para el 94 por ciento de las exportaciones agrarias de los países ACP y sustanciales reducciones del arancel para el restante 6 por ciento (que incluía entre otros productos los cereales y la carne); la CEE renunciaba a la exigencia que hasta entonces había planteado en materia de preferencias recíprocas, es decir, que los Estados del colectivo ACP podían establecer cargas arancelarias para sus importaciones de la CEE.

Se creó además un mecanismo de compensación para la estabilización del producto de las exportaciones (el *stabex-system*). En el futuro, cuando, como consecuencia de la caída de los precios del mercado o de las malas cosechas, el producto de las exportaciones de 12 productos agrarios seleccionados, en el comercio de un país con la CEE, descienda en relación con el promedio de los cuatro años anteriores, podrán obtenerse determinados pagos compensatorios a cargo de un fondo especial. Con ello —por lo menos en principio— la Comunidad Económica Europea ha concedido a los países en vías de desarrollo lo que éstos han pedido y siguen pidiendo con tesón en las conferencias de la UNCTAD: una cierta garantía para el producto de sus exportaciones, lo que, en vista de la extrema dependencia de los ingresos procedentes de la exportación de unos pocos productos que sufren estos países, resulta de una enorme importancia para su balanza comercial y, en consecuencia, para su desarrollo económico.

Por deseo de los Estados del colectivo ACP se ha postulado asimismo un refuerzo de la cooperación industrial (creación de centros para planes industriales, posibilidad de participación del Fondo de Desarrollo Europeo en inversiones industriales, etc.). Como contrapartida estos países deberían comprometerse a dar un tratamiento «adecuado» a las inversiones directas. Los países de la CEE no han aceptado la exigencia de destinar 8 000 millones de unidades de cuenta (UC) como ayuda total para el período de cinco años comprendido en el acuerdo, ofreciendo «únicamente» 3 400 millones de unidades de cuenta (alrededor de 10 000 millones DM).

En conjunto, los efectos del acuerdo de Lomé han quedado muy por detrás de las expectativas:

— Las exportaciones de los países del colectivo ACP a la Co-

munidad Económica Europea sólo han aumentado muy ligeramente (y ese aumento corresponde en gran parte al petróleo procedente de Nigeria); algunos productos agrarios han tropezado con resistencias en el mercado agrícola de la CEE, y los productos industriales han hallado un creciente proteccionismo.

— El *stabex-system* sólo ha dispuesto de 375 millones de UC, aun cuando ha habido países que han recibido sumas compensatorias importantes (como Níger para el aceite de cacahuete y Tanzania para el sisal).

— Exceptuando el mineral de hierro, no se han previsto pagos compensatorios para productos minerales, aun cuando algunos de estos productos, como el cobre, los fosfatos o la bauxita, son de una importancia vital para ciertos Estados del grupo ACP.

El acuerdo Lomé II, firmado en octubre de 1979 para los años 1980-85 tan sólo ha aportado algunas mejoras para los 57 Estados ACP:

— El *stabex-system* se ha hecho extensivo a un número mayor de productos agrarios, y se han incluido asimismo minerales. Se ha reducido el umbral para el derecho a la percepción de los pagos, y los países pobres los reciben a fondo perdido. Pero el fondo sigue estando en su conjunto modestamente dotado.

— Para algunos productos agrarios (las exportaciones de carne de vacuno de Botswana y las cebollas de Cabo Verde, entre otros) se han acordado regulaciones especiales.

— Aumentará la ayuda al desarrollo procedente de la CEE, sin que ello afecte a la ayuda bilateral.

— Se han dado facultades al Banco Europeo de Inversiones para que conceda préstamos destinados a proyectos mineros, lo que en gran medida se hace pensando en el aprovisionamiento de materias primas por parte de los países industrializados.

— Podrán exportarse productos elaborados, libres de arancel, a la Comunidad Económica Europea, y ésta prestará su asistencia en la comercialización.

— La cláusula propuesta por los países de la CEE que hacía mención a la defensa de los derechos humanos no pudo incluirse ante la resistencia de los países del grupo ACP.

Las negociaciones fueron muy duras. Aun cuando el preámbulo del tratado hable de un «nuevo modelo para las relaciones entre Estados industrializados y Estados en vías de desarrollo», lo cierto es que los Estados ACP han tenido que acabar firmándolo a la fuerza. La contrariedad por su parte era muy visible. Un ministro del Camerún habló de que les ofrecían «más moral que ayuda» [70]. De hecho la disposición de la CEE a hacer concesiones era y sigue

siendo limitada. El «nuevo modelo» del *stabex-system,* con sus escasos fondos disponibles, sólo puede hacer una aportación sumamente modesta a la tan necesaria estabilización del producto de las exportaciones, y resulta inadecuado para estabilizar los precios de las materias primas o para elevarlos. Y ese es el objetivo del «nuevo orden económico mundial».

IX. EL CONFLICTO NORTE-SUR Y EL NUEVO ORDEN ECONOMICO MUNDIAL

Era muy natural que los nuevos Estados del sur y el sudeste de Asia intentaran organizarse y articular sus intereses específicos dentro del contexto general de la guerra fría. Los ministros de asuntos exteriores de los países asiáticos de la Commonwealth acordaron el llamado plan de Colombo en la reunión celebrada en enero de 1950 en la capital asiática que da nombre al plan. Su función consistía en coordinar la ayuda al desarrollo, sobre todo la de procedencia británica, y había de entrar en vigor el 1 de julio de 1951. Otros países más, tales como Birmania e Indonesia, se adhirieron posteriormente al plan. De los Estados reunidos en Colombo partió la iniciativa, encabezada por el primer ministro indio Nehru, de celebrar la conferencia de *Bandung* (Java) en abril de 1955, en la que se tratarían «problemas relativos a la soberanía nacional, a la cuestión racial y al colonialismo» [71]. Entre las delegaciones de 29 países asiáticos y africanos se encontraba también una delegación que representaba a la República Popular de China. No se encontraba en cambio representada la Unión Soviética. Se discutieron cuestiones relativas a la política de desarrollo, pero fueron más importantes las resoluciones que se aprobaron en contra de toda forma de colonialismo y de discriminación racial, así como en contra de la intromisión en los asuntos internos de otros países y en contra de los «acuerdos de defensa colectiva que sirvieran a los intereses especiales de alguna de las grandes potencias». Con ello la conferencia de solidaridad afroasiática de Bandung hacía suyas fórmulas del tratado de amistad indio-chino de 1954 y se proclamaba al margen de los bloques. Fue sobre todo Nehru el que lanzó la llamada a los jóvenes Estados de Asia y Africa para que se mantuvieran al margen de los bloques de poder, es decir, para que no firmaran ninguna alianza militar con las superpotencias y desarrollaran una actividad conjunta en favor de la reducción de las tensiones.

Nehru, Nasser y Tito fueron en los años siguientes los protagonistas más entusiastas de la libertad respecto a los bloques (o

«no alineación»). Por iniciativa de Tito se reunió a primeros de septiembre de 1961 la primera conferencia de los no alineados en los bloques, celebrada en Belgrado; posteriormente se celebraron nuevas conferencias en El Cairo (1964), Lusaka (1970), Argel (1973), Colombo (1976) La Habana (1979). El número de los participantes ha ido en aumento (en La Habana se reunieron 93 miembros y 40 países en calidad de observadores), pero la base común se ha perdido en gran parte. Al principio ocupaban claramente el primer plano los problemas políticos: la exigencia de un desarme total y general, la suspensión de los experimentos con armas nucleares, las negociaciones entre los dos bloques. Existía unanimidad en cuanto a la lucha declarada al colonialismo, sobre todo al portugués, y a la política de *apartheid* de Sudáfrica y en cuanto al apoyo a los movimientos de liberación en el Africa austral. Las desavenencias entre la Unión Soviética y China se reflejaron en polémicas entre los países no unidos a los bloques, y otro tanto ocurrió con la guerra entre China y la India o entre este último país y Pakistán. La muerte de Nehru y Nasser tuvo sus consecuencias y la inclinación de algunos de los Estados hacia la Unión Soviética provocó fisuras entre los no alineados. En La Habana la política de intervención cubana en Africa tropezó con críticas, así como el intento también cubano de atraer a los no alineados hacia una línea prosoviética. A duras penas pudo evitarse la ruptura. La intervención rusa en Afganistán ha terminado finalmente por dividir a los no alineados. Cuando en 1973 declaraba Tito en Argel que «los países no alineados ya no tienen que rogar a nadie que les otorgue el derecho a participar en la solución de los problemas internacionales, porque han conquistado por sí mismos tal derecho con su lucha y están dispuestos a asumir su responsabilidad respecto a la prosecución del desarrollo de las relaciones internacionales», cabe decir que ello es cierto pero sólo en la medida en la que los países en vías de desarrollo se han convertido hoy de objetos en sujetos de la geopolítica, que ya no puede seguir haciéndose sin ellos. Pero difícilmente será posible, en un futuro previsible, tomar una postura con respecto a las cuestiones políticas que ofrezca un frente unido.

Lo que sí es muy posible es que esta unidad de criterios se dé en las cuestiones económicas. Estas últimas han ido ganando importancia en las sucesivas conferencias de los no alineados. En 1970, en Lusaka, se acuñó el concepto de autoayuda colectiva *(collective self-reliance)* como medio en la lucha por una mayor independencia económica; en Argelia se proclamó, en 1973, el derecho a la estatalización de las empresas extranjeras y a la formación de carteles para las materias primas, a fin de reforzar la posición de los países en vías de desarrollo en su confrontación

con los países industrializados. En Colombo, por último, se dio el visto bueno a una cooperación más intensa entre los países en vías de desarrollo, que si bien pusieron de manifiesto la voluntad de formar un frente del «Sur» contra el «Norte» no pudieron ocultar los puntos flacos de tal frente. Era evidente que apenas se conseguiría nada sin una cooperación con el Norte.

La iniciativa para la convocatoria de una *conferencia mundial sobre comercio* dentro del marco de las Naciones Unidas partió de los países en vías de desarrollo [72]. Estos impusieron una resolución en tal sentido en la Asamblea General de la ONU de 1961 —con la abstención de los países industrializados— gracias a la mayoría de votos que acababan de conseguir en su seno. El Consejo Económico y Social (ECOSOC) se sumó en 1962 a la iniciativa, y en marzo-junio de 1964 se reunió en Ginebra la UNCTAD I *(United Nations Conference on Trade and Development,* o Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo). Las negociaciones tomaron como base un informe de su primer secretario general, R. Prebisch, que postuló como primera medida para el mejoramiento de la situación de los países en vías de desarrollo una elevación de su participación en el comercio mundial, pidiendo para ese fin una reducción preferencial de las barreras comerciales que se oponían a los bienes de exportación de dichos países. Pero los países industrializados no se dejaron llevar más allá de algunas vagas promesas; la dura confrontación entre Norte y Sur estuvo a punto de conducir a una interrupción prematura de la conferencia. Los países en vías de desarrollo formaron un frente cerrado y presentaron al final una resolución que fue firmada por 77 delegaciones. Desde entonces se habla del «grupo de los 77», aun cuando el número de sus miembros haya crecido rápidamente y en 1979 fuera ya de 119.

El paso siguiente fue una reunión de ministros del «grupo de los 77» que tuvo lugar en Argel en octubre de 1967 y la aprobación de la «Carta de Argel sobre los derechos económicos del Tercer Mundo». Frente a los esfuerzos encaminados a conseguir la estabilización de los precios de las materias primas, se volvió a exigir una política arancelaria liberal: los productos elaborados y semielaborados de los países en vías de desarrollo deberán tener entrada libre de aranceles en los mercados de los países industrializados, sin que éstos exijan reciprocidad. Estas reinvindicaciones siguen constituyendo hoy en día el centro de la discusión.

La UNCTAD II, que se reunió en Nueva Delhi en 1968 y la UNCTAD III, en Santiago de Chile en 1972, no aportaron grandes novedades. Diversos factores pusieron simultáneamente de manifiesto la crítica situación del Tercer Mundo, despertaron dudas sobre la validez de las concepciones de desarrollo que se mante-

nían vigentes y provocaron un endurecimiento de los frentes entre el Sur y el Norte:

— La primera década del desarrollo había llegado a su fin, produciendo un desengaño.

— El sistema monetario internacional entró en crisis en 1971.

— La creciente inflación en los países industriales produjo un aumento del déficit de la balanza de pagos de los países en vías de desarrollo. El endeudamiento tomó proporciones alarmantes.

— El hambre en la zona del Sáhel y las malas cosechas del sur de Asia provocaron hacia 1974 una crisis alimenticia de alcance mundial.

— El informe del «Club de Roma» correspondiente a 1972 sensibilizó a una parte importante de la opinión pública respecto a los «límites del crecimiento» e hizo que surgieran dudas acerca de la vía hacia el desarrollo basada en la industrialización.

— La orientación a la exportación de los países en vías de desarrollo entró en colisión con las medidas proteccionistas adoptadas por los países industrializados. Al mismo tiempo, la demanda de materias primas se estancó como consecuencia de la recesión.

— No se produjo una elevación masiva de la ayuda pública al desarrollo.

— La utilización del petróleo como arma en la crisis de Oriente Medio de 1973 y el inesperado aumento masivo de los precios del crudo demostraron por primera vez el éxito que podía alcanzarse con un cartel de materias primas y el poder que era capaz de adquirir un frente de países en vías de desarrollo.

Aun cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas había reconocido ya en 1972 y 1973 la necesidad de «regular más justamente» las relaciones económicas internacionales, sólo el éxito de la OPEP hizo que la VI sesión extraordinaria de la Asamblea aprobara el 1 de mayo de 1974 la «Declaración sobre el establecimiento de un nuevo orden económico mundial»... tras duras negociaciones y en contra de la voluntad de los países industriales (de los cuales sólo Suecia emitió su voto afirmativo). En esta declaración se dice, entre otras cosas [73]:

— «Los frutos del progreso tecnológico no favorecen de modo justo a todos los miembros de la comunidad de los pueblos. Se ha demostrado que es imposible alcanzar un desarrollo igualitario y equilibrado de la comunidad de los pueblos dentro del marco del actual orden económico mundial.»

— «El mundo en desarrollo se ha convertido en un poderoso factor que deja sentir su influencia en todos los terrenos de la actividad internacional.»

— «Todo país tiene derecho a adoptar el sistema económico y social que juzgue más adecuado para su propio desarrollo.»

— Todo Estado puede disponer soberanamente de sus fuentes de riqueza naturales y tiene derecho a nacionalizarlas.

— Son necesarias unas «relaciones justas y equitativas» entre los precios de exportación y de importación de los países en vías de desarrollo, así como la «elaboración acelerada de acuerdos sobre las materias primas».

— «Todos los países desarrollados deberán facilitar las importaciones procedentes de países en vías de desarrollo, aun en el caso de los productos de estos últimos países que entren en competencia con los productos de los propios países desarrollados.»

— Se propugnará la «puesta en marcha, mejora y ampliación del sistema general de preferencias» que los países industrializados acordaron en 1968 y comenzaron a poner en práctica en 1971.

— Los países en vías de desarrollo deberán representar una parte mayor en el tonelaje de la flota mercante; deberá detenerse la subida de los fletes.

— Reforma del sistema monetario mundial: mayor participación en las entidades que toman las decisiones, estabilización de los cambios, derechos especiales de giro adicionales, etc.

— Fomento de la colaboración entre los países en vías de desarrollo.

— La actividad de las sociedades transnacionales deberá ser controlada por un código de comportamiento a fin de acabar con las «prácticas comerciales restrictivas».

— Se necesitan programas especiales para los países especialmente desfavorecidos.

Los países en vías de desarrollo pasaron así pues a la ofensiva en 1974 y con su exigencia de que se establezca un *Nuevo Orden Económico Mundial* (NOEM) cambiaron ya las agujas para las posteriores discusiones entre el «Sur» y el «Norte», entre otras cosas pidiendo un «programa de materias primas integrado», que en la primavera de 1975 fue propuesto por el Comité para las Materias Primas del UNCTAD y que en el UNCTAD IV, celebrado en Nairobi en 1976, constituyó el punto central de la discusión. Frente al «grupo de los 77», que presentaba un frente unido y contó con el apoyo firme del secretario del UNCTAD, el cingalés Corea, se alzaron los países industrializados, mal preparados y en desacuerdo unos con otros.

¿A qué se refería (y se refiere) el llamado *programa integrado para las materias primas*? Más del 60 por ciento de las exportaciones de los países en vías de desarrollo consisten en materias primas minerales o agrarias; en numerosos países, del 60 al 90 por ciento

del producto de las exportaciones procede de un solo producto. Las oscilaciones de los precios en el mercado mundial eran y son grandes. Esta dependencia de unos precios de mercado inestables y del producto de las exportaciones (que incluso con unos precios estables puede sufrir un rápido retroceso como consecuencia de las malas cosechas) hacen imposible la planificación económica. Hace ya tiempo que los países productores aspiran a establecer acuerdos sobre las materias primas o carteles; pero cuando se ha podido lograr establecerlos han solido durar poco tiempo. El programa integrado para las materias primas debe servir para mejorar por fin esta situación creando unos precios no sólo más estables, sino también más «justos», es decir, más altos. Prevé el establecimiento de *stocks (buffer stocks)* por lo menos para 10 materias primas. Dentro de un cierto margen, se intervendría el mercado regulándolo mediante compras y ventas, con lo que se conseguiría una estabilización de los precios. Para financiar los *stocks* se prevé el establecimiento de un «fondo común» con un capital inicial de 3 000 a 6 000 millones de dólares. Los acuerdos a negociar sobre las distintas mercancías formarían parte del programa, así como un sistema de obligaciones interestatales para proveedores y compradores. La confección de índices de precios de las materias primas y de los productos manufacturados habría por último de impedir que siguieran deteriorándose las relaciones de intercambio.

Los países industrializados, y en especial los Estados Unidos y la República Federal de Alemania, rechazaron el programa porque temían la aparición de un «superdirigismo» que dejara sin efecto la formación de los precios en el mercado mundial[74]. El fondo común tropezó con críticas sumamente duras: si los países en vías de desarrollo se remitían al mercado agrario de la CEE, que hacía ya tiempo que había dejado de ser un mercado libre, y lo tomaban como modelo, los países industrializados señalaban los enormes costos que precisamente provocaba este mercado agrario y sus discutibles resultados. El fondo previsto, o bien sería demasiado pequeño para ser efectivo, o tendría que aumentarse masivamente, con lo que supondría una transferencia de recursos a través de los precios más elevados de las materias primas. Esta transferencia, y aún más la confección de índices, producirían un relanzamiento de la inflación a escala mundial.

La resolución final de *Nairobi* recogía desde luego la exigencia de una estabilización de los precios y del producto de las exportaciones, pero sin fijar la forma en que debería conseguirse, y encargaba al secretariado del UNCTAD que preparase en nuevas conferencias acuerdos sobre materias primas y que examinara más detenidamente la cuestión del fondo común.

Tampoco en la cuestión de las deudas, que fue el segundo pro-

blema en importancia en Nairobi, pudieron los países en vías de desarrollo imponer sus exigencias. Querían una remisión global de las deudas de los países más pobres y una moratoria o consolidación de las deudas de los restantes países, así como el establecimiento de reglas de procedimiento para llevar a cabo una conversión de las deudas y convocar una conferencia especial sobre el endeudamiento. Los países industriales rechazaron estas propuestas y declararon estar dispuestos únicamente a examinar caso por caso la remisión y la conversión de las deudas.

En el ámbito de la transferencia de tecnología se acordó entre otras cosas establecer centros tecnológicos en los países en vías de desarrollo y crear un servicio de asesoramiento. Pero en cambio, los países industrializados se opusieron con toda energía a que se estableciera un código de comportamiento legalmente vinculante para las transferencias tecnológicas, código que habría afectado sobre todo a las sociedades transnacionales. La cuestión se dejó para negociaciones posteriores, pero ni en Manila ni en la conferencia de Ginebra sobre tecnología (1978) se llegó a un acercamiento de los distintos puntos de vista.

Nos hemos ocupado ampliamente de la conferencia de Nairobi porque allí figuraron en el orden del día, por primera vez, importantes puntos del Nuevo Orden Económico Mundial, y porque los países en vías de desarrollo expusieron resueltamente sus exigencias con la evidente esperanza de «abrir una brecha». La conferencia levantó gran revuelo y se interpretó en el sentido de que por parte del Norte los países industriales habían aumentado la disposición a la cooperación internacional. Pero el hecho fue que esta disposición fue más bien escasa, pues hubo oposición a las propuestas del «Sur» en todos los puntos importantes, se formularon únicamente vagas aquiescencias o se «aplazó» el tratamiento de los puntos polémicos.

La UNCTAD V, que tuvo lugar *en Manila* en 1979, no transcurrió de manera muy diferente[75]. Esta vez los países industrializados, sobre todo los de la CEE, se mostraron unidos, mientras que en el «grupo de los 77» aparecieron tensiones, sobre todo entre los países productores de petróleo y los no productores. Por primera vez criticaron también los países en vías de desarrollo la escasa ayuda y la política comercial restrictiva de los Estados del bloque oriental.

A diferencia de Nairobi, en Manila ocuparon el primer plano las cuestiones relativas al comercio. Los países en vías de desarrollo plantearon una vez más la exigencia de que hasta el año 2000 el 25 por ciento de la producción industrial global se asentara en el Tercer Mundo (frente al 9 por ciento con que cuenta actualmente), pidieron el desarrollo de un sistema preferencial, que ha-

bría de consistir sobre todo en la reducción de las cláusulas proteccionistas contra las importaciones agrarias y en las llamadas «ramas sensibles», tales como los tejidos, y postularon una «adaptación estructural» planificada en los países industrializados. Los representantes del «Norte» hicieron una vez más profesión de fe en el libre comercio mundial y se manifestaron contrarios a toda clase de limitaciones, tarifarias o no tarifarias, al comercio, pero se aferraron a su capacidad de decisión nacional en lo tocante a las concesiones preferenciales y rechazaron la idea de una «adaptación estructural regulada a escala mundial». Sobre la remisión de deudas y las directrices para la conversión tampoco pudo alcanzarse esta vez acuerdo alguno. Los países industrializados prometieron elevar su ayuda al desarrollo, pero rechazaron toda reforma del sistema monetario mundial, y sobre todo del FMI.

Tras penosas negociaciones pudo firmarse en Ginebra, a finales de junio de 1980, un acuerdo sobre el fondo de materias primas *(Agreement establishing the Common Fund for Commodities)*. Se previeron dos «ventanillas»: la primera para la financiación de *stocks* reguladores, a fin de permitir la asociación con el Fondo de las organizaciones que hayan surgido sobre la base de acuerdos acerca de materias primas y que podrán recibir sus recursos (se previó inicialmente una dotación de 400 millones de dólares); la segunda se destina a «otras medidas», tales como el fomento de la diversificación, la preelaboración de las materias primas y la comercialización (con 350 millones de dólares como base de partida). No cabe esperar gran cosa de este fondo común, ya que faltan aún los acuerdos particulares necesarios, las posibilidades de intervención son reducidas y los recursos disponibles modestos. (A título de comparación podemos indicar que el presupuesto agrícola de la Comunidad Económica Europea fue en 1979 de 27 000 millones DM, de los que sólo el mercado lácteo se llevó 11 000 millones.)

La gran conferencia de la ONUDI celebrada en Nueva Delhi en enero de 1980 fracasó, y otro tanto ocurrió con la Asamblea General extraordinaria de la ONU de septiembre de 1980 sobre la estrategia del desarrollo en la década de 1980 [76]. Entre otras cosas tenía que fijar el orden del día y el procedimiento para las «negociaciones globales» que habrían de celebrarse, también dentro del marco de la ONU, a principios de 1981. El «grupo de los 77» hizo hincapié en que todas las cuestiones importantes del conflicto Norte-Sur se trataran en una sesión de la ONU, ya que allí tienen todos los Estados igualdad de derechos (y los países en vías de desarrollo son mayoría), mientras que los países industrializados se aferraban a las negociaciones en organismos especiales tales como el FMI, el Banco Mundial o el GATT (Acuerdo Internacional

sobre Aranceles Aduaneros y Comercio), ya que en estas instancias poseen un peso preponderante. Como puede verse, la disputa ya no es meramente en torno a la transferencia de recursos y a las relaciones comerciales, sino que, cada vez más, se convierte también (y sobre todo) en forcejeo por el *status* y el poder.

«¿Hay que considerar esta polémica permanente entre el Primer y el Tercer Mundo como un conflicto? Sin duda» [77]. Los resultados de la conferencia de Manila fueron «satisfactorios» para el Norte. Se había conseguido «salir con bien una vez más». Se habían contenido en cierto modo las exigencias «excesivas» del Sur. ¿Pero hasta cuándo puede seguirse permitiendo el Norte la adopción de una actitud de mera contención? Todavía no está a la vista un sistema eficaz de estabilización de los precios y del producto de las exportaciones, y sólo de una manera vacilante se avienen los países industriales a tratar de la «adaptación estructural», que en realidad se ha convertido en una necesidad urgente. Prefieren en cambio, en la mayoría de los casos, proteger con toda clase de medidas la industria amenazada por los países del crédito barato. Y ello a pesar de que numerosos estudios han demostrado que efectivamente hay algunas industrias que están amenazadas y que tendrían que despedir mano de obra, pero que la importación de mercancías manufacturadas de los países en vías de desarrollo sólo constituye una fracción del total de nuestras importaciones y que la pérdida de puestos de trabajo se ha compensado con los puestos creados en otros sectores, como consecuencia del aumento de las exportaciones a los países del crédito barato. La mayoría de los países industrializados muestran un escandaloso superávit en su balanza comercial con los países en desarrollo. A la larga no podrá seguirse compensando con créditos a la exportación que lo que hacen es aumentar el endeudamiento del Tercer Mundo. La cancelación de las deudas podría por los demás tratarse con mucha más generosidad, y es muy poco probable que los parlamentos de los países industrializados estén dispuestos a aprobar en un tiempo previsible el aumento de la ayuda exterior hasta el 0,7 por ciento del PNB. Pero ¿cuánto tiempo nos podremos permitir todavía seguir proclamando un supuesto trato de socios entre los países industriales y los países en vías de desarrollo, mientras en realidad estos últimos siguen siendo para nosotros importantes suministradores de materias primas y compradores de nuestros productos industriales? Pues todavía seguimos manteniendo unos aranceles con unos porcentajes que se elevan conforme aumenta el grado de elaboración de las materias primas importadas. De este modo se dificulta o se imposibilita la preelaboración de las materias primas en los países en vías de desarrollo, que

resulta una necesidad apremiante para ellos a fin de conseguir un ingreso adicional de divisas y poder crear puestos de trabajo.

Todavía no se han producido grandes crisis y quiebras en el Tercer Mundo. ¿Queremos verdaderamente esperar hasta que el conflicto Norte-Sur, hasta ahora latente, estalle? Tampoco nosotros vamos a salir de él bien librados. Lo que nos espera lo ha formulado muy nítidamente la Comisión Norte-Sur presidida por Willy Brandt: «Hay toda una serie de países pobres amenazados de una destrucción irreversible de su sistema ecológico, y aún es mayor el número de países que se enfrentan a unos déficits crecientes de productos alimenticios y están posiblemente abocados a grandes hambres. En la economía mundial amenazan grandes restricciones comerciales o devaluaciones como consecuencia de la competencia entre unos países y otros; un hundimiento del sistema crediticio con la insolvencia de deudores importantes; quiebras de bancos, una recesión progresiva como consecuencia de una posible escasez energética o nuevos fracasos en la cooperación internacional; una agudización de la lucha por los campos de influencia y de intereses o por el control de los recursos, lucha que puede conducir a conflictos armados. La década de 1980 podría traer consigo catástrofes mucho mayores aún que la crisis económica mundial de la década de 1930»[78].

¿Estaremos a la altura de las circunstancias para enfrentarnos a este reto?

Notas

CAP. 1: CONDICIONES HISTORICAS PREVIAS DE LOS CONFLICTOS CONTEMPORANEOS

[1] Las obras alemanas más recientes que resumen o introducen el tema son sobre todo las siguientes: Dieter Senghaas, *Gewalt —Konflikt— Frieden*, Francfort, 1974; del mismo autor, *Abschreckung und Frieden*, Francfort, 1980; Wolf-Dieter Eberwein y Peter Reichel, *Friedens- und Konfliktforschung*, Munich, 1976; Manfred Funke, comp., *Friedensforschung. Entscheidungshilfe gegen Gewalt*, Munich, 1978; Hans-Günther Brauch, *Entwicklungen und Ergebnisse der Friedensforschung, 1969-1978*, Francfort, 1979.

[2] Jürgen Gantzel, Gisela Kress, Volker Rittberger comps. *Konflikt —Eskalation— Krise. Sozialwissenschaftliche Studien zum Ausbruch des Ersten Weltkrieges*, Dusseldorf, 1973. El tomo incluye una crítica —demoledora— de tres historiadores (John C. G. Röhl, Volker Berghahn Inmanuel Geiss) a otros tantos trabajos norteamericanos de índole sociológica sobre el estallido de la primera guerra mundial.

[3] Cf. la visión panorámica de Wolfgang Franke en su obra *Das Jahrhundert der chinesischen Revolution*, Hamburgo, 1958, que todavía no ha sido superada, aunque desgraciadamente hace tiempo que está agotada.

[4] Por ejemplo, Karl Dietrich Erdmann en su contribución al *Handbuch der deutschen Geschichte* de Gebhardt.

[5] En relación con Alemania, Hans-Ulrich Wehler, *Bismarck und der Imperialismus*, Colonia, 1974.

[6] Respecto a la expansión rusa en Extremo Oriente, véase George V. Lantzeff y Richard A. Pierce, *Eastward to Empire. Exploration and conquest on the Russian open frontier to 1750*, Montreal y Londres, 1973.

[7] Volker Berghahn, *Der Tirpitz-Plan. Genesis und Verfall einer innenpolitischen Krisenstrategie unter Wilhelm II*, Dusseldorf, 1973.

[8] Andreas Hillgruber, *Bismarcks Aussenpolitik*, Friburgo, 1972.

[9] P. J V. Rolo, *Entente Cordiale. The origins and the negotiation of the Anglo-French agreements of 8 April 1904*, Londres, 1969; Christopher Andrew, *Théophile Delcassé and the making of the Entente Cordiale. A reappraisal of French foreign policy, 1898-1905*, Londres, 1968.

[10] M. S. Anderson, *The Oriental question, 1774-1923. A study in international relations*, Londres, 1966.

[11] Dimitrij Djordjević, *Révolutions nationales des peuples balkaniques, 1804-1914*, Belgrado, 1962 (está anunciada una nueva edición ampliada en inglés).

[12] Imanuel Geiss, comp., *Der Berliner Kongress, 1878. Protokolle und Materialien*, Boppard, 1979.

[13] Vladimir Dedijer, *The road to Sarajevo*, Londres, 1966.

[14] Klaus Wernecke, *Der Wille zur Weltgeltung. Aussenpolitik und Oeffentlichkeit im Kaiserreich am Vorabend des Ersten Weltkrieges*, Dusseldorf, 1970.

[15] A este respecto ofrece un buen y concluyente resumen J. C. G. Röhl, «An der Schwelle zur Weltkrieg. Eine Dokumentation über den

Kriegsrat vom 8. Dezember, 1912», en *Militärgeschichtliche Mitteilungen,* 1/77, pp. 77-134.

[16] La obra más completa, dentro de su brevedad, con todos los documentos esenciales, es la de Imanuel Geiss, comp., *Juli, 1914. Die europäische Krise und der Ausbruch des Ersten Weltkriegs,* Munich, 1980.

[17] N. Maxwell, *India's China war,* Londres, 1970; A. Lamb, *The MacMahon Line,* 2 tomos, Toronto, 1966.

[18] Frederick J. D. Lugard, *The Dual Mandate in British Tropical Africa,* Hamden, 1965.

[19] Para lo que sigue remitimos sumariamente a la bibliografía relativa a los distintos países. Para un primer panorama introductorio de las distintas historias nacionales, con amplias referencias bibliográficas que no vamos a repetir aquí, véase Imanuel Geiss, *Geschichte griffbereit,* tomo 5: *Staaten, Die nationale Dimension der Weltgeschichte,* Reinbeck, 1980.

[20] Como resumen, véase John E. Flint e Imanuel Geiss, *Africans overseas, 1790-1870,* en John E. Flint, comp., *The Cambridge History of Africa,* tomo v: *From c. 1790 to t. 1870,* Cambridge, 1976, pp. 418-457.

CAP. 3: ISRAEL

[1] Véase el estudio teórico de Dan Diner, *Israel in Palästina. Über Tausch und Gewalt im Vorderen Orient,* Königstein, 1980.

[2] Weitzmann ante la Conferencia de Paz de París, *Memorandum to the League of Nations (1922),* Archivos del Estado de Israel, 1810, citado en Jehoshua Porath, *The emergence of the Palestinian-Arab national movement, 1918-29,* Londres, 1974, p. 35.

[3] Abraham Granovsky, *Probleme der Bodenpolitik in Palästina,* Berlín, 1925, p. 34 (subrayado en el original).

[4] Heinz Wagner, *Der arabisch-israelische Konflict im Völkerrecht,* Berlín, 1971, p. 277.

[5] Palabras pronunciadas en el curso de una rueda de prensa el 19 de febrero de 1933, Oficina del KKL, Jerusalén (en hebreo), citado por Baruch Kimmerling, *Hashpaat ha 'gormin ha' karkaim ve haterritorialim besichsuch ha'jehudi-aravi al binui hachevra ha'jehudit be'erez-israel* (La influencia de la cuestión del suelo y del territorio en el conflicto judeo-árabe en torno a la base de la sociedad judía en Palestina), Jerusalén, 1974, p. 55.

[6] Abraham Granott, *Agrarian reform and the record of Israel,* Londres, 1956, p. 28.

[7] Ephraim Orni, *Bodenreform und sozialer Fortschritt in Israel* (editado por la Oficina del KKL), Jerusalén, 1976, pp. 37-38. Véase también Walter Lehn, «The Jewish National Fund», *Journal of Palestine Studies,* vol. III, núm. 4, 1974, pp. 74 ss. y Sabri Jiryis, «The legal structure for the expropriation and absorption of Arab lands in Israel», *ibid.,* volumen II, núm. 4, 1973, pp. 82 ss.

[8] Franz Oppenheimer, *Gemeineigentum und Privateigentum an Grund und Boden,* Berlín, 1914, p. 19.

[9] Franz Oppenheimer, *Erlebtes, Erstrebtes, Erreichtes,* Berlín, 1931, página 165.

[10] Adolf Böhm, *Der jüdische Nationalfonds,* Berlín, 1917, pp. 30-31.

[11] Adolf Böhm, *Der Keren Kayemet Leisrael,* Jerusalén, 1931, p. 29.

[12] Granovsky, *Probleme der Bodenpolitik in Palästina,* p. 32.

[13] Zvi Sussman, «The determinations of wages for unskilled labour in the advanced sectors of the dual economy of mandatory Palestine», *Economic Development and Cultural Change,* vol. 22, núm. 1, 1973,

páginas 95 y ss. Sussman ocupa ahora un cargo destacado en el Banco Central de Israel.

[14] *Ibíd.*, pp. 103 ss.

[15] David Hacohen, *Ha'arez*, 15 de noviembre de 1969.

[16] Alfred Bonné, *Palästina-Land und Wirtschaft*, Berlín, 1935, p. 155.

[17] En Arno Ullmann, comp., *Israels Weg zum Staat*, Munich, 1964, página 309.

[18] *Ibíd.*, p. 310.

[19] Yehoshua Freudenheim, *Die Staatsordnung Israels*, Munich, 1963, página 246.

[20] Véase el juicio de Ziv. v. Gubernik, 1948, 1, P.E. 33.

[21] «König-Bericht», *Al-Ha'mishmar*, 7 de septiembre de 1976, en alemán en *Israel-Information*, núm. 3, 13 de noviembre de 1977, Bonn.

[22] Citado por Abraham Rabinovich, «Settlement on the crossroads», *Jerusalen Post* (edición internacional), 20 de septiembre de 1977.

[23] *Ha'arez*, 24 de noviembre de 1976.

[24] El Estado israelí y la Agencia Judía están vinculados entre sí por una ley con rango constitucional, en una especie de condominio.

[25] *Yedioth Aharonoth*, 17 de octubre de 1969.

[26] Eli Löbel, «L'escalade à l'intérieur de la société israélienne», *Partisan*, núm. 52, 1970, pp. 116 ss., 131.

[27] Michael Brecher, *Decisions in Israel's foreign policy*, Londres, 1974, página 47; texto completo en *Sefer Ha'chukim*, núm. 499, 28 de junio de 1967, p. 74 ss.

[28] Documentos de la ONU S/8052 y A/6753 del 10 de julio de 1967.

[29] Abraham Granovsky, *Nationale Bodenpolitik*, Praga, 1938, p. 42.

[30] Arthur Ruppin, Informe ante el XI Congreso Sionista, «Zionistische Kolonisationspolitik», Berlín, 1914, p. 15.

[31] Adolf Böhm, *Der Keren Kayement Leisrael*, p. 28.

[32] Alfred Bonné, «Die Finanzierung des zionistischen Aufbauwerkes in Palästina durch die Keren Hajessod», *Finanzarchiv*, vol. XLV, 1928, páginas 60 ss., 76.

[33] Alfred Bonné, *Palästina-Land und Wirtschaft*, p. 270.

[34] Citado por Michael Brecher, *Decisions in Israel's foreign policy*, Londres, 1974, p. 71.

[35] Citado por Michael Brecher, *The foreign policy system of Israel*, Londres, 1972, p. 111.

[36] Todas las cifras están tomadas de Ann Crittenden, «Israel's economic plight», *Foreign Affairs*, vol. 57, núm. 5, 1979, pp. 1005 ss.

[37] Eliyahu Kanovsky, *The economic impact of the Six-Day-War*, Nueva York, Washington, Londres, 1970, pp. 8 ss.

[38] Banco de Israel, *Informe anual para 1966* (en hebreo), p. 233, citado por Kanovsky, *The economic impact*, p. 30.

[39] *Jerusalen Post Weekly*, 2 de enero de 1967.

[40] Michael I. Handel, *Perception, deception and surprise: The case of the Yom-Kippur-War*, Jerusalén, 1976, p. 41.

[41] Eliyahu Kanovsky, *The economy of the Israeli kibbutz*, Cambridge (Mas.), 1966, pp. 41, 89 ss., así como la serie de artículos de Shimshon Erlich, «Die Kuh und der Strick», *Ha'arez*, 25 de febrero de 1977 ss.

[42] Crittenden, *Israel's economic plight*, p. 1011.

[43] *Ibíd.*, p. 1005.

[44] Véanse pp. 171 ss.

[45] Véase, entre otros, Jehoshua Porath, *The emergence of the Palestinian-Arab national movement*, p. 25.

[46] Sobre la represión, Tom Bowden, *The breakdown of public security. The case of Ireland, 1916-1921, and Palestina, 1936-1939*, Londres, 1977, pp. 141 ss.

[47] Esto frente al embajador norteamericano en Tel Aviv; cf. James McDonnald, *My mission to Israel, 1948-1951*, Nueva York, 1951, p. 176.

[48] Michael Bar-Zohar, *Ben Gurion. Una biografía política*, 3 vols., volumen II, Tel Aviv, 1977, p. 775 (en hebreo).
[49] *Ibíd.*, p. 776.
[50] Wolf-Dieter Bopst, *Die arabischen Palästina-Flüchtlinge Ein sozialgeographischer Beitrag zur Erforschung des Palästina-Problems*, Ratisbona, 1968, pp. 75-76.
[51] *Ibíd.*, p. 161.
[52] *Ibíd.*, pp. 143 y 157 ss.
[53] *Ibíd.*, p. 156.
[54] *Ibíd.*, p. 157.
[55] ONU, *Economic Survey Mission*, primera parte, página 3, citado por Don Peretz, *The Palestinian Arab refugee problem*, Rand Corporation Publication, sin fecha (1969), p. 25.
[56] Talal Assad, «Anthropological texts and ideological problems. An analysis of Cohen on Arab villages in Israel», *Economy and Society*, volumen 4, 1975, pp. 253 ss., 268.
[57] P. J. Vatikiotis, *Politics and the military in Jordan. A study of the Arab Legion, 1921-1957*, Londres, 1967, p. 10.
[58] Odd Bull, *War and peace in the Middle East. The experience and views of an UN-Observer*, Londres, 1976, p. 61.
[59] *The Times*, Londres, 7 de junio de 1950.
[60] *Davar*, 2 de mayo de 1956, alemán —sin comprobar— en Shabtai Teveth, *Moshe Dayan*, Hamburgo, 1973, p. 290.
[61] Para más detalles Glubb Pachá, *Jenseits vom Jordan*, Munich, 1958, páginas 288 y siguientes.
[62] E. H. Hutchison, *Violent truce*, Nueva York, 1956, p. 105.
[63] Para más detalles, con pruebas y documentos, Ehud Ya'ari, *Mizrayim ve'hafedayin* (Egipto y los *fedayin)*, Arab and Afro-Asian Monograph Series, núm. 13, Givat Haviva, 1975 (en hebreo).
[64] *Ibíd.*, p. 16.
[65] La mejor exposición del transfondo y desarrollo de la guerra de junio de 1967 sigue siendo la de Maxime Rodinson, *Israel and the Arabs*, Harmondsworth, 1968, pp. 70 ss.
[66] *Ibíd.*, pp. 184 ss.
[67] Hans Kohn, *Nationalismus und Imperialismus im Vorderen Orient*, Francfort, 1931, pp. 220 ss.
[68] H. F. Frischwasser-Ra'anan, *The frontiers of a nation. A re-examination of the forces which created the Palestine Mandate and determined its territorial shape*, Londres, 1955, pp. 47.
[69] Coronel R. Meinertzhagen, *Middle East diary, 1917-1956*, Londres, 1959, pp. 50, 135.
[70] Cf. Bar-Zohar, *Ben Gurion*, vol. III, p. 1166 Israel Beer, *Bitahon israel-etmol, hayon, mahar* (La seguridad de Israel —ayer, hoy, mañana), Tel Aviv, 1966, p. 127 (en hebreo).
[71] Israel Beer, *Bitahon israel*, p. 145.
[72] Zuhayr Mikdashi, *A financial analysis of Middle Eastern oil concessions: 1901-1965*, Nueva York, Washington, Londres, 1966, pp. 64 ss.
[73] Charles Issawi, «Coming changes in the world oil industry», *Midway*, verano de 1968, citado por Charles Issawi, *Oil, the West and the Middle East*, Washington, 1972, p. 45.
[74] Hannah Arendt, «Der zionismus aus heutiger Sicht», en *Die verborgene Tradition*, Francfort, 1976, pp. 127 ss., 155.
[75] Shlomo Ahronson y Dan Horowitz, *Haestrategia shel tagmul mevukar -ha dugma ha'israelit* (La estrategia de represalia limitada, el ejemplo de Israel), en *Medina ve mimshal* (Estado y gobierno), vol. 1, número 1, 1971, pp. 77 ss. (en hebreo).
[76] Cf. para más detalles Patrick Seale, *The struggle for Syria. A study of post-war Arab politics, 1945-1958*, Londres, Nueva York, Toronto, 1965, pp. 187 ss., 223.

[77] Citado en *Davar*, 16 de noviembre de 1958.
[78] Para más detalles Dan Diner, *Israel in Palästina*, pp. 149 ss.
[79] Edward Luttwak y Dan Horowitz, *The Israeli army*, Londres, 1975, página 341.
[80] *Ha'arez*, 30 de septiembre de 1951.
[81] M. Massarrat, *Weltenergieproduktion und die Neuordnung der kapitalistischen Weltwirtschaft. Eine Analyse der Weltarbeitsteilung und der Neuverteilung des Reichtums*, Francfort, 1980, p. 176.
[82] Para más detalles Susan Lee Hattis, *The bi-national idea in Palestine during mandatory times*, Tel Aviv, 1970 (en inglés), pp. 35 ss., 198 ss., 258 ss.

CAP. 6: AFRICA: MOVIMIENTOS DE LIBERACION E INTENTOS DE IMPOSICION DEL DOMINIO BLANCO

[1] Citado por James A. Williamson, *A short history of British expansion*, tomo 2, Londres, 1964, p. 57.
[2] Kwme Nkrumah, *Revolutionary path*, Londres, 1973, p. 15 (en *Towards colonial freedom*, cuyo prólogo está fechado en octubre de 1947).
[3] *Ibid.*, pp. 13 ss.
[4] Extractos en Franz Ansprenger, *Kolonisierung und Entkolonialisierung in Afrika*, Stuttgart, 1979, pp. 43 ss.
[5] Philip Curtin *et al.*, *African history*, Londres, 1978, p. 465; la novela de Achebe se publicó en 1958 y la tradución alemana, *Okonkwo oder das Alte stürzt*, en 1959.
[6] Fuente: *Ashonti Pioneer* del 5 de marzo de 1949; citado por Bob Fitch y Mary Oppenheimer, *Ghana: end of an Illusion*, Nueva York y Londres, 1966, p. 25.
[7] Texto original en Ansprenger, *Kolonisierung*, pp. 61 ss.
[8] Julius K. Nyerere, «Afrikanischer Sozialismus», en *Reden und Schriften*, Stuttgart, 1974, p. 98 (véanse los textos para el trabajo «Dienste in Uebersee», tomo 5), pp. 10 ss. Esta selección traducida al alemán comprende, entre otros trabajos, el folleto «Ujamaa - Grundlage des afrikanischen Sozialismus» de 1962 y la resolución de Aruscha del año 1967. Escritos posteriores de Nyerere se publicaron en los textos 10 y 14 (1975 y 1977) en alemán. En la versión original inglesa han aparecido hasta ahora tres tomos con escritos y discursos de Nyerere desde 1966, publicados en Dar Es Salaam.
[9] Thomas Hodgkin, *Nationalism in colonial Africa*, Londres, 1956, páginas 139 y siguientes.
[10] Fundado en 1944 como National Council of Nigeria and the Cameroons y rebautizado en 1962 como National Convention of Nigerian Citizens, tras la disolución del Camerún sudoccidental.
[11] Nnamdi Azikiwe, *Zik. A selection from the speeches of Nnamdi Azikiwe*, Cambridge, 1961, p. 163; se traduce aquí por «comunidades» la palabra inglesa *communities*.
[12] En swahili «maestro», título oficioso del presidente Nyerere.
[13] Nyerere, «Afrikanischer Sozialismus», p. 97.
[14] Tras la matanza de Sharpeville el gobierno prohibió el 8 de abril de 1960, el ANC y el PAC, Mandela, que presidía desde 1953 la organización regional del ANC en el Transvaal, concibió la «Lanza de la Nación» como una organización secreta de cuadros paramilitares. Desde diciembre de 1961 la «Lanza» realizó unos 200 atentados con bombas contra edificios oficiales, tendido eléctrico, etc. Mandela fue detenido en el mes de agosto de 1962.
[15] En contra de la tradición electoral británica, que ha implantado en

las antiguas colonias africanas del Reino Unido su sistema de elección por mayoría relativa con circunscripciones electorales de un solo escaño (vigente también en la Sudáfrica blanca, donde ayuda a reforzar el poder del Partido Nacional muy por encima de su participación porcentual en los votos), los electores negros de Zimbabwe votaron en febrero de 1980 de acuerdo con el voto proporcional, según el cual los 80 escaños se distribuían entre 8 distritos electorales. Los 57 diputados del ZANU/PF representan por lo tanto, con el 71 por ciento de los escaños, un porcentaje de los votos de más o menos el 63 por ciento. El partido de Muzorewa consiguió el 8,3 por ciento de los votos y sólo 3 escaños (el 3,7 por ciento) y el partido de Nkomo, con el 24 por ciento de los votos, consiguió 20 escaños (25 por ciento).

[16] P. G. J. Koornhof, «Creating conditions for peaceful co-existence in South Africa», *Politikon*, Pretoria, 6, núm. 2, diciembre de 1979. El autor es el ministro sudafricano de «Cooperación y Desarrollo», departamento que anteriormente se denominaba «Asuntos Bantúes».

[17] Mediantes sondeos de opinión llevados a cabo en las ciudades negras, un grupo de sociólogos alemanes (véase Theodor Hanf, Heribert Weilan y Gerda Vierdag, *Südafrika: Friedlicher Wandel? Möglichkeiten demokratischer Konfliktregelung - Eine empirische Untersuchung*, Munich y Maguncia, 1978, pp. 369 ss.) informa de que, tras los disturbios de 1976, el 43,8 por ciento de los consultados nombraban a Buthelezi como el líder negro más admirado. En este aspecto llevaba una considerable ventaja a los líderes del ANC (21,7 por ciento, al líder del PAC Sobukwe (7,4 por ciento) y a los portavoces del movimiento Black Consciousness (5,6 por ciento). Pero hay que tener en cuenta que, en el momento en que se realizó la encuesta, Buthelezi era el único político negro partidario de la liberación que hasta cierto punto podía hablar y actuar con libertad en la República de Sudáfrica. En cambio los líderes del ANC y del PAC nombrados en los cuestionarios se encontraban todos en prisión.

[18] Se ha hablado anteriormente de las nueve naciones, que en opinión de los dominadores blancos, constituyen el pueblo negro de Sudáfrica, pero la «nación» xhosa se han previsto dos Estados: Transkei y Ciskei.

[19] En alemán, véase sobre todo Dieter Senghaas, *Weltwirtschaftsordnung und Entwicklungspolitik. Plädoyer für Dissoziation*, Francfort, 1977; el trabajo de Frank que lleva el título citado en el texto se publicó en 1966 (edición alemana, 1969).

[20] El déficit de cereales ha sido calculado por la FAO en su «Regional food plan for Africa» (*Neue Zürcher Zeitung*, 14 de noviembre de 1978). La estadística sobre la población procede del *Demographic yearbook* de las Naciones Unidas, 1977, p. 138.

CAP. 7: PROBLEMAS DE LOS PAISES EN VIAS DE DESARROLLO AYUDA AL DESARROLLO Y CONFLICTO NORTE-SUR

[1] El discurso de McNamara está incluido en el libro de éste *Die Jahrhundertaufgabe - Entwicklung der Dritten Welt*, Stuttgart, 1974, páginas 156 y siguientes; véanse también los informes sobre el desarrollo en el mundo del Banco Mundial correspondiente a los años 1978 y 1979; impresionantes documentos en V. Fröbel *et al.*, comp., *Die Armut des Volkes. Verelendung in den unterentwickelten Ländern. Auszüge aus Dokumenten der Vereinten Nationen*, Reinbek, 1974.

[2] *Das Ueberleben sichern. Gemeinsame Interessen der Industrie- und Entwicklungsländer. Bericht der Nord-Süd-Kommission*, Colonia, 1980,

página 65. (Citado en adelante en forma abreviada: *Das Ueberleben sichern.)*

[3] *Dritter Bericht zur Entwicklungspolitik der Bundesregierung*. Editado por el Bundesministerium für Wirtschaftliche Zusammenarbeit (BMZ), Bonn, 1977, p. 7.

[4] Según Jürg Hauser, «Bevölkerungsentwicklung: Projektionen und Steuerungsmöglichkeiten», *Neue Zürcher Zeitung*, 26 de agosto de 1974. Acerca del problema en general, véase Jürg Hauser, *Bevölkerungsprobleme der Dritten Welt*, Berna, 1974; el pronóstico para el año 2000 está sacado del *Weltentwicklungsbericht*, 1979, p. 65.

[5] A. N. Agrawal, *Indian economy*, 1978, p. 138.

[6] Hauser, *Bevölkerungsprobleme*, p. 137.

[7] Una buena visión general puede encontrarse en Anne-Marie Holenstein y Jonathan Power, *Hunger. Die Welternährung zwischen Hoffung und Skandal*, Francfort, Fischer Taschenbuch, 1976.

[8] Declaraciones del director ejecutivo del Consejo Mundial de la Alimentación, Maurice J. Williams, en el informe de Otto Matzke en *Neue Zürcher Zeitung*, 1 de febrero de 1979; véase también el informe de Otto Matzke sobre dos estudios de la FAO, en *Neue Zürcher Zeitung*, 13 de septiembre de 1979; y Matzke, en *Agrarreform in der Dritten Welt*, H. Elsenhans, comp., 1979, p. 21.

[9] Además de Holenstein y Power, véase Joseph Collins y Frances Moore Lappé, *Vom Mythos des Hungers*, Francfort, 1978.

[10] Véase el impresionante reportaje de Jürg Hauser, sobre un informe del Worldwatch Institute de Washington, en *Neue Zürcher Zeitung*, 28 de julio de 1979.

[11] Wolfram Fischer, *Die Weltwirtschaft im 20. Jahrhundert*, Göttingen, 1979, pp. 101 ss.

[12] Una excelente introducción sigue siendo la de Gunnar Myrdal, *Asiatisches Drama*, Francfort, 1973.

[13] Véase el capítulo dedicado a Indonesia en el *Handbuch der Dritten Welt*, Dieter Nohlen y Franz Nuscheler, comps., 1978, p. 188.

[14] Capítulo sobre Pakistán en *ibíd.*, p. 512.

[15] Véase el informe de Peter Hess, en *Neue Zürcher Zeitung*, 24 de junio de 1973.

[16] Véase la introducción de Holenstein y Power, *Hunger*, pp. 123 ss. Respecto a la India es importante la obra de Gilbert Etienne, *Les chances de l'Inde*, París, 1973.

[17] «Vernachlässigte Landbevölkerung in Südostasien», *Neue Zürcher Zeitung*, 25 de septiembre de 1979.

[18] Rudolf von Albertini y Albert Wirz, *Europäische Kolonialherrschaft, 1880-1940*, Zurich y Friburgo, 1976, pp. 242 ss.

[19] Véase la impresionante exposición de René Dumont, *Paysanneries aux abois. Ceylan, Tunisie, Sénégal*, París, 1972. Sobre los distintos Estados africanos, la mejor orientación la ofrecen hoy Nohlen y Nuscheler, comps., en *Handbuch der Dritten Welt*, 1976. Una investigación concreta es la de Ulrich Stürzinger, *Der Baumwollanbau im Tschad. Zur Problematik landwirtschaftlicher Exportproduktion in der Dritten Welt*, 1980.

[20] Véase el libro de Ernest Feder, comp., *Gewalt und Ausbeutung. Lateinamerikas Landwirtschaft*, Hamburgo, 1973, sobre todo, el trabajo de S. L. Barraclough y A. L. Domike, «Die Agrarstruktur in sieben lateinamerikanischen Ländern».

[21] Paul Bairoch, *Die Dritte Welt in der Sackgasse*, Viena, 1973, p. 145.

[22] Von Albertini y Wirz, *Europäische Kolonialherrschaft*.

[23] Bairoch, *Die Dritte Welt in der Sackgasse*, p. 152.

[24] *Ibíd.*, p. 210.

[25] Agrawal, *Indian economy, op. cit.*, p. 398; Nohlen y Nuscheler, comps., *Handbuch der Dritten Welt*, tomo 3, pp. 87, 350.

[26] Para una visión crítica, véase sobre todo Dieter Senghaas, comp., *Peripherer Kapitalismus. Analysen über Abhängigkeit und Unterentwicklung*, Francfort, 1974; Dietrich Kebschull y O. G. Mayer, comps., ofrecen una introducción ponderada en *Multinationale Unternehmen. Anfang oder Ende der Weltwirtschaft*, Francfort, 1974; véase también *Das Ueberleben sichern*, pp. 235 ss.

[27] Dagmar Schmieder, *Auslandskapital und Entwicklungsstrategie*, Meisenheim, 1977, p. 153; Kebschull y Mayer, comps., *Multinationale Unternehmen*, pp. 25 ss., 193 ss.

[28] Schmieder, *Auslandskapital*, p. 125.

[29] Para el período 1955-1967, véanse Klaus Dorner, *Probleme einer weltwirtschaftlichen Integration der Entwicklungsländer*, Tubinga y Basilea, 1974, cap. 1; Bairoch, *Die Dritte Welt in der Sackgasse*, pp. 156 ss.

[30] *Weltentwicklungsbericht, 1979*, cuadro 8.

[31] Dorner, *Probleme einer weltwirtschaftlichen Integration*, p. 11; Bairoch, *Die Dritte Welt in der Sackgasse*, p. 161.

[32] Bairoch, *Die Dritte Welt in der Sackgasse*, pp. 163 ss.; Fischer, *Die Weltwirtschaft im 20. Jahrhundert*, *op. cit.*, p. 161.

[33] *Weltentwicklungsbericht, 1979*, p. 4.

[34] En Rudoph H. Strahm, *Ueberentwicklung - Unterentwicklung*, Stein, 1975, p. 44.

[35] Dorner, *Probleme einer weltwirtschftlichen Integration*, p. 20; Bairoch, *Die Dritte Welt in der Sackgasse*, p. 157; *Weltentwicklungsbericht, 1978*, cuadro 6.

[36] Manfred Tietzel y Jürgen Melcher, *Erdöl und die Dritte Welt*, Bonn, 1975.

[37] *Weltentwicklungsbericht, 1979*, cuadro 13.

[38] Von Albertini y Wirz, *Europäische Kolonialherrschaft*, pp. 104, 140.

[39] Michael Bohnet, comp., reproduce importantes extractos de textos en *Das Nord-Süd-Problem*, Munich, 1974; también se encuentra una visión de conjunto en Dietrich Kebschull, Karl Fasbender y Ahmad Naini, *Entwicklungspolitik, Eine Einführung*, Dusseldorf, 1976, pp. 134 y ss.; un análisis teórico de teorías divergentes puede encontrarse en Hans-Rimbert Hemmer, *Wirtschaftsprobleme der Entwicklungsländer*, Munich, 1978, páginas 135 y siguientes, y en Hans-Balz Peter, *Sozialökonomische Grundprobleme der Entwicklungsländer*, tesis doctoral, Zurich, 1972, páginas 64 y siguientes.

[40] Gunnar Myrdal, *Oekonomische Theorie und unterentwickelte Regionen. Weltproblem Armut*, Francfort, 1974, p. 62.

[41] El famoso trabajo de Galtung, «Eine strukturelle Theorie des Imperialismus» está incluido en Dieter Senghaas comp., *Imperialismus und strukturelle Gewalt. Analysen über abhängige Reproduktion*, Francfort, 1973.

[42] Hay importantes artículos en el libro *Imperialismus und strukturelle Gewalt;* véase también Dieter Senghaas, comp., *Analysen über Abhängigkeit und Unterentwicklung*, Francfort, 1974, y los estudios monográficos críticos incluidos en la obra de: Hans-Jürgen Puhle, comp., *Lateinamerika - Historische Realität und Dependencia-Theorien*, Hamburgo, 1977.

[43] Dieter Senghaas, *Weltwirtschaftsordnung und Entwicklungspolitik. Plädoyer für Dissoziation*, Francfort, 1977; existe también una exposición resumida en el tomo *Entwicklungspolitik im Umbruch*, compilado por la redacción de la sección económica del *Neue Zürcher Zeitung*, 1979.

[44] Dorner, *Probleme einer weltwirtschaftlichen Integration*, pp. 64 y siguientes; Fischer, *Die Weltwirtschaft im 20. Jahrhundert*, pp. 59 y ss.; Hemmer, *Wirtschaftsprobleme der Entwicklungsländer*, pp. 202 y ss.

[45] Texto en Reiner Jonas y Mandred Tietzel, comps., *Die Neuordnung*

der Weltwirtschaft, Bonn, 1976; Dudley Sears, «Was heisst Entwicklung?», en Senghaas, comp., *Peripherer Kapitalismus*; véase también el artículo de Paul Streeten, «Vom Wachstum zu den Grundbedürfnissen», *Finanzierung und Entwicklung*, 16 de septiembre de 1979.

[46] Tal es la definición de Hemmer, *Wirtschaftsprobleme der Entwicklungsländer*, p. 455.

[47] Rudolph von Albertini, *Dekolonisation. Die Diskussion über Verwaltung und Zukunft der Kolonien, 1919-1960*, Colonia, 1966, pp. 206, 419.

[48] L. Pearson *et al.*, *Der Pearson-Bericht. Bestandaufnahme und Vorschläge zur Entwicklungspolitik*, Viena, Munich y Zurich, 1969.

[49] Texto en Nohlen y Nuscheler, comps., *Handbuch der Dritten Welt*, tomo 1, 1974.

[50] Kebschull, Fasbender y Naini, *Entwicklungspolitik*, *op. cit.*, p. 70.

[51] Véanse los informes anuales del Banco Mundial. Un punto de vista crítico es mantenido, por ejemplo, por Rainer Tetzlaff, *Die Weltbank: Machtinstrument der USA oder Hilfe für die Entwicklungsländer* 1980.

[52] Véase el artículo «The World Bank at work» del entonces presidente de la institución Eugene R. Black, en *Foreign Affairs*, 30, 1952.

[53] *Jahresbericht der Weltbank*, 1975, p. 17, y 1979, p. 30.

[54] Sobre el FMI, véase, por ejemplo, W. Woyke, comp., *Handwörterbuch Internationale Politik*, Stuttgart, 1977; también Kebschull, Fasbender y Naini, *Entwicklungspolitik*, pp. 183 y ss.; Tetzlaff, *Die Weltbank*, pp. 220 y ss. Una crítica de las condiciones que impone el Banco puede verse también en el informe de la Comisión Norte-Sur, *Das Ueberleben sichern*, pp. 270 y ss.

[55] No existe ninguna exposición de conjunto que abarque hasta el presente. Podemos citar a Christian Uhlig, *Entwicklungshilfepolitik. Analyse der Konzeption westlicher Geberländer*, Hamburgo, 1971, capítulo 6; y David A. Baldwin, *Economic development and American foreign policy, 1943-1962*, Chicago, 1966.

[56] El mensaje del presidente Kennedy ante el Congreso en relación con el programa de ayuda exterior, del 22 de marzo de 1961, puede verse en *Europa-Archiv*, 16, 1961, pp. 233 y ss.

[57] Los datos oscilan en la bibliografía, ya que muchas veces no está claro lo que debe entenderse por ayuda económica. Para la primera fase dan unos datos muy ponderados K. M. Kauffmann y H. Stalson, «US assistance to less developed countries, 1956-1965», *Foreign Affairs*, 45, 1967. Para el período 1962-1977:

Ayuda exterior de los Estados Unidos y créditos del Export-Import Bank
(en millones $ US)

	1962-74	*1975*	*1976*	*1977*	*1962-77*
Conjunto de la ayuda económica	52 469	4 908	3 878	5 591	68 778
Préstamos	22 288	1 679	1 759	2 083	28 649
Subvenciones	30 181	3 229	2 119	3 508	40 129
AID	28 096	2 519	2 333	3 178	37 442
de la cual SSA *	8 053	1 226	1 122	1 766	13 058
Alimentos para la Paz	16 437	1 328	1 300	1 193	20 451
Título I	10 631	868	902	735	13 245
Título II	5 806	460	398	458	7 206
Organismos financ. intern	4 740	784	24	931	6 823
Cuerpo de la Paz	1 078	82	82	85	1 354
Otros programas	1 062	193	139	203	1 650

	1962-74	1975	1976	1977	1962-77
Ayuda militar, total	43 202	2 331	2 727	2 355	51 326
Ayuda militar y económica	95 671	7 239	6 605	7 946	120 104
Import-Export Bank	16 824	2 569	2 218	719	22 934
Otros créditos	2 286	189	465	615	3 863

* Security Supporting Assistence (o ayuda en apoyo de la seguridad), estrechamente relacionada con la política exterior: ayuda a Vietnam, Egipto, Israel, Jordania, etcétera.
Fuente: Franz Nuscheler, «Strategiewandel der amerikanischen Entwicklungspolitik, Programm und Effekter der *Neuen Richtlinien* von 1973», Munich y Londres, 1979, p. 35.

[58] La distribución por países correspondiente al año 1975 procede de Steve Wiessmann, comp., *Das Trojanische Pferd. Die «Asuslandshilfe» der USA*, Berlín, 1975, pp. 186 y ss. Respecto a 1977 y 1978, véase Nuscheler, *Strategiewandel*, apéndice I.

[59] Von Albertini, *Dekolonisation*, pp. 40 y ss.

[60] Véanse los cuadros en Reinhold Biskup, *Sowjetpolitik und Entwicklungsländer. Ideologie und Strategie in der sowjetischen Politik gegenüber Entwicklungsländern*, Friburgo, 1969, p. 26; *Osteuropa-Handbuch. Sowjetunion Aussenpolitik II*, 1976; Kebschull, *Entwicklungspolitik*, pp. 81 y ss.

[61] Véase la declaración del gobierno soviético sobre la reestructuración de las relaciones económicas internacionales, del 4 de octubre de 1976, en *Europa-Archiv*, 32, 1977, pp. 263 y ss.

[62] Véase el excelente libro de Heiko Körner, *Kolonialpolitik und Wirtschaftsentwicklung. Das Beispiel Französisch-Westafrika*, Stuttgart, 1965.

[63] Sobre la organización y la política de donación, véase Klaus Dieter Osswald *et al.*, *Frankreichs Entwicklungshilfe. Politik auf lange Sicht?*, Colonia, 1967, y Uhlig, *Entwicklungspolitik*, cap. 3.

[64] Christian Uhlig, «Möglichkeiten und Gefahren einer monetären Integration: Das Beispiel der Franc-Zone», en M. Bohnet *et al.*, comps., *Integration der Entwicklungsländer in eine instabile Weltwirtschaft - Probleme, Chancen, Gefahren*, Berlín, 1976.

[65] Uhlig, *Entwicklungshilfepolitik*, cap. 2; Karl-Heinz Sohn, *Entwiklungspolitik. Theorie und Praxis der deutschen Entwicklungshilfe*, Munich, 1972; «Die Bundesrepublik und die Entwicklungländer», en Hans-Peter Schwarz, comp., *Handbuch der deutschen Aussenpolitik*, Munich y Zurich, 1975; Ministerio Federal de Cooperación Económica, comp., *Politik der Partner, Aufgaben, Bilanz und Chancen der deutschen Entwicklungspolitik*, Bonn, 1978; para los comienzos, véase Jürgen Dennert, *Entwicklungshilfe geplant oder verwaltet? Entstehung und Konzeption des BMZ*, Bielefeld, 1968.

***Cuadro de las transferencias** netas en concepto de ayuda de la **República** Federal de Alemania a los países en desarrollo y organismos multilaterales durante los años 1950-1978* (en millones DM)

	1950-1975	1976	1977	1978	1950-1978
I. Cooperación pública [1]	38 430,6	3 483,1	3 218,0	3 985,7	49 116,8

	1950-1975	1976	1977	1978	1950-1978
1. Bilateral	30 046,9	2 628,4	2 399,2	3 134,4	38 208,9
a) Donaciones (no reembolsable)	14 184,4	1 288,4	1 378,1	1 575,9	18 426,8
— Cooperación técnica	8 631,5	1 113,3	1 208,5	1 371,1	12 324,4
— Otras donaciones (incl. la cuenca del Indo)	5 552,9	175,1	169,6	204,8	6 102,4
b) Créditos a más de un año (incl. conversión de deudas y participaciones de la Sociedad Alemana para el Desarrollo)	15 862,5	1 340,0	1 021,1	1 558,5	19 782,1
2. Donaciones unilaterales y créditos.	8 383,7	854,7	818,8	850,7	10 907,9
a) Aportaciones a organismos multilaterales	4 736,8	708,0	767,5	616,1	6 828,4
b) Pagos sobre capital suscrito	3 358,0	89,4	37,2	224,8	3 709,4
c) Créditos	288,9	57,3	14,1	9,8	370,1
II. Otras aportaciones públicas	7 491,8	106,2	141,6	445,5	8 187,1
1. Bilaterales	4 843,8	30,7	134,2	436,7	5 453,4
— Créditos del Instituto de Crédito para la Reconstrucción (incl. las conversiones)	3 919,9	27,3	4,0	175,9	4 127,1
— Refinaciones del Ministerio Federal de Cooperación	859,8	— 22,2	98,7	247,9	1 184,2
— Préstamos de la Sociedad Alemana para el Desarrollo.	64,1	33,6	31,5	12,9	142,1
2. Multilaterales (créditos del Bundensbank)	2 648,0	69,5	7,4	8,8	2 733,7
III. Ayuda privada al desarrollo [2]	2 445,1	515,1	522,3	570,3	4 052,8
IV. Transferencias del sector privado.	45 818,4	9 269,1	9 476,2	9 455,1	74 019,3
1. Bilaterales	39 970,3	6 927,0	7 383,4	7 815,9	62 096,6
— Inversiones y otras transferencias bilaterales de capital.	24 702,8	4 790,8	6 981,7	6 207,1	42 682,4

	1950-1975	1976	1977	1978	1950-1978
— Créditos a la exportación garantizados (100 por cien).	15 267,5	2 136,2	401,7	1 608,8	19 414,2
2. Multilaterales	5 848,6	2 342,1	2 092,8	1 639,2	11 922,7
V. Total transferencias (neto)	94 186,4	13 375,5	13 358,1	14 456,0	135 376,0
de las caules públicas	45 922,4	3 591,3	3 359,6	4 430,6	57 303,9
privadas	48 264,0	9 784,2	9 998,5	10 025,4	78 072,1

[1] Donaciones bilaterales y multilaterales, así como créditos en condiciones «blandas».
[2] Donaciones de entidades no estatales (Iglesias, sindicatos, asociaciones, fundaciones, etc.) procedentes de recursos propios.
Fuente: *Journalisten-Handbuch Entwicklungspolitik*, 1979, p. 36.

[66] *Entwicklung und Zusammenarbeit. Mitteilungen und Beiträge der Deutschen Stiftung für Entwicklungsländer* (en adelante *EZ)*, 7/8, 1979, página 4.

[67] Z. B. Angsgar Skriver, *Das Konzept der Hilfe ist falsch. Entwicklung in Abhängigkeit*, Wuppertal, 1977; Rolf Hofmeier, «Möglichkeiten und Grenzen deutscher Entwicklungspolitik gegenüber Afrika», en Helmut Bley y Rainer Tetzlaff, comps., *Afrika und Bonn. Versäumnisse und Zwänge deutscher Afrika-Politik*, Reinbek, 1978.

[68] Ministerio Federal de Cooperación Económica, comp., *Politik der Partner*, p. 131, y *Journalisten-Handbuch Entwicklungspolitik*, 1979, página 45.

[69] Hans-Broder Krohn, «Das Abkommen von Lomé zwischen der Europäischen Gemeinschaft und den AKP Staaten. Eine neue Phase der EG-Entwicklungspolitik», *Europa-Archiv*, 30, 1975, pp. 177 y ss.; Georg Koppenfels, «Die Bedeutung des Abkommens von Lomé für die Entwicklung der Beziehungen zwischen Europa und der Dritten Welt», *ibid.*, 31, 1976, pp. 10 y ss.; Hella Gerth-Welmann, *Das AKP-EG-Abkommen von Lomé. Bilanz und Perspektiven*, Munich y Londres, 1979; explicaciones críticas de Rainer Tetzlaff, «Das Abkommen von Lomé», en Bley y Tetzlaff, comps., *Afrika und Bonn.*

[70] Fritz Schatten, «Ein Gemeinschaftswerk, das trennt? Zur Unterzeichung des Lomé-II-Abkommen», *EZ*, 11, 1979.

[71] Herward Sieberg, *Dritte Welt - Vierte Welt*, Hildesheim y Nueva York, 1977, pp. 25 y ss.; más detalladamente, *Die Internationale Politik, 1955*, 1958, p. 786.

[72] Puede encontrarse una orientación en *Handwörterbuch Internationale Politik*, pp. 310 y ss.; Rainer Jonas y Manfred Tietzel, comps., *Die Neuordnung der Weltwirtschaft*, Bonn, 1976; Dietrich Kebschukk, comp., *Die Neue Weltwirtschaftsordnung;* Frank Seelow, «NWWO-Grundpositionen von Industrie- und Entwicklungsländern», *Vierteljahresberichte*, 81, septiembre de 1980, Hamburgo, 1977.

[73] Véase el texto en Jonas y Tietzel, *Die Neuordnung der Weltwirtschaft*, pp. 232-242.

[74] En torno a la Conferencia de Nairobi, véanse los artículos publicados en *EZ*, 11, 1976. Sobre la postura de la República Federal de Alemania, véase Hans Friedrich, «Nairobi und die Folgen», *Europa-Archiv*,

31, 1976, pp. 517 y ss.; un enjuiciamiento positivo del acuerdo sobre las materias primas se encuentra en Konrad Seitz, «Ein deutscher Alptraum. Wie gefährlich ist die Stabilisierung der Rohstoffpreise », *Die Zeit*, 20 de agosto de 1976.

[75] En torno a la Conferencia de Manila, véanse los artículos publicados en *EZ*, 5, 1979; Ministerio Federal de Cooperación Económica, comp., UNCTAD V, Materialien, 64, septiembre de 1979. Winfried Böll, «Nach UNCTAD V. Erfolg, Pleite, Pause?», *Vierteljahresberichte*, 77, septiembre de 1979.

[76] Dieter Brauer, «Fehlschlag am East River», *EZ*, 10, 1980.

[77] Ernst-Otto Czempiel, «Fronten in Nord-Süd-Konflikt», *Merkur*, 33, 1979, pp. 471 y ss.

[78] *Das Ueberleben sichern*, p. 178; epílogo, p. 62.

Bibliografía

La bibliografía que se incluye a continuación está pensada para servir de mera orientación. Los títulos relativos a temas específicos que se han citado en los distintos capítulos no se han incluido por lo general en la bibliografía. Debe tenerse también en cuenta que las reseñas bibliográficas que se citan en un capítulo no se repiten siempre en la bibliografía de capítulos posteriores.

CAP. 1. CONDICIONES HISTORICAS PREVIAS DE LOS CONFLICTOS CONTEMPORANEOS

Allen, Richard, *Imperialism and nationalism in the Fertile Crescent. Sources and porspects of the Arab-Israeli conflict*, Nueva York, 1975.
Barnett, Don y Roy Harvey, *The revolution in Angola*, Indianápolis, 1972.
Brotz, Howard, *The politics of South Africa. Democracy and racial diversity*, Nueva York, 1977.
Caldwell, Malcolm y Lek Tan, *Cambodia in the Southeast Asian war*, Nueva York, 1973.
Cervenka, Zdenek, *The Nigerian war, 1967-1970. History of the War. Selected bibliography and documents*, Francfort, 1971.
Duve, Freimut, comp., *Kap ohne Hoffnung oder Die Politik der Apartheid*, Reinbek, 1965.
Elsenhans, Hartmut, *Frankreichs Algerienkrieg 1954-1962. Entkolonialisierungsversuch einer kapitalistischen Metropole*, Munich, 1974.
Faaland, Just y J. R. Parkinson, *Bangladesh. The test case of development*, Londres, 1976.
Gstrein, Heinz, *Volk ohne Anwalt. Die Kurdenfrage im Mittleren Osten*, Stein y Nuremberg, 1974.
Hammer, Ellen Joy, *Vietnam yesterday and today*, Nueva York, 1966.
— *The struggle for Indochina, 1940-1955*, Stanford, 1966.
Hanisch, Rolf, *Bürgerkrieg in Afrika? Biafra und die inneren Konflikte eines Kontinents*, Berlín, 1970.
Hatada, Takashi, *A history of Korea*, Oxford, 1969.
Hermle, Reinhard, *Der Konflikt in Nordirland*, Munich, 1979.
Hess, Peter, *Bangladesh. Tragödie einer Staatsgründung*, Stuttgart, 1972.
Janssen, Volker, *Politische Herrschaft in Aethiopien*, Friburgo, 1976.
Kosut, Hal, comp., *Cyprus, 1946-1968*, Nueva York, 1970.
Lee, Franz T. J., *Südafrika am Vorabend der Revolution*, Francfort, 1976.
Lévy, Bernard-Henri, *Bangla Desh. Nationalisme dans la révolution*, París, 1973.
Maquet, Jacques J., *The premise of inequality in Ruanda. A study of political relations in a central african Kingdom*, Londres, 1961.
Markides, Kyriaeos C., *The rise and fall of the Cyprus republic*, New Haven, 1977.
Melady, Thomas Patrick, *Burundi. The tragic years*, Maryknoll, 1974.
Mondale, Eduardo, *Kampf um Mozambique*, Francfort, 1970.

Moodie, Thomas Dunbar, *The rise of Afrikanerdom. Power, apartheid and the Afrikaner civil religion*, Berkeley, 1975.
Moore, John Norton, comp., *The arab-Israeli conflict*, Princeton, 1977.
Murphy, John A., *Ireland in the twentieth century*, Dublín, 1975.
Polyviou, Polyvios G., *Cyprus. In search of a Constitution. Constitutional negotiations and proposals, 1960-1975*, Nicosia, 1976.
Potyka, Christian, *Haile Selassie. Der Negus Negesti in Frieden und Krieg. Zur Politik des äthiopischen Reformherrschers*, Bad Honnef, 1974.
Rode, Reinhard, comp., *Der Konflikt im Südlichen Afrika. Analysen, Diskussionen, Strategien*, Munich, 1977.
Rode, Reinhard, *Wandel in Südafrika. Stabilisierung oder Ueberwindung der weissen Minderheitsherrschaft. Ansatzpunkte für Konfliktlösungsstrategien und Grundlinien eines Lösungsmodells*, Hamburgo, 1976.
Scholler, Heinrich y Paul Brietzke, *Ethiopia: revolution, law, politics*, Munich, 1976.
Sharabi, Hisham Bashir, *Nationalism and revolution in the arab world*, Princeton, 1966.
Steinhaus, Kurt, *Vietnam. Zum Problem der kolonialen Revolution und Konterrevolution*, Francfort, 1966.
Tophoven, Rolf, *Fedayin, Guerrilla ohne Grenzen. Geschichte, soziale Struktur und politische Ziele der palästinensichen Widerstandsorganisationen. Die israelischen Konter-Guerilla*, Francfort, 1974.
Trevaskis, G. K. N., *Eritrea. A colony in transition, 1941-1952*, Nueva York, 1960.

CAP. 2. EL MUNDO ARABE ISLAMICO EN MARCHA

Abdel Malek, Anwar, *Ägypten: Militärgesellschaft*, Francfort, 1971.
Antonius, George, *The Arab awakening. The story of the Arab national movement*, Beirut, 1955.
Ben Barka, Mehdi, *Revolutionäre Alternative*, Munich, 1969.
Be'eri, Eliezer, *Army officers in Arab politics and society*, Nueva York, 1970.
Elsenhans, Hartmut, *Frankreichs Algerienkrieg 1954-1962. Entkolonisierungsversuch einer kapitalistischen Metropole*, Munich, 1974.
Gabby, Ronny, *Communism and agrarian reform in Iraq*, Londres, 1978.
Halliday, Fred, *Arabia without sultans*, Harmondsworth, 1975.
Henle, Hans, *Der Neue Nahe Osten*, Francfort, 1972.
Julien, Charles-André, *Afrique du Nord en marche, nationalismes musulmans et souveraineté française*, París, 1972.
Kerr, Malcolm, *The Arab Cold War 1958-1964. A study of ideology and politics*, Londres, Nueva York y Toronto, 1965.
Kischli, Muhammad, *Kapitalismus und Linke im Libanon*, Francfort, 1970.
Leggewie, Claus, *Siedlung, Staat und Wanderung. Besonderheiten des Siedlungskolonialismus am Beispiel Algeriens*, Francfort, 1979.
Levi, Reuben, *The social structure of Islam*, Cambridge, 1969.
Louis, Bernhard, *The emergence of modern Turkey*, Londres, 1968.
Muhammad, Morsy Abdullah, *The United Arab Emirates. A modern history*, Londres y Nueva York, 1978.
Philby, St. John, *Saudi-Arabia*, Beirut, 1968.
Rodinson, Maxime, *Les arabes*, París, 1979 [*Los árabes*, Madrid, Siglo, 1981].
Ruf, Werner, *Der Bourgibismus und die Aussenpolitik des unabhängigen Tunesien*, Bielefeld, 1969.

Seale, Patrick, *The struggle for Syria. A study of post-war Arab politics, 1945-1958,* Londres, Nueva York y Toronto, 1963.
Steinbach, Udo, Rolf Hofmeister y Mathias Schönborn, comps., *Politisches Lexikon Nahost,* Munich, 1979.
Steinhaus, Kurt, *Soziologie der türkischen Revolution,* Francfort, 1969.
Tibi, Bassam, *Militär und Sozialismus in der Dritten Welt. Allgemeine Theorie und Regionalstudien über arabische Länder,* Francfort, 1973.
— *Nationalismus in der Dritten Welt am arabischen Beispiel,* Francfort, 1973.
Vatikiotis, P. J., *Nasser and his generation,* Londres, 1978.
Vatin, Jean-Claude, *L'Algérie politique. Historie et société,* París, 1974.
Vatin, J. C. y Jean Leca, *L'Algérie politique, Institutions et régimen,* París, 1975.

CAP. 3. EL PROBLEMA DEL ESTADO NACIONAL Y EL CONFLICTO DEL ORIENTE PROXIMO

Ansprenger, Franz, *Juden und Araber in einem Land,* Maguncia y Munich, 1978.
Aronson, Shlomo, *Conflict and bargaining in the Middle East. An Israeli perspective,* Baltimore y Londres, 1978.
Baker, Henry E., *The legal system of Israel,* Jerusalén, 1968.
Bethell, Nicholas, *Das Palästina-Dreieck. Juden und Araber im Kampf um das britische Mandat, 1935-1948,* Francfort, Berlín y Viena, 1979.
Brecher, Michael, *Decisions in Israel's foreign policy,* Londres, 1974.
John Bunzl, comp., *Israel/Palästina. Klasse, Nation und Befreiung im Nahost-Konflikt,* Hamburgo, 1980.
Burns, E. L. M., *Between Arab and Israeli,* Londres, 1970.
Davis, Uri y Morton Mezvinsky, *Documents from Israel, 1967-1973,* Londres, 1795.
Diner, Dan, *Israel in Palästina. Über Tausch und Gewalt im Vorderen Orient,* Königstein, 1980.
Elon, Amos, *Die Israelis,* Viena, 1971.
Geries, Sabri y Eli Löbel, *Die Araber in Israel,* Munich, 1970.
Glubb, John B., *Jenseits vom Jordan,* Munich, 1958.
Granott (Granovsky), Abraham, *Um den Boden Palästinas,* Jerusalén, 1936.
Handel, Michael I., *Israel's political-military doctrin,* Cambridge (Mass.), 1973.
Hoslltein, Walter, *Kein Frieden um Israel,* Bonn, 1977.
Hutchison, E. H., *Violent truth,* Nueva York, 1956.
Kanovsky, Eliyahu, *The economy of the Israeli kibbutz,* Cambridge (Mass.), 1966.
Love, Kenneth, *Suez - the twice fought war,* Londres, 1970.
Luttwak, Edward y Dan Horowitz, *The Israeli army,* Londres, 1975.
Rodinson, Maxime, *Israel and the Arabs,* Harmondsworth, 1968.
Schiff, Ze ev, *October earth quake, Yom Kippur, 1973,* Tel Aviv, 1974.
Wagner, Heinz, *Der arabisch-israelische Konflikt im Völkerrecht,* Berlín, 1971.

CAP. 4. INDOCHINA EN PLENO CAMBIO DE LAS CONSTELACIONES DE PODER

Berval, René de, *Kingdom of Laos,* Limoges, 1959.
Black, Eugene R., *Alternative in Southeast Asia,* Nueva York, Washington y Londres, 1969.
Browne, Malcolm W., *The new face or war,* Indianápolis, 1965.
Field, Michael, *The prevailing wind,* Londres, 1965.

Halberstam, David, *The making of a quagmire,* Nueva York, 1965.
Kahn, George McTurnan, *Governments and politics of Southeast Asia,* Ithaca y Nueva York, 1959.
King, John Kerry, *Southeast Asia in perspective,* Nueva York, 1956.
Kissinger, Henry A., *Memoiren,* tomo 1: *1968-1973,* Munich, 1979.
Lamb, Alastair, *Asian frontiers,* Londres, 1968.
LeBar, Frank M. y Adrienne Suddard, *Laos,* New Haven, 1960.
Manich, M. L., *History of Laos,* Bangkok, 1967.
Mecklin, John, *Mission in torment,* Garden City, Nueva York, 1965.
Pike, Douglas, *Viet Cong,* Cambridge (Mass.) y Londres, 1967.
Reischauer, Edwin O., *Beyond Vietnam: The United States and Asia,* Nueva York, 1968.
Roy, Jules, *Der Fall von Dien Bien Phu,* Munich y Esslingen, 1964.
Salisbury, Harrison E., *Hinter den feindlichen Linien,* Francfort, 1967.
Schlesinger, Arthur M., *Das bittere Erbe,* Berna y Munich, 1967.
Scholl-Latour, Peter, *Der Tod im Reisfeld. Dreissig Jahre Krieg in Indochina,* Stuttgart, 1979.
Shaplen, Robert, *The lost revolution,* Nueva York, 1965.
Shawcross, William, *Schattenkrieg. Kissinger, Nixon und die Zertörung Kambodschas,* Francfort y Berlín, 1980.
Sihanouk, Norodom, *Indochina, von Peking aus gesehen,* Stuttgart, 1972.
Silvert, K. H., *Expectant peoples - nationalism and development,* Nueva York, 1963.
Thompson, Robert, *No exit from Vietnam,* Londres, 1969.
Wint, Guy comp., *Asia - a handbook,* Nueva York y Washington, 1968.

CAP. 5. LA REPUBLICA POPULAR CHINA COMO NUEVO FACTOR DE PODER EN LA POLITICA MUNDIAL

Barnett, A. Doak, comp., *Chinese communist politics in action,* Seattle, 1969.
— *Uncertain passage,* Washington, 1974.
Domes, Jürgen, *China nach der Kulturrevolution,* Munich, 1975.
— *Die Ära Mao Tse-tung,* Stuttgart, Berlín, Maguncia y Colonia, 1972.
— *Politische Soziologie der Volksrepublik China,* Wiesbaden, 1980.
Ellegiers, Daniel, comp., *Twenty years of communist China,* Bruselas, 1970.
Groeling, Erik y Marie-Luise Näth, comps., *Die Aussenpolitik Chinas,* Munich y Viena, 1975.
Guillermaz, Jacques, *The Chinese Communist Party in power 1949-1976,* Boulder (Col.), 1976.
Hinton, Harold C., *An introduction to Chinese politics,* Nueva York y Washington, 1973.
Johnson, Chalmers, comp., *Ideology and politics in contemporary China,* Seattle, 1973.
Kissinger, Henry A., *Memoiren,* tomo 1: *1968-1973,* Munich, 1979.
MacFarquhar, Roderick, *The origins of the Cultural Revolution. l. Contradictions among the people 1956/57,* Londres y Kuala Lumpur, 1974.
Näth, Marie-Luise, *Strategie und Taktik der chinesischen Aussenpolitik,* Hannover, 1978.
Opitz, Peter J., *Maoismus,* Stuttgart, Berlín, Colonia y Maguncia, 1972.
— comp., *China - zwischen Weltrevolution und Realpolitik. Ursachen und internationale Konsequenzen der amerikanisch-chinesischen Annäherung,* Munich, 1979.
Pye, Lucien W., *The spirit of Chinese politics,* Cambridge (Mass.), 1968.
Schram, Stuart R., *Authority, participation and cultural change in China,* Cambridge, 1973.

Schwartz, Benjamin, *Communism and China. Ideology in flux,* Cambridge (Mass.), 1968.
Solomon, Richard H., *Mao's revolution ana the Chinese political culture,* Berkeley, 1967.
Thornton, Richard D., *China, the struggle for power 1917-1972,* Berkeley y Los Angeles, 1967.
Towsend, James R., *Politics in China,* Boston y Toronto, 1980.
Whitson, William W., *The military and the political power in China in the 1970s,* Nueva York, 1972.

CAP. 6. AFRICA: MOVIMIENTOS DE LIBERACION E INTENTOS DE IMPOSICION DEL DOMINIO BLANCO

Ansprenger, Franz, *Die Befreiungspolitik der Organisation für Afrikanische Einheit (OAU) 1963 bis 1975,* Munich y Maguncia, 1975.
— *Kolonisierung und Entkolonisierung in Afrika,* Stuttgart, 1979.
Azikiwe, Nnamdi, *Zik. A selection from the speeches of Nnamdi Azikiwe,* Cambridge, 1961.
Cabral, Amilcar, *Die Revolution der Verdammten. Der Befreiungskampf in Guinea-Bissau,* Berlín, 1974.
Curtin, Philip *et al., African history,* Londres, 1978.
Dunn, John, comp., *West African states. Failure and promise. A study in comparative politics,* Cambridge y Londres, 1978.
Fanon, Frantz, *Die Verdammten dieser Erde,* Reinbek, 1969 [*Los condenados de la tierra,* México, FCE, 1963].
Fitch, Bob y Mary Oppenheimer, *Ghana: end of an illusion,* Nueva York y Londres, 1966.
Gann, L. H. y Peter Duignan, *Burden of Empire. An appraisal of Western colonialism in Africa south of the Sahara,* Londres, 1967.
Gibson, Richard, *African liberation movements. Contemporary struggles against white minority rule,* Londres, 1972.
Hanf, Theodor, Heribert Weiland y Gerda Vierdag, *Südafrika: Friedlicher Wandel? Möglichkeiten demokratischer Konfliktregelung-Eine empirische Untersuchung,* Munich y Maguncia, 1978.
Hodgkin, Thomas, *Nationalism in colonial Africa,* Londres, 1956.
Iliffe, John, *A modern history of Tanganyika,* Cambridge, 1979.
Ki-Zerbo, Joseph, *Die Geschichte Schwarz-Afrikas,* Wuppertal, 1979.
Loth, Heinrich, *Afrika unter imperialistischer Kolonialherrschaft und die Formierung der antikolonialen Kräfte, 1884-1945,* Colonia, 1979.
Nkrumah, Kwame, *Revolutionary path,* Londres, 1973.
Nyerere, Julius K., *Afrikanischer Sozialismus. Aus den Reden und Schriften von Julius K. Nyerere,* Stuttgart, 1974.
Rodney, Walter, *Afrika. Die Geschichte einer Unterentwicklung,* Berlín, 1975.
Senghaas, Dieter, *Weltwirtschaftsordnung und Entwicklungspolitik. Plädoyer für Dissoziation,* Francfort, 1977.
— *Survey of Race Relations in South Africa. Jahrbücher des South African Institute or Race Relations, Johannesburg;* último tomo aparecido: *1978,* Johannesburgo, 1979.
Wilson, Monica y Leonard Thompson, *The Oxford history of South Africa,* tomo 2, Londres, 1975 y 1978 (reed.).

CAP. 7. PROBLEMAS DE LOS PAISES EN VIAS DE DESARROLLO, AYUDA AL DESARROLLO Y CONFLICTO NORTE-SUR

Bairoch, Paul, *Die Dritte Welt in der Sackgasse. Die Entwicklung vom 18. zis zum 20. Jahrhundert,* Viena, 1973.

Bohnet, Michael, comp., *Nord-Süd-Problem. Konflikte zwischen Industrie- und Entwicklungsländern,* Munich, 1974.
Dams, Theodor, *Weltwirtschaft im Umbruch. Konfrontation oder Kooperation mit der Dritten Welt?,* Friburgo y Wurzburgo, 1978.
Elsenhans, Hartmut, comp., *Agrarreform in der Dritten Welt,* Francfort y Nueva York, 1979.
— *Entwicklungspolitik im Umbruch,* comp., por la redacción de la sección económica de la *Neuen Zürcher Zeitung,* Zurich, 1979.
Fröbel, Volker, Jürgen Heinrichs y Otto Kreye, *Die Armut des Volkes. Verelendung in den unterentwickelten Ländern. Auszüge aus Dokumenten der Vereinten Nationen,* Reinbek, 1974.
Handbuch für Internationale Zusammenarbeit, Baden-Baden, 1976 y siguientes. (Obra en fascículos, publicada anteriormente con el título: *Handbuch der Entwicklungshilfe.)*
Hanisch, Rolf y Rainer Tetzlaff, comps., *Die Ueberwindung der ländlichen Armut in der Dritten Welt,* Francfort, 1979.
Hauser, Jürg A. y Hans-Balz Peter, comp., *Entwicklungsprobleme interdisziplinär,* Berna y Stuttgart, 1976.
Hemmer, Hans-Ribert, *Wirtschaftsprobleme der Entwicklungsländer. Eine Einführung,* Munich, 1978.
Kebschull, Dietrich, Karl Fasbender y Ahmad Naini, *Entwicklungspolitik. Eine Einführung,* Dusseldorf, 1976.
Matzke, Otto, *Entwicklungspolitik ohne Illusionen,* en Hermann Priebe, comp., *Beiträge zur Beurteilung von Entwicklungsstrategien,* Berlín, 1974.
Nohlen, Dieter y Franz Nuscheler, comps., *Handbuch der Dritten Welt,* tomo IV, Hamburgo, 1974-1978.
Peter, Hans-Balz, *Sozialökonomische Grundprobleme der Entwicklungsländer,* tesis doctoral, Zurich, 1972.
Schmidt, Alfred, comp., *Strategien gegen Unterentwicklung. Zwischen Weltmarkt und Eingenständigkeit,* Francfort y Nueva York, 1976.
Sieberg, Herward, *Dritte Welt - Vierte Welt. Grundprobleme der Entwicklungsländer,* Hildesheim y Nueva York, 1977.
Strahm, Rudolf H., *Ueberentwicklung, Unterentwicklung,* Stein y Nuremberg, 1978.
— *Das Ueberleben sichern. Gemeinsame Interessen der Industrie- und Entwicklungsländer. Bericht der Nord-Süd-Kommission,* Colonia, 1980.
— *Weltentwicklungsberichte der Weltbank,* 1978 y 1979.

Indice analítico

Indice de ilustraciones



impreso en editorial andrómeda, s. a.
av. año de juárez 226-local c/col. granjas san antonio
del. iztapalapa-09070 méxico, d. f.
tres mil ejemplares y sobrantes
3 de octubre de 1986

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI

* 1. **Prehistoria**
* 2. **Los Imperios del Antiguo Oriente**
I. Del Paleolítico a la mitad del segundo milenio
* 3. **Los Imperios del Antiguo Oriente**
II. El fin del segundo milenio
* 4. **Los Imperios del Antiguo Oriente**
III. La primera mitad del primer milenio
* 5. **Griegos y persas**
El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, I
* 6. **El helenismo y el auge de Roma**
El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, II
* 7. **La formación del Imperio romano**
El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, III
* 8. **El Imperio romano y sus pueblos limítrofes**
El mundo mediterráneo en la Edad Antigua, IV
* 9. **Las transformaciones del mundo mediterráneo. Siglos III-VIII**
* 10. **La Alta Edad Media**
* 11. **La Baja Edad Media**
* 12. **Los fundamentos del mundo moderno**
Edad Media tardía, Renacimiento, Reforma
* 13. **Bizancio**
* 14. **El Islam**
I. Desde los orígenes hasta el comienzo del Imperio otomano
* 15. **El Islam**
II. Desde la caída de Constantinopla hasta nuestros días
* 16. **Asia Central**
* 17. **India**
Historia del subcontinente desde las culturas del Indo hasta el comienzo del dominio inglés
* 18. **Asia Sudoriental**
Antes de la época colonial
* 19. **El Imperio chino**
* 20. **El Imperio japonés**
* 21. **América Latina**
I. Antiguas culturas precolombinas
* 22. **América Latina**
II. La época colonial
23. **América Latina**
III. De la independencia a la crisis del presente
24. **El período de las guerras de religión, 1550-1648**
25. **La época de la Ilustración y el Absolutismo, 1648-1770**
* 26. **La época de las revoluciones europeas, 1780-1848**
* 27. **La época de la burguesía**
* 28. **La época del Imperialismo**
Europa, 1885-1913
29. **Los imperios coloniales desde el siglo XVIII**
* 30. **Los Estados Unidos de América**
* 31. **Rusia**
* 32. **Africa**
Desde la prehistoria hasta los Estados actuales
* 33. **Asia contemporánea**
* 34. **El siglo veinte, I. 1918-1945**
35. **El siglo veinte, II. 1945-1980**
36. **El siglo veinte, III**

* Volúmenes publicados.

Esta HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI, preparada y editada inicialmente por Fischer Verlag (Alemania), sigue un nuevo concepto: exponer la totalidad de los acontecimientos del mundo, dar todo su valor a la historia de los países y pueblos de Asia, Africa y América.

Resalta la cultura y la economía como fuerzas que condicionan la historia.

Saca a la luz el despertar de la humanidad a su propia conciencia.

En la HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI han contribuido ochenta destacados especialistas de todo el mundo.

Consta de 36 volúmenes, cada uno de ellos independiente, y abarca desde la prehistoria hasta la actualidad.

